

CHARLOTTE LINK

EL ENGAÑO



Lectulandia

Para Kate Linville, solitaria policía de Scotland Yard, solo hay una persona en el mundo que merezca su amor y su confianza: el antiguo jefe de policía de Scarborough Richard Linville, su padre, a cuya sombra creció. Cuando este aparece brutalmente asesinado en su casa, ella pierde su último apoyo.

Kate abandona Londres para regresar a su hogar con el objetivo de seguir de cerca el caso. El inspector encargado de la investigación, Caleb Hale, no le inspira demasiada confianza. Parece más interesado en buscar respuestas fáciles que en averiguar la verdad. Y Kate presiente que el caso de su padre es mucho más complejo de lo que cree la policía.

A medida que Kate avance en sus pesquisas, el pasado de su padre irá saliendo a la luz demostrando que nada tiene que ver con el hombre a quien ella creía conocer.

¿Quién era realmente Richard Linville? ¿Qué escondía? ¿Quién quería verlo muerto?

Lectulandia

Charlotte Link

El engaño

ePub r1.0

Titivillus 14.10.16

Título original: *Die Betrogene*
Charlotte Link, 2015
Traducción: Paula Aguiriano & Claudia Toda Castán
Fotografía de portada: Mark Owen
Diseño de portada: Ruxandra Duru

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

MIÉRCOLES, 14 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Aún hacía tanto calor como en verano. Había vuelto a casa de la escuela a mediodía y enseguida había agarrado la bicicleta; aquella bici tan chula de color azul metalizado que le habían regalado por su cumpleaños, en julio. Había cumplido cinco, y a principios de septiembre había empezado a ir al colegio. Le divertía; los maestros eran simpáticos y sus compañeros de clase, también. Se sentía muy mayor. Lo mejor era que tenía la bici más sensacional de todas. Gavin, su compañero de pupitre, presumía de que la suya era mejor, pero no era verdad. La había visto, y no era ni la mitad de buena que su bicicleta.

—¡Quiero que vuelvas a las seis! —le había gritado su madre al salir—. ¡Y ten cuidado!

Él se había limitado a asentir con condescendencia. Su madre se preocupaba todo el tiempo. Por el tráfico, por las personas malvadas que secuestraban niños, por las tormentas que podían sorprenderle a uno.

—Es porque te quiero mucho —afirmaba cuando él se quejaba.

Fue con mucho cuidado hasta que salió de la ciudad. No era un bebé, sabía a qué debía prestar atención. Pero ahora tenía la pista libre ante él. La había descubierto hacía algunas semanas, y desde entonces iba casi todos los días. Una carretera estrecha por la que apenas circulaban coches. Discurría entre las praderas y los campos y, por lo que parecía, no tenía principio ni fin. En días soleados como aquel era una banda blanca y polvorienta entre los campos llanos que llegaban hasta el horizonte. Seguro que en verano el cereal estaba alto y tapaba la vista, pero en ese momento estaba ya todo cosechado. Eso aumentaba la sensación de infinitud. Y de libertad.

Era un famoso piloto de carreras. Conducía un Ferrari. Estaba muy a la cabeza, pero los otros le pisaban los talones. Cosquilleo en estado puro. Tenía que darlo todo. La victoria estaba al alcance de la mano aunque tendría que luchar con todas sus fuerzas. También los otros eran buenos, pero él era el mejor. Enseguida estaría en el podio, regando con champán a la multitud que lo vitoreaba entusiasmada. Todas las cámaras de televisión lo enfocarían. La voz del comentarista deportivo soltó un gallo. Pisó a fondo. Se agachó todo lo que pudo, iba casi echado sobre el manillar. El viento le agitaba el cabello.

Sentía ganas de gritar por lo bonita que era la vida.

Aparte de sus ficticios perseguidores solo estaba él. Nadie más a su alrededor. Solo él. Y la eternidad de aquella carretera.

No tenía ni idea de que ya no estaba solo.

No tenía ni idea de que solo faltaban dos minutos para que todo terminara. Su carrera como el piloto más famoso de todos los tiempos.
Y la vida tal y como la conocía.

SÁBADO, 22 DE FEBRERO DE 2014

Podría haber salido con bien de todo aquello.

El dormitorio de Richard Linville estaba en el segundo piso de la casa, tenía una puerta que se cerraba con llave y un teléfono. Cuando en la madrugada de aquella noche fría y neblinosa de febrero se despertó sobresaltado, seguro de haber oído un ruido que no reconoció pero que sonaba sospechoso como un cristal al romperse, podría haber ido de un salto hasta la puerta, haber echado la llave y haber llamado a la policía.

Pero no era de los que enseguida piden ayuda cuando oyen un sonido raro, que, por otra parte, podía ser un error. Antes de jubilarse era comisario de la policía de North Yorkshire, y no se dejaba amedrentar tan fácilmente.

Los asuntos extraños los investigaba primero por sí mismo.

Con sigilo, y con sorprendente agilidad para su edad, saltó de la cama, tanteó en la oscuridad hasta encontrar el cajón de arriba de la mesilla de noche, lo abrió y sacó la pistola, que estaba detrás del todo bajo una pila de pañuelos de tela. Cuando estaba de servicio no llevaba arma, pero como exagente de investigación criminal sabía que ni siquiera estar jubilado lo eximía de cierto peligro. Había perseguido, atrapado y llevado ante el juez a mucha gente, y lógicamente tenía enemigos. Algunos habían pasado años entre rejas por su culpa. Se había hecho con una pistola y, por pura precaución, nunca se iba a dormir sin tenerla al alcance de la mano.

Salió a hurtadillas de la habitación y se paró en el rellano de la escalera a escuchar. No se oía nada aparte del murmullo del agua en las tuberías de la calefacción. Ni crujidos o chirridos inusuales, ni nada más que sonara como cristales rotos. Seguramente se había equivocado, o lo había soñado. Menos mal que no se había puesto en ridículo llamando a sus antiguos compañeros.

Sin embargo, quiso asegurarse antes de volver a la cama.

Bajó la escalera con paso flexible, sin hacer ningún ruido. En marzo cumpliría setenta y un años, y estaba muy orgulloso de que su cuerpo apenas mostrara los signos de la edad. Lo achacaba a que siempre había hecho mucho deporte, incluso en aquel momento seguía saliendo a correr largas distancias por malo que fuera el tiempo, y al menos compensaba sus preferencias alimentarias no del todo saludables con la completa renuncia al tabaco y la casi completa dejación del alcohol. A la mayoría de la gente le parecía más joven de lo que era, y habría tenido muchas posibilidades con las mujeres. Pero eso no le interesaba. Brenda, la mujer con la que había estado casado cuarenta y un años, había fallecido hacía tres después de una interminable batalla contra el cáncer.

Llegó abajo. A la derecha estaba la puerta de entrada que, como cada noche, había cerrado a conciencia. Delante estaba el salón, con su mirador que sobresalía hacia la calle. Todo estaba en silencio, oscuro, vacío. Las cortinas no estaban echadas. Las noches nunca eran negras del todo y normalmente se podía ver la iglesia de Scalby, que se alzaba al final de la calle sobre una colina cubierta de árboles. Sin embargo, aquella noche la niebla era demasiado densa: flotaba sobre las calles como una montaña de grueso algodón e impedía ver incluso la casa de enfrente. Por un momento Richard tuvo la escalofriante sensación de estar solo en el mundo, abandonado por todo y por todos. Pero después se recompuso: tonterías. Todo estaba como siempre. Era solo la niebla.

Justo cuando se estaba dando la vuelta percibió otra vez un ruido. Era como un leve crujido que no tenía nada que ver con los sonidos nocturnos habituales de la casa. Parecía provenir de la cocina y sonaba como si alguien hubiera pisado cristales rotos. Eso coincidiría con el tintineo que se había colado en su sueño.

Le quitó el seguro a la pistola y avanzó por el pasillo en dirección a la cocina. Era consciente de que estaba a punto de hacer precisamente lo que la policía desaconsejaba hacer, lo que él mismo había desaconsejado infinidad de veces: «Si cree que hay intrusos en su domicilio no intente actuar por su cuenta. Póngase a salvo, abandonando la casa o encerrándose en algún sitio, y pida ayuda por teléfono. Sea todo lo silencioso y discreto posible. Los delincuentes no deben saber que han sido descubiertos».

Pero, por supuesto, eso no se lo aplicaba a él. Él era la policía, aunque ya no estuviera en activo. Además tenía su arma y la manejaba de manera excelente. Eso lo distinguía del resto de los ciudadanos.

Llegó a la puerta de la cocina. Estaba cerrada, como siempre en las noches de invierno; la puerta que llevaba de la cocina al jardín era muy vieja y dejaba pasar mucho frío, así que al menos no llegaba al resto de la casa. Richard sabía que hacía mucho que la tendría que haber cambiado. Ya Brenda solía quejarse, por el frío pero también por la seguridad. A diferencia de la sólida puerta de entrada, aquel acceso desde el jardín era muy fácil de forzar.

Escuchó atentamente. Tenía la pistola preparada. Oía su propia respiración.

Aparte de eso, nada.

Pero había algo. Había alguien. Estaba seguro. No habría sido un policía tan bueno si a lo largo de los años no hubiera desarrollado ese instinto infalible para los peligros ocultos.

Había alguien en la cocina.

Debería haber pedido ayuda como muy tarde en ese momento. No tenía ni idea de cuántas personas podían ser. A lo mejor se enfrentaba solo a una, pero quizá eran dos o tres, y en ese caso la ventaja de ir armado no le serviría de nada. No habría sabido decir por qué había desoído todas las advertencias y se había expuesto a un peligro desconocido. ¿Por la tozudez propia de la edad? ¿Sobrevaloraba sus fuerzas? ¿O es

que quería demostrarse algo?

La verdad era que no iba a tener ocasión de contestarse esas preguntas.

Las dos cosas sucedieron simultáneamente. Se disponía a girar la manilla de la puerta cuando percibió un movimiento justo a su lado, proveniente de la oscuridad del comedor, y sintió un golpe tan fuerte en el brazo que dio un grito de dolor. Desesperado, intentó sujetar la pistola, pero el golpe le había dado en un nervio y tenía todos los músculos paralizados. El arma cayó al suelo con estrépito y patinó hacia el comedor. Richard se movió hacia un lado, queriendo alcanzarla, aunque sabía que el intento era en vano: el enemigo estaba precisamente ahí, en el comedor, y entonces se dio cuenta de que su mayor error durante los últimos minutos había sido creer que el intruso había entrado por la cocina, porque ese era el punto más débil de la casa. Sin embargo, también el comedor tenía una puerta que daba al jardín, y parecía claro que habían roto el cristal. Durante sus años de servicio Richard había formado a muchos jóvenes policías, y el primer dogma que les inculcaba era: nunca deis nada por sentado. Hay que comprobarlo todo, todas y cada una de las opciones imaginables. Vuestra vida y la de otras personas pueden depender de ello.

No podía creer que aquella noche se hubiera saltado casi todos sus principios.

Entonces un fuerte golpe en el estómago lo hizo caer de rodillas, e inmediatamente después recibió un puñetazo en la sien. Se le nubló la vista solo un momento, pero lo suficiente para hacerle caer al suelo. No perdió el sentido aunque el mundo empezó a dar vueltas y el vértigo se apoderó de él en oleadas. Intentó ponerse de pie, pero una patada en las costillas lo devolvió al suelo. Después se sintió agarrado e incorporado por unas manos poderosas.

Aquel oponente era muy fuerte. Y estaba muy decidido.

La puerta de la cocina se abrió, la luz se encendió y fue arrastrado dentro. El intruso lo sujetó con una mano y con la otra sacó una silla de debajo de la mesa y la colocó en medio de la habitación. Richard parpadeaba, deslumbrado. Al instante estaba sentado en la silla, luchando por recuperar el aliento, porque la patada en las costillas le había cortado por un momento la respiración. Sentía que se le estaba hinchando el ojo izquierdo y que le salía un líquido viscoso por la nariz, seguramente sangre. Apenas podía pensar en lo que había pasado, y menos aún en que fuera posible intentar defenderse.

Le tiraron violentamente de los brazos, se los pusieron tras el respaldo y le ataron las muñecas, con tal brutalidad y tanta fuerza que casi al instante se le entumecieron las manos. Acto seguido sintió una atadura delgada alrededor de los tobillos, que asomaban bajo los pantalones del pijama. Bidas de plástico, como pudo ver después, lo que significaba que no tenía ni la menor oportunidad de librarse de ellas por sus propios medios. El suelo de piedra bajo sus pies descalzos estaba helado.

«Tendría que haberme puesto las zapatillas», pensó.

Un extraño pensamiento, dadas las circunstancias. Tenía problemas mucho más acuciantes.

Miró hacia arriba y comprobó que se trataba solo de una persona, aunque en la situación en la que estaba eso ya no importaba. Era un hombre de estatura mayor que la media. Su constitución indicaba que debía de ser relativamente joven, quizá alrededor de los treinta. Tenía aspecto de pasar mucho tiempo haciendo musculación o quizá incluso boxeando. Resultaba francamente agresivo.

Algo más llamó la atención de Richard, aunque no habría sabido decir si jugaba a su favor o todo lo contrario: el joven llevaba guantes, y un gorro de lana le tapaba toda la cara. Por lo tanto, era lo bastante listo como para evitar dejar huellas digitales y rastros de ADN. Además, su víctima no podía reconocerlo. El tipo demostraba cierta profesionalidad y, en general, las probabilidades de salir con bien son más altas con delincuentes profesionales porque no pierden los nervios con tanta facilidad y no organizan baños de sangre presas del pánico. Por otro lado, el hecho de que ocultase su identidad indicaba que contemplaba la posibilidad de que su víctima sobreviviera a aquella noche. Pero, por alguna razón, por puro instinto, Richard tenía la impresión de que su supervivencia no entraba en el plan. Seguramente el joven solo estaba siendo precavido para protegerse ante cualquier imprevisto.

Richard había caído en una pesadilla de final incierto.

No creía que aquel hombre quisiera robar en la casa. Sabía por experiencia que los ladrones normales no buscan la confrontación directa con la gente. El joven podría haber salido rápida y silenciosamente al jardín por la puerta del comedor en cuanto lo hubiera oído bajar las escaleras. Le habría dado tiempo de sobra. No tenía por qué acecharlo y atacarlo y, con ello, ponerse en riesgo.

El asalto tenía algo que ver con él directamente. Si no se hubiera despertado, el intruso habría subido las escaleras y lo habría atacado en la cama. El destino le había dado una oportunidad y él la había malgastado.

¿Qué demonios tenía que ver aquel tipo con él?

—Mírame, gilipollas de mierda —ordenó el hombre. Estaba plantado, enorme, delante de él. Llevaba vaqueros y una camiseta de manga corta, a pesar de la invernal temperatura exterior. Le sobresalían los bíceps. El tío era fuerte como un oso.

Richard subió la mirada. El ojo izquierdo se le hinchaba cada vez más deprisa, pero con el derecho veía bien.

—¿Me conoces? —preguntó el extraño.

Justo eso era lo que llevaba algunos minutos tratando febrilmente de adivinar, pero el hecho de no poder verle la cara no facilitaba las cosas.

—¿Cómo voy a saberlo? —contestó—. ¡Lleva la cara tapada!

Como respuesta el puño del hombre se estampó contra su mandíbula. Richard vio las estrellas y sintió que estaba a punto de perder el conocimiento. El dolor llegó con cierto retraso y fue tan intenso que no logró reprimir un fuerte gemido. Era como si se hubiese roto algo, quizá el hueso de la mandíbula. Quiso tragar y solo lo consiguió después de varios intentos. Notó gruesos coágulos de sangre.

—¿Qué... es... lo que quiere? —balbuceó.

—¿De verdad no te acuerdas? —preguntó el hombre—. Mi cara no importa, ¿entiendes? Basta con que recuerdes algunas canalladas de tu perversa vida. Entonces comprenderás a quién tienes delante.

¿Alguien a quien había metido en la cárcel a lo largo de sus años de servicio? Pero eran tantos...

Richard no se atrevió a contestar, simplemente se quedó mirando al hombre con desesperación.

—¿En serio creías que te ibas a librar?

Richard formuló su respuesta con dificultad:

—No sé... quién es... usted.

Se preparó internamente para el próximo golpe, pero no se produjo. El extraño se balanceaba sobre los pies.

—Ni idea, el cabrón. No tienes ni idea, ¿verdad?

—No —corroboró Richard, y de nuevo le cayó el puño encima, esta vez en el estómago y de un modo que le cortó la respiración. Trató de recuperarla, se inclinó hacia delante todo lo que pudo y escupió sangre en el suelo.

«Me va a matar. Es la única razón por la que ha venido».

No había entrado en su casa por casualidad, de eso estaba convencido. No había elegido una vivienda cualquiera ni se le había ocurrido sin más atacar, atormentar y torturar un rato al propietario antes de matarlo. En sus años como policía Richard había visto casos así y se había quedado consternado por el modo en que la arbitrariedad y el azar convertían a algunas personas en víctimas de delitos espantosos. Pero esa no era su situación. Notaba el odio personal del que era objeto. Aunque no conociera al hombre, este parecía haberlo elegido a él con plena conciencia.

—Por favor —gimió—, dígame...

Una patada en la espinilla le hizo gritar de dolor. El tipo llevaba botas con tacos. Richard sintió cómo la sangre goteaba del bajo del pantalón.

Sabía que su única oportunidad consistía en descubrir su vínculo con aquel hombre. En hablar con él. Casi siempre ayudaba hablar con las personas. Pero claro, para eso era necesario saber de qué se podía hablar.

Hizo acopio de valor. Le dolía todo, las costillas, el estómago, la pierna, la cara. Tenía un miedo terrible a que le pegara otra vez si abría la boca, pero estaba perdido si no lo hacía.

—De verdad... no sé... qué me reprocha —dijo. Le costaba pronunciar las palabras. Se le estaban hinchando también los labios, y tenía la sensación de estar continuamente tragando sangre—. Por favor... querría saberlo. Podríamos... hablar.

El puño se lanzó hacia él, e instintivamente apartó la cabeza hacia un lado. El golpe solo lo rozó, pero al instante el hombre lo agarró del pelo y le inmovilizó la cabeza. Se la empujó con tanta fuerza hacia atrás que Richard creyó que se le rompería el cuello. Después el puño le golpeó la nariz, que ya tenía rota, el ojo

hinchado, la boca. Se estrelló una y otra vez contra su cara.

«Me muero —pensaba—, me muero, me muero».

El asaltante paró cuando Richard estaba a punto de perder el conocimiento. Este era consciente de que solo le había faltado una milésima de segundo, y lamentó que no sucediera. Su único deseo era desmayarse. Y que su muerte fuera rápida.

Ardía de dolor. Tiritaba y temblaba de dolor. Todo él era solo dolor. Estaba febril y apenas respiraba. Se preguntaba cómo seguía con vida.

Se vio a sí mismo por un instante: un hombre mayor con un pijama de franela a cuadros, sentado en una silla de cocina con las manos y los pies atados, con la cara hecha papilla, sangrando y gimiendo. Un cuarto de hora escaso había bastado para convertirlo en aquella piltrafa condenada a muerte.

También pensó un momento en Kate. Sabía lo que significaría para ella su muerte. Él era la única persona con la que contaba, y lo embargó una tristeza inmensa al pensar que iba a abandonarla. Era hija única... Aquella mujer sola y desdichada que no lograba hacer amigos, conquistar el corazón de un hombre, formar una familia. O al menos ser feliz con su trabajo. Nunca habían hablado de lo sola e infeliz que se sentía. Kate siempre hacía como si su vida estuviera en orden, y él había respetado su manifiesto deseo de mantener esa fachada. Nunca le había dicho que sabía lo mal que le iba. Ahora, en los que seguramente eran los últimos minutos de su vida, se dio cuenta de que aquello había sido un error. Habían dedicado el tiempo a engañarse el uno al otro y, con ello, lo habían desperdiciado.

Por lo que parecía, ya no iba a tener ocasión de enmendar ese error.

Levantó a duras penas la cabeza, que tenía hundida en el pecho. A través de las ranuras en las que se habían convertido sus ojos hinchados vio que el hombre se había puesto a abrir y revolver los cajones, con toda la calma del mundo. Al final pareció encontrar lo que buscaba: una bolsa de plástico del supermercado.

Richard comprendió. Abrió la boca para gritar, pero solo profirió un graznido débil y desesperado. «No —era lo que quería decir—. ¡No, por favor!».

Al instante tenía la bolsa en la cabeza. Con algo (con un cordón o con cinta adhesiva o con lo que fuera) el hombre se la ató alrededor del cuello.

Richard intentó decir algo. De repente lo sabía. Sabía quién era su atacante. Entendió de qué historia de su vida se trataba. ¿Cómo había tardado tanto en descubrirlo?

Pero era demasiado tarde. Ya no podía hablar, solo respirar. De forma desesperada, irracional, apresurada. Presa del pánico, cada vez más rápido.

Inspiró los últimos restos de oxígeno que quedaban.

LUNES, 28 DE ABRIL

1

Jonas Crane sospechaba que estaba desperdiciando su tiempo pero le había prometido a Stella que acudiría a la cita con el doctor Bent y eso era lo que estaba haciendo, independientemente de lo poco que confiara en aquella idea. A diferencia de su mujer, él no era un seguidor convencido de la homeopatía, aunque tampoco era un enemigo declarado. A unos quizá podría servirles de algo, mientras que a otros no. Stella siempre volvía de las visitas al doctor Bent relajada y contenta. Aunque con el asunto del niño no había podido ayudarla; al final no había podido ayudarlos nadie. A veces hay cosas en la vida que no pueden ser.

Jonas había esperado bastante, lo que lo había puesto nervioso y de mal humor. Tenía cita a las once y eran las doce menos veinte cuando por fin llegó su turno. Stella se lo había advertido: «Se toma tiempo con sus pacientes. Por eso a veces tarda un poco en atenderte. Pero a cambio pasa mucho tiempo contigo; no te larga de la consulta porque el próximo esté esperando».

Por lo visto encontraba eso estupendo, mientras que a él le parecía un procedimiento más bien dudoso. Aun así, se dijo que había tenido suerte de que le dieran cita por la mañana. Pobres de los que la tuvieran avanzada la tarde, cuando toda la lista se hubiera retrasado tanto que en realidad tendrían que alegrarse de esperar cuarenta minutos, como en el caso de Jonas.

A pesar de todo, el doctor Bent le pareció muy simpático. Interesado e inteligente. Concentrado. Un médico que se tomaba en serio a sus pacientes y que realmente quería ayudarlos.

Examinó el electrocardiograma que le había llevado.

—Parece que está en orden.

—Sí, ese es precisamente el problema —respondió Jonas. Intentó no pensar en que tenía una reunión de trabajo importante a la una y aún debía atravesar medio Londres. Por fin había llegado su turno, y debía concentrarse en el asunto actual—. Todo parece estar bien. Me han visto ya muchos médicos. El corazón, la circulación, la tensión... todo bien. Mire. —Sacó del bolsillo interior de la chaqueta un papel doblado y lo deslizó por el escritorio—. El resultado de un análisis de sangre completo, de hace dos semanas. Todo perfecto.

—Efectivamente —coincidió el doctor. Miró a Jonas con atención—. Parece estar muy sano. Sin embargo... ¿hay algo que le perturbe?

—Pues... —comenzó.

El momento podía haber sido embarazoso. Un hombre de cuarenta y dos años, aparentemente rebosante de salud, sentado ante un médico muy solicitado y a punto

de explicarle que estaba convencido de estar enfermo, aunque hasta el momento nadie hubiera encontrado el menor indicio de ello. ¿Un hipocondríaco crónico? ¿O sería la crisis de la mediana edad? Sin embargo, sintió que el doctor Bent no lo iba a juzgar, y comenzó a entender por qué Stella se lo había recomendado tanto: transmitía la sensación de que se le podía contar todo sin hacer el ridículo y sin sentir incomodidad.

—Estoy... algo preocupado. Desde hace algún tiempo... más o menos desde principios de año, tengo síntomas raros. Me dan mareos. Dejo de oír. Me entra un hormigueo en el brazo izquierdo y luego la sensación de que se me entumece. Al principio pensé que era un aviso de infarto, pero eso se ha descartado. En realidad no han encontrado nada que origine esas molestias. Pero no desaparecen. Claro que me alegro de que no sea nada grave, pero es muy molesto. Stella opina que no puedo dejarlo estar sin más.

El doctor Bent sonrió.

—¿Cómo está Stella?

—Bien, gracias.

—¿Y el pequeño Sammy?

—Bien también. Muy bien. Dentro de unos días cumple cinco años y está entusiasmado con la fiesta.

—¿Sigue usted contento con la decisión de haber adoptado un niño?

—Sí, desde luego. Es lo mejor que pudimos hacer. Y por fin se acabaron aquellos intentos eternos y sin éxito... —No siguió hablando. El doctor Bent estaba bien enterado. Asintió.

—Ocho intentos de inseminación artificial, ¿verdad?

—Sí. A lo largo de varios años. Al final estábamos... Que Stella accediera a parar y se decidiera por la adopción salvó nuestra relación. Y nuestras finanzas. Tampoco económicamente hubiéramos podido aguantar mucho más.

—¿Se ha recuperado su situación económica? Ahora hace ya unos años de todo aquello.

Jonas negó con la cabeza. Se dio cuenta de que sentaba muy bien poder ser completamente sincero. No tenía que ser el señor lo-tengo-todo-controlado. Podía decir las cosas como eran de verdad.

—No. Seguimos teniendo deudas bastante elevadas. La casa está sin terminar de pagar, y además tuve que pedir una segunda hipoteca para poder permitimos Bournhall. —Bournhall era la clínica en la que habían intentado concebir un niño. Había sido fundada por los médicos que habían conseguido la primera bebé probeta, Louise Brown. Sin embargo, en el caso de Jonas y Stella no habían tenido tanto éxito—. Voy pagando los plazos poco a poco y lo consigo a duras penas. Todo depende de que nada se me tuerza en el trabajo...

—¿Trabaja como guionista independiente?

—Sí.

—¿Y le va bien?

—Sí, sí, pero... —Se encogió de hombros, desanimado.

El doctor Bent lo observaba con serenidad.

—Pero si no le suena el móvil en todo el día se pone nervioso. Cuando no tiene e-mails de las productoras de televisión. Cuando el índice de audiencia es malo. Aunque me imagino que también siente que está al borde de la catástrofe precisamente cuando todo va bien. Cuanto mejor le va, mayor es el miedo a no cumplir sus propias expectativas, el miedo a fracasar. ¿Es así?

Jonas lo miró fijamente. Se preguntó cómo había podido aquel hombre traspasar su fachada en tan solo unos minutos, cómo había podido formular sus miedos con tanta claridad y precisión.

—Sí —confirmó—. Sí, así es. Vivo siempre esperando una catástrofe.

Se quedó con el sonido de aquella palabra. «Catástrofe». ¿Era demasiado dramática? No. Expresaba claramente su situación emocional. Esperaba la catástrofe. El colapso económico. La caída profesional. El fracaso total. El hundimiento en todos los frentes.

«Catástrofe, colapso, caída, fracaso, hundimiento...». ¿Eran esos los miedos que en algunos momentos se apoderaban de su pensamiento consciente, y que dominaban siempre su inconsciente? En ese caso, no había mucho de lo que sorprenderse.

—¿Qué tal duerme? —preguntó el doctor.

—Mal. Poco. Me duermo bastante bien pero hacia las dos me despierto, con taquicardia y sensación de pánico. Y después le doy vueltas a todo. Casi siempre me quedo en vela hasta que suena el despertador.

El doctor Bent había tomado notas todo el tiempo. Dejó el lápiz a un lado, puso los brazos encima de la mesa y miró a Jonas con gran seriedad.

—Señor Crane, tiene que salir de ese estado de catástrofe. Es imprescindible. Su cuerpo está sano, pero le está enviando todas las señales de alarma posibles. Los trastornos del sueño, las taquicardias, los mareos, el brazo dormido... El asunto es serio. Da igual lo que digan estos resultados. —Señaló los papeles del electrocardiograma y el análisis de sangre—. Aún no son las doce menos cinco, pero sí las doce menos diez, y tiene que echar el freno ya.

«Salir del estado de catástrofe».

—¿Y cómo se consigue eso? —inquirió Jonas.

—Se consigue —le aseguró el doctor—. Se consigue, pero no es fácil.

—¿Cómo he llegado a este estado? Quiero decir, preocuparse de vez en cuando es normal. Pero tiene usted razón, vivo siempre esperando una gran desgracia, cuando no hay nada que la presagie. Antes no era así. Es como si... se hubiera infiltrado en mí. Ha pasado sin que me diera cuenta.

El doctor Bent asintió.

—No sucede de la noche a la mañana. Las cargas se van sumando lentamente y parece que podemos manejarlas y que lo tenemos todo bajo control. Para cuando el

cuerpo nos dice de repente «¡no puedo más!», el cántaro suele haberse roto. Los últimos tiempos no han sido nada fáciles para usted, señor Crane, lo sé por Stella. Durante años su esposa y usted desearon tener un niño. Después vinieron los agotadores intentos con la inseminación artificial. Las muchas decepciones. Los elevados costes. Y luego un proceso de adopción, que está lejos de ser fácil. Al mismo tiempo usted tenía que ocuparse de su profesión, con más razón cuando las deudas empezaron a acumularse. Me imagino que se ha enfrentado usted solo a la mayoría de los problemas económicos para no sobrecargar a su esposa, pero eso le ha puesto las cosas más difíciles.

Él asintió. Había sido exactamente así.

«¿Podemos permitirnoslo, Jonas?», le había preguntado inquieta Stella antes del quinto, sexto, séptimo y octavo intento. Y él contestaba sonriendo: «Sin problema. Tengo muchos encargos. ¡No te preocupes por nada!».

Las fuertes inyecciones de hormonas, las continuas revisiones médicas, las extracciones de óvulos, las transferencias de óvulos fecundados, la espera y la esperanza, las decepciones... todo aquello dejaba a Stella hecha polvo. Desde el punto de vista médico todo era mucho más fácil para él, por eso había considerado su deber apartar de ella el resto de preocupaciones. Ese era su papel, y ahora parecía que ese papel se había vuelto en su contra.

—Le voy a recetar unas gotas que debe tomar todos los días antes del desayuno —dijo el doctor Bent, arrancando una hoja de un taco de recetas—, pero además...

—¿Sí?

—¿Cree que podría desconectar del todo algunas semanas?

—¿Desconectar?

—¿Cuándo se fue de vacaciones por última vez, señor Crane? Y me refiero a vacaciones de verdad. Sin móvil, portátil ni nada por el estilo. Sin estar siempre presente, siempre disponible.

Jonás reflexionó.

—Creo que... nunca. No desde que estamos localizables a todas horas. Cuando nos íbamos de vacaciones siempre me llevaba la oficina conmigo, por así decirlo. Y seguía trabajando sin solución de continuidad.

—A eso me refiero precisamente. Tengo bastantes pacientes con los mismos síntomas que usted, señor Crane. El suyo no es en absoluto un caso excepcional. La era digital nos ha proporcionado un montón de ventajas pero también ha ocasionado que no haya prácticamente ningún sitio en el que podamos apartarnos de todo, en el que solo pensemos en nosotros mismos y en el momento presente. Revisamos el correo electrónico sin parar, hasta bien entrada la noche, y temprano por la mañana todo vuelve a empezar. Ya no podemos desaparecer y estar sencillamente con nosotros mismos.

Jonas intuyó lo que iba a proponerle:

—¿Me recomienda una pausa? ¿Irme a algún sitio, lejos, y no estar localizable?

—Algunos pacientes que lo han probado están entusiasmados con el resultado. Se sienten como renacidos. Han encontrado su centro, pueden separar lo importante de lo accesorio. También los problemas relevantes de los irrelevantes. Han encontrado la calma.

—¿Y eso dura toda la vida?

—Hay que repetirlo a menudo. Pero después sale solo. Lo importante es el primer paso.

Jonas no podía ni imaginárselo.

—¡Me volvería loco estando solo e incomunicado!

—Quizá los primeros días. Pero después aparecería la calma. Ya lo verá.

—Así que lo mejor sería alquilar una casa en algún sitio, en medio de la nada, sin teléfono ni cosas parecidas. ¿Se refiere a eso?

—Hay quien se va a un monasterio —respondió el doctor.

Jonas negó con la cabeza.

—Eso no es para mí. Pero algo así como una isla desierta... ¿Podría llevarme a mi familia?

—Es preferible que no. Pero, para empezar, eso es mejor que nada. Seguramente para el segundo intento será usted mismo quien busque la soledad total.

Jonas se levantó y cogió la receta que el médico le tendía por encima de la mesa.

—Gracias, doctor. Las gotas las tomaré seguro. Sobre lo otro... tengo que pensarlo. Me creo lo que usted dice, pero la verdad es que no sé si conseguiré llevar a cabo lo que me propone.

—Dele algunas vueltas a la idea —respondió este—. Ya verá que la irá encontrado cada vez más atractiva.

«Me extrañaría», pensó Jonas. Miró el reloj y se sobresaltó.

—¡Qué tarde es! Me tengo que ir. Es una cita importante, ¿sabe?

—Que le vaya muy bien —se despidió el doctor Bent.

Una cosa estaba clara: también Hamzah Chalid vivía en estado de catástrofe, y sin duda haría muy bien en encontrar la manera de salir de ese estado vital. Sus ojos castaño oscuro se paseaban acá y allá sin parar, y no parecía capaz de reposar la mirada aunque fuera medio minuto en su interlocutor. Se sobresaltaba si oía una voz fuerte, y cuando a la camarera del café que Jonas había propuesto para la reunión se le cayó una taza, empezó a temblar sin control. Era un hombre pequeño, flaco, de poco más de cincuenta años. Su cabello negro empezaba a encanecer en el nacimiento del pelo y en las sienes. Parecía esperar que en cualquier momento cayera sobre él una desgracia terrible.

Como si aún lo persiguieran los esbirros del fallecido dictador Sadam Husein.

Jonas conocía la historia de Hamzah, que se iba a narrar en un documental para el que iba a escribir el guión. Le habían ofrecido el encargo y lo había aceptado de

inmediato, aunque nunca había hecho nada de ese estilo. Escribía guiones policíacos para la televisión, ya fuera con tramas inventadas por él o basadas en novelas que adaptaba y ajustaba. Nunca se había encontrado con una historia con trasfondo político, y nunca se había atrevido con nada que tuviera ni remotamente las características de un documental. Pero le habían ofrecido mucho dinero, y eso había sido decisivo.

Aunque en realidad sabía que no era el mejor momento para plantearse un reto como aquel.

Hamzah Chalid había sido detenido por la policía secreta en septiembre de 1998, en mitad de la noche, y lo habían encerrado en la cárcel. Durante mucho tiempo no supo de qué lo acusaban, aunque al final llegó a la conclusión de que tenía que ver con un amigo suyo que se había expresado en público de forma muy imprudente contra el régimen, y que también estaba en prisión. Todos los que tenían estrecho contacto con él estaban en el punto de mira de los órganos de seguridad del Estado. Hamzah había sido torturado y desde entonces arrastraba lesiones que lo habían convertido para toda la vida en un hombre muy delicado de salud. Al final lo consideraron políticamente inofensivo y lo pusieron en libertad. Pero ya no era el mismo: padecía ataques de pánico, trastornos alimentarios y depresiones severas, y no consiguió retomar su vida normal, como la que había llevado antes. Tenía que ir a menudo al médico, le daban la baja, faltaba al trabajo. Nunca supo si fue eso lo que le hizo parecer sospechoso otra vez, pero un día le llegó la advertencia de que estaban a punto de encerrarlo de nuevo. Huyó literalmente en el último momento por una ventana trasera de su casa cuando la policía estaba ya en la puerta. Encontró cobijo en casa de un amigo, pero tuvo que ir de uno a otro porque todos temían por sus propias vidas. Al final se produjo un acontecimiento que no se había podido sacar de la cabeza hasta el momento presente. Fue lo primero que le contó a Jonas en el café, aunque por supuesto este ya estaba al tanto.

—Me llevaban de nuevo de un escondite a otro, en el coche de un conocido. Iba acurrucado en el suelo de los asientos de atrás, con una manta por encima. Paramos en un semáforo. Todo parecía normal. Debajo de la manta estaba oscuro y hacía un calor asfixiante. Todos los sonidos me llegaban muy lejanos y amortiguados...

—Pero de pronto sintió el peligro... —intervino Jonas con precaución. Había leído atentamente la historia.

—Sí. Sentí el peligro. Lo presentí. Todavía no me explico qué fue lo que me alertó. Fue una certeza repentina: «Están aquí. Están muy cerca». Me puse a temblar. Apenas podía respirar... —Se interrumpió. Se le habían oscurecido los ojos al tiempo que se ponía pálido. El sudor le perló la frente.

—Fue el inconsciente, los sensores que desarrolló durante su primer encarcelamiento —explicó Jonas—. Los animales salvajes poseen ese instinto. Presienten el peligro mucho antes de que haya algo que ver u oír. Señor Chalid, su instinto funcionó de maravilla en ese momento.

Como contó, Hamzah se quitó la manta de encima, abrió la puerta y se tiró a la calle. La suerte quiso que se encontraran en un cruce que tenía al lado mismo un pequeño parque con mucha maleza. Se escondió entre los arbustos. Después supo que la policía secreta los iba siguiendo y estaba tan solo dos coches más allá. Lo habrían detenido en cuestión de minutos. Una vez más había conseguido huir en el último momento.

Luego unos traficantes de personas hicieron que pasara la frontera con Pakistán. También entonces vivió aventuras de todo tipo y estuvo a punto de caer en manos de los espías del gobierno. Al final fue a parar a Inglaterra, donde solicitó asilo político y le fue concedido. Su historia era emocionante y, después de que alguien lo pusiera en contacto con un periodista, se había publicado en un diario. Y ahora una productora de televisión se interesaba por ella. Jonas tenía la sensación de que a Hamzah lo devoraba la impaciencia: debía contarlo todo. La gente lo escuchaba, le prestaba atención; sobre todo se daba cuenta de la injusticia de la que había sido víctima. Era un hombre profundamente traumatizado al que le habían robado su vida normal. Había sobrevivido, pero no había recuperado una vida digna de ser vivida. No había pasado página de lo sucedido, no podía entender por qué el mundo no alzaba la voz ante historias como la suya. Ahora por fin iba a oír esa voz. Así las cosas mejorarían, podría dejarlo todo atrás y encontrar un camino hacia el futuro.

Jonas dudaba de que esas esperanzas pudieran realizarse, pero no quería hablar de ello por el momento. El documental nunca alcanzaría la repercusión que el iraquí se imaginaba. En su país habían pasado tantas cosas desde entonces... Hacía mucho que el dictador ya no existía, y otros problemas y crisis sacudían la región. En realidad, para la opinión pública, Hamzah y su historia eran ya agua pasada. Claro que era un asunto interesante y atraería a las pantallas a algunos espectadores, pero ni desencadenaría discusiones ni llenaría los periódicos. Hamzah soñaba con aparecer en programas de televisión, dar conferencias y conceder entrevistas. Creía que lograría curarse si daba a conocer el miedo que lo atenazaba.

—Entonces, ¿seguro que escribirá usted el guión? —preguntó varias veces—. ¿De verdad se rodará la película?

—Por lo que parece, todo irá como se ha planificado —le aseguró Jonas—. No se preocupe.

Hamzah se giraba continuamente, escrutaba a la clientela del café, se quedaba mirando a los viandantes que pasaban por delante de la cristalera.

—Ese instinto, ¿sabe...? Ese instinto que me salvó la vida tantas veces en Bagdad... Ya no puedo desconectarlo. Está siempre ahí. Siempre vigilante.

—Es comprensible —dijo Jonas educadamente. Sin embargo, lo que Hamzah llamaba instinto hacía tiempo que era algo muy diferente. Ahora presentía enemigos donde no los había. Había caído en un estado de neurosis total, quizá incluso en una psicosis. Se creía cercado por los esbirros de un dictador muerto. Cuando se llevaba la taza a la boca le temblaban tanto las manos que se le derramaba el café en el

regazo. Apenas la dejaba de nuevo en el platillo, volvía a girarse nervioso.

La expresión «estado de catástrofe» del doctor Bent le vino de nuevo a la cabeza a Jonas, junto con el pensamiento de que en realidad el pobre Hamzah Chalid y él no eran tan diferentes. Ambos estaban atenazados por miedos que, al menos en su situación actual, no eran reales, aunque ellos los sintieran como tales. Hamzah y Sadam Husein. Jonas y el descalabro social y profesional. Dos historias completamente distintas, dos hombres a primera vista totalmente diferentes.

Sin embargo, los dos llevaban dentro una bomba de relojería cuya existencia solo notaban ellos, cuyo tictac solo ellos escuchaban.

—¿Cuáles son los próximos pasos? —preguntó Hamzah.

—Escribiré lo que llamamos el «tratamiento» —explicó Jonas—, que va separado en imágenes y escenas. Me he hecho con un relato exhaustivo de su historia. En cuanto esté listo, por supuesto, podrá leerlo. Después deberíamos vernos de nuevo para comentarlo todo, tras lo cual me pondré con el trabajo detallado.

—¿Cuándo será eso? Quiero decir, ¿cuándo tendrá listo el tratamiento?

Jonas reprimió un suspiro. No iba a ser fácil trabajar con Hamzah.

—Tardaré un poco. Aún no está del todo claro si será un documental o más bien una película, ni qué porcentaje de ambas cosas habrá. Me reuniré con los productores la semana que viene y discutiremos también esa cuestión.

Hamzah asintió pero parecía descontento. Junto con su continuo miedo a un peligro inminente, parecía que estaba en su carácter temerse siempre lo peor y ser incapaz de confiar en nadie.

—No queremos nada hecho de prisa y corriendo —continuó Jonas—, sino una historia realmente sólida, y para eso no podemos precipitarnos.

—Pero ¿estaremos en contacto? —quiso asegurarse Hamzah. Era probable que la idea de pasarse meses encerrado en su buhardilla sin saber lo que pasaba le resultara insoportable, cosa que Jonas podía comprender.

—Claro que sí. Nada se hará a sus espaldas ni sin informarle. Al fin y al cabo, ¡usted es el protagonista de todo esto!

La última frase era una mentira piadosa. Nadie en la productora veía a Hamzah Chalid como el personaje principal de nada, ni siquiera como un personaje relevante. Había vendido los derechos de su historia y ya no tenía especial importancia para nadie. Al contrario, más bien agradecerían que se mantuviera al margen. Era un caso similar al de los escritores de novelas que luego se filmaban: se quejaban de todos los cambios, querían modificar esto y aquello, se alteraban y no causaban más que problemas. Sería mucho mejor que no dieran la lata y se quedaran en un segundo plano. Sin embargo, la mayoría no eran fáciles de intimidar, y menos aún de acallar definitivamente. No parecía ser el caso de aquel refugiado tan inseguro y al borde de una crisis nerviosa. A nadie le importaba un comino. A la hora de la verdad, y eso ya podía preverlo Jonas, iba a ser el único que se preocupara por él. Intuyó que Hamzah se le iba a pegar como una lapa. Y cuando todo terminara en una amarga decepción, a

él le tocaría una buena ración del drama.

Apartó aquellos pensamientos. Era demasiado pronto, todo era demasiado imprevisible. No servía de nada plantearse el posible desarrollo de los acontecimientos.

La palabra «protagonista» parecía haber animado un poco a Hamzah. Sus ojos no tenían ya esa mirada desconsolada. Se acabó el café y volvió a girarse para mirar alrededor.

—Me alegro de que nos hayamos visto —dijo.

—Sí, yo también —respondió Jonas. Hizo una seña a la camarera y pagó las consumiciones de los dos—. Me pondré en contacto con usted —prometió mientras se levantaba.

También Hamzah se puso en pie. Jonas se dio cuenta de que estaba encorvado. Pensó en las torturas que había padecido. Aquel mundo estaba tan lejos del suyo que era difícil de imaginar, difícil de comprender. Por un momento se sintió avergonzado.

Los dos hombres se despidieron en la calle. El día de abril estaba nublado, pero el aire era tibio. Jonas se quedó mirando a Hamzah, que se alejaba cojeando.

Él se fue en dirección a su coche.

Aún le quedaban dos reuniones. Después se iría a casa y por fin podría dedicarse a su verdadero trabajo: escribir.

2

Stella y Sammy entraron en casa y Sammy, que se había pasado todo el rato hablando en el coche, tampoco paró al entrar por la puerta, ir a la cocina y encaramarse a su trona arrimada al mostrador. Stella lo había recogido de la guardería, en la que esa mañana habían celebrado el cumpleaños de un amiguito, por lo que (como si hubiera sido necesario) le había vuelto a recordar su propia fiesta. Iba a ser el viernes, y habían planeado una gran celebración. Sammy rumiaba por enésima vez su lista de deseos, que cada vez era más larga, y se inventaba los juegos más disparatados para la fiesta. A Stella le encantaba verlo así, lleno de alegría y rebosante de energía e imaginación. El niño podía quedarse a comer en la guardería pero muchas veces ella lo recogía, especialmente cuando Jonas no estaba en casa. ¿Por qué iba a sentarse sola a tomar desganada un yogur? Se divertía mucho más comiendo con su hijo y disfrutando de él. Ese día había decidido prepararle *nuggets* de pollo con patatas fritas, su plato preferido.

Mientras extendía las patatas congeladas en la bandeja del horno escuchaba a medias el parloteo de Sammy. Stella estaba pensando otra vez en el futuro. Había dejado de trabajar desde que tenían al niño, que en septiembre empezaría a ir al colegio. Aquel le parecía un buen momento para replantearse la vida. No quería

quedarse para siempre en casa, aunque sabía que la vuelta al mundo profesional no iba a ser tan fácil. Había trabajado como productora en una empresa de cine; echaba de menos el trabajo pero no se hacía muchas ilusiones de poder compaginarlo con la vida familiar. La media jornada sonaba muy bien sobre el papel, pero en realidad era insostenible. Aunque Jonas trabajaba en casa durante largos períodos de tiempo: si lo planificaban bien y lo acordaban con antelación, a lo mejor...

—Y globos —estaba diciendo Sammy—. ¡Mami! ¿Me escuchas? Pondremos globos por toda la casa, ¿vale?

—Claro, y en el jardín también, si hace buen tiempo.

Las patatas ya estaban en el horno. Stella estaba ajustando el termostato cuando sonó el teléfono.

Más tarde se acordaría de esa escena una y otra vez. Del timbre, que al principio le pareció completamente normal pero que más adelante recordó como un sonido espantoso. El timbre que había interrumpido una escena pacífica y cotidiana: la cocina agradable y luminosa, las flores en la ventana, las patatas en el horno, que zumbaba quedamente. Sammy en su trona, parloteando y haciendo planes. Fuera, un coche atravesaba despacio la urbanización. Algunos rayos de sol traspasaban las nubes que hasta entonces habían envuelto el día en una luz lechosa y apagada.

Fue sin prisa hacia el teléfono, que estaba en el salón. Seguramente era Jonas. Cuando estaba fuera solía llamar, y aquel día no había sabido nada de él desde por la mañana. Ya debía de haber salido de la consulta del doctor Bent. Tenía ganas de que se lo contara.

Sammy continuaba hablando sin parar en la cocina:

—Y además un pastel de plátano todo cubierto de chocolate y...

—¿Dígame? —contestó.

Un momento de silencio. Luego una voz: femenina, joven, un poco tímida, disfrazada bajo una determinación alegre y forzada.

—Hola, ¿Stella? Soy Terry. Terry Malyan. ¿Te acuerdas de mí?

Cómo no iba a acordarse.

La madre biológica de Sammy. A la que había deseado no volver a ver en la vida.

Estaba sentada en la cocina, frente a Sammy, pero apenas veía a su hijo, que estaba esparciendo por el plato una auténtica orgía de ketchup. De algún modo había conseguido terminar de preparar la comida y poner la mesa, pero había actuado como en trance. Y sin dejar de preguntarse a qué se debía la sensación de amenaza que la atenazaba.

Terry Malyan.

—El 2 de mayo Sammy cumple cinco años —había dicho por teléfono, con aquella voz extrañamente forzada—, y había pensado que sería una ocasión estupenda para volver a verlo.

Terry había estado casi cinco años sin dar señales de vida. Sin llamar y sin escribir, ni por los cumpleaños de Sammy ni en Navidades. En el primer cumpleaños del niño Stella le había mandado fotos, pero no había recibido respuesta. Al final había terminado por borrar de su vida a aquella mujer.

Y se había sentido aliviada.

—Casualmente vamos a estar en Londres ese fin de semana...

Ah, ¿sí? ¿Casualmente? ¿Y qué quería decir ese «vamos»?

—Mi novio y yo. Tiene cosas de trabajo allí.

¿Se refería al padre de Sammy? Stella no había llegado a conocerlo, no se había dejado ver cuando se llevó a cabo la adopción. Por lo que sabía, era un estudiante de diecisiete años absolutamente horrorizado y traumatizado por el resultado de su primera relación sexual, que había tenido lugar con una chica de dieciséis en una tienda de campaña de un campamento en la costa de Gales, y que había sido todo un éxito: en forma de un niño que nació al cabo de nueve meses.

Stella aún recordaba bien la llamada de la trabajadora social de la oficina del menor, en abril de 2009.

—Tenemos un bebé para usted. Nacerá a principios de mayo. Los padres están decididos a darlo en adopción de inmediato. Son casi unos niños, están en el instituto y la situación los desborda por completo.

Desde el principio todo estaba planteado como una adopción cerrada, Jonas y Stella no habrían considerado otra posibilidad. Los padres biológicos no conocerían a los padres adoptivos, ni al contrario. Si más adelante el niño quería conocer a sus verdaderos padres por supuesto que se le permitiría acceder a la documentación, pero hasta entonces no habría contacto de ningún tipo. Stella y Jonas no pretendían ocultarle a su hijo que era adoptado pero no deseaban visitas continuas, contacto ni intromisiones. Tampoco que el niño se sintiera internamente dividido entre los distintos padres.

—No, no es el padre de Sammy —había dicho Terry por teléfono—. No he vuelto a saber de él. Ahora llevo medio año con mi nuevo novio. Se llama Neil Courtney. Seguramente nos casaremos.

—Mami, ¿me estás escuchando? —preguntó Sammy, mirando a su madre desde el otro lado de la mesa. Tenía la cara llena de churretes de ketchup y parecía que se hubiera caído en un cubo de pintura.

Stella intentó sonreír.

—Claro que te escucho.

Neil Courtney. El nuevo novio de Terry. Al que seguramente quería enseñarle el niño al que había dado a luz y por el que no se había interesado en años.

¿O era él quien estaba detrás de la idea? Pero ¿qué clase de hombre se interesaba tanto por el hijo de un predecesor, un hijo que, además, no tenía ninguna importancia en la vida de la madre?

Deseaba que Jonas llegara a casa de una vez. Necesitaba hablar con alguien, con

alguien que la tranquilizara. Que disipara todos los temores que en ese momento ni siquiera era capaz de formular.

Cuando todo sucedió, las cosas se escaparon por completo a su control. El 2 de mayo nació el deseado bebé, que fue inmediatamente entregado a los padres adoptivos. Poco antes de que se cumpliera el plazo de varias semanas que garantizaba a la madre la posibilidad de reflexionar sobre su decisión y de anularla, sucedió lo que más temían: la oficina del menor se puso en contacto con ellos y les explicó que no iban a poder quedarse a Sammy.

—La madre quiere recuperarlo, no consigue superar la separación. Quiere recuperarlo a cualquier precio.

A Stella se le vino el mundo encima.

—¡Eso no puede ser! Lleva ya casi cinco semanas con nosotros. Lo queremos. Es nuestro hijo, ¡no pueden llevárselo!

La señora de la oficina del menor sonaba preocupada:

—Lo siento muchísimo, señora Crane. Ojalá pudiera ahorrarle este dolor. Pero tengo las manos atadas por la ley. He de cumplir los procedimientos, no me queda otro remedio.

—¡Pero esa chica tiene solo dieciséis años!

—Sí. Es muy joven. Y todo esto es una situación muy desagradable, pero...

Se habían llevado a Sammy. Stella recordaría ese momento hasta el final de su vida. Le arrancaron un trozo del corazón. Y, a pesar de todo lo que sucedió después, esa herida seguiría ahí. Para siempre.

Al cabo de tres semanas espantosas, durante las que Stella consultaba sin cesar al doctor Bent y tomaba tranquilizantes, y durante las que Jonas apenas se atrevía a salir de casa porque temía que su esposa se lesionara, la oficina del menor se puso en contacto con ellos otra vez. Había problemas. La madre de Sammy se sentía cada vez más desbordada y no estaba segura de que la decisión de quedarse a su hijo hubiera sido la correcta. La atormentaba la sensación de estar arruinando su vida y de que el niño le cerraba cualquier oportunidad de futuro, pero al mismo tiempo la torturaba el sentimiento de culpa al pensar en darlo en adopción.

—Le gustaría verse con usted, señora Crane. Sé que eso iría completamente en contra de lo acordado, pero...

—¿Sí?

—Creo que existe una posibilidad real de que se decida a dar al niño en adopción si conoce a los padres y se convence de que Sammy estará bien con ustedes. En realidad sabe que no puede ofrecerle a su hijo ninguna estabilidad. Lo que necesita es la certeza de que está haciendo lo correcto, y seguramente una conversación con usted la convencería de eso.

—Pero entonces el proceso ya no sería anónimo.

—No. Y entendería perfectamente que en estas circunstancias quisiera desvincularse de todo esto. Lo menciono solo porque nosotros debemos anteponer el

bienestar del menor y... —Se interrumpió. No quería decir demasiado.

Pero Stella adivinó lo que pensaba.

—En su opinión, para Sammy sería mejor estar con nosotros.

—Se lo digo claramente: sí.

Aquello disipó todas las dudas de Stella. Conocería a la madre de Sammy.

Jonas no opinaba igual. Estaba completamente en contra.

—Puede convertirse en un continuo tira y afloja. Esa chica no sabe lo que quiere. ¿Qué haremos si la tenemos cada dos por tres en la puerta de casa porque de repente se le despierta otra vez el instinto maternal?

—Después de cierto plazo la adopción es jurídicamente válida. No podría hacer nada.

—Legalmente, no. Pero puede hacernos la vida imposible. Llamar constantemente. Presentarse en casa. Querer verlo todo el tiempo. Intentar coaccionarte con lágrimas. Ya hemos hablado de todo esto, Stella. Había razones por las que queríamos a toda costa una adopción cerrada.

—Ya. Pero ahora la situación ha cambiado. Tenemos que cambiar nuestra perspectiva, no hay otra opción.

—Claro que hay: esperar a otro niño.

—¡Tardamos casi un año en tener a Sammy!

—Pues tardaremos otro año. No es tanto tiempo. Y a lo mejor va más deprisa.

A Stella se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque habría querido poder evitarlo.

—No puedo esperar más, Jonas. Llevamos seis años intentando tener un hijo. No hemos sufrido más que decepciones. Ha sido una guerra de nervios. Ya no puedo más, estoy destrozada. Y además quiero a Sammy. Ha estado aquí. Lo he tenido en brazos. No puedo decir sin más: «Pues nada, ya cogeremos otro niño». No puede ser. No puedo.

Jonas había cedido. Había sentido la auténtica desesperación de Stella, su absoluto agotamiento. Él también estaba agotado. No podía aguantar otra confrontación sobre el asunto.

Y todo había ido bien, tan bien que incluso las dudas de Jonas desaparecieron. Habían conocido a la madre biológica, Therese Malyan, de dieciséis años, natural de Truro, en Cornualles.

—Por favor, llámame Terry. ¿Puedo llamarte Stella?

Stella hizo aquella concesión. Lo que importaba era Sammy, y nada más. Había invitado a Terry a ir a su casa en Kingston, Londres, y le había enseñado la habitación del niño, sus juguetes, sus peleles. La chica lloró.

—Va a estar muy bien con vosotros, ya lo veo. Los dos sois buenas personas.

Stella había notado su alivio. Aquel embarazo no deseado había convertido la vida de Terry en un caos del que, desde el principio, no había visto más salida que dejar al niño en otras manos para recuperar su libertad. Cuando se hubo asegurado de que eran buenas manos («las mejores, de verdad, Stella, el niño no podría estar

mejor») se decidió, y esta vez para siempre: no hubo arrepentimiento antes de que se cumpliera el plazo.

La adopción del pequeño Samuel Malyan se formalizó legalmente. Pasó a llamarse Samuel Crane y a ser el hijo de Jonas y Stella.

Y hasta aquel día no habían vuelto a saber nada de Terry. Casi se habían olvidado de su existencia.

—¡Mami! ¡No me estás escuchando! —se quejó Sammy.

Dejó de fingir que no pasaba nada.

—Tengo que llamar a papá enseguida. Ahora mismo vuelvo, cariño. Y seguimos planeando tu cumple. —«Con tu otra madre y su nuevo novio como invitados de honor».

Fue al salón con el corazón a cien. Necesitaba que alguien le dijera que se estaba preocupando sin motivo.

Jonas contestó tan deprisa como si hubiera tenido el móvil en la mano.

—Estaba a punto de llamarte, Stella. Acabo de hablar con la productora. ¿Qué opinas de dos semanas de vacaciones en los páramos de Yorkshire a finales de mayo o principios de junio? En medio de la nada, y no me llevaría trabajo. Tengo un compañero, también guionista, que nos alquilaría su casa. Es perfecta para desconectar. ¿Qué te parece? El doctor Bent dice que...

No le interesaba lo que dijera el doctor Bent, y los páramos de Yorkshire le interesaban aún menos. Interrumpió su verborrea:

—Jonas, ha llamado. Hace veinte minutos. Terry Malyan. Quiere visitarnos el día del cumpleaños de Sammy.

Él se quedó callado unos segundos. Pareció que de verdad necesitaba un momento para recordar a quién se refería Stella. A lo mejor le estaba costando pasar de los páramos a la vida real.

—Bueno —dijo al final, lentamente—. Bueno.

—No, Jonas, no es nada bueno. Tengo miedo de que... Quiero decir, ¿a qué viene esto? ¿Qué es lo que quiere?

Él la interrumpió.

—No te alteres, Stella. Seguro que no quiere más que eso: visitarlo. No ha dado señales de vida en cinco años y simplemente se le ha ocurrido la idea. No ha tenido ninguna relación con Sammy y no la va a establecer en una tarde. Apuesto a que después no volveremos a saber de ella por lo menos en otros cinco años.

—Tiene un novio nuevo, viene con él. Jonas, ¿por qué tengo un presentimiento terrible?

—Porque te ves en competencia con ella y eso te crea inseguridad —contestó—. Todo va a ir bien, Stella. Por favor, créeme.

Pocas semanas después tendría que reconocer que también él tuvo un mal presentimiento. Una intuición oscura que enseguida reprimió.

SÁBADO, 3 DE MAYO

1

El comisario Caleb Hale estaba en la zona de llegadas del aeropuerto de Leeds Bradford y observaba a los viajeros que atravesaban las puertas automáticas. El avión de British Airways procedente de Londres había aterrizado hacía veinte minutos, y ya era hora de que Kate apareciera. Aunque seguramente estaría esperando la maleta. Le había dicho por teléfono que se quedaría bastante tiempo, por lo que era casi seguro que no viajaría solo con equipaje de mano.

Esperaba reconocerla. Se habían visto una vez hacía muchos años pero, para ser sincero, lo que le había quedado en la memoria era que nadie podría superarla en insignificancia. Era la típica chica gris, pequeña, delgada y cohibida. Esperaba que se le despertara la memoria cuando la viera entre el resto de la gente.

Se arrepentía de haberse ofrecido a ir a recogerla al aeropuerto, pero por supuesto ya no había oportunidad de desdecirse y, además, suponía que era lo mínimo que podía hacer por la hija de un colega retirado brutalmente asesinado. Lo mínimo que debía hacer.

En realidad, justo por eso tenía miedo. ¿Cómo de traumatizada estaría aquella mujer? Era colega, sargento de Scotland Yard, seguramente curada de espanto en cuanto a crímenes violentos. Pero cuando las víctimas eran familiares todo era muy distinto. Por lo que Caleb sabía, su padre era su único pariente vivo. No estaba casada, o no lo estaba cuando se vieron por última vez. Le había parecido bastante sola.

Temía que se derrumbara. Y entonces él no sabría qué hacer. A menudo tenía que dar noticias terribles a los familiares de las víctimas, pero esto era diferente: se trataba de la hija de un antiguo colega. Aunque intentara luchar contra ello, estaba emocionalmente implicado, y eso le daba dolor de estómago.

La reconoció de inmediato cuando salió por la puerta. Llevaba una bolsa de viaje en una mano y con la otra tiraba de una maleta con ruedas. Tenía el fino cabello recogido, lo que hacía que su cara pálida resultara aún más delgada de lo que la recordaba. Seguramente había perdido mucho peso, lo que no sería de extrañar. Caleb se estremeció al pensar en perder un familiar de la manera en que ella había perdido a su padre. Se acercó a ella.

—¿Kate Linville? —Dudó. Al fin y al cabo, no tenían confianza—. ¿Sargento? —añadió.

Ella le tendió la mano.

—Puedes llamarme Kate —dijo sin sonreír. Tenía el aspecto de alguien que no supiera cómo curvar hacia arriba las comisuras de los labios.

—Caleb —respondió. Le estrechó la mano y luego cogió la bolsa y la maleta—. Vamos por aquí, tengo el coche en el aparcamiento de corta estancia. ¿Ha ido bien el vuelo?

—Sin problema —contestó.

Caleb se preguntó si siempre había tenido una expresión tan rígida. No lo recordaba. Kate había ido a Yorkshire en febrero, justo después del asesinato de su padre, pero él no estaba. No había salido de la clínica hasta principios de marzo. Oficialmente había pasado allí una temporada para recuperarse de un *bypass*; así lo había acordado con sus superiores. Solo sus compañeros más cercanos sabían que no le habían hecho nada, sino que después de su último episodio, en diciembre, su médico le había advertido muy claramente: o seguía un tratamiento de desintoxicación del alcohol o tenía los días contados. Por primera vez se había dado cuenta de que el asunto era serio. Estaba al borde mismo del precipicio y, si no se daba la vuelta, se caería. Podía considerarse afortunado de que su médico hubiera sido despiadadamente sincero con él, y de que sus superiores le dieran una segunda oportunidad. Sabía que eso se debía al alto porcentaje de casos que cerraba con éxito. Era uno de los mejores, por eso intentaban retenerlo. Bajo los efectos del alcohol trabajaba de maravilla. Quedaba por ver si trabajar sobrio sería lo mismo.

Caleb había notado las reservas de Kate hacia él en las conversaciones telefónicas más o menos semanales que habían mantenido tras su regreso, tras haberse hecho cargo del caso Linville. Seguramente no estaba muy contenta de que se le hubiera encomendado a un hombre que se había reincorporado al servicio dos semanas después de los hechos. Él le había asegurado de que dos de sus mejores colegas, la agente Jane Scapin y el sargento Robert Stewart, a quienes Kate había conocido al poco de producirse el asesinato, habían hecho un trabajo magnífico y le habían informado de todo lo necesario. Podía hacerse cargo sin problemas, como si hubiera estado presente desde el primer día.

Pero estaba claro que ella lo veía de otra manera. Seguramente desconfiaba de su capacidad en general. Seguro que no le parecía ideal que el esclarecimiento del asesinato de su padre quedara en manos de alguien que (por lo que sabía) acababa de salir del hospital por una operación grave, y a quien probablemente los médicos le habían recomendado reposo y que evitara el estrés y la agitación.

Aunque más la habría inquietado saber la verdad.

Caleb metió el equipaje en el maletero, se subieron al coche y arrancó. Mientras salían lentamente del parking, le preguntó:

—¿Cuánto tiempo te quedarás?

—He cogido las vacaciones anuales, y he añadido los días no retribuidos. Seguramente me quedaré unas seis semanas. Ya veremos. A lo mejor más.

—¿Tu jefe ha accedido a darte seis semanas?

Ella asintió.

—Comprende que es una situación especial. Además, desde que... desde que

pasó no... Bueno, no doy una. Creo que mis compañeros están bastante contentos de librarse de mí.

—¿Sabes ya qué harás con la casa? Ahora eres la dueña...

—Aún no lo sé. Esa es la razón de que me quede tanto tiempo. Quiero pensar qué hacer. Todo esto es... una pesadilla —dijo las últimas palabras en voz muy baja. Él la miró un momento. Había empalidecido aún más. Parecía alarmantemente enferma y desgraciada.

Caleb preguntó, con cautela:

—¿Estás segura de que...? Quiero decir, ¿de verdad quieres quedarte en la casa? Con todos los recuerdos, y además es el lugar en que... sucedió.

—Es mi hogar. Claro que quiero quedarme allí.

A él no le pareció sensato, pero no dijo nada más. Durante un rato ambos estuvieron callados, mientras el coche salía de Leeds en dirección a la costa. Luego Kate preguntó:

—¿Se sabe algo nuevo?

Esa era la primera pregunta que hacía en cada llamada. Necesitaba respuestas: ¿quién era el asesino? ¿O eran varios? ¿Por qué Richard Linville había tenido que morir de una forma tan espantosa? Encontrar al o a los culpables y meterlos en la cárcel era lo que le daba fuerzas. Lo que la ayudaba a no caer en la depresión. Lo que, al menos por ahora, aseguraba su estabilidad mental.

Caleb no tenía nada extraordinario que contarle, aunque sí que había un nuevo indicio.

—Sobre cuya trascendencia aún no podemos pronunciarnos —advirtió de inmediato.

—¿Y es?

—En su momento, la agente Scapin hizo interrogar a los vecinos, pero no se sacó nada en claro. Sin embargo, ahora ha aparecido una testigo, la amiga de un vecino, que unos días antes de aquel 22 de febrero estaba de visita en la calle Church Close. Afirma que en la tarde del 19 de febrero vio un Peugeot verde oscuro que le resultó llamativo.

—¿Llamativo? ¿En qué sentido?

—Estuvo paseándose arriba y abajo por Church Close. No es de nadie que viva allí. Lo hemos comprobado y nadie tiene un Peugeot, ni un coche similar, verde oscuro... Nos aseguramos por si la testigo no se hubiera fijado bien en la marca. A ella le dio la impresión de que estaba buscando una dirección, lo que al principio no le pareció extraño. Lo que sí le resultó raro fue que apareciera por tercera vez en Church Close, subiera otra vez hasta Wendehammer y diera la vuelta de nuevo. Pensó que ya era hora de que el conductor supiera si estaba en la calle que buscaba o no. De todas maneras, no le pareció tan extraño como para contárselo a alguien.

—¿Y entonces por qué ahora sí? ¿Por qué ahora?

—Es un asunto complicado. La mujer está casada, pero mantiene una relación

con un hombre soltero de Church Close, en Scalby. No se atrevía a decir nada por miedo a que se descubriera. Pero la conciencia no la dejaba en paz, por eso al final ella y el hombre se pusieron en contacto con nosotros. Muy tarde, por supuesto.

—¿Tú has hablado con ella?

Caleb asintió.

—Sí. Pero no obtuve más que lo que te acabo de contar. La mujer está muy segura de su relato, pero por desgracia no recordaba absolutamente nada de la matrícula.

A Kate se le crisparon las manos.

—¡Demasiado tarde! ¡Todo demasiado tarde! Si la hubierais interrogado el 22 a lo mejor habría sido posible recuperar algún recuerdo, pero así...

—Pero Kate, a tu padre lo encontraron el 23. Antes... sería imposible que hubiera ninguna investigación.

Kate calló y se giró para mirar por la ventanilla. Caleb estaba seguro de que pensaba en los horribles momentos que había vivido hacía diez semanas. A una vecina le había llamado la atención un domingo que la botella de leche del día anterior siguiera ante la puerta de Richard Linville. Cuando viajaba, el señor Linville solía avisarla y le dejaba una llave para que le regara las plantas. La vecina tenía el número de Londres de Kate por si pasaba algo, y al final la había llamado. Después relató a la policía que Kate se había asustado mucho y le había pedido que fuera a la casa y llamara a la puerta o mirara por las ventanas, por si podía ver a su padre. Kate ya estaba inquieta porque, en contra de su costumbre, su padre no la había llamado ni el sábado ni en la mañana de aquel domingo. Había intentado hablar con él varias veces pero siempre le saltaba el contestador.

La vecina llamó al timbre con insistencia, sin obtener respuesta. Entró en el jardín y rodeó la casa. Antes de ver la puerta del comedor rota miró por la ventana de la cocina y retrocedió aterrorizada por la espantosa escena: una silla en medio de la habitación, y en ella una figura claramente atada, con el torso vencido hacia delante. Por eso no vio la bolsa de plástico en la cabeza. Tres pasos más allá se fijó en la puerta forzada, pero en ese momento ya solo podía gritar.

Un médico determinó después que Richard Linville había muerto angustiosamente asfixiado.

—¿La testigo pudo describir al conductor del Peugeot? —preguntó Kate. Se notaba que se esforzaba por sonar objetiva y profesional.

A Caleb le habría encantado poder darle un poco de esperanza, pero debía ceñirse a los hechos:

—Por desgracia, no. Solo dice que era un hombre.

Ella soltó un quejido.

—No es casi nada.

—No. Pero por otro lado tampoco sabemos si el coche tiene alguna relación con el crimen. En ese sentido no debemos preocuparnos demasiado si no averiguamos

más.

—Seguro que estuvieron siguiendo a mi padre. Es probable que el ataque estuviera cuidadosamente planeado y preparado.

—Partimos de esa base, sí. No se trata de un simple robo en el que tu padre tuviera la mala suerte de cruzarse en el camino de los ladrones. Por eso...

Caleb se interrumpió y dejó la frase a medias, pero Kate sabía lo que había querido decir:

—Por eso salió tan mal parado. Por eso fue brutalmente asesinado. Al asesino le movían el odio y la rabia. Y no se llevaron nada.

—Así es, tú misma se lo confirmaste a mis compañeros en tu primera declaración. En la casa no faltaba nada, y además encontramos mucho dinero en efectivo en la cartera de tu padre. Está claro que al asesino o asesinos eso no les interesaba nada.

—Lo que deja solo una conclusión —afirmó Kate. No era la primera vez que lo decía—. En vista de la profesión de mi padre solo puede ser una venganza. Como es lógico, tenía enemigos. Delincuentes. Criminales. Hay que revisar todos los casos de su carrera y...

—Eso es precisamente lo que estamos haciendo, a fondo —respondió Caleb—. Por favor, créeme, nos lo estamos tomando muy en serio. Hemos creado una comisión especial y todos están muy implicados. Richard era uno de los nuestros. Queremos aclarar este caso, y vamos a conseguirlo.

—¿Habéis intentado hablar con Norman Dowrick?

El sargento Norman Dowrick había sido el colaborador más estrecho de Richard Linville durante muchos años y, además, un buen amigo. Kate lo recordaba de sus tiempos de juventud: él y su mujer iban a menudo a casa. Un disparo que lo dejó parapléjico acabó con su carrera diez años atrás. Amargado por su suerte, se había apartado de todo y de todos, también de sus antiguos compañeros y amigos. También de Richard. Kate había oído a menudo a su padre hablar de aquello con tristeza y resignación. Aun así, ambos habían trabajado juntos tanto tiempo y con tanta intensidad que existía la posibilidad de obtener de Dowrick información interesante.

Pero Caleb tuvo que decepcionarla.

—Uno de mis hombres estuvo en su casa, pero solo encontró a la señora Dowrick. Norman se separó de ella hace años y se fue a vivir a Liverpool, donde lleva una vida solitaria y amargada. Pienso que no tiene mucho sentido seguir esa pista. Tampoco creo que pueda decirnos nada que no sepamos ya. Al fin y al cabo, no trabajaban solos en los casos y hay documentación de todo.

—¿Y qué conclusiones has sacado de toda esa documentación?

Habían llegado a Scalby. Caleb paró a la entrada de la población, en el aparcamiento de un supermercado.

—Kate, por favor, tómate un respiro. No tenemos que hablar de absolutamente todo ahora mismo, en las primeras horas de tu estancia aquí. Toma tierra. Ya va a ser suficientemente difícil entrar en la casa, que te asalten las imágenes de... No voy a

hacer nada a tus espaldas. No pretendo ocultarte nada. Pero no hay que discutirlo todo ahora.

Ella se lo quedó mirando, con una mezcla de absoluto desconsuelo y enorme inquietud en los ojos.

—No tienes nada. Absolutamente nada. Han pasado más de dos meses del asesinato y no tienes ni el más mínimo indicio, no has avanzado ni un paso.

—Es verdad, tienes razón. Pero tú misma conoces la desesperante lentitud con la que avanza este trabajo tan minucioso.

—El tiempo juega en nuestra contra.

—No si se trata de una venganza relacionada con el trabajo de Richard. Encontraremos el nexo, sea un mes antes o un mes después. No te preocupes. Estamos en ello.

Kate era la duda personificada, pero no añadió nada más. Caleb señaló el supermercado.

—Deberías comprar algo de comer. No creo que encuentres nada decente en casa de tu padre. La agente Scapin vació la nevera en su momento y se deshizo de todo lo perecedero, no quedó nada de nada.

—Gracias. Algo encontraré.

—¿Seguro que no quieres comprar algo? Mañana es domingo y...

—No, no quiero comprar nada.

—Pero tienes que comer.

—Algo habrá en la casa.

No había nada que hacer. Caleb arrancó el coche. La veía en la casa vacía y silenciosa en la que había vivido con sus padres, escuchando el tictac de los relojes y el zumbido de las moscas que chocaban contra los cristales. De pie en la cocina, mirando fijamente la silla en la que había muerto su padre, atado de manos y pies. Él se habría rodeado de comida reconfortante y de... Bueno, el Caleb de antes se habría hecho con al menos dos botellas de whisky. En esas situaciones solo lo ayudaban las calorías y el alcohol. Pero, por el aspecto de Kate, estaba claro que ella no recurría a las mismas cosas. Seguramente hacía mucho que no había comido en condiciones, y era probable que emborracharse de vez en cuando tampoco le hubiera servido de mucho. Parecía no creer que nada en el mundo pudiera ayudarla, salvo la condena y el castigo del asesino. Sin embargo, en opinión de Caleb, tampoco eso podría curar por mucho tiempo sus heridas interiores.

Condujo en dirección a Church Close.

A la casa del fallecido comisario Richard Linville.

Estaban sentados en el salón, alrededor de la mesita de café, y se esforzaban por iniciar y mantener viva una conversación. En realidad solo se esforzaban Stella y Jonas, porque los dos invitados contribuían muy poco a que aquella tarde triste resultara menos dificultosa e incómoda. Terry Malyan se dedicaba sobre todo a poner por las nubes a su novio y, por lo que le pareció a Stella, a comprobar con miedo, o al menos con nerviosismo, su estado de ánimo.

Neil Courtney. El nuevo novio.

En muy pocas ocasiones había conocido Stella a alguien que le resultara tan antipático a primera vista. Que le hubiera causado un rechazo, una antipatía y un sentimiento de precaución tan instintivos. Si hubiera tenido que describir a Neil Courtney en pocas palabras habría dicho: arrogante, presuntuoso, frío como un témpano, sin empatía; un tipo al que preferiría no estrechar la mano.

Era guapo, alto y ancho de hombros. Llevaba el pelo rapado al milímetro y un pendiente brillante en la oreja derecha. Camiseta blanca, vaqueros, chaqueta vaquera. Un hombre que seguramente ejercía una gran influencia sobre las mujeres. En Terry, desde luego, lo hacía.

Terry había cambiado mucho en esos cinco años, o más bien, sospechaba Stella, desde que estaba con Neil. Stella recordaba a la jovencita algo exaltada de entonces, casi una niña convertida de repente en madre y perdida en un caos de sentimientos. No le entusiasmó, pero la encontró simpática. Ahora la notaba abducida. No era ella misma.

Se notaba ya solo en la forma de vestir: antaño era la típica chica de vaqueros y sudadera. Deportista, con el pelo castaño recogido en una coleta y zapatillas de deporte. Un poco maquillada, pero no mucho.

Ahora había optado por la vía sexy y chillona, exagerando las dos cosas. Demasiado maquillaje, el pelo teñido de un negro artificial y apagado, y laca de uñas negra. Una minifalda que apenas le cubría la parte alta del muslo. Medias estampadas. Tacones que la hacían una cabeza más alta. Un escote que llegaba casi hasta el ombligo.

¿Y eso para ir a tomar café por la tarde con los padres adoptivos de su hijo? No encajaba. Sobre todo parecía que ella no acababa de sentirse cómoda. No tenía el aspecto de una joven que hacía lo que le apetecía alegremente y con confianza, sin preocuparse de lo que los demás pensarán. Parecía más bien insegura y forzada. No era ella misma. Daba la impresión de tener un único objetivo en la vida al que lo supeditaba todo, especialmente a sí misma: gustarle a aquel tipo sentado a su lado, que a saber de dónde había sacado, o de dónde la había sacado él a ella.

«Pero a lo mejor —pensó Stella—, estoy haciendo demasiadas conjeturas sobre ella. Sobre los dos. Porque esta situación me parece espantosa».

Había intentado evitar la cita aduciendo que la fiesta de Sammy era para los niños y que los adultos molestarían, pero Terry y Neil habían decidido sin vacilar que irían un día después y por eso estaban aquel sábado sentados en el salón y poniendo a

Stella de los nervios. Le habían llevado a Sammy un juego de piezas para encajar que le habría encantado a los dos años, pero para el que ahora era demasiado mayor. Claro que no podían saberlo, pero Stella se preguntó si realmente era tan difícil preguntarle a la dependienta de la juguetería por un regalo adecuado para un niño de cinco años. Tenía la impresión de que habían agarrado del estante lo primero que habían visto, solo para tener algo que darle al niño. Cuando entraron en la casa y Sammy apareció en el pasillo, Terry se volvió hacia Neil y exclamó llena de orgullo: «¡Ahí está! ¡Ese es mi hijo!».

Stella consiguió con dificultades callarse un comentario mordaz, y Neil le lanzó al niño una mirada muy breve en la que Stella creyó ver desinterés. Por todas partes quedaban los restos de la fiesta: globos atados a la barandilla de la escalera y a los arbustos y árboles del jardín que poco a poco perdían el aire, restos de serpentinas por los rincones, vasos de cartón que seguían sin recoger. Stella se disculpó por el desorden pero los invitados no respondieron. Tampoco se interesaron por cómo había ido la fiesta, cuántos niños habían asistido o si Sammy tenía buenos amigos. No parecía que ardieran en deseos de conocer al niño, su vida y su entorno.

«¿Eso debería tranquilizarme o preocuparme?», se preguntó Stella.

Había sobrado mucha tarta y mucho helado, por lo que al menos la intendencia no fue difícil. Terry quiso té, y Neil, café. Sammy se había ido al jardín a jugar con otro niño que vivía cerca y que había saltado la valla. Una tranquila tarde de sábado.

Por lo menos en apariencia.

—Neil se moría de ganas de conocer a Sammy —dijo Terry—. Y también a vosotros, Jonas y Stella. De alguna manera sois parte de mi vida.

Stella no se sentía para nada parte de la vida de Terry, y no pretendía serlo. Se dio cuenta de que Neil la miraba fijamente. Parecía darse cuenta de su malestar y disfrutar con ello.

—No debemos agobiar a Sammy —respondió—. Por supuesto que no le ocultaremos que es adoptado, pero aún no lo entendería bien. Cree que es hijo nuestro.

—No hay nada que objetar siempre que tengan claro que en algún momento tendrán que decirle la verdad —apuntó Neil.

Un silencio corto y desagradable siguió a sus palabras. Tanto Jonas como Stella percibieron que aquello traspasaba cierto límite, pero estaban decididos a que el día terminara sin enfrentamientos. Jonas le lanzó a su mujer una mirada con la que le decía que no se dejara poner nerviosa.

—Antes de la adopción, la oficina del menor nos asesoró muy bien y con mucho detalle, señor Courtney —repuso Jonas educadamente—. Sabemos qué tenemos que hacer y en qué momento para que Sammy comprenda lo especial de su situación. No se preocupe.

—Siempre le digo a Neil que sois una gente estupenda —intervino Terry—. Presumo mucho de vosotros, ¿verdad, Neil? Tan amables, tan cariñosos y

comprometidos. Esta casa maravillosa en Kingston... Ya solo un entorno como este es algo que yo jamás habría podido ofrecerle a mi hijo. Todo esto... —dijo mientras dejaba vagar la mirada por la amplia estancia con el soleado mirador—, debe de haber costado mucho dinero.

—Bueno, estas casas no se abonan de una sola vez —explicó Jonas. Sonrió. Sonaba falso—. Uno va pagando poco a poco, a plazos. Durante décadas.

—¿Es usted guionista? —inquirió Neil—. Terry mencionó algo así...

—Sí, trabajo como guionista independiente para varios canales de televisión y productoras. Me gusta mucho, son cosas diferentes y emocionantes, pero siempre dependes de que la creatividad funcione.

«Uno va pagando la casa poco a poco... siempre dependes de que la creatividad funcione...». Stella necesitó un momento para darse cuenta de por qué Jonas se hacía de menos delante de aquellos extraños. Parecía que había comprendido, o que sospechaba, que no habían ido allí por Sammy. El niño les daba igual. Terry había presumido ante Neil del nivel de vida de los Crane y aquella cita no era más que un reconocimiento del terreno. Neil quería echar un vistazo detallado. Y en su interior iba forjando planes para acceder a aquel dinero a través del pequeño Sammy. La estrategia de Jonas en aquel momento era quitarles de la cabeza la idea de que los Crane eran personas ricas y muy bien situadas.

—¿Y usted en qué trabaja, señor Courtney? —se interesó Jonas.

Este enarcó las cejas.

—¿Es que siempre hay que trabajar en algo?

—Bueno, de algo hay que vivir —contestó Stella.

Él le lanzó una mirada despreciativa.

—Se puede vivir de muchas cosas. Uno tiene que tomarse el tiempo necesario para encontrar su propio camino.

Stella calculó que rondaría los treinta años. ¿No iba siendo hora de que hubiera encontrado su camino?

—Neil ha heredado un poco de dinero —informó Terry—. Por eso ahora mismo no tiene que preocuparse del trabajo y cosas de esas. Y yo estaba en un pub pero perdí el trabajo hace dos semanas. A ver si puedo encontrar otra cosa.

Lo que faltaba. Stella había esperado que, como correspondía a su edad, ambos estuvieran tan ocupados que al menos en términos de tiempo les resultara problemático intensificar el contacto con la familia Crane. Pero, por lo que parecía, los dos vivían al día alegremente y su mayor preocupación consistía en encontrar nuevas formas de soportar el aburrimiento y el vacío existencial. Stella había visto el coche en el que habían llegado, que estaba viejo y descuidado. No parecía que Neil hubiera recibido una herencia gigantesca; era el típico tío que se habría rodeado de símbolos de estatus en cuanto hubiera podido. Debía de tratarse de una cantidad que le permitía vivir sin trabajar por un tiempo y «encontrar su propio camino», pero no debía de ser suficiente para mantenerlo a flote durante toda la vida. Con el corazón

desbocado pensó que quizá Jonas tenía razón: Neil estaba buscando una fuente de ingresos, y los Crane representaban una opción.

«Nunca debí acceder a este encuentro», pensó.

Pero al mismo tiempo comprendía que no había tenido muchas opciones: Terry ya conocía la dirección. Neil y ella podían haberse presentado igualmente una o dos semanas después, en plan de alegre visita sorpresa. «Pasábamos por aquí y se nos ha ocurrido...».

La tarde avanzaba penosamente. Jonas hablaba de su trabajo. Stella fue varias veces al jardín para vigilar a Sammy y a su amigo. Los niños estaban bien. Cuando empezaba a caer la tarde Neil preguntó si podía tomar un zumo de naranja y Stella, contenta de poder escapar del agobiante ambiente del salón, se fue rápidamente a la cocina.

Medio minuto después la siguió Jonas. Cerró la puerta tras de sí y susurró en voz muy baja:

—¡Ni se te ocurra ofrecerles que se queden a cenar! ¡Quiero que se vayan ahora mismo!

Ella estaba sacando el zumo de la nevera.

—No pienso ofrecerles nada. Pero ¿cómo vamos a librarnos de ellos?

—No dándoles nada más. Ese zumo es lo último. A partir de ahora nos mantenemos inflexibles. Ni vino, ni cerveza, ni aperitivos. Nada. A lo mejor así lo entienden.

—¿Crees que son peligrosos, Jonas?

Dudó un segundo.

—No. Pero ese Neil es un tipo desagradable. Da la impresión de haberse pasado la tarde pensando en cómo meterse en esta casa. Terry está completamente entregada y no se da cuenta de nada. Todavía cree que Neil quería conocer a su hijo.

—Jonas, ¿crees que pretenden...?

Él le puso la mano en el brazo.

—No te preocupes. No pueden quitarnos a Sammy, legalmente no tienen nada para forzar un permiso de visitas. Que hoy estén aquí se debe a una deferencia nuestra. Y tienen que comprender que no habrá más a partir de ahora.

Stella asintió. Cuando ella y Jonas volvieron al salón la pareja ya no estaba ante la mesa de café. Neil estaba de pie junto al pequeño secreter que había al lado de la chimenea, y tenía algo en la mano. Al acercarse, Stella vio que se trataba del folleto de los páramos de North York en el que por la mañana habían estado mirando la zona en la que estaba la casa donde irían de vacaciones. Jonas también lo reconoció en el mismo instante. Se acercó al chico y le quitó el folleto de la mano con un movimiento enérgico.

—No nos gusta mucho que la gente fisgue nuestras cosas —afirmó.

El joven levantó las manos, pero no pareció afectado en lo más mínimo.

—Perdón. Solo quería ver el secreter. Bonita pieza. ¿Es antiguo de verdad?

—Sí.

Neil señaló el folleto.

—Los páramos de North York, ¿sus vacaciones de este verano?

—Aún no lo sabemos —repuso Jonas—. Todavía no sé cuándo me darán vacaciones.

—Es una zona preciosa. Bueno, si te gusta mucho la naturaleza. Aparte de brezo y ovejas no hay gran cosa que ver.

—Como le he dicho, aún no hemos decidido nada.

Stella le tendió el vaso.

—Aquí tiene el zumo.

Se quedó de pie en medio de la sala, y Jonas también. No invitaron a sus visitas a sentarse de nuevo.

Neil se tomó el zumo con parsimonia.

—Bueno, Terry —dijo cuando lo terminó—, deberíamos irnos ya.

—¿Vuelven hoy a Truro? —se interesó Jonas.

El joven se quedó un momento sorprendido y luego se echó a reír, como si Jonas hubiera dicho algo muy gracioso.

—¡Yo no vivo en Truro! ¡Por favor! Terry es de allí pero ni muerto me iría a ese pueblucho. —También la chica se rio, aunque más bien por compromiso—. Vivimos en Leeds —explicó, y señaló el folleto que Jonas aún tenía en la mano—. Por eso conozco bien esa zona. Si al final van allí de vacaciones puedo darles algunos consejos.

—Gracias, pero repito que aún no hay nada seguro —repuso Jonas, que necesitó un segundo para reaccionar.

Aún hicieron falta veinte minutos para que por fin se fueran, porque Terry celebró una íntima y ceremoniosa despedida de Sammy, que este soportó algo molesto. Cuando se cerró la puerta detrás de ellos y se oyó el ruido del motor, Stella dijo:

—Pues está claro: nada de desconectar en Yorkshire. ¡Dios mío, Leeds está aquí al lado!

—No es precisamente al lado —precisó Jonas—. Pero tampoco es que esté en la otra punta del país, en eso tienes razón. —Fue al salón y se dejó caer agotado en uno de los sofás—. Hay que ver, ¡Leeds! ¿No tenías ni idea?

Stella lo había seguido. Se apoyó en la puerta.

—No. Había dado por hecho que estarían los dos en Truro porque es donde vivía Terry entonces. Ha sido una tontería, claro. Han pasado cinco años. ¿Por qué iba a seguir todo como antes?

—Terry ha cambiado mucho.

—En mi opinión, él la tiene sometida. —Stella miró por la ventana. Neil había dado la vuelta y el coche pasaba de nuevo por delante de la casa para salir de Kingston-upon-Thames. Stella esperaba que no volvieran nunca más—. Terry está pendiente de todas sus palabras. Mendiga cada pizca de atención que le da. Hace lo

que él quiere. Y es un tipo repugnante.

—Tienes razón. —Jonas se levantó decidido—. Pero no voy a consentir que esa pareja se meta en nuestra vida. Y tú tampoco. Esa casa en medio de la nada es una oportunidad estupenda, y no vamos a desaprovecharla.

Un sentimiento de miedo sordo e inconcreto se apoderó de Stella, una especie de oscura premonición.

—Deberíamos cambiar de planes —dijo.

—Stella, ¿qué crees que puede pasar? No tienen ni idea de dónde vamos a quedarnos. Tampoco saben cuándo iremos. Y además, ¿por qué motivo iban a ir a buscarnos allí? Las ganas de estar con Sammy no serán, eso ya lo hemos visto hoy. El chico no les interesa especialmente.

—Exacto. Esa es la cuestión. ¿Para qué han venido hoy? —Se miraron uno al otro—. Ya lo sabes. —Stella contestó su propia pregunta—. Sabes muy bien por qué has recalado lo difícil que es pagar una casa y lo incierta que es la vida de un guionista independiente. Lo que querías decirles era: «No somos gente rica, de aquí no hay nada que sacar». Porque te has dado cuenta de que eso es lo que está detrás de toda esta historia. Terry le ha contado que tiene un hijo que fue adoptado y que lleva una vida acomodada en uno de los mejores barrios de las afueras de Londres. En su imaginación, seguramente cree que somos bastante ricos, y así se lo ha dicho a Neil. Esa herencia suya seguro que se le está acabando, así que se le ha ocurrido pasarse por aquí a ver si puede gorronear algo.

—Vale, sí, era eso lo que tenía en mente. Pero, Stella, si lo piensas bien, ¿qué puede hacer? A lo mejor se ha imaginado que gracias a Sammy podríamos ser una especie de gran familia feliz o, por lo menos, que nos haríamos buenos amigos y que eso les reportaría algunas ventajas. ¿Y qué? Depende de nosotros que eso suceda o no. Y no va a suceder. Lo de hoy ha sido la primera y la última vez que los vemos, no habrá más visitas. Creo además que Neil lo ha entendido. Con Terry no hay nada que hacer, pero él es un tipo listo. Creo que ya nos ha tachado de la lista.

—¿Y si no?

—Si esto se convierte en acoso iremos a la policía. Si hace falta, conseguiremos una orden judicial. Pero no llegarán a eso. Y no creo que sea necesario nada de lo que te digo.

Stella se imaginó la casa de la que tanto hablaba Jonas. Jonas, que estaba a punto de quemarse en el trabajo y que necesitaba apartarse del resto del mundo durante al menos dos semanas. La población más cercana se llamaba Egton Bridge, situada más o menos en el centro de los páramos, pero desde allí aún había que recorrer quince kilómetros por una solitaria carretera comarcal hasta llegar a la antigua granja que el colega de Jonas había reformado y convertido en su refugio.

«Ahí se puede escribir sin que te moleste absolutamente nadie —le había contado aquel compañero a Jonas—. No hay televisión, teléfono ni radio. Para tener cobertura en el móvil tienes que subirte a la colina que está al lado. Los únicos seres vivos son

ovejas y pájaros, y te aseguro que no van a molestarte. Te olvidarás de todo. Cuando voy muy apurado con un plazo y necesito concentración total me voy allí. Y si el médico te ha dicho que desconectes, es el lugar ideal. ¡Es aburridísimo!».

Jonas se lo había contado todo a Stella, entusiasmado tanto por su visita al doctor como por la solución que se había presentado casi al instante. Ella no se había sentido tan eufórica. Una granja solitaria en medio de la nada... En secreto había pensado en proponerle a su marido que se fuera él solo mientras Sammy y ella se quedaban en casa o aprovechaban para hacer unas visitas familiares que tenían pendientes hacía tiempo.

Pero ahora todo era distinto. Sabía que todo lo que había dicho Jonas para tranquilizarlos era cierto, pero aun así no desaparecía el sentimiento que la había atenazado toda la tarde y que había surgido ya desde la primera llamada de Terry: una sensación de peligro inminente. Un peligro que no sabía en qué consistía. No habría podido definirlo ni describirlo. De todo aquello solo sacaba en claro una cosa: «No debemos separarnos».

—Y no debemos ir allí —dijo en voz alta—. A Egton Bridge. Busquemos otro sitio, Jonas.

Él respondió:

—Vamos a consultarlo con la almohada.

Pero él ya había tomado su decisión.

DOMINGO, 4 DE MAYO

Había dormido en la cama de su padre muerto, con la esperanza de sentirlo un poco más cerca. De sentirlo de algún modo. Había personas que al perder familiares cercanos afirmaban notar su presencia. «No se ha ido, aunque no pueda verlo. Sigue a mi lado».

Tras la muerte de Richard eso no le había pasado a Kate ni por un segundo. Se había ido muy lejos, y ella se había quedado completamente abandonada. Ni lo veía ni lo sentía. Lo recordaba, claro, pero se trataba de un recuerdo que parecía susurrar continuamente: «Se acabó, se acabó, se acabó...».

Las sábanas eran las mismas que la noche en que había sido asesinado. Kate no había conseguido cambiarlas en febrero, y seguramente tampoco iba a lograrlo ahora. Le parecía notar un atisbo del olor del gel de ducha que usaba su padre, pero bien podía ser una ilusión. Esa mañana se quedó un rato despierta entre los cojines; la temprana luz del día bañaba la habitación. Una cama, un armario, una cómoda; no había más muebles. Sobre la cómoda había una foto enmarcada de la madre de Kate, una imagen de antes de la enfermedad, cuando aún era la mujer de mejillas sonrosadas y ojos brillantes. Más adelante se quedó consumida y pálida, con los ojos hundidos, marcada por el dolor y la desesperación.

Kate se levantó a las ocho, se duchó en el baño de al lado, se vistió y bajó las escaleras. Había hecho reparar el acceso entre el comedor y el jardín, pero la puerta de la cocina seguía sin cerrar bien. Sintió la corriente fría que se colaba por las rendijas, tan anchas que se podían meter los dedos en ellas. Esa puerta era un desastre, un derroche de energía y un riesgo, pero al fin y al cabo no había dado acceso al asesino. Por eso Kate pensaba que el asaltante no conocía la casa de su padre. Había sido mucho más difícil, ruidoso y arriesgado romper el cristal de la puerta del comedor, mientras que la de la cocina se podría haber sacado del marco en el más absoluto silencio. Era cierto que el asesino tenía a Richard en el punto de mira, pero no pertenecía a su círculo más cercano, de lo contrario lo habría sabido. Seguramente también podían descartarse los obreros que hubieran trabajado en la casa en las semanas anteriores al asalto, así como las personas relacionadas con la señora de la limpieza. Kate sabía que ya se había investigado en esas direcciones y que, como era de esperar, habían sido infructuosas.

Estaba convencida de que el crimen estaba relacionado con el pasado de su padre. Por eso era necesario buscar la aguja en el enorme pajar que se había ido acumulando durante sus cuarenta años de profesión.

La noche anterior Kate se había calentado una lata de judías en salsa de tomate

que había encontrado en los armarios de la cocina, pero como desayuno resultaban bastante tristes. Quizá debería haber hecho caso a Caleb y haber comprado algunas provisiones. Una rebanada de pan tostado con mermelada habría sido lo ideal, pero por supuesto no había en la casa nada parecido. Solo una fila de latas de judías. Kate tuvo que sonreír. Desde la muerte de su esposa, la alimentación de Richard había sido absolutamente desequilibrada.

Pero la suya no era mejor, tenía que reconocerlo. Hacía mucho tiempo que no tomaba con verdadera satisfacción una buena comida preparada con esmero. Desde Navidades. Había celebrado las fiestas y el Año Nuevo con su padre, habían cocinado juntos y él la había invitado dos veces a un buen restaurante. Como siempre, habían hablado de todo menos de sus problemas. Kate intuía que su padre se sentía muy solo, pero él no lo había mencionado nunca, y ella tampoco había encontrado el valor de contarle lo mal que le iba. En principio había intentado convencerse de que no quería agobiarlo, no debía preocuparse por su única hija. Pero en su interior sabía que había algo más: bajo ningún concepto quería decepcionarlo. No debía saber que estaba convencida de que su vida era un fracaso. Quería ser una hija de la que él pudiera estar orgulloso.

Estaba en la cocina, calentándose las manos con la taza de café. Café sí que había en abundancia. Con gran fuerza de voluntad consiguió no mirar la silla a la que habían atado a su padre aquella noche y en la que había muerto. Alguien la había arrojado mucho a la mesa, seguramente la asistenta, que había ido a limpiar cuando la policía abandonó la escena del crimen. Aquella vez, cuando Kate llegó, había manchas de sangre en el suelo; se acordó de que cuando las vio le dio un mareo y una agente la sujetó y la condujo al salón. Alguien le llevó un té. Todos habían sido muy amables y solícitos.

Ahora las manchas habían desaparecido. La cocina estaba muy limpia y ordenada. Ni rastro del drama que había tenido lugar en ella.

«Debería abrir puertas y ventanas —pensó Kate—, hace demasiado frío aquí dentro y casi huele a moho».

Tiritando, encogió los hombros. Aunque aún era temprano, tenía la sensación de que el frío de la casa no tenía que ver con la temperatura exterior: estaba relacionado con el hecho de que ya nada ni nadie vivía allí, de que durante más de dos meses todo había estado herméticamente cerrado y la calefacción solo había funcionado al mínimo. Kate recordó lo animada que había sido aquella casa, aunque solo eran tres en la familia. Su madre transmitía mucha alegría y cariño, y su padre estaba de buen humor incluso después de las jornadas más duras. Recordaba su infancia como un momento feliz y protegido. Seguía sin comprender por qué más adelante no había sabido tomar las riendas de su vida. No había ninguna razón aparente.

Su situación: a los treinta y nueve años estaba sola, sin marido, sin hijos, sin compañeros, sin amigos. Funcionaria de la policía metropolitana de Londres, hasta hacía un año había estado estancada en el rango de agente, lo que era inusual y algo

embarazoso teniendo en cuenta su edad y todos los años que llevaba en Scotland Yard. Por fin, el septiembre pasado había llegado el examen y el consiguiente ascenso a sargento. Pero nada había cambiado. Sus compañeros seguían manteniéndose a distancia, nadie buscaba su compañía si no era absolutamente necesario. No se le escapaba que cuchicheaban sobre ella y que ponían los ojos en blanco cuando tomaba la palabra en las reuniones. Parecía que, de algún modo, todo lo que decía estaba mal, o que lo formulaba de tal modo que no llegaba bien a los demás. Se había vuelto tan insegura que a veces no decía nada e intentaba tomar el menor número de decisiones posible por miedo a decir o decidir cosas equivocadas. Con ello, por supuesto, también llamaba la atención, puesto que de una sargento de policía, perteneciente además a la institución más famosa y respetada del Reino Unido, se esperaba capacidad de decisión y de actuar en consecuencia. Intuía que la gente se preguntaba cómo diantres había conseguido meter el pie precisamente en Scotland Yard, y que se imaginaban que habría utilizado las influencias de su padre. Cosa que no era cierta. Lo había logrado ella sola. Le parecía que hacía mil años de eso, pero hubo un tiempo en que estaba más segura de sí misma y en que tenía mucho más éxito. Después cometió uno o dos errores, y se quedó como paralizada. La razón le decía que los fallos suceden a veces y que no era la única que había metido la pata hasta el fondo con una cosa o con otra, pero no servía de nada: su confianza en sí misma quedó dañada para siempre, y ya nunca se recuperó. Al contrario, se fue hundiendo en una espiral descendente. Sin confianza no podía desempeñar su trabajo. Casi cada día esperaba que le sugirieran que se buscara otra cosa. Había sentido algo de alivio porque tras el asesinato de su padre la habían tratado con mucho tacto y porque incluso los colegas que estaban más molestos con ella le mostraban su compasión. Pero su jefe había aprobado con verdadera alegría su petición de ampliar las vacaciones para organizar el legado de su padre y para organizarse ella misma. Seguramente, en su fuero interno, esperaba que no volviera a incorporarse.

Se había quedado tanto rato pensativa mirando al jardín que la taza se le quedó fría entre las manos. Tomó un sorbo de café y torció el gesto: tibio y amargo. Lo volcó en el fregadero y miró el reloj. Las nueve pasadas. Un poco pronto para un domingo, pero aun así se arriesgaría a hacerle a alguien una visita.

Una hora después no había sacado nada en claro. Había ido a ver a Robin Spencer, el hombre a cuya amiga le había llamado la atención el conductor sospechoso. Aunque cuando Caleb Hale se lo contó no mencionó ningún nombre, Kate enseguida comprendió de quién se trataba. Al fin y al cabo había crecido en Scalby, más concretamente en Church Close, y por medio de su padre se había mantenido bien informada de todas las personas y todos los acontecimientos de la zona durante los veinte años siguientes a haberse ido a Londres. Robin Spencer seguía siendo un galán que cultivaba un intenso carrusel de amistades femeninas, y que siempre ponía

cuidado en evitar las relaciones a largo plazo o el compromiso de cualquier tipo. Una aventura con una mujer casada era propia de él, puesto que suponía el riesgo más bajo posible.

Sin embargo, Kate no había conseguido más que lo que ya sabía. Robin no se había alegrado precisamente de verla ante su puerta un domingo por la mañana temprano, pero la había invitado a pasar, le había dado tímidamente el pésame por la muerte de su padre y le había ofrecido un café. Por suerte estaba solo. No, no iba a decirle el nombre de su amiga, la pobre ya tenía bastantes problemas con todo aquello. La policía había ido a su casa, con eso bastaba por el momento. Ella ya les había contado a los agentes todo lo que sabía. No, no estaba segura de si el coche era un Peugeot, pero creía que sí. Sí, verde oscuro, eso seguro. ¿El conductor? Un hombre, con toda probabilidad. ¿Copiloto? No. Ni idea de la matrícula. Ni siquiera se fijó. ¿Quién iba a imaginarse que pasaría algo tan espantoso en una zona acomodada?

Cuando Kate se despidió se sintió mareada por tanta cafeína con el estómago vacío. Además, fuera había subido mucho la temperatura y enseguida notó que el pantalón largo, el jersey de lana y el abrigo que llevaba no eran nada apropiados. Sentía el sudor recorriéndole la espalda cuando avanzaba por la calle. Estaba cansada y frustrada.

«¿Y qué esperabas? —pensó—, ¿que tú, precisamente tú, la policía más inútil de todo Scotland Yard, ibas a llegar, hacer las preguntas perfectas y ¡premio!? ¿Que ibas a conseguir la respuesta trascendental que llevara directamente al asesino? La amiga de Spencer ha contado todo lo que sabía, no va a recordar nada más a tu antojo».

Desde lejos vio un coche aparcado delante de su casa y, al acercarse, se dio cuenta de que era el coche de Caleb Hale. Él mismo estaba ante la puerta, con una bolsa de papel en la mano que, a juzgar por el dibujo, era de un restaurante indio.

Sonrió aliviado cuando la vio.

—¡Qué suerte! Creía que me iba a tener que ir por donde había venido. Ten. —Le tendió la bolsa—. La idea de que te ibas a morir de hambre no me dejaba en paz. Espero que te guste el *curry*.

Kate avanzó por el camino del jardín, deseando no tener tan mal aspecto como creía. Notaba el pelo pegado a la nuca y la cara llena de sudor.

—Todavía no son ni las diez —dijo, en lugar de saludar—. Un poco pronto para almorzar, ¿no?

—Podemos esperar y calentarlo luego, ¿tienes microondas?

Ella abrió la puerta con un leve suspiro. Parecía que no solo le había traído algo de comer sino que estaba dispuesto a quedarse y a evitar que almorzara sola. Sabía que estaba siendo maleducada y antipática, pero notaba que él la compadecía y eso siempre hacía que se le encendieran las alarmas. Se juzgaba desapasionadamente y sabía que ni era una belleza, ni era alegre o encantadora, ni poseía ningún otro atractivo. Toda su vida había sido casi invisible para los hombres, a excepción de aquellos que le habían hecho daño. La compasión era peor que la indiferencia, eso lo

había aprendido con el tiempo, y ahora parecía que Caleb Hale quería ponerse a la cola de los buenos samaritanos. Le habría encantado pedirle que se marchara, pero dirigía la investigación del asesinato de su padre. Era importante. Era, además, su fuente de información. Enfadarlo sería una estupidez.

Así que forzó una sonrisa.

—Lo siento. No quería ser tan brusca. Es muy amable que hayas pensado en mí. Esto es... ya sabes... Estar aquí...

Dejó la frase sin terminar. Caleb asintió.

—Ya me lo imagino. Por eso pensé que no debías pasar demasiado tiempo sola. Y que tenías que comer en condiciones. —La siguió por el pasillo—. Además, quiero comentarte algo.

Ya en la cocina, Caleb dejó la bolsa en la mesa y miró alrededor. También sus ojos se apartaron enseguida de la silla en la que murió Richard. No había estado en la escena del crimen pero había visto fotos; habían bastado para conmocionarlo también a él, que había visto muchas cosas terribles.

Kate se quedó de pie en medio de la cocina.

—¿Cuánto tiempo trabajaste con mi padre? —preguntó de repente.

—No mucho —contestó Caleb—. Entré en su sección un año escaso antes de que se jubilara. Por eso no tuvimos mucho tiempo para conocernos realmente bien ni para establecer una trayectoria profesional conjunta. Pero lo apreciaba mucho y lamenté que se jubilara. Era un policía muy bueno y con mucha experiencia, y un compañero especialmente agradable.

—También fue un padre maravilloso —afirmó ella en voz baja— y un marido fantástico para mi madre. Su matrimonio fue muy feliz. Éramos una familia muy feliz.

Caleb asintió, pareció que iba a decir algo pero no lo hizo. Ambos callaron por un momento. Entonces él dijo:

—No quisiera entrometerme, pero creo que deberías hacer algo para mejorar el ambiente de esta casa. No se ha abierto una ventana en meses, el aire está frío y estancado y, aunque no se hubiera producido el... terrible suceso, aquí dentro me entraría una depresión. Mira lo bonito que está el jardín. ¡Y hace calor! ¿Por qué no abrimos al menos la puerta?

Kate estuvo de acuerdo. Abrieron la desvencijada puerta, cuyo estado hizo que Caleb frunciera el ceño, y salieron al jardín. Kate se sintió enseguida rodeada por el olor a hierba y a lilas, y un peludo abejorro le pasó zumbando por delante de la cara.

La vida. Pero en lugar de sentir alegría u optimismo, el nudo que tenía en la garganta se hizo más grande. ¿Cómo sería la vida a partir de ahora?

—¿Tiene... tenía tu padre algún mueble de jardín? —preguntó él.

Ella asintió.

—En el cobertizo. Los guardaba ahí durante el invierno.

—Deberíamos ponerlos en el enlosado y comer allí después.

Kate se sintió arrollada, molesta, como si alguien intentara curarla en contra de su voluntad, pero reprimió el comentario mordaz que tenía ya en la punta de la lengua. Quería estar informada de todos y cada uno de los pasos de la investigación, y de momento Caleb era su única vía de acceso. Así que aceptó.

—Ven por aquí —dijo.

Juntos arrastraron la mesa y las cuatro sillas, que Richard había apilado cuidadosamente en el cobertizo e incluso había cubierto con una lona. Kate llenó un cubo con agua caliente y lavó el polvo del invierno, mientras Caleb llevaba rodando por el camino la base de la sombrilla. Finalmente pusieron los cojines en las sillas y desplegaron el parasol. El sol estaba aún oculto entre las nubes pero la sombrilla era de un cálido rojo intenso y arrojaba una bonita luz en el enlosado.

Como aún era pronto para almorzar, Kate preparó otro café y se sentaron en el jardín. En su fuero interno tuvo que reconocer que la idea de Caleb no había sido mala. Se estaba mucho mejor allí que en el enrarecido ambiente de la casa.

—He estado esta mañana en casa de Robin Spencer —dijo de pronto—. Ya sabes, el hombre cuya amiga...

—Ya sé —suspiró—. Kate, no estás aquí como investigadora. Es verdad que eres policía y, más aún, que perteneces a Scotland Yard, pero tus competencias...

—Soy consciente. Aquí no tengo ninguna competencia. No he ido como agente a ver a Robin Spencer, sino en calidad de hija de mi padre.

—Lo entiendo. Y también me imagino por qué has venido a Scalby. No se trata solo de ocuparte de la casa y de pensar en el futuro, ¿verdad? Te parece que nuestras investigaciones avanzan demasiado despacio y estás aquí para vigilarnos y para... bueno, no precisamente para quedarte de brazos cruzados. ¿Es así?

Ella guardó silencio. Había dado en el clavo, ¿para qué contradecirlo? Él se inclinó hacia delante.

—Entiendo, Kate, que no puedo impedirte que hables con la gente, que eches un vistazo, que atiendas los rumores. Lo que sea. Podría cortarte el acceso a toda la información, ya lo sabes. No tendría por qué haberte contado nada de ese coche sospechoso. Y también podría guardarme todas las demás cosas.

—¿Pero? —preguntó ella. El tono de Caleb sonaba como si fuera a añadir un «pero».

—Pero, en primer lugar, con tus contactos en Scotland Yard seguramente acabarías encontrando la manera de conseguir la información —continuó, resignado—. Y, en segundo lugar, colaborar contigo podría ser de gran utilidad. Nadie conocía a tu padre tan bien. Si hay algo en su pasado que pueda estar relacionado con el crimen, tú podrías ser la persona que me permitiera descubrirlo.

—¿Entonces partimos de la base de que se trata de algo de su pasado profesional? Claro que hablábamos de esas cosas, pero no me lo contaba todo, y seguramente no conozco tantos detalles como la gente con la que trabajaba.

—Tenemos que estar abiertos a todo —repuso Caleb, y sonó un poco como si

repitiera una expresión aprendida de memoria en la que en esa ocasión no creía del todo—. También al hecho de que el crimen pueda tener algo que ver con su vida privada.

Kate removió su café.

—La vida privada de mi padre era de lo más normal, Caleb. Precisamente porque tenía un trabajo duro y agotador, procuraba que el resto de su vida fuera tranquilo y pacífico. Como ya te he dicho, mi madre y él eran muy felices, aparte del hecho de que ella lamentaba que pasara tan poco tiempo en casa. En sus días libres trabajaba mucho en el jardín. Toda esta exuberancia y estas flores son obra suya. Siempre que tenía tiempo hacía cosas conmigo, me enseñó a montar en bici y a nadar, y en invierno íbamos a montar en trineo y a patinar sobre hielo. Me llevaba al teatro y me acompañaba al cine incluso cuando las películas no le interesaban lo más mínimo. Era un hombre de familia de la cabeza a los pies. Vivía para nosotras y para su profesión.

—Pero en los últimos años... Ya no ejercía. Su esposa había fallecido. Su hija llevaba mucho tiempo fuera de casa. ¿Qué sabes de esos tiempos?

—Hablábamos casi a diario. Estaba solo pero no era el tipo de persona que se queja por todo. Se ocupaba más del jardín. Daba largos paseos. Le gustaba salir al campo. Se interesaba por lo que pasaba en el mundo, leía varios periódicos todos los días. Hablaba mucho de política. Yo lo visitaba todo lo que podía. Si hubiera pasado algo fuera de lo normal me lo habría contado.

—Entiendo —repuso Caleb.

Por su mirada, que descansaba reflexivamente sobre ella, Kate se dio cuenta de que estaba viendo más allá: no de Richard sino más allá de ella misma. Estaba viendo su soledad y su tristeza, y dándose cuenta de la magnitud de su pérdida.

Furiosa de repente porque tenía la impresión de que leía en ella como en un libro abierto, soltó:

—Sí, manteníamos una relación muy estrecha, poco usual. Él solo me tenía a mí, y yo nunca he tenido a nadie más que a él. No hay nadie en mi vida, Caleb. Tengo mi trabajo y vivo en el piso más anodino del mundo, en la zona nueva de Bexley, al sur de Londres. Aparte de eso, no tengo nada. Ni a nadie. Mi padre lo era todo para mí. Mi refugio en fines de semana largos, en vacaciones, en Navidad, en Pascua. En las noches largas y oscuras. Quien lo haya asesinado no solo lo ha matado a él sino, en otro nivel, también a mí. Quiero que encontréis al asesino. Quiero verlo. Quiero saber por qué lo hizo. Quiero que reciba su castigo. Si ahora, en este momento, tuviera la más remota idea de qué acontecimiento o persona de la vida de mi padre puede haber desembocado en aquella noche de febrero te lo diría sin dudar. Pero no veo nada. No se me ocurre nada.

—Kate, necesito saber que si se te ocurre algo me lo comunicarás de inmediato. —Caleb parecía un poco intranquilo por su arrebató—. Entiendo perfectamente tu rabia y tu deseo de revancha, pero eres una mujer inteligente y una policía entrenada,

y lo sabes de sobra: nada de actuar sola. Y la última palabra la tiene la justicia.

Ella sabía perfectamente en qué estaba pensando él en ese momento. En la pistola de su padre. Apareció tirada en el suelo del comedor, se suponía que Richard la había perdido en el forcejeo con el asaltante. Al terminar las pruebas de balística se la habían devuelto a Kate, como todas las pertenencias de su padre. Por tanto, Caleb sabía que estaba en posesión de un arma de fuego.

—Pues claro que la última palabra es de la justicia —confirmó ella.

En el silencio de aquel día de principios de verano solo se oía el zumbido del abejorro, que seguía volando de acá para allá. Y el canto de los pájaros.

—¿Te dice algo el nombre de Denis Shove? —preguntó de pronto Caleb.

—No, ¿quién es?

—Tu padre lo metió en la cárcel hace nueve años, de modo que su encarcelamiento se produjo en la última fase de su vida profesional. En agosto del año pasado fue puesto en libertad antes de tiempo gracias a su buena conducta y a un informe muy favorable de la psicóloga responsable.

—Entonces, ¿su condena era aún mayor? No parece un delincuente de poca monta...

—Un delito de sangre. Asesinó a su novia.

—¿Por qué?

—Posesión, celos. Ella quería dejarlo y él se enfureció. Literalmente la mató a golpes, pero estaba totalmente borracho y seguramente no pretendía asesinarla. Lo condenaron a doce años. Richard demostró que era culpable después de que Shove intentara incriminar a otra persona.

—¿Así que le tenía a mi padre un odio considerable...?

—Así es. Aunque en realidad se lo tenían muchos de los delincuentes a los que había metido entre rejas a lo largo de los años. Sin embargo, Shove está entre nuestros elegidos por dos razones: durante los interrogatorios y durante el juicio profirió repetidas veces amenazas contra tu padre, y afirmó que se las pagaría por enviarlo a prisión. Además, desapareció poco después de su muerte. Ha interrumpido el contacto con su agente de la condicional y ha abandonado su piso en secreto y sin dejar otra dirección.

—¿Y por qué has esperado a hoy para hablarme de él? —Se dio cuenta de la indignación que había en su voz—. ¡Es increíble! ¿Cómo puede ser que lo dejaran en libertad cuando había amenazado con hacerle algo a mi padre? ¿Cómo es que no estaba vigilado? ¿Por qué no le pusieron protección a mi padre?

Caleb repuso con resignación:

—Kate, trabajas en esto. Ya sabes que...

—Sí, claro que lo sé: no hay gente suficiente para vigilar a todos los delincuentes que alguna vez han amenazado con cargarse a un poli...

—Lo cierto es que muchos dicen esas cosas pero luego no las hacen. Según la psicóloga, Shove no volvió a mencionar nada de eso mientras estuvo en la cárcel.

Aceptó su condena y asumió la responsabilidad de sus actos. Sabía que era él quien había hecho mal las cosas. Y no Richard Linville.

—¿Has podido hablar con la psicóloga?

Él negó con la cabeza.

—Por desgracia, no. Poco después de la puesta en libertad de Shove se fue de año sabático a Australia y le hemos perdido la pista. Me han informado de que en junio se reincorporará a su puesto en Hull; en cuanto eso suceda me entrevistaré con ella. Pero he leído a fondo su informe sobre Shove. Y parece que realmente va por el buen camino.

—Pero a pesar de todo está en lo más alto de tu lista de sospechosos, ¿no es así?

—Sí, claro. Porque ha desaparecido. Y porque...

—... ese pronóstico social tan optimista de la psicóloga proviene de una idealización de su paciente que está muy lejos de la realidad...

—No creo que se pueda afirmar eso tan tajantemente. Pero los errores siempre son posibles.

Kate volvió a su primera pregunta:

—¿Por qué has esperado a hoy para hablarme de él?

—No quería que nos obsesionáramos con Shove. Ya sabes lo fácil que es dejar de ver otras posibilidades cuando te concentras en una sola cosa. Su desaparición no tiene por qué estar relacionada con el asesinato de tu padre. Ya antes de matar a su novia era un delincuente que cometía constantemente delitos menores. Puede ser que haya vuelto a eso: a una vida en la que no tiene que trabajar sino que sale adelante de otras formas.

—Cuando mi padre detuvo a Shove, ¿trabajaba todavía con Norman Dowrick?

—No. Lo comprobamos inmediatamente, por supuesto, porque de ser así también Dowrick correría peligro. Pero no tuvo nada que ver, hacía más de un año que había abandonado el servicio.

—¿Y ese Shove tiene un Peugeot verde?

Caleb hizo un gesto negativo:

—Que sepamos, no tiene coche. Al menos no aparece registrado como titular de ningún vehículo.

«Denis Shove». Se repitió el nombre, esforzándose por descubrir si activaba alguna conexión en su cabeza. Él se dio cuenta.

—Por eso he venido a verte. Quería preguntarte si en los meses anteriores a su muerte tu padre mencionó alguna vez ese nombre. Fue informado de que Shove estaba en libertad, eso lo sé. La cuestión es si Shove se puso en contacto con él de algún modo. Quizá incluso sin dejarse ver en persona. ¿Comentó Richard algo en ese sentido? ¿Que hubiera cambiado algo en su entorno o en su rutina desde el pasado agosto? ¿Quizá alguna llamada anónima? ¿O la impresión de que había alguien en el jardín o merodeando alrededor de la casa? A veces uno nota que lo están vigilando, o se siente inexplicablemente amenazado...

Kate reflexionó un momento, pero sabía que no había nada de eso. No que su padre le hubiera dicho, al menos.

—Estoy segura de que es la primera vez que oigo ese nombre. Y mi padre no me dijo absolutamente nada de que se sintiera observado o amenazado. Pero eso tampoco es relevante. Sin pruebas concretas de que algo no iba bien no me habría dicho nada, para no quedar como un loco que se imagina cosas raras. Y además no habría querido preocuparme. Los dos... —se interrumpió. ¿Por qué iba a incomodar con asuntos personales a aquel hombre, al que apenas conocía?

—¿Sí? —se interesó Caleb.

—No, nada. Es solo que me ha venido a la mente que mi padre y yo dedicábamos mucho tiempo a hacernos creer el uno al otro que todo nos iba bien. Y ahora no dejo de preguntarme por qué lo hacíamos.

—Porque es muy habitual, precisamente con los seres queridos. Como has dicho, no queremos preocuparlos. No queremos decepcionarlos. Tu padre quería ser fuerte para ti. Tu roca. Seguramente es bastante normal entre los padres, especialmente ante sus hijas, da igual la edad que tengan. Y las hijas... bueno, solo son conjeturas, pero me imagino que siempre quieren ser ese personaje femenino idealizado que los padres proyectan en ellas desde pequeñas. No quieren desilusionarlos.

Había acertado bastante.

—¿Tienes hijos? —preguntó Kate.

Él negó con la cabeza.

—No. Y ahora ni siquiera tengo mujer. Estamos separados. Desde hace dos años, más o menos.

—Lo siento.

—Bueno, así son las cosas. —Se levantó—. ¿Calentamos la comida? Me ha entrado bastante hambre.

Ella se dio cuenta con sorpresa de que le pasaba lo mismo. Cuando entraron en la cocina, Caleb dijo:

—Tienes que reparar esta puerta sin falta, Kate. Está destrozada. En ese estado, daría lo mismo que la dejaras completamente abierta toda la noche.

—Eso le decía mi madre a mi padre, pero él no se lo tomaba en serio. Y como hemos visto, tampoco le habría salvado. El asaltante entró por otro sitio.

—Pero ahora estás aquí, completamente sola —la advirtió—. Quienquiera que acabara con tu padre sigue en libertad. Y no sabemos sus motivos. No deberías cometer imprudencias.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que he dicho. Ni más ni menos. —Le devolvió la mirada. Estaba muy serio—. De veras, Kate. Ten cuidado. No seas imprudente. —Cogió la cartera, sacó de ella una tarjeta y se la dio—. Aquí tienes, mi teléfono de la comisaría. Y el personal. Y mi dirección. Si pasa algo, si notas algo raro o sospechoso, llámame enseguida.

SÁBADO, 17 DE MAYO

Todos los viernes desde hacía varias semanas, Melissa Cooper dudaba si marcharse de su piso de Hull para ir al *cottage* que ella y sus hijos habían comprado hacía tres años en el estuario del río Humber junto a su desembocadura en el mar del Norte. Ella y sus dos hijos mayores con sus esposas fueron a ver la casa y, aunque enseguida se dieron cuenta de que había mucho que renovar y restaurar, el lugar los había entusiasmado a todos. Estaba situada en la East Bank Road, una estrecha carretera que partía de Sunk Island y recorría el margen de toda la desembocadura, que se hacía cada vez más ancha hasta llegar al mar. Alrededor, campos extensos, llanos, verdes. Muy pocas casas: cuanto más lejos de la ciudad, menor era la población. El *cottage* de los Cooper estaba totalmente aislado, no había ni un vecino alrededor, al menos ninguno con el que establecer contacto visual. Las personas más próximas vivían a casi cinco kilómetros carretera abajo y también iban casi exclusivamente los fines de semana.

La casa tenía ocho habitaciones y un jardín inmenso, y mientras reunían el dinero y la compraban, mientras la restauraban abnegadamente con sus propias manos, soñaban con los fantásticos fines de semana y las vacaciones que pasarían allí todos juntos. Melissa, que era viuda; sus hijos con sus esposas; los niños. Todos bajo el mismo techo, las pequeñas habitaciones de techos bajos llenas de risas y voces, de grititos de bebé, de la charla de los adultos. Se imaginaban tomando el té junto a la chimenea, dando caminatas hacia el mar, pasando veladas en el porche de atrás. Viendo puestas de sol espectaculares mientras se encendía la barbacoa. Invitando a los amigos.

Pasándolo bien juntos, simplemente.

Por supuesto, no había sido así. Ya durante la última fase de las reformas la esposa del hijo mayor de Melissa se había peleado de tal manera con la de su hijo menor que no podían ni verse, ni en la casa ni en ningún otro sitio. Como Melissa no tomó partido por un lado ni por otro sino que se mantuvo neutral, no se enemistó con nadie pero su relación con ambas partes se enfrió. Al final todo quedó en nada. A partir de cierto momento ya no iba nadie los fines de semana, y en vacaciones las jóvenes familias preferían volar al sur antes que quedarse encerradas durante semanas en aquella casita, en el tibio pero muy lluvioso clima de la costa noreste de Inglaterra. En realidad, Melissa ni siquiera podía tomárselo a mal.

Hasta la primavera de ese año había ido cada viernes al *cottage* y había vuelto a Hull los domingos por la noche. Lo hacía porque tenían la casa y porque alguien debía ocuparse de ella, pero también porque necesitaba ese cambio de escenario. Le

encantaba su trabajo en la secretaría de una escuela primaria, donde estaba todo el día en contacto con muchas personas, especialmente con niños, que siempre le habían robado el corazón. Pero cuando volvía a casa estaba sola, y los fines de semana se le hacían muy largos. Le sentaba bien no quedarse metida en su piso de dos habitaciones del centro de Hull, y en lugar de eso subirse al coche y conducir por aquel extenso paisaje marino, para luego ocuparse con pasión durante dos días de la casa y del jardín. Por suerte siempre surgía algo que era necesario arreglar.

Que no hubiera estado allí durante semanas y que incluso en ese —inusualmente soleado— fin de semana de mayo estuviera a punto de quedarse en la ciudad se debía a una sensación extraña que la perseguía desde hacía tiempo y que la tenía cada vez más inquieta: Melissa se sentía vigilada. Y lo peor de todo era la duda de si estaba a punto de perder la razón.

¿Serían los primeros síntomas de la demencia senil? ¿A los cincuenta y nueve años?

No podía explicar de dónde provenía la sensación. No era que alguien la hubiera atacado o amenazado. Era solo... Una noche había mirado por la ventana de su piso y bajo la farola del otro lado de la calle había visto a alguien que, le pareció, miraba hacia ella. Se apartó al instante de la ventana y cuando un poco después, con el corazón desbocado, volvió a asomarse, la persona había desaparecido. Otro día había salido de la escuela bastante tarde porque se había quedado preparando cosas para el día siguiente, y en el aparcamiento había un hombre que iba y venía fumando un cigarrillo y claramente vigilando. En cuanto la vio, tiró el cigarro, salió del aparcamiento y se marchó deprisa.

En dos ocasiones le había sonado el teléfono por la mañana y cuando respondió, colgaron sin decir nada.

Se había armado de valor y se lo había contado a su vecino, pero este opinó que estaba exagerando.

—Se habrán equivocado. ¡Si supiera la de veces que me pasa a mí...! Y las otras cosas... Que alguien esté al lado de una farola no tiene por qué tener relación con usted, y el tipo de la escuela estaría esperando a alguien... ¡Está viendo fantasmas!

Melissa se había esforzado por reírse alegremente y con ironía.

—Seguro que tiene razón. Paso demasiado tiempo sola, por eso me vienen esas ideas.

—No debería irse a esa casa dejada de la mano de Dios —dijo el vecino, y Melissa le preguntó enseguida, alarmada:

—¿Por qué no? ¿Cree que es peligroso?

El vecino, un hombre tranquilo de unos cuarenta años, oyó el pánico en su voz y pareció algo irritado, además de un poco preocupado.

—No. Pero creo que cuando se está tan solo en medio de la nada enseguida todo parece una amenaza. Uno empieza a oír ruidos raros, y a lo mejor se imagina cosas que en realidad no existen. Parece bastante nerviosa, señora Cooper. A lo mejor

deberían prescribirle algo para que se tranquilice.

Justo lo que Melissa más temía. «Nerviosa» era seguramente la manera más amable de decir «exagerada» y «rarita».

A lo mejor sí que era rarita. Un par de cosas fuera de lo normal y ya estaba desarrollando casi una manía persecutoria.

Pero también estaba la historia con Richard Linville. Su terrible asesinato. «Y eso es un hecho que nadie de mi entorno conoce. Al menos no conocen la conexión».

Al final, el viernes anterior se había animado a viajar, decidida a no convertirse en esclava de sus miedos. Aun así, había comprobado que los vecinos estaban allí, y había visto con alivio el todoterreno aparcado delante la casa. No es que en caso de necesidad tenerlos a cinco kilómetros fuera a servir de mucho, pero se sentía mejor al saber que no estaba completamente sola.

El viernes por la noche, con un tiempo estupendo, se había tomado unas copas de vino en la terraza y el sábado, bajo un sol brillante, había estado trabajando en el jardín. Además había dado un paseo por la orilla del mar. Se había sentido muy bien hasta que a mediodía apareció el todoterreno de los vecinos. Los propietarios, una pareja de *yuppies* de Scarborough, le llevaban algunos alimentos perecederos que no querían tirar, y le dijeron que volvían a Londres porque por la noche cogían un vuelo a España.

—Tres semanas de vacaciones —anunció la joven, radiante—. Solo hemos venido a ordenar la casa y a vaciar la nevera. ¿Le vienen bien estas cosas?

—Sí, estupendamente —repuso ella. Sonrió, pero le latía muy fuerte el corazón. Les dijo adiós con la mano hasta que el coche desapareció. Todo estaba como antes, pero a Melissa le parecía más silencioso. Más solitario.

Se quedó escrutando el horizonte, en el que la llanura se unía con el cielo, y no distinguió ni descubrió nada que pudiera resultar inusual, extraño ni inquietante. De vez en cuando chillaban las gaviotas. Las abejas zumbaban.

«Siempre puedes volver a Hull», se dijo Melissa, pero la idea de pasar aquel día soleado en su piso, que no tenía ni balcón, la entristeció.

De nuevo recorrió el horizonte con la mirada y de repente vio un destello. Un brillo intenso y corto de... de algo. Como del sol reflejado en un cristal.

Provenía de los pastos entre el estuario y el mar.

Fijó la vista con tanta atención que empezaron a arderle los ojos. No veía nada sospechoso, pero cuando estaba a punto de apartar la mirada percibió el destello otra vez. Fue solo una décima de segundo. Pero no había duda: allí había algo que reflejaba la luz del sol.

¿Un cristal en la hierba? A veces iban excursionistas, ¿habría tirado alguien una botella vacía? ¿O un trozo de papel de plata? Pero, en ese caso, ¿no reflejaría la luz todo el tiempo? ¿Significaba ese destello que había algo moviéndose y que brillaba según el ángulo? Deseó haber estado más atenta en clase de física en la escuela, a lo mejor así tendría una explicación convincente para aquel destello.

¿Había alguien allí? ¿Alguien que vigilaba la casa? Como el hombre de la farola de Hull. O el de la escuela, el fumador nervioso.

¿Se estaba reflejando el sol en los cristales de unos prismáticos?

«Te estás volviendo majara, Mel», se dijo. Pero aquel áspero comentario a sí misma no evitó que el corazón le latiera más deprisa ni que sintiera que le faltaba el aire.

Allí. Otro destello.

No era normal. Allí había algo.

Entró en casa y echó el pestillo a la puerta. Fue al salón y también cerró la puerta que daba a la terraza. Consideró qué debía hacer. Si de todas maneras no iba a atreverse a salir era mejor que volviera a Hull y pasara el resto del fin de semana en su piso pequeño y asfixiante. Allí al menos había otras personas en el edificio, y si se veía en un apuro podía llamar a la policía, que se presentaría en cuestión de minutos. Pero donde estaba... Por suerte nunca había tenido que llamar a emergencias, pero se temía que la ayuda tardaría bastante en llegar.

Encendió un cigarrillo, aunque acababa de decidir (por enésima vez en su vida) dejar de fumar, e inhaló el humo profundamente. La cuestión era si sería capaz de volver alguna vez en caso de que se marchara ahora. ¿O eso supondría una manifestación de sus miedos que la bloquearía para siempre?

Deseó poder leer por fin en el periódico que habían atrapado al asesino de Richard Linville. Y deseó conocer de una vez cuáles habían sido sus motivos. Podían no tener nada que ver con ella.

Se acercó a una de las ventanas delanteras y miró hacia afuera, pero no vio nada. Ningún movimiento, ningún destello. Un día soleado y muy caluroso, sin viento. Tranquilo y luminoso. Pero no se lo había inventado, estaba segura. La cuestión era si salir huyendo precipitadamente era más bien una reacción histérica, o si eso era lo más razonable que podía hacer.

Seguía dándole vueltas cuando sonó el teléfono. Aunque en un primer momento se sobresaltó, luego notó cierto alivio. No estaba sola en el mundo, por mucho que se hubiera sentido así la última media hora.

—Melissa Cooper —respondió.

—Hola, mamá. Soy Michael. Pensé que te encontraría en la casa.

Su hijo mayor. Que, para ser sincera, se preocupaba por ella poco y muy esporádicamente. Vivía en Sheffield, no demasiado lejos, y bien podría visitarla de vez en cuando, pero... bueno, tenía su propia familia. Y su trabajo. Y poco tiempo.

—¡Mike! ¡Qué alegría oírte! ¿Cómo estás? ¿Y los niños?

—Estamos todos bien. Liz se ha llevado a los niños este fin de semana a casa de su madre. Estoy aquí solo, disfrutando de la calma, y he pensado en llamarte.

Melissa sintió cierta punzada al oír aquello. Liz estaba con su madre. Mike estaba solo en casa. ¿No habría sido buena idea que aprovechara para visitar a su madre? ¿Del sábado al domingo? ¿En el *cottage* que, al fin y al cabo, habían comprado todos

juntos?

Pero no quería hacerle reproches. Él habría interrumpido abruptamente la conversación y ella se vería de nuevo inmersa en sus miedos.

—Sí —dijo—. Estoy aquí otra vez. El tiempo es estupendo. Anoche estuve en el porche casi hasta las doce y media.

—Disfrútalo. Ya sabes que por aquí no tenemos mucho verano.

—¿Vendréis en vacaciones?

—Hemos vuelto a reservar en Menorca, como el año pasado. Allí tenemos el sol asegurado. Así es más fácil con los niños.

Menorca. España. ¿Por qué se iban todos siempre a España?

«¿Y para qué demonios hemos comprado esta casa?».

Dio una profunda calada al cigarrillo. Michael lo oyó, porque exclamó riéndose:

—¡Mamá! ¡Creía que estabas dejando de fumar otra vez!

Ella no se rio con él.

—A veces algo te los estropea...

—¿Te estropea el qué?

—Los buenos propósitos.

Se dio cuenta de que su voz sonaba rara. Algo temblorosa, algo ronca. También Michael lo notó y dejó de reírse.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué ha estropeado tu buen propósito? ¿Problemas en la escuela?

—No, no. Ahí está todo en orden, por suerte.

—¿Y qué es lo que no está en orden?

No encontraba un cenicero y la ceniza caía lentamente al suelo.

—Bueno... lo de siempre. Ya sabes, lo de febrero. El asesinato de Richard.

Había salido en todos los periódicos.

—Ya, ¿y?

—El asesino sigue libre.

—Puede ser. Si te digo la verdad, no me interesa demasiado. Antes o después lo cogerán.

—Parece ser que no tienen ninguna pista, ni ningún indicio de cuál pudo ser el móvil.

Michael suspiró. Melissa tuvo la sensación de que se estaba arrepintiendo de haberla llamado.

—¡Linville era policía, mamá! Tenía un montón de enemigos. Alguno se habrá vengado de que lo metiera entre rejas. ¿Por qué te preocupa tanto?

—He notado algunas cosas en las últimas semanas. Llámame loca, pero no me libro de la sensación de que... me vigilan.

—¿Que te vigilan? ¿Quién?

—No lo sé. Una noche había un tipo delante de mi casa en Hull, mirando a mis ventanas. Alguien merodeaba por la escuela. Me han llamado varias veces y cuando

respondo, cuelgan. Y ahora mismo... —Se interrumpió. ¿Sonaba como una mujer mayor, exagerada y solitaria?

—¿Sí, mamá? ¿Ahora mismo...? —inquirió Mike con voz cansada. Ahora sí estaba claro que se arrepentía de haberla llamado.

Le contó lo que había visto y añadió:

—Podrían ser unos prismáticos.

—¿Que te vigilaban a ti?

—No hay nadie más por aquí.

—Mamá, de verdad, te estás obsesionando. ¿No podría ser algún inofensivo observador de pájaros? Allí hay un montón de ejemplares raros, y a veces va gente a verlos. O alguien que estaba disfrutando del paisaje con unos prismáticos. No sería para nada... ¡extraño!

Lo dijo en un tono que daba a entender: «Eres tú la que se está comportando de forma extraña, mamá. El mundo a tu alrededor es perfectamente normal. Es tu visión de las cosas la que es rara».

Quizá tenía razón. Ojalá tuviera razón.

Intentó reírse.

—Paso demasiado tiempo sola. Seguro que eso explica muchas cosas.

Por supuesto, Michael se lo tomó como un reproche.

—Mamá, ya sabes que tenemos una vida complicada. Con dos niños pequeños y trabajando los dos... Además de las tareas de la casa y del jardín... de la rutina, vaya. Me encantaría verte más, pero de verdad que no puede ser.

«Pero Liz sí puede pasar el fin de semana con su madre. ¡Y seguro que ahora mismo, ahí solo en tu casa, no estás precisamente asfixiado de trabajo!».

Pero no dijo nada, ¿para qué pelearse?

Aun así, tras despedirse y colgar, se dio cuenta de que Michael la había tranquilizado algo. Sus ideas le habían parecido absurdas y, en cierta manera, le había transmitido esa perspectiva. Abrió otra vez la puerta de la terraza, se sirvió una generosa copa de vino aunque solo eran las cinco de la tarde, encendió otro cigarrillo y se acomodó fuera. Se quedaba. A partir de mediados de la semana siguiente iba a empezar a llover, y el próximo fin de semana iba a ser frío y gris.

Una razón más para no dejarse ahuyentar de aquel pequeño paraíso.

Sin embargo, no aguantó fuera tanto tiempo como el día anterior. Cuando oscureció entró en casa y cerró bien puertas y ventanas. Corrió todas las cortinas, para no presentarse en bandeja de plata si había alguien merodeando. Todavía se tomó otra copa, vio un programa de entrevistas y después subió a su habitación. Esperaba haber bebido suficiente para dormirse enseguida; normalmente algunas copas de vino funcionaban muy bien. De hecho así fue, solo llegó a leer dos páginas del libro antes de que le bailaran las letras. Apagó la luz y se durmió al instante.

Cuando se despertó supo al momento que no estaba sola. No habría podido explicar de dónde provenía la sensación, pero estaba ahí con la intensidad de una alarma instintiva, como la que quizá poseen los animales en libertad: latidos acelerados, máxima tensión. La boca seca. Una lucidez instantánea.

Todos los síntomas de una descarga de adrenalina.

Se sentó en la cama, encendió la luz y se quedó escuchando la noche. Le parecía oír su propio corazón; aparte de eso, nada. ¿Qué la había despertado?, ¿qué se había filtrado en su sueño y había desencadenado tal reacción de pánico? ¿O había sido un sueño lo que la había asustado tanto? Pero entonces, ¿no debería recordar algo, aunque fuera fragmentariamente?

Miró el reloj de pulsera, que se dejaba puesto al acostarse. Las once pasadas. No debía de haber dormido más de media hora.

«Seguramente me persiguen las fantasías absurdas de todos estos días», pensó. De hecho, Melissa llevaba semanas viviendo en un estado de miedo constante. Desde que había leído en el periódico que habían torturado hasta la muerte a Richard Linville en la cocina de su casa, la cuestión de las conexiones no la había dejado en paz. Desde entonces, el miedo se había convertido en su eterno compañero. Unas veces era más consciente de él y otras, menos. Pero nunca había llegado a desaparecer.

Salió de la cama tan sigilosamente como pudo, tratando de no causar ningún ruido que pudiera tapar otros sonidos.

¿Qué demonios la había despertado?

Fue a tientas hasta la puerta, la abrió, se quedó escuchando. Silencio total. Un montón de habitaciones vacías. Junto a su miedo apareció de pronto un pensamiento: «Este no era el plan. Todos me han dejado tirada. ¿Qué se me ha perdido a mí aquí? ¿Por qué mantengo vivo un proyecto que a nadie le importa?».

Quizá era el momento de llamar a la policía. De atrincherarse en una habitación y esperar a que llegara la patrulla. Pero ¿cómo de ridículo era eso? Una mujer mayor que había tenido una pesadilla y que además llevaba semanas imaginándose cosas raras...

Justo en ese momento oyó la puerta de un coche. Fuera, ante la casa. Se había cerrado cuidadosamente.

La había despertado un vehículo. Un automóvil surgido de la noche.

Se quedó como paralizada en el descansillo de arriba; intentó tragar, pero no pudo. No había ninguna explicación. Eran más de las once, no había razón para que nadie pasara por allí. Para que parara. Se bajara. Avanzara hacia la puerta. Oyó los pasos sobre la grava.

No podía moverse. La imagen del conejo ante la serpiente le pasó por la cabeza. Así se sentía, exactamente así. Paralizada, hipnotizada.

«¡Ve a la habitación, enciértrate y llama a la policía!».

Pero no podía hacerlo. Seguía ahí, con los pies descalzos sobre los tablones,

mirando fijamente la oscuridad de la casa.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. Entonces oyó una llave en la cerradura.
«¿Cómo tienen la llave?».

La puerta se abrió. Podía verlo desde arriba. Una silueta entró en la casa. Una sombra alta y oscura, ¿un hombre?

La luz del vestíbulo se encendió. Efectivamente, había un hombre allí abajo. Pelo oscuro, hombros anchos. Vaqueros, zapatillas de deporte, jersey negro.

Se giró. Era Michael.

Melissa respiró profundamente y notó que podía volver a moverse. Los brazos y las piernas la obedecían de nuevo, así como la voz.

—¡Michael! —Sonaba rara y estridente—. ¡Michael!

Él se sobresaltó y levantó la vista.

—¿Mamá? ¿Qué haces ahí arriba? Pensé que estarías viendo la tele o durmiendo.

Se sentía tan aliviada que se echó a llorar. Bajó la escalera y se arrojó en sus brazos, cosa que no era habitual en ella. Michael la sujetó con fuerza, pero parecía irritado y algo enfadado.

—¿Qué sucede? ¿Estás llorando? ¿Pasa algo?

Ella se sorbió la nariz e intentó contener las lágrimas. Sabía que Michael se sentía completamente abrumado ante el llanto de las mujeres, en especial el de su madre.

—¡Estoy tan contenta de que estés aquí! ¡Tan contenta!

Él la apartó un poco de sí y la contempló.

—Estás temblando. ¿Qué pasa?

—Creía... Pensaba que...

—¿Pensabas que era un ladrón? ¿El tipo que te persigue? ¡Por Dios, mamá! —La soltó—. Los criminales no suelen ir en coche hasta la puerta de las casas. ¡Y tampoco acostumbran a tener las llaves!

—Es verdad. —Sonrió. Sonaba completamente falsa—. Tienes razón. Pero, no sé... Justo cuando acabas de despertarte...

—Seguramente no ha sido buena idea venir —dijo Michael.

Parecía molesto. Le había costado hora y media de viaje llegar hasta allí, había sacrificado la velada que le habría gustado pasar delante de la tele sin el habitual lloriqueo de los niños ni las críticas de su mujer por cambiar todo el rato de canal. Pero un repentino sentimiento de culpa le había estropeado los planes. Su madre no le había sonado nada bien por teléfono. ¿Cuándo la había visitado por última vez? Se dio cuenta de que había sido en enero, por su cumpleaños. Había estado sola incluso en Pascua. Se la había imaginado en aquella casa aislada durante todos aquellos fines de semana y se había sentido un miserable. Insensible y egoísta. Se había figurado lo que ella se alegraría cuando apareciera allí como caído del cielo. Se tomarían un vino juntos mientras charlaban, y al día siguiente disfrutarían de un abundante desayuno. Pasearían por la orilla del mar, y después quizá almorzarían en un pub antes de irse ella a Hull y él a Sheffield. Eso la animaría por un tiempo y él podría empezar la

semana con la buena sensación de haber hecho feliz a su madre por una vez.

En lugar de eso le había dado un susto de muerte, estaba llorando y temblando y parecía al borde de un ataque de histeria.

¡Y para eso todo el agobio!

Decidido, la dirigió al salón, encendió la luz y cogió del aparador dos copas y la licorera del jerez.

—Vamos a empezar por tomar un trago, mamá. Estás blanca como la nieve. Dios, tenía que haber llamado para avisarte. Habría sido mucho más sensato.

Ella seguía temblando pero consiguió llevarse la copa a los labios y dar un sorbo.

—No, no. Es una sorpresa fantástica, Michael. Me alegro muchísimo de que estés aquí. ¡Que hayas hecho todo el viaje solo por mí...!

—No está tan lejos. Y la verdad es que no tenía otros planes.

—No te habrás sentido obligado a venir, ¿verdad? —Lo miró con miedo.

—Claro que no —mintió él. Se bebió el jerez de un trago. El alcohol alivió la tensión y suavizó su enfado. Estaba bien haber ido. Su madre tenía muy mal aspecto. Había adelgazado desde enero, lo había notado a pesar de lo ancho y largo que era el camisón que llevaba, y estaba de pronto... muy envejecida. Esperaba que no se debiera al dolor por la pérdida de Richard Linville. Miró a su alrededor—. Veo que te has atrincherado bien. ¿Ha pasado algo? ¿Algún brillo misterioso en el horizonte? ¿Una sombra en el jardín?

Se rio, pero ella no hizo lo mismo.

—¿Sabes, Michael? Desde la muerte de Richard...

La interrumpió:

—Mamá, de verdad que no quiero hablar de Linville. Por favor, no te enfades. No vino nada bueno de él cuando estaba vivo, y ahora que está muerto parece que no va a ser mejor. Ya te he dicho que lo habrá matado algún expresidiario, y que eso no tiene nada que ver contigo.

Se quedó callada. Él se sirvió y le sirvió la segunda copa.

—Venga, tómate esta y nos vamos a dormir. Ahora estoy aquí y voy a protegerte. Y mañana organizaremos un día maravilloso, ¿vale?

Ella sonrió por fin, por primera vez desde que Michael había llegado. Aunque la había interrumpido un poco bruscamente al empezar a hablar de Richard, su cercanía y su serenidad le habían sentado bien. Era cierto que no conocía toda la historia, en realidad no la conocía en absoluto, pero a pesar de todo tenía razón: se estaba obsesionando. Veía fantasmas. Se imaginaba historias increíbles y volvía locos con ellas a los demás y a sí misma.

—Me apetece mucho lo de mañana —contestó.

VIERNES, 23 DE MAYO

Todo era tal y como Stella había temido. Llovía a cántaros y las nubes se amontonaban sobre el páramo tan bajas, voluminosas y grises que no se distinguía el horizonte y no se podía saber dónde acababa la tierra y dónde empezaba el cielo. El brezal apenas tenía colores en ninguna estación del año, cosa que bajo el sol y un cielo azul podía tener cierto encanto, pero que ese día hacía que el conjunto pareciera un paisaje de noviembre. Y la absoluta soledad en derredor reforzaba la sensación de desolación.

En los últimos kilómetros de la estrecha carretera se habían cruzado tan solo con dos coches, muy separados entre sí; después habían girado en una carretera secundaria aún más estrecha, y ya no habían visto a nadie más. Finalmente llegaron a un camino que llevaba al valle en el que se encontraba la antigua granja. Un edificio alargado construido con la piedra gris de la región, con un tejado de alero muy bajo y ventanas pequeñas, incrustadas en los gruesos muros. Había un edificio adyacente, una especie de cobertizo o establo, que claramente no se utilizaba y que estaba cerrado con una pesada puerta de hierro forjado. Alrededor, el patio sin adoquinar era un barrizal.

—Este sitio no es bonito, mamá —había sido el primer comentario de Sammy cuando pararon y se bajaron del coche.

Stella soltó una maldición porque había metido el pie en un charco y, en un segundo, tenía el zapato calado y el calcetín empapado.

—Es verdad, cariño, esto no está hoy nada bonito. Pero ya verás qué genial es cuando salga el sol, y lo agradable que es la casa por dentro.

Esperaba que eso último fuera cierto. Y en cuanto al sol: por el momento era difícil imaginarse que fuera capaz de reconquistar su hegemonía en aquella zona.

Jonas abrió la puerta de la casa y los tres se refugiaron corriendo de la lluvia torrencial. Se quedaron goteando sobre las losas grises y echaron un vistazo alrededor.

—Ajá —dijo Stella pasado un momento.

La verdad es que no estaba nada mal. Ya era algo.

Como se reveló después, la casa estaba amueblada de forma muy confortable y contaba con todas las comodidades que un exigente urbanita pudiera desear, quitando el hecho de que se había renunciado conscientemente a aparatos como la televisión, la radio o el ordenador. Sin embargo, había un horno ultramoderno colocado en medio de la cocina, un microondas, un enorme congelador e incluso una máquina de cubitos de hielo... como si eso, pensó Stella con pesimismo, fuera absolutamente

imprescindible con las temperaturas que imperaban en la zona. Su humor mejoró cuando vio el salón, con el suelo cubierto de gruesas alfombras y los hermosos muebles de madera antiguos, y al contemplar los dormitorios del primer piso, primorosamente decorados. Había cierta humedad fría, pero encendieron un fuego en la chimenea y pusieron en marcha la calefacción de gas mientras las llamas cogían fuerza.

—Aquí se puede estar muy a gusto —afirmó Jonas tras inspeccionar las estanterías—. Hay libros estupendos. Leeremos, dormiremos, cocinaremos juntos, saldremos a pasear... y seré un hombre nuevo.

A Stella le habría gustado contestarle que aquello sonaba de maravilla y que le encantaría pasar con él todo el tiempo que tenían por delante, pero que esos planes obviaban por completo, al menos de momento, el factor Sammy. Ni leer ni dormir ni pasear eran cosas que entusiasmaran al niño, y de cocinar juntos lo único que iba a interesarle era comerse el resultado final, y solo si se trataba de los platos que contaban con su aprobación: *nuggets* de pollo con patatas fritas, pizza, espaguetis con salsa boloñesa y palitos de pescado con puré de patata.

—Voy a salir a comprar algunas cosas —anunció Stella.

Para su alivio, Sammy decidió que prefería quedarse con su padre, y pudo coger el coche sola para ir a Whitby, donde, tal como el dueño de la casa les había contado, se encontraba el supermercado más próximo, en el que por lo visto se podía comprar de todo. El colega de Jonas les había indicado muy bien el camino, y Stella lo encontró enseguida. Por suerte, en la granja había un gran congelador. Llenó todo el maletero del monovolumen, y con eso no tendrían que comprar nada en unos ocho días.

Ya de vuelta, Stella paró el coche en el cruce de la carretera con el camino que llevaba a la granja. Aparcó en el arcén, se reclinó en el asiento y contempló el valle con las nubes bajas y el edificio de piedra, de cuya chimenea al menos iba saliendo un humo acogedor. Seguro que Jonas estaba ocupado deshaciendo las maletas; a lo mejor ya había hecho las camas. Sammy intentaría ayudarlo, aunque resultaría más un estorbo que otra cosa. ¿Estaría ya Jonas nervioso por encontrarse incomunicado de su trabajo, de su vida cotidiana? Fiel al consejo del doctor Bent, había renunciado a todos los aparatos, no había llevado portátil ni teléfono móvil y, puesto que no había teléfono fijo, realmente no estaba disponible para nadie. Jonas, que normalmente comprobaba el correo electrónico cada diez minutos... Stella se imaginaba que durante los primeros días se sentiría como un drogadicto en desintoxicación. Ella sí tenía su móvil, aunque no pensaba usarlo para nada que no fueran posibles emergencias. Además, abajo en la granja no había cobertura. Para comprobarlo sacó el aparato y miró la pantalla. Dos rayitas temblorosas era todo lo que tenía en lo alto de la colina pero, en cualquier caso, eso era mejor que nada. Si necesitaba llamar con urgencia a alguien podía subir allí. Notó una sensación rara al pensar que nadie podría localizarla, pero se dijo que muy probablemente no iba a pasar nada en el

mundo exterior de lo que tuviera que enterarse. Lo había dejado todo bien organizado en casa, una vecina recogería el correo y regaría las plantas, y no era de esperar que surgieran problemas de ningún tipo.

A pesar de todo, no podía librarse de la intranquilidad que la perseguía desde que Jonas había planteado lo de ir a Yorkshire, y ni ella misma comprendía a qué respondía ese nerviosismo interior. A lo mejor era una reacción normal a esa desaceleración que le habían recetado a Jonas y que tenía que cumplir con él. De repente, también ella estaba incomunicada del mundo, y era una sensación muy inusual y un poco agobiante. De pronto se le ocurrió que la tranquilizaría poder encender la tele por la noche y ver las noticias, pero también esa costumbre tan normal y modesta estaba prohibida.

Soledad, lluvia, incomunicación. Se preguntó si en ese contexto la atormentaba la idea de que Terry y Neil aparecieran de improviso. ¿Era esa la razón de su nerviosismo?

La pareja no había vuelto a dar señales desde aquel sábado de principios de mayo. Ni llamadas, ni mensajes ni nada. Jonas los había olvidado hacía tiempo: «No volveremos a saber de ellos, ya verás. Hicieron un reconocimiento del terreno y no dio los resultados que esperaban».

Con el paso del tiempo también Stella llegó a esa conclusión. No, el malestar no podía venir de ahí.

«A lo mejor —pensó de pronto—, tiene que ver con pasar catorce días encerrada con Jonas. ¿Es que eso me asusta?».

Se habían conocido hacía trece años en el rodaje de una miniserie. Jonas había escrito el guión, y era la primera vez que Stella asumía sola la responsabilidad de un proyecto como representante de una productora. Jonas, de forma poco usual para un guionista, había estado paseándose por el set de rodaje y poniendo de los nervios a todo el mundo. Cada cambio en el texto le causaba una crisis, cada vez que se eliminaba una escena se lo tomaba como una afrenta personal, y embarcaba al director en discusiones eternas hasta que este, furioso, fue a hablar con Stella:

—O ese tipo desaparece o lo dejo todo. No puedo trabajar así, ¡así no se puede trabajar! No estoy dispuesto a pasarme horas discutiendo con ese neurótico cada cambio que hago.

—Es la primera vez que se lleva a la pantalla un guión suyo —repuso Stella, apaciguadora. En aquel momento Jonas era un descubrimiento, conocido por su talento pero también por ser difícil de tratar—. Es solo que no tiene experiencia previa.

—Me da igual. Líbrate de él. Llévatelo a comer, explícale con toda delicadeza que no es bien recibido aquí y procura que se suba en un tren lo antes posible y que se vaya bien lejos.

Stella siguió la sugerencia e invitó a Jonas a cenar. Este apenas comió pero estuvo hablando todo el rato, exponiendo cómo se imaginaba él la película y por qué

pensaba que el director iba a cargárselo todo. Sus explicaciones y sus ideas, precisas y bien reflexionadas, la fascinaron; lo había escuchado cautivada, se había fijado en que tenía unos ojos muy bonitos y unas manos preciosas, y en que era listo y sensible, muy distinto de todos los otros hombres que había conocido.

Se enamoró de él en pocas horas, y él de ella. No había transcurrido ni un año cuando se casaron.

Y ahora, muchos años después, Jonas estaba al borde de quemarse profesionalmente e iban a pasarse dos semanas encerrados por la lluvia en una granja en los páramos de Yorkshire donde, si el plan del doctor Bent funcionaba, Jonas recobraría un poco la serenidad. Aunque quizá «recobrar» no era la palabra. En opinión de Stella, su marido nunca había poseído nada parecido a la serenidad.

Hacía tiempo que se había dado cuenta de que él no estaba bien. El papel al que se había visto abocado lo sobrepasaba. Como ella había dejado de trabajar, él era el único sustento de la familia. Tenía que cuidar de una mujer y un hijo. Tenía que pagar los intereses de la hipoteca de la casa de Kingston. Todo dependía de que se le ocurrieran cosas, de que creara buenos argumentos, de que le compraran las ideas y de que le encargaran guiones. Su creatividad ya no podía trabajar en calma, sino que tenía que funcionar bajo la enorme presión de ganar dinero. Jonas seguía haciendo bien su trabajo, estaba solicitado y le pagaban adecuadamente, pero era evidente que necesitaba cada vez más fuerzas para satisfacer las exigencias, y que la presión minaba su confianza. Había desarrollado tanto miedo a caer que estaba a punto de causar él mismo la caída.

A ojos de Stella era un artista. Y quizá un artista no era el más indicado para ser el sustento de una familia.

La noche antes del viaje había habido un problema que casi hizo que Jonas anulara todo el plan. La productora había cancelado el proyecto sobre el torturado iraquí Hamzah Chalid. Tras su encuentro, Jonas había redactado una propuesta de guión, y en el e-mail que habían mandado ponía expresamente que la cancelación no tenía nada que ver con su trabajo. Después de muchas deliberaciones, la empresa había llegado a la conclusión de que el destino de Chalid no atraería a un número suficiente de espectadores. Los temas del Irak actual eran otros, Sadam Husein ya era historia y, por ello, sus víctimas no interesaban especialmente a nadie, por muy trágico que pudiera ser para ellas. El mundo ya no las escuchaba.

Su marido se había enfadado pero Stella, que había trabajado durante años para una productora, podía entender aquel punto de vista. La película habría sido terapéutica para el pobre hombre, pero la misión de una productora no era proporcionar terapia a personas concretas. Stella había aconsejado a Jonas que informara enseguida a Chalid para que no se aferrara por más tiempo a una esperanza que ya no existía, pero él no había sido capaz.

—Se quedará hundido. No puedo dejarlo tirado en un momento así, y mañana nos vamos y estaré ilocalizable. ¡No puedo hacerle eso, Stella!

—¡No eres su niñera!

—Aun así, no puedo. Tenemos que cancelarlo todo, tengo que ir a hablar con él...

—No. No vamos a cancelar nada. Está todo listo y el doctor Bent dijo que era importante. Así que espera dos semanas y cuéntaselo a la vuelta.

Había sido la única manera de salvar el viaje, pero a Stella le parecía que, al no informar inmediatamente a Chalid, Jonas se llevaba consigo una carga innecesaria. La perspectiva de tener que ver al pobre hombre nada más volver de vacaciones lo iba a atormentar todo el tiempo. Esperaba que aquello no malograra los objetivos del doctor Bent.

«Esas cosas es mejor hacerlas cuanto antes», pensó, y entonces se preguntó si lo que la ponía tan nerviosa era precisamente la manera de su marido de enfrentarse a las dificultades. A veces le parecía muy débil; por mucho que lo quisiera, no podía verlo de otra forma. Dos semanas apartada del mundo con un hombre débil y un niño de cinco años, ¿era de extrañar que la idea le pareciera agobiante?

Le estaba dando demasiadas vueltas. Arrancó el motor, giró y traqueteó camino abajo hacia la granja. Había que ordenar la compra y tenían que pensar qué querían hacer para cenar.

Cuando entró en casa vio que Jonas ni había deshecho las maletas ni había preparado las camas. A cambio salía de la cocina un olor delicioso, y al instante los tenía a los dos delante, Sammy radiante con la cara manchada de tomate y Jonas con una cuchara de madera en la mano.

—Hemos encontrado un paquete de espaguetis y una salsa preparada. ¿Tienes hambre?

Estaba desmayada de hambre, tal como se dio cuenta cuando le preguntaron. Se fijó en que la mesa de la cocina estaba puesta y habían encendido unas velas. Sammy había cogido unas flores, que estaban empapadas en un jarrón y que habían mojado las blanquísimas servilletas. Miró a su madre.

—¡Lo hemos puesto todo genial, mami! ¿Te gusta?

Todos los pensamientos oscuros se disiparon, literalmente se derritieron con el calor de aquel momento. Agarró a Sammy con un brazo y a Jonas con el otro.

Realmente, le daba a todo demasiadas vueltas.

MIÉRCOLES, 4 DE JUNIO

1

Llevaba días lloviendo y hacía mucho frío para ser junio. Kate había encendido la chimenea eléctrica del salón. Sabía que poco a poco tenía que tomar una decisión sobre la casa, pero la verdad era que no había avanzado ni un paso desde su llegada hacía cuatro semanas. Se había ocupado de muchas cosas: la puerta exterior de la cocina por fin estaba reparada, y había trabajado tanto en el jardín que su padre habría estado orgulloso: había arrancado las malas hierbas de los arriates, recortado los arbustos y cortado el césped. Había sujetado bien los rosales que trepaban por una reja de la fachada, al lado de la cocina. Había ordenado el cobertizo con todas las herramientas de jardinería. Lo que no había conseguido era enfrentarse al armario del dormitorio y llevar las prendas al contenedor de ropa usada. Había empezado un día, pero al cabo de una hora estaba sentada arrasada en lágrimas entre jerséis, camisas y pantalones; al percibir el ligero olor del *aftershave* de su padre no pudo continuar. Al final lo volvió a guardar todo. No sabía qué iba a hacer cuando se decidiera a vender la casa, no podía llevarse las cosas a su pequeño piso de Bexley. Le horrorizaba la idea de contratar a alguien para que lo vaciara todo. ¿Y qué haría ella después? ¿Volver a su antigua vida?, ¿seguir siendo una policía sin talento que luchaba contra la escoria de la sociedad y resolvía asesinatos, o al menos contribuía a que se resolvieran? Marginada por sus compañeros, sin amigos. Sin aquel refugio de Scalby, donde siempre se había sentido en casa. La vida le parecía un túnel oscuro, sin final y sin luz. Una tiniebla que se expandía en su interior, sin esperanza. Había perdido a la última persona a la que le importaba. Muchos días se preguntaba qué sentido tenía todo.

A lo mejor si se resolvía el crimen... A lo mejor podría pasar página. Lloraría a su padre toda la vida, pero quizá podría tener alguna esperanza en el futuro si al menos supiera quién era el asesino. Y por qué había sucedido aquel hecho espantoso.

Cada dos días llamaba a Caleb, que no tenía nada nuevo que contarle. Denis Shove seguía desaparecido. Lo buscaban activamente pero parecía que se lo había tragado la tierra.

—Lo pillaremos —repetía Caleb—. Nadie puede esconderse para siempre.

—¿Y si hace tiempo que se ha ido del país? —preguntaba Kate.

—Lo dudo. En cuanto desapareció enviamos su nombre y su foto a todos los puestos fronterizos. No puede escapar.

Kate guardaba silencio. Sabía, y por supuesto Caleb también, que había oportunidades de sobra.

Por lo demás, informaba él, seguían revisando los antiguos casos de Richard,

aunque hasta ahora no había resultados concretos. Realmente Shove parecía el candidato más prometedor, pero no había manera de hallarlo. Caleb siempre encontraba palabras apaciguadoras pero, gracias a su experiencia como investigadora, Kate sabía que el asunto había entrado en una fase problemática. No se había podido detener al culpable al poco tiempo del asesinato, o al menos dar con alguna pista relevante. Cada día que pasaba sin avances trabajaba a favor del asesino.

Y en contra de los investigadores.

Aquel miércoles Kate sabía que debía tomar una determinación. Solo le quedaban dos semanas, después se acababan sus vacaciones y tendría que volver a su puesto. Tenía que encontrar una solución para la casa.

No podía quedarse un día tras otro ahí sentada, tiritando de frío y mirando la lluvia. Notaba cómo se le escapaba la fuerza interior.

«¡Si al menos pudiera hacer algo!».

Se preguntó si debía volver a llamar a Caleb. Había hablado con él el día anterior, y en realidad se había propuesto no llamarlo cada día para no molestarlo y para no perder al que seguía siendo un informante bien dispuesto. Mientras se debatía, le sonó el móvil. Hacía tanto que no pasaba que necesitó un momento para comprender de dónde provenía el sonido y qué significaba. Entonces corrió a la cocina, el teléfono estaba encima de la mesa. A lo mejor era Caleb. A lo mejor había por fin un avance.

—¿Sí? ¿Dígame? —contestó sin aliento.

—¿Kate? —Una voz femenina al otro lado—. ¿Eres tú? Soy Christy.

—¡Ah, Christy!

No consiguió disimular su decepción. Era la sargento Christy McMarrow, su compañera de Scotland Yard. Para Kate era un auténtico tormento porque era una investigadora de éxito y el ojito derecho del jefe; todos la apreciaban y la admiraban, y tenía muchos amigos. También vivía sola, pero disfrutaba de su soltería y en su tiempo libre recorría los bares y pubs de Londres con una alegre pandilla. Kate había contado con que en algún momento entraría en su casi ilimitado círculo de amigos, pero eso no había sucedido. No tenían ninguna sintonía. Trabajaban juntas, pero Christy siempre había dejado claro que al acabar el servicio no tenía ningún interés en continuar la relación.

Seguro que tampoco en aquel momento llamaba por simpatía. Probablemente el jefe le había encargado recordarle a Kate que pronto tenía que volver al trabajo.

—¿Qué tal, cómo estás? —inquirió.

Sus palabras sonaban a obligación más que a verdadero interés. «Pero a lo mejor —pensó Kate—, lo veo todo demasiado negativo». Christy, como sus demás compañeros, se había mostrado sinceramente afectada tras el asesinato de su padre. Aunque no les cayera bien, eso nadie se lo habría deseado.

—Bueno —repuso—. Estoy. —Y entonces añadió, más sinceramente—: No muy bien, Christy. Aún no he... no he procesado todo esto.

—No me extraña. Pero ¿crees que es buena idea pasar tanto tiempo allí... en la

casa? Quiero decir, supongo que te recordará todo el tiempo lo que sucedió.

«Como si no fuera a acordarme continuamente en cualquier otro lugar del mundo», pensó Kate.

—No puedo dejar que la casa se caiga a pedazos.

—Claro que no. Pero quizá deberías intentar encontrar lo antes posible un comprador o un arrendatario.

—Primero tendría que vaciarlo todo —contestó, bastante desanimada.

—¿Pero es que no has empezado todavía con eso? —se sorprendió Christy.

«No tiene ningún vínculo —pensó Kate—, ni con nada ni con nadie. No sabe lo que es perder a la última persona que tienes».

—No —dijo—, no he empezado. Lo he intentado pero... Me resulta muy difícil.

—Déjame que te diga lo que haría yo —comenzó, aunque Kate no le había pedido su opinión—. Me quedaría algunos objetos personales especiales, y contrataría a alguien para que se llevase el resto. Después vendería la casa y con el dinero compraría un buen piso aquí en Londres. ¿Para qué quieres una casa en Yorkshire? Trabajas en Londres. ¡Tu vida está aquí!

«Claro que no —pensó Kate—, estaba en Scalby. Mi vida. Estaba aquí y la perdí, y ahora ya no sé cuál es mi sitio».

—Sé lo que tengo que hacer —afirmó, más brusca y fríamente de lo que habría querido. Una décima de segundo después pensó: «Pues claro que no tengo amigos. A lo mejor Christy lo ha dicho con la mejor intención. A lo mejor soy demasiado negativa»—. Perdona —se disculpó enseguida—. Sé que quieres ayudarme, pero...

—No pasa nada, en realidad no es asunto mío —la interrumpió. El breve instante de confianza entre las dos desapareció tan pronto como había surgido—. En realidad te llamo porque... Han llamado preguntando por ti. Una tal... —Se oyeron unos crujidos, debía de estar moviendo papeles en el escritorio—. Aquí. Una tal Melissa Cooper, de Hull.

—¿Hull? ¡Eso está aquí al lado!

—Pero ella creía que estabas en Londres. No tiene ni idea de que estás en Scalby, y no se lo he dicho. Tiene que hablar contigo como sea. Por supuesto no le he dado tu móvil, pero tengo el suyo. Quiere que la llames lo antes posible.

—¿Melissa Cooper? No conozco a nadie con ese nombre. ¿Ha dicho por qué llamaba?

—Bueno, sí. Ha dicho que tenía que hablar contigo por tu padre.

—¿Por mi padre? —El corazón le empezó a latir con fuerza. ¿Era aquello, o podría ser, la información trascendental que todos estaban esperando? ¿La pieza del puzle que por fin haría avanzar la investigación?

—Sí, pero no he podido sacarle nada más. Le he indicado que tenía que ir a la policía de Scarborough pero me ha dicho que era un asunto privado. Por eso no sé si lo que tiene que decirte estará relacionado con el crimen.

—Él nunca mencionó ese nombre, Christy. Yo conocía bien su entorno personal,

que no era grande, y no había ninguna Melissa Cooper. Creo más bien que tiene relación con el... con el caso.

Quizá era una conocida del huido Denis Shove. Que sabía algo. Que había visto algo.

«¿De qué me conoce? ¿Cómo sabe que vivo en Londres y trabajo en Scotland Yard?».

Daba igual. Ya lo aclararía.

—Eres consciente de que tú no trabajas en el caso, ¿verdad? —apuntó Christy.

«Sí, señora listilla. La pena es que aquí nadie parece estar trabajando de verdad. O por lo menos no de un modo que me haga pensar que en algún momento habrá resultados relevantes. La cosa no avanza. A lo mejor es que la muerte de un policía retirado no le importa a nadie».

Eso era injusto y lo sabía.

—Christy, si esa señora solo quiere hablar conmigo no debería echarle encima a la policía y arriesgarme a que no cuente nada. ¿Me puedes dar su número?

Su compañera se lo dictó. Kate lo anotó ansiosamente en la parte de atrás del calendario que su padre tenía colgado en la cocina.

—Pero no harás nada por tu cuenta, ¿verdad? —insistió Christy, y Kate puso los ojos en blanco.

—Christy, no soy una niña. Voy a llamar a esa mujer y si lo que me cuenta está relacionado con la investigación no te preocupes, que no me lo voy a callar.

—De acuerdo. Y, Kate... que no te sienta mal pero... no te tortures. La vida sigue.

«¿Ah, sí? ¿Gracias a que todos me tratáis con tanta amabilidad y simpatía?».

—Gracias por llamar, Christy. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Kate.

Apenas había colgado y ya estaba marcando en el móvil el número de Melissa Cooper. Tenía la fuerte sensación de que por fin algo estaba en marcha.

A las tres de la tarde se puso en camino con el coche de su padre. Se preguntaba cómo había logrado soportar la espera. Para distraerse había limpiado la casa de arriba abajo, incluidas las ventanas, y todo brillaba y relucía y olía al limón del producto de limpieza. Todo aquel tiempo se había estado preguntando por esa mujer y, cuantas más vueltas le daba, más crecía su inquietud.

Melissa Cooper tenía una voz simpática, pero sonaba como si estuviera bajo mucha presión. Angustiada, temerosa. Era secretaria en una escuela, le había explicado, y salía a las cuatro y media. Puesto que Kate no estaba en Londres sino en Scalby (se había mostrado sorprendida y aliviada al oír eso), ¿por qué no iba a verla a su piso?

—Podría estar en casa hacia las cinco, ¿nos vemos allí? —Lo único que Kate

tenía que objetar a esa sugerencia era la hora: ¡las cinco! ¡Tan tarde!—. Ojalá pudiéramos vernos ahora mismo pero no puedo ausentarme, y aquí no hay manera de hablar en privado.

¿Tendría siempre ese timbre agudo en la voz? Sonaba como si estuviera a punto de volverse loca. Pero a lo mejor estaba sacando conclusiones precipitadas. Era probable que la señora Cooper estuviera habitualmente un poco histérica, siempre estresada, siempre agobiada.

Sin embargo... Kate no se libraba de un sentimiento de preocupación. Había intentado obtener algo de información, pero Melissa le había indicado que no era el momento de hablar.

—No estoy sola —susurró—. ¡Luego!

Kate apuntó la dirección. El GPS del coche de su padre calculó que tardaría una hora y media en llegar. Salir a las tres y media era un poco pronto, pero se dijo que si hacía falta podía esperar un rato en el coche. Además, siempre podía haber atasco.

Y algo le decía que debía darse prisa. Quizá era su instinto de policía. Llevaba tanto tiempo desaparecido que era como si lo hubiera perdido para siempre. Pero a lo mejor era solo que había dejado de escucharlo. Si ya no creía en sí misma, ¿cómo iba a confiar en su instinto?

Por suerte había parado de llover. El asfalto brillaba, aún mojado, pero la alta hierba de la cuneta estaba ya secándose con el viento que se había levantado. El tráfico era muy denso. Se alegró de haber salido pronto. Se había producido un accidente en Driffield y durante veinte minutos avanzaron muy despacio porque estaban desviando los vehículos por el arcén. Kate iba en tensión, pero se obligó a controlarse. No debía perder los nervios. De lo contrario sería ella la próxima en provocar un accidente.

Al final eran las cinco menos diez cuando llegó a la tranquila calle en la que vivía la mujer. Bloques de cuatro plantas de ladrillo rojo, con ventanas francesas blancas y puertas lacadas también de blanco. Pequeñas extensiones de césped muy bien recortado ante las entradas. Una zona elegante, no especialmente pudiente pero sí muy cuidada. Algo aburguesada. Kate se preguntó qué clase de persona sería Melissa Cooper.

Esperó en el coche, temblando de impaciencia, se bajó a las cinco en punto y recorrió el camino adoquinado hasta la puerta del edificio. Melissa había dicho que vivía en el tercer piso. ¿Estaría ya allí? En aquellos diez minutos no había pasado nadie por la calle. Kate encontró el timbre del portero automático y llamó. Esperó. No pasó nada.

Se retrasaba, estaba claro. Volvió al coche y se sentó a esperar otra vez, siempre observando la casa. Era imposible que no viera llegar a Melissa.

A las cinco y diez aún no había aparecido nadie, ni tampoco a las cinco y cuarto. Sacó el móvil del bolso, marcó el número y esperó. Sonó seis veces antes de que saltara el buzón de voz: «Este es el contestador de Melissa Cooper. Por favor, deje su

mensaje».

A lo mejor estaba en el coche y no podía responder. Quizá estaba en el atasco de la hora punta, o retenida por algún accidente. Pero entonces, ¿por qué no la llamaba? Kate le había dado su número.

A las cinco y media volvió a llamarla, pero sin éxito. Esta vez dejó un mensaje:

—Señora Cooper, soy Kate Linville. Estoy delante de su casa. Son las cinco y media. Espero que no haya pasado nada. ¡Por favor, llámeme!

Se bajó del coche, fue a la puerta y llamó otra vez al timbre. Como esperaba, no hubo respuesta. Finalmente pulsó el botón de al lado. Ponía «Acklam». A lo mejor los vecinos sabían dónde se había metido Melissa.

Al menos en esa casa sí que había alguien.

—¿Sí? ¿Quién es? —se oyó por el aparato, y a la vez sonó el zumbido que abría la puerta. La gente era muy imprudente, pero eso Kate lo sabía bien por su trabajo.

Subió hasta el tercer piso. La escalera era luminosa y en los rellanos había macetas con plantas. Oía a productos de limpieza. Estaba claro que el orden y la pulcritud se los tomaban muy en serio.

Arriba, ante una de las dos puertas, la esperaba un hombre que la miró con desconfianza.

—¿Quién es? —repitió la pregunta que Kate aún no había contestado.

Ella esbozó una sonrisa encantadora.

—Buenas tardes. En realidad venía a visitar a Melissa Cooper. Habíamos quedado a las cinco pero hace más de media hora que la espero y no parece estar en casa.

—La señora Cooper vuelve siempre a las cinco, como muy tarde —respondió el señor Acklam—. A veces para por el camino a hacer algo de compra, pero no parece ser el caso hoy.

—No. Hemos quedado hace muy poco, a mediodía, así que no puede haberse olvidado.

—Qué raro. —El vecino se quedó mirando la puerta de Melissa—. Además, normalmente siempre la oigo llegar. Aquí se oye todo, ¿sabe? Pero hoy no he oído nada. Así que seguro que no está en casa.

—Es muy extraño —repuso Kate. La intranquilidad que la acompañaba desde la mañana aumentó—. Trabaja en una escuela, ¿verdad? ¿No sabrá en cuál? Podría ir a buscarla allí.

La desconfianza apareció de nuevo en la cara del hombre.

—¿Es usted amiga suya? ¿O una conocida?

Kate dudó un instante. En aquel momento no estaba autorizada a hacer lo que hizo, pero era la manera más segura de lograr que su interlocutor cooperara. Sacó la identificación del bolso.

—Sargento Kate Linville, de la policía metropolitana de Londres.

El hombre se quedó visiblemente impresionado.

—¿De la policía metropolitana? ¿De Scotland Yard?

—Señor Acklam, es muy urgente que hable con Melissa Cooper.

—Ya se lo había aconsejado yo... —contestó este—. Que fuera a la policía. Si no quería volverse loca tenía que hablar con alguien que pudiera ayudarla. Ha sido muy sensata al llamarla.

Kate frunció el ceño.

—¿Usted le recomendó que llamara a la policía?

—Pues sí, en las últimas semanas se encontraba fatal. Para serle sincero, no estaba seguro de que no se estuviera imaginando cosas, pero pensé que... Bueno, nunca se sabe. Y me dije que si la policía lo investigaba y al final se descubría que no era nada, al menos podría volver a dormir tranquila. Y zanjar el tema de una vez.

—¿Qué es exactamente lo que le contó?

—Que se sentía vigilada. Que tenía la impresión de que alguien la seguía, de que la acechaban y la observaban. ¡Qué sé yo! Hace poco vino a mi casa de noche porque parece que había alguien delante del edificio mirando a sus ventanas. Me asomé a ver, pero allí no había nadie. No supe qué pensar. La verdad es que la señora Cooper siempre ha sido una persona muy sensata. Nada exagerada ni rara. Pero pasaba mucho tiempo sola, al menos por las tardes y los fines de semana. Su marido falleció hace tiempo y los hijos no aparecen casi nunca por aquí.

A Kate se le arremolinaban los pensamientos. Melissa Cooper se sentía perseguida. Encajaba perfectamente con la impresión que le había causado en su corta conversación telefónica: una mujer inquieta, nerviosa, angustiada. Al límite.

Y tenía algo que ver con su padre. Que había sido brutalmente asesinado.

De repente estuvo segura de que Melissa corría peligro y de que era mala señal que aún no hubiera aparecido.

—Señor Acklam, es sumamente importante que hable de inmediato con Melissa Cooper. ¿Dónde está la escuela?

—Al lado del campo de golf de Sutton Park. Se va... ¿Cómo le diría...?

—No se preocupe, tengo GPS. Gracias, señor Acklam. Ha sido de gran ayuda.

Con esas palabras se precipitó escaleras abajo. Mientras se dirigía al coche se le ocurrió que, para cumplir las normas, debería enviar inmediatamente una patrulla a la escuela, porque seguro que llegaría allí antes que ella. Sin embargo, no estaba de servicio y no formaba parte de una investigación oficial. Para cuando hubiera conseguido explicarle a un agente obtuso de una comisaría cualquiera por qué ella, una policía de Scotland Yard, necesitaba urgentemente refuerzos en Hull porque una mujer adulta llevaba tres cuartos de hora desaparecida, habría pasado más tiempo del que necesitaba para llegar en persona a la escuela de Sutton Park. La única opción verdaderamente rápida era el comisario Caleb Hale, pero Kate sabía muy bien por qué no la utilizaba: quería hablar ella con Melissa Cooper. Y además, ser la primera. No quería enterarse después de lo que aquella mujer tenía que decir, pasado por el filtro de Caleb. Tecleó «Sutton Park» en el GPS y se puso en camino.

El campo de golf de Sutton Park consistía en una inmensa zona verde, y de un primer vistazo Kate no distinguió en sus límites nada que se pareciera a una escuela. Atravesó un laberinto aparentemente interminable de calles residenciales todas iguales, con casas de ladrillo provistas de miradores y buhardillas; un divertimento pseudovictoriano cuya falsedad delataban los garajes bajos que se alzaban al otro lado de los cuidados jardines delanteros, como contenedores de mercancías hechos de piedra. Kate iba lanzando improperios mientras recorría aquel barrio de juguete y constataba que allí ninguna brizna de hierba se atrevía a crecer más, o en otra dirección, o a ser de otro color que su vecina. Una y otra vez se topaba con la valla de acero verde oscura que rodeaba el campo de golf. Una calle sin salida tras otra, una rotonda en la que dar la vuelta una y otra vez.

«¡Estoy tardando demasiado! Tendría que haber llamado a Caleb Hale».

Avanzaba por una calle llamada Gleneagles Road, de la que salían una infinidad de callecitas que terminaban en las inevitables rotondas, y estaba a punto de aparcar a la primera oportunidad para pedir ayuda cuando vio la escuela. Estaba al final de una bocacalle, en medio de una gran masa verde, y bastante apartada de las casas. Un gran edificio con varios pabellones más pequeños; entre ellos, patios asfaltados comunicados unos con otros, extensiones de hierba, e incluso un parque con juegos para trepar. Una escuela bonita, nueva, moderna, todavía sin desgastar ni estropear. Sin grafitis en las paredes ni en los muros que la rodeaban.

«Claro —pensó Kate—, es una escuela primaria. A lo mejor aquí no pintarrajean porquerías en cualquier superficie libre que encuentran».

Entró por la verja abierta y vio un coche solitario en el aparcamiento que quedaba a la derecha. Habría apostado a que era el de Melissa Cooper. Seguía allí. ¿Por qué no cogía el teléfono? ¿Por qué no llamaba? Ya eran más de las seis. Para aquella mujer hablar con Kate era tan importante que hasta había llamado a la policía metropolitana de Londres. Era imposible que se hubiera olvidado de la cita.

Se bajó del coche. La escuela estaba tan desierta y abandonada que era difícil imaginársela llena de niños correteando, riendo y gritando, jugando a pillar, empujándose o peleándose. Y sin embargo solo hacía unas horas que aquel sitio rebosaba de vida. Con las madres que iban a recoger a sus hijos y buscando nerviosas un sitio para aparcar, con algunos niños haciéndose los remolones mientras que otros salían zumbando por la puerta. Debía de reinar un ruido atronador.

Pero ahora todo estaba en el más absoluto silencio.

La secretaría, se imaginó Kate, debía de encontrarse en el edificio principal, pero cuando quiso abrir las puertas de cristal que daban al vestíbulo comprobó que estaban cerradas. Las sacudió varias veces, aunque sabía que no tenía sentido. ¿Quién lo habría cerrado todo? ¿Melissa? ¿Se habría ido? ¿El del aparcamiento no era su coche? Pero entonces, ¿dónde estaba?

Rodeó el edificio e intentó otear por las ventanas, pero la mayoría estaban protegidas de miradas indiscretas por persianas bajadas. Pudo ver una clase. En la pizarra había escritos unos versos. Las sillas estaban colocadas sobre las mesas.

Todo estaba vacío.

Se dio la vuelta y estaba reflexionando sobre qué debía hacer cuando oyó una voz.

—¿Señora? Perdona, ¿busca algo? —Un hombre atravesaba el patio. Empujaba una bicicleta—. ¿Puedo ayudarla?

—Tengo una cita con Melissa Cooper —respondió.

El hombre negó con la cabeza.

—Hace mucho que se ha ido. Siempre se va a las cuatro y media como muy tarde.

—Pero su coche está en el aparcamiento —afirmó Kate.

El hombre se apartó varios pasos para poder ver el lugar y frunció el ceño.

—Es verdad, es su coche. Qué raro.

—¿Es usted el portero?

La miró con desconfianza.

—¿Quién lo pregunta?

Kate lo hizo por segunda vez. No había nada que funcionara mejor y más deprisa que aquello. Sacó su identificación.

—Sargento Kate Linville, de Scotland Yard. Por favor, abra la puerta.

La postura y el gesto del hombre cambiaron al instante. Parecía tan acobardado que casi resultaba sospechoso.

—¡Scotland Yard! ¡Madre mía! ¿Le ha pasado algo a la señora Cooper? ¿Tiene problemas?

—¿Podría abrir la puerta, por favor? —repitió Kate, en lugar de contestar.

El hombre apoyó la bicicleta en la pared y sacó un manajo de llaves del bolsillo del pantalón.

—Hoy he cerrado el edificio principal a las cinco y media. Allí enfrente —dijo señalando con la cabeza uno de los pabellones— se ha ido la luz, estaba peleándome con eso ahora. Si no, también yo me habría ido hace rato. —Avanzaron hacia la entrada, Kate con pasos tan largos y rápidos que el hombre, algo entrado en carnes, apenas podía seguirla—. A las tres y media acaban las clases, ¿sabe usted? Después viene el equipo de limpieza y trabaja hasta las cuatro y media o así. Melissa suele quedarse hasta esa hora, haciendo el trabajo que no le da tiempo en el resto de la jornada. Aquí siempre hay mucho lío, como ya se imaginará. Normalmente cierro a las cuatro y media, cuando se van los de la limpieza, pero eso no es problema para Melissa. Tiene llave y puede salir cuando quiera.

Habían llegado a la puerta, que el hombre procedió a abrir.

—¿Dónde está la secretaría? —preguntó Kate.

—¡Sígame! —respondió el portero, emocionado.

Parecía que disfrutaba con la situación. Kate, en cambio, estaba cada vez más

inquieta. No se le ocurría ninguna explicación medianamente tranquilizadora para todo aquello.

Pasillos largos y desolados. Linóleo en el suelo, que chirriaba al caminar. Percheros en las paredes, acá y allá alguna chaqueta olvidada, e incluso alguna bufanda perdida desde el invierno. Por todas partes el típico olor a escuela; inconfundible y seguramente idéntico en cualquier lugar del mundo. Kate se vio transportada al pasado. A tiempos más felices, para ser exactos. Como muchos otros niños y adolescentes, también esperaba que la vida mejorara al acabar la escuela. Pero después se dio cuenta de que los mejores años habían quedado atrás.

—Pues aquí es —anunció el portero, y entró en una sala que tenía la puerta abierta. Acto seguido dio un respingo y chocó contra Kate, que lo seguía de cerca.

—¡Dios mío! —jadeó. Estaba de pronto blanco como la nieve.

Ella lo apartó de en medio.

—¡No entre! ¡No toque nada!

No hacía ninguna falta decírselo. Se alejó tambaleándose hasta uno de los estrechos bancos de madera que había bajo la fila de percheros y se dejó caer. Hundió la cara en las manos. Tenía la frente perlada de sudor.

La imagen que se ofrecía a Kate era espantosa, y no dudó ni por un momento de que la mujer sentada en una silla en medio de la estancia era Melissa Cooper. Tenía las manos atadas detrás del respaldo con cinta aislante, y los pies, muy separados, estaban sujetos de igual manera a las patas de la silla. Tenía la falda levantada y las medias rotas y, de rodillas para abajo, tenía las piernas cubiertas de sangre, que manaba espesa. Le habían destrozado las rótulas, quizá con un martillo o con una tabla.

También el torso estaba cubierto de sangre, sangre en tales cantidades que era imposible distinguir el color del jersey que llevaba. La cabeza estaba inclinada hacia un lado. Kate vio el corte profundo que le recorría el cuello, de una oreja a otra. Tenía algo metido en la boca, tapada también con cinta aislante. Una media seguramente, o un pañuelo. No había podido gritar, lo que explicaba que el portero no se hubiera enterado de la carnicería que estaba teniendo lugar allí mismo. Habían atado, torturado y asesinado a Melissa Cooper. Y no hacía mucho tiempo.

Kate sacó el móvil del bolso. Policía, ambulancia. Y Caleb Hale. Finalmente llamó a Caleb Hale. Después se volvió hacia el portero para repetirle que no se moviera de donde estaba, pero resultó que no era necesario decirle nada: el hombre se había escurrido del banco y yacía en el suelo sin conocimiento. Le tomó el pulso y decidió que podía esperar a que llegara el médico de urgencias. Entonces, siempre utilizando la protección que le brindaban las puertas abiertas, recorrió los pasillos. La pregunta era si el asesino seguía en el edificio. Pensaba que no, pero tomó las precauciones que había aprendido para situaciones como aquella. Aunque no del todo: según el reglamento, nunca debería haber actuado por su cuenta en una situación así.

El lugar era un hervidero de policías y personal de emergencias. Los destellos de luz azul de los coches patrulla danzaban en las paredes. El crepúsculo comenzaba y cada vez había más gente, le parecía a Kate. Cada uno hacía lo que debía. Habían atendido al portero y ahora la policía lo llevaba a casa. Se tomaron fotografías de la escena del crimen y se realizó un primer examen de la víctima. Por lo que Kate oyó, había fallecido debido al corte en el cuello. Cuando le destrozaron las rodillas aún estaba viva, aunque seguramente habría perdido el conocimiento. Hora aproximada de la muerte: entre las cuatro y media y las cinco de la tarde.

«Mientras yo estaba de brazos cruzados esperando en la puerta de su casa», pensó Kate.

Estaba apáticamente sentada en el mismo banco en el que el portero se había dejado caer con sus últimas fuerzas. Había comprobado por sí misma que no había nadie más en el edificio, aunque sabía que se inspeccionaría cada centímetro cuadrado de la escuela. Nadie contaba con encontrar al asesino. Pero a lo mejor aparecían pistas útiles.

Una mujer se sentó a su lado. Le resultaba familiar, aunque no pudo reconocerla.

—Agente Jane Scapin. Nos conocimos en febrero.

«Eso es, la agente Scapin, del equipo de Caleb Hale». Kate la recordó. Estaba presente cuando la acompañaron a casa de su padre. Una mujer joven y delicada, que le había parecido muy nerviosa. Y absolutamente agotada.

—Oh, Jane, disculpe. No la había reconocido. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está Caleb Hale?

La agente señaló vagamente tras de sí.

—Está discutiendo con el jefe de operaciones de Hull. Parece que le resulta difícil aceptar que nos encontremos aquí y estemos a punto de quedarnos el caso. Pero Caleb puede ser muy persuasivo.

—Entonces, ¿también usted ve una conexión?

Jane asintió.

—Oí lo que le dijo por teléfono al comisario. Esa tal...

—Melissa Cooper.

—Melissa Cooper quería hablar con usted sobre su padre. Y al poco tiempo aparece muerta, asesinada, y la imagen que se nos presenta es muy similar a la de... —dejó la frase sin terminar.

«Esta es la razón por la que siempre me parece que estoy al margen —pensó Kate—; esa deferencia con la que todos me tratan. Siempre medias frases, siempre respetuosas perífrasis... No me consideran una compañera más, sino una familiar de la víctima. Es una categoría muy diferente».

—Una imagen como la de mi padre —completó—. La víctima atada a una silla. Torturada sádicamente antes de ser asesinada.

—De ahí que veamos una conexión clara —explicó Jane. Hizo una breve pausa.

Parecía conmocionada y confusa, y estaba haciendo un esfuerzo evidente por controlarse y cumplir su misión en la escena del crimen.

«Es tan joven —pensó Kate—, le resulta mucho más difícil que a los demás».

—Kate, ¿podemos tutearnos? Seguramente estás agotada pero sería conveniente que declararas lo antes posible. ¿De qué conoces a Melissa Cooper? ¿Qué quería exactamente de ti? ¿Qué hacías aquí?

—Por desgracia puedo explicarlo en pocas palabras —repuso Kate—, porque no sé mucho más que tú. —Enseguida la informó de la llamada a Scotland Yard y de la conversación que había mantenido después con Melissa. De cómo la había esperado ante su casa y, finalmente, había acudido a la escuela—. No tengo ni idea de lo que quería contarme —concluyó—. Nunca había oído su nombre. Mi padre no la mencionó jamás. Solo sé que me pareció que estaba muy nerviosa, eso lo ratificó también un vecino. Se sentía amenazada. Observada. Parece ser que una noche había un tipo ante su casa, mirando a sus ventanas. Estaba asustada. Por desgracia tenía motivos, como ahora sabemos.

Jane tomó algunas notas.

—Eso la distingue de tu padre, Kate. Él nunca afirmó nada parecido.

—Pero eso no significa nada. Mi padre nunca lo habría mencionado para no ponerse en ridículo. Además, hay un testimonio según el cual un coche sospechoso pasó varias veces por delante de su casa. En cualquier caso, el asesino estaba muy bien informado de la vida de Melissa. Esperó el momento adecuado: la escuela estaba vacía, el equipo de limpieza se acababa de marchar. Normalmente también el portero se habría ido y todo estaría cerrado. Creo que tenía pensado atacarla en el aparcamiento. Pero el portero se quedó, y así pudo incluso entrar en el edificio. Un pequeño cambio de planes. Aun así, en conjunto, conocía bien los horarios de Melissa. Seguramente llevaba tiempo vigilándola.

—A mí también me lo parece —concordó Jane—. Por supuesto, interrogaremos a fondo al vecino. En la cartera de la víctima hemos encontrado los nombres y direcciones de dos familiares, al parecer sus hijos. Uno vive en Sheffield, acabamos de avisarlo. Espero obtener de él información útil. En cualquier caso... —Se interrumpió porque justo entonces apareció a su lado Caleb Hale que, como Kate enseguida notó, estaba realmente furioso.

—Kate, esto no ha sido para nada correcto, y lo sabes de sobra. En el momento en que Melissa Cooper se puso en contacto contigo tenías que habérmelo notificado. Yo jamás habría esperado para verla a media tarde, habría venido a buscarla de inmediato. Seguramente habríamos obtenido información valiosa. Y aún estaría viva. ¡Tú podrías haber evitado esta horrible... ejecución!

—Jefe... —intervino Jane en tono de aviso, pero él apartó su intromisión con un movimiento impaciente de la mano.

—Te he mantenido informada de toda la investigación, Kate. De un modo mucho más detallado y constante de lo habitual con los familiares de las víctimas. Porque te

consideraba una colega que conoce los procedimientos y sabe cómo utilizar la información. Esperaba a cambio un comportamiento profesional y juego limpio por tu parte. ¡Está claro que me había equivocado del todo contigo!

Bajo la fuerza de sus reproches Kate se sintió muy miserable y notó que se venía abajo. Caleb tenía razón en todo lo que decía. Había vuelto a hacerlo todo mal. Ya podía oír los suspiros de sus colegas de Londres: «¡Típico de Kate!». Y lo peor de todo era que, si hubiera actuado de un modo más prudente y menos egoísta, quizá realmente podría haber evitado la muerte de aquella pobre mujer.

—Pensé que... que quería contarme algo personal —murmuró.

—Dentro de una investigación de asesinato no hay nada personal —rugió Caleb—. ¡No es algo que decidas tú! Además, has estado a punto de presentarte aquí en el mismo momento del crimen. Sola. Seguramente desarmada. Ahora mismo podrías estar muerta.

—Lo siento mucho —susurró.

—Es un poco tarde para eso —repuso Caleb.

Kate sintió una ligera presión en el hombro y levantó la vista. Jane la tocaba suavemente y le dedicaba una sonrisa apenas perceptible. «Enseguida se le pasa», decía la sonrisa.

«Pero eso no alivia mi culpa», pensó Kate. Tenía ganas de llorar. Se contuvo porque sabía que eso no arreglaría nada. Y que Caleb la despreciaría aún más.

El sargento Stewart, también perteneciente al equipo de Hale, se acercó al pequeño grupo. Lo seguía un hombre alto y bien parecido, de pelo moreno y aire acongojado.

—El señor Cooper, comisario —lo presentó Stewart—. El hijo de Melissa Cooper. Acaba de llegar de Sheffield.

—¿Puedo verla? —preguntó enseguida el hombre—. ¿Puedo ver a mi madre?

Caleb le estrechó la mano.

—Le doy el pésame, señor Cooper. Podrá ver a su madre, pero no ahora mismo. La están llevando a las dependencias forenses. Es necesario llevar a cabo algunos exámenes.

Michael Cooper parecía a punto de ponerse a gritar. Estaba consternado y en estado de *shock*.

—¿Están seguros de que la fallecida es... mi madre? —inquirió.

Caleb asintió.

—El portero de la escuela la ha reconocido sin ningún género de duda. En el bolso que había en el escritorio hemos encontrado su documentación; por desgracia, también la foto de su identificación concuerda. Su madre ha sido víctima de un crimen.

Michael Cooper se encorvó hacia delante. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—He salido para acá como un loco en cuanto me han avisado. Es un milagro que no haya tenido un accidente. ¡Dios mío! —Se pasó las manos por el pelo—. Es

terrible. Espantoso. Incomprensible. He llamado a mi hermano. Vive en Escocia, llegará esta noche.

—Muy bien —contestó suavemente Caleb—. Es bueno que estén juntos. Señor Cooper, me gustaría hablar con usted a solas. Acompañeme a una de estas aulas y...

Michael Cooper no parecía estar prestándole ninguna atención, pues lo interrumpió en medio de la frase:

—Es todo culpa mía. No la creí. Pensé que se estaba imaginando cosas. Una mujer mayor, me dije, que pasa demasiado tiempo sola... Se ha empeñado en una fantasía siniestra. Desde que pasó lo de Linville cambió completamente, y di por hecho que se había obsesionado con eso sin ningún sentido...

Todos se quedaron de piedra.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Kate con voz ronca. Se puso de pie.

—¡Kate! —la advirtió Caleb, pero ella no hizo caso. Se aproximó a Michael Cooper. Él le sacaba casi dos cabezas.

—¿Lo de Linville? —repitió ella—. ¿Qué sabe de eso? ¿Qué sabe de mi padre?

Michael se despertó de golpe del estado cercano al trance que lo había hecho hablar sin prestar atención a lo que se le decía o preguntaba. Miró a Kate como si se tratara de una criatura extraña que no había visto nunca.

—¿Su padre? ¿Usted es...?

—Kate Linville. La hija de Richard Linville. Su madre había quedado hoy conmigo. Nunca había oído hablar de ella, no sé quién es ni qué quería de mí. Pero tenía algo que ver con mi padre, ¿no es cierto? ¿Lo conocía usted?

Él se rio, pero no era una risa alegre.

—Vaya si lo conocía. Pero usted no tiene ni idea, ¿verdad? Bueno, no me extraña. Mi madre era el secreto mejor guardado de Linville. Se lo ha llevado a la tumba, por lo que parece.

Kate sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Señor Cooper...

Él la miró con desprecio.

—Hace ya casi dieciséis años de aquello. Linville y mi madre empezaron una relación, que duró unos cuatro años. Ella era viuda, había criado sola a sus hijos. Se enamoró perdidamente de Linville. Deseaba ser feliz. Pero él le daba largas. Se acostaba con ella y por la noche volvía a casa con su mujer. Mi madre creyó todo el tiempo que algún día acabaría por preferirla a ella. Por supuesto, no fue así. Yo se lo advertí mil veces. Mi hermano se lo advirtió también. Ya no vivíamos en casa, estábamos estudiando, pero un día nos dijo que fuéramos a visitarla y nos lo presentó. A él le resultó muy incómodo. Y lo supe al momento: «Nunca dará el paso. No se va a divorciar. Le contará cualquier cosa para camelarla y luego la dejará tirada». Y así fue exactamente. Cortó con ella y volvió a la seguridad de su hogar. Lo que pasara con mi madre le daba exactamente igual.

Nadie decía nada. Todos se habían quedado de una pieza: Caleb Hale, Jane

Scapin y hasta el sargento Stewart.

Kate intentó decir algo pero no le salía la voz. De repente era como si ella y Michael Cooper estuvieran solos en una isla desierta. Ya no percibía a los agentes que trabajaban en la escena del crimen, y que iban hacendosamente de acá para allá. Incluso el equipo de Caleb, que estaba a su lado, parecía haber desaparecido. Solo estaban Michael y ella, y la terrible verdad que acababa de salir a la luz.

Por fin consiguió articular algo:

—Eso no puede ser.

Casi pareció que el hombre encontraba cierto alivio a su sufrimiento haciéndola sufrir a ella porque insistió, regodeándose:

—Pues sí. Fue exactamente como le acabo de contar. Richard Linville utilizó a mi madre, la hizo tener ilusiones y al final la dejó tirada. Ella nunca se recuperó, se convirtió en una mujer deprimida, triste e insegura. Y cuando leí en el periódico que alguien lo había asesinado pensé que algunas veces se hace justicia. La verdad es que saber de la muerte de su padre me alegró el día. Y a mi hermano. Espero que me disculpe, pero me niego a mostrar una falsa compasión.

JUEVES, 5 DE JUNIO

1

Stella se despertó porque alguien gritaba su nombre. Primero creyó que estaba soñando, después se dio cuenta de que ya estaba despierta y se preguntó si lo había soñado. Pero lo oyó otra vez.

—¡Stella!

Efectivamente, alguien gritaba su nombre. Muy fuerte. Alguien que estaba a la puerta de la casa.

Comprobó que Jonas dormía a su lado. Respiraba regular y profundamente. Tras dudar un momento se levantó, salió con sigilo de la habitación y bajó rápido las escaleras. La situación era muy extraña, pero decidió averiguar qué pasaba. No era de las que esconden la cabeza debajo del ala para no ver los problemas.

La puerta tenía una ventanita más o menos a la altura de los ojos que se podía abrir para mirar sin que el invitado inesperado pudiera colarse en la casa. Stella miró el reloj del vestíbulo: eran casi las doce. No eran horas de visita.

Abrió la ventanita en forma de rombo y miró fuera. La noche era oscura, una espesa capa de nubes ocultaba totalmente la luz de la luna. Pero soplaba un viento cálido del sureste, y Stella deseó que tuviera fuerzas para barrer las nubes antes de la mañana. Se moría por un día de sol.

Apenas había abierto la puertecilla cuando una cara apareció delante, tan de repente que Stella se echó atrás sobresaltada.

—¡Stella! ¡Dios mío, qué bien que estés despierta! ¿Puedo pasar? ¡Por favor!

Era la voz de Terry.

—¿Terry? —preguntó, absolutamente perpleja.

—Sí, soy yo. ¡Por favor, abre la puerta!

—¿Vienes sola?

—Sí.

Stella quitó la cadena y descorrió el cerrojo. Terry se precipitó en la casa en cuanto la puerta se abrió lo suficiente. La cerró de inmediato cuando estuvo dentro y echó el pestillo.

—No sé si... Puede que me persiga...

—¿Quién?

—Neil. Estará furioso...

—Ven a la cocina. ¿Te apetece un té?

—¿No tienes algo más fuerte? —contestó la joven.

La siguió a la cocina. Stella encendió la luz y entonces soltó un grito de espanto:

—¡Terry! Pero ¿qué te ha pasado?

Ella se llevó la mano a la cara, insegura.

—¿Se nota mucho?

Tenía el labio partido y abultado, y el ojo izquierdo medio hinchado; la piel de alrededor estaba empezando a teñirse de violeta. De la ceja nacía un fino rastro de sangre que iba hasta la sien.

—¡Que si se nota! —exclamó Stella—. ¿Ha sido Neil?

Terry asintió, se dejó caer en el banco de la cocina, hundió la maltrecha cara entre las manos y se echó a llorar.

Efectivamente, necesitaba algo más fuerte que un té.

Stella le sirvió un vaso de whisky.

—Ten. Tómate esto. Y después cuéntamelo todo. —Una pregunta le quemaba en la lengua—: ¿Cómo sabías dónde estábamos?

La joven no contestó, sino que continuó llorando. Por fin levantó la cabeza, se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta, lo que le hizo soltar un gemido de dolor, y agarró el vaso. Se lo tomó de un trago justo en el momento en el que un adormilado Jonas entraba en la cocina, descalzo y con un albornoz azul. La luz le hizo parpadear.

—¿Qué pasa aquí?

—Terry ha venido a hacernos una visita —contestó irónicamente Stella.

Él se quedó mirando a la chica. Poco a poco los ojos se le acostumbraron a la luz.

—¡Madre de Dios! —exclamó—. ¿Qué te ha pasado?

—Ha sido el simpático de su novio Neil —aclaró Stella—. Si lo he entendido bien, está huyendo de él. Por desgracia solo se le ha ocurrido refugiarse aquí. —La miró—. ¡Terry! Aún no me has contestado: ¿cómo sabías dónde estábamos?

Parecía que a la joven le costaba devolverle la mirada. Clavó la vista en el suelo.

—Hemos estado por aquí con el coche —repuso en voz baja—. El fin de semana.

Stella y Jonas se miraron el uno al otro, incrédulos.

—Por aquí... ¿Por el páramo? —inquirió Stella—. ¿Recorriendo la zona y... buscándonos?

Terry asintió con gesto contrito.

—A mí también me parecía... En fin, no fue idea mía. Pero Neil decía que podíamos echar un vistazo...

—¿Cómo sabíais que estábamos aquí ahora? —interrumpió Jonas. Se había espabilado por completo. A Stella le pareció que estaba bastante alarmado.

La joven se sorbió los mocos. Se puso a girar el vaso vacío delante de ella.

—Neil lo averiguó —le contestó en voz baja—. Nos hablaste de tu trabajo y mencionaste una productora de televisión para la que sueles trabajar. Él los llamó y le dijeron que estabas de vacaciones. No necesitó más detalles. Había visto el folleto en el escritorio y pensó que podíamos darnos una vuelta y echar un vistazo. La zona es muy solitaria, se puede viajar sin parar, y de repente aparece una casa o una granja o un pueblo pequeño... Y bueno, desde la colina de ahí —dijo haciendo un gesto vago

hacia la oscuridad— vimos vuestro coche. Era el que estaba delante de la casa de Kingston, por eso lo reconocimos, y entonces Neil dijo: «Ajá, están ahí de vacaciones». Y seguimos nuestro camino.

Stella cogió otro vaso, se sentó a la mesa y se sirvió un whisky.

—Yo también lo necesito. Esto que nos dices es terrible, Terry, ¿te das cuenta?

—No íbamos a hacer nada malo —se defendió ella de inmediato—. Os lo aseguro. ¡Tenéis que creerme!

—¿Nada malo? ¿Y qué pensabais hacer? —intervino Jonas—. ¿Qué explicación te dio Neil para todo aquello?

—Me dijo que estaba bien saber dónde pasabais las vacaciones porque a lo mejor podíamos haceros una visita. Le dije que las cosas no eran tan fáciles, que no nos habíais invitado. Pero... —Se encogió de hombros.

—¿Pero? —insistió Stella.

—Pues... Se puso nervioso y no quise que... No es bueno molestarle mucho, ¿entendéis?

—Viendo tu cara lo entiendo bastante bien —repuso Stella—. Terry, ¿estás segura de que Neil es la persona indicada para ti?

Ella volvió a bajar la mirada.

—También puede ser muy distinto. Absolutamente adorable y tierno. Es solo que no hay que molestarle.

—¿Y qué es lo que le ha molestado tanto hoy? —quiso saber Jonas—. Has debido de tocarle mucho las narices, a juzgar por su reacción.

La chica soltó un sollozo, que enseguida intentó reprimir.

—Ha sido por el trabajo. Me despidieron hace tiempo, pero él me encontró otra cosa. De camarera en un pub. Pero era un verdadero cuchitril, totalmente cochambroso y con una clientela que enseguida estaba como una cuba. Me manoseaban y acosaban todo el tiempo, me decían obscenidades... Le dije que no quería volver allí, pero no quiso ni oír hablar de eso. Necesitábamos el dinero para el alquiler.

—Creía que a Neil le había quedado una buena herencia —dejó caer Stella.

—Sí, pero no durará para siempre, y además el alquiler es cosa mía. Es mi casa. Neil se vino a vivir conmigo hace un tiempo —explicó.

—Ya veo... —intervino Jonas—. Se va a vivir contigo y te obliga a trabajar en una tasca cochambrosa para que pagues tú el alquiler, y así él no tiene que tocar su dinero... Un acuerdo de lo más justo, en mi opinión.

—El caso es que cada vez me costaba más ir allí —continuó. Tras las palabras de Jonas estaba de nuevo al borde de las lágrimas—. Y anoche...

—¿Sí? —la animó Stella.

—Neil llevaba fuera toda la tarde. Había quedado con un amigo, o eso dijo. Estaba sola en casa. Así que no fui. Al trabajo, me refiero. Tenía que estar allí a las seis pero en lugar de eso me tiré en el sofá a ver la tele. Me sentía liberada pero a las

diez y media llegó Neil y se sorprendió mucho de verme en casa. Yo no solía volver antes de medianoche, porque también tenía que limpiar y ordenar.

—Y parece que se puso furioso —apuntó Jonas. Se sentó a la mesa, al lado de las dos. Estaba deprimido y confuso. Era evidente que no podían echar a Terry, pero le disgustaba tanto como a Stella verse involucrado en toda aquella historia. Ese Neil Courtney parecía un tipo peligroso, y había averiguado el lugar en el que estaba su familia. ¿Por qué? Seguro que no era por amabilidad. Le causaba cierto malestar saber que el joven conocía la aislada granja, y que podría imaginarse que Terry se había refugiado allí. Quizá era solo cuestión de tiempo que se plantara en la puerta.

Los pensamientos de Stella iban todavía un paso más allá: se preguntaba si la historia de Terry era verdad. ¿O era todo una farsa para meterse en la granja? Seguramente la chica no era lo bastante lista para tramar un plan así, pero Courtney era inteligente y carecía de escrúpulos. Probablemente no le echaba para atrás zurrar a Terry para darle más verosimilitud a la historia. Y ella estaba tan sometida que se dejaba hacer. Aunque la verdad era que parecía realmente afectada. ¿Porque lo que contaba era cierto? ¿O porque actuaba bajo una enorme presión y por eso rompía a llorar continuamente?

«Deberíamos librarnos de ella y después marcharnos nosotros».

—Sí, se puso hecho una furia —respondió la chica al comentario de Jonas—. Se cabreó muchísimo. Dijo que iba a perder mi trabajo y que tendríamos problemas de dinero otra vez. Le prometí que haría todo lo posible por encontrar otra cosa, pero no me escuchaba. Gritaba y rabiaba, y al final... —No siguió hablando. Estaba bastante claro cómo había terminado la pelea.

—Y, aparte de nosotros, ¿no tenías nadie más a quien acudir? —preguntó Stella—. ¿Qué hay de tus padres? ¿De tus amigas? Seguro que hay personas que pueden ayudarte.

Terry negó con la cabeza.

—No tengo contacto con mis padres. La relación se estropeó cuando lo de...

Stella adivinó a qué se refería:

—¿Sammy?

—Sí. Nunca me lo perdonaron. Que me quedara embarazada a los dieciséis, que los avergonzara ante sus amigos y conocidos... Dar a Sammy en adopción les parecía la única salida, pero nunca comprendieron lo que es verse en esa situación. Cuando cumplí dieciocho me largué, y desde entonces no nos hemos visto ni hemos hablado.

—¿Y tus amigos?

La chica bajó mucho la voz.

—No me queda nadie de la infancia. Todos han ido por otro camino. Se están formando para un trabajo en condiciones, o incluso van a la universidad. Yo no tengo títulos de nada y me mantengo como puedo con distintos trabajos. Ya no... encajo en sus vidas. Y amigos nuevos... No he podido mantener las nuevas amistades. Neil no quería. Siempre se enfadaba cuando quedaba con gente, así que al final dejé de

hacerlo.

—¿Cuándo lo conociste? —preguntó Jonas.

A pesar de que desde su llegada no había hablado más que de las restricciones, la violencia y los problemas que habían surgido desde que estaba con él, los ojos de Terry se iluminaron. Parecía que aún consideraba un gran golpe de suerte que aquel atractivo parásito se hubiera instalado en su vida. Por lo que sabía Stella, esa percepción errónea solía darse entre personas que estaban muy solas o que tenían muy poca autoestima. En el caso de Terry, seguramente se trataba de ambas cosas. Se sentía valorada por Neil, que, a la vez, le proporcionaba la sensación de no estar completamente sola en el mundo. A cambio ella se dejaba explotar, fiscalizar y maltratar, y seguramente pasaba mucho tiempo intentando no ver aquellos desagradables efectos secundarios de su relación.

—Lo conocí el año pasado. A finales de octubre, concretamente. Me abordó en el pub en el que trabajaba. Era un buen sitio, no un cuchitril como el de ahora. Me di cuenta de que llevaba toda la noche mirándome, y entonces se armó de valor...

«Se armó de valor», se burló Stella mentalmente.

—... y me preguntó cómo me llamaba. Me dijo que le parecía muy atractiva. Y la noche siguiente apareció de nuevo. Y la siguiente. Y me dijo que solo iba por mí. Y... bueno, después nos hicimos pareja.

«Enhorabuena», estuvo a punto de decir Stella, pero se contuvo. De todos modos no sabía si Terry entendería la ironía.

Jonas y ella intercambiaron una mirada que decía: «¿Y ahora, qué?».

—¿Has venido en coche? —le preguntó Jonas.

La chica asintió.

—Es mío, por eso se me ocurrió... Pero Neil estará furioso. Ahora no tiene forma de desplazarse.

—Ese es su problema —opinó Jonas.

Stella sabía que lo llenaba de alivio saber que el joven no podía presentarse en la granja, al menos no en las próximas horas: sería muy raro que consiguiera un vehículo en plena noche para perseguir a Terry, y seguramente un taxi le resultaría demasiado caro. Lo que no significaba que no fuera a aparecer en algún momento. No iba a aceptar tan fácilmente la humillación de que su novia se hubiera escapado.

Stella se levantó.

—Puedes quedarte esta noche, Terry. Te enseñaré la habitación. Mañana pensaremos qué hacer. Yo en tu lugar iría a la policía y denunciaría a Neil por lesiones.

La chica la miró horrorizada. Era evidente que jamás haría eso.

Después de que Stella hiciera la cama, le diera una toalla y la chica desapareciera en el dormitorio, la pareja se quedó un rato en la cocina. Stella no se libraba de la sensación de que lo mejor era irse lo antes posible, aunque al mismo tiempo su sentido de la justicia se sublevaba: ¿iban a dejarse asustar por aquel tipo? Ya era

bastante malo que Terry estuviera a su merced, pero ese era su problema y no era algo que incumbiera a la familia Crane.

—Me parece de lo más turbio que se haya dedicado a recorrer la zona buscando la casa —afirmó Jonas—. Además, en Kingston se fijó en nuestro coche y seguro que también apuntó la matrícula. ¡Esto no es normal!

—Courtney no es normal —ratificó Stella—. No es una persona decente, eso como mínimo. Vive completamente a costa de Terry y la obliga a trabajar en un tugurio... Es violento y vago, y va por la vida gorroneando. Seguramente tiene un pie fuera de la justicia.

—¿Qué quiere de nosotros? Creo que se dio cuenta de que no nadamos en la abundancia y, aunque así fuera, ¿qué le hace pensar que puede beneficiarse?

—Es probable que para sus estándares seamos bastante adinerados, aunque no seamos ricos. Creo que esperaba que acogiéramos a Terry como un miembro más de la familia, en calidad de madre biológica de Sammy, y que lo incluyéramos a él por ser su pareja. Estoy convencida de que si hubiéramos sido más amables habrían empezado a pedirnos dinero y a presentarse en casa constantemente.

—Pero tiene que haber visto que no nos entusiasmó en absoluto su visita de mayo, y que el plan de «somos una gran familia feliz» no va a funcionar. Entonces, ¿por qué nos espía ahora?

—Está claro que no se ha rendido todavía —repuso ella, y ambos guardaron silencio, preocupados y pensativos. De repente eran más conscientes de lo aislada que estaba la granja y de que ni siquiera podían llamar por teléfono para pedir ayuda. Tenían que caminar un buen trecho hasta lo alto de la colina para conseguir una cobertura que ni siquiera era estable. Por otro lado, a lo mejor exageraban con sus malos presentimientos. Neil Courtney podía ser un novio violento, desconsiderado y absolutamente egocéntrico, pero otra cosa era que se atreviera a comportarse así ante una familia desconocida. Terry era la víctima perfecta, pensaba Stella; casi fomentaba que Neil la tratara peor que a un felpudo. Él la había estado observando en aquel pub y había reconocido instintivamente el tipo de mujer a la que podía convertir en su esclava.

Pero los Crane eran otra cosa. Al fin y al cabo, los tíos como Courtney eran unos cobardes. Abusaban siempre de los más débiles, no de sus iguales ni de quienes eran más fuertes que ellos.

—Vámonos a dormir —propuso Stella—, y no nos volvamos locos con todo esto. Pero tenemos que procurar que Terry se vaya lo antes posible. Hay que seguir lanzando el mensaje de que no queremos mantener ningún tipo de contacto. Y de que no vamos a dejarnos involucrar. Que arreglen sus problemas entre ellos.

Jonas asintió. De camino al dormitorio, Stella se asomó al cuarto de Sammy: el pequeño respiraba acompasadamente y no se había enterado de nada. También se quedó parada ante la puerta de Terry. No se oía nada, ni se veía luz por las rendijas.

El resto de la noche iba a ser tranquilo.

A pesar de todo, Stella comprobó otra vez la puerta principal y las que llevaban al exterior desde la cocina, el comedor y el salón. Estaban todas bien cerradas.

Sería mejor que en los próximos días prestara especial atención a esos detalles.

2

Kate se había quedado tan perturbada por la revelación de Michael Cooper que Caleb y Jane acordaron con tan solo un intercambio de miradas no dejarla regresar sola en su coche. Caleb quería conversar a fondo con aquel hombre, de modo que pidió a Jane que la llevara a casa. Él no tenía coche, porque había llegado con la agente, pero volvería a Scalby después en el coche de Kate.

Esta no tuvo nada que objetar a aquel arreglo. Estaba tan aturdida que no era capaz de pensar en otro plan.

No se había dado cuenta de lo tarde que era. Para cuando llegaron a su casa eran las once y, para cuando se les unió un agotado Caleb, había pasado ya la medianoche. Jane había preparado té, que Kate bebió apáticamente a pequeños sorbos. Tenía la mirada perdida y solo podía pensar una cosa: «No puede ser. Mi padre con otra mujer. ¡Es imposible!».

Caleb también tomó una taza de té, y las informó de su conversación con Michael Cooper. Había confirmado las declaraciones del vecino: su madre llevaba un tiempo sintiéndose observada y vigilada, y estaba asustada. Hablaba sin parar del asesinato de Richard Linville y se preguntaba cuál habría sido la razón. Los dos hijos pensaron que se imaginaba cosas porque no podía superar la muerte de su examante.

—Michael vio a su madre por última vez a mediados de mayo —les contó Caleb—, en la casa que tienen en algún punto de la desembocadura del río Humber en el mar del Norte. Hacía mucho que Melissa no había ido por allí pero el tiempo era muy bueno, así que se decidió. Ese día le dijo por teléfono que creía que la estaban observando. Había visto el reflejo del sol en un cristal, parece que varias veces, y estaba convencida de que alguien vigilaba la casa con unos prismáticos. Michael decidió ir a verla esa noche. No se creyó nada de la historia de los prismáticos, pero se había dado cuenta del estado de nervios de su madre y se sintió culpable porque llevaba meses sin verla. Por supuesto, hoy está seguro de que ella tenía razón y de que, probablemente, haber aparecido en la casa impidió que la asesinaran entonces. Ese lugar tan aislado habría sido más apropiado y mucho más seguro que la escuela, pero después de aquel fin de semana la señora Cooper no volvió por allí. Tenía demasiado miedo.

—¿Le llamó algo la atención a Michael cuando fue a la casa? —preguntó Jane—. ¿Algo que a lo mejor entonces no parecía importante pero que ahora puede ser relevante?

—No, por desgracia. Pero me ha asegurado que intentará hacer memoria. Ahora mismo está totalmente conmocionado y aturdido, pero es posible que más adelante recuerde algo. Por supuesto, registraremos a fondo la casa y los alrededores e interrogaremos a los vecinos. Aunque viven muy lejos unos de otros... No tengo muchas esperanzas.

—La cuestión es —reflexionó Jane— qué relación tiene todo esto con nuestro sospechoso, Denis Shove. Si partimos de la base de que Melissa Cooper fue asesinada por la misma persona que mató a Richard Linville, tendríamos que buscar el móvil que puede haberlo llevado a asesinar también a esa mujer...

Caleb le lanzó una mirada de advertencia. «Nada de detalles delante de Kate. Lo hablaremos más tarde».

Ella lo entendió y asintió. Aunque, en su opinión, Kate no estaba oyendo nada; seguía absorta en sus lúgubres pensamientos.

El comisario miró su reloj.

—Maldita sea, qué tarde se ha hecho. Jane, ¿podrías quedarte esta noche con Kate? No debería estar sola.

Ella movió negativamente la cabeza, con pesar.

—Lo siento, pero tengo que volver con Dylan lo antes posible. Lo está cuidando la vecina y ya me va a echar una buena bronca por llegar tan tarde. No me puedo permitir enemistarme con ella.

—¿Y no podría quedarse Sean con él por una vez?

—Ahora mismo no nos hablamos —contestó ella escueta y con expresión rígida. Caleb consideró que era mejor no insistir.

—De acuerdo —suspiró—, entonces márchate.

Deseó que hubiera alguien en la vida de Kate, alguien cercano a quien pudieran avisar en ese momento. Desde que la había recogido en el aeropuerto tenía aquel pensamiento metido en la cabeza: no era bueno que se pasara los días y las semanas metida en aquella casa. ¿Cómo podía una persona de esa edad estar tan sola? Le daba demasiadas vueltas a todo y, en su opinión, se encontraba en un peligroso estado de falta de perspectiva que pronto podría desembocar en una depresión. Al asesinato de su padre le seguía ahora el desprestigio de su figura... o así lo sentiría Kate. Nada había cambiado en la opinión de Caleb sobre Richard Linville. Con o sin amante, había sido un policía magnífico, competente, experimentado, íntegro. Eso no cambiaba porque su vida privada no fuera tan impecable como siempre había parecido. Por supuesto, para Kate era distinto. Para ella su padre estaba justo después de Dios, si no directamente a su lado. Lo había colocado en un inmenso pedestal, por encima de todas las debilidades y vicios terrenales. Ese pedestal se acababa de agrietar de tal modo que aquella figura estaba al borde de la caída, si es que no se había roto ya en mil pedazos. Y eso después de todo lo que había sucedido en los últimos meses y en las últimas horas. Caleb pensaba realmente que en aquel momento no se podía dejar a sola a Kate.

—Me quedaré yo un rato —dijo—. Volveré después en taxi.

Jane se marchó aliviada, y poco después Caleb oyó el motor de su coche. Eran casi las doce y media; lo cierto era que no se le podían exigir más horas extras.

Kate, que hasta entonces había estado callada en el sofá, levantó la cabeza.

—Hace dieciséis años —comenzó—, ¿sabes qué pasó? Le diagnosticaron cáncer de mama a mi madre. Se sometió al programa completo: operación, quimioterapia, radioterapia. Lo pasó francamente mal, tanto a nivel físico como psicológico. Yo intentaba venir de Londres siempre que podía, pero tenía muy poco tiempo. Me consolaba pensando que mi padre hacía lo imposible para poder estar con ella en el hospital. Pero a menudo me llamaba diciéndome que se le había hecho tarde, que no podía librarse del trabajo. ¡Del trabajo! —Soltó una carcajada estridente—. Debía de tener serios problemas logísticos: su profesión, su esposa enferma, su amante... —Se bajó del sofá, cogió una botella del aparador, la abrió y le dio un buen trago.

Caleb distinguió lo que tenía en la mano.

—Chivas Regal. Pega fuerte, Kate. Ten cuidado.

—¿Crees que lo que ha contado el hijo de Melissa es verdad?

—A mí me ha parecido creíble. Pero es su visión de las cosas. Desde luego, no es objetivo. Lo que pasó de verdad seguramente nunca lo sabremos, puesto que ahora tanto Melissa Cooper como tu padre están muertos.

—¿Cómo pudo...? Mi madre luchaba contra una enfermedad mortal mientras él...

—No lo juzgues con demasiada dureza. Seguramente para tu padre fueron momentos muy difíciles. Buscó una salida y quizá no eligió la mejor opción, pero...

Kate dio un segundo trago.

—¿No eligió la mejor opción? Pero sí la opción típicamente masculina, ¿no? Una vida triste, un trabajo duro, una esposa en quimioterapia... ¿Qué mejor remedio que meterse en la cama de vez en cuando con otra mujer?

—Puedo entender que estés dolida, Kate. Pero en este momento solo empeoras las cosas atacando a tu padre. No sabemos nada concreto. A lo mejor lo que tenía con Melissa Cooper era un amor de verdad, y no solo una relación sexual. Incluso en aquel entonces ella no era una jovencita con la que subirse el ego. Era una mujer madura y viuda, que había criado sola a sus dos hijos. Seguramente vio en ella algo más que una simple compañera de cama.

Ella bebió de nuevo.

—¿Y se supone que eso tiene que consolarme? —gritó de repente.

Caleb se acercó a ella y trató de quitarle la botella, pero la agarraba tan fuerte que no lo consiguió.

—¡Kate! Deja de beber. No estás acostumbrada.

—¡No como tú! —le espetó.

Él se estremeció. Creía que ella no lo sabía. Pero al mismo tiempo se preguntó cómo podía ser tan ingenuo. Esas cosas siempre acaban filtrándose. Y llegan a todo el

mundo. Intentó mantener la calma.

—Es verdad —repuso sereno—, puede decirse que soy un experto. Y por eso mismo sé que no sirve para nada. Dame la botella, Kate.

En lugar de hacer lo que le pedía, ella siguió bebiendo a grandes sorbos. El olor del whisky se coló en la nariz de Caleb, que enseguida notó el sabor del alcohol en la lengua, sintió la quemazón en la garganta, el calor que se expandía por el estómago, la ligereza que se adueñaba de su cabeza, el emborronamiento de todas las líneas rectas. Los problemas parecían solucionables, las pérdidas se hacían soportables. La vida se volvía más suave. Uno se preguntaba por qué había estado tan angustiado.

Dio un paso atrás. Sintió sudor en la frente y le dieron palpitaciones. Tenía náuseas.

«Siempre serás un alcohólico, Caleb. Siempre». Podía oír las palabras del terapeuta de la clínica de desintoxicación. «No debes hacerte la ilusión de que todo ha quedado atrás. Siempre experimentarás una fuerte reacción física ante el alcohol, aunque solo lo huelas».

Quizá se equivocaba al querer impedirle a Kate que bebiera. Ella no estaba en riesgo como él. De vez en cuando había que emborracharse a fondo y sufrir las consecuencias al día siguiente.

—Tu padre tenía su vida, Kate. Y tú solo puedes juzgarla hasta cierto punto, sobre todo en retrospectiva. También tu madre tenía su vida, y ambos tenían su matrimonio y su relación íntima. A lo mejor sabes mucho menos de lo que crees.

—¡Siempre fueron felices!

—Por lo menos eso te parecía a ti.

Ella lo miró furiosa.

—Ah, ¿es que tú lo sabes todo? ¿También que mis padres me engañaban?

—No. No tengo ni idea. Es solo que no creo que tu visión de las cosas sea correcta en todo. Estás intentando juzgar las vidas de otras personas y, por mucho que se trate de tus padres, deberías ser prudente.

—También es mi vida. Mi vida y la de mi padre estaban muy unidas, lo sabíamos todo el uno del otro.

—Bueno, por ejemplo no sabías nada de Melissa Cooper. Y cuando te pregunté si Richard podría haber recibido amenazas antes de su muerte me explicaste que nunca te habría contado nada así para no resultar ridículo. De manera que no lo sabíais todo el uno del otro.

Ella continuó bebiendo y lo miró provocadora.

—Estupendo. Y ahora sentirás que has ganado, ¿no? Porque me has demostrado que mi padre... que mi padre y yo... que nosotros... —Tenía ya la lengua pastosa, se lio en medio de la frase y de repente se olvidó de lo que iba a decir.

—Creo que el problema es que estás unida a él de un modo muy poco sano. Incluso después de su muerte. Me da la impresión de que no tienes una vida propia. Nada que pueda ser ahora un punto de apoyo.

Ella se tambaleó levemente.

—¿Quién, yo? ¿Que yo no tengo vida? ¿Cómo se te ocurre? ¡Soy sargento en la policía metropolitana! Soy...

Se calló.

—Continúa —la animó Caleb—. ¿Qué más? ¿Dónde hay alguien que se preocupe por ti, para quien seas importante? ¿Que te apoyara cuando acompañaste a tu padre a la tumba? Llevas más de un mes completamente sola en esta casa, enterrada en tu soledad y en los recuerdos. Que yo sepa, no ha venido a visitarte ni una amiga en todo este tiempo. O un amigo. Ni siquiera algún compañero de trabajo, o algún vecino de Londres. Maldita sea, Kate, ¿a eso lo llamas tener una vida? ¿Cuando no hay nadie que se interese por ti y por cómo estás?

—¡Fuera! —gritó ella. Y lo repitió más alto y más tajante—. ¡Fuera!

Él asintió.

—Me voy. Lamento mucho que te sientas tan mal, Kate. Pero creo que no puedo ayudarte.

Se volvió hacia la puerta. Al instante siguiente, Kate estaba a su lado. Había dejado caer la botella y el líquido dorado se derramaba en la alfombra.

—¡No! ¡Por favor, quédate!

Él se detuvo y se giró hacia ella.

—Kate, deberías...

—No me dejes sola. No puedo quedarme sola ahora. Tengo miedo. ¡Un miedo espantoso! —Rompió a llorar—. Por favor, quédate conmigo. Abrazame. Necesito a alguien que... necesito a alguien que me apoye.

De repente se aferró a Caleb, que no quiso quedarse ahí parado y con los brazos colgando, así que la abrazó. Seguro que al día siguiente aquella escena le iba a resultar terriblemente embarazosa a Kate, pero por qué no darle en aquel momento lo que tanto necesitaba. Era una situación que le resultaba muy extraña: noche cerrada, en casa de su antiguo superior, y con su hija borracha y desesperada entre los brazos.

«Habría sido mucho mejor que se hubiera quedado Jane», pensó.

—Todo irá bien, Kate —dijo. Hablaba en el mismo tono con que se calmaría a un niño desconsolado—. Ya verás que todo se arregla. Todo irá bien.

Ella levantó la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos, y parecían más grandes que nunca en su rostro consumido.

—Acompáñame arriba, Caleb. ¡Ven!

Él la apartó tan bruscamente como si se hubiera quemado con algo muy caliente, y dio un paso atrás. Ella lo agarró de la mano e intentó llevarlo hacia la puerta.

—Ven, Caleb. ¡Por favor!

El comisario no conseguía soltarse, ella lo sujetaba con fuerza. Estaba muy borracha, y él se dio cuenta de que, efectivamente, no toleraba nada bien el alcohol. Aunque, por otro lado, se había bebido media botella de whisky a un ritmo tremendo, y seguramente con el estómago vacío.

—Kate, en este momento no eres capaz de razonar. El día ha sido espantoso, y el whisky no te ha sentado nada bien. Vete a la cama. ¿Tienes alguna aspirina que puedas tomarte?

—No quiero estar sola.

—No me iré, ¿vale? Te prometo que me quedaré. Hasta mañana por la mañana.

—Sube conmigo.

Por fin logró liberar la mano.

—Preferiría ir a buscar una aspirina.

Una expresión de concentración apareció en los ojos de Kate.

—¿Una aspirina?

—Mejor dos o tres. Te quitarán al menos una parte del dolor de cabeza que te espera mañana.

—En el baño. Arriba.

—De acuerdo, vamos. ¿Podrás subir sola?

Se tambaleaba delante de él. La siguió pegado a ella, pero Kate consiguió apañárselas bien con los empinados escalones. Una vez arriba, se quedó parada en el pasillo mientras él entraba en el baño y abría el armario de encima del lavabo. Efectivamente, allí estaban las medicinas. Llenó un vaso con agua, echó tres comprimidos dentro y esperó a que se disolvieran burbujando. Después se lo tendió a Kate, que aún estaba con la mirada perdida en el pasillo.

—Tómame esto. Te despertarás un poco mejor.

Ella apuró el vaso y después preguntó:

—¿Por qué no quieres acostarte conmigo, Caleb?

Se preguntó cuánto de lo que contestara estaría ella en condiciones de entender y de procesar. No quería herirla, por eso se refugió en una corrección neutral que no pudiera interpretarse como un rechazo directo de su persona.

—Has bebido demasiado, Kate. No voy a aprovecharme de eso.

La verdad habría sido: «Porque no eres mi tipo. Ni borracha ni sobria. Eres la mujer menos atractiva que he conocido, y lo último que se me pasaría por la cabeza es acostarme contigo».

—Pero... yo no me sentiría... No... —Le costaba trabajo articular—. No me sentiría utilizada.

—Ahora tienes que descansar. Estás agotada. Yo voy abajo, al salón, ¿de acuerdo?

Ella lo miró con una mezcla de tristeza, dolor y desesperanza en los ojos, y él tuvo la certeza de que, por muy borracha y exhausta que estuviera, había entendido perfectamente lo que pensaba. Había comprendido que su negativa iba mucho más allá de aquella noche y de su nivel de alcohol en sangre. Seguramente la habían rechazado de igual modo cientos o miles veces en su vida. No era fácil engañarla, conocía de sobra la situación.

Al final asintió, se dio la vuelta y se metió en el dormitorio. Cerró la puerta de un

portazo. Caleb se quedó un momento esperando y luego fue a la planta baja. Aunque por lo general su casa se le caía encima y no aguantaba el vacío y el silencio, habría dado lo que fuera por poder volver allí. Pero había dado su palabra y, de todos modos, se habría quedado preocupado. Kate se encontraba en un estado mental en el que era una irresponsabilidad dejarla sola. Se preguntó qué pasaría a partir de entonces.

Ya en el salón recogió la botella de whisky, que seguía tirada en medio de la habitación. El olor que ascendía desde la alfombra hizo que le temblaran las piernas. Después de todo lo que había pasado era el momento perfecto para tomarse un buen trago, y cualquier persona normal lo habría hecho. Desde que había salido de la clínica nunca había sentido un deseo tan intenso. Desesperado, miró la botella... Desesperado, sobre todo, ante sí mismo. Notó que apenas le quedaban barreras, apenas le quedaban fuerzas para contenerse. Si era sincero, «apenas» era un eufemismo. No le quedaba la más mínima barrera.

Salvo que la botella estaba vacía.

Completamente vacía.

3

Helen Jefferson estaba desayunando en su pequeño piso de Leeds y se había olvidado completamente de tomarse los cereales y de beberse el café. Este último se le había enfriado y, en el tazón, la leche y la avena se habían convertido en una masa pegajosa. Pero no se daba cuenta. Tenía el periódico abierto, aunque solo había mirado los titulares de la portada y ni siquiera era consciente de lo que había leído.

Tenía la vista clavada en la pared. Reflexionaba.

Sobre el deber cívico, que le parecía un tema complicado.

Salió de sus pensamientos cuando Peggy, su pareja, entró en la cocina. Como siempre, había pasado horas arreglándose en el baño y estaba preciosa. Maravillosos rizos largos de un rubio dorado. Pestañas como aureolas densas y negras. Tenía cara de ángel, pero estaba muy lejos de serlo. Podía blasfemar como un marinero y poseía un repertorio inagotable de chistes verdes tan bastos que sonrojaban sin remedio a hombres hechos y derechos.

—No has comido nada —observó Peggy—. ¿Te pasa algo?

Helen asintió.

—No te has enterado de nada esta noche, ¿verdad? Al principio de la noche, más concretamente.

Su pareja siempre había tenido problemas para dormir. Antes de irse a la cama se ponía tapones en los oídos porque cualquier ruido la despertaba y tardaba horas en volver a conciliar el sueño. La ventaja era que así no la molestaban los ronquidos de Helen. La desventaja, que no se enteraba de nada de lo que sucedía en el edificio. «Y

no hay que taparse los oídos ante todo y ante todos», pensaba Helen.

—Se han peleado otra vez —continuó—. Terry y Neil. Con gritos y violencia. Por cómo chilló ella... me parece que la ha vuelto a pegar. Bueno, en realidad estoy bastante segura. Y no dejo de preguntarme...

—¿Qué? —inquirió Peggy mientras se servía café y metía el pan en el tostador.

—No es la primera vez, y no sé si debemos quedarnos al margen. Era nuestra estrategia pero no sé si es lo correcto...

—Hum... —profirió Peggy.

Ella y Helen no conocían bien al novio de su vecina, pero desde el principio se habían preguntado con espanto por qué la chica solo daba con tipos horribles; esta vez había pescado un ejemplar realmente espeluznante. Aquel Neil era muy pagado de sí mismo e iba por ahí con actitud arrogante, aunque no podían evitar preguntarse de qué presumía. Ambas sospechaban que vivía a costa de su novia; desde luego no parecía que tuviera una profesión decente, por mucho que saliera de casa y pasara varias horas desaparecido. Ejercía sobre Terry una influencia nefasta. Antes la chica subía algunas noches a compartir una botella de vino con ellas; de vez en cuando salían las tres, se divertían y lo pasaban bien, aunque después Peggy decía que estar con ella le costaba cierto esfuerzo.

«Es tan ingenua... De verdad, ¡me dan ganas de darle una torta! Cuando habla de política me pone de los nervios. ¡No tiene ni idea de nada!».

Aun así, habían percibido lo sola que estaba la joven y se habían preocupado. Terry no hacía más que conocer hombres e imaginarse en cada ocasión que había encontrado el amor de su vida, pero las relaciones acababan tan rápido como empezaban. Con aquella nueva adquisición, aquel Neil-Lo-Que-Fuera, estaba durando un tiempo sorprendente. Ya era más de medio año. Y eso no redundaba precisamente en su beneficio.

No era solo que su aspecto externo hubiera cambiado radicalmente («aunque sea para bajar la basura se pone una ropa con la que otras mujeres salen a hacer la calle», opinaba Peggy, sin pelos en la lengua), sino que además se había apartado de las pocas personas que quedaban en su vida. Ya no iba de visita a su piso, ya no salían juntas. Un día, sin planificarlo, Helen llamó a la puerta para preguntarle si le apetecía que se tomaran un café. Terry, que solo abrió una rendija, parecía insegura y confusa, y después Helen oyó la voz de Neil que preguntaba:

—¿Quién es?

—Helen. Es Helen. Dice que si me tomo un café con ella.

—No tienes tiempo. ¡Dile eso!

La chica sonrió con desamparo.

—Lo siento, no puedo. A lo mejor otro día...

Por supuesto, no hubo ningún otro día.

Helen y Peggy se habían dado cuenta de que aquel tipo intimidaba y fiscalizaba a Terry, mientras que esta sentía por él una mezcla de adoración y temor. También eran

conscientes de que aquello estaba tomando un mal camino. En dos ocasiones se la habían encontrado y notaron que intentaba ocultar sin ningún éxito, bajo las gafas de sol y una gruesa capa de maquillaje, las marcas que tenía en la cara y que demostraban que a Neil se le iba la mano. Sin embargo, mantuvo férreamente que se había tropezado y se había golpeado al caer. En vista de eso, Peggy opinaba que no se la podía ayudar, era imposible convencerla de que se deshiciera de aquella joyita. Solo podían desear que aquello se resolviera por sí solo algún día.

—Está sometida —continuó Helen—, está totalmente entregada. Nunca encontrará fuerzas para separarse de él. Anoche, mientras estaba tumbada en la cama oyendo el drama de abajo, me sentí como esa gente que vemos a veces en las noticias y que no podemos entender: esos vecinos que siempre se mantienen al margen y que luego se quedan asombrados cuando alguien resulta gravemente herido, o incluso muerto. Nosotras siempre hemos despreciado a esa gente.

—Es verdad. Pero, de todos modos, Terry tiene que querer. Mientras siga diciendo que entre Neil y ella todo está en orden nosotras no podemos hacer nada.

—Deberíamos hablar otra vez con ella. No podemos ignorar todo esto.

Acordaron que, tras el desayuno, cuando bajaran para irse, llamarían a la puerta y la invitarían despreocupadamente a tomarse una copa de vino con ellas, «para hablar de unas cosas».

—Esperemos que ese cabrón no nos chafe los planes —dijo Peggy—. Tonto no es. Si anoche tuvieron ese... encontronazo, seguro que se huele de qué va la cosa.

Contaban con pillar a Terry sola, porque a esa hora solían encontrársela de camino a la compra mientras a todas luces su novio aún dormía. Pero cuando llamaron sin hacer mucho ruido, intentando que ella las oyera pero él no se despertara, la puerta se abrió de repente y Neil apareció en el umbral.

—¿Sí? —preguntó. Estaba sin afeitarse, llevaba una sudadera sucia y olía a sudor. No tenía aspecto de haber pasado la noche en la cama. Se quedó mirándolas a las dos.

—Eehh... ¿está Terry? —inquirió Peggy. Siempre había sido la más valiente, y los tipos como aquel no la asustaban.

—No está —repuso Neil.

—¿Y dónde ha ido?

—¿Para qué la buscáis? —preguntó, en lugar de contestar.

A Peggy siempre se le había dado bien inventarse al instante excusas convincentes.

—Helen y yo celebramos nuestro quinto aniversario —mintió—. Esta noche queríamos abrir una botella de champán y hemos pensado que a Terry le gustaría compartirla con nosotras.

La frente de Neil se arrugó con preocupación.

—Bueno, no creo que esté de humor. Anoche la llamaron por teléfono. Su madre está muy enferma.

—¿Su madre? —Por fin Helen abrió la boca—. Pero yo creía... ¿No había dejado

de hablarse con su madre?

—Hace unas semanas retomaron el contacto. Aunque, tratándose de un infarto, de todos modos lo normal es que la hayan avisado. Por mucho que se hubieran peleado.

—¡Madre de Dios! ¿Un infarto?

—Está en el hospital de Scarborough —continuó él—. Terry se puso de los nervios. Lloró y gritó...

—¿Por qué en Scarborough? —preguntó Peggy—. Su familia vive en Cornualles.

—Eso es lo trágico. Su madre llegó ayer. Hoy habían quedado para verse en su hotel. Parece que iban a perdonarse, a acercarse después de tantos años. ¡Y ha tenido que pasar esto...! —¿Sería verdad todo aquello? La historia parecía muy cogida por los pelos. Helen y Peggy no se miraron. No se fiaban lo más mínimo de él, pero ¿mentiría en una ocasión en la que era tan fácil pillarlo?—. Así que Terry se fue anoche con ella, no hubo manera de impedirselo.

«Y dejaste que una mujer alterada y desesperada condujera sola —pensó Peggy—; podía haber pasado cualquier cosa».

Pero no dijo nada. Neil no era precisamente la amabilidad en persona.

—Me gustaría mucho estar con ella —añadió él—. Pero no sé cómo. Se llevó el coche.

—Salgo ahora para Scarborough —informó Peggy—. Puedo llevarte.

—¿En serio? ¡Eso sería estupendo!

Helen la miró estupefacta. Aquello iba demasiado lejos. Llevar a aquel tipo en el coche... Ella no lo haría ni por todo el oro del mundo. En realidad no sabían si decía la verdad, y además lo más probable es que fuera un hombre violento... Le lanzó a su pareja una mirada implorante: «¡No lo hagas!».

Pero Peggy parecía decidida a aclarar lo sucedido durante la misteriosa noche anterior. Llevaría a Neil a la clínica de Scarborough y así descubriría si la madre de Terry de verdad estaba en Yorkshire y había sufrido un infarto. O si, en lugar de eso, era la chica la que estaba ingresada por las lesiones que le hubiera causado Neil. Sacó las llaves del coche.

—Pero hay que salir ya. Tengo que ir al trabajo.

Él asintió.

—Claro. Yo estoy listo.

Descendieron las escaleras los tres juntos. Abajo, Helen se despidió. Trabajaba en la sección de anuncios de un periódico de Leeds y por las mañanas cogía el autobús. Peggy, tras estar bastante tiempo en paro, había encontrado un empleo en una residencia para mayores de Scarborough, lo que le suponía una hora y media de ida y otra hora y media de vuelta, es decir que pasaba cada día tres horas en la carretera. No era una situación sostenible a largo plazo, pero se había alegrado de volver a trabajar. Helen y ella se planteaban mudarse de Leeds a York, y así vivirían más o menos en el punto medio. Pero aún no habían encontrado un piso a buen precio: York era más caro que Leeds. Parecía que no había una solución realmente satisfactoria y,

entretanto, Peggy casi se había acostumbrado a su incómoda jornada laboral.

Neil parecía estar de buen humor cuando salieron en dirección a la A64. No daba la impresión de estar ocultando algo. A lo mejor Helen se había equivocado en su interpretación de los hechos de la noche anterior. Terry había tenido un ataque de nervios cuando se enteró del infarto de su madre, había llorado y gritado, y Helen se lo había tomado como una fuerte pelea.

«Quizá hemos exagerado un poco en nuestra mala imagen del tipo —pensó Peggy—, aunque... la verdad es que me resulta muy antipático».

Quería lanzarle una mirada disimulada por el rabillo del ojo y se sobresaltó al darse cuenta de que él la observaba descaradamente y esbozaba una sonrisilla insolente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Por qué me miras así?

—Eres una mujer preciosa. ¿Por qué no te buscas un tío?

—No me van los tíos.

Él hizo un movimiento despectivo con la mano.

—Tonterías. Eso es lo que tú crees. Eres demasiado atractiva para desperdiciarte con otras mujeres... Y más aún con una tan fea como Helen.

—Pues mira, ahí tenemos opiniones diferentes. A mí las relaciones con mujeres no me parecen un desperdicio. Y Helen no me parece nada fea.

Neil sonrió.

—A mí personalmente tampoco me parecen ningún desperdicio. Y Helen es fea, tú también lo piensas. Es la típica lesbiana, se la ve de lejos. Pero tú te mereces algo mucho mejor.

—No voy a seguir con esta conversación —afirmó ella con frialdad.

—¿Alguna vez has estado con un tío? Eso siempre me interesa de las lesbianas. ¿Nacéis ya estropeadas, o es que un tipo os trata tan mal que decidís pasar de los rabos y dedicaros a las chicas?

—Controla lo que dices —le advirtió—. O te dejo aquí mismo en la cuneta y ya verás cómo te las apañas para llegar tú solito.

—¿Es que he tocado un punto débil?

—No tengo puntos débiles.

—Todo el mundo los tiene.

—Yo no. Y ahora cierra la boca. No quiero seguir oyendo tus malditas impertinencias.

Él volvió a sonreír, pero al menos guardó silencio. Peggy estaba enfadada consigo misma. ¿Cómo había sido tan estúpida como para ofrecerse a llevar a aquel tío horrible? Solo porque a Helen se le había ocurrido de pronto que había que ayudar a Terry. ¡Como si pudieran ayudarla! Si alguien era capaz de estar con un tipo tan asqueroso como aquel, seguramente era inmune a las buenas intenciones de los demás. Con un hombre así solo podía estar una mujer que arrastrara graves problemas psicológicos. Aquello era un caso para un terapeuta profesional.

«No podemos hacer nada —pensó Peggy—. Terry tiene que salir del pozo por sus propios medios».

Estaban en campo abierto, solo rodeados de praderas y cultivos. Neil preguntó de pronto:

—¿Puedes parar un momento? Tengo que mear.

—¿Ahora?

—No, dentro de una hora. ¡Pues claro que ahora!

Ella giró en un estrecho camino que salía a la izquierda, se internaba un poco en la pradera y se perdía entre la hierba. Paró el motor.

—Vale. Estamos. —Él no se movió. Ella frunció el ceño—. ¿Pero no tenías una urgencia? Pues venga. No quiero llegar tarde al trabajo.

Justo en ese momento vio el arma que él tenía en la mano. Una pistola. Con el cañón apuntándole.

Durante unos instantes se le cortó la respiración e intentó comprender lo que estaba pasando. La amenazaban con una pistola. Un hombre con pinta de delincuente y del que solo sabía cosas malas.

Pero no podía ser verdad. Esas cosas solo pasaban en las películas. No en la vida real.

Cuando por fin logró respirar, se mostró enérgica.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¡Aparta eso!

—Necesito el coche —explicó él—. Lo siento, pero es urgente.

—¿El coche? Tú alucinas. No creerás que...

No le dejó terminar la frase. Con un movimiento súbito de la mano izquierda la agarró del pelo y le dio un tirón tan brutal que la hizo gritar. Acercó mucho su cara a la de ella. Al mismo tiempo, Peggy notó que la pistola se le clavaba en las costillas.

—Oye, esto va en serio. Déjate de tonterías, ¿estamos? Haz lo que te diga. Ahora vamos a bajarnos los dos y no vas a intentar ningún truquito, ¿vale?

Le tiró otra vez del pelo y ella gritó de nuevo. Era como si le arrancara mechones enteros. Comprendió que Neil no era de los que se limitaban a las amenazas. Aquello podía acabar muy mal si ofrecía resistencia. Estaba en clara situación de inferioridad: él tenía un arma. No dudó ni un momento de que estaba cargada. Ni de que la utilizaría.

—Vale —susurró—, vale. Me bajo.

Abrió lentamente la puerta. El aire caliente le dio de lleno, cargado de olor a flores y a hierba. Justo a su lado había un arbusto de espino blanco florido. Iba a ser un día de sol, un verdadero regalo después de las lluvias de las últimas semanas. Las nubes se habían dispersado durante la noche. Soplaban un viento suave.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. No era un día para morir a manos de un loco al borde de la carretera entre Leeds y Scarborough.

«Helen no quería que lo llevara. Tenía razón. Su intuición no se equivocaba».

Él se deslizó por los asientos y salió por la puerta del conductor. Estaban pegados

el uno al otro, entre el coche y el arbusto. Peggy intentó ver la carretera, pero apenas distinguía nada. Se había adentrado demasiado en la pradera y el espino los mantenía ocultos del camino. Quien pasara por allí solo alcanzaría a ver un poco de la parte trasera del coche. Jamás se daría cuenta de que había un hombre amenazando a una mujer con una pistola.

Antes de que pudiera darse cuenta, aparecieron unas esposas que se cerraron alrededor de sus muñecas. Tenía los brazos inmovilizados detrás de la espalda. ¿De dónde las había sacado? Lo cierto es que conseguirlas no era un problema, cualquiera podía comprarlas en un sex-shop.

—Lo siento —dijo él, aunque no parecía que lamentara nada en absoluto—, pero no puedo permitir que salgas corriendo a la cuneta, pares el primer coche y me echas detrás a la policía. Te vas a quedar un rato aquí. ¡Siéntate!

—¡No puedes dejarme aquí atada! ¡Nadie me encontrará!

—Alguien aparecerá. —Señaló unos cuantos kleenex arrugados y una lata de Coca-Cola tirados en la hierba—. Aquí viene la gente a mear, a beber y a follar. No creo que te quedes sola mucho tiempo.

Peggy opinaba distinto. Ya se veía acucillada bajo el arbusto, hora tras hora, quizá todo el día, quizá la noche entera. Era poco probable que la oyera alguien si gritaba. No pasaban peatones por la carretera, y desde los coches nadie la oiría. A lo mejor tenía alguna posibilidad si aparecía algún campesino en los cultivos que estaban detrás, pero de momento no había absolutamente nadie.

—Por favor —dijo—. No lo hagas. Te prometo que esperaré una hora y...

Él se rio.

—Claro. Y los Reyes Magos existen. —Tiró de las esposas de tal modo que el metal se le clavó dolorosamente en la carne—. ¡Al suelo!

Peggy oyó un vehículo que se acercaba. El rugido de un camión. El resto del tiempo todo había estado en silencio.

«Ahora», pensó.

Consiguió zafarse porque Neil no esperaba que se resistiera. No contaba con que las mujeres pudieran resistirse, porque toda su vida se había rodeado de aquellas que lo obedecían a pies juntillas. Las mujeres fuertes y seguras de sí mismas como Peggy eran su pesadilla.

Ella esquivó la puerta, que seguía abierta y en la que se le enganchó la chaqueta. Oyó cómo se rasgaba la tela. No importaba, debía llegar a la carretera.

—¡Para ahora mismo, puta! —rugió Neil.

Echó a correr. El camión se acercaba. Debía llegar arriba a tiempo. Tenía que pararlo. El conductor la ayudaría. Era imposible que siguiera adelante si veía una mujer salir de los campos con las manos atadas a la espalda. Seguro que...

El disparo destruyó sus pensamientos. Sonó tan fuerte que le dolieron los oídos, y por un momento pensó que se había quedado sorda para siempre. No sentía nada más, así que no debía de haberla alcanzado. Sin embargo, para su gran sorpresa, una pierna

le cedió, se rompió bajo su peso, y ella cayó al suelo. Intentó levantarse pero no lo consiguió. La pierna no le respondía. Como no podía incorporarse con las manos se quedó tirada en la hierba como un pez fuera del agua, boca abajo, con la cara en la tierra que, después de los días de lluvia, aún estaba húmeda y fresca y olía más a primavera que a verano.

Acto seguido Neil le levantó la cabeza tirándole del pelo.

—¡Pero serás gilipollas! ¡Estúpida, imbécil de mierda!

Sus rudas manos la pusieron de pie. Se quedó apoyada en él, con la pierna izquierda combada. Miró hacia abajo. Tenía los vaqueros empapados de sangre.

Poco a poco fue cobrando conciencia de lo que había sucedido. «Sí que me ha alcanzado. Me ha dado en la pierna».

El camión pasó por la carretera con gran estrépito. El conductor no había visto nada.

Neil la arrastró hacia el coche y tras el arbusto. Poco a poco empezaba a notar el dolor en la pierna, pero no era demasiado intenso. Más alarmante le parecía la cantidad de sangre. Estaba sangrando muchísimo.

—Neil, necesito ayuda.

Él la tiró en la hierba. Con una cuerda de nailon ató las esposas a una de las gruesas y fuertes ramas del arbusto.

—Tú sola te has condenado. No puedo hacer nada. ¿Qué esperas, que te lleve al hospital y me quede mirando cómo avisan a la pasma?

Ella se miró la pierna. La tela del pantalón estaba absolutamente empapada. El dolor se agudizaba.

—Si me dejas aquí me voy a desangrar. Neil, no puedes hacer esto. Al menos llévame a la carretera. Neil...

Pero había dejado de prestarle atención. Se subió al coche y cerró la puerta. Despavorida, vio que encendía el motor y daba marcha atrás.

—¡Neil! —gritó como pudo. Como se lo permitieron sus fuerzas, que eran cada vez menores. Estaba perdiendo demasiada sangre demasiado deprisa—. ¡Neil!

Ya no la oía y, aunque la hubiera oído, le habría dado igual. Ella ya no podía verlo, pero oyó que el coche entraba en el asfalto. Al instante siguiente el motor resonó y el joven se marchó con un chirrido de neumáticos.

De forma completamente inútil y sin ninguna esperanza siguió gritando:

—¡Neil! ¡Vuelve, por favor! ¡Por favor!

Luego paró. Todo estaba en calma. Oía en la lejanía el ruido del motor de su coche. Aparte de eso, resonaba el murmullo de un avión. En el arbusto de espino blanco revoloteaban y zumbaban las abejas. Por ningún lado se veía un tractor. Ni una sola persona.

El dolor era ahora muy intenso. Como si tuviera la pierna en llamas. La sangre corría por la hierba.

Le parecía que el corazón le latía muy deprisa y con demasiada fuerza. Los

labios, la boca, la garganta, se le habían quedado totalmente resecos en cuestión de segundos.

—Agua... —murmuró.

Las últimas nubes surcaban el cielo, y el sol, que tanto se había hecho esperar, calentaba sin piedad.

Se iba a morir allí, Peggy lo sabía muy bien.

Solo esperaba perder pronto el conocimiento.

4

Caleb Hale y los agentes Scapin y Stewart estaban sentados alrededor del escritorio del comisario en Scarborough. Todos tenían delante una taza de café y todos parecían terriblemente cansados.

«El que está peor es Caleb», pensó Jane.

Tenía la cara gris y ojeras; el hecho de que estuviera sin afeitarse y de que llevara la ropa del día anterior no ayudaba mucho. Sin embargo, Jane tenía la impresión de que su mal estado no se debía solo al cansancio. Su aspecto era peor que si no hubiera pegado ojo, más bien parecía casi enfermo. Había llegado en taxi, lo había visto por la ventana. Se podía inferir, entonces, que venía directamente de la casa de Kate Linville y que no había pasado por la suya a primera hora de la mañana. Típico de Caleb. Como jefe también era así: solícito, preocupado. Su idea del trabajo no acababa en los límites de la profesión. No dejaba a la gente en la estacada solo por haber cumplido con su deber, considerando que todo lo demás ya no era de su competencia. Siempre hacía más de lo que debía.

Jane se preguntaba a menudo si no sería demasiado sensible para su trabajo. Si no le afectaba demasiado lo que vivía y experimentaba. También el dolor de las víctimas. Era evidente que le costaba mucho mantener las distancias y protegerse a sí mismo, pero quizá era porque estaba muy solo. A veces Jane tenía la sensación de que, desde que se había separado de su mujer, no le gustaba volver a casa. Aprovechaba cualquier excusa para no ir allí; por ejemplo, quedarse de guardia en casa de la alterada hija de un antiguo colega asesinado. Aunque lo dejara exhausto.

Sin embargo, no parecía haber recaído. Antes el olor de su despacho delataba que estaba de todo menos sobrio. Ahora consumía enormes cantidades de café, pero nada más.

—¿Cómo está Kate, jefe? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—No la he visto esta mañana. Espero que eso signifique que ha dormido más o menos bien. Pero psicológicamente está fatal. Si tuviera a alguien a su lado... Parece que no tiene a nadie.

—¿De verdad su padre era la única persona importante en su vida?

—Eso parece, sí. Está tremendamente sola. —Al frotarse los ojos con la mano se le quedaron enrojecidos, lo que le hizo parecer aún más cansado—. Pero ninguno de nosotros puede ayudarla. Tiene que poner su vida en orden, recomponerse. Y mucho me temo que eso solo puede hacerlo ella misma.

—Un hombre no le iría mal —opinó el sargento Stewart—. Aconséjale que busque por internet, Jane. Hoy en día todo el mundo lo hace.

—Para que te vaya tan bien como a ti, ¿no? —Era un secreto a voces en la comisaría que Robert llevaba años intentando sin éxito encontrar una mujer en los más variopintos portales de citas.

Pero el comentario no le molestó.

—Bueno, de todas maneras sus opciones aumentarían. No parece muy probable que el hombre de sus sueños vaya a aparecer como por arte de magia en su casa de Scalby para arreglarle la vida.

—Eso deberíamos dejárselo a ella —dijo Caleb, zanjando el tema—. Es su vida, y lo que haga con ella es cosa suya. Nosotros tenemos que ocuparnos de otros asuntos. Todavía es temprano, pero ¿hay algún avance en el caso de Melissa Cooper?

Robert hizo un gesto afirmativo.

—Estoy bastante seguro de que he averiguado cómo se conocieron el comisario Linville y Melissa Cooper. No sé si será relevante para el caso, pero pensé que tenía sentido investigar los puntos de contacto, dado que parece que ambos fueron víctimas del mismo asesino.

Caleb asintió.

—Claro. ¿Y qué has encontrado?

—Esta mañana llegué muy temprano y me puse a revisar informes antiguos. Del año 1998, puesto que parece que es cuando comenzó la relación.

—¡Muy buena idea!

El sargento se alegró visiblemente por aquel cumplido.

—En septiembre de 1998 hubo un robo en un salón de juegos del puerto de Scarborough. A plena luz del día. Dos jóvenes armados con una pistola entraron y se hicieron con la recaudación. El dueño se resistió con energía, así que le dispararon. Murió antes de llegar al hospital. Los chicos cogieron un montón de dinero y se subieron a un coche que los estaba esperando, conducido por un tercer implicado. Hubo testigos, las personas que paseaban por el puerto en aquel momento. Y entre ellos estaba Melissa Cooper, que había quedado con una amiga en un pub. Podía dar una descripción aproximada de los ladrones, por eso la trajeron a la comisaría para que declarara. Fue Linville quien habló con ella, me imagino que se conocieron en ese momento. Aunque eso podrían confirmárnoslo los hijos...

Caleb reflexionó.

—¿Puede ser que en aquel robo esté la clave de los asesinatos de ahora? ¿Atraparon a los ladrones?

—Sí, pero...

—¿Qué?

—Los cogieron muy pronto. Pero no por la declaración y la descripción de Melissa Cooper, y tampoco fue Linville quien los detuvo. Dos días después del asalto, que acabó en un asesinato que no habían planeado, uno de los ladrones perdió los nervios y se entregó. Enseguida delató a los otros dos. De manera que aquello no tuvo nada que ver con Melissa, y me atrevo a decir que los culpables ni siquiera supieron de su existencia.

—Aun así, hay que investigar a fondo el asunto. Robert, continúa con ello. Me imagino que los tres cumplieron su condena y hace tiempo que están en libertad, ¿no?

—Ya lo he comprobado, jefe. —Efectivamente, el sargento debía de haber empezado su servicio muy de buena mañana—. Los tres están fuera y no han vuelto a dar problemas. Dos viven en Hull y el otro, aquí en Scarborough. Tengo sus direcciones.

A Caleb le pareció que aquel día los miembros de su equipo se habían intercambiado los papeles. Normalmente era Jane quien destacaba por su gran actividad y su iniciativa, mientras que Robert era un policía competente pero algo comodón. Aquel día, en cambio, la joven parecía al límite de sus fuerzas. Estaba muy pálida y su aspecto era tan cansado y fatigado que, de haber sido posible, el comisario le habría dado el día libre. Se le había hecho muy tarde la noche anterior. Y seguramente había tenido problemas con la vecina que cuidaba de Dylan.

—Muy bien, Robert, entonces tú te encargas de poner bajo la lupa a esos tres. Por otro lado, tenemos que continuar siguiéndole la pista a Denis Shove. No tengo claro cómo podemos relacionarlo con Melissa Cooper, pero...

—Jefe, Denis Shove fue detenido en 2005. Eso es tres años después de que Richard hubiera dejado a Melissa... al menos según lo que cuenta el hijo —intervino Jane—. Pero me pregunto si Shove podría haber descubierto que Linville y la señora Cooper habían estado juntos un tiempo. A lo mejor no le bastaba con vengarse de él. Lo hemos visto otras veces, que los culpables se desquitan también con el entorno.

—Hum. ¿Y cómo se habría enterado de la aventura?

—Esas cosas acaban sabiéndose. Sospecho que por ejemplo mucha gente de aquí, de la comisaría, sabía perfectamente lo que pasaba. No me extrañaría que, mientras Linville creía que ocultaba un gran secreto, muchos anduvieran cuchicheando sobre él a sus espaldas.

Caleb suspiró. Puede que tuviera razón. Pensó en su sobresalto de la noche anterior, cuando Kate, furiosa como un animal amenazado, le había echado en cara su problema con el alcohol. Había sido muy ingenuo por su parte intentar mantener la historia del *bypass*. Todos sabían la verdad, e incluso en Londres, en Scotland Yard, estaban al tanto.

Cosa que lo dejaba bastante en ridículo.

—Pero no acaba de encajar —afirmó—. Aunque los colegas lo supieran, ¿cómo

le habría llegado a Shove? Y además, en ese caso, ¿no habría matado primero a Melissa Cooper y luego a Richard Linville? Lo de ella podría ser un aviso a Linville, para confundirlo y atemorizarlo. Creo que el orden en el que ocurrieron los hechos no tiene mucho sentido...

—A lo mejor Shove lo había planeado en otro orden —sugirió Jane—. Y luego salió de otra manera. A lo mejor algo fue mal con Melissa, mientras que con Richard se le presentó una buena ocasión. Así que cambió de plan.

—Pero entonces, ¿por qué asesinar a Melissa? La podría haber dejado con vida, puesto que su muerte ya nunca afectaría a Linville.

—Pero ya la tenía en sus planes —repuso la agente—, y no se iba a quedar satisfecho si no los llevaba a cabo hasta el final.

Caleb golpeaba el escritorio con un lápiz. Todo aquello le sonaba muy raro.

—A Melissa Cooper la ataron y la amordazaron. Le destrozaron las rodillas con un martillo mientras estaba consciente. Después le rajaron la garganta de tal modo que casi la decapitan. Tanto odio y tanto deseo no solo de matarla sino de hacerla sufrir, ¿tan solo para llevar a cabo un plan que, al fin y al cabo, ya se había cumplido? No me convence.

De momento, los otros dos no tuvieron nada que decir. Finalmente Robert preguntó:

—¿Y qué hay de los hijos de Melissa? Está claro que Michael odiaba a Linville, eso quedó bien patente ayer.

—Ya, pero no odiaba a su madre —apuntó Caleb—, y al saber la noticia se quedó absolutamente conmocionado. Si su desesperación y su horror eran falsos tiene que ser un actor buenísimo. Aun así iré a verlo, a lo mejor ha llegado ya su hermano. Hablaré de nuevo a fondo con los dos. Tienen que contárnoslo todo de la relación de su madre con Linville.

—Es una lástima que las personas realmente perjudicadas por aquella aventura no puedan ser las culpables —afirmó Jane—: los cónyuges. El marido de Melissa había fallecido ya en aquel entonces, y la mujer de Linville murió hace tres años.

—Efectivamente, es una pena que no podamos barajar esa opción tan sencilla —convino el comisario. Se levantó—. Lo haremos así: Robert, como hemos dicho, tú investigarás a los culpables de aquel robo en Scarborough. Jane, tú revisarás todos los documentos e informes relativos al caso de Shove. Me gustaría saber si hay algo que lo relacione con Melissa Cooper... aunque no lo creo, pero hay que comprobarlo. Yo iré a Sheffield y hablaré con Michael. Además, ya he mandado agentes a Hull. Están registrando el piso de Melissa, interrogando a los vecinos y al portero de la escuela, y están peinando los alrededores de la casa de la desembocadura del Humber. De todos modos, me gustaría intensificar la búsqueda de Denis Shove. Aunque se descubra que no tiene nada que ver, al menos podríamos tacharlo de la lista después de interrogarlo y de comprobar sus coartadas. Lo mejor sería...

—Señor, ya puse eso en marcha anoche —interrumpió Jane—. Ha salido su foto

en muchos diarios regionales. Con descripción y todo lo demás.

Esa era la Jane que él conocía. Caleb le hizo un gesto de reconocimiento.

—Muy bien. Haces un trabajo excelente, Jane. En serio.

Los ojos de ella enseguida se iluminaron un poco.

El sargento Stewart meneó negativamente la cabeza de modo apenas perceptible. No porque no compartiera la opinión de Caleb en cuanto a las capacidades de Jane, sino porque, a su parecer, ambos se estaban centrando demasiado en Denis Shove.

Y eso a él no le cuadraba de ninguna manera.

5

Aunque llevaba mucho tiempo despierta se había quedado una eternidad en la habitación, por miedo a encontrarse con Caleb abajo. No quería volver a verlo en la vida. Se sentía fatal, sufría los efectos de la media botella de whisky que se había bebido en poco rato con el estómago vacío: tenía un dolor de cabeza insoportable, la boca de estropajo, y los ojos le ardían y eran incapaces de enfrentarse siquiera a la débil luz que se filtraba entre las cortinas echadas. Pero nada de aquello era tan terrible como el recuerdo de lo que había sucedido la noche anterior. Ella y Caleb Hale en el salón. Se le había echado encima y le había suplicado que la abrazara. Cosa que él había hecho, y ella había sentido fuerza, consuelo y seguridad. Pero entonces había ido un paso más allá, había querido llevárselo a la cama y, por muy borracha que estuviera, no conseguía olvidar ni un ápice de aquella escena. Al contrario, tenía un recuerdo claro y nítido del espanto, la incomodidad y el alejamiento de Caleb; aquella situación le había resultado horrible. Kate se preguntaba cómo había podido comportarse con tal descontrol, sin que su cabeza la hubiera alertado de nada.

Intentó reprimir los recuerdos pero siempre reaparecían y, además, se solapaban con muchas otras imágenes espeluznantes del día anterior. En realidad prefería acordarse de estas últimas, de la escena del crimen, de Melissa Cooper cubierta de sangre, atada y salvajemente asesinada, porque aquel recuerdo era mucho más tolerable que el de su lamentable comportamiento con Caleb, que el de la mirada que le lanzó cuando dijo que no quería aprovecharse de la situación. Kate enseguida había visto en sus ojos cuál era la verdad. No le veía ningún atractivo ni ningún encanto. Era una mujer en la que en condiciones normales jamás se habría fijado, y de la que solo se preocupaba porque había apreciado mucho a su padre y sentía compasión por ella.

Era el cuento de siempre, la historia que se repetía una y otra vez: desinterés total o compasión, nunca recibía otra cosa de los hombres. Y justo había conseguido avivar la lástima de Caleb Hale por ella. Seguro que la consideraba un caso perdido y,

además, una persona de cuyo camino era mejor apartarse.

En algún momento oyó que se acercaba un coche y después que la puerta de la casa se cerraba. Seguramente el comisario había pedido un taxi. Por prudencia esperó todavía un rato, y luego se levantó y fue hacia la puerta con pasos inseguros. Se quedó escuchando, se asomó por el hueco de la escalera. Silencio total.

Gracias a Dios, se había ido.

Tardó bastante en ducharse y vestirse porque el dolor de cabeza le impedía realizar movimientos rápidos. La imagen del espejo le confirmó que tenía un aspecto horrible: estaba pálida, tenía los ojos hundidos y parecía haber envejecido de golpe. Aún no había cumplido los cuarenta pero pensó que aparentaba cincuenta. Le daban ganas de echarse a llorar por su físico, por su existencia y por todo el rechazo que había recibido a lo largo de su vida, pero contuvo las lágrimas. Eso empeoraría el dolor que le martilleaba en la cabeza y detrás de los ojos.

Por fin bajó las escaleras. En la cocina encontró la cafetera eléctrica llena y activada para que mantuviera el café caliente. Pero no había cartas, mensajes ni saludos.

«¿Y qué esperabas? —se preguntó—. A partir de ahora se va a mantener lo más lejos posible de ti. No hará absolutamente nada que pueda malinterpretarse».

Sintió que no podía comer nada, pero se sirvió una gran taza de café. Se lo tomó de pie, mirando por la ventana. Poco a poco le volvieron los ánimos y sus ojos fueron tolerando mejor la luz del soleado día. Se le pasaban muchas cosas por la cabeza y, junto con la terrible vergüenza por su comportamiento de la noche anterior, empezó a emerger cierto enfado contra su padre.

Había tenido una aventura.

Una aventura cutre, miserable y taimada. Su fantástico padre, su maravilloso padre, el padre que estaba por encima de toda duda.

Había engañado a Brenda, su mujer, en un momento en el que lo estaba pasando realmente mal y se encontraba desvalida por completo.

Y no solo a ella: también a Kate. Hasta un punto en que nadie la había engañado jamás.

¿Qué había significado para él esa tal Melissa Cooper? ¿La había amado? ¿Se habría decidido por ella si Brenda no hubiera estado tan enferma? ¿Era el cáncer lo que lo había llevado de vuelta a casa? Si no hubiera sido así, ¿se habría producido la separación, que habría destruido de repente el sentimiento de seguridad y cariño que le habían proporcionado sus padres incluso de adulta? Seguramente la decencia («los restos de decencia», como pensaba Kate) era lo único que le había impedido a su padre largarse. Porque al principio Brenda superó la enfermedad, pero antes de un año el cáncer reapareció y el tormento volvió a empezar. Una vez más su madre ganó la batalla y siguieron nueve años increíbles durante los que consiguió mantener a raya la enfermedad con todo tipo de remedios alternativos; pero quizá su marido nunca creyó que algún día se firmaría definitivamente la paz. Y con razón: en el año 2010

todo se repitió, pero esta vez peor, más deprisa y con más violencia que nunca. El cuerpo de Brenda estaba lleno de metástasis y sus defensas estaban muy mermadas. Murió en enero de 2011.

Y después... Al parecer no hubo una segunda parte de la historia entre Richard y Melissa. Todos los fuegos acaban por extinguirse.

Kate quería saber más sobre eso. ¿Qué había sucedido, y por qué? ¿Cómo habían acabado los dos muertos, literalmente ejecutados por alguien que debía de odiarlos con toda su alma?

Michael Cooper le había parecido muy antipático el día anterior, pero no le quedaba otro remedio que volver a hablar con él. Por el momento no conocía a nadie más que pudiera proporcionarle algo de información.

Había oído que vivía en Sheffield. Buscó por internet la guía de direcciones y descubrió que había dos Michael Cooper. Bueno, podría haber sido peor. Anotó las dos direcciones. No quería llamarlo por teléfono porque temía que se la sacara de encima enseguida. Había notado su aversión. Michael odiaba a su padre y ahora dirigiría ese odio contra ella. Aunque era verdad que el día anterior se encontraba muy conmocionado. En las horas transcurridas quizá se había dado cuenta de que Kate era una persona independiente, y de que no era responsable de los actos de su padre. Mientras pensaba todo aquello casi se sorprendió de formularlo así por primera vez. A pesar de todo lo sucedido, aquel pensamiento le sonaba casi como una herejía: «Soy una persona independiente y no soy responsable de los actos de mi padre».

Siempre lo había visto de un modo muy distinto. Su padre y ella como una unidad. Fusionados. Uno como parte del otro. Y, por ello, tan responsables de la otra parte como de sí mismos.

Y ahora resultaba que Richard había llevado su propia vida. Él solo, a espaldas de su esposa y de su hija.

«Nunca me desvinculé de él, y pensaba que él sentía lo mismo. Pero siguió su propio camino. Con una mujer a la que no conocí. De la que no me dijo una palabra. Traicionó a nuestra familia. Me ha traicionado. A mí y a mis sentimientos hacia él».

Aquello le resultaba tan doloroso que volvieron a aflorar las lágrimas que con tanto esfuerzo había contenido. Antes de que pudiera impedirlo, estaba sentada en el suelo de la cocina sollozando con tanta intensidad que le temblaba todo el cuerpo. Consiguió alcanzar un rollo de papel de cocina, del que fue arrancando un trozo tras otro para enjugar el torrente de lágrimas y sonarse una y otra vez la nariz. Después ya no pudo seguir y se quedó sentada un buen rato, exhausta, vacía, respirando con dificultad; observó los muebles desde aquella perspectiva extraña, notó que se estaba enfriando, pero no tenía fuerzas para levantarse. Se sentía triste e inconsolable pero a la vez algo más calmada, porque las lágrimas siempre alivian hasta las peores tensiones.

En algún momento consiguió incorporarse, fue al baño y se lavó la cara con agua fría; en contra de su costumbre, se aplicó un poco de maquillaje para ocultar las

rojeces de los ojos y de las mejillas. Habría sido más sensato no ir a Sheffield.

Pero de todos modos lo hizo.

Llevaba mucho tiempo conduciendo, el tráfico era denso y había tardado dos horas y media en llegar. Además, se perdió buscando la primera dirección, que resultó ser del Michael Cooper equivocado. El hombre que por fin le abrió la puerta después de mucho esperar y de haber llamado tres veces al timbre debía de tener unos noventa años, y cuando Kate le explicó que se había confundido y le pidió disculpas no entendió lo que le decía y le pidió que se lo repitiera tantas veces que al final Kate se dio la vuelta crispada y se marchó de allí dejándolo plantado. Esperaba que al menos el segundo Michael Cooper fuera el que buscaba. También podía ser que no se hubiera registrado, y entonces iba a resultar muy difícil localizarlo. Pero no imposible: tenía de su parte a Scotland Yard. Si jugaba con un poco de inteligencia, Christy McMarrow podría ayudarla.

Media hora después estaba ante una bonita vivienda unifamiliar en el extrarradio sur de Sheffield, donde todo apuntaba a habitantes mucho más jóvenes. Tenía un gran jardín con columpios, tobogán y cama elástica. Kate recorrió un caminito flanqueado de flores que la llevó a la puerta. Cuando llamó, le abrieron muy deprisa. Michael Cooper apareció ante ella. El que buscaba.

La reconoció de inmediato.

—Señora Linville —dijo.

No resultaba tan agresivo como el día anterior. Se lo veía más bien extenuado, demasiado hecho polvo para atacar a nadie.

—Buenos días, señor Cooper —lo saludó—. Siento mucho presentarme sin avisar, pero... ¿tendría algo de tiempo?

No pareció entusiasmado.

—Pues la verdad... Mi hermano llegó hace unas horas y estábamos hablando del funeral... Pero... —Dio un paso atrás—. Pase.

En el pasillo había un montón de juguetes, y Kate oyó voces infantiles que provenían del primer piso.

Michael la condujo al salón. En el sofá había un hombre que se parecía mucho a él: alto y moreno, y con pinta de estar también completamente agotado.

—Mi hermano, Andrew Cooper —lo presentó—. Andrew, esta es Kate Linville. La hija de Richard Linville. Ya te he contado que...

Andrew se puso tenso al oír el apellido. Parecía sentir el mismo rechazo que Michael por el amante de su madre.

Hizo un esfuerzo visible por controlarse, se levantó y le tendió la mano.

—Sí, ya lo sé. Usted encontró ayer... a mi madre.

—Siento muchísimo lo sucedido —repuso ella.

—Sí, es... —Buscaba las palabras pero no encontró ninguna que expresara lo que

sentía—. Es increíble —dijo por fin—, simplemente increíble. Cuando ayer me llamó Michael... Fue como una pesadilla. Sigue siendo una pesadilla. Me he pasado la noche conduciendo, vivo en Escocia. Mi madre... —Luchó por contenerse. Kate lo comprendía; lo comprendía demasiado bien—. Pensaba venir a verla en Pascua, y con eso tenía la conciencia tranquila. Ahora pienso... Dios mío, ya no lo puedo arreglar. Ya no podré arreglarlo nunca.

—Andrew, no sirve de nada torturarse —dijo su hermano.

—La vi por última vez en su cumpleaños —prosiguió—. El 7 de enero. Pensaba que con eso había cumplido con mi deber. Aunque sabía que estaba muy sola, que en realidad no tenía a nadie con quien... pasar los fines de semana, o las tardes. Nuestro padre murió cuando éramos niños... —Le temblaban los labios. Estaba al límite de sus fuerzas, y muy emocionado. Kate se sintió culpable de pronto; no tenía que haberse presentado así.

—Voy a hacer café para todos —propuso Michael—. Siéntate, Andrew. Y respira hondo.

Este se hundió de nuevo en el sofá. Cerró un momento los ojos. Tenía la cara pálida.

Kate tomó asiento en un sillón. Michael desapareció en la cocina. Se le oía trajar con tazas y cucharillas.

Su hermano abrió los ojos. Había logrado dominarse.

—De manera que usted es Kate.

—Sí. Ya sé que su hermano y usted le guardan mucho rencor a mi padre. Yo... no supe nada hasta ayer. De la relación entre mi padre y su madre, quiero decir. No tenía ni idea. Y ahora estoy en *shock*. Creía que... Siempre creí que mis padres eran un matrimonio feliz.

Andrew la miró reflexivamente. A ella le pareció distinguir cierta compasión en sus ojos.

—Debe de haber sido difícil para usted. Es cierto, señora Linville, nunca nos gustó su padre. Siempre le prometía a mi madre que se separaría de su esposa y le contaría la verdad. Pero al final nunca daba ese paso. Nuestra madre sufrió mucho.

—Mi madre estaba muy enferma. Durante un tiempo pensamos que había superado el cáncer pero parece que mi padre nunca lo creyó del todo. Creo que esa fue la razón de que... al final se quedara con ella.

«Pobre mamá —pensó llena de dolor—, pobre madre mía, jamás habrías querido que se quedara contigo por ese motivo. Nunca quisiste compasión».

Él hizo un gesto afirmativo.

—Lo sé. Según mi madre, esa fue la explicación que le dio. Pero aun así... No debió dejar que las cosas llegaran tan lejos. Nuestra madre cambió por completo. Nunca lo superó.

Tanto dolor. Richard había causado tanto dolor...

¿Y qué más había hecho? ¿Qué más habían hecho Melissa y él para que alguien

los odiara tanto, años después de que su relación hubiera terminado?

Eso hizo que se le ocurriera algo:

—¿Sabe exactamente cuándo empezaron su relación? ¿Y cuándo terminó? ¿Realmente acabó, de verdad perdieron el contacto?

Andrew reflexionó un momento.

—Si no recuerdo mal, todo empezó el otoño de 1998. Yo había acabado el instituto en verano y había hecho la matrícula para la universidad. Mi hermano llevaba ya dos años fuera de casa. Richard y mi madre se conocieron porque ella presencié un robo en un salón de juegos de Scarborough y Richard la interrogó en calidad de testigo. —Sonrió con tristeza—. Se ve que a veces las historias de amor empiezan de la forma más inesperada...

Kate frunció el ceño.

—¿Un robo? ¿Sabe algo de eso?

Él se encogió de hombros.

—No. Fue poco antes de empezar la universidad, yo tenía un trabajillo en una empresa de mudanzas y ya no vivía en casa. Y además hace mucho de aquello... —Kate tomó nota mentalmente: «Robo, Scarborough, 1998. Investigar sin falta». Él continuó—: Pero bueno, su relación duró hasta... 2002, me parece. Y después cortaron del todo, de eso estoy seguro. Mi madre hablaba mucho de él y estaba muy afligida porque no daba señales de vida, ni siquiera en Navidades o por su cumpleaños. Era como si la hubiera borrado totalmente, como si para él nunca hubiera existido. Ella no podía entenderlo.

Debió de ser muy duro. Pero Kate sabía bien lo consecuente que era su padre cuando tomaba una decisión. Lo que Andrew le estaba contando encajaba muy bien con su carácter.

—¿Su madre mencionó alguna vez el nombre de Denis Shove? —preguntó Jane justo cuando Michael volvía al salón. Llevaba en una bandeja una cafetera y varias tazas.

—Eso mismo me preguntó ayer la policía —respondió él, en lugar de su hermano—. El comisario... Creo que ese era su rango...

—Sí, el comisario Caleb Hale —apuntó Kate.

—Exacto. Por cierto, va a venir. Llamó hace un rato.

Lo que faltaba. Caleb era la última persona con la que quería encontrarse. Tenía que darse prisa y largarse lo antes posible.

—Pues yo nunca he oído el nombre de Denis Shove —repuso Andrew—. ¿Y tú? —Miró a su hermano.

Este repartió las tazas, sirvió el café y negó con la cabeza.

—No, nunca. Pero hoy sale una foto suya en el periódico. Lo busca la policía. ¿Hay sospechas de que esté implicado en la muerte de nuestra madre?

—Hay fuertes sospechas de que lo está en el asesinato de mi padre —explicó Kate—. Tiene un móvil. Lo que no está claro es por qué querría matar también a su

madre. Mi padre lo atrapó en 2005 y lo metió entre rejas. Pero para entonces su madre y él ya no estaban juntos, y además ella apenas tuvo nada que ver con aquel caso. Mi padre separaba muy estrictamente la vida personal de la profesional. Por otro lado, a juzgar por el *modus operandi* de los dos asesinatos, parece que se trata de la misma persona...

Los dos hombres se miraron.

—Trabaja en Scotland Yard —explicó Michael—. Me acuerdo de que mamá lo mencionó alguna vez.

—¿De verdad? —Su hermano miró a Kate asombrado. Era evidente que se imaginaba muy distintas a las agentes de Scotland Yard. Ella ya conocía esa reacción. La gente no solía creerse que fuera una buena agente de policía, y menos aún que trabajara en una de las instituciones más prestigiosas del país.

Quizá no era de extrañar. En realidad, tampoco ella lo creía.

—Sí —respondió a la pregunta de Andrew—. Y quiero encontrar como sea al culpable de la muerte de mi padre. Y de la de su madre.

—¿Sabe? Había una cosa extraña... —dijo Michael—. Desde que mi madre leyó en el periódico lo de la muerte de Richard Linville estaba tremendamente nerviosa. Me lo comentó por teléfono varias veces. Por desgracia yo tenía la costumbre de poner el piloto automático en cuanto mencionaba ese nombre, y de cambiar de tema en cuanto podía. No quería hablar de él. Y después de lo que le pasó pensé: «Dios mío, y encima llora la muerte de ese...». —Se calló lo que iba a decir. La noche anterior había sido grosero y directo, pero parece que entretanto había comprendido que no podía castigar a Kate por aquello. Que estaba tan traumatizada como él mismo—. Ahora me doy cuenta de que no se comportaba así por la pena sino porque tenía miedo. En su momento no fui consciente porque siempre desviaba las conversaciones. Y después empezó con su... con esa sensación de que la vigilaban y la perseguían. Temía que le pasara lo mismo que a Linville, pero yo la traté como a una señora mayor con manía persecutoria...

—Y yo —dijo Andrew en voz baja—. Yo también...

—Tiene que haber algo —reflexionó Kate—, algo en su pasado común. Algo que hiciera pensar a su madre que estaba en peligro. Supongo que de eso quería hablar conmigo. Y llegué demasiado tarde. Tenía que haber...

Se interrumpió. Tampoco quería ponerse en evidencia delante de aquellos hombres. Pero había cometido el error de dejarse convencer por Melissa para verse por la tarde. Caleb tenía razón: debería haberlo informado inmediatamente y él se habría reunido con la mujer al instante, por la sencilla razón de que tenía algo que decir sobre una investigación de asesinato que llevaba un tiempo atascada. Al menos se les abría una posibilidad. Él no se habría quedado horas esperando, dándole al asesino un cómodo margen de tiempo para acabar con su víctima.

—¿Dónde vivía y trabajaba su madre cuando estaba con mi padre? —preguntó ella—. ¿También en Hull?

Andrew negó con la cabeza.

—Somos de Whitby. Vivíamos allí, y mi madre trabajaba en una escuela de Newcastle. Todos los días conducía una hora y media para ir y para volver, no encontraba otra cosa. A veces estaba hecha polvo pero no tenía otra opción, debía criar a dos hijos. Mucho más tarde, hace más de diez años, se mudó a Hull. Había conseguido otro trabajo y pensó que comenzar de nuevo le iría bien. Después de lo de Richard.

—Pero al final en Hull se quedó muy sola —intervino Michael—. Tenía dos buenas amigas en Whitby, pero ya no podía verlas y no consiguió hacer nuevas amistades.

Whitby. Al menos era un punto de partida.

—¿Me podrían dar los nombres de esas amigas? ¿Y sus direcciones? Me gustaría... —El timbre de la puerta la interrumpió. Sabía a la perfección quién era—. Si les parece, me pueden dar los nombres y las direcciones por teléfono —dijo precipitadamente. Caleb se pondría furioso si la encontraba de charla con los hijos de la segunda víctima.

Se levantó apresuradamente. Michael ya había ido a la puerta. Al instante oyó la voz de Caleb.

—Tengo que irme —dijo. Le habría encantado preguntarle a Andrew si había una puerta trasera, pero se habría puesto en evidencia. No tenía sentido, no había modo de esquivar a Caleb.

Este la miró con desilusión cuando la vio aparecer en el pasillo.

—Buenos días, Caleb —saludó ella. «No pienses en esta noche», se dijo. Le ardía la cara. Además, notaba que se había puesto roja como un tomate.

—Un momento, por favor —dijo el inspector a Michael. Se dirigió a Kate—: Me gustaría hablar contigo. Vamos a mi coche.

Tuvo la impresión de que no serviría de nada negarse.

Lo siguió.

6

Terry no salió de su habitación hasta las doce, lo que significaba que, a pesar de todo, había dormido bien. A la luz del día tenía un aspecto aún peor que la noche anterior. Los cardenales de la cara se habían hecho más intensos, la piel alrededor del ojo izquierdo estaba teñida de un morado fuerte. El pelo se le había revuelto. Tenía el aspecto de una niña desvalida y asustada, aparentaba como mucho quince años y parecía no tener ni idea de qué hacer.

Stella le había indicado a Jonas que las dejara solas, y él se había sentido muy aliviado. Por fin había salido un día que prometía ser cálido y soleado, así que se fue

con Sammy a recorrer la costa para encontrar un lugar en el que bañarse y hacer castillos de arena. Volverían a primera hora de la tarde. Stella se quedó ordenando la casa y, a cada minuto que pasaba, estaba más enfadada. Había estado lloviendo sin parar y, cuando por fin se podía salir a hacer algo, aquella visita inesperada e indeseada la dejaba encerrada en casa. Quería dejarle claro a Terry lo antes posible que ella solita tenía que poner en orden su vida y que su relación con Neil Courtney era cosa suya.

Cuando por fin la chica estuvo en la cocina con una taza de café delante, Stella se sentó frente a ella, la miró a los ojos y le espetó:

—¿Y qué piensas hacer ahora, Terry?

Ella jugueteó con la taza. Evitó su mirada.

—No lo sé. De verdad, no tengo ni idea. No sé adónde ir.

—A casa, a Leeds. Es tu casa. Tienes todo el derecho a estar allí y si Neil te amenaza, puedes recurrir a la policía para mantenerlo a distancia. Por cierto, tal como dije anoche, yo en tu lugar presentaría una denuncia. ¿Te has mirado al espejo? Es una agresión grave, Terry, no debes dejarlo pasar sin más.

La joven pareció a punto de echarse a llorar.

—Pero no puedo hacer eso. No puedo denunciarlo. Y no quiero que se vaya de mi casa. Le quiero.

—Crees que le quieres —corrigió Stella—. Pero está claro que no te hace ningún bien.

—Tú no lo conoces. Es muy cariñoso. De verdad, nadie me había tratado con tanta ternura.

—«Ternura» no es precisamente la palabra que me viene a la mente cuando veo tu cara —comentó con sarcasmo. Se levantó y miró a la chica desde arriba—. ¡Por Dios, Terry! No soy tonta, sé que este tipo de historias son complicadas. Estás completamente absorbida por esa relación y, por desgracia, seguirías colgada de ese hombre incluso aunque te zurrara como ayer una vez a la semana. Crees que no tienes a nadie más que a él pero...

—No es que lo crea —la interrumpió Terry—, es que es así. No tengo a nadie. Mi familia...

—Tu familia se ha apartado de ti, eso está claro. Pero mencionaste a los amigos que tenías antes de que Neil apareciera en tu vida. Dejaste de verlos porque él quiso. Entiéndelo, esa situación de tenerlo solo a él en el mundo la has creado tú misma, no es producto del destino. Así él ganaba poder sobre ti. Es una estrategia perversa y malvada. A una persona así lo último que le interesa es tu felicidad.

—Esos amigos eran más bien conocidos. No tenía a nadie que me quisiera. A quien yo pudiera querer. Si me hubiera quedado a Sammy...

Stella sintió que se helaban las manos y que se le encogía el estómago. «Apártate de Sammy —le habría encantado decirle—, te estás acercando demasiado y no voy a permitirlo».

—Eras muy joven. Tenías muy buenas razones para darlo en adopción. Y, para ser sincera, también me alegro por Sammy. Al menos así no ha caído en las garras de un padrastro como Neil Courtney. —Terry se había puesto pálida y Stella se dio cuenta de que se había pasado. Volvió a sentarse—. Perdóname, he sido demasiado directa.

—No pasa nada —murmuró la chica. Siguió jugueteando con la taza, sin tocar el café. Después levantó la vista y la miró por primera vez—. ¿Puedo quedarme un tiempo? Por favor. Solo os tengo a vosotros.

«Te equivocas. No nos tienes para nada».

El nudo en el estómago se le hizo más fuerte.

—No puede ser.

—¿Por qué no? En el fondo... somos un poco familia. Por Sammy.

—No lo somos, Terry. En su momento adoptamos a Sammy, pero no a ti. En condiciones normales ni siquiera nos conoceríamos.

«Y habría sido muchísimo mejor».

—¡Pero ahora nos conocemos! —Las lágrimas brillaban en sus ojos. En breve estallaría en sollozos—. Y siempre me habéis caído muy bien. Como si nos conociéramos de antes. Como si pudiéramos ser buenos amigos.

«Nosotros lo vemos de manera muy distinta».

—¡Por favor, Stella! ¿Adónde voy a ir si no?

—Terry, no somos la solución para tu problema con Neil. No puedes pasarte el resto de la vida con nosotros solo porque no te atreves a volver a casa.

—Pero mientras estéis aquí, ¿podría quedarme?

—¿Y qué ganarías con eso?

—Un poco de tiempo.

Stella se imaginó pasando los días que quedaban en compañía de Terry y se sintió mareada. Aquella chica de veintiún años con la madurez de una niña de trece resultaría más difícil de cuidar que Sammy. Estaba claro que Terry necesitaba ayuda pero...

«No somos responsables de ella. Y no estoy dispuesta, maldita sea, a dejarme imponer esa responsabilidad».

Al final terminaría queriendo irse con ellos a Kingston. No tenía un trabajo que la atara a Leeds, podía buscarse un puesto de camarera donde fuera.

La idea de que Terry se instalara en su habitación de invitados por tiempo indefinido y de que imperceptiblemente acabara convertida en el cuarto miembro de la familia resultó definitiva. Era hora de terminar con todo aquello.

—No, Terry. Lo siento mucho, pero son nuestras vacaciones. Jonas tiene un trabajo muy exigente y no pasamos mucho tiempo juntos. Estos días son importantes para nosotros y queremos pasarlos solos.

Ella se echó a llorar.

—¡Pero no me atrevo a volver!

—Pues ve a la policía.

—¡No quiero perder a Neil!

Stella se habría tirado de los pelos pero lo dejó estar porque bastante mal los tenía ya aquella mañana.

—Estamos dándole vueltas a lo mismo —suspiró, agotada.

Ambas callaron.

Terry sollozaba quedamente en la servilleta.

Un coche paró en el patio.

No podían ser Jonas y Sammy, y Stella supo enseguida quién acababa de llegar.

—No, joder —murmuró. Un vistazo por la ventana confirmó sus peores temores.

Era Neil Courtney.

Lo primero que Stella notó fue que olía mal. A sudor y como si llevara días sin cambiarse de ropa y sin lavarse. De la vez que se habían visto en Kingston recordaba un hombre de estilo informal, pero con estilo al fin y al cabo, que parecía dar importancia a su aspecto y, por tanto, no dejaba nada al azar. Pero estaba muy cambiado. A lo mejor se debía al día tan caluroso y a la pelea de la noche anterior. Seguramente no había dormido, y también había prescindido de la ducha.

Parecía agotado aunque no menos seguro de sí mismo ni menos descarado.

Stella salió mientras Terry se quedaba en la cocina.

—Buenos días, Neil —saludó fríamente.

Él esbozó una sonrisilla.

—Hola, Stella.

—Me han dicho que ha dedicado mucho tiempo a averiguar dónde estábamos de vacaciones. La verdad, me parece más que sorprendente.

—Bueno, pensé que podríamos volver a vernos. Fue muy agradable aquella vez en Kingston. Y creo que es legítimo que Terry quiera visitar a su hijo de vez en cuando.

—Sobre cualquier visita de ese tipo decidimos nosotros, Neil. Tienen que ver exclusivamente con Sammy. No con Terry y, desde luego, no con usted.

Volvió la sonrisilla.

—No se altere. Nadie quiere quitarles el niño.

Intentó parecer relajada.

—Tampoco sería posible.

Por fin se le borró la sonrisa. Señaló el coche de la chica, aparcado en el patio.

—Terry está con ustedes, por lo que veo. Y como me había imaginado.

—Vino anoche, sí. Tenía muy mal aspecto. Tiene muy mal aspecto.

—Lástima. Perdimos un poco los papeles.

—Le he recomendado que presente una denuncia.

—¿De verdad? Es usted un poco peleona, ¿no, Stella? Siempre con el hacha de

guerra en la mano. Las cosas pueden resolverse de otra manera.

—Me temo que, efectivamente, Terry quiere resolverlas «de otra manera». Seguramente no irá a la policía.

—Hace bien. Sabe que estamos hechos el uno para el otro, aunque a veces tengamos nuestras diferencias.

—Haga lo que quiera. Arregle su relación y trátela bien, o siga peleándose con ella... pero no aquí, por favor. No quiero tener nada que ver con todo esto.

Él levantó los brazos en gesto defensivo.

—Yo no le dije que viniera aquí. Pero en fin, Terry no tiene a nadie más, por eso soy tan importante para ella.

—Después de lo que me ha contado tengo la sensación de que usted ha contribuido de forma muy activa a ese aislamiento.

—Simplemente la protegí de algunas malas compañías. Creí que era mi deber.

Se quedaron mirándose a los ojos.

«Sabe que no me creo nada de toda esta palabrería —pensó Stella—, pero le da absolutamente igual».

De nuevo fue muy consciente de lo solitaria que era la granja. Solo estaban Terry y ella, nadie más. Si las cosas se ponían feas no podría ni siquiera llamar pidiendo ayuda, puesto que Neil no iba a quedarse de brazos cruzados viendo cómo subía la colina para poder usar el móvil.

Sintió el sudor en la frente y esperó que no fuera perceptible. El sol caía a plomo y la humedad se levantaba de las infinitas extensiones de brezo. Olía a tierra mojada, a hierba mojada. El viento, que durante la noche y las primeras horas de la mañana había barrido las nubes, se había calmado del todo. Stella deseó un soplo de aire fresco que le enfriara las mejillas y que se llevara el olor a pantano que había en el ambiente.

«Lárgate ahora mismo —pensó—. Coge a Terry y desaparece, y no volváis nunca más».

Neil sonrió y Stella creyó que le había leído el pensamiento y se reía de ella, pero después se dio cuenta de que miraba algún punto más atrás, por encima de su hombro. Se dio la vuelta. Terry estaba en la puerta. También ella sonreía. Se notaba lo que le dolía hacer aquel gesto, pero eso no cambiaba el brillo esperanzado que tenía en los ojos.

—¡Neil! —exclamó.

La sonrisa de él se hizo más intensa.

—Hola, preciosa —contestó.

Stella empezó a comprender el efecto que ejercía sobre la joven. Claro que había que ser increíblemente ingenuo para creerse todo aquel teatro, pero la representación no era mala en absoluto. Neil había conseguido que su sonrisa transmitiera verdadero cariño, y miraba a la chica de un modo que hacía pensar que sus sentimientos por ella eran reales.

Avanzó algunos pasos, abrió los brazos y Terry corrió hacia él y se apretó contra su pecho, enterrando la cara en su hombro.

—Lo siento, preciosa —susurró.

Ella levantó la cabeza y lo miró con ojos radiantes.

—No pasa nada.

Él le tocó con delicadeza el ojo hinchado, acarició suavemente la piel de color morado intenso.

La chica lo miraba embelesada.

A Stella le costó trabajo callarse. Un chasquido de dedos. A aquel embaucador le bastaba con chasquear los dedos para tener a Terry otra vez comiendo de su mano. Claro que no iría a la policía; claro que no se separaría de él. Por la forma en que lo miraba, parecía que se tirarían del campanario más próximo si él se lo pedía. Stella había leído algo sobre la sumisión, pero aquella relación era el primer caso que conocía de primera mano.

Deseaba más que nunca que se marcharan lo antes posible y no volvieran jamás. No soportaba a Neil, pero también el comportamiento de Terry le resultaba repulsivo. Eran dos personas con las que no quería tener nada que ver, ni siquiera de forma absolutamente tangencial.

—Bueno —dijo—, ahora que ya hemos llegado al final feliz de esta historia, es hora de volver a Leeds, ¿verdad?

En ese momento Terry se fijó en el Ford rojo con el que había llegado su novio.

—¿De dónde has sacado ese coche? —preguntó, sorprendida.

—Me lo ha prestado un colega. Sin coche no se puede llegar a este desierto.

—Querías venir a buscarme cuanto antes —dijo la chica, rebosante de felicidad.

Él le acarició el pelo.

—Pues claro.

Stella puso los ojos en blanco.

El joven miró a su alrededor.

—¿Dónde están Jonas y Sammy?

—En la playa —contestó Terry—. Ellos se han ido a la playa y Stella se ha quedado conmigo.

—Es verdad que hace un día precioso para ir de excursión. Para ser sincero, no me apetece nada pasarlo en ese piso agobiante. ¿Por qué no damos un paseo por este paraíso?

Stella no podía comprender su entusiasmo por aquel húmedo brezal de color marrón monótono.

—Hay sitios más bonitos. ¿Qué tal un paseo en coche hasta el mar?

«Donde yo podría estar ahora mismo con mi familia, si fuerais capaces de resolver vuestros problemas solitos».

—A mí esto me parece precioso —repuso él—. ¿A ti no, Terry?

—Maravilloso —convino ella. Si le hubiera propuesto dar una vuelta por los

alrededores radiactivos de Fukushima habría estado igual de encantada. Stella empezaba a preocuparse por los genes de Sammy.

«Quiera Dios que tenga más seso que esta mujer», pensó casi sin darse cuenta.

—No tiene nada en contra de que dejemos aquí los coches, ¿verdad? —preguntó Neil—. Ya se libra de nosotros, Stella. Disfrute del día como le parezca. Vamos a dar un buen paseo y después volveremos a Leeds. Muchas gracias por cuidar de Terry.

—Sí, muchas gracias —repitió la chica—. ¡Desde el principio supe que erais buena gente!

Stella forzó una sonrisa. Sabía que nunca debía haber existido aquel «desde el principio». Pero entonces no tendrían a Sammy, y eso era inconcebible.

En aquel momento no tenía ni idea de qué hacer con tantos sentimientos encontrados.

7

Estaban en el coche de Caleb, y Kate no recordaba una ocasión en la que hubiera deseado tanto abandonar un sitio. Tampoco recordaba haberse comportado nunca de una forma tan irresponsable como con él hacía unas horas. Desde el día anterior tenía la impresión de pasar de una pesadilla a otra: primero encontraba masacrada a Melissa Cooper; después descubría que esta había sido la amante de su padre; luego se ponía de whisky hasta las trancas y finalmente intentaba llevarse al comisario a la cama. Y además, por lo que recordaba de forma vaga, le había echado en cara su problema con el alcohol.

—Supongo que no hace ninguna falta que te pregunte qué se te ha perdido hoy aquí —comenzó Caleb—, con los hijos de la víctima.

—La víctima era la amante de mi padre. Quería saber más de esa historia.

—Pero te estás inmiscuyendo en la investigación. ¡Y no pretendas hacerme creer que quieres mantener esas dos cosas separadas! —Sonaba muy enfadado—. Nuestros hombres han estado esta mañana en casa del señor Acklam, el vecino de Melissa Cooper. Estaba muy emocionado porque Scotland Yard investigaba el caso, una noticia que ha sorprendido mucho a los agentes. Lo mismo nos ha dicho el portero de la escuela, al que hemos interrogado hoy. Les enseñaste la identificación, Kate, para facilitarte las cosas. Y eso no es admisible bajo ningún concepto.

A Kate todavía le dolía la cabeza por la borrachera de la noche anterior y la voz del comisario le llegaba fría, penetrante y dolorosa. Por fin se atrevió a mirarlo. En sus ojos no quedaba nada de la amabilidad y la simpatía que le había mostrado en ocasiones anteriores.

—Estás a un paso del expediente disciplinario —la advirtió— y, más en concreto, del que yo mismo presentaré contra ti. ¿Entendido?

Ella asintió.

—Sí —confirmó.

Él pareció calmarse un poco.

—Entiendo que quieras saber quién asesinó a tu padre. Y que la historia de Melissa Cooper te plantea muchas preguntas desconcertantes. Pero somos nosotros quienes hacemos el trabajo, mi equipo y yo. Dios sabe que tú ya tienes bastante con cuidar de ti misma y de tu propia vida.

Se le encendieron de nuevo las mejillas. ¿Se estaba refiriendo a la noche anterior? ¿A su intolerable comportamiento?

—Deberías volver a Londres lo antes posible —continuó Caleb—. Es solo un consejo, pero creo que no te hace ningún bien estar metida en esa casa vacía dando vueltas a las cosas. Yo tampoco lo aguantaría, en realidad nadie podría soportarlo. Tienes que volver a tu rutina diaria. A tu vida normal.

Kate sabía que aquel no era el interlocutor más indicado al que contarle sus preocupaciones y problemas, y ahora menos que nunca, pero aun así estalló:

—No tengo vida. Eso es lo malo.

Se dio cuenta de que él miraba primero el reloj y luego la casa de Michael Cooper. Estaba en medio de un duro día de trabajo y tenía muchas cosas que hacer, de modo que evidentemente no tenía tiempo para charlar sobre los problemas de Kate. Sin embargo, dijo:

—Pues claro que la tienes. Ha sucedido algo espantoso pero tu vida continúa, tanto si quieres como si no. He notado que estás muy sola. Deberías intentar cambiar esa situación, seguramente te sentirías mejor.

—Ajá. Gracias. Llevo muchos años tratando de cambiar esa situación, pero por desgracia parece que no funciona.

—Quizá no lo intentas realmente —opinó él—. A lo mejor pasas la mayor parte del tiempo compadeciéndote.

Ella lo miró, pasmada. Su tono había sido neutro, ni maleducado ni antipático, pero nunca le había hablado tan abierta y cruelmente.

—¿Que yo me compadezco?

—Creo que te pasas el día rumiando tus problemas. Como si en el mundo no hubiera más desgracia que la tuya. Pero, Kate, sabes de sobra lo que sucede ahí fuera. En este mismo momento están pasando cosas horribles. Hay personas a las que les dan un diagnóstico mortal. Hay gente que pierde su trabajo. Otros ven cómo su economía se hunde y no saben qué será de ellos. Mucha gente carga con mochilas realmente pesadas. Para muchos cada día es un reto porque sus circunstancias son muy complicadas. A veces no hay que ir muy lejos para dar con alguien cuya vida no es precisamente de color de rosa. La agente Scapin, por ejemplo, que desde que se separó está completamente sola con... —Se interrumpió. No estaba seguro de que la agente Scapin fuera un tema apropiado en aquel momento.

Pero Kate intuyó a qué se refería. Aunque el día anterior lo había pasado en una

especie de anestesia, recordaba que Jane había dicho que tenía que irse a casa «por Dylan». Su hijo, seguramente. De cuyo padre parecía que estaba separada. Así que la agente Scapin era una de las muchas madres solteras que, con gran determinación, sacan adelante su vida y la de sus hijos, pero para las que la vida diaria representa una tensión continua porque tienen que estar siempre en dos sitios a la vez. Si eso era así, la joven no lo tenía nada fácil.

Apreció que Caleb no profundizara en el tema, y dijo simplemente:

—Ya. Comprendo.

Pareció que él iba a añadir algo más pero en lugar de eso abrió la puerta y se apeó.

—Bueno. He de hablar con los Cooper. Tengo dos asesinatos terribles que resolver. Y te prometo algo, Kate: voy a resolverlos.

«Haga lo que haga a partir de ahora tengo que ser muy cuidadosa —pensó ella—. Si vuelvo a chocar con él tendré problemas serios».

Un expediente disciplinario era lo que menos falta le hacía a su ya de por sí lenta carrera profesional. Si es que tal cosa seguía existiendo en el futuro. No sabía qué iba a ser de ella en ningún aspecto de su vida.

—Ah, Kate, una cosa más. Me interesaría saber... —El inspector dudó un momento, y luego continuó—. ¿Cómo te enteraste de mi problema con el alcohol? De la desintoxicación. ¿Quién te lo contó?

—Siento mucho haberlo mencionado —murmuró ella.

—No pasa nada. Pero me gustaría saber quién te dio esa información.

Ella se sorprendió de que un hombre hecho y derecho, con la experiencia vital y la cualificación profesional de Caleb, pudiera ser tan ingenuo.

—Mi jefe, en Scotland Yard. Allí se habló mucho de la investigación del caso de mi padre. Todos sabían que el investigador al mando... En fin, lo sabían.

—Se ha acabado filtrando —dijo, resignado—. Fue muy tonto por mi parte creer que algo así podía ocultarse. De acuerdo, de manera que tú también lo sabes. Pero ya lo he superado. Estoy bien, y no tengo problemas de ningún tipo.

A Kate le habría gustado preguntarle qué había detrás de su adicción, cuáles eran las razones, si había sido muy difícil derrotar al demonio. Pero no se atrevió. No era el momento para una conversación así. Y además notó que algo había cambiado: al principio había entre ellos cierta confianza. Se acordaba de aquel domingo de mayo, cuando habían sacado los muebles del cobertizo de su padre y habían estado comiendo y charlando tranquilamente en el jardín.

Una situación así resultaba inimaginable en aquel momento, su intuición se lo indicaba claramente. Nunca más aparecería con comida india porque le preocupaba que tuviera hambre o que se sintiera mal. Evitaría el contacto personal. Esperaba de verdad que se marchara rápido a Londres y que no se cruzara nunca más en su camino, ni profesional ni de ningún otro tipo.

Se sorprendió de lo mucho que la entristeció aquel pensamiento.

Stella intentó mantenerse ocupada pero enseguida se dio cuenta de que estaba dispersa y nerviosa y de que no conseguía distraerse con nada. Quitó las sábanas de la cama de Terry y las metió en la lavadora, y aquel acto le proporcionó cierta satisfacción porque con ello cerraba una puerta: se acabó. No habría otra noche.

Pasó la aspiradora por el salón y fregó la cocina. Batió cuatro huevos en un cuenco, añadió harina, mantequilla y cacao y se puso a preparar un pastel de chocolate. Sammy y Jonas se alegrarían, les encantaba el pastel casero. Además era una actividad que la tranquilizaba. Por lo menos cocinando tenía la sensación de que reencontraba el equilibrio.

Sin embargo, esa vez no funcionó. Seguía muy intranquila. Estuvo yendo a la ventana a cada momento con la esperanza de que los coches de la pareja hubieran desaparecido, aunque sabía que tendría que haberlos oído marcharse. Pero a lo mejor... mientras estaba en el cuarto de la colada... mientras batían las varillas eléctricas... mientras resonaba el lavaplatos... Neil había dicho que al volver del paseo se marcharían directamente a casa. «Ya se libra de nosotros».

Pero los coches seguían en el patio y no había ni rastro de los jóvenes.

¿Dónde andarían, durante tanto tiempo? Se podían pasar días caminando por los páramos, pero fuera hacía un calor sofocante muy desagradable y a Stella le parecía agotador pasear por aquellas planicies sin un solo árbol. Además, Terry estaba aún vapuleada y apenas tendría fuerzas para una aventura así. Pero claro, haría todo lo que Neil le pidiera, aunque tuviera que ir arrastrándose. Lo inquietante era que aquella excursión no encajaba nada con él. Stella jamás lo habría tenido por un amante de la naturaleza al que le gustara pasear por una zona desolada para contemplar los pájaros y las ovejas. Tenía la sospecha de que todo aquello era en realidad una maniobra para ganar tiempo. Mientras los coches estuvieran en el patio, Neil seguía teniendo un pie prácticamente dentro de la casa.

A media tarde volvieron Jonas y Sammy, los dos de un humor excelente, contentos y agotados de nadar, hacer castillos de arena y jugar al *frisbee*.

—Hemos encontrado una cala preciosa —dijo Jonas al entrar en la cocina—. Si hace bueno, mañana tienes que venir con nosotros. —Depositó en la mesa dos bolsas llenas hasta los topes—. Hemos comprado algunas cosas. Esta noche voy a preparar una buena cena.

—Qué gran idea —repuso ella.

Estaba sacando el pastel del horno y lo puso sobre el fogón para que se enfriara. La cocina se llenó de un delicioso olor a chocolate que se mezcló con el del mar, la arena, el viento y el protector solar que Sammy y Jonas habían traído consigo. Por primera vez desde que habían llegado, Stella tuvo la sensación de estar de vacaciones; era como en su infancia, cuando se iban a la playa y todos los veranos, al menos en sus recuerdos, eran soleados y cálidos. Pero no podía alegrarse. Porque los

coches seguían fuera.

Jonas los señaló con la cabeza.

—Terry sigue aquí. ¿Y de quién es el otro coche?

—¿De quién va a ser? Ha aparecido Neil, por supuesto. Ella se ha derretido en cuanto lo ha visto y se lo ha perdonado todo.

—¿Y dónde están?

—Querían dar un paseo por el páramo. Se fueron hace ya varias horas.

—Por Dios, pero si hace un día abrasador. En la playa se aguanta pero aquí es insoportable. ¿Quién sale a pasear por ahí un día como hoy?

—A mí tampoco me da buena espina. Sobre todo porque han dejado aquí los coches. Así que seguimos sin librarnos de la parejita. Aunque él ha prometido que no nos molestarían más y se irían directamente.

—Pues esperemos que cumpla esa promesa —murmuró Jonas. Se pasó la mano por el pelo y una nubecilla de arena cayó al suelo—. Me voy a dar una ducha rápida. ¿Puedes guardar la compra?

Ella asintió y él se fue. Sammy entró en la cocina y miró con ojos golosos el pastel. Stella sacó la compra de las bolsas y metió las provisiones en la nevera. Un día tranquilo y maravilloso.

Era absurdo que el corazón le latiera con más fuerza y rapidez que de costumbre. Seguro que su nerviosismo era una tontería.

En la segunda bolsa encontró un periódico. Su marido no había podido resistir la tentación, pero iba en contra de lo acordado. Durante aquellas semanas de desconexión total, los periódicos estaban en la misma lista de cosas prohibidas que los telediarios. Stella se quedó pensando y al final decidió seguir las normas al pie de la letra. Jonas estaba mucho mejor, se le veía más tranquilo, equilibrado y relajado; ya no era el manojito de nervios que había sido en los últimos meses. Dormía toda la noche de un tirón, y eso era casi un milagro. No había que correr riesgos.

Le dio el diario a Sammy.

—Toma. Puedes usarlo cuando pintes. O buscar algo para recortar. Pero llévatelo a tu habitación.

Sammy lo cogió y se fue a su cuarto. Stella ordenó la cocina y miró otra vez fuera. Pero nada había cambiado.

Se oía el ruido de la ducha en el cuarto de baño contiguo.

Luego percibió pasos rápidos por el pasillo, y Sammy entró corriendo en la cocina. Agitaba el periódico. Estaba muy emocionado.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Mira! —Lanzó el diario a la mesa y se quedó de pie moviéndose de un lado a otro—. ¡Ese hombre sale en el periódico!

—¿Qué hombre?

—El que vino a visitarnos. Ya sabes quién. ¡Neil! ¡Se llama Neil!

—¿Neil sale en el periódico?

Se acercó a la mesa. Sammy le señaló la página, que había dejado abierta. La foto

de un hombre ocupaba casi un cuarto del espacio. Stella lo reconoció de inmediato aunque estaba algo distinto, más descuidado y desaliñado. Llevaba el pelo largo y estaba mal afeitado. Pero era Neil, sin ninguna duda.

—Pero ¿por qué...? —Leyó lo que decía el pie de foto: «Denis Shove»—. ¿Denis Shove?

—¡Pero es Neil! —insistió Sammy.

—Sí que lo es.

La boca se le secó en un segundo. El corazón le empezó a latir aún más deprisa. Sentía un extraño zumbido en los oídos. Siguió leyendo:

La policía de Yorkshire busca a Denis Shove, un joven de treinta y dos años. Shove ha cumplido una condena de ocho años de prisión por un arrebato pasional en el que hirió de gravedad a su compañera sentimental, Angela H., que posteriormente falleció a consecuencia de las lesiones sufridas. Se le concedió la libertad condicional en 2013, y lleva huido desde febrero de 2014. Hay fuertes sospechas de que está implicado en el asesinato en Scalby de un policía retirado. Se lo considera extremadamente peligroso y violento. Cualquier información sobre él puede presentarse en las comisarías o llamando al número de teléfono...

Stella se quedó mirando fijamente la página. Durante un tiempo no pudo ni moverse. Tenía solo una pregunta en la cabeza: «¿Y ahora qué hago? ¿Y ahora qué hago?».

El ruido de la ducha había parado.

Una serie de pensamientos se encadenaron rápidamente en su cabeza. Al contrario que el cuerpo, que parecía haberse paralizado, la cabeza le iba a mil por hora.

«Es un asesino. Probablemente un asesino múltiple. Su foto sale hoy en el periódico, quizá en varios diarios de la zona. Le pisan los talones. No puede quedarse mucho tiempo en el piso de Terry, en pleno Leeds. Tiene que volver a esconderse».

Y entonces las conclusiones cayeron por su propio peso.

«No es casual que los coches sigan en el patio. Terry y él no están por ahí de paseo. Están muy cerca. Solo esperaban a que volvieran Jonas y Sammy. Quieren esta casa. Es el escondite perfecto. Pero ¿dónde quedamos nosotros? ¿Qué habrán pensado hacernos?».

—¡Jonas! —chilló.

Pero en el baño resonaba el ruido del secador. Jonas no la oía.

Tenía la certeza de que debía tomar una decisión muy rápida. Habían pasado veinte minutos escasos desde que Jonas y Sammy habían vuelto. Si Neil (o Denis) y Terry estaban en las inmediaciones, ya sabrían que la familia se había reunido. Era el momento perfecto para accionar la trampa. Pero Neil no sabía que Stella ya conocía su verdadera identidad. Ahí residía su ventaja.

—Escúchame, Sammy, tenemos que salir —le dijo—. Tenemos que...

—¿Adónde?

—Es una sorpresa. Voy a avisar a papá.

—¿Vamos a la playa otra vez?

—Enseguida lo verás. —Stella se acercó con cuidado a la ventana. Antes de que los tres salieran de la casa para subirse al coche quería valorar la situación. Miró a hurtadillas. Nada.

El patio estaba tranquilo bajo un sol que empezaba a caer. Se habían secado todos los charcos. Los coches de la pareja estaban aparcados justo al lado del granero, un sitio ideal porque desde la carretera, desde lo alto de la colina, no se veían. ¿Casualidad o parte de un plan bien tramado? El coche de la familia estaba bastante alejado de aquel edificio, bajo el único árbol que había. Stella supuso que Jonas lo había dejado ahí para tener algo de sombra, previendo que el día siguiente fuera también muy caluroso. Pero en la situación en que se encontraban aquello significaba que tendrían que caminar más que de costumbre. Tendrían que cruzar el patio y salir del terreno de la granja para llegar allí. Lo calculó mentalmente. Más o menos medio minuto, si iban corriendo. Aunque quizá era mejor comportarse con normalidad. Si los estaban observando parecería simplemente que volvían a salir, a lo mejor para comprar algo. Si corrían como gallinas asustadas enseguida se darían cuenta de lo que pasaba.

Justo cuando iba a apartarse de la ventana vio a Terry.

Apareció al lado de su coche, como salida de la nada. Abrió la puerta del copiloto y se inclinó dentro como si buscara algo.

Stella se estremeció. Era demasiado tarde. No es que estuvieran cerca, es que ya estaban allí. Y no ocultaban su presencia. Terry sabía seguro que la podían ver desde la casa.

Pero ¿dónde estaba Neil?

En cuestión de segundos Stella renunció al plan de llegar hasta el coche. El joven no se iba a quedar parado viendo cómo la familia cruzaba el patio, se subía al coche y se largaba.

—¡Rápido! —Apartó a Sammy de la mesa de un empujón—. ¡Deprisa! ¡Tenemos que cerrar todas las puertas! ¡Corre!

El niño la miró decepcionado.

—¿No nos vamos?

Stella estaba ya en la puerta que llevaba de la cocina al exterior y había echado el cerrojo. Corrió en dirección a la puerta de entrada.

—¡Mami! ¡Creía que...!

—Luego, cariño. ¡Ahora ayúdame!

Abrió de golpe la puerta del baño, pero estaba vacío. Jonas había ido al dormitorio para vestirse, así que se encontraba en el piso de arriba. No se atrevió a llamarlo por miedo a que la oyesen desde fuera. Si Neil se daba cuenta de que Stella lo sabía, todo estaba perdido.

Echó a correr hacia la puerta principal, cerró con llave y corrió el cerrojo.

Siguiente. Aquella casa tenía un montón de accesos al exterior. Faltaban el

comedor y el salón. El comedor estaba al lado de la cocina. Lo atravesó y se dio cuenta de que la puerta ya estaba cerrada.

El salón se encontraba en el otro extremo de la vivienda. No podía esperar que Sammy la ayudara. Le pisaba los talones y lloriqueaba porque no entendía que ya no hubiera excursión. Stella echó a correr por el pasillo. Era consciente de que se quedarían aislados si se atrincheraban allí. Sin teléfono, sin cobertura, sin internet. Estarían absolutamente incomunicados, encerrados en una granja solitaria en medio de los páramos de York y sitiados por un asesino buscado por la policía. No habría ninguna oportunidad de pedir ayuda. Tendrían que esperar a que, a principios de la semana siguiente, alguien notara que no habían vuelto de vacaciones. La vecina que les regaba las plantas, o alguien con quien Jonas tuviera alguna reunión de trabajo. Su compañero, el dueño de la granja, seguramente querría saber si la estancia había sido agradable... ¿Se extrañaría si no conseguía localizarlos? Pero eso no importaba ahora, lo fundamental era el momento presente. Se precipitó al salón.

Y se dio de bruces con Neil Courtney, que acababa de entrar desde el jardín.

—¡Hala! ¡Vaya prisa lleva!

Ella intentó que se le tranquilizara la respiración. No debía quedarse pálida e hiperventilando delante de él o se daría cuenta de que lo sabía. Su única posibilidad residía en hacerse la ingenua y fingir que no tenía ni idea. Solo así quizá se presentaría una oportunidad de escapar.

Su primer impulso fue dedicarle una sonrisa encantadora, pero cayó en la cuenta a tiempo de que en condiciones normales nunca le sonreiría a un hombre que le resultaba tan antipático, y menos aún si se había colado en su casa.

—¿Qué hace aquí? —preguntó—. ¿No iban a recoger los coches y a marcharse?

Él esbozó aquella sonrisa que Stella ya conocía y tanto odiaba.

—Bueno, tampoco tiene que ser tan en secreto. Quería despedirme de ustedes.

—¿Y no podía llamar a la puerta, como la gente civilizada?

—No sé por qué, pero... —Frunció el ceño como si estuviera pensando—. Me da la sensación de que a lo mejor no me habría abierto.

—No somos precisamente amigos, Neil, lo sabe de sobra. Su forma de tratar a Terry me parece más que cuestionable pero, mientras ella no quiera resolver ese problema, yo no puedo hacer nada. Eso sí, me gustaría tener con usted el mínimo contacto posible.

—¿Siempre es tan directa?

Hizo un esfuerzo y lo miró a los ojos.

—En general, sí.

Él le clavó la mirada. Parecía querer ver lo que pensaba.

Desde fuera llegó la voz de Terry.

—¡Neil! ¡Neil, ven!

Él dudó un momento. Stella señaló la puerta.

—Vaya. Terry lo llama.

Fue un segundo. Tan solo un segundo. Él estaba planteándose si salir. Stella había hecho bien su papel de ingenua. Neil creía que no sabía nada, e ignoraba que la había pillado cerrando todas las puertas y que haría lo mismo con aquella en cuanto él hubiera salido.

—¡Neil! —volvió a gritar Terry.

Él se giró.

«Vete —pensó Stella. Se asombró de no oír su propio corazón—. Vete. Sal. Ya».

Sammy, que estaba detrás de ella, dio un paso adelante.

—Te acabamos de ver en el periódico —dijo.

Neil se quedó parado. Le brillaron los ojos.

Y entonces volvió a sonreír.

9

El comisario Caleb Hale estaba sentado en el vestíbulo del hospital general de Scarborough frente a una mujer deshecha en lágrimas de la que lo único que sabía era que se llamaba Helen Jefferson y que, de algún modo, estaba relacionada con el sospechoso Denis Shove. Era un golpe de suerte increíble, puesto que desde hacía meses parecía que a Shove se lo había tragado la tierra, o que se había desvanecido en el aire sin dejar rastro. Aunque en realidad la palabra «suerte» no era nada apropiada, como se corrigió a sí mismo Caleb: había una mujer herida grave, una tal Peggy Wild según decían los informes, que tras una operación de urgencia estaba todavía despertándose de la anestesia en la sala de reanimación del hospital.

Los acontecimientos se habían precipitado aquel día, aunque al principio lo hicieron de un modo que no hacía presagiar ninguna relación con el caso Shove. A media tarde Helen Jefferson había llamado a la policía de Leeds para notificar que su pareja, Peggy Wild, había desaparecido. Según las palabras del agente que había atendido la llamada, Helen estaba muy nerviosa y le había costado trabajo explicar de forma clara y comprensible lo que quería decir, que era lo siguiente: su pareja, que trabajaba en una residencia para mayores de Scarborough, había salido para allá esa mañana temprano llevando en su coche a un hombre cuya novia, supuestamente, se encontraba en el hospital acompañando a su madre, que había sido ingresada la noche anterior por un ataque al corazón. Helen había intentado localizar a su compañera en el móvil pero siempre le saltaba el buzón de voz, donde le había dejado varios mensajes muy preocupada pidiéndole que la llamara lo antes posible. Finalmente había hablado directamente con la residencia (había esperado un tiempo antes de hacerlo porque las llamadas privadas de los trabajadores no estaban bien vistas) y, para su horror, la habían informado de que Peggy no se había presentado en el trabajo y no había avisado de nada.

Después Helen había llamado al hospital.

—Y allí me confirmaron que Neil Courtney había mentido. La noche anterior no ingresaron a ninguna señora Malyan.

Al agente le zumbaba la cabeza.

—¿Qué señora Malyan?

—Pues la madre de Therese Malyan, la chica que vive en el piso de abajo. Era a su novio a quien Peggy llevaba en el coche. ¡Ay, Dios mío! ¡Ha pasado algo! Estoy segura. Courtney es una mala persona. Quise evitar que Peggy se fuera con él pero...

—En ese punto Helen se había echado a llorar.

El agente había logrado decirle que no les habían informado de ningún accidente por la zona. Había tomado nota de todos los datos pero, por el momento, no podía hacer más.

—Una mujer adulta... Solo han pasado unas horas. La llamaré enseguida si me entero de algo, ¿de acuerdo? No se preocupe demasiado, señora Jefferson. A lo mejor hay una explicación totalmente inofensiva para todo esto.

—No lo creo. Courtney no es inofensivo. Sé que a Peggy le ha pasado algo terrible. Entonces, ¿no puede ayudarme?

En aquel primer momento el policía no había podido hacer nada más por ella. Sin embargo, menos de una hora después, se recibió una llamada de emergencia. Un hombre que hacía la ruta entre Leeds y Scarborough había parado fuera de la carretera para fumarse con calma un cigarrillo y llamar a su novia. Para su espanto, se encontró con una mujer tirada en el suelo, atada junto a un arbusto y con una herida muy grave. Creyó que estaba muerta y llamó inmediatamente a la policía y a una ambulancia. Los médicos comprobaron que aún vivía; había recibido un disparo hacía bastante tiempo y se encontraba inconsciente debido a que había perdido mucha sangre. No llevaba bolso, o bien se lo habían robado, pero por suerte encontraron un extracto bancario arrugado en un bolsillo de los vaqueros que permitió identificarla como Peggy Wild, residente en Leeds.

Puesto que ya figuraba como desaparecida, fue posible avisar enseguida a su pareja. Un agente la recogió en el trabajo y la llevó a la comisaría para que prestara declaración sobre lo sucedido por la mañana y sobre aquel Neil Courtney con quien Peggy había salido en dirección a Scarborough. Helen entró en la comisaría, se sobresaltó y fue directa a un cartel de «se busca» que estaba en el vestíbulo.

—Es él —dijo.

—¿Quién? —preguntó sorprendido el agente que la acompañaba.

—Neil. Neil Courtney. —Leyó el texto que acompañaba a la foto—. ¿Por qué pone Denis Shove?

Gracias a aquella casualidad se avisó inmediatamente a la policía de Scarborough, más en concreto al responsable del equipo que investigaba los asesinatos de Richard Linville y Melissa Cooper, que buscaba a Denis Shove en relación con esos dos casos.

Jane Scapin había preparado un rincón para que su jefe y Helen Jefferson pudieran hablar relativamente tranquilos dentro del ajetreo habitual de un hospital. La mujer estaba angustiada y desesperada, pero parecía irse calmando poco a poco. Había hablado con el médico que había operado a Peggy. Sobreviviría. Había tenido mucha suerte de que la encontraran a tiempo.

La agente Scapin había lanzado una orden de búsqueda para el Ford rojo de la mujer. Aunque Caleb no se hacía muchas ilusiones: Shove se había librado en muchas ocasiones, era un delincuente con experiencia. Se desharía del coche lo antes posible, sin cometer el error de pasearse por ahí con él. Seguramente contaba con que alguien encontraría a Peggy y con que se desplegarían controles policiales por toda la zona.

También se buscaba el coche de la desaparecida Therese Malyan que, por desgracia, no era un Peugeot verde, eso ya se había comprobado. Helen Jefferson les indicó que seguramente la chica se había ido por la noche, pero que no sabía adónde.

—Señora Jefferson, ¿se encuentra en condiciones de que hablemos? —le preguntó Caleb.

Los compañeros de Leeds le habían explicado con detalle por qué Helen se había puesto en contacto con la policía aquella mañana. Pero quedaban muchas preguntas en el aire.

Ella asintió, secándose una vez más los ojos con el pañuelo.

—Sí, claro. Quiero ayudar. Quizá Terry esté en grave peligro.

Caleb miró sus notas.

—¿Se refiere a Therese Malyan? ¿La novia de Denis Shove?

—Sí, es nuestra vecina de abajo.

—¿Desde hace cuánto?

Ella se quedó pensando.

—Unos dos años y medio.

—¿Y Shove? ¿Lo mismo?

—No, al principio Terry estaba sola. Muy sola. A veces traía a algún hombre, pero no duraban mucho. Por eso Peggy y yo siempre estábamos pendientes de ella, aunque...

—¿Sí? —la animó Caleb cuando se interrumpió.

—A Peggy no le gustaba demasiado. La encontraba muy ingenua, muy infantil. Algo tontita. A mí me parecía agradable.

—¿Y qué hay de Shove?

—Se fue a vivir con ella este año. Debió de ser... en febrero. Llevaban juntos desde octubre o noviembre del año pasado.

—¿Sabe cómo se conocieron?

—Sí. En el pub en el que trabajaba ella. Se llama Orchads House, está en Leeds. Neil, o sea Denis, era un cliente.

El comisario anotó el nombre del bar. Helen le contó que Terry había perdido ese

empleo y que había estado en paro varios meses. Luego encontró otra cosa, pero no le gustaba nada.

—En el Dark Moon, un cuchitril horrible. Odiaba trabajar allí. Pero no encontraba otra cosa, y creo que Neil insistía en que se quedara.

—¿Y él no trabajaba?

La mujer negó con la cabeza.

—No. Terry nos contó que Neil había heredado un dinero, pero no debía de ser mucho. Teníamos la impresión de que vivía completamente a su costa.

Herencia. Por las informaciones que tenía Caleb, cualquier suma que estuviera en poder de Denis Shove tenía muchas más probabilidades de ser fruto de un robo que de una herencia. Aun así había que investigarlo. ¿Tendría Shove algún pariente que pudiera haberle dejado algo?

—De acuerdo. Entonces Shove se fue a vivir con Therese Malyan en febrero. Por lo que parece, no ve con buenos ojos esa relación.

—No, para nada. El tipo nos cayó mal desde el principio. Por suerte nos lo cruzábamos poco. No se dejaba ver.

«No es de extrañar», pensó Caleb. Lo estaba buscando la policía porque, al desaparecer, había violado la condicional. Y porque habían encontrado asesinado a un comisario retirado contra el que había proferido amenazas. Buscarse una chica ingenua y meterse en su casa había sido una jugada muy hábil, pero tampoco así estaba a salvo del todo. Era importante tener el menor contacto posible con el entorno de Terry. El riesgo de que lo reconocieran era demasiado grande.

Como si le leyera el pensamiento, Helen añadió:

—No dejaba que Terry quedara con casi nadie. Pasaban los días completamente encerrados. Al principio pensamos que, bueno, a veces los enamorados hacen esas cosas en los primeros tiempos. Pero después dejó de parecernos normal. Y luego me di cuenta...

—¿Sí? ¿De qué?

—Creo que Neil a veces la pegaba. Me la encontré en algunas ocasiones en la escalera y tenía lesiones evidentes en la cara. Por supuesto, nunca lo reconoció. Y nos evitaba. Era casi imposible encontrar un momento para hablar tranquilamente con ella. Hace algunas semanas nos cruzamos una tarde, cuando salía para ir al pub. Estaba claro que había estado llorando y me dijo que era horrible tener que trabajar allí. Al instante me pidió que le prometiera que no le diría a Neil que se había estado quejando. Se le había escapado y tenía que olvidarme de lo que me había contado. Tenía miedo de él, pero no quería perderlo bajo ningún concepto.

—Por favor, cuénteme otra vez con todo detalle lo sucedido anoche. Y también lo que ha pasado hoy —pidió Caleb.

La mujer relató la historia completa y al final se echó otra vez a llorar.

—Me siento tan culpable —sollozó—. Esta mañana le dije a Peggy que teníamos que ocuparnos de la chica. Por eso fuimos a su casa, y por eso ella se llevó a Neil en

el coche. Quería descubrir si era verdad que Terry estaba con su madre aquí, en el hospital. Aquello era muy raro porque los padres de Terry viven en Truro y no tienen contacto con ella. Yo solo me hice la vecina preocupada, pero fue Peggy quien tomó realmente la iniciativa. Y ahora está aquí, y por poco se... —El llanto se hizo tan intenso que no pudo seguir hablando.

—Usted solo quería ayudar, y no podía imaginarse este desenlace —la consoló Caleb—. No se haga reproches. Al final ha sido posible rescatar a su pareja, y se va a poner bien. Eso es lo que cuenta.

Ella asintió, pero no parecía muy tranquila.

—¿Y Terry? ¿Qué será de ella?

Por desgracia, en aquel momento Caleb desconocía el paradero de la chica. Solo se sabía que tanto ella como su coche habían desaparecido. Algunos agentes habían registrado su casa (era un caso claro de peligro inminente) pero no habían encontrado a nadie; tampoco habían localizado el vehículo aparcado en las inmediaciones. Todo apuntaba a que Therese ya había desaparecido cuando Helen y Peggy fueron a su casa por la mañana. Denis Shove había tenido que conseguirse otro coche, por lo que no contaba con el de su novia. Eso podía ser un indicio de que la chica se había largado sin él... y ojalá no se encontrara gravemente amenazada en aquel mismo momento.

Todo lo sucedido reafirmaba al comisario en la idea de que Denis Shove era la persona que debía buscar y atrapar en relación con los dos asesinatos. Más aún cuando no parecía nada casual que Shove hubiera cambiado de escondite un día después de la muerte de Melissa Cooper. Aquello había sido precipitado y no planificado; Denis no había podido prever de antemano que Peggy Wild se ofrecería a llevarlo a Scarborough. Había improvisado aprovechando una oportunidad favorable, pero con ello había cometido un delito grave: robar un coche era una cosa, y otra muy distinta era dispararle a una mujer y dejarla atada y sangrando profusamente bajo un arbusto, donde apenas se la veía y tenía muy pocas posibilidades de que la encontraran. Peggy se había librado de la muerte por un pelo. Denis Shove había asumido el riesgo de que se le pudiera acusar de otro delito de sangre. ¿Aquello era indicativo de que, tras los asesinatos de Linville y Cooper, ya no le importaban sus actos porque, de todos modos, tendría que cumplir la pena máxima? ¿O era más bien una señal de pánico? Shove tendía a perder el control cuando se sentía provocado, pero en condiciones normales no era de los que pierden los nervios. Su foto estaba aquel día en todos los periódicos de la zona, pero con eso tenía que haber contado desde que asesinó a Melissa Cooper. ¿Por qué aquella huida caótica y atropellada? Shove siempre había actuado de un modo muy cuidadoso.

¿Quizá porque Therese se había largado de repente? Podía ser que hubieran planeado irse juntos de Leeds, pero que hubiera sucedido algo entre ellos y ella se hubiera marchado de improviso. Si la sospecha de Helen era cierta y Denis solía ponerse violento con la chica, a lo mejor ahí estaba el motivo. Ella había huido y él se

había quedado de pronto sin vehículo. En sus circunstancias, el transporte público no era una opción. Las cosas se habían puesto feas.

Todo aquello abría interrogantes sobre la propia Therese Malyan. ¿Qué era, una víctima o una cómplice? O las dos cosas a la vez... En realidad no eran excluyentes.

—¿Qué sabe sobre Therese Malyan? —preguntó Caleb—. Sobre su familia, sus amigos, su entorno cercano...

Helen reflexionó un momento.

—Siempre parecía muy sola —contestó después—. Creo que en realidad no tenía amigos ni personas cercanas. Tenía algunos conocidos, de los pubs y los bares en los que había trabajado en los últimos años. Neil (o Denis) lo tuvo muy fácil con ella precisamente por eso: estaba muy sola, y cuando de pronto apareció una persona en su vida se sintió rescatada. Tengo la impresión de que estaba dispuesta a aguantar muchas cosas con tal de no volver a vivir en soledad.

—Antes mencionó que no tenía contacto con sus padres...

—Lo comentó un par de veces, sí. Dejó el instituto cuando cumplió dieciocho y, por lo que sé, sus padres no se lo perdonaron. No tiene hermanos.

—¿Cómo es que se vino aquí, al norte, desde Truro? ¿Le contó algo de eso?

—Fue por lo de dejar el instituto. Quería estar lo más lejos posible de casa. Empezar una nueva vida. Y por eso se vino casi a la otra punta del país.

—¿Y no tenía ni el más mínimo contacto con su familia?

—No. O al menos eso decía.

A pesar de eso, era necesario visitar a los padres. No se podía descartar que, en un momento en el que su mundo se venía abajo, la chica recurriera a su familia. Se había mezclado con un delincuente, quizá sin darse mucha cuenta al principio. Probablemente se había dejado arrastrar y había participado en sus delitos, pero al final había perdido los nervios. Después del asesinato de Melissa podía haberse producido una pelea entre ellos... ¿quizá porque Therese no soportaba más la serie de venganzas de Shove?

Después Helen miró a Caleb con los ojos muy abiertos.

—¿Es cierto lo que pone en ese cartel? ¿Que ha matado a un policía?

—Lo buscamos en relación con ese asesinato. Pero no sabemos si realmente fue él.

—Estoy muy preocupada por Terry —dijo la mujer, rompiendo de nuevo a llorar. Estaba al límite de sus fuerzas.

—Encontraremos a Shove —aseguró Caleb—. Y pondremos a salvo a Therese, en caso de que esté en peligro. A lo mejor se ha escapado; a lo mejor Shove tiene tan poca idea de dónde está como nosotros.

El tono tranquilizador de su voz consiguió que las lágrimas de Helen se interrumpieran. Pero no estaba para nada tan seguro como aparentaba. También a él le preocupaba la chica. Y la euforia inicial por que Denis Shove, hasta entonces desaparecido sin rastro, se hubiera dejado ver, empezaba a dejar paso al desencanto:

al fin y al cabo había conseguido jugársela a la policía. Se había escapado.

Y no tenían ni la más remota idea de dónde podía estar.

10

De pronto tenía una pistola en la mano, que se había sacado de la sudadera como por arte de magia.

—¿Dónde está Jonas? —inquirió.

No tenía sentido inventarse nada.

—En el dormitorio —respondió Stella.

Desde fuera se oyó de nuevo a Terry.

—¡Neil! ¿Dónde estás?

Él volvió a medias la cabeza para contestarle, pero sin perderla de vista a ella y al niño.

—Aquí dentro. En el salón. ¡Ven!

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Stella.

Había pegado a Sammy a su cuerpo y le había puesto un brazo alrededor en un gesto protector. Se preguntaba si el hombre que tenía delante estaba dispuesto a matar a una familia, incluido un niño de cinco años.

—Sobre todo, que no deis problemas —respondió.

«A lo mejor quiere desaparecer y asegurarse de que no avisamos de inmediato a la policía», pensó ella. Abrigaba la remota esperanza de que los dejara allí encerrados y se largara, llevándose su dinero y sus tarjetas de crédito. Pero no parecía muy probable. Había tenido muchas horas para huir con toda la calma del mundo, y no lo había hecho. Stella temía haber acertado con el primer pensamiento que le vino a la mente cuando leyó el texto del periódico: que el principal problema de Neil Courtney (o Denis Shove) consistía en que no sabía adónde huir. Aquella granja aislada era la solución perfecta, al menos de momento. Allí podía esperar sin que lo molestaran y tramar un plan. Solo debía mantener bajo control a la familia Crane.

Terry entró por el acceso al jardín.

—Qué raro, todas las puertas están cerradas y... —empezó a decir, pero cuando vio que su novio apuntaba con un arma a Stella y a Sammy se quedó muda—. ¿Qué está pasando? —preguntó al fin, muy confundida.

—Pretendían atrincherarse aquí —explicó Neil—. Cerrarlo todo a cal y canto y llamar a la poli.

La chica parecía no entender ni una palabra.

—¿A la poli?

—¿Cómo sabes que no lo hemos hecho ya? —intervino Stella—. A lo mejor deberíais largaros lo antes posible.

Él entornó los ojos.

—Terry, revisa toda la casa. Mira a ver si encuentras un teléfono, un ordenador o cualquier conexión con el mundo exterior. Conozco bien esta zona. Hay algunas granjas que están totalmente aisladas. Aquí abajo el móvil no tiene cobertura, lo acabo de comprobar.

—Pero Neil, ¿por qué...? —dijo la joven, pero él la interrumpió.

—Haz lo que te digo. No tengo tiempo de explicártelo todo.

Terry se fue. Stella sintió que Sammy se pegaba más a ella y que le temblaba todo el cuerpo.

—Le estás asustando —dijo.

Él se encogió de hombros.

—Mala suerte. Tendrá que acostumbrarse. —Se quedó un momento pensando y luego preguntó—: ¿Dónde está la llave del granero?

—No lo sé. Esta casa no es nuestra.

Él hizo un gesto con el arma.

—Deberías cooperar un poco, Stella. No querrás que esto acabe mal, ¿verdad? Para ti y para tu pequeña familia.

—Lo que quiero es que te largues.

—Pues vas a tener que esperar. —Se dejó caer en un sillón y estiró las piernas. El cañón de la pistola seguía apuntándoles—. Vas a tener que esperar un rato muy largo.

—Hay gente que sabe que estamos aquí. Que nos echará de menos.

—Claro, claro —repuso él, aburrido.

Terry volvió al salón.

—Aquí abajo no hay teléfonos ni ordenadores, al menos que yo haya visto. ¿Quieres que mire arriba?

Neil hizo un gesto negativo.

—Espera un poco. ¿A que adivino qué clase de vacaciones son estas, Stella? Son de esas en las que la gente dice: «Desconectamos por completo. Nos bajamos del mundo. No estamos disponibles para nadie». Es perfecto, un sitio así es exactamente lo que necesito ahora. Un lugar en el que nadie me encuentre.

—Eso no existe. Ni siquiera aquí. Nos echarán de menos. Jonas le alquiló la casa a un compañero y hay que devolverle las llaves la semana que viene. Hay que pagarle. Querrá saber cómo nos ha ido. Le parecerá muy raro que se nos haya tragado la tierra.

—¡La semana que viene! —se rio él—. ¡Dios mío! ¿Es que crees que me preocupa lo que pase la semana que viene? —Hizo un gesto con la cabeza hacia Terry—. Busca las llaves del establo o el granero ese de ahí fuera.

—Neil, ¿qué está pasando? —preguntó ella. Parecía más asustada que Stella.

«No sabe nada —pensó esta—. No sabe que se ha mezclado con un criminal. Que la policía lo está buscando. Que no es quien dice ser».

Ahí había un rayo de esperanza. A lo mejor podía convencer a Terry de que los

ayudara. Es verdad que era ingenua, y a lo mejor un poco cortita, pero estaba claro que no era una delincuente. Sam era su hijo biológico y la familia siempre le había caído bien. No permitiría que les tocaran un pelo. ¿O sí? Estaba completamente sometida a Neil y le tenía un miedo cerval. ¿Se daría cuenta de que con él caminaba hacia la perdición? ¿Encontraría la fuerza para liberarse?

—¡Busca la llave! —bramó él—. Joder, deja de hacer preguntas estúpidas. Ya te lo explicaré luego.

Terry no se atrevió a replicar y salió de la habitación. El joven se levantó del sillón.

—Salid delante de mí —ordenó—. Al pasillo. Si hacéis alguna tontería, disparo, ¿entendido?

—Entendido —contestó Stella.

Él sonrió. Stella no habría encontrado palabras para describir lo mucho que odiaba aquella sonrisa.

—Eres lista, Stella. Y sensata. Y una buena madre. No harás nada que ponga en peligro a Sammy, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No, claro que no.

—¡Mami! —gimió el niño con la voz entrecortada, al borde del llanto.

—No te preocupes, cariño. Todo va a ir bien.

—Cerrad la boca —conminó Neil—. Venga, delante de mí.

Salieron por la puerta al pasillo. Terry no estaba por ningún sitio. Seguramente había encontrado las llaves y las estaba probando en la cerradura del granero. No parecía entender en absoluto lo que estaba pasando pero, como siempre, su prioridad era no enfadar a su novio.

—Avanzad —apremió este.

Recorrieron el pasillo. Sammy lloraba en voz baja. A Stella casi se le salía el corazón. En cualquier momento Jonas, que no tenía ni idea de nada, bajaría la escalera y se encontraría de frente con una situación terrible. Rezó para que no hiciera nada que empeorara las cosas. Su marido estaba muy lejos de ser un héroe; si intentaba hacer algo para salvar a la familia todo saldría mal, Stella no se hacía ilusiones.

Efectivamente, Jonas, en vaqueros y camiseta y oliendo a gel de ducha, estaba bajando los últimos peldaños cuando la comitiva llegó a la escalera. Se quedó petrificado mirándolos a los tres.

—¡Oh! —exclamó.

—Jonas... —comenzó Stella.

—¡Cierra la boca! —gritó Neil.

—¡No le hables así a mi...! —Entonces distinguió la pistola que el joven tenía en la mano. No siguió hablando. Se quedó con los ojos como platos—. Pero ¡por Dios santo...! —Tampoco acabó aquella frase.

No podía creer lo que veía y no sabía qué decir en una situación como aquella. Había escrito muchas escenas así en sus guiones; era conocido por sus diálogos agudos e irónicos. Pero en aquel momento, en la vida real, se había quedado sin palabras.

—Ahora vamos a ir todos juntos al granero —ordenó Neil—. Jonas, tú delante. Sin truquitos. Si no, os coso a balazos.

—¡Haz lo que dice! —rogó Stella.

Pero Jonas Crane decidió ser un héroe por primera vez en su vida.

No podía haber elegido un momento peor.

El disparo no se hizo esperar. Justo en el mismo instante en que Jonas se abalanzaba hacia Neil, seguramente pensando que el golpe lo haría caer y podría quitarle la pistola. Era una idea absurda para un hombre como él, que jamás había participado en una pelea más allá de las riñas propias del colegio; e incluso entonces, según le contó una vez a Stella, había llevado siempre las de perder. El hecho de que de vez en cuando, sentado en su escritorio, inventara escenas en las que hombres fuertes la emprendían a puñetazos, o se disparaban unos a otros, o derribaban a sus enemigos con hábiles golpes de algún arte marcial oriental, no significaba que hubiera aprendido nada de eso, más allá de la mera teoría. Y menos aún que fuera capaz de estamparle a alguien el puño en la cara o, al menos, de propinarle un rodillazo en la entrepierna. Su punto fuerte era la cabeza, no los músculos. De modo que era una locura que pretendiera medirse con un hombre como Denis Shove.

El disparo lo dejó parado en mitad del salto. Se quedó paralizado, con una mirada desilusionada clavada en el joven, como si su mente no concibiera que un tipo que le apuntaba con un arma pudiera de verdad hacer uso de ella. Por un momento intentó mantener el equilibrio, se tambaleó un poco y pareció un funámbulo evitando caer al vacío. Braceó en círculos y luego cayó al suelo. Se quedó tirado e inmóvil.

Stella quiso gritar, pero no le salía la voz. Se arrodilló a su lado y le agarró la cabeza con las dos manos. No sabía dónde le había herido.

Se volvió hacia Neil.

—¡Le has disparado! Necesitamos un médico ya. Hay que llevarlo al hospital o...

El joven avanzó hacia ella, la agarró de un brazo y la levantó con brusquedad.

—Andando. Fuera. Al patio.

—Pero está herido. Se...

Neil le puso la pistola en la cara.

—Que te muevas. Yo me ocuparé de él. Y cuanto más te quedes aquí lloriqueando más tardaré. ¡Vamos!

—¡Papi! —sollozó Sam.

Stella le dio la mano. La tenía temblorosa, y ella también. Sentía las rodillas tan flojas que temía que de un momento a otro se fuese a caer al suelo, al lado de Jonas.

—Por favor, Neil, ayúdalo. No ha hecho nada...

—Es un imbécil. Un imbécil integral. Y ahora muévete de una vez. Tu palabrería solo empeora las cosas.

Mientras salía por la puerta principal Stella aguantó estoicamente las lágrimas. Terry había conseguido abrir el granero. Deseaba ponerse a llorar y gritar, pero se contuvo por Sammy. Ya estaba bastante traumatizado, sería aún peor si además a su madre le daba un ataque de nervios.

Solo una parte del patio seguía al sol, las sombras se hacían cada vez más alargadas. Era una magnífica tarde de verano. Podrían haber cenado en la terraza de atrás. Al día siguiente habrían ido todos juntos a nadar. ¿Cómo se había dado la vuelta todo tan rápido? ¿Cómo se había transformado todo de repente en una pesadilla?

«No tan de repente», pensó Stella. Los dos, Jonas y ella, habían hecho caso omiso de todos los avisos. Habían tenido un mal presentimiento desde la primera vez que vieron a Neil Courtney. O a Denis Shove. Un criminal de libro. Ya le había escamado que los visitara en Kingston. Aún se había inquietado más al saber por Terry que los había estado buscando por los páramos. Tendrían que haberse esfumado de allí esa misma mañana. Habían desoído a su instinto. Y ahora estaban pagándolo muy caro.

La chica se les acercó con un gran manajo de llaves en la mano.

—El granero está abierto. —Estaba muy alterada—. Neil, he oído un tiro. ¿Qué...?

—Métete en la casa y ocúpate de Jonas. Ha querido hacerse el valiente, mira a ver qué puedes hacer por él. Y vosotros —dijo señalando con el arma a Stella y a Sammy—, ¡moveos!

Estaba claro que los iba a encerrar en el granero. En aquel edificio de piedra sin ventanas en el que no tendrían ninguna posibilidad de escapar. Ninguna esperanza de pedir ayuda, de conseguir un médico. Neil jamás informaría a los servicios de emergencias.

«Lo buscan por el asesinato de un policía. No puede arriesgarse a dejarse ver. ¿Por qué ha hecho Jonas semejante locura? Atacar a un hombre armado... No tenía ninguna posibilidad, debería haberlo sabido».

Entraron en el granero a trompicones. Stella esperaba que estuviera completamente a oscuras, pero se dio cuenta de que allí reinaba una penumbra gris. Levantó la mirada y vio que, en contra de lo que creía, había una ventana con un cristal sucio y oscurecido. Por ahí se colaba la luz. Puesto que el espacio tenía más de cuatro metros de altura y la ventana se encontraba inmediatamente debajo de la línea del tejado, haría falta una escalera para llegar hasta ella. Y después habría que ver si se podía abrir. Era demasiado pequeña para escaparse por allí, como mucho se podría asomar la cabeza y gritar pidiendo ayuda. Pero ¿quién iba a oírla? En todo el tiempo que llevaban en la casa Stella solo había visto un senderista, y había pasado bastante lejos de la granja. Aunque el tiempo había sido muy malo, a lo mejor los rayos del sol

atraían más gente a la zona. Pero eso era solo una posibilidad remota, puesto que no era seguro que encontraran la escalera que hacía falta para todo lo demás.

—Por ahora os quedáis aquí —anunció Neil—. Y os estáis quietecitos, ¿entendido? Cuanto menos me enfadéis más posibilidades tendréis de salir ilesos.

—¿Y qué hay de Jonas? —preguntó Stella.

—Nosotros nos ocupamos. No es una herida mortal.

Ella tuvo la impresión de que mentía. Neil aún no había tenido ocasión de ver el disparo, así que decía cosas que quizá esperaba pero que no sabía. Seguramente no le importaba sumar otro asesinato a su larga lista de crímenes, y antes que exponerse a cualquier riesgo dejaría que Jonas se desangrara.

—¿Lo podrías traer aquí para que lo cuide yo? —le pidió.

—Ya veremos. Ahora sentaos donde sea y cerrad la boca. Luego os traeremos algo de comer.

—Sobre todo necesitamos agua.

—También habrá agua. Y ahora, a callar. Luego vuelvo.

La pesada puerta de hierro forjado se cerró tras él y se oyó la llave girar en la cerradura. Se quedaron más a oscuras pero, a pesar de todo, se distinguían los contornos de los objetos que había allí: muebles viejos y desechados, leña para la chimenea, varios transportines para gato, macetas de barro, alfombras enrolladas, dos bicicletas... y mucho más. Aquel granero se usaba como trastero y como almacén. A pesar del calor que hacía, el aire allí dentro era frío y húmedo. Stella tiritaba de frío y tuvo la impresión de que el temblor de Sammy se intensificaba y ya no solo tenía que ver con el susto.

—Sammy, no tengas miedo, ¿vale? Vamos a buscar algo para abrigarnos, por ejemplo una manta con la que podamos taparnos. Si no, nos vamos a resfriar.

El niño no se movió lo más mínimo.

—Ha matado a papá de un tiro.

—No, no lo ha matado. Solo le ha disparado. Ya has oído lo que ha dicho. No es grave. Seguro que la bala solo le ha rozado. Le pondrán una venda y enseguida estará bien.

—¿Y por qué no está con nosotros?

—Porque Neil y Terry primero tienen que vendarlo.

—¿Y luego vendrá?

—Eso espero, Sammy. No te preocupes. Todo saldrá bien.

—¿Por qué Neil le ha disparado a papi?

—Papá ha querido quitarle la pistola porque nos estaba amenazando. Y por eso le ha disparado.

«Como era de esperar».

—¿Y por qué nos amenazaba Neil?

—Porque es una mala persona. Pero solo quiere descansar aquí unos días, y luego se marchará. Y nos dejará libres.

En realidad solo podía esperar que las cosas fueran así; sin embargo, debió de resultar relativamente convincente porque el niño no hizo más preguntas. Aunque en realidad no estaba en condiciones de hacer nada de nada. Se había quedado plantado allí en medio, tiritando.

Con firmeza, Stella lo sentó en un sofá raído que estaba pegado a la pared y que parecía que llevara cien años sin usarse. Luego se puso a buscar una manta. Mientras revolvió las cosas iba considerando las diferentes opciones: era jueves, y habían planeado regresar a casa el domingo. El lunes Sammy tenía que volver a la guardería. ¿Harían averiguaciones las profesoras si el niño no aparecía?

«Seguramente llamarán a casa, no contestará nadie y pensarán que nos hemos quedado más tiempo», pensó Stella. La asistencia a la escuela infantil no era obligatoria y no parecía probable que removieran cielo y tierra porque una familia prolongara sus vacaciones y se hubiera olvidado de comunicarlo.

¿Y qué había del hombre que les había alquilado la granja? De una forma algo rimbombante le había dicho a Jonas que el lunes sin falta quería tener las llaves y el dinero. Pero la verdad era que este le había hecho una transferencia por adelantado y, en cuanto a las llaves, Stella no tenía ni idea del acuerdo al que habrían llegado. No trabajaban en una empresa en la que se vieran todos los días, ambos eran autores independientes. Era muy poco probable que hubieran quedado en verse ese mismo lunes. Seguramente el colega estaría liado con algún plazo de entrega, o quizá se encontrara fuera, en un rodaje. Podían muy bien haber acordado verse «cuando pudieran».

Igual de inciertas eran también otras citas que Jonas pudiera tener. Era casi seguro que en los primeros días no lo esperaba nada concreto. Claro que antes o después alguien se daría cuenta de que no había vuelto de vacaciones, pero ¿cuándo?

No tenía sentido pensar en nada de aquello. ¿Qué otras posibilidades había? La vecina que les regaba las plantas y les recogía el correo. Por lo menos ella notaría enseguida que la familia estaba fuera más tiempo del previsto. Stella intentó recordar qué le había contado de las vacaciones. «Vamos a desaparecer unos días. En la soledad del norte de Inglaterra».

No le había dado más detalles, lo que significaba que, incluso aunque se preocupara y avisara a la policía, la vecina no podría proporcionar ninguna información precisa.

El norte del Inglaterra. Era un territorio inmenso. La cuestión era cómo de en serio se tomaría la policía una investigación así. Si preguntaban en el entorno profesional de Jonas acabarían encontrando a alguien que conociera sus planes y que les podría dar la pista decisiva. Pero Stella no tenía ni idea de con cuánta rapidez y con cuánto interés buscaría la policía a una familia que no había regresado puntualmente de sus vacaciones. No olvidaba que la vecina era mayor y algo despistada. Si iba a la policía podía ser que creyeran que la mujer se había equivocado de semana, y que no había motivos para preocuparse.

Entretanto, los ojos se le habían acostumbrado bastante a la penumbra. Sin embargo, aquello solo le sirvió para comprobar que allí no había ninguna escalera. La ventana permanecía a una altura inalcanzable.

Pero sí encontró una manta. Cuando la cogió se levantó tal nube de polvo que le dio un ataque de tos. Esperaba que ponerse sobre los hombros aquel tejido desgastado no les provocara alergia. Sacudió lo mejor que pudo aquel cobertor sucio y áspero y fue con él al sofá, donde Sammy estaba exactamente en la misma posición en que lo había dejado. Temblaba de frío. Se sentó a su lado, lo cogió en brazos y puso la manta sobre los dos.

—Ven aquí, cariño, que te dé calor. No tiembles más. —Le acarició suavemente el pelo—. Ya verás que todo sale bien.

—¿Dónde está papi?

—Le están vendando la herida. Y luego lo traerán aquí.

—Mami, ¿va a venir alguien a salvarnos?

Parecía que estaba pensando las mismas cosas que ella.

—Seguro que sí. Alguien nos echará de menos.

—Pero ¿quién sabe que estamos aquí?

—Bueno, el amigo de papá, por ejemplo. El dueño de la granja. —Por desgracia, era el único.

—¿Irá a la policía?

—¡Seguro que va a la policía!

—¿Y nos sacarán de aquí?

—Puedes estar seguro. Será una gran operación de rescate. Vas a poder contarles un montón de cosas a tus amigos. ¡Se morirán de envidia!

La idea de aparecer ante sus amigos como un héroe, con una historia digna de una película, entusiasmó al niño. Empezó a imaginarse la operación policial con todo lujo de detalles, e incluso dejó de temblar. Los pensamientos de Stella seguían otro curso. ¿Cómo estaba Jonas? ¿Qué tramaba Neil? ¿De verdad se ocuparía de sus prisioneros? Podían aguantar un tiempo sin comida, pero no sin agua. ¿Cómo de peligroso, cómo de desalmado y brutal era aquel hombre? ¿Y Terry? Si le entraban dudas sobre su novio, ¿sería capaz de ponerse en su contra?

Tenía que defenderse de los pensamientos oscuros que la asaltaban, si dejaba espacio a sus miedos no podría ayudar a Sammy ni actuar de forma sensata. Aun así... a Neil Courtney, alias Denis Shove, lo buscaba activamente la policía. No estaban en manos de un loco de cuyos actos nadie tuviera noticias. Su foto estaba en los periódicos y la policía le seguía la pista. A lo mejor le pisaban los talones más de lo que todos creían, incluido él mismo. Quizá la de idea de Sammy de una gran operación de rescate no era tan descabellada.

De repente notó que su hijo había dejado de parlotear. Se había quedado dormido, con la cabeza apoyada en su brazo. Respiraba acompasadamente. Gracias a Dios no parecía tener hambre ni sed... al menos por el momento.

Cayó la noche y no apareció nadie. No sabía cómo estaba Jonas. No sabía nada. Stella se echó a llorar quedamente.

VIERNES, 6 DE JUNIO

1

Era algo así como una inspección con retraso de la escena del crimen. Estaban en el puerto de Scarborough, a unos pasos del pequeño parque de atracciones, y contemplaban el salón de juegos que había sido asaltado un día de primavera de hacía dieciséis años por unos vándalos adolescentes. Pretendían llevarse el dinero pero habían acabado matando a un hombre. Y por una de esas jugadas del destino que a veces suceden, aquella historia había dado pie a que un comisario de la policía de Yorkshire conociera a una testigo que había presenciado el robo. Años después ambos habían aparecido asesinados. ¿Estaría ahí la clave de su muerte, en el momento en que se conocieron?

Una de las reglas básicas de Caleb era deshacer el ovillo para llegar hasta el principio del hilo. Tener siempre muy en cuenta los comienzos. La experiencia le había enseñado que daba buenos resultados revisar los acontecimientos por orden cronológico.

La agente Scapin, el sargento Stewart y él no habían acudido al salón de juegos únicamente para hacerse una idea del escenario en el que había tenido lugar el delito, sino también para comer algo rápidamente. Eran más de las dos y a todos les rugía el estómago. Había un puesto de pescado al lado del parque de atracciones en el que servían unas patatas fritas increíbles, muy crujientes y calientes, acompañadas de una grasienta salsa rosa de ketchup y mayonesa. Cada uno había pedido una ración grande, a pesar de que Jane había murmurado algo de que ese tipo de comida, a la larga, podía ocasionar enfermedades graves. Caleb, que se alimentaba de comida rápida de forma mucho más habitual que sus colegas, había llegado hacía tiempo a la conclusión de que no era la comida de mala calidad lo que minaba la salud, sino los sentimientos de culpa que te asaltan mientras la consumes, y las muchas voces aleccionadoras y conminatorias que te bombardean al hacerlo. Por eso había decidido evitar por completo cualquier reflexión sobre su estilo de vida.

Estaban a un lado de la calle, pescando las patatas de los grasientos cucuruchos de papel con unos tenedorcitos de madera. Detrás de ellos el agua lamía lánguidamente los muelles, y de vez en cuando las defensas de los barcos atracados rozaban contra la madera de los pantalanés. El día era muy caluroso y sin viento. Olía a pescado y a grasa por los muchos puestos de alrededor y también a mar, a barro y a algas. A eso se sumaba la peste a gasolina de los coches que pasaban. Caleb no recordaba haber podido distinguir tantos olores cerca del agua; normalmente la brisa del mar los mezclaba todos.

—Según el informe, exactamente aquí, donde estamos ahora —explicaba Robert

—, es donde se encontraba Melissa Cooper cuando sonó el disparo, los chavales salieron corriendo y se subieron al coche. Ella había aparcado más lejos, al lado de Marine Drive. Venía de allí, e iba camino de un pub en el que había quedado a comer con una amiga.

—Ajá —dijo Caleb.

Contemplaba el salón de juegos, con su gran cristalera abierta a la calle. Dentro, las luces rojas, verdes y azules que parpadeaban alrededor de las máquinas prometían grandes premios si se apostaban las cantidades oportunas. En aquel momento no había mucho movimiento. En el local se encontraban algunas personas, aunque la mayoría estaban en el bar y no en las tragaperras. También en la calle había poca gente. Hacía demasiado calor. Una atmósfera soñolienta pesaba sobre la ciudad aquel mediodía.

—Tendría que haberme comprado un helado —dijo Jane—, y no esta cosa caliente y grasienta.

—Cuando hace calor hay que reponer sal —contestó Caleb.

Tenía tanta hambre que se habría ofrecido a comerse su ración si a ella no le apetecía, pero le pareció que era tomarse demasiadas confianzas. Aunque llevaban bastante tiempo trabajando juntos, no era una mujer con la que se pudiera establecer una relación cercana.

—Robert, ¿has ido a ver a los culpables de aquel robo?

Él asintió con diligencia.

—Sí, los visité a los tres ayer. —Se sentía orgulloso. Había sido un día muy duro. Visitó a aquellos jóvenes delincuentes, que entretanto se habían convertido en adultos reinsertados, y además pasó mucho tiempo estudiando informes. Se quedó en la oficina hasta la noche—. Para no extenderme: estoy seguro casi al cien por cien de que ninguno de ellos tiene nada que ver con los asesinatos. Afirmaron que el nombre de Melissa Cooper no les sonaba de nada, y me parecieron sinceros. O puede que sean unos actores buenísimos, pero me extrañaría. Creo que de verdad nunca supieron quiénes eran los testigos, cómo se llamaban ni qué declararon. En realidad, todo eso resultó irrelevante para sus condenas, ya que no los detuvieron y juzgaron por lo que declararon los testigos sino porque uno de ellos se vino abajo y se entregó a la policía.

—¿Qué clase de personas son? ¿Qué opinas de ellos?

—Tal como yo lo veo, en su momento eran unos chavales estúpidos que estaban muy aburridos. Buscaron un subidón que les salió fatal y acabó en tragedia. Ni siquiera se enfadaron cuando uno de ellos fue a la policía. A la larga los otros dos habrían hecho lo mismo porque aquella muerte inesperada los dejó destrozados. Y ahora están totalmente reinsertados. La cárcel fue una experiencia muy dura y no quieren volver a tener nada que ver con la policía ni con la justicia. Casi les dio un ataque de pánico cuando les enseñé la identificación.

—¿Tienen trabajo?

—Uno vive aquí, en Scarborough, y se ha hecho cargo de la empresa de muebles de cocina de su padre. De los otros dos, que viven en Hull, uno está en paro ahora mismo y el otro se mantiene como puede trabajando de peón de obra. Está casado y tiene un niño de un año. Me he hecho con las fichas de todos y las he estudiado a fondo. En la cárcel tuvieron un comportamiento ejemplar. Tras ser puestos en libertad condicional se esforzaron por encarrilar sus vidas. No han vuelto a meterse en líos.

Caleb tuvo que reconocer que nada de aquello sonaba como si uno de ellos, o los tres, hubieran decidido torturar hasta la muerte a dos personas. En realidad no esperaba otra cosa. Estaba más convencido que nunca de que el culpable era Denis Shove.

—Bueno —dijo—, entonces aquel robo solo es relevante para nuestra investigación porque sirvió para que Melissa Cooper y Richard Linville se conocieran. Sin embargo, Robert, vuelve a comprobar cualquier posible conexión. Sobre todo con Shove. Los cuatro estuvieron en la cárcel de Hull. Se podrían haber conocido allí y haber tramado algo juntos, en secreto. Pero me parece poco probable. Aunque hay una cosa: en el caso de Shove, Linville desempeñó un papel fundamental. En el caso de los chavales, Linville y Melissa fueron relevantes... aunque de un modo muy secundario. A pesar de eso, si se confirma que se conocían, tendremos que investigar de nuevo con mucho más detalle a esos tres.

—Jefe, esta tarde tengo una cita con la dirección de la cárcel de Hull —informó Robert—. Aclararé en lo posible esas cuestiones.

—Y, solo por si acaso, ve a ver también a los otros testigos del asalto. A todos los que declararon. No quisiera que sufrieran el mismo destino que Melissa Cooper. Tenemos que saber si han notado algo extraño en sus vidas... Del tipo llamadas, persecuciones, o la sensación de ser observados.

—De acuerdo —dijo Robert.

—Yo he revisado a fondo el informe del caso Shove —tomó la palabra Jane. Se apartó un poco para tirar a una papelera el cucurucho de patatas, lleno casi hasta arriba. Caleb suspiró de forma imperceptible.

—¿Y bien? —inquirió.

—Por desgracia no hay nada que apunte a Melissa Cooper. El comisario Linville persiguió a Shove y finalmente lo atrapó. En el momento de su detención, y también durante el juicio, Shove juró que se vengaría de él. Pero no mencionó a nadie más aunque, en mi opinión, eso no significa necesariamente que no pensara incluir en su venganza a los amigos o familiares del comisario.

—¿Y cómo pudo haberse enterado de la existencia de Melissa Cooper? —preguntó Robert.

—Shove estuvo mucho tiempo en prisión —repuso Caleb—. Pudo oír por ahí que Linville tenía una relación con ella. No sabemos si, por ejemplo, los funcionarios de la cárcel de Hull estaban al tanto de la historia.

Robert puso cara de estar muy poco convencido.

Caleb pensaba en su propia historia: en Scotland Yard todos sabían lo de su problema con el alcohol. Ya no daba nada por sentado.

—Pero el orden... —murmuró—, el orden sigue sin tener sentido. ¿Por qué no mató primero a Melissa? Solo así podría haber avisado y aterrorizado a Linville.

—Siempre acabamos dándole vueltas a esa pregunta —apuntó Robert.

«¿Qué es lo que no estoy viendo? —se preguntó el comisario—. Hay algo que no cuadra y no soy capaz de verlo».

Abordó otro tema:

—¿Y qué hay del nombre «Neil Courtney»? ¿Hay alguien en el entorno de Shove que se llame así? ¿O lo ha elegido al azar?

—No he visto nada al respecto en el informe —contestó Jane—, pero continuaré investigando.

—Sacaré ese tema también en mi visita a la dirección de la cárcel —indicó Robert—. A lo mejor algún preso que Shove conocía se llamaba así. Por cierto, la psicóloga que se ocupó de él volvía este fin de semana. Acordamos que la interrogaríamos, ¿recordáis? Hoy todavía no se puede hablar con ella, pero la llamaré el lunes.

—Muy bien. Jane, ¿el registro de la vivienda de Leeds ha dado algún resultado?

Ella negó con la cabeza.

—Nada que nos permita avanzar. De Shove solo hemos encontrado algo de ropa, nada más. Ni cartas ni documentos ni nada de nada. Los informáticos están revisando el ordenador de su novia, pero parece que solo lo usaba ella.

—Shove ha conseguido mantenerse en la sombra —constató Caleb.

—No le queda más remedio —repuso Robert—. Tras el asesinato de Linville lo tenemos en el punto de mira, y está claro que es consciente de ello.

—¿Y qué sabemos de Therese Malyan?

—También ella es una figura muy poco clara —contestó Jane—. Su piso no revela casi nada de su persona. Como he dicho, aún están trabajando en su ordenador, pero un primer vistazo a sus correos electrónicos y sus visitas a páginas web tampoco arroja mucha luz sobre ella. No parece tener mucho contacto con nadie; va a ser verdad que es una persona muy perdida. En un corcho de la cocina había pegadas varias postales que algunos conocidos le han mandado desde su lugar de vacaciones pero, por los matasellos, son de hace mucho tiempo. En un cajón del dormitorio se han encontrado fotos de un niño.

—¿De un niño?

—Sí, de un año más o menos. Ni idea de quién podrá ser. ¿El hijo de una amiga, quizá? En el piso no hay nada que indique que allí vivía un crío y, además, sus vecinas de arriba nos habrían dicho algo.

—¿Te has puesto en contacto con sus padres?

—Sí. Me han dicho que Therese no está con ellos, y que hace más de tres años que no se hablan. Ni siquiera sabían que ahora vive en Leeds. Ni, por supuesto, que

tiene un novio. Los nombres «Neil Courtney» y «Denis Shove» no los habían oído nunca.

—Una ruptura bastante radical, la verdad —opinó Caleb—. ¿Solo porque la chica dejó el instituto?

Jane se encogió de hombros.

—Hay padres que no pueden perdonarlo.

—¿Quién es realmente esta Therese Malyan? —reflexionó Caleb—. ¿La niña ingenua que describió Helen Jefferson? ¿Una joven algo tonta que se deja utilizar por un criminal e incapaz de ver quién es en realidad? ¿O sabía con quién se estaba mezclando? ¿Se habrá convertido en su cómplice?

—Es difícil de decir. —Jane se quedó un momento pensando—. Un poco cortita sí parece. Tiene una estantería llena de novelas románticas de lo más simplonas. Hay libros de Harlequin para parar un tren. Ya sabéis, los que tienen en la portada mujeres en los poderosos brazos de un hombre que las acaba de salvar de algún peligro.

—Suenan como si la chica se refugiara de su triste existencia en un mundo imaginario, ¿no?

—Sin duda. Ahí está el encanto de esas novelas. Las mujeres saben que nunca podrán ser tan increíblemente guapas y atractivas como las protagonistas de las historias. Y en el mundo real raras veces se encuentran hombres tan fuertes, audaces y caballerosos como esos. Por no decir nunca —añadió, con algo de melancolía.

—Desde luego Denis Shove le ha salido rana. Si es que alguna vez lo tuvo por un príncipe, cosa que parece ser así porque, al principio, se lo presentaba de ese modo a su entorno.

—Hay algo que me ha llamado la atención —continuó Jane—, y es que o bien Terry se fue a toda prisa, o no pretendía estar fuera mucho tiempo. No hay perchas vacías en el armario, y los cajones de la cómoda están llenos hasta arriba. Es como si no se hubiera llevado nada para cambiarse, ni siquiera ropa interior.

—Eso coincidiría con la declaración de Helen Jefferson —dijo Caleb—. Está segura de que Therese y Denis tuvieron una fuerte discusión por la noche, y de que él le puso la mano encima, cosa que no sucedía por primera vez. Pero en esta ocasión ella huyó. Por eso él se encontró de repente sin coche cuando necesitaba ocultarse con urgencia... quizá porque el día anterior había asesinado a Melissa Cooper.

—O porque por la mañana vio su foto en el periódico —sugirió Robert.

—Jefe, ¿puedo proponer una cosa? —preguntó Jane. Caleb había tenido todo el tiempo la sensación de que se estaba guardando algo.

—Claro.

—Me gustaría hablar en persona con los padres de la chica. Por teléfono me dio la impresión... Es extraño, pero me pareció que no me lo estaban contando todo. No puedo explicarlo, es más bien una intuición. En esa familia hay algo que no va bien, y a lo mejor descubrir qué es nos abre nuevas posibilidades.

—Pero ¡viven en Truro!

—Ya lo sé. Podría ir este fin de semana.

—Había pensado pedir a los compañeros de Cornualles que fueran a su casa, por si nos han mentido y Therese está allí. Porque, en ese caso, también ellos podrían estar en peligro.

—Pero los agentes de Cornualles no podrán descubrir lo que pasa en la familia. No conocen lo bastante el caso. Yo podría hacerlo mejor —insistió Jane.

—¿Puedes irte dos días enteros? Lo digo por Dylan...

—Puedo organizarlo. A lo mejor se lo pido a Sean —repuso. Sonrió, pero su gesto era rígido y forzado.

Dos días fuera de casa no debían de ser nada fáciles para ella, pero Caleb no hizo ningún comentario más. Era una mujer adulta. Sabía lo que hacía.

—De acuerdo —concedió, y miró el reloj. Ya era hora de volver al trabajo. Fin del descanso—. Entonces, Robert, tú vas a la cárcel de Hull. Infórmanos como muy tarde a última hora de hoy. Y Jane, hazme un favor: ve a visitar a Kate Linville. Estoy preocupado.

—¿Por su estado mental, jefe?

—Sí. Pero también por cosas más concretas. Si la venganza de Shove incluye al círculo cercano de Linville, entonces tenemos que poner a su hija en la lista de personas amenazadas. Más aún si el orden en que acaba con sus víctimas es aleatorio.

—¿Qué debo decirle?

—Que lo mejor sería que regresara a Londres y retomara su vida y su trabajo. Preferiría saber que, al menos durante el día, se encuentra protegida en las instalaciones de Scotland Yard. Aquí, metida en casa de su padre, se está ofreciendo en bandeja de plata.

—Hablaré con ella —prometió Jane.

No tenía ninguna esperanza, pero no dijo nada. Por otro lado, aquello constató su suposición de que entre Kate y el jefe había pasado algo la noche anterior. Tampoco habría podido explicarlo, pero su intuición se lo decía muy claramente. Aparte de que, si todo estuviera bien, Caleb habría ido en persona a ver a Kate; pero en lugar de eso la enviaba a ella.

Robert miró el reloj.

—Tengo que irme. Hay un buen trecho hasta Hull.

—Y yo voy ahora a Scalby —informó Jane—. A hablar con Kate. Así me quedará tiempo después para organizarlo todo en casa y salir mañana temprano para Truro. ¿Y tú, jefe?

—Yo me voy a quedar aquí un rato disfrutando del paisaje y reflexionando un poco.

Observó cómo los dos agentes se alejaban hacia sus coches. Se preguntó si se habrían creído lo que acababa de decirles, y al final se encogió de hombros. Qué más daba.

Entonces fue al puesto de pescado e hizo lo que llevaba todo el tiempo deseando:

comprarse otra ración de patatas fritas.

2

Se llamaba Sue Burley, vivía en Whitby y reaccionó al instante al oír por teléfono el nombre de Melissa Cooper. También cuando oyó el apellido «Linville».

—Madre mía, qué drama. Richard Linville. Una historia terrible. Lo han asesinado, ¿verdad? ¿Y usted es su hija?

—Sí, así es —repuso Kate.

Michael Cooper le había proporcionado el nombre y la dirección de Sue cuando, tal como habían acordado a toda prisa, lo llamó para que le diera información sobre las antiguas amigas de su madre. Solo se acordaba de aquella, pero estaba seguro de que ella podría indicarle más nombres. «Espero que Sue siga viviendo en Whitby —había dicho—. Hace siglos que no sé nada de ella y, si no me equivoco, tampoco tenía contacto con mi madre».

Kate había comprobado el teléfono en internet y, para su alivio, enseguida tuvo a la mujer al aparato. Resultó ser muy parlanchina y nada desconfiada.

—¿Y cómo está Melissa? —preguntó finalmente.

Muchos periódicos recogían el asesinato pero solo unos pocos mencionaban el nombre la víctima. Era evidente que aquella señora aún no estaba al corriente.

Tanto en su vida profesional como en la personal Kate odiaba dar malas noticias, pero no quedaba otro remedio.

—Melissa Cooper también ha sido asesinada. Ayer. Seguramente por la misma persona que mató a mi padre.

Se hizo un silencio sepulcral al otro lado de la línea. Después se oyó la respiración agitada de la mujer.

—¿Qué? —preguntó, horrorizada.

—Señora Burley, sé que esto debe de resultarle terrible. Yo misma estoy... consternada. A raíz del asesinato de Melissa me he enterado de que mi padre... tuvo una aventura con ella. Hasta ayer no tenía ni idea y jamás había oído su nombre.

—¿Asesinada? —repitió la mujer.

Kate se dio cuenta de que no tenía ningún sentido intentar preguntarle nada. Se había quedado literalmente sin palabras.

—Señora Burley, si tiene tiempo... Me gustaría verla un rato en su casa, sería menos de una hora. Necesito saber más de lo que pasó. No de los asesinatos, claro, eso es cosa de la policía —se apresuró a aclarar, por si acaso Caleb Hale también interrogaba a aquella amiga de la víctima, que no le dijera que ya había estado allí alguien de la policía. Si aquello se repetía, Kate tenía bastante claro que el comisario no se limitaría a amenazarla con un expediente disciplinario—. Estoy muy

confundida por esa... relación. Ha trastocado por completo la imagen que tenía de mi padre. Quiero intentar entenderlo.

—Pero ¿quién puede haber matado a su padre y a Melissa? No tiene sentido...

—¿Podríamos vernos mañana a mediodía? —preguntó Kate con suavidad.

Finalmente consiguió concertar una cita a las tres de la tarde con la conmocionada Sue, e incluso logró que invitara a otra antigua amiga de Melissa. Después colgó el teléfono. La mujer necesitaría un tiempo para digerir el golpe.

Kate se disponía a tomar algo fresco en el jardín cuando sonó el timbre. Por un instante abrigó la esperanza (y el miedo) de que fuera Caleb. Pero era Jane Scapin.

Estaba claro que Caleb se mantenía a distancia.

—Se me ha ocurrido pasar a verte —explicó la agente.

Kate la había guiado hasta el jardín y le había ofrecido un vaso de agua mineral con hielo y limón, que le había venido de perlas. El día era realmente caluroso. No soplaban una pizca de viento.

—¿Te manda Caleb? —le preguntó.

Jane dudó un momento, pero después asintió.

—Sí. Está preocupado.

—No tiene por qué.

—Pero se preocupa. Estás pasando una época muy difícil y el descubrimiento de... bueno, de esa historia en la vida de tu padre... no te lo pone precisamente más fácil.

—Así es. Pero si el comisario es capaz de entender eso también entenderá que no puedo quedarme de brazos cruzados. No quiero inmiscuirme en el caso, Jane. Pero necesito saber qué unía a mi padre con Melissa Cooper. Debo intentar verlo todo con sus ojos para poder comprenderlo. Para poder hacer las paces con él.

—Lo entiendo. Y Caleb también. Pero es muy difícil separar eso de la investigación policial, ahí está el problema. Sobre todo quiere evitar que te pongas en peligro.

—¿Qué podría pasarme?

—Le preocupa Denis Shove. Si es el culpable, tenía motivos para asesinar a Richard Linville pero no para matar a Melissa Cooper. O, al menos, no los conocemos. Por eso creemos que su odio lo lleva a vengarse también del círculo cercano de tu padre.

—Y ahí estoy yo, claro —dedujo Kate.

Jane hizo un gesto afirmativo.

—Exacto.

—Pero eso no cambiará porque me quede parada sin hacer nada. Incluso aunque volviera a Londres...

La agente se inclinó hacia delante y la interrumpió. Londres. Era la palabra clave.

—Estarías mucho más segura. Normalmente pasas la mayor parte del día en las instalaciones de Scotland Yard, y dada tu situación, no es un mal sitio para estar.

—Sí, pero no duermo allí ni me quedo a pasar los fines de semana. ¡Vamos, Jane! Si Shove quiere matarme puede hacerlo tanto en Londres como aquí.

—Pero ahora mismo está en Yorkshire. Y lo tiene muy difícil para desplazarse.

Kate se enderezó al instante, con los músculos tensos.

—¿Se sabe algo nuevo? Hasta ahora parecía que se lo había tragado la tierra.

Jane dudó. Al final decidió contárselo, aunque fuera a trozos. Antes o después acabarían saliendo cosas en el periódico, según avanzara la investigación.

No mencionó los nombres de las personas implicadas, solo le contó que Shove había asaltado a una mujer en Leeds y le había robado el coche, y que, debido a los fuertes controles policiales, no podía arriesgarse a utilizar ese vehículo para viajar a Londres.

—Solo puede quedarse en su escondite, que estará relativamente cerca de Leeds. Cualquier otra cosa sería una locura por su parte. Además, ahora tenemos una descripción actualizada. Había conseguido cambiar bastante de aspecto pero eso ya no le sirve. Necesita calma y tiempo. Es demasiado listo para exponerse a riesgos no calculados.

—Pues entonces tampoco puede venir aquí a abrirme la crisma —señaló Kate.

Jane hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Las probabilidades de que su refugio esté cerca de Scalby son altas. Londres es mucho más seguro.

Pero Kate seguía su propia línea de pensamientos.

—Asalta a una mujer y se lleva su coche inmediatamente después del asesinato de Melissa. Eso refuerza la teoría de Caleb de que es el asesino.

—Sí. También para mí y para los demás colegas cobra fuerza esa teoría.

Durante un rato se quedaron las dos calladas, tomándose el agua y pensando cada una en sus cosas. Desde algún punto del cielo llegaba el murmullo de un avión, por lo demás la calurosa tarde era completamente silenciosa. Al final Jane dijo:

—Bueno, Kate, estás avisada. Nadie puede obligarte a que te vayas, pero si se quedas... al menos ten cuidado. Procura no llamar la atención.

—Prometido.

La agente dejó su vaso.

—Tengo que irme. Paso el fin de semana fuera por trabajo y tengo que dejar organizadas un montón de cosas.

Seguramente era a Dylan a quien tenía que «dejar organizado». Kate se armó de valor. Sabía que si no conseguía establecer relaciones cercanas con los demás era porque nunca se atrevía a hablar de cosas personales.

—¿Estás... separada?

Jane asintió.

—Desde hace ya varios años. Me casé joven y, por desgracia, me divorcié

deprisa.

—Lo siento.

—Bueno, ¿quién no está divorciado hoy día? Y me apaño muy bien.

Kate pensó para sí que debía de ser bastante difícil y cansado «apañárselas muy bien» teniendo que buscar a alguien que se quedara con el niño cada vez que tenía un compromiso o un viaje. Pero, al mismo tiempo, aquello significaba que Jane era imprescindible y que no estaba sola. Ella, por su parte, podía entrar y salir como le viniera en gana, pero no había nadie para quien su presencia fuera necesaria o importante.

Acompañó a la agente hasta la puerta. Mientras avanzaban por el pasillo se le ocurrió que hacía mucho tiempo que no se sentaba tranquilamente con otra mujer, a tomar algo y a charlar de cosas más o menos personales. Aunque la hubiera enviado Caleb, Kate tenía la impresión de que la joven había estado pensando en ella. De que se preocupaba de verdad. Aparte de sus padres, nadie le había mostrado nunca un interés así, y el comportamiento casi amistoso de Jane la llenó de cariño. Además, no estaba acostumbrada a que una compañera la tratara con respeto y como a una igual. Sus colegas de Scotland Yard ponían los ojos en blanco siempre que decía algo, o fruncían el ceño, o suspiraban sin ningún disimulo. Siempre la hacían sentir que decía cosas raras, que todo lo que hacía estaba mal. Y, si no mal, al menos que era extraño. Por el contrario, Jane la escuchaba con atención y parecía que la comprendía.

Ya en la puerta, y por segunda vez en pocos minutos, Kate se atrevió a lanzarse sin red.

—¿Cómo le va a Caleb? La última vez que lo vi estaba muy enfadado conmigo.

La joven sonrió.

—Si estuviera enfadado no se preocuparía tanto por ti. Este caso le causa mucho estrés, sobre todo porque la primera víctima era un compañero. Y el hecho de que la hija de ese compañero sea también policía y, lógicamente, se enfrente a la situación desde una perspectiva profesional y actúe en consecuencia, no se lo pone más fácil. Creo que le inquieta no ser capaz de separar las dos esferas. Debe mantenerte alejada de la investigación pero, al mismo tiempo, comprende que quieras implicarte.

—Bueno, no me pareció precisamente comprensivo —respondió Kate. Pero en realidad sabía que Jane tenía razón y que el comisario estaba haciendo un esfuerzo. Desde el principio había contado con ella mucho más de lo que era su obligación.

—Caleb Hale es un buen tipo. Y un buen jefe.

—Sé que tiene problemas serios —aventuró, con precaución.

La agente le lanzó una mirada penetrante.

—¿Se han enterado en Scotland Yard?

—Seguramente a raíz del asesinato de mi padre. Mi superior estuvo haciendo averiguaciones sobre quién dirigía la investigación y... de algún modo se filtró.

—Está siendo muy difícil para él. Esas cosas siempre se acaban sabiendo. Y es consciente.

—¿Por eso lo dejó su esposa? ¿Por su... problema?

—Eso se comenta, sí. Pero él nunca habla de eso, así que solo sé lo que dicen los rumores.

Kate sentía mucha curiosidad.

—¿Y cómo era su mujer?

Jane reflexionó un momento.

—Simpática. Y muy atractiva.

Kate notó cómo se le hundían los hombros. Claro. ¿Qué se había creído? ¿Que Caleb se había casado con una persona insignificante como ella?

«¿Y qué más me da?», se preguntó justo después.

La agente la miraba pensativa y Kate tuvo de repente la desagradable certeza de que aquella joven tenía buenos sensores y buen olfato para calar a las personas.

—Jane —dijo rápidamente, sobre todo para cambiar de tema y no seguir hablando del comisario—, ¿puedo pedirte un favor?

—¿De qué se trata?

—No quiero meterte en problemas, pero ¿podrías avisarme si descubres algo sobre Melissa Cooper que pueda arrojar luz sobre su relación con mi padre? Nada que tenga que ver con el caso, claro. Pero si averiguas algo de índole estrictamente privada quizá...

—Va a ser muy difícil separar lo personal del caso en sí mismo, Kate —la advirtió—. Pero comprendo que me lo pidas. Si creo que puedo contarte algo sin traspasar ciertos límites me pondré en contacto contigo.

—Gracias —respondió. Sabía que la joven estaba haciendo una gran concesión.

Se despidieron. Kate se quedó mirando cómo se subía a su decrepito coche y, por el calor, bajaba al instante todas las ventanillas.

Cuando se marchó, sintió un poco de pena: le habría encantado seguir charlando con ella. Si no podía haber un hombre en su vida, al menos tener una buena amiga sería una gran opción.

Aunque por supuesto no tenía ni idea de si podría llegar a establecer una amistad con Jane Scapin. Y eso suponiendo que se quedara en Yorkshire.

De momento, todo en su vida estaba en suspenso.

3

La sed, unida a la certeza de que nadie pensaba en los prisioneros, preocupaba más a Stella que cómo se encontraba Jonas. Se avergonzaba por ello, pero solo hasta cierto punto porque apenas le quedaban fuerzas para avergonzarse. Había pasado una noche espantosa. En algún momento se había quedado dormida en el incómodo sofá, pero se había despertado muy temprano con las articulaciones entumecidas y doloridas, y

muerta de frío a pesar de la áspera manta. Además tenía la garganta seca, como siempre que se despertaba; por eso solía dejar una botella de agua en la mesilla de noche. Pero allí no había agua, de eso se dio cuenta enseguida porque no se despertó adormilada y confusa sino que, en un instante, se encontró perfectamente lúcida y consciente de la situación. Sammy estaba a su lado. A lo largo de la noche se había apartado de ella y estaba acurrucado como un gato en la otra esquina del sofá. Stella deseó que siguiera durmiendo otro rato.

Por la claridad que entraba a través de la ventana se dio cuenta de que estaba amaneciendo. Los rayos del sol se colaron en el interior del granero e iluminaron el polvo que flotaba en el aire. Era un día precioso de verano, por lo que Stella podía juzgar. Se acordó de que habían pensado ir todos juntos a la playa. Habría sido su último día. El sábado lo habrían pasado haciendo las maletas y limpiando. Y el domingo se habrían marchado.

Todo podía haber salido tan bien...

Con mucho cuidado, para no despertar a Sammy, se levantó y echó otro vistazo por el granero. No buscaba otra manta sino cualquier cosa que sirviera para alcanzar la ventana. Romperla y gritar pidiendo auxilio le parecía la única opción en aquel momento. El día anterior ya había visto que no había ninguna escalera. Pero a lo mejor encontraba algo que pudiera utilizar para encaramarse.

El resultado fue bastante decepcionante: la única opción era apilar varios muebles y cajas para construir una torre inestable. Que soportara su peso era otra cuestión. Una caída desde la ventana podía costarle la fractura de algún hueso. ¿Era razonable exponerse a aquel riesgo a cambio de la remota posibilidad de llamar la atención de algún excursionista que pasara por allí?

Mientras se planteaba aquello, Sammy se despertó y empezó a quejarse de que tenía sed. Al final se echó a llorar.

—¡Quiero agua! —sollozaba—. ¡Mami, tengo mucha sed!

—Cariño, seguro que pronto nos traen algo —intentó consolarlo—. A lo mejor nos están preparando un desayuno estupendo. Es muy temprano todavía.

En realidad, la mañana estaba ya bastante avanzada. Dieron las once y las doce. Luego pasaron la una y las dos. No aparecía nadie, aunque Stella no había oído nada que hiciera pensar que la pareja se hubiera marchado. No había manera de irse de allí si no era en coche; la única otra opción era la bicicleta, y todas estaban en el granero. No había oído ningún motor.

«Seguramente siguen en la cama —pensó llena de rabia—, y nos tienen aquí sufriendo».

Conforme pasaban las horas tuvo que dedicar más energías a contener el sentimiento de pánico que iba creciendo en su interior. No serviría de nada que perdiera los nervios y el control; al contrario, solo empeoraría la situación. Debía permanecer fuerte, por Sammy. Por suerte el niño se había vuelto a quedar dormido después de que le entraran muchas ganas de hacer pis, cosa que había hecho en un

rincón. Ahora estaba en el sofá, en posición fetal. El enmarañado pelo rubio apuntaba en todas direcciones y los restos de lágrimas aún le brillaban en la cara enrojecida. Tenía los párpados hinchados y los labios resecos.

«No pueden dejar que un niño se muera de sed —se decía Stella una y otra vez—. ¡Y además es el hijo de Terry!».

En un momento dado volvió a acurrucarse en el sofá, apática y desvalida. El niño se despertó y lo primero que dijo fue:

—¡Tengo sed!

Ella le acarició el pelo.

—Yo también, Sammy. Yo también.

A las cinco oyeron una llave en la cerradura. Stella dio un respingo. La puerta se abrió y Terry apareció en el umbral. Llevaba un cesto en la mano, que Stella reconoció como el cesto de mimbre que estaba en el extremo del banco de la cocina. Detrás de la chica se veía un trozo de cielo de un color azul radiante.

—Hola. Quería traeros algo de comer y de beber.

A Stella le subió a los labios una respuesta sarcástica, más bien la pregunta irónica de si no podía haberse retrasado un poquito más, pero no dijo nada. En aquel momento la chica era la única persona en la que podía depositar un mínimo de esperanza. Debía intentar convertirla en su aliada, y por eso no era sensato ponérsela en contra desde el primer momento.

—Tenemos muchísima sed —dijo únicamente.

—Ya me lo imagino. —Sonaba compasiva—. Hace mucho calor. Aunque aquí dentro se está bastante fresco. —Se encogió de hombros con un escalofrío.

—¿Cómo está Jonas? ¿Os habéis ocupado de él?

—Oh, se encuentra muy bien —afirmó la chica.

Stella no habría sabido decir por qué, pero le pareció que sonaba muy falsa, que mentía.

—¿Estás segura de que sigue vivo? —preguntó con brusquedad.

—Pues claro que estoy segura.

—¿Y no hay que llevarlo al hospital? Creo que ha perdido mucha sangre.

—Neil lo tiene todo controlado. No te preocupes.

Su voluntad de considerar a su novio como al mismísimo Dios no parecía haberse resquebrajado lo más mínimo. Cada vez más deprimida, Stella se dio cuenta de que la chica era muy diferente de ella y de las demás personas que conocía. Allí estaba, con la cara destrozada gracias a Neil. Había visto cómo le disparaba a un hombre y cómo encerraba a su esposa y a su hijo en un granero. Seguramente a esas alturas ya sabía que no se llamaba Neil Courtney y que estaba en busca y captura por haber asesinado a un policía. Incluso para una cabeza de chorlito como ella, tenía que resultar evidente que su novio era un criminal peligroso. Sin embargo, a pesar de todo aquello, parecía decidida a seguir fielmente entregada a él.

Durante un segundo consideró lo fácil que le resultaría abalanzarse sobre Terry,

apartarla de en medio y correr hacia la puerta. Quería ver a Jonas, hacer algo por él; a ser posible, subirlo al coche y llevarlo al hospital más próximo. Pero al instante fue consciente de que aquello sería inútil porque no solo se enfrentaba a la chica. Allí fuera acechaba Neil, probablemente sin perder de vista la puerta del edificio y con la pistola preparada en la mano. Stella no podía arriesgarse a resultar herida. En ese caso ni ella ni Jonas tendrían la más mínima posibilidad de que los rescataran, y, lo que era peor, tampoco Sammy.

La joven puso el cesto sobre una caja.

—Hay dos botellas de agua, un paquete de pan tostado, algo de fruta y una tableta de chocolate. ¿Te apetece, Sammy?

Sonrió al niño. Este respondió a su mirada con muda desconfianza.

—Terry —dijo Stella—, ¿cómo va a terminar esto? ¿Qué ha planeado Neil? No puede tenernos aquí encerrados para siempre.

—Por ahora necesita tiempo para pensar. Está en una situación muy difícil.

—Y tanto. Lo buscan por todo el país. Ha matado a un policía. Terry, estás colaborando con un criminal peligroso.

—Él no ha matado a ese policía. Lo acusan sin razón.

—¡Eso dice él!

—Yo le creo.

—Pues entonces, por el amor de Dios, convéncelo de que se entregue. Se demostrará su inocencia y no tendrá nada que temer. Pero si sigue adelante con todo esto... Si Jonas muere por el tiro que le ha dado, entonces sí que será culpable de asesinato.

—Neil dice que los policías no le creerán. Necesitan un culpable. Querrán cargarle el muerto para quedar como los mejores investigadores.

Estaba claro que repetía lo que Neil le había dicho previamente. «Soy un corderito inocente y quieren usarme como cabeza de turco».

Con una persona como Terry le funcionaban perfectamente las historias de agentes malvados que, movidos por la ambición, acusaban a ciudadanos inocentes. Parecía que a la chica no le extrañaba que tuviera un arma y que le hubiera disparado a Jonas sin mediar palabra. Tampoco parecía preguntarse por qué la policía lo tenía en el punto de mira. Normalmente la gente no estaba ahí por casualidad.

—En el periódico pone que pasó ocho años en prisión —le dijo Stella—. Mató a golpes a su novia durante una pelea.

—Ya hemos hablado de eso. No fue a propósito. No quería matarla.

—¿Que no quería matarla? Terry, ¿te parece normal que alguien agrede a otra persona de tal manera que se muera a consecuencia de las heridas... incluso aunque no quisiera matarla?

—Ella lo provocó.

Era para tirarse de los pelos.

—Te dio un nombre falso. —Lo intentó por otro sitio—. En realidad se llama

Denis Shove.

—Sí, debe usar un nombre falso porque le siguen la pista y tiene miedo de que no le crean si lo detienen —explicó la chica.

—¿Y no te extraña que no te lo contara antes?

—Puedo entenderlo, en su situación.

Stella sentía ganas de zarandearla.

—Terry, por favor, ayúdanos. Jonas y yo, y sobre todo Sammy, no tenemos ninguna culpa de nada. No tenemos nada que ver con lo que haya pasado. Jonas es el padre de Sammy. Si se muere...

—Jonas no es su padre. —De repente la voz de Terry sonaba fría—. Y tú no eres su madre. Ya me he dado cuenta de que no me quieres en vuestras vidas. De que crees que soy una pobre desgraciada, lo bastante tonta para quedarse embarazada de adolescente. Había que quitarme al niño porque era incapaz de cuidarlo.

—¡No te quitamos al niño! Fuiste tú quien acudió a la oficina del menor porque querías darlo en adopción. Solo entonces nos avisaron, estábamos en la lista de espera.

—Yo no quería. Mis padres me presionaron. Para ellos, Sammy era una vergüenza.

—Aunque así fuera, nosotros no tuvimos nada que ver con eso. Cuando nos lo pediste, te devolvimos al niño enseguida. —Stella hablaba casi en susurros y esperaba que Sammy, a quien le había dado una botella de agua que estaba bebiéndose a grandes tragos, no entendiera nada de aquella conversación absurda.

—Porque estabais obligados, de lo contrario habría intervenido la policía.

—Pero después cambiaste de opinión. Terry, ¿por qué lo tergiversas todo? Eras tú quien quería...

—Neil me ha abierto los ojos. Me ha hecho ver que solo fui un juguete en manos de los intereses de otras personas: mis padres, la oficina del menor, Jonas y tú.

Stella habría querido gritarle: «Te está lavando el cerebro. Te está manipulando para utilizarte. ¿Es que no te das cuenta?».

Pero eso solo habría empeorado las cosas. Debía mantenerse lo más tranquila y objetiva posible.

—Terry, ¿recuerdas la conversación que tuvimos cuando habías recuperado a Sammy pero te diste cuenta de que no podías arreglártelas? Me pareciste muy auténtica. Una chica demasiado joven que se sentía totalmente sobrepasada. Que quería lo mejor para su hijo. En ese momento no me pareció que estuvieras presionada.

—Ya. Pues lo estaba. Estaba muy presionada. Mis padres me hacían la vida imposible. Y la tipa esa de la oficina del menor. Todos me decían lo que era mejor para Sammy. A nadie le importaba lo que era mejor para mí.

—Pero Jonas y yo no te presionamos jamás.

La joven se encogió de hombros. No parecía que ningún argumento pudiera

convencerla. Stella no podía saber cuál había sido su situación cinco años atrás, pero le constaba que en ese preciso momento no podía estar más presionada. Manipulada por un hombre al que, por alguna razón inexplicable, estaba absolutamente rendida.

—Lo mejor sin duda sería que dejaras a Neil —continuó—. ¿Es que no te das cuenta de en qué te estás metiendo? Puedes acabar en la cárcel.

Ella volvió a encogerse de hombros.

No había nada que hacer.

—¿No podríais traer aquí a Jonas?

—Se lo diré a Neil. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Tenemos que ir al cuarto de baño. Necesitamos un cubo. Algo.

—También se lo diré a Neil. —Y cerró la puerta tras de sí.

Stella y Sammy se quedaron solos otra vez.

SÁBADO, 7 DE JUNIO

1

Un día después de la llamada de Kate, Sue Burley aún no se había recuperado de la noticia de que su amiga Melissa estaba muerta. Tenía los ojos llorosos y la cara de un blanco enfermizo. Recibió a Kate en su casita de las afueras de Whitby, una especie de *cottage* con las paredes encaladas que destacaba agradablemente entre las casas adosadas de ladrillo rojo. Debía de ser una apasionada de las plantas porque su jardín rebosaba de flores de los más bellos colores. Por entre los arbustos y árboles perfectamente recortados y las grandes ánforas de barro desbordantes de flores de intenso colorido asomaban un montón de amorcillos blancos, con alas en la espalda y arcos en las manitas. Kate se estremeció ante aquella visión.

El interior de la casa era tan barroco como el jardín. Había cuadros por todas las paredes, entremezclados con platos pintados a mano y pequeños azulejos en los que se leían refranes edificantes escritos en letra recargada. Fotos enmarcadas, macetas con flores, cajitas de porcelana, muñequitas y peluches de todo tipo se acumulaban en la repisa de la chimenea y en los alféizares de las ventanas. Resultaba abrumador. Además, era evidente que a aquella mujer le encantaban las alfombras mullidas y peludas de colores intensos, así como las butacas, que estaban por todas partes, incluidos los lugares más inverosímiles, bien provistas de pompones y borlas. Kate pensó que a la larga le entraría claustrofobia en esa casa.

Sue Burley había preparado primorosamente la mesita de café del salón, ante la que estaba sentada otra señora de aspecto tan afligido como el de la anfitriona. Esta se levantó y le estrechó la mano a Kate.

—Doreen Holland. Soy una amiga de Melissa. Bueno, debería decir que era su amiga, ¿verdad? Dios mío, cuando ayer me llamó Sue no podía creérmelo. Es terrible. Absolutamente espantoso.

A lo largo de su carrera profesional Kate había aprendido a reconocer rápidamente a las personas, especialmente teniendo en cuenta si lo que proyectaban hacia fuera concordaba con lo que sentían por dentro. Enseguida notó la diferencia entre las dos señoras. La noticia las había conmocionado a ambas pero, mientras que a Sue la consumían un auténtico horror y una tristeza sincera, Doreen parecía estar disfrutando del espanto, movida por un afán sensacionalista mal disimulado. Seguro que lamentaba el terrible destino de su amiga, pero al mismo tiempo aquello daba emoción a su vida. Kate estaba convencida de que por nada del mundo se habría perdido aquella reunión.

—Usted trabaja en Scotland Yard, ¿verdad? —se interesó Doreen.

Aquella vez la joven no lo había mencionado para evitar problemas, pero no

podía hacer nada si sus interlocutoras ya lo sabían.

—Sí. Pero no estoy aquí como investigadora sino como la hija de Richard Linville.

—Melissa comentó algunas veces que Richard tenía una hija que trabajaba en Scotland Yard —explicó Sue, mientras colocaba una gran tarta de fresas con merengue en la mesita. En vista de aquel entorno *kitsch*, Kate supuso que sería excesivamente dulce, pero se llevó una agradable sorpresa: estaba deliciosa.

El día anterior había intentado encontrar más información sobre el robo que llevó a que Melissa y su padre se conocieran, y no encontró más que una breve noticia en un periódico digital. Allí se informaba de que los culpables (tres adolescentes) se habían entregado enseguida a la policía. Kate se imaginó que el equipo de Caleb ya habría hecho las investigaciones oportunas. Puesto que, a juzgar por lo que le había dicho Jane el día anterior, Shove seguía siendo el sospechoso principal, parecía claro que no se había encontrado ninguna conexión entre los dos casos. A pesar de todo mencionó el asunto a Sue y a Doreen, aunque ninguna pudo aportar nada más. Richard y Melissa se habían conocido a raíz de aquello, eso era todo lo que pudieron decirle.

—Fue un flechazo —dijo Sue—. Así lo describía siempre Melissa, ¿verdad? Un flechazo. Se miraron a los ojos y se enamoraron al instante.

Kate pensó en su padre, siempre tan objetivo, siempre tan dueño de sí mismo. Seguro que él no lo habría expresado con esas palabras. ¿Qué habría dicho? «La vi y enseguida me gustó. Una mujer atractiva, alegre e interesante. Despertó algo en mí. En aquel momento me sentía sobrepasado. Vacío».

Aquello no era una contradicción. Kate había pasado fases de sobrecarga profesional y emocional y sabía que podían causar un sentimiento de vacío interior aunque cada día, y la vida entera, estuvieran rebosantes de cosas. Uno se quedaba vacío por el cansancio. Por correr como un hámster en su rueda, sin encontrar ocasión de recargar las pilas.

«Mi trabajo. Y mi esposa. El cáncer. Todo parecía a punto de desmoronarse. Nada era como antes».

Siempre había sido un hombre extremadamente correcto. El divorcio no entraba en su forma de ver las cosas. Y menos aún en un momento en que su esposa estaba luchando por su vida.

Era la pregunta de siempre: ¿cuánto lo conocía de verdad? A aquel hombre que había sido su pilar. Su bastión. El único refugio, el único puerto seguro de su vida.

Se dio cuenta de que se había hecho un silencio y de que las dos señoras la miraban con expectación. Se recompuso. Ya le daría vueltas a todo aquello por la noche, en la cama.

—Como le iba diciendo, estaban hechos el uno para el otro —repitió Doreen—. O, por lo menos, Melissa estaba convencida de ello.

—Llevaba mucho tiempo sola —completó Sue—. Su marido falleció muy joven.

Ella solo vivía para sus hijos, no lo tuvo nada fácil. Encontró trabajo en una escuela de Newcastle, así que todos los días se pasaba tres horas en el coche. Pero se las arregló, era una madre estupenda y cariñosa. Sin embargo, cuando los chicos se marcharon de casa... Me alegré mucho cuando me contó lo de Richard. Aunque claro, también me preocupaba. Era un hombre casado. A mí... —Se interrumpió y se puso colorada. Acababa de darse cuenta de que Kate era la hija de la mujer a la que Richard engañaba con Melissa.

—Está bien. Estoy al tanto. —Nada estaba bien. Pero en aquel momento sus sentimientos no eran relevantes.

Tal como contaron las dos señoras, la relación tuvo lugar sobre todo en casa de Melissa. Encuentros furtivos, secretos, cortos. Al acabar su jornada, Richard conducía de Scarborough a Whitby, lo que le llevaba al menos media hora, y eso sin contar el regreso. Más el tiempo que pasaban juntos. Seguro que muchas veces se les hacía tarde. Kate sabía que su madre estaba acostumbrada; las horas extras que se prolongaban hasta entrada la noche no eran ninguna novedad. Seguramente Brenda Linville nunca llegó a enterarse de nada.

—Por supuesto, pasado un tiempo Melissa quería algo más —informó Doreen—. Le habría encantado pasar un fin de semana entero con él. O unas vacaciones. O los días especiales, como la Navidad o la Pascua. Tenía una relación y se había enamorado muy deprisa, pero seguía pasando mucho tiempo sola. Era muy feliz cuando estaba con Richard, pero sufría enormemente cuando no podía ir a verla. Y él a menudo cancelaba las citas en el último momento. Ya fuera por algún imprevisto en el trabajo o porque... —Se quedó buscando las palabras adecuadas.

—Porque mi madre estaba enferma —completó Kate—, y a veces se sentía tan mal que mi padre tenía que quedarse con ella en lugar de ir a divertirse con su amante.

—Comprendo su enfado —dijo Sue—. Todo esto es... muy delicado.

La joven recuperó la compostura. Si se mostraba muy afectada las señoras intentarían no herirla y le contarían menos cosas.

—Quiero saber lo que pasó —afirmó—. Para mí eso es más importante que proteger mis sentimientos.

Doreen y Sue se miraron la una a la otra. La primera dijo:

—Estas historias siempre causan mucha infelicidad a todos los implicados...

—¿Mi padre le prometió alguna vez a Melissa que se quedaría con ella?

Sue hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Pero quería esperar a que su mujer se recuperara. Mel siempre tuvo claro que él nunca abandonaría a su esposa mientras estuviera enferma. Pero sí, le había prometido que se separaría en cuanto estuviera sana y más o menos estable.

Kate se quedó un momento pensando.

—No lo acabo de entender. El hijo de Melissa me contó que rompieron en 2002. En aquel momento mi madre llevaba más de un año bien. Todo lo bien que se puede

estar después de una enfermedad así, claro. Pero las pruebas estaban limpias, y sé que los médicos se mostraban cautelosamente optimistas. Todos teníamos muchas esperanzas, y cada día que pasaba parecía confirmarlas.

—Es cierto —repuso Sue—, de eso nos enteramos también nosotras. Mel nos tenía al corriente. Necesitaba hablar con alguien y éramos las amigas más antiguas que tenía.

—¿Y por qué se estropeó todo justo entonces, cuando su sueño estaba a punto de hacerse realidad?

Las dos señoras se miraron de nuevo. Kate se dio cuenta de que ese era un punto sobre el que habían discutido mucho.

—Nosotras también nos lo preguntábamos —contestó Doreen—, e intentamos hablar del tema con Mel muchas veces. Yo estaba convencida de que Richard se comportaba como todos los hombres casados. Hacen esperar a la querida durante años (porque los niños tienen que terminar la escuela, hay que acabar de pagar la casa y cosas de esas) y al final, aunque por así decirlo todos los requisitos se hayan cumplido, terminan diciendo que no puede ser. Yo no tenía dudas de que Richard usaba la enfermedad de su mujer como excusa y de que, en realidad, nunca pensó en cambiar de vida. Pero Mel lo veía de otro modo. Insistía en que eso no era así en absoluto.

—Ya, pero ¿qué decía? ¿Cómo explicaba la ruptura?

—Más bien con evasivas —intervino Sue—. O esa era mi impresión. Seguía sacando a colación la enfermedad y, cuando yo le replicaba que la esposa de Richard ya estaba bien, insistía en que, tras un cáncer grave, «bien» era un término muy relativo. Pero no me convencía nada, porque eso ya lo sabían desde el principio. Y no habrían hecho planes de futuro.

—¿Tenían la sensación de que no les contaba la verdad?

—Yo desde luego tenía la impresión de que las cartas ya no estaban boca arriba —repuso Doreen—. De que se guardaba cosas. Cambió mucho. Se volvió muy reservada y ya no nos llamaba. Nos veíamos cada vez menos, y solo porque nosotras insistíamos. Ya no era la Mel que conocíamos.

—¿Cuándo pasó aquello? ¿Cuando rompieron, o empezó antes?

Sue reflexionó.

—Bueno, siempre hace falta un poco de tiempo para darse cuenta de esas cosas. Pero yo diría que empezó como cinco meses antes de la separación. Nos enteramos de que habían roto en marzo de 2002. Pero esas reservas tan raras... ya las habíamos notado el otoño anterior. En octubre, o a lo mejor incluso en septiembre de 2001.

—¿Lo hablaron con ella?

—Claro —contestó Doreen—, pero nos daba respuestas muy vagas. Parece ser que pasaba períodos depresivos, y antes nunca los había tenido. Y decía que tenía mucho estrés en el trabajo, que es normal, pero ¿tan continuado?, ¿y sin que hubiera cambiado nada en la escuela? Mire, Mel siempre acudía a nosotras cuando tenía

problemas, no era de las que los resuelven solas. Éramos de verdad muy amigas y, si algo iba mal, contaba con nosotras. Durante tres años vivimos con ella los altibajos de su relación con Richard. Pero de repente dejó de hablar de él. Había que sacarle las cosas con sacacorchos y, aun así, al final tenías la sensación de que no te había contado nada. Simplemente nos dijo que habían roto. Y eso fue todo.

—¿Creen que pudo pasar algo entre ellos? ¿Alrededor de septiembre u octubre de 2001?

—Sí, eso nos imaginamos —repuso Doreen—. Pero no hubo manera de que nos contara nada.

Kate intentó recordar el otoño de 2001. En general tenía una imagen bastante clara de todo aquel año porque, por primera vez en mucho tiempo, su madre estaba realmente mejor. Fue una época muy buena porque parecía que habían vencido el horror y que las cosas iban por el buen camino. En octubre le habían dado vacaciones y, como siempre, las había pasado con sus padres. Su madre le había preparado buenas comidas y habían charlado mucho mientras tomaban té. ¿Había cambiado algo en su padre? Kate rebuscó en su cerebro. Estaba muy cansado por el trabajo. Pero aquello no era inusual. ¿Estaba más pensativo? ¿Estaba huraño o deprimido? Ella no lo había notado. A pesar del vínculo especial que la unía a él, durante aquellos años había estado mucho más pendiente de su madre.

En realidad, tampoco era tan raro o misterioso que hubiera sucedido algo entre Richard y Melissa que hubiera terminado con la relación. Quizá no fuera nada especial, a lo mejor sus sentimientos no habían sido lo bastante fuertes para superar los problemas y dificultades.

Si no hubieran aparecido brutalmente asesinados doce años después, nadie se habría preocupado de analizar su relación y su ruptura.

—¿Recuerdan si Melissa mencionó alguna vez el nombre de Denis Shove?

—No —contestó Sue—. ¿Quién es?

Doreen entornó los ojos.

—Lo he visto en el periódico. Lo buscan por el asesinato de un policía, y... —Se dio una palmada en la frente—. ¡Claro! Es su padre. Ese Shove es sospechoso de haber matado a su padre, ¿verdad?

—Sí. Mi padre lo metió entre rejas hace años, y él juró vengarse.

—Pero ¿por qué mató también a Mel? —preguntó Sue, confusa—. Si es que el asesino es el mismo...

—Ese es precisamente el gran misterio —repuso Kate.

—Mel nunca mencionó ese nombre —aseguró la mujer.

—Además, hacía tres años que habían roto cuando mi padre detuvo a Shove. Pensaba que... —Se interrumpió. ¿Qué era lo que pensaba? Estaba dando palos de ciego. Algo no encajaba.

Shove no encajaba. Todo aquello era mucho más complejo.

—¿Cuándo se mudó Melissa a Hull?

—Más o menos un año después de la ruptura —repuso Doreen—. En la primavera de 2003, creo. Dijo que necesitaba dejar atrás su vida anterior. No nos pareció muy sensato. Allí no conocía a nadie y estaba demasiado lejos para que pudiéramos vernos con frecuencia. Aunque... de todos modos ya no quería vernos.

—Al final perdimos totalmente el contacto —añadió Sue, con tristeza.

En sus años de profesión Kate había aprendido que la gente suele tener buenas intuiciones cuando se trata del comportamiento o de la vida de amigos y familiares. Y que por lo general las personas no se fían de esas intuiciones y no se atreven a expresarlas por miedo a decir cosas absurdas y a ponerse en ridículo. Por eso preguntó directamente:

—Sean sinceras, ¿creen que su amiga cambió tanto solo a consecuencia de la ruptura? ¿Que los sentimientos entre ellos ya no eran los mismos y que por eso se separaron, y Melissa intentó empezar una nueva vida? ¿O creen que pasó algo más a finales del verano de 2001? Algo que sacudiera la relación, que conmocionara a Melissa. Y me refiero a un auténtico drama, a algo tan serio que ni siquiera se atrevió a hablarlo con sus mejores amigas, con sus confidentes. Algo que hiciera descarrilar su vida. ¿A lo mejor se les ha ocurrido algo así pero se lo callan porque suena descabellado y disparatado?

Aquella vez las señoras no se miraron.

Se quedaron un buen rato con la vista clavada en el suelo. Doreen fue la primera en levantar la cabeza.

—Sí —dijo simplemente.

—Sí —repitió Sue. Pasados unos segundos añadió—: Pero, señora Linville, se lo digo con la misma sinceridad: no tenemos ni la más remota idea de qué pudo haber pasado. Ni la más mínima. Estamos completamente a oscuras.

2

La agente Jane Scapin salió del piso de la familia Malyan en Truro alrededor de las tres de la tarde, y volvió a preguntarse con más curiosidad que nunca qué clase de persona era aquella Therese, o Terry. Con toda seguridad, alguien con serios trastornos emocionales. Jane estaba convencida de que si el destino te ponía en manos de una familia así, de unos padres así, solo podías acabar con la personalidad por los suelos. Ella misma, tras el poco tiempo que había pasado con el matrimonio, sentía que necesitaba hacer algo para librarse de su influjo: ducharse, o salir una hora a correr, o tomarse una pinta de cerveza negra. Condujo despacio por las calles de la ciudad hasta que encontró una cafetería. Aparcó y entró en ella porque los Malyan no le habían ofrecido nada, a pesar de que sabían que acababa de llegar de Scarborough y que llevaba siete horas conduciendo. Había salido a las siete y había llegado sobre

las dos. Por suerte tenía en el coche dos botellas de agua que se había bebido por el camino, de lo contrario no habría sido capaz de aguantar.

Pidió un café grande y dos sándwiches de huevo, ocupó una de las pequeñas mesas redondas y respiró profundamente.

Había gente muy rara en el mundo. Conocer a los Malyan había resultado muy interesante, aunque no parecía que fuese a resultar productivo a la hora de encontrar a Denis Shove.

Hizo un resumen de sus impresiones: un piso extremadamente ordenado y limpio, casi esterilizado, en las afueras de Truro. La planta baja de una casa de dos viviendas. Tenía un jardincito con el césped pulcramente recortado y parterres rastrillados a conciencia en los que no crecía ni una brizna que no debiera estar allí. Los Malyan tenían su vida bajo el más estricto control. La señora debía de tener unos cincuenta años, llevaba un tieso peinado a lo Margaret Thatcher, un pantalón claro y un jersey de punto de manga corta, de color marrón oscuro. Estaba muy delgada, casi consumida. Seguramente se disciplinaba con la comida hasta las últimas consecuencias. Su marido parecía poseer mucha menos fuerza de voluntad: la barriga cervecera le sobresalía por encima de los pantalones y su cara roja y brillante revelaba que tenía problemas con la tensión y que, seguramente, bebía mucho y se movía poco. Estaba claro que no era él quien limpiaba clínicamente la casa y quien maltrataba el jardín con herbicidas. Tampoco parecía un tipo que se opusiera a lo que su esposa hiciera o dijera. Estaba completamente sometido, por el bien de la paz doméstica.

Jane se convenció enseguida de que le habían dicho la verdad: hacía años que no tenían ni idea de dónde estaba su hija, de dónde sacaba el dinero o con quién vivía. Como en la conversación telefónica, la agente volvió a mencionar a Denis Shove, y los observó atentamente mientras contestaban; estaba claro que no sabían nada de él. Puesto que en los periódicos de su zona no se había publicado el anuncio de su búsqueda, ni siquiera les sonaba de eso.

Lo extraño era que no preguntaron ni una sola vez por qué las autoridades buscaban a su hija. Ya por teléfono les había dado igual, y lo mismo sucedió en persona. Una agente de la policía de Yorkshire se había presentado en su casa de Cornualles, en pleno fin de semana, para recabar información sobre Therese. A la mayoría de los padres se les habrían disparado las alarmas y habrían preguntado asustados, preocupados y ansiosos qué sucedía. Los Malyan, en cambio, contestaron a todo lo que Jane quiso saber sin inmutarse y con indiferencia. Casi todas sus respuestas fueron: «Eso no lo sabemos».

En un momento determinado Jane no pudo contenerse:

—¿Es que no les interesa saber por qué les hacemos todas estas preguntas? ¡Es su hija!

A la señora Malyan no se le movió un pelo.

—En realidad ya no tenemos hija.

—¿Porque dejó el instituto? ¿Es por eso?

—Sí.

—Pero... —Jane tuvo que refrenarse para no dar rienda suelta a lo que pensaba.

Aquello era absurdo. ¿Qué clase de locos eran aquellos? Especialmente la mujer. Desterrar de sus vidas a su hija solo porque era una más de los miles de chavales que cada año dejan el instituto en toda Gran Bretaña, en busca de la libertad... Muchos de los cuales, por cierto, acaban volviendo al buen camino, terminan sus estudios y consiguen un trabajo respetable. A menos, claro, que sus familias los dejen caer; en esos casos buscan protección en gente poco recomendable. Como Denis Shove, por ejemplo.

—¿Therese es su única hija?

—Sí —respondió la madre.

—Señora Malyan, es muy importante que la encontremos. Parece que tiene una relación sentimental con un criminal, un hombre peligroso. Está en busca y captura, probablemente por doble asesinato.

—Típico de Therese —respondió la señora—. No nos ahorra ni un disgusto. Ni uno solo.

—¿Se le ocurre dónde puede haber ido? ¿O alguien a quien pueda recurrir en una situación de emergencia? ¿Algún antiguo amigo, alguna profesora, quien sea?

—No. Lo único que sé es que hace años que no tiene relación con sus amigos de antes.

Aquello coincidía con lo que Helen Jefferson le había relatado al comisario Hale. Terry no tenía amigos. Solo algunos conocidos de los últimos años, relaciones superficiales que había establecido en sus trabajos en diferentes pubs.

Aparte de eso, solo Shove.

—Entonces, ¿su hija no tenía a nadie cercano? —insistió.

—No. Al menos que yo sepa.

Su marido se removió inquieto en la silla. Jane se dirigió a él; estaba claro que era el eslabón débil, el que debía intentar desgastar; aunque estaba totalmente a merced de su mujer.

—Su hija podría estar en serias dificultades. Pero debo decirles que creemos que se ha metido en todo esto de forma completamente inocente. Todo parece indicar que no sabía con quién se había juntado. Ahora corre peligro porque su novio ha desaparecido. Sería realmente muy útil que nos ayudaran.

El padre soltó un hondo suspiro.

—Esa es la desgracia con Terry. Siempre está metiéndose en líos.

«Lo sabía —pensó Jane, emocionada—, ya lo sabía yo. Aquí pasa algo más».

—¿En qué líos? ¿En qué otras cosas se ha metido?

—En nada —repuso la mujer, con voz cortante.

—Pero su marido acaba de decir que siempre está metiéndose en líos...

El hombre carraspeó. Sin mirar a su esposa, dijo:

—Se quedó embarazada a los dieciséis. ¡A los dieciséis!

Saliendo de sus pensamientos, Jane fue a pedir un segundo café. Debía planificar sus próximos pasos, y no estaba segura de si merecía la pena seguir la pista de aquel niño. A partir de ese momento la señora Malyan no había vuelto a decir nada más, se había quedado mirando al vacío con los labios apretados. Fue el padre quien proporcionó todos los detalles. El nacimiento del niño y el proceso de adopción. Los intentos de Terry por reincorporarse a la vida normal de una chica de instituto. Su fracaso.

—Creo que siempre tenía presente aquella historia. Se quedó bloqueada —dijo el hombre.

«No me extraña», había pensado Jane. Podía imaginarse muy bien que la señora Malyan había contribuido activamente a que Terry nunca pudiera recuperarse del caos emocional en que la había sumido el embarazo, ya fuera porque le recordara continuamente su error, o porque se negara por completo a hablar del tema. Esta segunda opción le parecía a Jane la más probable, con lo que Terry no tenía con quien hablar de lo sucedido. Su madre se había comportado como si vivieran en los años cincuenta del siglo pasado, como si la vergüenza hubiera caído sobre ella. Se había tomado el embarazo de su hija adolescente como una afrenta personal, y era evidente que aún no había perdonado a Terry por aquello.

Jane preguntó por el padre, y se enteró de que hacía dos años que estudiaba en Estados Unidos.

—Él hace su vida como si nada hubiera pasado —dijo el señor Malyan, entristecido.

—Pero también Therese habría podido hacerlo —contestó Jane—. Si el niño fue adoptado enseguida...

—Bueno, sí... —El hombre se encogió de hombros, cansado. El gesto parecía querer decir que la adopción no había mejorado en nada la situación de la familia.

—¿Es posible que Terry mantenga algún tipo de relación con el padre del niño?

—No lo creo. En aquel momento se cortó el contacto por completo. Si ella lo ha retomado después... no lo sé. Me extrañaría.

Y ahora el joven vivía en Estados Unidos. Aunque Terry lo supiera, parecía muy improbable que se hubiera ido con él.

Solo había una posibilidad relativamente segura: el niño y su familia de adopción.

El señor Malyan le contó que su hija conoció a la familia porque se había producido cierto tira y afloja durante el proceso.

—Al principio Terry quería que lo adoptaran, luego no, luego otra vez sí. La oficina del menor organizó un encuentro para que pudiera despejar sus dudas y sus miedos.

¿Hasta qué punto había actuado la joven libremente?, se preguntó Jane. Cada vez se reforzaba más la imagen de una chica inestable a la que, sobre todo por parte de su madre, le habían dejado muy claro que aquel imperdonable contratiempo debía ser

borrado y eliminado de sus vidas lo antes posible. ¿Se le había permitido a Terry pensar lo que ella quería hacer?

Su padre no sabía si seguía en contacto con la familia adoptiva, pero acabó sacando del cajón de un escritorio su nombre y su dirección. Jane recordó las fotos que habían encontrado en casa de la chica; seguramente era su hijo cuando tenía más o menos un año. De manera que la relación se había mantenido más allá del proceso de adopción.

Finalmente se despidió del matrimonio, con los datos de la familia que había adoptado al pequeño Samuel Malyan en el bolsillo.

—Claro, lo que no sé es si seguirán viviendo en el mismo sitio —había apuntado el hombre.

Jane pensó que esas eran las palabras que más había oído durante aquella hora y media: «no sé». Los Malyan tenían su propia manera de convivir con una situación que, al menos a la esposa, le resultaba insoportable: no sabían nada. O lo menos posible.

Miró la nota, que era el éxito tangible de aquel día. «Stella y Jonas Crane, Kingston-upon-Thames». Seguían la calle y el número de la casa. Y el teléfono.

Había llamado dos veces desde la cafetería, pero le saltaba un contestador en el que una voz de mujer informaba de que en ese momento no había nadie en casa.

A Jane no le gustaba el teléfono. No era su fuerte hablar con personas a las que no podía ver, cuyos gestos, cuya personalidad y cuyo estado de ánimo no podía observar para adaptarse a ellos. Su radar era muy bueno pero funcionaba sobre todo a través del contacto visual. Poseía además la capacidad de evaluar rápidamente sus impresiones intuitivas, y de planear su estrategia en consecuencia. Era la preferida de Caleb para los interrogatorios. Casi siempre conseguía sacarles información valiosa incluso a los interlocutores más reacios.

Aquel día sus dotes habían vuelto a quedar demostradas. Estaba convencida de que, por teléfono, jamás se habría enterado de la existencia del niño ni de su paradero.

Pero quedaba pendiente una cuestión: ¿era aquello relevante para el resto del caso?

Quizá no, pero de momento era el único punto de partida. De modo que decidió investigarlo.

Al planear su viaje había pensado en buscar un alojamiento barato cerca de Truro y salir para Scarborough al día siguiente, pero en aquel momento cambió de idea. Londres no se encontraba en la ruta más corta ni más sensata para volver a casa, pero, de todos modos, si pasaba por allí habría hecho un buen tramo del camino. Seguro que en el extrarradio encontraba un hotel a buen precio, y desde allí podría partir al día siguiente hacia Yorkshire.

Miró el reloj. Casi las cuatro. Podía tardar unas cinco horas en llegar a Londres aunque, como era sábado por la tarde y la gente no trabajaba, seguramente no pillaría

atascos. Si hacía el trayecto en cuatro horas estaría allí sobre las ocho. Una hora muy poco adecuada para una visita inesperada, pero lo realmente importante no eran la educación y los buenos modales sino encontrar a Therese Malyan.

Se levantó, pagó los cafés y los sándwiches y salió hacia el aparcamiento.

El día seguía muy tibio, casi caluroso.

Salió de Truro en dirección al norte.

3

Stella había construido una torre. La base era una mesa, y encima había apilado cajas, maletas viejas, cajones de cómoda e incluso un radiador antiguo. Era una estructura más que inestable pero necesitaba hacer algo porque quedarse quieta en aquel oscuro granero la estaba volviendo loca. Además tenía la impresión de que, dadas las circunstancias, era menos peligroso arriesgarse a caer intentando alcanzar la ventana que quedarse sin hacer nada esperando a ver qué sucedía. No sabía qué habrían planeado los dos dementes que los tenían encerrados, pero seguro que no era nada bueno. Y a Jonas se le acababa el tiempo.

Aquella mañana Terry les había llevado algo de comer y de beber, y además lápices de colores, papel y algunos libros para colorear. No había sido posible hablar con ella, no había hecho caso de nada de lo que le había dicho. Seguramente Neil se lo había prohibido; era consciente de que intentaría ganarse a la chica.

«Su control sobre Terry sigue funcionando de maravilla», pensó con amargura.

Las provisiones y el material para colorear habían conseguido tranquilizar a Sammy, aunque de vez en cuando seguía preguntando por su padre. Stella le aseguraba que estaba bien y que enseguida se reuniría con ellos. Había conseguido comerse un trozo de pan y beberse media botella de agua. Después tendría que volver a hacer pis en el rincón porque aún no les habían llevado un cubo y no había encontrado ninguno entre todos los trastos que había en el granero.

La torre estuvo lista al principio de la tarde, y Stella comenzó el ascenso. Sammy la miraba fascinado. En varias ocasiones la estructura se tambaleó tanto que estuvo segura de que acabaría estampada contra el suelo de cemento. Pero al final consiguió alcanzar la pequeña ventana situada bajo el tejado, llena de polvo y de porquería. Se apoyó en la pared e intentó ignorar las oscilaciones que, como olas, notaba bajo los pies. Efectivamente, se parecía a estar en un barco que cabeceara en un mar embravecido.

Intentó mirar fuera pero el cristal estaba tan sucio que no veía nada. Aunque intentó limpiarlo con la manga de la sudadera, la porquería estaba tan pegada que no se iría sin agua. A pesar de todo, consiguió raspar con las uñas un pequeño agujero por el que mirar. Así pudo distinguir un extremo de la granja y un trozo del jardín,

además de los coches de Terry y Neil. El suyo estaba aparcado en un sitio que no se veía desde allí. El cielo era de un azul intenso y brillaba el sol. El tiempo se había estabilizado al final de las vacaciones y al principio de la pesadilla.

No había rastro de los jóvenes, cosa que no significaba nada. Seguramente estaban en la casa. Por desgracia, Stella no veía pasar a nadie, aunque su campo de visión era muy limitado. Tendría que volver a subir con una botella de agua y limpiar la ventana, aunque debía pensar si sacrificar para eso el preciado líquido. La pareja le parecía demasiado imprevisible, no se podía saber si les llevarían más provisiones.

Emprendió el descenso y se alegró de pisar otra vez suelo firme. Al mismo tiempo se sintió repentinamente agotada y deprimida. El esfuerzo había sido en vano, y era muy probable que más adelante tampoco sirviera para nada. No podía pasarse el día allí encaramada esperando que pasara alguien a quien poder avisar. Seguramente hacía siglos que no iba nadie por la zona, y en caso de que sí, dudaba mucho de que pudiera verlo desde la ventana.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Cómo se habían metido en una situación tan terrible y desesperada?

—¿Estás llorando, mami? —preguntó el niño.

Ella se secó rápidamente las lágrimas.

—No. Es que se me ha metido polvo en los ojos. Venga, ayúdame a desmontar la torre.

—¿Por qué?

—Porque si Terry o Neil regresan, no pueden ver que hemos conseguido llegar a la ventana.

Tuvo que volver a trepar para ir bajando las cajas y demás objetos. Memorizó el orden en que estaban las cosas; si necesitaba volver a usar aquella improvisada escalera el montaje sería mucho más rápido. Aunque en aquel momento estaba tan desalentada que no podía ni imaginarse construir la torre de nuevo. Había perdido la energía y la esperanza. Lo único que quería era echarse a llorar en el sofá, pero se contuvo por Sammy. Debía mantenerse fuerte o, al menos, fingir fortaleza.

—Mami —preguntó el niño—, ¿vamos a morirnos?

Lo cogió en brazos.

—No. No tengas miedo, cariño. Mami te sacará de aquí. No te preocupes.

A última hora de la tarde apareció Terry con algunos bocadillos, galletas y un cesto lleno de botellas de agua. Stella se extrañó: hasta entonces habían tenido que racionar hasta la última gota y de repente tenían suficiente para aguantar cuatro o cinco días. ¿Es que la chica quería ahorrarse las visitas al granero? ¿O planeaban irse de allí? No sabía si aquella perspectiva debía llenarla de esperanza o de temor. No habría nadie que se ocupara de ellos, y antes o después se acabarían las provisiones. Aunque, por otro lado, podría intentar huir sin miedo a encontrarse de frente a Neil con la pistola

en la mano.

Pero... ¿había posibilidades de huir?

—Terry, ¿qué vais a hacer? ¿Os marcháis?

—Aquí hay comida y bebida. —Ignoró totalmente la pregunta—. Sé cuidadosa.

—¡No podéis ir y dejarnos aquí encerrados!

—Siéntate en el sofá —ordenó la chica—. Al lado de Sam.

—Pero...

—¡Que te sientes!

Stella hizo lo que le decía. Terry se volvió hacia la puerta.

—Puedes entrar.

En ese momento apareció Neil en el umbral. A su lado iba Jonas, que no podía dar un paso por sí mismo. El joven se había pasado el brazo del hombre por encima de los hombros para sujetarlo aunque, en realidad, más que sujetarlo lo llevaba auestas. Jonas tenía los ojos cerrados y estaba sin fuerzas. Sin embargo mantenía la cabeza erguida, así que estaba consciente. Al menos algo consciente. No se podía saber si se daba cuenta de lo que estaba pasando.

Stella se puso en pie de un salto y gritó:

—¡Jonas!

—¡Siéntate! —chilló Terry.

—¡Papi! —exclamó Sammy.

Neil lo depositó en el suelo.

Stella ignoró la orden de la chica, corrió hacia su marido y se agachó a su lado. Le tocó la cara. Estaba caliente y seca. Jonas estaba ardiendo, parecía que se quemara por dentro.

Miró al joven, horrorizada.

—Necesita un médico, ¡tiene mucha fiebre!

Este rebuscó en un bolsillo y le tiró una caja.

—Paracetamol. Estaba en el botiquín de la casa.

—Esto no basta. ¡Necesita un médico!

—Tenéis agua y medicinas. La herida ya no sangra. Se está recuperando.

Aquel comentario era tan absurdo que a Stella casi le dio un ataque de risa histérica.

—Es evidente que no. Está ardiendo de fiebre, y eso significa que la herida se ha infectado. ¡Por favor! Aquí no puedo hacer nada por él. ¡Llevadnos al hospital!

—Dales las gracias a los polis. Tienen la culpa de toda esta mierda.

—Eso no lo sé, y además me da igual. Lo único que me importa es que Jonas necesita ayuda. ¡Neil!

Él se encogió de hombros.

Aquel gesto fue demasiado para Stella. Estaba loca de rabia por todo: por su encierro, por la herida de Jonas, por la insolencia con la que aquella pareja de delincuentes se había metido en sus vidas. De un salto se abalanzó hacia el joven con

los puños en alto.

—¡Vas a ir en busca de un médico! ¡Vas a ir ahora mismo! Jonas se morirá si no...

Él la agarró por las muñecas y tiró de ellas hacia abajo. Stella intentó darle patadas en las espinillas pero él las esquivó hábilmente mientras la mantenía sujeta.

—No te alteres, Stella. No vas a conseguir nada.

Ella se revolvía.

—¡Suéltame!

—¿Vas a dejar de portarte como una loca?

«¿Quién es aquí el loco?», le habría encantado contestar, pero la ira incandescente que se había apoderado de ella se transformó en una rabia fría que la llevó a actuar de un modo más cauto y reflexivo.

No podía vencerlo en un cuerpo a cuerpo, solo empeoraría su situación. Y la de Jonas.

—De acuerdo —dijo.

Él la soltó. Le ardía la piel de las muñecas.

—Escúchame —dijo Neil—. Nos vamos. Terry y yo. Cuando estemos bien lejos haremos una llamada anónima a la policía. Vendrán a buscaros. Hasta entonces tenéis comida suficiente, y Jonas aguantará.

Stella lo miró, intentando descubrir si de verdad pensaba hacer lo que decía. No se fiaba nada de él. Supuso que huirían en el coche de la familia, y solo estarían seguros si la policía no buscaba aquella matrícula. En el momento en que avisaran para que fueran a liberarlos no podrían seguir usando aquel vehículo. ¿Cómo de lejos tendrían que estar para poder prescindir del coche?

—Tengo miedo —dijo finalmente—. Temo por la vida de Jonas.

—No os voy a dejar morir aquí —repuso él.

Stella tuvo la impresión de que estaba algo cambiado. No parecía tan seguro de sí mismo, tan prepotente y tan confiado. Se le veía agobiado y sudaba copiosamente, como hacía dos días, cuando llegó a la granja. La situación se le escapaba de las manos. Ya no era él quien decidía el curso de los acontecimientos, solo podía reaccionar a lo que sucedía. No había planeado dispararle a Jonas, había sido un acto reflejo al ver que se le echaba encima alguien de quien jamás se lo habría esperado. Aquel hombre que estaba a sus pies, inmóvil y consumido por la fiebre, representaba para él un problema enorme. Neil solo podía desear con toda su alma que sobreviviera, y aun así lo podrían acusar de un delito de lesiones, lo que le costaría varios años de prisión.

—Escúchame, todo esto es culpa de la policía —aseguró—. Yo no fui, ¿entiendes? Yo no maté al poli ese de Scalby, al que asesinaron en febrero.

Stella no conocía los detalles, en Londres aquella noticia no había ocupado los titulares como en Yorkshire.

—¿Y por qué cree la policía que fuiste tú?

—Porque ese tipo me detuvo hace nueve años y me metió entre rejas. Me tendió una trampa miserable... Y fui lo bastante imbécil como para decir por todas partes que me las pagaría. Que me lo cargaría en cuanto saliera.

—Eso... quizá no fue muy inteligente...

—Pues no. Pero ya no soy tan estúpido. Me he pasado ocho años a la sombra, ya he tenido bastante. Lo último que haría sería darle pasaporte a un poli jubilado y arriesgarme a que me enchironaran otra vez. El tío llevaba más de cuarenta años en la policía criminal, seguro que tiene unos cuantos enemigos más. ¡Pero la han tomado conmigo! ¡Joder!

—Pero si no fuiste tú, no pueden tener pruebas contra ti. No pueden acusarte de nada.

Él soltó una risa sarcástica.

—No tienes ni idea. ¡Ni idea!

Stella no habría sabido decir si le creía o no. Pensaba que era capaz de cualquier cosa, pero lo consideraba lo bastante inteligente y experimentado como para llevar a cabo un asesinato como el de ese policía con más habilidad. No de tal manera que luego tuviera que huir de un escondite a otro como un perseguido, cometiendo un delito tras otro. ¿Acaso no habría planeado con tiempo una fuga al extranjero, y se habría largado nada más cometer el crimen? Debía de saber que estaba en lo más alto de la lista de sospechosos. Aunque Neil le resultaba repugnante y repulsivo, una cosa estaba clara: no era tonto.

—Si nos dejáis aquí encerrados solo empeoraréis las cosas. Si lo de Jonas acaba mal...

—No acabará mal. Ya te lo he dicho, llamaremos a la poli.

Le brillaba el sudor en la frente. Estaba claro que la situación le había destrozado los nervios. Stella pensó que Neil se hubiera quedado en la granja más tiempo pero que probablemente se creyó lo que ella le había dicho de que el lunes empezaría una búsqueda intensiva de la familia Crane. En lugar de utilizar la granja como escondite a largo plazo, como habría planeado al principio, tenía que conformarse con utilizarla solo para tomarse un respiro. Por otro lado, ahora estaba en posesión de un coche que nadie buscaba, podía aprovisionarse de víveres y se había hecho con un montón de dinero en efectivo. Desde luego, era mejor que nada. Pero quizá no era suficiente.

—¿Puedes ayudarme a subir a Jonas al sofá?

El joven se agachó, lo cogió por debajo de los brazos y lo colocó donde Stella le había pedido. Sammy contemplaba la escena paralizado de terror.

—Papá está vivo —le dijo Stella a su hijo, con voz tranquilizadora.

Jonas estaba absolutamente inmóvil en el sofá. Su pecho subía y bajaba débil. Tenía la parte de delante de la camiseta manchada de sangre reseca. Parecía que Neil y Terry le habían hecho un buen vendaje porque ni siquiera tras haberlo movido se veía sangre fresca.

—Necesito vendas —pidió Stella—. Y más agua. Tengo que poder lavar la

herida. Y lo mejor sería tener algo para desinfectar.

—Voy a ver qué hay —dijo Neil.

No se arriesgaría a ir a la farmacia.

—En nuestro coche hay un botiquín —indicó Stella.

Él le hizo un gesto a Terry, y esta interpretó la orden al instante: desapareció sin rechistar.

—Eres una mujer estupenda, Stella. Es una pena...

—¿Es una pena qué?

—Que estés con un perdedor como este. —Señaló a Jonas con la cabeza—. No es para ti. La vida que llevas no es para ti. Haciendo de esposa y madre en una urbanización de las afueras de Londres. ¡Por Dios!

—Es mucho mejor que tu vida. O, por lo menos, a mí me lo parece.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza y pareció que iba a decir algo más, pero se lo calló. Terry volvió con el botiquín y lo dejó al lado del sofá.

Nadie dijo nada más. Los jóvenes salieron del granero. Stella se quedó allí: con un niño pequeño y un hombre gravemente herido y apenas consciente.

Nunca se había sentido tan desamparada.

4

Jane llegó a Kingston-upon-Thames antes de las ocho. No había encontrado ningún atasco y, en algunos tramos, había conducido más rápido de lo permitido. A partir de cierto momento ya no le importó tanto llegar a casa de los Crane a una hora civilizada como terminar aquel día de una vez: encontrar alojamiento, tirarse en la cama, ver un rato la tele y por fin quedarse dormida. Estaba agotada y ni siquiera los dos cafés que se había tomado por el camino pudieron mantenerla despejada. Se arrepentía de su decisión; habría sido más sensato pasar la noche en Truro y emprender el camino a casa al día siguiente, con fuerzas renovadas. Aparte de que, muy probablemente, la conversación con los Crane no serviría de nada y solo sería una pérdida de tiempo.

El día aún era claro y cálido cuando su coche entró en la calle en la que vivía la familia. En los jardines de las casas los vecinos regaban las flores, charlaban por encima de las cercas o cenaban en los porches. Un enjambre de niños había pintado con tiza en el asfalto un montón de cuadrados y saltaban sin parar de unos a otros. Cuando Jane paró y se bajó del coche notó el olor de carne a la brasa. Era el primer fin de semana que hacía buen tiempo de verdad, y prácticamente todo el mundo había aprovechado para hacer una barbacoa con la familia y los amigos.

«Un barrio muy acogedor», pensó Jane. Con casas grandes y bonitas, y jardines amplios y bien cuidados. No de gente rica, pero sí de clase media acomodada. Se preguntó si los Crane encajarían en el cliché que enseguida se le pasó por la cabeza:

una pareja con estudios y dos sueldos que, esperando alcanzar un buen nivel de vida, había retrasado demasiado la paternidad. Tanto que les había resultado imposible concebir un hijo y habían recurrido a la oficina del menor porque su única posibilidad era la adopción.

O a lo mejor habían tenido problemas médicos, no relacionados con la edad.

En el jardín delantero de la casa el césped estaba bastante más crecido que en el de los vecinos, era evidente que hacía tiempo que no lo segaban. En comparación con la animada actividad que había alrededor, la casa parecía bastante abandonada.

Lo que faltaba. Los Crane no estaban allí.

«También es lógico —pensó Jane—, me ha estado saltando el contestador todo el tiempo».

Como los jardines lindaban unos con otros, no pudo rodear la propiedad. Por ello atravesó el jardín delantero, que no tenía valla, y llamó al timbre sin la más mínima esperanza de que hubiera alguien dentro. Miró por una ventana y distinguió un pasillo, baldosas de piedra, un armario y el pasamanos de la escalera. Siguió la pared lateral de la casa y llegó a la verja que llevaba al jardín trasero. Estaba cerrada. Se apoyó en ella. Por lo que pudo ver, tampoco allí había nadie. Distinguió una zona de arena y un tobogán de plástico rojo, rodeados por el mismo césped demasiado crecido que había en el jardín de delante.

No era que los Crane no estuvieran en casa aquel sábado. Era evidente que llevaban más tiempo fuera. Seguramente estaban de vacaciones; su hijo aún no iba a la escuela, así que podían viajar fuera de temporada.

Se sintió aún más agotada y frustrada que antes. Todo aquel esfuerzo había sido para nada.

De repente oyó una voz a sus espaldas.

—Hola. ¿Busca a los Crane?

Se dio la vuelta. Había una señora mayor en el jardín delantero que la miraba con desconfianza. Tenía unas llaves en la mano.

Jane le dedicó una sonrisa encantadora.

—Sí. ¿No están?

—¿Quién es usted? —preguntó la señora.

Jane sacó la identificación.

—Soy la agente Scapin, de la policía de Yorkshire.

—¿De la policía?

—No ha pasado nada, no se preocupe. Solo quería hacerles unas preguntas.

—Están de viaje desde hace dos semanas.

—Entiendo.

—Precisamente venía a regarles las plantas. Les recojo el correo y todo eso.

—¿Y cuándo vuelven?

—Mañana. Mañana por la noche.

«No los he visto por tan solo veinticuatro horas», pensó Jane.

No podía esperar hasta entonces, sobre todo por Dylan. Pero también porque sería una pérdida de tiempo exagerada. Los Crane llevaban dos semanas de vacaciones, y era muy improbable que Terry hubiera recurrido a ellos.

—¿Sabe dónde están? —preguntó a la señora.

—No exactamente. En algún sitio del norte de Inglaterra.

Jane frunció el ceño. Aquello era un poco raro. Hubiera preferido oír España, o Grecia, o las Bahamas. Así habría podido cerrar definitivamente aquella línea de investigación.

—¿Del norte de Inglaterra? ¿No puede ser más precisa?

—No, lo siento. La señora Crane solo me dijo que querían irse a algún lugar totalmente aislado del mundo. Porque su marido estaba agotado y necesitaba tranquilidad. Parece que no hay ni teléfono fijo, ¡imagínese!

—Pero le habrán dejado un móvil, ¿verdad?

La mujer asintió.

—Sí, el de la señora Crane. Pero allí no hay cobertura. Acordamos que le dejaría un mensaje en el buzón de voz si había algún problema, y que ella buscaría algún sitio con cobertura para poder oírlos cada día, o cada dos días. Hasta ahora no la he llamado, todo está perfectamente. Solo... —Lanzó una mirada crítica al jardín—. Van a tener un problema con el césped. Ha estado lloviendo tanto que va a ser difícil volver a meterlo en vereda.

—¿Podría darme el número? Le dejaré un mensaje en el buzón de voz.

—Mañana ya estarán aquí y podrá hablar con ellos sin problemas.

—De todos modos. Solo por asegurarme. —Sonrió de nuevo, pero esta vez era su habitual sonrisa fría—. Y también querría tener su teléfono.

La señora suspiró.

—Pues tengo que ir a casa. No me sé de memoria el número de la señora Crane.

—Se lo agradezco mucho.

La mujer se alejó, murmurando para sí con enfado.

Cuando volvió llevaba en la mano una nota además de las llaves.

—Aquí tiene, le he apuntado las dos cosas: el móvil de la señora Crane y mi número fijo. Por cierto, me llamo Celia Hedger.

—Muchas gracias, señora Hedger. —Guardó la nota en el bolsillo y le tendió a la mujer una tarjeta—. Tenga, mis datos. Cuando mañana vuelvan los Crane, ¿podría pedirles que me llamen el lunes sin falta? Solo por si no consigo hablar con ellos antes.

—Se lo diré —prometió la vecina.

Jane intentó abordar otro tema.

—Sé que tienen un niño pequeño, ¿lo conoce?

—Sí, se llama Sammy. Es muy bueno. Es adoptado, tuvieron mucha suerte. Con los hijos adoptados uno nunca sabe lo que se lleva a casa, ¿verdad?

«En realidad con los biológicos tampoco», pensó Jane.

—Es cierto —convino, porque sabía por experiencia que la gente hablaba más cuando se les daba la razón. Ella no habría sacado directamente el tema de la adopción porque no sabía si los Crane lo habrían contado, pero, puesto que la señora Hedger estaba informada, podía hacerle otra pregunta—: ¿No sabrá si tienen contacto con la madre de Sammy?

La mujer reflexionó.

—No que yo sepa. Stella nunca me ha mencionado nada. Pero no lo sé seguro.

—De acuerdo. —No iba a descubrir nada más. Tendría que esperar a hablar con Stella Crane—. Muchas gracias por la información. —Y se volvió para irse.

—Espere un momento. —La mujer parecía agitada de pronto—. Casi se me olvida. ¿Ha venido por ese... hombre raro?

Jane se paró en seco.

—¿Qué hombre raro?

—Uno que vino ayer. Rodeó la casa... pues como usted. —Se rio avergonzada—. Hablé con él. Un tipo muy extraño. Por la apariencia podría ser árabe. Pero su inglés era muy bueno.

Árabe... no parecía que fuera a tener nada que ver con Denis Shove.

—¿Qué quería?

—Quería hablar como fuera con Jonas y me preguntó dónde estaban, pero, como le he dicho, no lo sé. Aparte de que no se lo habría contado. Ya le digo que era muy raro.

—¿En qué sentido?

—Pues tenía un tic en un ojo, y estaba todo el rato mirando alrededor... ¿Cree que puede ser un terrorista? ¿Un... suicida o algo así?

A Jane no le parecía que aquella apacible zona residencial con sus elegantes casas y sus floridos jardines fuera el objetivo típico de Al Qaeda. Aun así, lo que la vecina le contaba le resultaba sospechoso.

—¿Le dijo por qué quería hablar con el señor Crane? ¿Cuál era el motivo?

—Dijo que era algo de trabajo.

—Hum... ¿Y le dio su nombre?

—No. Y tampoco dejó una dirección ni un teléfono. Nada. Le dije que los Crane volvían el domingo y que el lunes podría localizar a Jonas. Después se dio la vuelta y se fue. Sin más. Sin despedirse ni nada.

—¿A qué se dedica el señor Crane?

—Escribe guiones para la tele. Por eso he pensado que el tipo podría ser un actor que quiere conseguir un papel. A lo mejor había mucho en juego y por eso estaba tan nervioso...

—Es posible —dijo Jane, por decir algo.

Nada en la vida del matrimonio parecía tener relación con Terry Malyan, más allá del hecho de que hubieran adoptado a su hijo. Nada parecía tener relación con Denis Shove.

Solo podía esperar la llamada de Stella Crane.

—No se preocupe —tranquilizó a la mujer—. En lo que a mí respecta, yo solo quería hacerles unas preguntas. No hay motivos para alarmarse.

—De acuerdo —repuso la señora. Parecía decepcionada.

Jane se despidió definitivamente y fue hacia su coche. Lo único que quería era encontrar alojamiento. Comer algo y tomarse una copa de vino para poder desconectar.

Meterse en la cama. Y dormir, dormir y dormir.

Pero antes todavía le quedaron fuerzas para marcar el número de Stella Crane. Como era de esperar, saltó el buzón de voz. Se presentó y explicó sosegadamente que se trataba de un asunto rutinario. Dejó su número y pidió que le devolviera la llamada.

Con eso consideró que aquel día había cumplido con su deber con creces.

LUNES, 9 DE JUNIO

1

Kate había dedicado todo el domingo a hacer limpieza. Había llevado sacos de prendas de su padre al contenedor de ropa usada, había vaciado cajones y había tirado montañas de papeles, notas y viejas cartas. Cuántas cosas se acumulan a lo largo de toda una vida, y eso que su padre era una persona ordenada que no solía guardar todo lo que caía en sus manos.

Durante toda la operación, Kate había dedicado su atención sobre todo a los documentos. Se preguntaba si en algún lugar de la casa quedarían indicios de Melissa Cooper: una carta que le hubiera escrito a Richard, una cita anotada en la agenda, quizá incluso una foto... Cualquier cosa. Kate no estaba segura de que fuera positivo para ella dar con algo así, pero al mismo tiempo ansiaba conseguir más información. ¿Qué significaba Melissa para su padre?

No encontró nada, absolutamente nada. Por algo Richard Linville había dedicado casi toda su vida a la investigación criminal. Sabía que era así como se incriminaban la mayoría de las personas: porque pasaban por alto alguna huella, porque olvidaban deshacerse de algún indicio, porque eran descuidadas y no pensaban en que todo podía utilizarse en su contra. Por lo tanto había ocultado su propio adulterio con mucho cuidado. Kate cada vez tenía más claro que si Melissa no hubiera acudido a ella y después su hijo no hubiera estado dispuesto a informarla, jamás habría descubierto el secreto de su padre.

Le habría gustado registrar el ordenador, pero la policía lo había confiscado en su día con la esperanza de encontrar pistas sobre el asesino al analizar los programas. Kate se había olvidado de pedir que se lo devolvieran, pero se dijo que sin duda no habría encontrado nada en él. Los especialistas lo habían desarmado, y si hubieran dado con el nombre de Melissa Cooper o hubieran descubierto la existencia de una persona desconocida, se habrían puesto en contacto con ella. Y Caleb se había mostrado completamente sorprendido al saber de ella. A finales de los noventa la correspondencia personal por correo electrónico todavía era muy poco habitual, así que era posible que su padre y Melissa nunca hubieran utilizado ese medio de comunicación. De todos modos él era demasiado inteligente para hacerlo. Había conocido a demasiadas personas que creían haber borrado todo lo que pudiera vincularles con un crimen, para que después los expertos sacaran a la luz los resultados más sorprendentes.

Richard era muy listo. Muy prudente.

Esa idea había ayudado a Kate a empaquetar la ropa. Además de tristeza, sentía que la rabia seguía creciendo en su interior. Rabia por lo que le había hecho a su

madre, pero también por lo que le había hecho a ella, su hija.

Mientras recogía, reflexionaba sobre las conclusiones a las que podía llegar a partir de la información que le habían dado las amigas de Melissa. Por un lado constató que, sencillamente, le hacían sentirse mejor. Al parecer Richard no había vuelto con su esposa enferma por puro sentido de la responsabilidad, no se había sentido empujado a escoger a su familia en contra de su voluntad. Había sucedido algo entre él y Melissa que lo había cambiado todo, después de lo cual la relación no se había recuperado.

Y estaba bien que así fuera. A día de hoy Kate pensaba de corazón que se lo merecían.

Sin embargo, ¿tenía aquello alguna relación con los asesinatos de tantos años después?

Por lo menos tendría que decírselo a Caleb Hale, pensó con una sensación desagradable.

Al policía no le haría ninguna gracia saber que había ido a Whitby. Y ella no tenía ganas de oír sus reproches.

En cualquier caso, a última hora del domingo había encontrado algo que al menos le permitiría dar un pequeño paso adelante, en la dirección que fuera. Había registrado a conciencia y vaciado todo aquello que pudiera contener el más mínimo secreto, pero al buscar un abrebotellas en un cajón de la cocina (había decidido darse el capricho de beberse una de las botellas de vino de su padre) se encontró con una postal que alguien había guardado allí por motivos incomprensibles. Era una felicitación de Navidad; una corona de muérdago adornada con bayas rojas colgada de la puerta de una casa. Los copos de nieve caían del cielo nocturno y revoloteaban a su alrededor. En diagonal sobre esa imagen tan cursi se leía el obligatorio «*Merry Christmas*» en florida caligrafía dorada.

Kate dio la vuelta a la tarjeta. Estaba dirigida a su padre y según el sello de correos era de 2004. «Os deseo a ti y a los tuyos unas felices fiestas —decía en tinta azul— y un próspero 2005». Firmado: «Norman».

Norman Dowrick. Sargento y estrecho colaborador de su padre durante años. Richard a menudo se refería a ambos como «un equipo imbatible». También habían sido íntimos amigos.

Kate se había olvidado del vino, se había sentado en la terraza con la postal en la mano y reflexionaba. La tarde había sido abrasadora y las piedras aún conservaban el calor del día. En aquella época del solsticio de verano los días eran largos. Era agradable sentarse allí y contemplar el jardín florido.

Durante varios años Norman había sido la persona con la que más tiempo pasaba Richard, debido a que trabajaban juntos y a que su profesión les exigía una gran dedicación. La madre de Kate decía a veces, en broma: «¡Me cambiaría por Norman! Así de vez en cuando podría charlar contigo más de tres minutos antes de que te llamaran para el siguiente caso».

Todo acabó en el verano de 2004. Norman participó en una redada de narcotráfico sin Richard, que en ese momento estaba de vacaciones y por fin se había ido de viaje con Brenda. En la operación se produjo un tiroteo; Norman recibió un disparo, se debatió entre la vida y la muerte durante dos días y después tuvo que someterse a varias operaciones. Al final los médicos llegaron a la conclusión de que no podían hacer nada más por él y que tendría que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas. Paralizado de cintura para abajo.

De todos modos habría podido seguir trabajando para la policía, aunque desde un despacho, una situación muy diferente a la que estaba acostumbrado. Kate recordaba que su padre había tratado de convencerlo hasta la saciedad. El relato de sus conversaciones con Norman era cada vez más desesperado.

—Se ha rendido. Ha tirado la toalla. Quiere vivir de su ridícula pensión de invalidez y mirar las musarañas de la mañana a la noche. Está loco. Comete un gran error.

Al final no había logrado que cambiara de opinión. Al sargento Dowrick no solo se le había roto la columna, sino también, y sobre todo, el alma. Se había dado a sí mismo por perdido con apenas cuarenta años, había dado por perdidos su futuro, su profesión y su vida. Fue dando por perdidas también las amistades. Aquella felicitación de Navidad debió de ser uno de los últimos gestos de cortesía que tuvo hacia su antiguo compañero. Porque no era más que eso, una cortesía. Para finales del año 2004 Norman Dowrick ya se había convertido en un hombre amargado sin remedio que no quería relacionarse con nadie. Poco a poco fue perdiendo el contacto, ya no respondía a los correos electrónicos, no devolvía las llamadas, muchas veces no abría la puerta cuando su excompañero se presentaba en su casa. En algún momento Richard se había dado por vencido.

Respetó que su antiguo amigo quisiera cortar todo vínculo con su vida anterior.

Sin embargo, Kate estaba ahora muy interesada en el colega de su padre, ya que en los años decisivos, cuando Melissa Cooper formaba parte de su vida, los dos hombres aún trabajaban codo con codo. Kate se preguntó si su padre también habría logrado ocultarle la aventura a Norman. Para urdir una trama como la que había tejido Richard, normalmente era necesario un cómplice, alguien que estuviera al quite por si él fallaba, que estuviera dispuesto a cubrirle ante sus superiores, que participara de las excusas, que sirviera como coartada. Incluso aunque no le hubiera dicho absolutamente nada, Norman tenía que haber notado algo. Más que cualquier otra persona. Y quizá era la persona a la que su padre se había confiado.

Caleb había dicho que Norman no era relevante, ya que todos los casos en los que los dos hombres habían trabajado juntos estaban documentados. Y era cierto. Pero eso era el trabajo, no la vida privada.

Quizá Norman Dowrick supiera qué había acabado con la relación entre Richard y Melissa.

Después de pasar una hora sentada en la terraza reflexionando sobre todo aquello,

Kate había emprendido la búsqueda del número de teléfono de aquel hombre. Había varias agendas viejas de Richard. Por prudencia, no las había tirado sino que las había guardado con sus propios documentos. Según Caleb, Norman ya no vivía en Scarborough, pero al parecer sí habían dado con su esposa, y quizá ella pudiera ayudarla. Encontró por fin el número, pero nadie cogió el teléfono cuando llamó. Aún recordaba su dirección. Decidió acercarse al día siguiente.

Y así, aquel lunes a las ocho de la mañana se encontraba delante de aquella estrecha casa adosada situada en uno de los barrios menos atractivos de la ciudad. Allí vivían personas sin mucho dinero que no podían permitirse una gran inversión. Marcos de ventanas y puertas con la pintura desconchada. Jardines delanteros en los que la hierba y los dientes de león crecían sin ningún control. Patios traseros atravesados por cuerdas para tender la ropa en todas direcciones. Vallas de mimbre barato que ofrecían una vacilante protección de las miradas de los vecinos, con los que a pesar de todo, y debido a la estrechez, prácticamente se compartía mesa si uno salía a cenar o a tomarse una cerveza fuera. Kate sabía por su padre que Norman siempre había soñado con tener una casa propia, pero que no había podido permitirse nada mejor que aquello. Puede que lo hubiera logrado con un par de ascensos más.

Sin embargo, no había tenido la oportunidad.

Llamó a la puerta justo cuando daban las ocho. Esperaba que a esa hora los habitantes de la casa ya se hubieran levantado.

La puerta se abrió de inmediato. La mujer que apareció en el umbral le resultó familiar a pesar del tiempo transcurrido.

—¿Susannah Dowrick? —preguntó con una sonrisa.

El rostro de la mujer también esbozó un vago gesto de reconocimiento.

—¿Kate? ¿Kate Linville?

—Sé que es una hora muy mala —dijo ella—. Pero necesito encontrar urgentemente a tu marido.

—Hace mucho que no vive aquí. Y desde hace más de cuatro años no tenemos ningún contacto —respondió Susannah.

Había conducido a Kate a la cocina, donde se estaba tomando un café de pie. «Un cuarto de hora», le dijo, después tenía que irse sin falta. Trabajaba en una droguería y tenía que estar allí una hora antes de que abrieran.

—Es decir, exactamente ahora —añadió mirando el reloj—. Pero no pasa nada. Nadie se queja si no se repite demasiado.

Kate se sentó en una de las sillas de la cocina y aceptó agradecida un café. Susannah permaneció de pie con el suyo en la mano.

—Por las mañanas estoy como una moto.

Su delgadez era casi enfermiza, tenía el rostro chupado y sombras oscuras bajo los ojos. Parecía estar siempre en tensión sin que hubiera una razón aparente para

ello. En algún momento Susannah Dowrick había subido las revoluciones de su motor interno y ya no conseguía bajarlas. Esa fue la impresión que le dio a Kate. Estaba claro que no era una mujer feliz, pero sí una persona que se esforzaba por huir como podía de todos los pensamientos que la agobiaban.

—Nos separamos hace mucho tiempo —prosiguió—. Así lo quiso Norman. No pienses que lo dejé porque estuviera en silla de ruedas. Yo siempre tuve claro que intentaríamos lidiar juntos con lo que había pasado, a pesar de que no fuera un camino de rosas. Se quejaba día y noche, responsabilizaba a Dios y al mundo de su situación y siempre estaba de mal humor, agresivo y susceptible. —Cerró los ojos un instante—. No, no fue por eso —confirmó sus propias palabras—; era horrible, pero yo lo entendía. Entendía su desesperación, su rebeldía contra el destino. Aunque no sirviera de nada. En algún momento hay que aceptarlo, ¿verdad? De lo contrario puede llegar a ser enfermizo.

—Sí —dijo Kate—. Hay que aceptarlo. —Iba a preguntarle a Susannah por su padre, pero ella retomó la palabra.

—¿Así que quieres hablar con Norman? Pues tendrás que ir a Liverpool.

—¿Por qué se mudó precisamente a Liverpool?

—Los dos somos de allí, pero no le queda familia, así que no entendí muy bien su decisión. Pero bueno, parece que quería volver al lugar donde pasó la infancia. Lo conocido... Qué sé yo.

—Y dices que... ¿hace cuatro años que no tenéis contacto?

—Él lo quiso así. Y eso le dije a la gente. Sus antiguos colegas se presentaban aquí una y otra vez preguntando por él. A todos les respondí lo mismo: «Puedo daros su dirección, pero es probable que no quiera veros». Seguro que la mayoría se alegró mucho de tener un argumento para no ir a Liverpool y para no preocuparse por un hombre amargado y encerrado en sí mismo.

—¿Y tú has querido quedarte en esta casa a pesar de todo? —le preguntó Kate. Acto seguido pensó que no era quién para sorprenderse. Al fin y al cabo ella se aferraba a la casa de su padre, a pesar de que no había razón alguna para conservarla.

—Sí, es incomprendible, lo sé —contestó Susannah. Suspiró—. En cierto modo... La casita, por muy destartalada que esté, el jardín diminuto, la sensación de poseer un terrenito... Podría decirse que era nuestro sueño. Hace mucho que no somos una pareja, pero para mí es... Es lo único que me queda. —Negó con la cabeza como para sí—. Mis padres me ayudan, yo sola no podría pagarla. Pienso constantemente en que debería venderla de una vez, pero no lo consigo. Son los últimos despojos de un pasado feliz. Puede que al mismo tiempo me esté bloqueando... —Esta duda parecía dirigida más bien a sí misma, así que Kate no respondió. Pero conocía a la perfección las ideas y los pensamientos entre los que se debatía Susannah.

La mujer se dio cuenta de que su madrugadora visita seguramente no habría ido allí para hablar sobre su complicado estado de ánimo.

—Cuando vi la noticia del asesinato de Richard no di crédito —dijo de pronto—.

¿Quién sería capaz de algo así? He leído que buscan a ese tal Shove. ¿Hay indicios reales de que fue él?

—Parece que al menos había amenazado con hacerlo —contestó Kate—. Con matar a mi padre, quiero decir. Por eso entiendo que la policía lo considere el principal sospechoso.

—También vino a verme uno de los investigadores —informó la mujer—. Un tal... ¿cómo era? Stewart, creo.

—El sargento Robert Stewart —confirmó Kate.

—Sí, eso es. Norman y Richard trabajaron juntos mucho tiempo, y quería saber si yo recordaba algún suceso de aquella época que pudiera tener alguna relación con el asesinato. Por desgracia no pude ayudarlo. Norman me contaba muchas cosas del trabajo, pero nada que pudiera ser relevante para este caso. Es decir, claro que se buscaron enemigos. Pero no había ninguno destacable. Habría podido ser cualquiera de ellos. O ninguno.

—Lo único que puedo hacer es rezar por que la policía esclarezca pronto el crimen.

Susannah la observó con interés.

—Les estás ayudando, ¿no? Acabo de recordar que trabajas en la policía metropolitana de Londres, si no me equivoco.

—Así es. Pero eso significa que aquí no tengo competencia. En estos asuntos siempre hay que respetar las normas —contestó Kate, y se sintió como una colegiala que recita un texto aprendido de memoria—. Estoy muy angustiada por otra cosa que he averiguado y pensaba que quizá Norman podría ayudarme...

—Igual puedo ayudarte yo.

Norman le confiaba muchas cosas. Kate se tiró a la piscina sin pensar.

—¿Te dice algo el nombre de Melissa Cooper?

La mujer se estremeció visiblemente.

—Ay, Dios mío —dijo después de un silencio.

—Supongo que eso significa que sí —dedujo Kate.

—Sí —constató Susannah.

2

Jane conducía y Caleb iba en el asiento del copiloto hablando por teléfono. La agente le oyó decir «sí», «hum», y después: «Era de esperar. Así que tenía razón al sospechar que alguien la seguía y la observaba».

Finalmente se despidió y la miró.

—Era el equipo de la escena del crimen. Están seguros de que alguien intentó entrar en el *cottage* de Melissa Cooper. En las puertas de la terraza trasera había unas

marcas que en un principio no pudieron clasificarse. Ahora parece demostrado que alguien intentó forzar la puerta pero desistió. El compañero dice que es imposible que abandonara porque no consiguiera abrirla. Parece que algo interrumpió al intruso.

—La llegada del hijo aquella noche —dedujo Jane.

—Es bastante probable. Melissa Cooper iba a ser atacada en su cama. Por desgracia, la llegada de su hijo solo supuso un aplazamiento.

Ambos permanecieron en silencio. Caleb pensó angustiado en aquella mujer mayor, sola en una casa perdida en medio de la nada. Era una presa fácil. El destino la había salvado en el último momento. Pero después su acosador había puesto aún más empeño en su objetivo. Atacar a Melissa en el colegio a plena luz del día había sido un acto muy osado.

—Estamos llegando a Newcastle —anunció Jane—. A partir de aquí no será fácil. La granja debe de estar completamente aislada.

—Entonces no podremos aprovechar tus conocimientos de la zona —comentó Caleb. Sabía que la agente era de Newcastle y había crecido allí.

—No —le confirmó—, por desgracia no. Me manejo en la ciudad, pero nunca me atrajeron los alrededores.

Iban a ver a Neil Courtney. Al auténtico Neil Courtney, si tenían suerte. Debían agradecer el descubrimiento a la labor de Robert Stewart. En un primer momento sus conversaciones del viernes anterior en la cárcel de Hull no parecían haber dado ningún resultado relevante. No se había producido ningún contacto entre Denis Shove y los tres jóvenes que habían asaltado el salón recreativo de Scarborough, o al menos no se había encontrado ningún indicio de ello. Shove no había repetido a nadie su amenaza de vengarse del comisario Richard Linville. Y según las declaraciones del director de la institución, nadie había tenido la sensación de que se pasara el tiempo pensando cómo matar a Linville de la forma más cruel posible. Lo que no pudo averiguar fue si conocía la relación entre Richard y Melissa. Desde luego el director no lo sabía, y había reaccionado con sorpresa.

—¿Linville estaba liado con la mujer a la que acuchillaron la semana pasada en la escuela? ¡No me diga! Esto lo complica todo, ¿no?

Stewart le había dado la razón.

Sus conversaciones con los testigos que quedaban del asalto al salón recreativo tampoco lo habían llevado a ningún lado. Ninguno de ellos había notado nada extraño en las semanas o los meses anteriores, ni se había sentido vigilado, perseguido o acosado. Era bueno saber que probablemente esas personas no corrían peligro, pero eso también significaba que el atraco que había tenido lugar tanto tiempo atrás no tenía relevancia alguna, y que la investigación por esa vía no llegaría a ningún sitio.

Sin embargo, la psicóloga que había tratado a Denis Shove, que tanto se había hecho esperar, había llamado a Robert a primera hora del lunes, tal como habían acordado. En aquella conversación, la mujer se reafirmó en el pronóstico social favorable que había emitido para Shove antes de que lo excarcelaran.

—No creo que haya asesinado al policía. Por lo que he leído del caso, fue un crimen planeado con frialdad y esmero. Eso no es nada típico de Shove. Su problema es la falta de control en situaciones de estrés. Salta cuando lo critican o lo cuestionan, cuando está bajo presión, o cuando se siente acorralado de algún modo. O simplemente cuando las cosas no van como él quiere. Así actuó con la que entonces era su pareja, y el hecho de que las lesiones que le causó le provocaran la muerte fue una trágica desgracia. Pero no hubo premeditación.

Stewart se preguntó por qué los psicólogos penitenciarios, cuando describían a los criminales, lograban transmitir tan a menudo que era la víctima la que lo había hecho todo mal, y que habían sido las circunstancias desfavorables las que habían conducido al autor del delito a una situación que no habría podido resolverse de forma no violenta.

—¿Nunca le expresó los deseos de venganza que albergaba hacia Richard Linville?

—No.

Entonces Stewart mencionó a Melissa Cooper, pero era la primera vez que la psicóloga oía ese nombre.

—¿Quién era? ¿Dice que mantenía una relación con el policía asesinado? Pues Denis no la mencionó nunca. No creo que lo supiera. Y aunque así fuera, ¿por qué iba a matarla a ella? En ese caso, el supuesto móvil de la venganza no tendría ningún sentido.

«Ese es el problema», pensó Robert.

Al menos había tenido suerte al preguntarle por el nombre falso de Shove, Neil Courtney.

—Un pariente muy lejano. Hablaba a menudo de él. Su único familiar vivo, por lo que sé.

Stewart se puso alerta al instante. Un indicio. Por fin.

—¿Está usted segura?

—Sí, completamente. Hablamos mucho sobre él. Es el tercer marido de una prima de su madre o algo así, o sea que el parentesco es muy remoto, pero algo es algo. Debe de ser ya bastante mayor y vive en una granja cerca de Newcastle. Denis nunca tuvo mucho contacto con él pero yo lo animé a retomar la relación una vez saliera de la cárcel. Para alguien como él, que ha pasado varios años en prisión, es importante tener algún apoyo una vez fuera. La libertad puede ser una gran carga cuando no se está acostumbrado a ella.

—Supongo —le dio la razón Stewart—. ¿Y sabe si finalmente se puso en contacto con él?

—No supe nada más de Denis después de que lo excarcelaran. Cuando salió de prisión yo ya estaba en Australia. Pero aunque hubiera estado aquí, habría evitado el contacto con él. No puedo atender a los pacientes después de su estancia en prisión, no sería bueno. Tienen que aprender a vivir sin mí. A ser independientes.

«Pues Shove ha aprendido a la perfección —pensó Stewart con cinismo—. Es posible que haya cometido dos asesinatos, y nos consta que le ha disparado a una joven para robarle el coche. Sin duda puede hablarse de una marcada independencia».

Habían dado con la dirección del viejo Neil Courtney; efectivamente parecía tratarse de una granja solitaria en los alrededores de Newcastle. Caleb no creía que Denis Shove se hubiera escondido allí. Era un tipo listo y seguramente contaba con que la policía averiguaría en algún momento la relación de parentesco que tenía con el viejo granjero, por mucho tiempo que le llevara; demasiado, pensó el comisario, frustrado. Habían tenido la mala suerte de que la psicóloga hubiera pasado tantos meses en el extranjero, pero quizá habrían tenido que esforzarse más para ponerse en contacto con ella mientras estaba fuera. En cambio, Caleb estaba dispuesto a perdonarse el hecho de que no hubieran localizado a aquel tío político por sí mismos: el parentesco era tan lejano que habría sido casi imposible dar con él sin información externa. Además, no habían sabido el nombre falso de Shove hasta la semana anterior.

Robert Stewart, que al fin y al cabo era quien había descubierto esa nueva pista, se había puesto antes en camino, llevándose a otros dos agentes por precaución. Él tampoco creía que fueran a encontrar allí a Denis Shove, pero no quería correr ningún riesgo. Ahora sabían que estaba armado y que en caso de duda hacía uso de la pistola. Su única esperanza era que el viejo Neil Courtney les diera alguna pista valiosa, algo que en el mejor de los casos los condujera por fin hasta Shove.

Jane había introducido la dirección de la granja en el GPS, pero de todas formas se perdieron un par de veces en aquel laberinto de estrechas carreteras secundarias y caminos de tierra llenos de baches. Al final casi pasaron por alto la entrada a la granja, que estaba casi completamente cubierta de maleza y hierbas altas. A pesar de que Stewart y los dos agentes habían debido de atravesarla hacía poco, los matorrales, los helechos y los cardos ya habían vuelto a cubrir la vía.

—No parece que haya mucho movimiento por aquí —comentó Caleb. No era fácil seguir el camino porque la hierba también lo había cubierto y apenas se distinguía. A derecha e izquierda se veían restos de muros desmoronados y un par de postes podridos que parecían indicar que allí había habido prados vallados en algún momento. Sin embargo, la época en la que la granja había estado en funcionamiento debía de ser muy lejana. Ahora la naturaleza estaba a punto de reconquistar el terreno y de sepultarlo todo poco a poco.

A primera vista, el edificio al que por fin llegaron se parecía más a una cabaña en ruinas que a un lugar realmente habitable. Revestimiento desconchado en las paredes, cristales cubiertos de suciedad, y un techo al que las tormentas habían arrancado numerosas tejas que nadie había repuesto. El suelo del patio estaba cubierto por adoquines y ortigas, aunque el número de plantas era muy superior y ya solo se distinguían algunas piedras sueltas. En medio había un coche de policía aparcado. Cuando Caleb y Jane pararon el coche y se bajaron, Robert Stewart les salió al

encuentro.

—Muy acogedor —les dijo—, y no parece que haya nadie en casa.

—No creo que aquí viva nadie —opinó Jane. Miró a su alrededor sintiendo un escalofrío—. Sería como estar enterrado en vida. Yo diría que hace años que nadie mete mano a todo esto.

—Es probable que sea demasiado para un hombre mayor —dijo Caleb.

—Calculo que hará ya un tiempo que está en una residencia —añadió Jane—. Si es que sigue vivo.

—Bueno, oficialmente sigue viviendo aquí —afirmó Stewart. Agitó un fajo de cartas—. Mirad. Las he pescado del buzón.

—¿Hay un buzón? —preguntó Caleb—. ¿Dónde?

—Abajo, en la entrada. Oculto entre los arbustos. Por casualidad he visto algo al pasar y he ido a mirar.

El comisario cogió el correo y examinó los sobres con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto?

—Creo que son notificaciones de la pensión. Así que parece que Courtney sigue vivo y empadronado aquí —dijo Jane observando la casa, que necesitaba una reforma urgente y daba la impresión de estar a punto de derrumbarse en cualquier momento—. La famosa pobreza de la tercera edad. No solo nos espera, sino que ya lleva mucho tiempo entre nosotros. Y no es precisamente algo de lo que nuestra sociedad pueda enorgullecerse.

—Nadie debería vivir así —le dio la razón Stewart—, y mucho menos al final de su vida.

—Tenemos que entrar —decidió Caleb—. Sospecho que el anciano hace tiempo que falleció pero nadie se ha dado cuenta. Puede que lleve meses muerto en su cama.

—La puerta está cerrada a cal y canto —dijo Stewart.

—¿Dónde están los dos agentes?

En ese momento uno de los hombres apareció junto a la casa. Les informó de que la había rodeado y había escrutado el interior a través de una ventana en la medida de lo posible. No creía que hubiera nadie dentro.

—Eso sí, la parte de atrás parece un auténtico vertedero —añadió—. Sobre todo hay cajas de cartón llenas de botellas vacías. Aunque también hay botellas desperdigadas. Principalmente de whisky, de la marca más barata. El tipo que vive aquí debe de ser un borracho empedernido.

Durante un segundo se produjo un silencio incómodo. A Caleb le llevó un rato darse cuenta de que Jane y Robert habían bajado la mirada abochornados por él.

A pesar de la terrible desintoxicación por la que había pasado, el alcohólico que había sido seguía formando parte de él. Seguramente para siempre.

Robert Stewart carraspeó.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó por el segundo policía.

—Está inspeccionando la finca. Pero no creo que encuentre nada ni a nadie. Yo

creo que hace meses que nadie pasa por aquí.

—Vamos a entrar —dijo Caleb.

Al agente le llevó medio minuto escaso forzar la frágil cerradura. Todos contuvieron el aliento un instante, aunque después se relajaron: el ambiente cargado y enmohecido los recibió con un olor repugnante a cosas que era mejor no saber qué eran ni en qué estado se encontraban. Pero sin duda no olía a cadáver, así que el viejo Neil Courtney no estaba muerto en su habitación.

La sucísima ventana solo dejaba pasar una luz tenue, pero los ojos se les acostumbraron enseguida a la penumbra. Estaba claro que, efectivamente, hacía mucho tiempo que nadie pasaba por allí, ya que tanto el suelo como los muebles estaban cubiertos por una gruesa capa de polvo intacta. El desorden era increíble: los cajones, arrancados de las cómodas, estaban tirados en medio de las habitaciones, de manera que su contenido se desparramaba por todo el suelo; las estanterías estaban vacías y las alfombras se apoyaban enrolladas en las esquinas; los jarrones estaban volcados, y faltaba una lámpara del techo. Parecía que hubiera caído una bomba, al menos en las dos habitaciones de la planta baja y en la cocina, donde toda la vajilla había sido barrida de las alacenas y estaba hecha añicos en el suelo. Había restos de comida pudriéndose sobre el anticuado fogón. En la mesa, un plato presentaba un contenido indefinible sobre el que se había formado un velo de moho blanco azulado. Y allí también había montañas de botellas de whisky vacías. En un extraño contraste con todo aquello, en la repisa de una ventana se veían un par de macetas de barro con plantas aromáticas. A pesar de que ya solo quedaban los tallos secos, la imagen tenía cierto aire tierno, sobre todo porque entre los tiestos descansaba una pequeña regadera de plástico de juguete: en medio de la decadencia, tanto suya como de la casa, Courtney, que a juzgar por su consumo de alcohol debía de ser un cadáver andante, había reunido las fuerzas necesarias para mantener algo con vida.

—O bien Neil Courtney es un hombre extremadamente caótico —dijo Stewart—, o alguien ha estado buscando algo aquí con mucho interés.

—Sospecho que se trata de la segunda opción —respondió Caleb—. Alguien, seguramente nuestro amigo Shove, lo ha puesto todo patas arriba. La pregunta del millón es: ¿qué ha sido del viejo Courtney?

Mientras los hombres registraban la planta baja en busca de una posible trampilla al sótano, Jane subió la empinada escalera de madera que conducía al desván. Arriba había un baño encajonado de tal modo en la caída del tejado que un adulto normal no podía erguirse en ningún punto. La suciedad del váter tenía varios centímetros de grosor. No había ningún objeto, ni siquiera un cepillo de dientes. Jane sospechó que el viejo Courtney no era demasiado cuidadoso con la higiene personal.

Había dos habitaciones más, que también eran tan bajas que la agente tuvo que agachar la cabeza. No parecía que nadie las hubiera utilizado nunca, ya que no había en ellas ni un solo mueble. La vida de Courtney debía de desarrollarse en su mayor parte entre la cocina y el salón.

Jane volvió abajo.

—No hay sótano —estaba diciendo Caleb justo en ese momento. Levantó la mirada hacia Jane—. ¿Has encontrado algo arriba?

—Nada. Literalmente. Quitando el baño, esa planta no se usaba en absoluto.

Oyeron pasos y se dieron la vuelta. Patrick, el segundo agente, entró en la casa. Saludó a Caleb y a Jane con la cabeza.

—Comisario, agente, he encontrado algo. En el jardín de atrás.

—¿Qué es? —preguntó Caleb impaciente.

—Algo que parece una tumba. La tierra no está fresca pero aún no se ha asentado. Puede que lo que esté enterrado sea un perro... Pero si lo es, es bastante grande.

Electrizados, siguieron a Patrick y salieron de la casa hacia el jardín trasero. Jane vio las innumerables cajas llenas de botellas apoyadas en la pared y sintió un escalofrío.

Nadie había cuidado tampoco del jardín, que se extendía ladera abajo por una colina, pero aquí el resultado era una maleza de aire bucólico. Frutales viejos y nudosos mezclados con robles fornidos de copa amplia. Matas de frambuesas, campanillas y violetas. Helechos y musgo. Todo salvaje y creciendo a su aire. Un paraíso para aves, insectos, culebras y otros animales. En algún lugar se oía el chapoteo apacible de un riachuelo. ¿Y en medio de todo aquello había una tumba?

El agente les condujo pendiente abajo hasta la linde de la finca, marcada por unos restos de murete cubiertos de musgo. Justo delante, medio oculto por un arbusto de retama, vieron la tierra removida. Un montículo abombado sobre el que ya crecía hierba y trébol. El túmulo no era de ese verano, porque la naturaleza ya lo estaba reconquistando, pero Patrick tenía razón: aún no se había asentado y al acercarse podían distinguirse terrones de tierra que claramente se habían extraído con una pala.

—Es bastante larga —dijo Jane—. Sí que es demasiado grande para un perro.

—Yo diría que la estructura es del otoño pasado —comentó el sargento Stewart, y Jane pensó que el término «estructura» resultaba raro.

De repente Caleb se mostró agotado y aliviado al mismo tiempo.

—Me apostaría algo a que hemos encontrado al viejo Neil Courtney —afirmó.

3

El lunes Stella ya casi estaba convencida de que Terry y Denis se habían largado y de que ahora estaba completamente sola con su familia en la granja, atrapada en ese granero sombrío con algo de agua y comida; unas provisiones que en el mejor de los casos, si las racionaba con moderación, les durarían tres días más. No había oído ningún motor, pero esa noche había dormido tantas horas y tan profundamente de puro agotamiento que era posible que no se hubiera enterado de que la pareja se

marchaba. El domingo por la tarde había vuelto a levantar la torre y había escalado hasta la ventana para otear hacia fuera. Había visto los dos coches de los jóvenes, pero eso no quería decir nada, ya que seguro que utilizarían el vehículo de su familia para huir.

Stella había subido con un puñado de trapos viejos que había encontrado en el granero, se había envuelto la mano con ellos para golpear el cristal y lo había roto al sexto o séptimo puñetazo. Su equilibrio era tan precario que no encontraba un punto de apoyo para pegar con fuerza. Pero por fin el cristal se rajó, y con la mano todavía protegida logró arrancar del marco los fragmentos que quedaban y tirarlos hacia el patio. Era una sensación maravillosa sacar la cabeza y respirar el aire cálido y limpio. Miró a su alrededor con mucha atención, pero no vio ni un alma, a ningún excursionista, a ningún ciclista, a nadie. Un par de pájaros que se habían asustado con el crujido del cristal revoloteaban nerviosos, pero eso era todo. La granja hacía justicia una vez más a su reputación de perfecto lugar de retiro: absolutamente nadie se apartaba del camino hasta allí.

Emprendió el descenso, y cuando casi estaba abajo perdió el apoyo y se cayó. Salió ilesa, solo se hizo un par de rasguños en las piernas. Sin embargo la caída fue una advertencia: si hubiera estado más arriba se habría hecho daño de verdad. No podía escalar la torre simplemente para tomar el aire, como le habría gustado. Cuanto menos utilizara esa «escalera», mejor. Quizá debía hacer guardia y otear todos los días a la misma hora. La pregunta era si la probabilidad de éxito compensaba el riesgo que corría.

«Y la probabilidad es cercana a cero —pensó Stella deprimida—. Esa es la amarga verdad».

Por lo demás, había dedicado el domingo a cuidar de Jonas, que pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo y cuya fiebre no remitía. A pesar de que le daba miedo, por fin se había atrevido a descubrirle la herida del abdomen, porque estaba claro que el vendaje debía cambiarse de vez en cuando. Por suerte, gracias al botiquín disponía de bastantes gasas. Jonas había gemido cuando le había despegado el viejo vendaje encostrado. Decidió utilizar un poco de agua para facilitar el proceso y mitigar su dolor, pero le pareció un terrible desperdicio. En esa situación nada era tan valioso como el agua, y en realidad se había propuesto no dedicarla a nada más que a beber. Con todo, al ver la fea herida del vientre, reconoció que también debía reservar algo para limpiarla. No tenía conocimientos médicos de ningún tipo pero temía que toda la zona se infectara si no la mantenía medianamente limpia; si es que la fiebre alta no era señal de que una infección ya estaba haciendo estragos en el cuerpo de su marido. La suciedad y el polvo campaban a sus anchas en el granero, que sin duda era el peor entorno posible para un herido grave. Stella no tenía nada con lo que desinfectar la piel alrededor del orificio de entrada de la bala. Lo único que podía hacer era empapar un poco de algodón en agua y frotar con cuidado toda la zona de la herida. Tampoco tenía ni idea de si eso sería más o menos suficiente para evitar una

septicemia. Recordaba los relatos que había leído sobre soldados heridos en los hospitales de campaña de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de encontrarse también en circunstancias poco favorables, sobre todo en cuanto a suministros, al final muchos de ellos habían sobrevivido. Tenía la ferviente esperanza de que Jonas fuera lo bastante fuerte para superar su estado crítico.

El herido apenas había dicho palabra el domingo, solo parecía querer dormir, dormir, dormir y dormir. Stella había tenido que consolar una y otra vez a Sammy, que quería hablar o jugar con su padre y, decepcionado, no entendía por qué este no hacía caso a su familia recién recuperada. Stella lo distraía lo mejor que podía. En la cesta de las provisiones había encontrado una baraja de cartas con la que mantenía ocupado al niño en cierta medida. También le dio la ración de la cena de Jonas, ya que fue imposible convencer a este de que comiera algo. Aún tenía fiebre alta y sus labios agrietados estaban calientes y resecos.

Ese lunes parecía estar algo mejor. Por lo menos había desayunado un par de galletas y la frente no le ardía tanto. Stella tenía la impresión de que su mirada era un poco más clara. Por la mañana le había cambiado el vendaje recurriendo de nuevo al agua. Se esforzaba por ocultar su miedo pero se asustó al ver lo rápido que se les agotaban las reservas. Denis Shove tendría que cumplir rápido su promesa de avisar a la policía o a emergencias por teléfono, o sus vidas pronto empezarían a peligrar.

Hasta el momento Jonas no había abierto la boca para mucho más que para pedir agua o medicamentos. Sin embargo ahora, por primera vez, parecía percibir algo más que fiebre y dolor.

—Vaya mierda —dijo—. Lo siento, Stella. Lo siento mucho.

—No tienes que sentir nada. No has hecho nada malo.

Él negó con la cabeza.

—Claro que sí. No querías venir porque Neil Courtney te daba mala espina. Te convencí de lo contrario a pesar de que yo tampoco estaba seguro. Pero no quería reconocerlo.

—A todo esto, ni siquiera se llama Neil Courtney —informó Stella—, sino Denis Shove.

Le contó rápidamente lo que sabía de él.

Jonas abrió los ojos como platos.

—¿Ha asesinado a un comisario?

—Insiste en que no fue él, pero dice que la policía jamás le creerá. Y que por eso tiene que desaparecer.

—¿Y por qué la policía está convencida de que es culpable?

—El agente asesinado lo metió en la cárcel hace muchos años, después de que Shove hiriera de tal gravedad a su novia de entonces que esta murió. Shove amenazó con vengarse de su detención.

—Dios mío. ¿Y Terry lo sabe?

—Ahora sí. Pero sigue fielmente entregada a él.

—¿Y dónde están ahora?

—Se han ido. Con nuestro coche.

Jonas trató de incorporarse y al hacerlo esbozó una mueca de dolor. Dejo vagar la mirada por el granero.

—¿Podremos salir de aquí?

Stella se encogió de hombros.

—Hasta ahora no lo he conseguido. La puerta y la cerradura son a prueba de bombas. Me he lanzado varias veces contra ellas, he intentado forzarlas, pero no hay nada que hacer. En este maldito granero hay trastos de todo tipo pero nada que sirva como herramienta.

—Y yo no puedo ayudarte. —Cerró el puño. Ese simple esfuerzo agravó la palidez de su rostro—. Qué idiota soy, Stella. Idiota de remate. Mira que abalanzarme sobre Neil... Denis, y creer... creer que podía hacerme el héroe. Sabiendo que en realidad soy un perdedor nato.

—No eres ningún perdedor. Era imposible que ganaras a un hombre armado.

—Si no hubiera tenido un arma tampoco habría ganado. Los dos lo sabemos. —Se dejó caer. Tenía la frente empapada en sudor—. No sé en qué estaba pensando. Es probable que en nada. Yo...

—Viste que tu familia estaba en peligro y reaccionaste instintivamente. Deja ya de hacerte reproches —le dijo. No mencionó el rencor que ella misma le había guardado por haber actuado de forma tan inconsciente. No tenía ningún sentido ahondar en ello. Necesitaban la energía para cosas más importantes.

—¿Cómo estamos de provisiones? —preguntó Jonas.

Durante un instante Stella se planteó maquillar la situación, pero de todos modos él se daría cuenta enseguida de cuál era la realidad.

—Nada bien. Calculo que el agua y la comida que tenemos nos durarán tres días.

—¿Tres días?

—Denis me prometió que enviaría a la policía. Que haría una llamada anónima en cuanto Terry y él estuvieran a salvo.

—¿Y tú le crees?

Ella miró a Sammy, que en ese momento estaba ocupado haciendo pequeños aviones de papel de plata y no los estaba escuchando.

—No lo sé —confesó—. Sí creo que es su intención. Pero no sé si de repente caerá en la cuenta del riesgo que podría suponer para él. Ese tipo es un criminal. ¿Y hasta qué punto puede uno confiar en un criminal?

—Joder —maldijo Jonas. Volvió a intentar incorporarse pero se desplomó enseguida—. Tenemos que salir de aquí, Stella. Ese tipo no volverá a dar señales de vida, ni a la policía ni a nadie. Lo único que quiere ahora es ponerse a salvo, y nosotros no le importamos una mierda. —Giró la cabeza para poder observar la estancia desde donde estaba—. Has levantado una torre para subir. Y esa ventana... Está abierta, ¿no?

—Sí, pero no sirve de mucho. Pensaba que quizá pasaría alguien por aquí y que podría llamar su atención, pero hasta ahora no ha aparecido nadie. Después volveré a subirme, pero... En fin. La verdad es que no tengo muchas esperanzas.

—Sammy —dijo Jonas con voz ahogada—. Creo que Sammy cabría por la ventana.

—Sí, pero ¿sabes lo alta que está? No puede saltar desde tan arriba. Se rompería varios huesos, si es que sobrevive. Está descartado, Jonas.

—Es nuestra única opción. No veo ninguna otra posibilidad.

—Ni hablar.

—Con una cuerda...

—Aquí dentro no hay cuerda.

—Pero hay pedazos de tela que podemos anudar. Aunque sea nuestra ropa. Podemos fabricar algo con lo que bajarlo hasta el suelo.

—¡Tiene cinco años! ¡Y está altísimo! No podemos correr el riesgo, Jonas.

—Es más arriesgado no hacer nada.

—Además, ¿qué va a hacer ahí fuera?

—Quizá la casa esté abierta. Podría coger tu teléfono, subir a la colina y llamar a la policía. Tú podrías darle indicaciones desde la ventana.

—No creo que Denis haya dejado ningún móvil.

—Entonces Sammy puede salir a la carretera. Algún coche pasará. Stella, la alternativa es morir de hambre o de sed.

Ella apoyó la cabeza en las manos. Se imaginaba a su hijo con varios huesos rotos gimiendo de dolor en el patio. Lo oía llamarla. Y ella no podría hacer nada.

—¿Y tu compañero? ¿El dueño de la granja? ¿Cómo quedasteis?

—En nada concreto. Que nos llamaríamos por teléfono cuando volviéramos. Y que ya arreglaríamos lo de las llaves.

—Pero ¿no crees que le extrañará que no llames hoy?

—No creo. Pensará que se me han acumulado el correo y los e-mails. Supondrá que en un primer momento estaré hasta arriba de trabajo.

—Pero en un par de días le sorprenderá no saber nada de ti.

—Un par de días son demasiado tiempo, Stella.

—¿Tienes alguna reunión de trabajo?

—La semana que viene. Esta semana quería terminar dos tratamientos. Por eso concerté la reunión para el miércoles siguiente.

—¿Cuándo tenías que enviar los tratamientos?

—El viernes. Stella, antes de eso nadie se dará cuenta de que no estoy.

—Eso no lo sabes. Puede que tengas correos electrónicos que exijan una respuesta urgente.

—Sí. Pero ¿cuánto tiempo crees que tardará alguien en acudir a la policía solo porque no respondo a un mensaje?

Esa era la cuestión. ¿A partir de qué momento se alarma una persona porque toda

una familia no aparece? ¿Cuándo deja uno de tener miedo a ponerse en ridículo por avisar de algo así?

—Nuestra vecina —dijo Stella—. Seguro que ayer por la noche ya le llamó la atención que no volviéramos.

—Antes pensará que se ha equivocado de fecha que imaginarse que un asesino a la fuga nos ha encerrado en una granja solitaria y se ha largado.

—Intentará localizarme en el móvil. Y le extrañará que no le devuelva la llamada.

Jonas levantó la mano sin fuerzas y se la pasó por la frente sudorosa. Stella constató angustiada que la conversación le estaba suponiendo demasiado esfuerzo.

—Jonas... —dijo para calmarlo.

Él negó con la cabeza.

—Ay, Stella, todo eso llevará demasiado tiempo. Porque nadie sabe dónde estamos, excepto mi compañero. Y la secretaria de una de las más de diez producciones en las que estoy trabajando, que sabe que quería hablar con ese colega para organizar unas vacaciones. Así que si en algún momento alguien empieza a buscarnos con mucho interés, y puede que eso tarde en suceder, tendrá que establecer esa relación para averiguar nuestro paradero. ¿Y eso en tres días? ¿En esos tres días en los que aún tendremos comida y, sobre todo, agua?

Ella guardó silencio. ¿Qué podía decir?

—La idea de Sammy no me gusta nada —comentó un rato después.

—¿Tienes alguna mejor? —le preguntó él, agotado.

—Esperemos un poco. Podemos aguantar un par de días más.

El niño se acercó a ellos. Ya no le apetecía seguir construyendo aviones.

—Papi, ¿cuándo nos vamos a casa?

—Pronto —le aseguró Jonas.

—¿Viene ya la policía a sacarnos de aquí? —Sammy aún soñaba con la aventura de su vida.

—Seguro que no tardarán —le garantizó Stella.

—¡Tengo hambre, mami!

—Esperaremos un poco más. Dentro de un par de horas volveremos a comer algo, ¿vale?

El niño suspiró, regresó a su rincón y aplastó enfadado todos los aviones.

—Stella, hay una cosa más. —Jonas hablaba ahora en voz muy baja—. No me encuentro nada bien. Necesito un médico.

—¡Pero hoy estás mejor!

—No tengo la sensación de que vaya a durar. Créeme. Necesito un médico.

Ella levantó la mirada hacia la ventana. Jonas tenía razón. Sammy cabría por el hueco.

Podía ser su oportunidad.

O su perdición.

La verdad era que no tenía nada mejor que hacer que quedarse cavilando en casa de su padre, así que bien podía ir a Liverpool. No tenía ni idea de si hablar con Norman Dowrick le ayudaría en algo, pero por otro lado no había nada que perder. Ni siquiera tiempo, que en las últimas semanas había adquirido para ella una dimensión completamente distinta. Al fin y al cabo, ya no trabajaba. Solo trataba de poner orden en su vida.

Seguro que aquella mañana Susannah había llegado muy tarde al trabajo. Al final había acabado sentándose a la mesa con Kate y había vuelto a servir café para las dos. Y había hablado.

—Sí, sabía de la existencia de Melissa. Por Norman. Richard se lo había confiado desde el principio. Para poder desahogarse con alguien, pero también para contar con un apoyo firme. Aquellos encuentros secretos en Whitby... Necesitaba a alguien que lo cubriera. Que le proporcionara una coartada tras otra, por así decirlo.

Susannah le había contado que a Norman aquella situación le hacía sufrir. Y a ella también.

—Es que Brenda nos caía muy bien. Norman decía a veces que era insoportable ser cómplice de aquel asunto.

—¿En esa época todavía estabais en contacto con mi madre?

La mujer negó con la cabeza.

—Ya estaba muy enferma. Yo a veces le enviaba tarjetas con citas inspiradoras, libros, ramos de flores... Le hacían mucha ilusión. Siempre me contestaba de inmediato. Pero también dejaba muy claro que no quería que nos viéramos. «Volveremos a quedar cuando esté mejor», me decía; «ahora no tengo pelo y siempre estoy cansada». Era evidente que no quería que nadie la viera así. Y que la mayor parte del tiempo no tenía fuerzas para mantener una conversación. Yo casi me sentía aliviada. No quería mentirle a la cara, la idea me resultaba insoportable. Y en este caso, conocer la traición de Richard y no decir nada ya me parecía mentir. Solo de pensar en quedar los cuatro, como hacíamos antes: Richard, Norman, Brenda y yo... A veces íbamos a comer pizza juntos o nos veíamos en casa de unos u otros. Y nos imaginaba allí sentados en círculo, contentos, cuando tres de nosotros sabíamos que la cuarta persona estaba siendo engañada. Por su esposo, que tenía una relación seria y estable de la que ella no tenía ni idea. No lo habría soportado. Así que... No presionábamos a Brenda para que se animara a ver a más gente. La situación ya era bastante complicada de por sí.

—¿Nunca pensaste en contárselo todo a mi madre? —preguntó Kate.

Susannah suspiró.

—Pues claro. Muchísimas veces. Y Norman también. Pero el asunto era que la amistad había nacido entre Norman y Richard. Brenda y yo nos caíamos muy bien, pero si no hubiera sido por nuestros maridos nunca nos habríamos conocido, y

seguramente tampoco nos habríamos hecho amigas, aunque solo fuera por la diferencia de edad. Norman no se veía capaz de poner en un apuro a su amigo, que además también era su superior. No quería abusar de su confianza. Yo también tenía miedo de lo que podía suceder, incluidas las consecuencias laborales para mi marido. Era un callejón sin salida. Nos sentimos muy aliviados cuando aquella desafortunada relación se rompió por fin y Richard regresó al buen camino, por así decirlo.

Ahí tenía su oportunidad. Kate se incorporó en la silla.

—¿Sabes algo de aquello? Sobre el final de la relación, quiero decir. ¿Por qué se separaron de repente mi padre y Melissa?

—Sí, fue raro —contestó la mujer. Se sirvió otro café, se echó una cucharadita de azúcar en la taza y después lo removió pensativa—. En su día intenté sonsacárselo a Norman. Pero no me dijo nada. Nada que me convenciera.

—¿Crees que conocía el motivo real? ¿Y que no quería contártelo?

Susannah titubeó.

—Es difícil saberlo. Me aseguraba que no sabía más que yo. A pesar de todo yo tenía la sensación de que... No sé cómo explicarlo... Sencillamente tenía la impresión de que él sabía algo más, pero que por alguna razón no quería hablar de ello. Supuse que le había prometido a Richard que cerraría el pico. Lo que yo no entendía era por qué. ¿Qué podía haber pasado que fuera tan terrible?

—La versión oficial es que se separaron por deferencia hacia la enfermedad de mi madre —dijo Kate recordando las palabras de Doreen.

—Sí —respondió Susannah—, así lo pintó Richard. Pero a mí me pareció extraño. Al fin y al cabo Brenda se había recuperado. Norman se limitaba a decir que Melissa le había exigido a Richard una decisión definitiva y que este tenía miedo de que el cáncer de Brenda reapareciera si la dejaba entonces.

—No suena del todo ilógico —comentó Kate.

—No. Y por eso digo que se trataba de una sensación. Por aquel entonces yo llevaba doce años casada con Norman. Éramos pareja desde los diecisiete años. Conozco a ese hombre como la palma de mi mano. Sentía que me ocultaba algo, que me evitaba. No quería hablar del tema y casi hasta se enfadaba cuando yo lo sacaba. Y eso que antes lo comentábamos constantemente. Pero en el momento en que se acabó, se convirtió en un tabú absoluto. Además...

—¿Sí? —insistió Kate al ver que se atascaba.

—Además también tenía la impresión de que la amistad entre Richard y Norman había cambiado. Seguían viéndose todos los días en el trabajo, claro, pero nada más. Hasta entonces quedaban al menos una noche por semana para tomar una cerveza y algunos fines de semana iban juntos a hacer senderismo por los páramos. Pero dejaron de hacerlo. Cuando Brenda mejoró tampoco volvimos a vernos los cuatro. Aunque he de decir que me alegré. No habría podido mirarla a los ojos.

—Y poco después... —insinuó Kate. Y Susannah supo enseguida a qué se refería.

—Y poco después sucedió la desgracia. Un disparo dejó a Norman inválido. A

partir de entonces... todo cambió.

Kate no estaba segura de hacer la pregunta que la acuciaba, pero finalmente se decidió. No era más que una sospecha, puede que incluso la sombra de una sospecha.

—¿Crees que es posible que Norman culpara a mi padre de algún modo? ¿Del accidente, o de la desgracia, como lo llamas tú?

La mujer pareció sorprendida.

—No. Tu padre ni siquiera estaba allí. Estaba de vacaciones cuando sucedió.

—Ya, pero en eso podría consistir el reproche. En que no estaba allí con él.

—No lo creo. No. Desde luego nunca mencionó nada en ese sentido. Después de aquello se enfadó con el mundo entero, con cualquiera al que le fuera mejor que a él, también con tu padre. No fue enseguida, sino poco a poco. Cuando finalmente quedó claro que su estado no mejoraría, empezó a odiar a todas las personas sanas.

Kate pensó en la tarjeta de Navidad que había encontrado, escrita unos cuatro meses después del accidente. Al parecer, por aquel entonces Norman Dowrick aún albergaba alguna esperanza. Después se le había ido escapando hasta que por fin había quedado en nada. A juzgar por el relato de su esposa, se había convertido en un hombre amargado y lleno de odio que en algún momento había dejado de tolerar a los demás. Kate sabía que al final no había habido contacto alguno entre él y su padre. Sin embargo, parecía que antes ya se había abierto una brecha, una fisura al menos, que había distanciado a los dos hombres. Norman condenaba la relación de Richard con otra mujer pero en un principio eso no había desestabilizado su amistad. La ruptura real no se había producido hasta que Richard se separó de Melissa.

Algo había precedido a aquella separación, algo que había tenido profundas consecuencias.

Estaba claro que tenía que hablar con Norman.

Llegó a las afueras de Liverpool a primera hora de la tarde. Susannah le había dado la dirección de su marido pero había añadido que no sabía si seguía residiendo allí.

—En realidad ni siquiera sé si sigue vivo —le había dicho.

Liverpool tiene partes bonitas, y resulta especialmente impresionante desde el río gracias a los numerosos rascacielos construidos a lo largo de los últimos años que proyectan una imagen engañosa de crecimiento económico y bienestar. Sin embargo, en realidad es una de las ciudades británicas con mayor tasa de desempleo y se la considera una bomba de relojería que podría ocasionar un gran estallido de revueltas sociales y disturbios. Distritos enteros esperan medidas urgentes de saneamiento, pero se ven abandonados a una lenta decadencia debido a la falta de presupuesto. Hay barrios cuyos habitantes viven en una pobreza insólita para los estándares occidentales y han perdido toda esperanza de que sus condiciones de vida mejoren.

Kate, que sabía por Susannah que la pensión de incapacidad de Norman no le llegaba para nada, se había preparado para enfrentarse a la imagen de miseria

absoluta que seguramente la esperaba, pero de todos modos se quedó impresionada. Se encontraba en una zona de la ciudad que en su día podía haber sido una zona industrial pero que ahora parecía estar desmantelada en su mayor parte. Una fábrica abandonada mucho tiempo atrás cuyos muros de ladrillo estaban cubiertos de grafitis muy agresivos y en cuyos amplios patios interiores las ortigas y los cardos crecían sin control. Una parada de autobús solitaria al borde de la carretera; todos los cristales de la marquesina estaban rotos, y del horario ya solo quedaban los jirones. Era evidente que habían dejado de reparar el mobiliario urbano; es posible que no tuviera sentido porque las personas descargaban su afán destructor sobre él una y otra vez. Enfrente de la fábrica y la parada de autobús había varios bloques pequeños de pisos cuyas ventanas daban a la calle o a patios traseros repletos de basura. En un edificio que hacía esquina se leía «Café», pero todas las persianas estaban bajadas y no parecía posible beberse uno. A cierta distancia había una gasolinera que por lo visto seguía abierta.

Kate aparcó en un paso subterráneo para mantener el coche fresco. Se apeó y recorrió la calle hasta la primera hilera de casas. Tuvo que reunir todo el valor que le fue posible. Tenía miedo del encuentro con Norman Dowrick. Del encuentro con su miseria y su odio hacia la humanidad. Y de lo que pudiera contarle de su padre.

Le resultó difícil encontrar la casa en la que vivía siguiendo las indicaciones de Susannah, ya que los números de todos los edificios estaban tan descoloridos que apenas podían descifrarse. Al final probó en el primer bloque que encontró, cuyos timbres no funcionaban pero que tenía el portal abierto. Se vio en una oscura escalera de olor desagradable y paredes desconchadas. En la planta baja parecía haber dos viviendas, y seguramente había otras dos en la primera planta, pero como Norman estaba en silla de ruedas solo podía vivir abajo.

Llamó al azar a la puerta de la izquierda. Acto seguido oyó pasos, la puerta se abrió y apareció una mujer.

—¿Sí? —Ese «sí» sonaba desconfiado. Era probable que por lo general no recibiera visitas, y que cuando fuera el caso, siempre se tratara de noticias desagradables.

Kate sonrió con simpatía.

—Hola. Disculpe que le moleste. Busco al señor Dowrick. Norman Dowrick.

La mujer negó con la cabeza.

—No lo conozco.

—Debe de vivir en la planta baja, como usted. Es inválido, ¿sabe? Está en silla de ruedas.

La mujer meditó. Kate se dio cuenta de que le resultaba difícil procesar la información, así como elaborar y formular ideas. Percibió el tufo a alcohol y reconoció la enfermedad en su rostro enrojecido e hinchado. A aquella mujer el alcohol la llevaría a la tumba. En ese momento estaba ebria. Era probable que se pasara borracha cada minuto del día y de la noche.

Era el único modo de soportar su vida.

Aun así, al final consiguió concentrarse.

—Ah, ya sé quién dice. No vive aquí.

—¿Y dónde vive?

La mujer hizo un movimiento torpe que abarcaba los cuatro puntos cardinales.

—Por ahí.

—¿En otra de las casas de la zona, quiere decir?

—Sí, pero... —Daba la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo para pensar. Había estado a punto de decir una frase que se le había escapado en el último momento.

Kate esperó pacientemente.

—Pero hace mucho que no le veo —dijo por fin la mujer—. Antes a veces pasaba por la calle. En su silla de ruedas. Pero hace mucho de eso.

—¿Cuánto más o menos?

—No sé. ¿Un año?

«Espero que siga vivo», pensó Kate.

Se despidió y se preguntó, cada vez con más dudas, si sería capaz de localizar a Norman en una de aquellas casas. También dependía de lo dispuestos que estuvieran sus vecinos a colaborar, y no estaba segura de a cuántos de ellos encontraría sobrios.

Con respecto a esta última cuestión, resultó que había sido demasiado pesimista. La mayoría no estaban borrachos, aunque de todos modos no pudieron ayudarla. Algunos no conocían a Norman, no recordaban haber visto nunca a un hombre en silla de ruedas por el vecindario. Otros sabían de quién hablaba Kate pero no dónde vivía exactamente. Kate recibió una y otra vez un dato que no le daba demasiada confianza: nadie se acordaba de haber visto a Norman recientemente. Ahora que les preguntaba por él, caían en la cuenta de que hacía meses que había desaparecido.

—Era un pobre diablo —le dijo un joven de origen hindú y de una delgadez fuera de lo habitual que estaba sentado en uno de los muritos de cemento que separaban los edificios y tenía la mirada clavada en el vacío antes de que Kate se dirigiera a él—. Muy pobre. Seguro que se ha mudado. Cuando tienes una vida de mierda, vivir aquí la empeora.

—¿Adónde podría haberse mudado?

—Eso no lo sé.

—¿Sabe en qué casa vivía antes?

—Creo que en esa de ahí. —Señaló en dirección a una larga hilera de edificios. Después sonrió—. Me llamo Kadir Roshan.

—Gracias por la información, señor Roshan.

Recorrió también las últimas casas llamando al timbre. En dos de los bajos no parecía haber nadie, y una mujer que vivía dos edificios más allá le dijo que una de aquellas podía haber sido la residencia de un hombre en silla de ruedas.

—Pero hace siglos que no le veo. ¿Está segura de que sigue viviendo aquí?

—No, por desgracia no —respondió Kate.

Su búsqueda no parecía llevar a ninguna parte.

Llamó por teléfono a Susannah, que le había dado su número de móvil, y le preguntó si creía que Norman habría podido mudarse. ¿Y adónde?

Susannah no tenía ni idea.

—Como ya te he dicho, hace mucho tiempo que cortó todo contacto conmigo. Claro que podría haberse mudado. La zona es bastante desoladora, ¿verdad? Una vez le visité y me pareció sencillamente horrible. Es solo que no se me ocurre ningún motivo por el que hubiera querido marcharse, y seguro que no puede permitirse nada mejor. El lugar en el que habría acabado no sería muy diferente de ese, así que, ¿por qué iba a moverse?

¿Quizá había conocido a otra mujer? Kate lo consideraba muy poco probable. Norman se había convertido en un misántropo amargado, y la poca información que había obtenido ese día no hacía pensar que hubiera cambiado. ¿Qué mujer habría mostrado interés por él, y a qué mujer le habría permitido él acercarse?

Decidió dejarlo por el momento pero con la intención de regresar a la mañana siguiente para un último intento. Como de costumbre, dudaba mucho de sí misma: ¿se aferraba a Norman Dowrick solo porque en ese momento no tenía ninguna otra idea que prometiera resultados? ¿O era realmente su instinto criminalístico lo que la movía? Ese instinto que, en su desánimo, siempre había creído no tener. Una voz en su interior le decía que Norman podía ser una clave del caso, pero el adversario que llevaba mucho tiempo instalado en su cerebro, también conocido como «falta de confianza en sí misma», naturalmente no estaba de acuerdo: «No tienes ni idea. Estás perdiendo el tiempo. Nunca has sabido diferenciar lo esencial de lo accesorio en tu trabajo. En el mejor de los casos, lo que estás haciendo no conducirá a nada. En el peor, al final provocarás alguna desgracia».

Se subió al coche y se dirigió al centro de la ciudad. Buscaría alojamiento para esa noche y a la mañana siguiente decidiría qué hacer.

Encontró un hotelito de aspecto exterior decente pero que por dentro resultó ser muy poco acogedor. Pasillos largos, estrechos y oscuros y una moqueta de pelo demasiado grueso que no parecía limpiarse con mucha frecuencia. Habitaciones pequeñas y sombrías de muebles baratos. Había que cruzar el corredor para ir al servicio, pero el cuarto tenía al menos un lavabo con espejo. Y un pequeño televisor.

Daba igual. Para una noche sería suficiente.

Como hacía sol y calor, salió del hotel para pasear un poco. Se encontraba cerca del río, así que recorrió un par de calles de viviendas hasta llegar a un pequeño parque desde cuyo extremo algunos escalones conducían a un aparcamiento que daba directamente al río. Aquí, un camino asfaltado discurría junto a la corriente; había una valla metálica para que nadie se precipitara al agua. Kate se sentó en un tronco caído que hacía las veces de banco. La zona era tranquila, solo había un coche aparcado en la orilla. De vez en cuando pasaban corredores, patinadores o dueños

paseando a sus perros. Ese lunes no había mucha actividad; la mayoría de la gente, al menos en esa zona, estaba trabajando.

El río fluía perezoso. Del agua llegaba una brisa suave, pero por lo demás no había nada de viento.

Reflexionó y, como siempre, tuvo la impresión de que no llegaba a ninguna conclusión concreta. ¿Seguir en Scotland Yard o dejarlo? Lo que la llevaba a la siguiente pregunta: ¿regresar a Londres, a su piso, que tanto odiaba? ¿O mudarse de forma definitiva a Scalby, a la casa de sus padres, que le encantaba? Aunque ya no estaba segura de cuánto le gustaba en realidad. Porque en ella había vivido una infancia protegida junto a su familia, pero también era el escenario de una gran mentira.

De repente pensó en Caleb y en lo que le había dicho: «He notado que estás muy sola. Deberías intentar cambiar esa situación».

En aquella ocasión le había respondido con sarcasmo, y ahora al recordarlo también esbozó una mueca burlona. Sonaba muy fácil, pero a ella le resultaba difícilísimo. Imposible. Solo Dios sabía lo mucho que deseaba desde hacía años tener a su lado a alguien que le correspondiera. Alguien con quien compartir su vida. Que le preguntara por la noche qué tal le había ido el día, que desayunara frente a ella y le leyera la cartelera del fin de semana. Con quien pudiera hacer planes, viajar, pasar las fiestas. Alguien con quien sentarse delante de la chimenea en las noches frías de invierno. Alguien que la hiciera sentirse bien, como en casa, protegida.

A salvo.

Es posible que su padre intuyera ese deseo. La mayoría de las personas a su alrededor seguramente la consideraban una persona seca, cerrada, sin ningún interés en una relación sentimental. Demasiado peculiar y solitaria para desear siquiera la compañía de otro ser humano; eso había oído decir a sus colegas entre cotilleos susurrados a un volumen considerable. Los demás tenían una imagen de ella que no se correspondía en absoluto con la persona que ella creía ser en realidad.

Caleb Hale. Puede que hubiera tenido que ir hasta Liverpool, lejos de él y fuera de la zona de influencia de Scarborough, por así decirlo, para ser capaz de admitir lo mucho que la atraía y la fascinaba. No sabía exactamente cómo había sucedido, no había sido un flechazo, sino una lenta evolución. Le resultaba inteligente, simpático y atractivo. Encajaba a la perfección en el patrón de todos los hombres que habían despertado su interés durante los últimos veinte años. Siempre eran muy guapos, y ya solo por eso nunca había funcionado. Jugaban en otra liga. No necesitaban fijarse en el ratoncito gris que suspiraba por ellos a una distancia prudencial y que trataba de llamar su atención de manera tan desesperada como torpe. Se relacionaban con sus iguales, es decir, con mujeres de éxito, hermosas y seguras de sí mismas.

No con Kate. Nunca con Kate.

Sin embargo Caleb... No solo era guapo y afortunado. No solo era un ganador. También tenía un pasado difícil. Uno no se convertía en alcohólico cuando lo tenía

todo bajo control. Una carrera impecable en la policía, una alta tasa de éxito, un aspecto agradable... Esa era la imagen que proyectaba hacia el exterior. Pero debía de haber grietas. Se había emborrachado hasta perder a su mujer, hasta necesitar terapia para conservar su trabajo.

Caleb Hale también tenía un lado perdedor.

Puede que ahí residiera la oportunidad de Kate. En ese punto en común. Ambos conocían el lado oscuro de la vida. A ambos les resultaba difícil lidiar con ella en muchas ocasiones. Sus abismos habían empujado a Kate al más absoluto aislamiento social; a Caleb, al alcohol.

Miró al otro lado del río. Los edificios de la orilla opuesta se desvanecían ante sus ojos en la bruma de aquel día tan caluroso. No hizo ningún esfuerzo por reconocer detalles en aquella imagen, e incluso apartó todo pensamiento relacionado con Norman Dowrick y todas las preguntas y problemas que acarreaba. Se abandonó al instante, sintió el calor de la madera sobre la que estaba sentada, dirigió el rostro hacia el sol, aspiró el olor del agua y las algas mezclado con el de la hierba que alguien debía de haber cortado cerca de allí. Por primera vez desde la muerte de su padre se sentía relajada y en armonía consigo misma. Presentía que la tensión, el miedo y la tristeza regresarían, pero haber sido capaz de experimentar aquellas sensaciones durante media hora junto al río Mersey era un gran avance. Era un primer paso, se había abierto un diminuto resquicio. Se preguntó si se debía a sus sentimientos por Caleb o a haber viajado a Liverpool, al otro lado del país. O simplemente al cálido día de verano. Decidió que era inútil darle vueltas. Con toda probabilidad era una mezcla de todo ello.

Finalmente se puso de pie y miró el reloj. Eran las cuatro y media. Aún tenía tiempo de hacer algo especial.

No tenía ganas de volver a la oscura habitación del hotel y pensó que por una vez estaría bien invertir un poco de tiempo y de dinero en sí misma. Nunca había sido generosa en ese sentido. Puede que darse un capricho fuera el principio de cambios más profundos.

Buscaría una peluquería y se haría un corte de pelo espectacular. Quizá se permitiera incluso un par de mechones rubios y cobrizos.

Una inversión que en cierta medida también estaba dirigida a Caleb, pero en ese momento no quiso admitirlo.

5

De acuerdo con las normas de jurisdicción, los agentes de la policía de Northumbria habían exhumado los restos mortales de un ser humano y se los habían entregado al departamento forense. Era muy probable que se tratara de Neil Courtney, el dueño de

la granja, pero hasta el momento no habían podido confirmarlo. Tampoco estaba claro de qué había muerto.

Caleb y Jane habían regresado a Scarborough, mientras que Robert Stewart presenciaría el examen forense para obtener información de primera mano. Jane ya había analizado todas las cartas que habían recogido del buzón oculto por la maleza y había llegado a una interesante conclusión.

—Tiene una cuenta en un banco de Newcastle a la que se ha estado transfiriendo su pensión hasta principios de junio. Eso quiere decir que oficialmente Neil Courtney sigue vivo, aunque se demuestre que él es el muerto del jardín. Algo de lo que todos estamos casi seguros.

Estaba sentada en el despacho de Caleb. La tarde llegaba a su fin pero aún había luz, el cielo era de color azul claro y el aire seguía siendo cálido. Un atardecer perfecto para ir a pasear o para sentarse en un banco de madera delante de un pub a beber una pinta de cerveza negra. Pero esperaban la llamada de Robert. Ninguno de los dos le veía ningún sentido a marcharse antes de la comisaría, ya que de todos modos estaban demasiado inquietos.

—Alguien enterró a Courtney en el jardín de la granja y no denunció su muerte —dijo Caleb. Jugaba con un lápiz de punta rota que había sacado de un bote lleno de más lápices iguales. Jane se había dado cuenta muy pronto de que al comisario le daba pereza afilarlos—. ¿La misma persona que lo mató? —preguntó.

La agente movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo sabemos. Pero es interesante que hasta hace dos semanas el dinero se retiraba de la cuenta con regularidad. No soy una experta, pero diría que el cadáver que encontramos ya llevaba varios meses en la tumba. Eso significa que si hay alguien que no usaba esa cuenta era el propio Courtney.

—Lo cierto es que solo puede tratarse de una persona —dijo Caleb—. El hombre que se apropió del nombre de Courtney, Denis Shove. Su sobrino político o lo que sea. Eso también explicaría por qué le habló a Therese Malyan de una herencia. No trabajaba pero disponía de ingresos regulares y debía justificarlos de algún modo. Es cierto que con esa escasa pensión no podía hacer excesos, pero por lo que me dijo Helen Jefferson, vivía en gran parte y muy generosamente del dinero de Therese, de manera que se las arreglaba bastante bien.

Jane asintió.

—Todo encaja. Supongo que por eso registró la casa: necesitaba la tarjeta de Courtney. También la clave, claro, pero puede que estuviera apuntada en algún sitio. Entierra al viejo tío en el jardín para que nadie que pase por allí note nada y se marcha con la tarjeta. Y es muy probable que pase mucho tiempo hasta que la historia salga a la luz, ya que ese pobre viejo parecía llevar una vida completamente retirada. Habrían podido transcurrir años hasta que alguien se hubiera dado cuenta.

—Es posible que el único que pasara por allí con cierta regularidad fuera el cartero —dijo Caleb—. Y a él no parecía sorprenderle que el buzón no se vaciara. —

Sonaba deprimido, y así era como se sentía. Con historias como aquella, siempre se entristecía al constatar la indiferencia con la que se trataban las personas. ¿Habría sido mucho pedir que el cartero estuviera atento y comprobara que un anciano que vivía completamente solo estaba bien? No hay una obligación legal, solo una obligación moral, y esa se siente o no se siente. En general, Caleb tenía la impresión de que la gente la sentía cada vez menos.

Jane salió en defensa del cartero desconocido.

—El buzón tendría que estar mucho más lleno. Si partimos de la base de que Courtney lleva muerto desde el otoño pasado, tendrían que haberse acumulado las notificaciones y los extractos de cuenta desde septiembre u octubre por lo menos. Sin embargo, solo hemos encontrado correo desde abril de este año. Supongo que Shove, si ha sido él quien ha montado esta farsa, ha sido lo bastante listo para acercarse de vez en cuando a Newcastle, a la granja, y vaciar el buzón. Así, el cartero pudo pensar que Courtney seguía vivo y que simplemente recogía el correo de vez en cuando. Recuerda, jefe, que todo parece indicar que Courtney pasaba la mayor parte del tiempo... —Se detuvo a media frase. Se le sonrojaron las mejillas.

Caleb estaba hasta las narices de los balbuceos cada vez que salía «el tema».

—Pasaba la mayor parte del tiempo borracho como una cuba, sí, eso está claro. Y el cartero lo sabría. ¿Crees que eso justificaría que el buzón se vaciara con tan poca frecuencia? Bueno, es posible. Veré si... —El timbre del teléfono lo interrumpió. Respondió, le hizo una señal a Jane y puso el altavoz. La voz de Robert resonó en el despacho.

—... nada concluyente, pero sí los primeros resultados. Se trata sin duda del cadáver de un varón, concretamente de un hombre de edad bastante avanzada, más o menos entre los setenta y los ochenta. Su identidad aún no está confirmada, pero la edad encaja con la de Neil Courtney.

—Yo diría que podemos suponer que es él con una certeza del noventa por ciento —dijo Caleb.

—Sí, estoy de acuerdo. Se calcula que la muerte se produjo en otoño del año pasado, hacia principios de noviembre. Puede que en la segunda mitad de octubre, pero no antes.

—¿Y...?

Robert ya sabía cuál era la pregunta.

—Por lo visto no hay ningún indicio de que la causa de la muerte fuera externa. Todo parece indicar que Neil Courtney, si es que se trata de él, no fue asesinado.

El comisario parecía decepcionado.

—¿Seguro?

—Como ya he dicho, aún no han terminado de examinar el cadáver, pero todo apunta a una muerte natural. El forense opina que la causa fue una cirrosis avanzada, pero por ahora no es más que una sospecha. Después de tanto tiempo, el análisis no es fácil. En cualquier caso, y en vista de las montañas de botellas vacías que

encontramos, no puede descartarse.

Caleb casi le agradeció a Robert que no buscara eufemismos discretos y que llamara a las cosas por su nombre. Al parecer Neil Courtney había bebido hasta matarse. Había recorrido el camino que le habían augurado los médicos a él mismo si no abría el paracaídas a tiempo.

—Pero seguro que Neil Courtney no se enterró él solito en el jardín —dijo.

—Yo diría que un día a finales de otoño simplemente se cayó, o que una mañana no se despertó —especuló Robert—. Y que Denis Shove, que pasó por allí porque consideraba a aquel anciano tío como una posible fuente de dinero, lo encontró muerto. Puede que en un principio no tuviera en mente nada más que sacarle un par de libras al viejo. Pero entonces se le ocurrió que quizá pudiera sacar más provecho a la situación.

Jane asintió.

—Estoy de acuerdo. Lo entierra para que nadie más tropiece con él; nuestro cartero, por ejemplo. Si no hay cadáver, no hay muerto. A continuación lo revuelve todo, seguramente encuentra un poco de dinero suelto, pero sobre todo la tarjeta y la clave. De los extractos bancarios obtiene el dato de cuánto recibe Courtney al mes. No es mucho, pero es mejor que nada, y en su situación (recién salido de la cárcel y con la firme decisión de no trabajar) cada céntimo es bienvenido. Se propone aprovecharse de ello el mayor tiempo posible. En algún momento alguien se daría cuenta de que el viejo había muerto, pero su vida retirada en medio de la nada lo retrasaría mucho.

—Más o menos por esa época conoce a Therese Malyan —continuó Caleb—. ¿Por qué le da un nombre falso? Por una vez en su vida no había cometido ninguna fechoría, aparte de haber puesto en marcha un jugoso fraude. Pero nadie sabe nada. ¿Por qué se apropia del nombre del muerto?

—Sí que había cometido una fechoría —apuntó Robert—: el homicidio por el que había pasado ocho años entre rejas. Mató a golpes a su pareja. Puede que solo quisiera asegurarse de que Therese no se enteraba de ello. En su día apareció en los periódicos, seguro que en internet podría encontrarse algo. Quería evitar que la mujer que tenía ahora a su lado se enterara por una estúpida casualidad de lo que le había sucedido a la anterior. Lógicamente se habría alarmado de forma considerable.

—¿Era Therese Malyan tan importante para él como para tomar semejantes precauciones?

Stewart sabía a la perfección adónde quería ir a parar Caleb.

—¿Crees que adoptó el nombre falso a sabiendas? ¿Porque ya planeaba asesinar a Richard Linville? ¿Y a Melissa Cooper? ¿Y porque estaba seguro de que sería nuestro principal sospechoso?

—Sabía que buscaríamos a un tal Denis Shove. Con el nombre de Neil Courtney estaría relativamente seguro siempre que lograra cambiar un poco su aspecto. Adoptó la identidad de un muerto del que nadie sabía que había fallecido. Un camuflaje

bastante astuto.

—De una astucia limitada —le contradijo Robert—. Ya que, incluso aunque se hubiera hecho con el pasaporte de Courtney, en caso de necesidad le habría resultado imposible identificarse con él. Su tío debió de nacer en algún momento de los años treinta o cuarenta del siglo pasado. Shove es unos cincuenta años más joven que él. No le serviría para nada. Además la psicóloga que tuvo en prisión conocía el lejano parentesco. Era posible establecer la relación entre Denis Shove y el nombre «Neil Courtney».

—Pero también sabía que su terapeuta pasaría todo un año en Australia —planteó Jane—, y que por lo tanto no nos enteraríamos tan rápido de su vínculo con Newcastle. Es indudable que el cambio de nombre le daba cierta ventaja.

—Además dimos con la pista de su identidad falsa por una casualidad que él no habría podido tener en cuenta —dijo Caleb—. Algo se le fue de las manos con su pareja, ella huyó y él necesitaba un vehículo, así que atacó a Peggy Wild para quitarle el coche. Solo así nos enteramos del nombre de Courtney, supimos dónde se había metido todo este tiempo y averiguamos que salía con una tal Therese Malyan. En circunstancias normales, a partir del hallazgo de su tío muerto no habríamos podido deducir que se había apropiado de su nombre.

Todavía mientras hablaba, Caleb se preguntó si estaba exagerando. Si estaba buscando con demasiada intensidad pruebas que respaldaran su teoría de que Shove era el asesino de Linville. Sin embargo, lo mirara por donde lo mirase, era el propio Shove quien alimentaba la sospecha con sus actos. Incluso aunque no hubiera matado al viejo Courtney. De todos modos el comisario comprendía por qué esa circunstancia lo fastidiaba: otro asesinato, que en este caso podría haberse atribuido a Shove sin ninguna duda, le habría permitido reafirmarse. Habría justificado el esfuerzo, los recursos y sobre todo la exclusividad que dedicaban a la búsqueda de Shove. De vez en cuando lo asaltaba el miedo a llevar unas anteojeras que le estuvieran impidiendo ver otras posibilidades a izquierda y a derecha del camino. Siempre se había regido por el principio de permanecer abierto a cualquier opción, a los vínculos más extraños. Lo admiraban por su capacidad para manejar varios hilos al mismo tiempo y desenmarañarlos con gran habilidad. Solía investigar en diez direcciones a la vez y dedicar a cada vía de investigación toda la atención que requería hasta el final. En esta ocasión no lo estaba logrando. Sentía que se estaba aferrando a Denis Shove sin importar cuántas veces le advirtiera su equipo de que no se ciñera solo a él. Pero es que no tenía nada más ni a nadie más. Ni variantes, ni segundas opciones, ni alternativas plausibles. Nada. Y entonces se preguntaba: «¿Por qué es así? ¿Porque esta vez no hay nada más? ¿Porque la opción de Shove es tan evidente que niega por sí sola la posibilidad de abrir otras vías o incluso planteárselas?

»¿O soy yo el problema? ¿Será que el nuevo Caleb no es tan fantástico como el viejo?».

El nuevo Caleb había tenido que separarse de su mejor amigo y su más firme

apoyo: el alcohol. Un amigo que a la larga lo habría destrozado. Pero que también lo fortalecía y le permitía encadenar ideas aventuradas y transmitir sus visiones. Que lo ponía en contacto con su intuición, con sus impulsos. A menudo se había dejado llevar por algo cuyo fin no habría sabido explicarle a nadie. Por un instinto que la mayoría de las veces había resultado ser asombrosamente certero.

Y que ya no lo acompañaba. O al menos Caleb ya no sabía cómo acceder a él.

Le parecía curioso lo pertinaces que podían ser ciertos clichés, a pesar de que al mirarlos desde otra perspectiva resultara evidente que algunos fenómenos eran más complejos y variados de lo que en general se suponía. Al pensar en un alcohólico, la gente siempre imaginaba a un despojo humano, a un adicto que a duras penas conseguía lidiar con las tareas del día a día, al que cada vez le costaba más disimular sus errores, que se tambaleaba lento pero seguro hacia el ostracismo profesional, personal y social en general. Caleb sabía que eso solo era cierto en parte. Él mismo había cometido errores y había sufrido crisis que, de haber seguido igual, probablemente habrían sido cada vez más frecuentes. Sin embargo, la mayor parte del tiempo el alcohol lo convertía en un policía sumamente eficaz que se sentía fuerte y seguro de sí mismo y que coleccionaba un éxito profesional tras otro. La bebida adormecía las dudas sobre sí mismo y barría así de un plumazo todo aquello que pudiera bloquearlo. No sabía si en algún momento eso habría acabado transformándose en una arrogancia incontrolable que a su vez lo habría conducido a tomar decisiones equivocadas; lo creía posible, pero nunca había llegado hasta ese punto.

Desde que no bebía, se sentía pequeño e inseguro. Tenía la impresión de dedicar demasiada energía a ocultar sus dudas, para que ningún compañero las percibiera. Resultaba irónico que eso le supusiera un esfuerzo mayor que el que antes dedicaba a disimular su consumo diario de alcohol. No era cierto que uno se liberara al deshacerse del demonio del alcohol. Simplemente caía víctima de otras presiones. A Caleb estas le resultaban mucho más duras que las anteriores.

Se dio cuenta de que todos estaban en silencio, tanto Robert al teléfono como Jane en su despacho. Al parecer ya estaba todo dicho por el momento y solo esperaban a que él diera por terminada la conversación.

—Vale —dijo—, no creo que podamos hacer mucho más por ahora. Robert, ¿volverás hoy a Scarborough?

—Sí, pero seguiré en contacto con el forense. Me mantendrá al tanto de los resultados de la autopsia, ya lo he hablado con él.

Colgaron el teléfono. Caleb devolvió el lápiz al bote y se puso de pie.

—Voy a comer algo —anunció—. ¿Te apetece acompañarme?

Jane también se había levantado. Negó pesarosa con la cabeza.

—Tengo que ir a casa. Será bueno que por una vez no llegue tan tarde.

—Lo entiendo. Entonces hasta mañana.

Salieron del despacho. Jane entró en el suyo para apagar el ordenador y recoger

sus cosas. Desde hacía un par de minutos se sentía agobiada por algo que no acertaba a identificar. Quizá «agobiada» era mucho decir. Era más bien una mosca detrás de la oreja... Se acordó justo cuando buscaba la llave del coche entre el caos del escritorio.

No habían llamado. La familia Crane. Tenían que haber vuelto a Kingston la noche anterior y hoy tenían que haber dado señales de vida.

Por si acaso comprobó el buzón de voz del móvil, pero no había recibido ningún mensaje.

Vaciló. ¿Debía intentar llamar de nuevo al móvil de Stella Crane? ¿O al fijo de su casa en Kingston? ¿O a la vecina?

Puede que los Crane simplemente se hubieran olvidado. Acababan de regresar de unas largas vacaciones. Se les habrían acumulado tareas más urgentes. De todos modos era extraño que no dieran prioridad a devolver la llamada a una agente de la policía de Yorkshire; por lo general la gente reaccionaba alarmada a todo lo que tuviera que ver con los cuerpos de seguridad y quería saber lo antes posible de qué se trataba.

Al final decidió llamar una vez más al móvil de Stella y después al fijo de la casa de Kingston. Contestador automático en ambos casos.

Se puso nerviosa. En ese momento los Crane eran la única, aunque remota, posibilidad, que veía de establecer un vínculo con Shove. El sospechoso al que se aferraba el jefe. ¿Tenía sentido apoyarlo? ¿O solo estaban retrasando lo inevitable, la certeza de haber perseguido a la persona equivocada?

¿Y entonces qué?

Le empezaba a doler la cabeza. Las primeras punzadas sutiles en las sienes.

Por fin encontró la llave del coche y salió del despacho.

MARTES, 10 DE JUNIO

1

Stella había dormido tan profundamente que volvió a la realidad a duras penas y a regañadientes. Sobre todo porque estaba soñando algo bonito: estaba en su casa y veía que, de la noche a la mañana, cientos de plantas exóticas y maravillosas habían crecido en el jardín. Estaban en flor, y eran tales la intensidad de su aroma y la variedad de fantásticos colores que mostraban, que casi mareaba. Stella era incapaz de explicarse tal prodigio. No tenía ninguna mano para las plantas y ni siquiera conseguía que las petunias que ponía en macetas en la terraza en verano llegaran medio vivas al otoño. Entonces veía que de los aspersores llovían arcos relucientes y plateados de agua sobre las flores, y pensaba que podía acercarse a beber. Tenía sed, y el agua parecía fresca y clara. Curiosamente, de las mangueras que recorrían el jardín salía un extraño gemido, como si el suministro proviniera de una manivela vieja, oxidada y quejumbrosa. Stella miraba a su alrededor, porque quería llegar al fondo del asunto, pero entonces sentía que algo estaba cambiando.

Se despertó.

Ya no había flores ni arcos de agua que brillaran al sol. Del sueño solo quedaba la sed infinita que hacía un momento había querido saciar. Y el extraño ruido rechinante.

Se incorporó con torpeza. Yacía en el suelo sobre una alfombra que había arrastrado hasta allí, y se había tapado con una segunda manta que había encontrado en un rincón. Sobre esa manta debía de haber dormido antes un perro, porque estaba cubierta de pelo, pero no era el momento de pensar en ese tipo de molestias. Sin manta hacía demasiado frío, y esta era la única que tenía.

Sammy estaba a su lado. Aún dormía. Cinco días en cautividad habían bastado para que pareciera más pálido y delgado. Estaba desgredado y Stella vio que tenía los labios ásperos y despellejados. No bebía suficiente agua. Como todos.

«Le daré algo de mi ración», pensó Stella.

Se pasó la lengua por los labios. También secos y agrietados.

Un rayo de sol entraba por la ventana rota. Otro día cálido y soleado. Y seguían ahí, encerrados en esa maldita cárcel de piedra. Era obvio que Denis y Terry todavía no habían hecho la llamada prometida. Si es que Denis había tenido intención de hacerla en algún momento.

A Stella se le vino el mundo abajo. Su único deseo era poder volver al sueño y al jardín florido y lleno de agua al menos durante media hora más. Pero entonces volvió a oír el extraño quejido y giró la cabeza.

Se dio cuenta de que el ruido provenía de Jonas. Estaba tumbado en el sofá,

aparentemente dormido, y respiraba con dificultad, como si le costara coger aire. En la penumbra podía ver su rostro cetrino. Su principio de barba entrecana no disimulaba lo traslúcida que tenía la piel.

El día anterior Stella había pensado que estaba mejorando. Ahora le parecía que estaba peor que antes.

Se levantó con cuidado para no despertar a Sammy y se acercó a él en silencio. Al agacharse junto al sofá notó el calor que desprendía su cuerpo. Le puso la mano en la frente y se apartó asustada: ardía de fiebre. Otra vez.

Además olía de forma desagradable, no solo a falta de higiene y a sudor (cosa que les pasaba a los tres), sino en cierto modo... a podredumbre. La herida del vientre no se curaba. Lo único que serviría a esas alturas era una dosis alta de antibióticos.

Tenía que verlo un médico ya.

Fue a la esquina donde guardaban los escasos víveres. Llenó un vaso de agua y tuvo que contenerse para no dar un sorbo. Tenía tanta sed que sentía como si tuviera la boca llena de serrín, pero se obligó a no pensar en ello. Había que estirar el intervalo entre las comidas, que siempre acompañaban con algo de beber; o por lo menos las suyas. Jonas tenía prioridad. Ya no había duda de que en su caso era un asunto de vida o muerte.

Se arrodilló de nuevo junto a él, le humedeció los labios con agua y le echó también un poco en la frente. Ojalá hubiera podido aplicarle compresas húmedas y frías cada hora para que le bajara la fiebre, pero entonces las botellas de agua se les habrían terminado antes de que acabara el día. Y no parecía que los fueran a rescatar en un futuro próximo.

Jonas se movió inquieto y abrió los ojos. Estaban vidriosos.

—Agua —susurró.

Le levantó la cabeza con una mano y con la otra le llevó el recipiente a los labios. Jonas bebió a grandes sorbos. Después volvió a dejarse caer.

—De repente... me cuesta mucho... respirar —dijo con dificultad.

—Tienes una fiebre muy alta. ¿Crees que podrías tragar una pastilla?

—Sí —murmuró él, pero después de levantar la cabeza con su ayuda y tomar dos pastillas de paracetamol, se quedó totalmente derrotado. Mantuvo los ojos cerrados y ni siquiera los abría cuando su mujer le hablaba. Por lo menos no parecía dolerle nada, en cualquier caso no se quejaba, pero Stella se preguntó si su respiración no era cada vez más dificultosa.

Oyó un ruido tras de sí. Sammy se había despertado y se acercó.

—Tengo mucha sed —dijo.

Stella se levantó, lo acompañó a la esquina donde estaban las provisiones y le llenó un vaso de agua. Se la bebió tan deprisa como antes lo había hecho su padre.

—¿Me das más? —preguntó.

Le dolió en el alma, pero negó con la cabeza.

—¿Puedes esperar un poquito? No nos la podemos acabar, ¿entiendes?

—¿Cuándo llega la policía?

—Seguro que pronto. Puede que incluso hoy. —Pero en realidad estaba perdiendo la esperanza. Denis Shove no avisaría a la policía hasta que creyera que estaba completamente a salvo, y podría pasar mucho tiempo antes de que eso ocurriese.

Jonas estaba en lo cierto con la visión pesimista de la situación que había expresado el día anterior: si al final venía alguien a ayudarlos, ya sería demasiado tarde. Demasiado tarde para él en su grave estado de salud. Pero también demasiado tarde para todos ellos, porque pronto ya no les quedaría agua.

Stella miró por la ventana. Vio el cielo azul.

También en eso tenía razón Jonas: el único que podía salir de ese edificio cerrado a cal y canto era Sammy. Ella se resistía; por la noche, mientras conciliaba el sueño, había descartado el plan por ser totalmente absurdo.

Ahora se daba cuenta de que en realidad no podían plantearse si optaban por seguir esa vía o no.

Porque no tenían elección.

2

A la mañana siguiente, Kate se despertó sobre las ocho y decidió no cejar en su propósito de encontrar a Norman Dowrick. Volvería al barrio en el que había vivido por última vez y quizá encontrara a alguien que supiera algo de su paradero. Si eso no funcionaba, lo intentaría en la oficina del padrón. Dowrick vivía de su pensión de discapacidad, no podía haber desaparecido del todo porque le habrían quitado la ayuda. A no ser que ya estuviera mendigando. En ese caso se le habría perdido la pista por completo.

Kate se aseó en el pequeño lavabo de su habitación y después observó su reflejo; un comportamiento muy raro en ella. Por lo general evitaba expresamente los espejos, pero debía reconocer que el peluquero del día anterior había hecho un buen trabajo. En lugar de las greñas que habitualmente le caían desordenadas hasta los hombros, ahora lucía un corte a capas hasta la barbilla que disimulaba un poco su delgadez, le dulcificaba el rostro y le hacía parecer más joven. Unas mechaz rubias y cobrizas aclaraban y daban brillo al discreto color castaño mate de su pelo. Kate no solía echarse flores, pero, por primera vez en muchos años, mirarse al espejo no le causaba frustración ni tristeza. Se gustaba. Nunca sería una belleza, no se engañaba, pero sin duda podía sacarse más partido que el que se había sacado hasta entonces.

Después de desayunar unas tostadas grasientas con huevos revueltos que le pesarían todo el día en el estómago, puso rumbo a la barriada. Aparcó de nuevo en el paso subterráneo entre las casas y la fábrica abandonada y salió del coche. Al acercarse a los edificios, divisó al indio joven y delgado que estaba otra vez sentado

(¿o quizá seguía sentado?) en el muro de hormigón. Había hablado con él el día anterior y recordaba que se llamaba Kadir Roshan.

—¿Sigues buscando al de la silla de ruedas? —preguntó el chico.

—Sí. Es muy importante que lo encuentre.

—¿Sabe qué? Me he acordado de algo. —Hizo una pausa y movió suavemente los hombros hacia delante y hacia atrás. Se rodeaba el cuerpo con los huesudos brazos morenos. Kate ya se estaba preguntando si aquella pausa dramática respondía a que esperaba una oferta a cambio de la información, y si sería buena idea darle un billete de cinco libras, cuando prosiguió—: Hay una niña por aquí... que a veces presume de tener una silla de ruedas. Una de verdad.

—¿Una niña discapacitada?

El muchacho se rio.

—No en ese sentido, sino de aquí. —Se señaló la cabeza—. Le falta un hervor. Pero camina bien, no necesita la silla.

—¿Quiere decir que se ha apropiado de la silla de Norman Dowrick? —concluyó Kate.

—Podría ser, ¿no?

—Entonces quizá sepa qué le ha pasado.

Él se encogió de hombros.

—Habría que preguntárselo a ella.

—¿Cómo se llama? ¿Dónde puedo encontrarla?

—Se llama Grace. Grace Henwood. —Sonrió. Había algo raro en él, pero hablaba un inglés perfecto y muy culto. Kate esperaba que no se hubiera inventado todo aquello.

—¿Y dónde vive esa tal Grace?

Él señaló una de las casas. Era tan ruinoso como todas las demás. Junto a la puerta de entrada, a la que conducían unos cuantos escalones, había una lavadora oxidada y abandonada.

—Ahí. Creo que en ese edificio solo viven ella y su familia. Puede que también una señora mayor en el piso de arriba, pero no estoy seguro.

—Grace Henwood —repitió Kate.

—Tenga cuidado —le aconsejó el joven—. Su padre es un auténtico sádico.

Le dio las gracias y se dirigió a la casa que le había señalado. Oyó voces detrás de una de las puertas y llamó.

El hombre que le abrió debía de ser el sádico al que se refería Kadir. Si no fuera por su prominente barriga, se podía decir que estaba delgado. Iba vestido con unos pantalones azules de chándal y una camiseta interior blanca. Llevaba unas zapatillas de cuadros, sin calcetines.

—¿Sí? —preguntó.

—Buenos días —dijo Kate—. ¿Está en casa su hija Grace?

El hombre la miró con desconfianza.

—¿Es usted de protección de menores?

—No, no pertenezco a ninguna autoridad. —Esta vez no pensaba mencionar Scotland Yard. De hacerlo, podía irse olvidando de que el tipo colaborara—. Solo estoy buscando a alguien. Un viejo conocido. Y me han dicho que puede que su hija sepa dónde encontrarlo.

—¿Quién es?

—Norman Dowrick. ¿Lo conoce? Se supone que vive por aquí.

—¿Usted conoce a alguien que vive por aquí? —dijo el hombre mirándola con desdén. Kate llevaba vaqueros y una camiseta, pero aun así iba mejor vestida que la mayoría en ese lugar. Además, desde el día anterior su corte de pelo apuntaba a una peluquería cara.

—Es un viejo amigo de mi padre. Va en silla de ruedas.

—Ah, ya sé quién es. No tengo ni idea de dónde vive exactamente. A veces se daba una vuelta por entre las casas, pero ya hace mucho de eso. No creo que siga por aquí.

—Su hija...

—Mi hija no está muy bien de la cabeza. No creo que pueda ayudarla.

—De todas formas me gustaría hablar con ella —insistió Kate.

Él la escrutó con la mirada.

—Sí que viene de protección de menores, ¿verdad?

«Y tú te mueres de miedo de pensar que sea así», pensó Kate. Consideró que alguien, quizá incluso la policía, tendría que investigar con lupa a esa familia, en especial al padre, pero ni tenía la autoridad necesaria ni era el momento para ello.

—No. Ya le he dicho que solo he venido a buscar al señor Dowrick.

—No lo conozco. Y Grace tampoco. Y ahora lárguese. —La actitud del hombre había cambiado radicalmente. A Kate no le costó imaginar que pudiera resultar muy desagradable. Al principio había intentado mostrarse correcto, pero ahora ya no veía ningún motivo para ello, y seguramente nunca mantenía la compostura durante mucho tiempo—. Si no llamaré a la policía —añadió.

Ella estaba segura de que eso era lo último que haría, pero también sabía que no le iba a sacar mucho más. Tenía recluida a su hija, y puede que tuviera sus razones. Percibía su carácter violento, la frialdad en sus ojos.

Se dio la vuelta para marcharse y oyó el estruendo de la puerta al cerrarse.

«¿Y ahora qué?».

Se alejó de la casa caminando lentamente, pensando en la manera más sensata de proceder. Entonces oyó un ruido amortiguado, una especie de susurro por encima de su cabeza. Miró hacia arriba.

La casa en la que vivía la familia de Grace estaba en el entresuelo, de manera que la ventana estaba a algo más de un palmo por encima de Kate. Vio a una mujer que se asomaba, pero que al mismo tiempo miraba temerosa por encima de su hombro porque no quería que la descubrieran. El tono amarillento de su piel resultaba

aterrador.

—He oído que busca a Grace, ¿verdad?

Kate se detuvo y bajó también el tono de voz por precaución.

—Sí. ¿Es usted su madre?

—Sí. Cruce el paso subterráneo hacia la vieja fábrica. Grace siempre anda por allí.

No era el momento de preguntar qué hacía Grace en una fábrica abandonada en lugar de estar en el colegio.

—Gracias. Ahora mismo iré para allá.

—Ayúdela, por favor —añadió la mujer antes de cerrar la ventana.

La encontró en la parte trasera de la fábrica. Se paseaba con la silla de ruedas entre montones de viejos neumáticos y bidones gigantes, en los que Kate esperó que no hubiera químicos tóxicos o cualquier otro tipo de residuos peligrosos. Aquel lugar estaba a la sombra de un edificio de ladrillo alargado y bastante alto que amenazaba con desmoronarse en cualquier momento. «Cuánta dejadez —pensó—. Toda la zona tendría que estar acordonada y marcada con señales de advertencia».

Se acercó a la niña.

—¿Grace? —preguntó.

Grace frenó la silla de ruedas. La movía con las manos. Kate no vio si la silla tenía algún dispositivo eléctrico.

—Soy Kate Linville. Una amiga de Norman Dowrick.

—Hola —dijo la niña.

Kate miró los ojos azul claro de aquella cara angelical, suave y redonda. Llevaba la melena rojiza detrás de las orejas, y le caía casi hasta la cintura. Tendría por lo menos trece o catorce años, a juzgar por su cuerpo femenino ya muy desarrollado, pero la expresión de su rostro no encajaba. No parecía haber alcanzado aún la madurez intelectual de una adolescente.

Su padre había dicho que no estaba bien de la cabeza. Kadir Roshan había mencionado que le faltaba un hervor.

—¿Eres Grace? —quiso asegurarse Kate.

—Sí.

—Tu madre me ha dicho dónde encontrarte.

Su mirada infantil se llenó de inquietud.

—¿Mi madre? ¿Mi padre también lo sabe?

—No, no tiene ni idea.

Grace, visiblemente aliviada, se apartó un mechón de pelo. Kate se preguntó si se pasaba el día haciendo aquello, pasearse con la silla por el solar de la mañana a la noche, entre neumáticos y bidones, retrasando el momento de volver a casa. Esa casa que seguramente era el lugar más peligroso del mundo, más peligroso incluso que

aquella fábrica en ruinas que parecía estar a punto de derrumbarse de un momento a otro llevándose por delante a todo el que estuviera por allí.

—Vaya silla más chula. ¿Es tuya?

—Sí.

—Pero en realidad no la necesitas, ¿no? Porque puedes andar.

—Sí.

—Así que te divierte dar vueltas con ella, ¿verdad?

—Sí.

Kate sonrió simpática.

—No te la quiero quitar, Grace, pero sabes que es de otra persona, ¿verdad? De Norman Dowrick.

Repitió el nombre, pero no obtuvo ninguna reacción por parte de Grace. No parecía conocer a Norman por su nombre.

—Grace, ¿de dónde has sacado la silla?

La niña le devolvió la sonrisa.

—Es mía.

—¿De dónde la has sacado? ¿Te la ha regalado alguien?

—No. La cogí.

Kate albergaba la esperanza de que eso no fuera un sinónimo de robar.

—¿La cogiste?

Grace parecía algo insegura.

—Él ya no la necesita, así que la cogí.

—¿Ya no la necesita? ¿Su dueño, quieres decir?

—Sí.

—¿Se fue de aquí? ¿Sin la silla de ruedas?

—No se fue. —La niña se incorporó con agilidad. La silla rodó un poco hacia atrás y luego se detuvo. Kate vio que era alta y delgada, y que la ropa se le había quedado pequeña. Los vaqueros eran demasiado cortos y las mangas del jersey, también. Entonces se fijó en las manchas amarillentas que tenía en las muñecas.

«Ayúdela, por favor», le había dicho su madre.

Grace se acercó a uno de los bidones y puso las manos en la tapa. Se volvió hacia Kate y le dedicó una sonrisa serena y amable.

—Está aquí dentro —dijo.

3

Caleb Hale estaba delante del padre de Grace y le costaba disimular la aversión que sentía por él. Uno de sus compañeros de la policía de Liverpool le había tomado los datos, así que el comisario sabía que se trataba del señor Darren Henwood, cuarenta y

dos años, mecánico naval, en paro desde hacía cinco años. Tenía tal pinta de criminal que incluso él, acostumbrado a ver cosas terribles, estaba impresionado. Detrás, a un lado, estaba Julie Henwood, su mujer. Tenía el aspecto de quien ha perdido toda esperanza de que su vida mejore algún día.

—Son casi las nueve de la noche —dijo Caleb—, ¿y no tienen ustedes ni idea de dónde anda su hija de trece años?

También se había enterado de la edad de Grace, y de que se trataba de la única hija de los Henwood.

Darren se encogió de hombros.

—A veces vuelve pronto y a veces tarde.

—¿Y eso no le preocupa lo más mínimo?

El hombre alzó los hombros una vez más.

—Ya se sabe cómo son los adolescentes.

—¿Y cómo son? —preguntó Caleb.

El señor Henwood sonrió.

—Imprevisibles. Hacen lo que quieren, así que da igual lo que les digas. Y encima Grace... tiene como una tara.

—¿Cuando dice «tara» quiere usted decir que su hija tiene un retraso en su desarrollo intelectual?

—Cuando digo tara quiero decir tara. No está bien de la cabeza. Nunca lo ha estado. No sé por qué. Mi mujer la ha llevado al médico, pero él tampoco puede explicarlo. Estas cosas pasan. Uno nace y crece, pero el cerebro no crece al mismo ritmo.

Caleb se dirigió repentinamente a Julie Henwood.

—Señora Henwood, ¿tiene alguna idea de dónde puede estar su hija?

Ella miró temerosa a su marido. Daba la impresión de que habría preferido consultarle qué debía responder.

—No —masculló finalmente—, yo tampoco lo sé.

—¿Tiene algún amigo con el que pudiera estar?

—No tiene amigos —dijo Darren—. ¿Quién iba a querer estar con ella? Si no dice más que tonterías.

—Aun así habrá alguien en quien confíe, ¿no?

—Nos tiene a nosotros —dijo el hombre, y Caleb pensó que su padre sería seguramente la última persona del mundo en la que confiaría Grace. Puede que en su madre sí, pero la señora Henwood dependía tanto de su marido que tampoco podía ser de ninguna ayuda a su hija.

La situación era complicada. La niña podía estar en cualquier parte, o en ninguna.

—¿Es cierto lo que dicen por ahí? —preguntó entonces Darren—. ¿Que hay tanta policía en la fábrica porque han encontrado un muerto?

—Correcto. Según parece se trata de Norman Dowrick, que también vivía en una de estas casas.

—¿El de la silla de ruedas? Una mujer nos preguntó por él esta mañana. Quería encontrarlo a toda costa.

—El de la silla de ruedas —confirmó Caleb.

Se preguntaba si había algo que pudiera hacer para evitar que Kate investigara por su cuenta la muerte de su padre. Ni siquiera amenazarla con un expediente disciplinario había servido de nada. Seguía adelante incansable, y lo peor era que él y su equipo siempre le iban a la zaga. Encontraba un muerto tras otro, y después llamaba a los investigadores y les presentaba nuevas implicaciones del ya complicado caso. Lo de Norman Dowrick le cabreaba especialmente. Tras el asesinato de Linville, él mismo había dado instrucciones al sargento Robert Stewart para que visitara a la señora Dowrick y le preguntara por su marido. Como resultaba que el matrimonio se había separado y no mantenían contacto alguno, y que Norman vivía de su pensión de invalidez en algún lugar de Liverpool, apartado del mundo y de su antiguo amigo y compañero Richard Linville, no habían seguido investigando en esa dirección.

Y ahora Kate lo había encontrado muerto, en un bidón lleno de agua cerrado herméticamente en una fábrica abandonada. Había avisado a la policía de Liverpool, que había abierto el bidón y había encontrado allí el cadáver. Caleb podía imaginarse a la perfección el escepticismo de los agentes al ver que la pista decisiva venía de una niña de trece años con retraso mental. Seguramente se habían burlado o habían mostrado su enfado mientras forcejeaban para abrir el bidón. Pero después se habrían quedado petrificados. Caleb, informado por Kate, había llegado a Liverpool por la tarde y había hablado con los dos primeros hombres en llegar a la fábrica, policías con una experiencia vital y profesional considerable. Ambos tenían un color enfermizo, y uno de los dos se secaba constantemente la frente con un pañuelo porque no paraba de sudar. Aún no habían llegado los resultados de la autopsia y la identidad del muerto tampoco estaba clara, pero a juzgar por lo que Grace le había dicho a Kate, no cabía duda de que se trataba de Norman Dowrick, del que nadie tenía noticias desde hacía meses. Kate parecía haberse propuesto descubrir toda una serie de asesinatos, y las dos víctimas hasta el momento tenían algo que ver con Richard Linville: una era su amante; y la otra, su amigo y compañero. Sin embargo, cada vez resultaba más difícil relacionar a los asesinados con Denis Shove. El único cadáver que había encontrado Caleb hasta ahora, ya identificado como Neil Courtney, sin duda había fallecido por causas naturales; Robert Stewart había recibido los resultados definitivos de la autopsia al mediodía. De esta manera, Denis Shove seguía siendo sospechoso de haber encontrado al anciano y haberlo enterrado en el jardín, para después ocultar su muerte a las autoridades y embolsarse el dinero de la pensión, pero no se le podía acusar del asesinato de su pariente lejano. Aquella historia de Newcastle tampoco parecía tener nada que ver con la muerte de Linville.

Sin embargo, era imposible que Dowrick se hubiera ahogado a sí mismo en el bidón y que después hubiera cerrado la tapa. Eso Kate también lo sabía.

—Ha sido brutalmente asesinado —le había dicho por teléfono—, igual que mi padre. Y que Melissa Cooper. Deberías venir, Caleb. De lo contrario la policía investigará en la dirección equivocada. No consigo convencer a los agentes de que el crimen está relacionado con otros dos asesinatos en Yorkshire. Creen que no es más que un pobre minusválido indefenso asaltado por unos porreros. Pero a mí esa teoría me parece muy poco probable.

El comisario se había pasado el viaje de Scarborough a Liverpool maldiciendo casi sin interrupción.

Cuando llegó al solar, ya se habían llevado el cadáver pero el lugar seguía siendo un hervidero de agentes y coches de policía. Caleb se dio cuenta enseguida de que reinaba un ambiente febril, casi explosivo, una agitación más intensa de lo habitual en un escenario del crimen. No tardó mucho en enterarse de por qué: en la confusión general, la testigo, la niña de trece años que tenía la silla de ruedas de la víctima y que había señalado el lugar donde se había encontrado el cadáver, había desaparecido sin más. Los agentes ya habían estado en casa de sus padres, que no tenían ni idea de dónde podría estar su hija, y ahora estaban peinando la zona.

—La niña sabía exactamente dónde se encontraba el cadáver —le explicó la jefa de operaciones, que por fin había creído, aunque a duras penas, al comisario desconocido de Scarborough, que afirmaba que aquella muerte podía estar directamente relacionada con las dos de Yorkshire—. Ahí atrás hay cientos de bidones, y ella sabía exactamente de cuál se trataba. No puede haber encontrado el cadáver por casualidad, porque le habría resultado imposible abrir la tapa y volverla a cerrar tal como la encontró mi equipo.

—¿Quiere decir que tuvo que presenciar los hechos? —dedujo Caleb—. ¿O al menos lo que hicieron con el cadáver, en caso de que el lugar del crimen y el sitio en el que se ha encontrado el cuerpo no coincidan?

—O incluso pudo estar involucrada. Las bandas juveniles campan a sus anchas en esta zona. Tipos que desafortunadamente no se detendrían ante un hombre en silla de ruedas. Más bien al contrario.

Caleb solo había podido hablar brevemente con Kate, que ahora estaba siendo interrogada por un agente de la policía de Liverpool.

—Estoy seguro de que Grace no es la autora —le había asegurado Kate—. Es una buena chica con retraso mental que, en mi opinión, se pasa veinticuatro horas al día huyendo de su padre.

—¿Y por qué ha desaparecido del escenario del crimen? —preguntó el comisario.

—Me da muchísima rabia no haberle prestado atención —se había lamentado. Él la había visto muy pálida, pero más firme que en la última situación similar, cuando encontró a Melissa Cooper—. No ha desaparecido porque haya tenido algo que ver con los hechos, Caleb. En ese caso, ¿por qué me habría señalado dónde se encontraba el cadáver de Norman Dowrick? Nadie lo habría encontrado en ese espantoso bidón. Sospecho que tenía miedo por lo de la silla de ruedas. Se la había quedado, y de

repente esto se ha empezado a llenar de policías. Pensó que venían a por ella. Así que se ha esfumado, y ahora seguramente esté temblando en algún escondite.

Para hacerse una idea de la situación familiar, Caleb había ido a casa de los Henwood. El padre le resultó repugnante, y vio que la señora Henwood apenas se atrevía a respirar sin pedirle antes permiso a su marido. Sin embargo también tuvo la firme impresión de que efectivamente ninguno de los dos tenía ni idea de dónde podía haberse metido Grace. Tampoco sabían nada de la silla de ruedas, ni mucho menos del muerto.

—Necesitamos los nombres y las direcciones de las personas con las que tiene contacto Grace —dijo—. ¿A qué colegio va?

La señora Henwood susurró el nombre del colegio y añadió:

—Es un centro para niños con... problemas. Pero no va todos los días.

«Y a nadie le preocupa demasiado», pensó Caleb con tristeza.

Los agentes de Liverpool irían al colegio a hablar con los profesores, los compañeros de clase y sus padres. Tal vez alguien pudiera darles una pista del paradero de la niña.

Se sacó una tarjeta del bolsillo interior de su chaqueta y se la entregó al señor Henwood.

—Aquí tiene. Si se le ocurre algo que pueda ayudarnos a encontrar a su hija, llámeme. A mí o al compañero que ha hablado antes con ustedes. O a cualquier comisaría. Es muy importante.

—Lo haré —prometió el hombre.

Caleb esperaba que lo dijera en serio.

Salió de la casa. Entretanto, la policía se había retirado, pero le habían dicho que reanudarían la búsqueda de Grace al día siguiente. Sentado en un muro entre las casas había un hombre esquelético y de piel oscura que se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Se dirigió al comisario.

—¿Es cierto que el hombre de la silla de ruedas está muerto?

—Es muy probable, sí —respondió.

El hombre contrajo el rostro en una mueca de dolor.

—¿Lo encontró la mujer que lo estaba buscando por todas partes?

Caleb supuso que se refería a Kate.

—Sí.

—Porque Grace sabía algo, ¿verdad? Yo le di la pista de que Grace tenía la silla de ruedas.

—¿Conoce bien a Grace?

—No mucho, solo un poco. Pobre niña. Su padre es un sádico.

—Oiga, señor...

—Roshan. Kadir Roshan.

—Señor Roshan, ¿tiene alguna idea de dónde puede estar Grace? Es muy importante que hablemos con ella. Probablemente esté escondida por miedo a que la

regañemos por tener la silla de ruedas, pero nadie quiere meterla en líos. Solo necesitamos hablar con ella.

—No sé dónde está —dijo Kadir. Por un momento había dejado de balancearse, pero ahora volvía a hacerlo. Caleb no habría podido demostrarlo, pero le daba la impresión de que ese hombre sabía más de lo que decía. O que por lo menos tenía alguna sospecha que se guardaba para sí.

Volvió al coche y de camino llamó a Jane a la comisaría de Scarborough. La había mantenido al corriente durante toda la tarde y en la última conversación le había encargado que le reservara una habitación en Liverpool. Quería quedarse hasta el día siguiente. También le había pedido que se pusiera en contacto con Kate y le dijera que tenía que volver a hablar con ella cuanto antes.

Jane cogió el teléfono enseguida. Parecía alterada. Caleb la comprendía muy bien, él también lo estaba. El caso cada vez les estaba afectando más. Otro muerto, y de nuevo un antiguo compañero.

La agente le informó de que había llamado a Kate al móvil y le había preguntado por el sitio donde se alojaba en Liverpool para reservarle una habitación en el mismo hotel.

—Puede que ya esté allí esperándote —dijo, y sin coger aire, añadió—: ¿Hay alguna novedad?

—Una mierda es lo que hay. Tenemos una testigo que quizá presenciara el crimen. Una niña de trece años con discapacidad intelectual que sabía exactamente dónde se encontraba el cadáver de Dowrick, si es que se trata de Dowrick, de lo cual estoy casi seguro. Y esa testigo ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿Y cómo es posible?

Caleb suspiró.

—Puede que aprovechara la circunstancia de que en el escenario todo el mundo estaba ocupado con otra cosa. Para cuando los agentes se quisieron dar cuenta de lo importante que era la niña, ya se había alejado a hurtadillas. Y ahora parece que se la haya tragado la tierra.

—Efectivamente, una mierda. Todo esto es... —dejó la frase a medias.

El comisario sabía lo que quería decir. A cada paso que daban, las cosas se volvían más difíciles. En lugar de acercarse a la solución, parecía que cada vez estuvieran más lejos. Norman Dowrick. ¿Cómo iban a encajarlo en la versión de los hechos que habían mantenido hasta entonces?

Se despidieron desanimados, y Caleb se marchó a ver a Kate.

mirada recayó sobre el papelito que coronaba la montaña de documentos de su escritorio: los números de teléfono de Stella Crane y de su vecina en Kingston.

La pregunta era si debía seguir investigando ese asunto. Tenían que arrestar a Shove; había disparado a Peggy Wild y era culpable de un delito de lesiones graves.

«Y hacer algo siempre es mejor que no hacer nada», pensó agotada.

Primero intentó dar con Stella Crane una vez más, pero le volvió a saltar el contestador. Después probó con el número fijo de Kingston. También un contestador.

Al final llamó a la vecina, la señora Hedger.

Esta descolgó el teléfono al tercer tono y sonó muy aliviada cuando Jane le dijo quién era.

—Ay, agente Scapin, cómo me alegro. Llevo todo este tiempo pensando en llamarla pero siempre... En fin, no estaba segura de no haberme equivocado y de estar siendo ridícula. Ya no sé qué pensar, pero en principio estaba convencida de que me dijeron el 8 de junio, aunque...

La vecina cogió aire y Jane aprovechó para interrumpir su torrente de palabras.

—Señora Hedger, ¿qué ha pasado? Sigo esperando a que los Crane me devuelvan la llamada.

—A eso me refiero —respondió—. No están en casa. No volvieron el domingo por la noche. Ni ayer. No se oye nada en la casa. Las cortinas están echadas. Hoy he vuelto a ir a por el correo y a regar las flores. No hay nadie.

—Vaya —dijo Jane.

—El domingo a última hora pensé que habrían salido tarde y que llegarían entrada la noche. Estaba segura de que el lunes por la mañana vería el coche ante su casa. Pero no fue así.

—¿Y dice que en principio está segura de que los Crane tenían intención de volver el 8 de junio?

—Sí, yo creo que fue eso lo que me dijeron. Pero empiezo a dudar. Puede que quisieran quedarse una semana más.

—He dejado un mensaje en el contestador del móvil de la señora Crane —explicó Jane—, pero no ha respondido. Quedaron en que escucharía los mensajes con regularidad, ¿verdad?

—Sí, y eso también me sorprende. Desde ayer yo también le he dejado dos mensajes pidiéndole que me llame urgentemente porque no estoy segura de la fecha en la que regresaban. Pero no ha dado señales de vida.

La agente reflexionó.

—¿Y no es habitual en ella? Es decir, ¿otras veces ha cumplido con lo que le decía?

—Siempre —contestó la vecina de inmediato y muy convencida—. Si me dice que comprobará los mensajes cada dos días y que llamará enseguida si es algo importante, lo cumple. Pondría la mano en el fuego.

Lo cierto era que aquello sonaba bastante extraño. Sobre todo en relación con

Therese Malyan, la madre biológica del hijo adoptivo de los Crane. Que a su vez era la pareja de un delincuente a la fuga.

A pesar de no tener tantos datos, era evidente que la señora Hedger se hacía preguntas similares.

—¿Les habrá pasado algo? ¿A todos ellos?

—Si hubieran tenido un accidente de tráfico de tal magnitud me habría enterado —repuso Jane—. Señora Hedger, haga memoria, por favor. ¿Tiene cualquier otro dato sobre el lugar exacto donde han ido de vacaciones? Mencionó usted el norte de Inglaterra. ¿Recuerda algo que pueda acotar la zona un poco más? ¿Le habló la señora Crane de alguna ciudad? ¿Algún pueblo? ¿Algún lago o castillo cercanos? ¿Alguna atracción turística?

Casi se podía oír pensar a la mujer a través del teléfono.

—No —respondió finalmente—. Apenas hablamos de ello. Solo sé que es un sitio apartado. En el que no hay teléfono, internet ni cobertura.

«El lugar perfecto para un delincuente que quiere esconderse de la policía», pensó Jane.

Y sin embargo: ¿de qué podría conocer Denis Shove aquel sitio? ¿Acaso la relación entre los Crane y Therese Malyan era tan estrecha como para decírselo? ¿Sin sospechar el riesgo que corrían?

—Señora Hedger, hágame un favor —le pidió Jane—. Tiene las llaves de la casa. Vaya y busque algo que nos pueda dar una pista. Quizá una dirección apuntada en algún sitio o un folleto abierto, o el número de una agencia de casas de vacaciones. Lo que sea. No importa lo remota que pueda parecerle la conexión.

La vecina mostró muchos reparos.

—Pero ¿no me meteré en líos después por fisgonear en una casa ajena?

—Yo me hago responsable —la tranquilizó Jane. Se le ocurrió que seguramente habría algo en los ordenadores de los Crane, pero estarían protegidos por una contraseña y eso exigiría que el análisis lo llevaran a cabo expertos. Sin embargo, la situación no era lo bastante grave para que se le autorizara su incautación, y mucho menos a esas horas. Por el momento tendría que darse por satisfecha con la vecina y su capacidad detectivesca, seguramente poco desarrollada.

—Por cierto —añadió esta—, el extranjero ese ha vuelto por aquí. El árabe.

—¿Ese que quería hablar con el señor Crane a toda costa?

—Sí. Se pasó toda la tarde esperando delante de la casa. El lunes también estaba ahí. Y hoy por la mañana. Le he preguntado a qué venía tanto interés.

—¿Y bien?

—Lo de siempre. Que tiene que hablar urgentemente con el señor Crane. Tengo la impresión de que de verdad se trata de algo muy importante, porque el hombre está fatal.

—No sabrá por casualidad cómo puedo ponerme en contacto con él, ¿verdad? —preguntó Jane sin muchas esperanzas. Pero la señora Hedger le dio una agradable

sorpresa.

—Tengo su número de teléfono —dijo en tono triunfal—. Casi me ha obligado a apuntarlo. Me ha pedido que se lo dé al señor Crane en cuanto lo vea por si lo ha perdido.

Jane anotó el número y el nombre que le deletreó la vecina: H-a-m-z-a-h C-h-a-l-i-d.

Quedaron en que la señora Hedger la avisaría si descubría alguna pista en casa de los Crane. Acto seguido Jane decidió que a estas alturas ya daba igual a qué hora volviera a casa. Marcó el número del señor Chalid. Este contestó en voz tan baja y tan tímida, y pronunció su nombre de forma tan ininteligible que Jane tuvo que volver a preguntar.

—¿Señor Chalid? ¿Hamzah Chalid?

—¿Quién es?

—Agente Scapin, de la policía de Yorkshire. —Para que no colgara asustado al oír lo de la policía, añadió veloz—: Llamo por la familia Crane.

—¿Les ha pasado algo? —preguntó asustado.

—No hay motivo para pensarlo. De todos modos necesitamos ponernos en contacto con el señor o la señora Crane lo antes posible, y su vecina de Kingston nos ha dicho que usted también los está esperando.

—Espero a Jonas Crane. Tengo que hablar con él urgentemente.

—¿De qué se trata? —quiso saber Jane.

—De una película. Está escribiendo el guión de una película sobre mí. Estuve... —se atascó. Bajó tanto la voz que Jane tuvo que apretar la oreja contra el auricular para entenderlo—. Estuve en la cárcel. En Irak. Fui prisionero de Sadam Husein.

—Entiendo. ¿Y el señor Crane quería rodar una película sobre usted? ¿Sobre su vida?

—Él debía escribir el guión. La película quería rodarla una productora, TV Adventure.

Jane no conocía la productora, pero eso no quería decir nada. Veía muy poco la televisión y cuando lo hacía, no prestaba atención a esos detalles.

Le había llamado la atención que Chalid utilizara los verbos en pasado. Como hablaba bien inglés, no le pareció casualidad.

—¿Quería? ¿Dice que la productora quería rodar la película? ¿Ya no es así?

El hombre respondió en tono de total desesperación.

—Me enteré la semana pasada. Al final no quieren hacerla. ¡Dicen que el tema no despierta interés!

Sadam Husein llevaba ocho años muerto, era historia. ¿Seguía alguien preocupado por sus víctimas?

—¿Y sobre eso quiere hablar con el señor Crane?

—Me lo prometió. ¡Me prometió que la película se haría! Me han pasado cosas terribles, ¿sabe? Y a otras personas. Nos torturaron, nos amenazaron de muerte,

fingieron mi ejecución una y otra vez. ¿Se imagina lo que es eso?

Jane supuso que lo que ella imaginaba ni siquiera se aproximaba a lo que la víctima sentía en realidad, pero se estremeció al pensarlo. Era indudable que Hamzah Chalid había vivido el horror, e incluso por teléfono se percibía lo traumatizado que estaba. Sin embargo, todo aquello no tenía nada que ver con la desaparición de la familia Crane.

—Me ataron los brazos a la espalda y después me colgaron de las muñecas — prosiguió—. Durante horas. Se me desencajaron los hombros.

Jane entendió que el señor Chalid trataba de procesar el trauma contándole al mundo entero lo que había sufrido. Incluso a una policía completamente desconocida que lo había llamado por casualidad. Necesitaba liberarse de la carga de los recuerdos e imágenes que acarreaba, y para ello buscaba solidaridad en la sociedad que lo rodeaba. Quería que lo miraran, que lo comprendieran, que lo compadecieran. Se volvía loco cuando se quedaba a solas con el horror. Pero nadie quería oír sus historias. Nadie quería cargar con semejantes crueldades. A Jane no le habría extrañado que el entorno de Chalid hubiera comenzado a evitarlo por miedo a monólogos infinitos en los que describiera sin descanso terribles torturas. Aquel hombre se quedaría cada vez más solo con todo aquel espanto y acabaría hundiéndose sin remedio en las profundidades de una espiral de ensimismamiento. Seguramente lo revivía todo día y noche, una y otra vez.

Había considerado la película un atisbo de esperanza y una oportunidad.

—Lo más probable es que el señor Crane no pueda decidir si la película se rueda o no —dijo Jane.

—Lo sé. Lo sé, pero... No me cuadra, ¿sabe? En TV Adventure me dijeron que antes de irse de vacaciones ya sabía que el proyecto no saldría adelante. Pero lo conocí en persona. Me entendió. Mi historia lo conmovió profundamente.

«Y a quién no», pensó Jane.

El hombre prosiguió como si pudiera leerle el pensamiento:

—Estaba realmente afectado. Y quería ayudarme. Yo le importaba. Lo noté.

—Señor Chalid, yo...

—Habíamos quedado en vernos poco después de que volviera de vacaciones. Iba a redactar un tratamiento y quería que lo comentáramos. Estoy seguro de que se habría puesto en contacto conmigo para decirme que... que el asunto no saldría adelante. —Le temblaba la voz—. No se le ocurriría desaparecer del mapa.

Jane no estaba tan segura. A nadie le gustaba dar malas noticias, y mucho menos a alguien como Hamzah Chalid, que ya había sufrido mucho y a quien cualquiera le habría deseado de corazón que algo le saliera bien en la vida. Comprendía perfectamente que Jonas Crane hubiera querido evitarlo.

—La vecina ya no está segura de que fuera el 8 de junio cuando los Crane querían regresar —le dijo.

—Pero yo sí que lo estoy —replicó él de inmediato—, completamente seguro. Me

lo apunté. No hay ninguna duda.

Jane lo creyó. Sabiendo lo pendiente que estaba, nunca se equivocaría en esa cuestión. Llevaba semanas esperando al 8 de junio, o al menos a los días siguientes, y desde que había recibido la negativa seguramente veía pasar el tiempo con una intensidad desesperante.

—¿Y por qué lo busca usted? —preguntó de pronto Chalid.

A Jane no le pareció que necesitara conocer los detalles.

—Solo quiero hacerles una pregunta —dijo evasiva—. En relación con otra investigación.

—Entiendo —respondió él, a pesar de que no había nada que entender en aquellas palabras.

—¿Vio al señor Crane poco antes de que se fuera de vacaciones?

—Lo vi el 28 de abril. Fue cuando nos vimos en persona. Después de aquello solo hablamos por teléfono una vez. Entonces fue cuando me dijo que se iba de viaje hasta el 8 de junio y que quedaríamos después.

—¿Y no mencionó adónde iba?

—No. Por desgracia no. Dijo que tenía mucho estrés y que el médico le había aconsejado que se tomara un descanso.

—No sabrá por casualidad cómo se llamaba el médico, ¿verdad?

—No. Él no lo mencionó y yo tampoco se lo pregunté. No pensé que podría llegar a ser importante.

—No es seguro que el médico sepa algo —lo tranquilizó Jane, ya que la voz de su interlocutor había vuelto a adoptar un tono estridente—. Señor Chalid, voy a darle mi número de teléfono. Llámeme si recuerda algo, le parezca importante o no. Usted avíseme.

El hombre le prometió hacerlo y apuntó el número que le dictó.

—Si lo encuentra, dígame que me llame enseguida, por favor —le pidió él entonces—. Es muy muy importante para mí.

—Lo tendré en cuenta, seguro —le prometió.

Se despidieron, pero antes de que colgaran Hamzah dijo de pronto:

—Algo les ha pasado, agente Scapin. Lo sé. Creo que el señor Crane está en peligro. Tiene que encontrarlo como sea. Hay algo que no encaja. Me habría llamado. Me habría llamado sin falta. Algo se lo impide, y no puede ser nada bueno.

5

Una vez en el hotel, Caleb Hale se registró en recepción, pero lo primero que hizo no fue subir a su habitación, sino preguntar dónde se alojaba Kate Linville. Estaba en el mismo piso que él, aunque en el extremo opuesto del pasillo. Llamó a la puerta, que

se abrió medio minuto después.

Tenía delante a Kate. Como ya le había sucedido por la tarde, cuando se habían visto brevemente en la fábrica, le llamó la atención que parecía cambiada. Entonces no había conseguido identificar qué era, pero ahora cayó en la cuenta de que se trataba del pelo. Se lo había cortado a la moda y se lo había aclarado, y resultaba asombroso que la diferencia se notara. Parecía más joven, y su rostro, menos afilado y triste.

Sin embargo, al mismo tiempo parecía furiosa. Y eso le sorprendió mucho más que el hecho de que hubiera ido a la peluquería y hubiera invertido unas cuantas libras en su aspecto. Esperaba habérsela encontrado hecha polvo, consciente de su culpa por haber vuelto a entrometerse. Por otro lado, si lo pensaba bien, por la tarde tampoco se había mostrado apocada en absoluto. De hecho, había ido más bien al grano.

En ese momento se lanzó directa a la ofensiva.

—Necesito saber por qué estaba mi padre con esa mujer —le espetó sin introducción alguna—. Y necesito saber por qué se separó de ella. Necesito saber qué significaba para él. Por eso quería dar con Norman Dowrick, porque él sabía lo de la aventura. Esperaba obtener más información. Estoy en mi derecho de indagar en esta historia porque se trata de mi padre, al que ya no puedo preguntarle nada porque ha muerto. No puedo renunciar a averiguar la verdad sobre su relación con Melissa Cooper solo porque a cada paso que doy sientas que invado tus competencias.

Caleb seguía en el pasillo y todo aquello le resultaba algo embarazoso. No creía que fueran los únicos huéspedes del hotel.

—¿Puedo entrar? —preguntó cuando Kate tomó aliento—. Quizá este no sea el mejor sitio para hablar.

Lo dejó pasar. Él la siguió dentro y cerró la puerta tras de sí. Quedaron uno frente al otro en aquel cuarto espartano.

—El problema es que... —comenzó a decir Caleb, pero ella lo interrumpió.

—El problema es que cada vez que hurgo en la vida privada de mi padre doy con un asesinato. Pero en lugar de enfadarte constantemente, quizá deberías sacar de una vez las conclusiones pertinentes.

—¿Y cuáles son, según tú?

—Que tanto la muerte de mi padre como la de Melissa Cooper o la de Norman Dowrick tienen algo que ver con la vida privada de mi padre. Estás desesperado por convertir la profesión de mi padre y el vínculo con Denis Shove en el eje de esta historia, y tus razonamientos cada vez son más peregrinos. En realidad no eres capaz de relacionarlos con Melissa Cooper ni con Norman Dowrick, que ya llevaba mucho tiempo retirado del servicio cuando mi padre arrestó a Shove y lo puso en manos de la justicia.

—Soy yo quien debe valorarlo.

—Estoy deseando saber cómo te las arreglarás esta vez. ¿No te parece rarísimo?

Mi padre tiene una aventura con una mujer, y doce años después de que la historia se acabe, ambos están muertos. Brutalmente asesinados. Y ahora también hemos encontrado muerta a la única persona del entorno de mi padre que lo sabía.

—Olvidas un par de detalles —dijo Caleb—. Olvidas por ejemplo el entorno de Melissa Cooper. Ella tenía más confidentes. Sus dos hijos. Y también amigas, por lo que me dijo su hijo. Dowrick no era el único que lo sabía. Además, en este momento solo se me ocurre una persona que ha podido darte información sobre Dowrick, y es su exmujer. Por lo tanto, ella también lo sabía.

—Sin embargo, creo que Norman sabía más —replicó Kate. Ya estaba más tranquila—. Tienes razón, había varias personas informadas. Pero por lo que me contaron Susannah Dowrick y las amigas de Melissa en Whitby...

Caleb le lanzó una mirada penetrante pero ella se la devolvió sin pestañear.

—Por lo que me dijeron, la separación de mi padre y Melissa fue muy misteriosa y nadie sabe por qué se produjo en realidad. Debió de suceder algo que ambos convirtieron en un gran secreto. En cualquier caso, Susannah Dowrick sospecha que su marido lo sabía, y que era el único. Tampoco quiso hablarlo con ella. Norman se alejó de mi padre. Fue un duro golpe para su amistad, que nunca se recuperó. Lo raro es que, según Susannah, Norman le reprochó a mi padre que engañara a mi madre durante años, pero siguió a su lado. Y cuando mi padre deja a su amante y vuelve junto a su esposa como un buen marido, de pronto su mejor amigo rompe su amistad con él. Justo cuando todo volvía a su ser. ¿Por qué? ¿Qué sucedió, qué precedió a esa separación? Ahí está el quid de la cuestión, Caleb. Cuando lo sepamos, sabremos quién ha asesinado a los tres. Y por qué.

—Hum —musitó Caleb. Lo que oía no era del todo descabellado, pero tenía una sensación desagradable y no sabía exactamente a qué se debía. Siendo sincero, podía ser porque de pronto se sentía como un principiante recibiendo una lección, y encima por parte de una mujer más joven y de menor rango que él cuyos compañeros, por lo que había oído, no la consideraban precisamente la lumbrera del departamento. Por no mencionar su incapacidad para poner su vida en orden.

—Te has obcecado con Shove, Caleb —concluyó ella.

Eso ya era el colmo. Sintió el impulso infantil de decirle él también algo que la ofendiera.

—No deberías buscar los fallos solo en los demás, Kate. Al fin y al cabo no habría estado mal que cuidaras de la testigo. Te has lucido al dejar que se escapara.

Kate se estremeció. El comisario ya se arrepentía de lo que había dicho. Había sido un golpe bajo, y además injusto. La situación en general, y el procedimiento que se había llevado a cabo en la fábrica, estaban en manos de los agentes de la policía de Liverpool, ellos eran los responsables.

—Lo siento —añadió enseguida—, ha sido una estupidez por mi parte. No has hecho nada malo.

Sin embargo era evidente que ella misma se hacía amargos reproches.

—Es que estaba muy ofuscada. Tenía muchas esperanzas puestas en la conversación con Norman. Llevaba dos días buscándolo... Y encontrarlo así... Me ha costado volver a pensar con claridad. No caí en la cuenta de que era posible que Grace se largara. Cuando he vuelto en mí... ya era demasiado tarde. Se la había tragado la tierra.

—Podría haberme pasado a mí —reconoció Caleb con sinceridad—. Lo más seguro es que tuviera miedo de que la acusaran de lo de la silla de ruedas. Una idea absurda, nadie podía saber que le iba a dar por ahí.

Kate asintió pero no parecía realmente convencida.

—¿Tenemos más información? —preguntó—. ¿Sabemos ya dónde y cómo mataron a Norman? ¿Y cuándo?

El comisario ya había hablado con el equipo forense pero solo le habían dado unos primeros indicios que por supuesto debían tratarse con mucha cautela.

—Lo más probable es que muriera ahogado. Y el lugar de la muerte fue seguramente el mismo donde lo encontramos.

Kate sintió un escalofrío.

—¿Lo ahogaron en ese bidón? ¿En esa fábrica abandonada?

—Eso parece. Todo sucedió hace ya algún tiempo. Según las estimaciones iniciales, los hechos pudieron tener lugar en enero o febrero de este año. Pero podremos acotarlo con mucha más precisión.

—Así que más o menos en la misma época que lo de mi padre.

—Sí. Puede que un poco antes.

—Un hombre indefenso. Un inválido en silla de ruedas. ¿Quién haría algo así?

—Los colegas de la policía de Liverpool sospechan de una banda juvenil. Parece que hay varias pandillas por aquí a las que se cree capaces de crímenes de este tipo. No podemos desechar por completo esa opción. Sería una casualidad tremenda, pero no está del todo descartado que al final el asesinato de Norman Dowrick no tenga nada que ver con los crímenes de Yorkshire.

—¿De verdad crees que eso es posible?

—Solo digo que no podemos cerrarnos a ninguna posibilidad. —Sonrió por primera vez desde que había entrado en la habitación—. Son tus palabras, Kate, me has soltado ese mismo sermón.

Eso no podía negárselo.

—Cierto.

El policía miró el reloj.

—Ya son más de las nueve. No he comido nada desde el desayuno. Aquí al lado hay un pub, puede que todavía nos den algo.

—No tengo hambre.

—Seguro que también hace muchas horas que no comes nada, ¿verdad?

—Igual que tú, desde el desayuno.

—Entonces acompáñame. Sé un poco más benevolente contigo misma, Kate.

Cuídate un poco.

La estaba viendo buscar excusas de forma frenética. Como si le pareciera lo peor del mundo pasar una hora en un pub con él y comer algo. Y beber una cerveza.

«No». Para él, un agua.

—Hagamos las paces —le dijo—, ¿de acuerdo? Por si es eso lo que te hace dudar.

—¿Las paces? ¿Es que estábamos en guerra?

—Puede que no en guerra. Pero hemos estado intentando evitarnos. Te consideraba una entrometida que se pasaba de la raya. Lo siento si he sido demasiado arisco contigo. Ahora sé lo profundamente involucrada que estás en el caso a nivel personal y lo importante que es para ti conocer la verdad sobre tu padre. No puedes evitar que todo lo que tratas de averiguar sobre él se superponga con mi investigación. Es así y punto. No es culpa tuya.

—Es un comentario muy amable por tu parte. Pero de todas formas... prefiero quedarme. Estoy muy cansada. Lo único que quiero es dormir.

Caleb se preguntó por qué de pronto se había vuelto a convertir en la antigua Kate. Reservada, retraída, solitaria. Muy diferente a la de unos minutos atrás, que se le había enfrentado hecha una furia. A él le había gustado ese lado que le había mostrado; había actuado con seguridad en sí misma, le había hablado sin pelos en la lengua, la ira había derribado sus barreras y reservas habituales. Al menos por un breve período de tiempo. Ahora volvía a tener delante a la Kate que se encerraba en su coraza y solo asomaba un poquito la cabeza, como una tortuga desconfiada y escarmentada por una mala experiencia.

Quizá también tenía algo que ver con él. Cenar juntos en un pub entrañaba el riesgo de que la conversación rebasara el ámbito puramente profesional. Recordó la noche en que ella se había emborrachado y al final lo había invitado sin rodeos a acompañarla a la cama. Puede que aún le resultara demasiado embarazoso. Para él era agua pasada, lo achacaba sin más al exceso de alcohol. Le habría gustado decirle que no le guardaba rencor ni pensaba mal de ella. Pero supuso que mencionar aquel incidente no haría sino aumentar su vergüenza.

Así que se limitó a decir:

—De acuerdo, entonces iré solo. Que duermas bien, Kate.

Casi estaba fuera cuando ella habló:

—Tenemos que encontrarla. Lo antes posible.

Caleb se dio la vuelta.

—¿A quién?

—A Grace. Está en peligro.

—Lo dices porque...

—Porque puede que viera algo. Porque sabe quién es el culpable. Y este tiene mucho que perder, sobre todo si se demuestra que también es responsable de la muerte de mi padre y de Melissa Cooper. Una niña de trece años puede conseguir que vaya a la cárcel de por vida. Si esto llega a sus oídos, hará todo lo posible por

encontrar a Grace antes que nosotros.

—Hablaré con la agente que dirige aquí la investigación —dijo Caleb—. La prensa no debería mencionar a la chica.

—Sí, pero debemos contar con que algo se filtrará. En la barriada de Grace ya lo sabe demasiada gente.

Él asintió. Tenía razón.

—¿Qué propones?

—Tenemos que concienciar a la policía local de lo que está en juego. Tienen que buscarla con todos los recursos disponibles.

—Insisto, mañana hablaré con quien corresponda. —Vaciló junto a la puerta—. ¿Seguro que no quieres comer nada? No me gusta ir solo a los pubs.

Ella negó con la cabeza.

—No.

«Es ella misma quien se pone la zancadilla una y otra vez —pensó Caleb—. No me extraña que no sea capaz de poner remedio a su soledad».

Sin embargo, tuvo que reconocer casi a regañadientes que era una buena investigadora. Qué raro que en Scotland Yard nadie se hubiera dado cuenta. Tenía una mente despierta, un instinto fiable y calaba bien a las personas.

Y desde luego tenía toda la razón: la prioridad ahora era encontrar a Grace Henwood.

MIÉRCOLES, 11 DE JUNIO

1

Ese miércoles por la mañana Stella vio claramente que Jonas moriría si no hacía algo para sacarlo de aquel encierro y llevarlo al médico. Con el tiempo morirían los tres, ya que las provisiones, sobre todo el agua, habían disminuido de forma alarmante. Si las racionaba al máximo, les llegarían para ese día y apenas para el siguiente. Pero «racionar al máximo» ya implicaba que sobre todo Stella renunciara a algunas de sus raciones y que tuviera que recortar las de Sammy aún más. Jonas, que a estas alturas parecía consumirse de fiebre, necesitaba cada gota que ellos dos pudieran ahorrarse. Pero ni siquiera eso lo salvaría. Sin un médico no sobreviviría a esa semana.

Stella lo había velado toda la noche, le había humedecido los labios secos con agua, le había dado de beber cada hora. Él no parecía enterarse de nada. Ya no les oía, y cuando respiraba su pecho emitía un estertor amenazante. Su esposa sospechaba que ya tenía una infección pulmonar. Además la herida del vientre olía cada vez peor a descomposición y putrefacción.

Le cambiaba el vendaje cada dos o tres horas y con un miedo creciente, mientras Jonas gemía de dolor a pesar de estar aletargado. Stella había dejado de limpiarle la herida porque el agua les era más necesaria para beber; ya se le había inflamado toda la zona, y la carne de alrededor, que antes tenía buena apariencia, estaba adquiriendo un tono negro azulado. Los vendajes que le quitaba tenían cada vez más pus adherido. Las gasas también se agotaban a mayor velocidad de la prevista. Faltaba poco para que Stella también tuviera que darse por vencida en este frente.

La temperatura aumentaba poco a poco incluso en aquel granero frío y mohoso. Fuera nacía otro día soleado, tal como había comprobado Stella al escalar la estructura hasta la ventana esa mañana. Precisamente ahora tenía que producirse una ola de calor bastante prolongada, algo no muy frecuente en esa zona del país. El ambiente del granero era cargado y sofocante, y como el sol brillaba sobre el tejado de la mañana a la noche, el calor del interior era agobiante. La ventanita rota no bastaba ni por asomo para permitir la entrada de aire fresco, ni siquiera durante las horas nocturnas, en las que la temperatura exterior era algo más fresca y soportable. Stella tenía la sensación de estar respirando polvo, que le raspaba y se le acumulaba en los bronquios. Había tenido sed muchas veces a lo largo de su vida, en días calurosos, haciendo deporte o después de una comida picante. Por lo general había podido saciarla enseguida, e incluso cuando había tenido que esperar un poco, nunca había llegado al punto de sentirse atormentada. En esas ocasiones solo había creído estar sufriendo una sed torturadora. Ahora comprendía el significado real de la palabra «tortura» en ese contexto. La idea del agua se iba apoderando de ella y a

veces era más fuerte que su preocupación por Jonas y Sammy. Y eso que seguía tomando un par de gotas de vez en cuando. Lo peor llegaría cuando se acabara la última botella. Stella había leído libros en los que se decía que las personas se volvían locas de sed, olvidaban la moralidad e iban perdiendo uno a uno todo rasgo de comportamiento civilizado. Aterrorizada, se imaginó vagamente a sí misma llegando al punto de guardarse sin miramientos todo el líquido que encontrara sin darles nada a Jonas ni a Sammy. Era la más fuerte de aquel maldito granero. El hombre herido de gravedad y el niño dependían por completo de que ella estuviera dispuesta a cuidar de ellos. Todavía cumplía con su función, todavía anteponía sus necesidades y se exigía sacrificios para ayudar a los más débiles en la medida de lo posible. Sin embargo ya se había sorprendido cogiendo una de las dos últimas botellas fuera de los horarios que ella misma había establecido para el reparto de comida y bebida, y mirando a su alrededor para comprobar que Jonas no se daba cuenta de nada en su delirio y que Sammy se había quedado dormido en su manta sobre un libro ilustrado. Había sentido una tentación espantosa: solo un sorbo, nadie se enteraría. Ya había desenroscado el tapón cuando Jonas había gemido en sueños con un dolor y sufrimiento infinitos, y Stella había entrado en razón. ¿Qué estaba haciendo, por el amor de Dios, o qué había estado a punto de hacer? Sintió una vergüenza horrorosa pero al mismo tiempo se dio cuenta de que la vergüenza era un lujo que pronto ya no se podría permitir. Su moralidad disminuiría al mismo ritmo al que aumentara su sufrimiento físico.

Esa mañana también se enfrentó por primera vez al hecho de que Denis Shove no cumpliría su promesa. Hasta entonces había intentado convencerse una y otra vez de que, si bien era un delincuente, no era del todo mala persona, de que no expondría a toda una familia a una muerte segura, de que aún le quedaban escrúpulos. Ahora comprendía que se había estado engañando: aquel hombre se encontraba en una situación desesperada, al igual que ella, y se regía por las mismas normas. Cuanto más intensas fueran la presión y la desesperación que sufría, menos dispuesto estaría a tener en cuenta las necesidades de otros. Shove estaba huyendo de la policía, su foto había salido en los periódicos, lo estaban persiguiendo y seguramente aún no había encontrado un refugio a largo plazo. En aquellos momentos su único objetivo era ponerse a salvo. Puede que la familia Crane todavía se le pasara de vez en cuando por la cabeza, pero también puede que los hubiera olvidado por completo. Necesitaba toda su energía para otros asuntos.

«Tenemos que buscar nosotros mismos la solución —pensó Stella—. Si no, estamos perdidos».

Era Jonas quien le había mostrado la única opción que les quedaba antes de sumirse en una fiebre tan profunda que ya no le permitía pensar, y mucho menos actuar. Stella se había devanado los sesos pensando en una alternativa y al final había llegado a la conclusión de que no la había.

Y de que ya casi no tenían nada que perder.

Dedicó la mañana a fabricar la cuerda con la que descolgaría a Sammy desde la ventana. Había encontrado un par de viejos jirones de tela que le serían útiles pero que no bastarían. Se quitó los vaqueros sin reparos, ya que hacía calor suficiente para estar cómoda con las piernas desnudas. Los vaqueros de Jonas también servirían. Por suerte el tejido era lo bastante blando para anudarlo, y las casi cuatro piernas de longitud la acercaron en gran medida a su objetivo.

—¿Qué estás haciendo, mami? —preguntó Sam, que llevaba un rato observando a su madre en silencio. Antes nunca habría esperado tanto para preguntar. Cada vez estaba más débil y apático. Antes de que Stella pudiera responderle, añadió con voz cansada—: Tengo mucha sed.

—Enseguida te daré un poco más. Antes de que te vayas de aventura.

—¿De aventura?

—Ahora eres la persona más importante que hay aquí, el que nos salvará a todos.

—¿La policía no va a venir? —preguntó decepcionado. El comando de las fuerzas especiales que iba a asaltar el granero a golpe de fusil todavía le rondaba por la cabeza y lo mantenía en pie.

Stella comprobó los nudos. Los había apretado con todas sus fuerzas.

—¿Sabes qué pasa?, que puede que lleguen demasiado tarde. Papi se encuentra muy mal, no podemos esperar.

Sammy volvió la mirada hacia su padre.

—¿Papi se va a morir?

Ella se esforzó por dar un tono optimista a sus palabras.

—No. Se curará. Pero necesita un médico y... tenemos que darnos prisa.

El niño asintió.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ya verás qué emocionante —le aseguró Stella—. Resulta que eres el único que cabe por esa ventanita de ahí. ¿La ves?

Sammy miró hacia arriba. También se dio cuenta enseguida de que ni su padre ni su madre podían deslizarse por el pequeño hueco.

—Sí.

—¿Crees que podrás salir por ella? Después yo te bajaré hasta el suelo con esta cuerda.

El niño mostró un repentino entusiasmo.

—En el cole muchas veces escalamos por la cuerda. ¡Soy el mejor de todos!

—Entonces todo va a salir de maravilla. Te ataré por la cintura y te descolgaré despacio, ¿vale?

A Sammy ese método no le pareció digno de él.

—¡Puedo bajar escalando!

—Es demasiado peligroso, está muy alto. Y como ves, no tenemos una cuerda como las que conoces, áspera, dura y fácil de agarrar. Esto es tela blanda que se te podría resbalar entre los dedos.

El niño lloriqueó un rato pero tenía demasiadas ganas de ser un héroe como para seguir discutiendo con su madre.

—¿Y qué tengo que hacer fuera? —preguntó por fin.

—Primero tienes que intentar entrar en la casa. Puede que Therese y Neil hayan dejado una puerta o una ventana abierta. Igual no han cerrado nada, eso sería lo mejor.

—Vale.

—Y después tienes que buscar llaves para probarlas en la puerta del granero. Si consigues sacarnos, todo habrá acabado.

—¿Y si no?

—Entonces puede que encuentres mi móvil para pedir ayuda. Desde arriba te diré qué números marcar.

—¿Y si no encuentro ningún teléfono?

—Entonces tendremos que pensar cómo encontrar agua. Eso es muy importante.

—¿Podemos empezar ya? —preguntó emocionado.

Stella le acarició el pelo.

—Eres un chico muy valiente. Bebe un buen trago de agua y come un trozo de pan. Y después te pondrás en marcha.

Echó un vistazo a Jonas, que respiraba con dificultad.

Efectivamente. No tenía opción.

Apenas treinta minutos después Sammy estaba abajo, en el patio, y se desataba la cuerda que Stella le había anudado al cuerpo. Tardó un buen rato en deshacerse de ella. Su madre, arriba en la ventana, se secaba el sudor de la frente. Todo había salido bien, pero estaba exhausta. Había soportado un miedo atroz a que Sammy se cayera, y además el proceso la había llevado al límite de sus fuerzas. Se había sorprendido de lo mucho que pesaba un cuerpo tan pequeño colgado de una cuerda, y para colmo su falta de apoyo sobre aquella estructura tan endeble no había hecho sino empeorar las cosas. No solo había tenido que agarrar la tela con todas sus fuerzas, sino que también había tenido que esforzarse por mantener el equilibrio. Si ella se hubiera caído, Sammy también.

Este ya se había deshecho de la cuerda y miraba hacia arriba.

—¿Y ahora?

—Ahora ve a la casa. Primero intenta abrir la puerta de la entrada. Después las del jardín. Luego mira si hay alguna ventana sin cerrar. ¡A ver si encuentras la manera de entrar!

Sammy asintió y se marchó corriendo. Desde donde estaba, Stella solo veía una de las fachadas de la casa pero no a su hijo, que ya merodeaba por allí probando las puertas. Se dio cuenta de que aún tenía las manos aferradas al extremo de la cuerda y se esforzó por relajarse. Su peor temor, que Sammy se precipitara al suelo, no se

había cumplido. A partir de ahí la posibilidad de salvarse era real.

El niño no tardó en reaparecer en su campo visual. Parecía decepcionado.

—¡Está todo cerrado, mami!

Mierda.

—¿Estás seguro?

—Sí. Todo cerrado. Los postigos también.

La esperanza de tener la libertad al alcance de la mano se desvaneció. Si Sammy no podía entrar en la casa, no podía recuperar su móvil ni la llave del granero. Entonces se dio cuenta de lo que su hijo acababa de decir.

—¿Los postigos? ¿Han cerrado los postigos también?

—Sí.

De acuerdo, siguiente punto tachado de la lista. Sammy quizá habría podido romper un cristal con algún objeto grande y pesado, pero con las contraventanas no iba a poder. Stella reconoció con una mezcla de ira y desesperación que Neil había tomado todas las precauciones posibles por si sus prisioneros lograban escapar del granero. No quería que les resultara fácil conseguir ayuda.

—¿Qué hago ahora, mami?

Stella miró hacia los dos coches en los que habían llegado los jóvenes unos días atrás, que ahora le parecían semanas.

—Comprueba si los coches están abiertos. Y a ver si encuentras algo dentro, un móvil o una llave. —Tenía que probarlo todo, pero no albergaba muchas esperanzas. Estaba claro que Neil había actuado con mucha cautela. Era poco probable que hubiera cometido algún error.

Esta vez podía observar a su hijo. Se conmovió al ver el empeño que ponía en su tarea. Apenas tenía cinco años y le parecía que se estaba comportando de forma extraordinaria. No lloriqueaba, no se quejaba. Hacía lo que ella le decía. Quizá su inocencia lo protegiera un poco. No acababa de comprender la terrible gravedad de la situación. Si mami le aseguraba que todo saldría bien, él la creía.

Vio cómo probaba todas las puertas y el maletero del coche de Neil, pero por lo visto también estaba cerrado a cal y canto. En cambio con el vehículo de Therese tuvo más suerte: la puerta del conductor se abrió sin problemas. Sammy profirió un grito triunfal:

—¡Mami! ¡Está abierto!

—¡Genial! ¡Muy bien! —Mostraba una euforia mucho mayor de la que sentía en realidad. Por sí solo, un coche abierto no les llevaba a ningún lado—. Ahora regístralo de arriba abajo. Los compartimentos de las puertas. Debajo del salpicadero. La guantera. El maletero. Todo. Debajo de las alfombrillas. Cualquier hueco.

Sammy se puso manos a la obra de inmediato. Mientras tanto, su madre se esforzaba por rebajar sus esperanzas a un nivel cercano a cero. Incluso aunque la llave estuviera puesta (algo que ya era poco probable de por sí), el niño no podía conducir el coche. Tampoco era de esperar que Terry se hubiera dejado el móvil. ¿Y

la llave de la casa? ¿Por qué iban a ponerla allí?

Al final lo único que encontró Sammy fue una botella de plástico medio llena de limonada y una chocolatina Milky Way. Era mejor que nada. Volvió corriendo hasta el granero y se colocó debajo de la ventana.

—¡Mami, mira!

—Vaya, por algo se empieza —dijo Stella esforzándose por sonar animada. Esperaba que Sammy no percibiera su desesperación ni su confusión. Ambas eran muy contagiosas, y su hijo iba a necesitar toda la confianza ciega que los niños ponen en sus padres. La necesitaba más que nunca.

—¿Puedo?

—Pues claro. Bébete toda la botella. Y cómete la chocolatina. Te dará fuerzas.

No tuvo que decírselo dos veces. Hizo una mueca al empezar a beberse la limonada, que Stella imaginó caliente, sin gas y bastante asquerosa, pero el niño tenía demasiada sed para andarse con escrúpulos. También se zampó el Milky Way reblandecido en dos bocados. Se había manchado la boca de chocolate, y por un momento volvió a tener el aspecto de un niño feliz y normal que jugaba al sol y al que todo le iba bien. Stella le pidió que esperara un momento y bajó al suelo a ver cómo estaba Jonas. Seguía igual de mal. Le dio un poco de agua y le sostuvo la mano caliente y seca durante un par de segundos. La herida olía fatal, pero la respiración ronca le preocupó más. Solo esperaba que no se estuviera enterando mucho del dolor.

Volvió a escalar hasta la ventana. Había tomado una decisión.

Le pidió a su hijo que rodeara una vez más la casa y el granero en busca de un grifo en el exterior de alguno de los dos edificios. Si lo encontraba, podría descolgar las botellas para que él las rellenara. No tenía muchas esperanzas en ese sentido, ya que en las dos semanas que habían pasado en la granja no había visto ninguna toma de agua. Aunque tampoco las había buscado. Quizá si hubiera tenido que regar las plantas de fuera... Pero como había estado lloviendo la mayor parte del tiempo, no se había dado el caso.

Sammy tardó un buen rato en reaparecer bajo la ventana. Era evidente que había buscado a conciencia y parecía decepcionado.

—No hay grifos.

—No pasa nada. No te preocupes. —Aquello era una catástrofe, pero Stella no podía entretenerse en lamentos. Ya había dejado pasar demasiado tiempo y no podía permitirse más retrasos—. Escúchame, Sammy, ahora tienes que ser un niño mayor y valiente, ¿vale? Tienes que ir a buscar ayuda. Alguien tiene que avisar a la policía para que nos saque de aquí.

—¿Ah, sí?

—¿Te acuerdas del camino que tomábamos siempre para ir a la compra o de excursión? Sabes que hay que subir la colina hasta la carreterita, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y te acuerdas de la dirección que hay que tomar para llegar a la carretera más

ancha? ¿Por la que pasaban coches a menudo?

—Sí.

—¿Te atreves a ir hasta allí e intentar parar un coche?

—¿Un coche desconocido? —Como a la mayoría de los niños, sus padres le habían inculcado que debía apartarse y huir de los coches que no conocían y de sus dueños si se paraban a su lado y le hablaban.

—Sí, un coche desconocido. Ya sé que normalmente no deberías hacer eso, pero en este momento es nuestra única opción. —Stella sabía que esto también implicaba un riesgo, pero esperó que el destino no les enviara otra desgracia más en forma de un pedófilo que recorría los páramos en coche. Se obligó a recordar que, a pesar de que la gente tuviera la sensación (sobre todo al leer la prensa sensacionalista) de que el mundo estaba lleno de pederastas, la mayoría de la gente no le pondría la mano encima a un niño pequeño.

—Tienes que pedirle al conductor que avise a la policía. Y tienes que mostrarle el camino hasta la granja. ¿Crees que podrás?

Sam mostró signos de preocupación y miedo por primera vez desde que había atravesado la ventanita. Una cosa era que lo bajaran por la pared del granero colgado de una cuerda, y después correr por toda la granja zarandeando puertas y ventanas, registrar un coche e ir en busca de agua fresca, todo ello a poquísima distancia de sus padres. Pero era muy distinto adentrarse en aquella extensión solitaria y alejarse cada vez más de la granja y de su familia.

—¿Y si viene un hombre malo?

—No va a venir ningún hombre malo. Ni ninguna mujer mala. Seguro que te vas a encontrar con gente muy simpática que nos ayudará.

—¿Y si no quieren?

Stella se dio cuenta de que Sammy estaba intentando enredarla en su temido diálogo infinito, algo que hacía siempre que quería ganar tiempo para escaquearse de una tarea desagradable. Recoger la habitación, poner la mesa o cosas similares. Entonces iba de pregunta en pregunta, y la mayoría eran «¿y si no?» o «¿y por qué?».

Esta vez tenía que cortarlo de raíz.

—No va a ser así, te lo prometo. Eres un niño muy mayor. Y quieres que tu padre se cure, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Tienes que darte prisa, Sammy. No podemos seguir hablando más tiempo. Papi se encuentra muy mal. Lo conseguirás. No te pediría que fueras si no supiera que lo vas a conseguir. —Por supuesto, eso no era cierto. Si hubiera alternativa, no se lo pediría. Tenía un miedo terrible de que saliera mal. Un niño tan pequeño solo por los páramos. Conocía historias de senderistas experimentados que se habían perdido por allí y a los que habían encontrado después de prolongadas búsquedas. Y a Sammy en un principio ni siquiera lo buscarían—. Solo tienes que acordarte de seguir siempre la carretera —le insistió—. No vayas por la pradera ni por los senderos. Solo por la

carretera. Así no te sucederá nada, y seguro que en algún momento pasará algún coche.

Distinguía el miedo en sus ojos, que miraban hacia arriba. Le dolía en el alma someterle a semejante presión.

—Por favor, Sammy. Vete.

—Mami...

—¡Venga! —Imprimió una severidad a su voz que su hijo no le conocía. Le dolió ver cómo se estremecía—. Por favor. Todo saldrá bien.

Le habría gustado darle un poco más de agua, pero necesitaba los últimos tres cuartos de botella para Jonas. Esperó que hubiera recuperado fuerzas con la limonada del coche de Terry. Y que se encontrara con alguien pronto.

Sammy parecía haber comprendido que no tenía sentido intentar negociar. Levantó un instante la mano para despedirse (a Stella se le llenaron los ojos de lágrimas) y después desapareció tras la esquina del granero. Un chiquillo valiente con un miedo atroz, pero dispuesto a cumplir con su misión. Habría deseado que la ventana diera al otro lado para poder seguirle con la mirada hasta la carretera. Pero así se vio separada de su hijo en el acto. Contempló el día caluroso y despejado mientras contenía las lágrimas a duras penas.

Sam no había llorado. Ella tampoco quería hacerlo.

Descendió a la penumbra del granero, llenó un recipiente con un poco de agua y se lo dio a Jonas. Apenas podía tragar y parte del valioso líquido se le derramó por la comisura de la boca. Su respiración era débil. Tenía los ojos hundidos en dos profundas cavidades enrojecidas.

Le dijo lo mismo que le había dicho a Sammy:

—Todo saldrá bien.

Seguramente no la oía, y puede que fuera mejor así.

De lo contrario se habría dado cuenta de que ni siquiera ella estaba convencida.

2

«En días grises este sitio debe de ser desolador», pensó Terry.

Estaba sentada en la orilla y dejaba vagar la vista sobre el agua ligeramente encrespada de Loch Ryan, una ensenada que se adentraba hacia el interior de la costa occidental escocesa. El paisaje montañoso de la región mudaba aquí en colinas cada vez menos elevadas a medida que se acercaban al agua. A Terry le pareció que aquel lugar irradiaba una soledad angustiosa. Ella y Denis (debía ir acostumbrándose poco a poco a su auténtico nombre, aunque para ella siguiera siendo Neil) habían atravesado Escocia en coche sin un destino aparente, y la mayor parte del tiempo el entorno que los rodeaba había sido solitario; sin embargo el paisaje era tan

majestuoso y romántico que Terry no lo habría catalogado de angustioso. En cambio aquí, en Cairnryan, sentía que un peso le oprimía el corazón. El sol brillaba pero hacía viento, las casas a su alrededor eran ruinosas, y tenía la impresión de encontrarse en el fin del mundo. Habían cruzado el país de punta a punta. Estaban de nuevo junto al mar, y el viaje había acabado.

Quizá era eso lo que la entristecía tanto: que estaba a punto de abandonar su país.

Cairnryan tenía un puerto. A Terry no le gustaban los puertos.

Durante todo el trayecto había tenido la impresión de que Denis no seguía ningún plan, sino que solo se esforzaba por poner la mayor distancia posible entre ellos y la granja de Yorkshire donde habían dejado a un hombre gravemente herido, a una mujer y a un niño pequeño.

«Mi niño pequeño», se decía sin cesar, pero acto seguido intentaba reprimir la idea. Sabía que Sammy y sus padres no aguantarían demasiado en aquel granero, que el agua y la comida se les acabarían pronto. ¿Cómo había podido tolerarlo si de verdad quería a su hijo? ¿No habría tenido que buscar sin descanso la oportunidad de avisar a la policía? ¿No habría sido eso lo normal?

En cambio había permitido que su novio le quitara el móvil cuando aún estaban en Yorkshire y que lo lanzara muy lejos a través de una verja a un prado de vacas para impedir que la policía pudiera localizarlos. No se había atrevido a oponer resistencia. No se atrevía tampoco a hacer algo por los Crane. Si lo hacía perdería a Denis. El espanto que le causaba imaginarlo sofocaba cualquier idea que pudiera tener para rescatar a la familia.

«Pronto avisaremos a la policía —se repetía para tranquilizarse—, al fin y al cabo Denis se lo prometió. Hasta entonces aguantarán».

Durante su periplo por Escocia le había preguntado una o dos veces por sus planes, pero en todos los casos la había despachado con aspereza.

—Cierra el pico, ¿vale? ¡Me vas a volver loco con tanta pregunta! Ya lo verás cuando llegue el momento.

La chica no se había atrevido a seguir indagando pero esperaba cada vez con más angustia que Denis se decidiera lo antes posible. Habían abandonado a la familia Crane en una situación realmente precaria. No podían aplazarlo de forma indefinida.

Desde la noche anterior se alojaban en un pequeño *bed & breakfast* en la costa, entre Cairnryan y Stranraer. Se registraron como el señor y la señora Crane. Se habían llevado los pasaportes de ambos, así como todo el dinero en efectivo que habían encontrado en la granja. Denis se había mostrado especialmente entusiasmado por lo de los pasaportes, pero Terry no dejaba de pensar que ojalá no se vieran en la situación de tener que identificarse. No se parecían lo más mínimo a las personas de las fotos.

Esa mañana, durante el desayuno, Denis había anunciado que al día siguiente se marcharían de Gran Bretaña.

—De aquí salen seis ferris al día hacia Belfast. Cogemos uno que salga hacia el

mediodía a poder ser. Cuantas más personas viajen con nosotros menos llamaremos la atención.

—¿A Belfast?

—Y después seguiremos hacia la República de Irlanda. Allí no nos busca nadie.

—Pero ¿de qué viviremos?

—Puedes ser camarera tan bien como aquí. Y yo seguro que encontraré trabajo.

Había vuelto a hablar con cierto tono de irritación a causa de sus preguntas, así que ella había permanecido callada el resto del desayuno. Luego Denis había ido al puerto para reservar los pasajes mientras ella se sentaba en la orilla sumida en sus pensamientos. Pensamientos sombríos. Tendrían que vivir de algo, tendrían que trabajar. Y para trabajar tendrían que identificarse. Había una orden de busca y captura contra Denis, seguro que a esas alturas contra ella también. Eso significaba que no podrían presentarse como Denis Shove y Therese Malyan, tampoco en Irlanda. Pero si adoptaban las identidades de «Jonas» y «Stella», ¿qué sería de los auténticos Crane? En el momento en que Denis avisara la policía con una llamada anónima y los condujera a la aislada granja, los pasaportes y el coche perderían su valor. Se quemarían, por así decirlo.

¿Qué pasaría entonces?

Levantó la mirada porque notó que algo le tapaba el sol. Denis. Había regresado del puerto.

—Mañana poco antes de las doce —dijo—. Ya tengo los billetes.

—¿Cuánto dura el viaje?

—Algo más de dos horas. Así que no mucho. —Fijó la mirada en el agua—. No respiraré tranquilo hasta que estemos en el barco.

Algo más de dos horas... Llegarían a Belfast hacia las dos. Cinco días después de haberles dado comida y agua por última vez a los Crane.

Se armó de valor a pesar de saber que el humor de Denis, que con todo se había relajado un poco, se empañaría inmediatamente.

—Neil... Denis, cuando lleguemos allí, a Irlanda... enseguida haremos algo por los Crane, ¿no?

El rostro del hombre se ensombreció de golpe.

—Por el momento necesitaremos el coche. ¿Cómo quieres ir de Belfast a Dublín si no?

—¿En tren?

—En tren, en tren... Es mucho más lógico ir en coche —aseguró él sin justificar por qué—. No seas tonta, Terry. Por ahora necesitamos el coche. Y los pasaportes. Es demasiado pronto para llamar a la policía.

—Pero es que Jonas está gravemente herido. Tendría que haberlo visto un médico enseguida. Y Stella y Sammy... Denis, pronto no les quedará nada que comer. Y sobre todo, nada que beber.

—Les dejamos suficientes provisiones. Todavía les durarán bastante.

Terry se preguntó si él se creía lo que decía. Quizá se estuviera convenciendo a sí mismo.

—No creo que aguanten. Era...

El joven avanzó hacia ella con un gesto enérgico y descontrolado. Se alzaba como una gran torre oscura, y ella encogió la cabeza y se protegió la cara con las manos de forma instintiva.

—¡Ya está bien de gilipolles! —la increpó—. Tenemos otros problemas. No puedo entretenerme con los Crane y estoy harto de tus lloriqueos. O te callas o te parto la boca. ¿Entendido?

Ella asintió atemorizada. Sabía que sus amenazas no se quedaban solo en eso. Le habría gustado tener el valor de decirle lo que pensaba en realidad: que aquella huida solo empeoraría las cosas, que él mismo se había precipitado hacia esa funesta situación. Él le había asegurado repetidas veces que no había tenido nada que ver con el asesinato en febrero del policía de Scalby, y ella lo creía. Estaba convencida de que Denis habría podido zanjar las sospechas en su contra. La joven vivía en la certeza inquebrantable de que en un Estado de derecho no se podía perseguir a alguien por algo que no había hecho; una opinión que sin embargo había provocado las carcajadas burlonas de su novio. Por eso no se atrevía a repetir nada parecido. Claro que, entretanto, las cosas habían cambiado: Denis había asaltado a una familia, había disparado a un hombre, había encerrado a tres personas en un granero y las había abandonado a su suerte. Huyendo del castigo por un crimen que no había cometido, había incurrido en delitos que sí lo merecían. Había conseguido que la cárcel fuera ahora una amenaza real.

—Ya verás, todo va a ir bien —le dijo en tono conciliador.

Ella asintió sin estar convencida. Era de suponer que a los Crane en esos momentos les iba de cualquier modo menos bien, pero no volvió a mencionarlo. Las circunstancias ya eran bastante delicadas.

—Pero no me parezco en nada a Stella en la foto del pasaporte —se atrevió a decir de todos modos.

Denis la observó con los ojos entrecerrados.

—Tienes razón. Sobre todo por el color del pelo. Stella es rubia. Tú tienes el pelo negro. Necesitas una peluca.

—¿Una peluca? ¿No puedo teñirme el pelo sin más?

—Es otra posibilidad. Mira, iremos a Stranraer y daremos una vuelta. Esta noche podrías teñirte el pelo en la habitación, pero mañana tendrás que saltarte el desayuno. La dueña no puede volver a verte, llamarías demasiado la atención.

Terry asintió. Se puso de pie, se limpió un par de briznas de hierba de los pantalones y siguió a Denis hasta el coche. Condujeron por la estrecha carretera de la costa; a su derecha centelleaba el agua, a su izquierda veían una oveja tras otra por entre las colinas. El joven estaba de bastante buen humor, subió el volumen de la radio a tope y cantó un par de las canciones que sonaron. Al llegar a Stranraer incluso

encontró aparcamiento a la primera en el centro de la población. No había mucho movimiento. Denis miró a su alrededor.

—Ahí hay un Boots. Puedes ir a por tinte para el pelo.

—¿Y tú?

—Tengo que ir al banco. Quiero sacar dinero. Quedamos otra vez en el coche.

Desde lo que había sucedido en la granja, desde que se habían dado a la fuga, era la primera vez que Denis la dejaba sola en una población. Se había propuesto a conciencia tenerla siempre vigilada. Terry percibía que no se fiaba de ella, que le preocupaba que intentara escapar. Era extraño que la hubiera dejado en el hotel al ir a buscar los billetes, y era aún más extraño que la soltara allí en medio de un pueblo sin vigilarla. Terry se preguntó si su confianza en ella estaba creciendo.

Denis cogió la llave del coche y desapareció en busca de una sucursal. De esa forma la chica no podría largarse con tanta facilidad, desde luego no con el coche.

Terry entró en la droguería. Se sentía insegura y temerosa y deseó que Denis estuviera con ella. Puede que su foto ya hubiera aparecido en los periódicos. Apenas se atrevía a levantar la cabeza y mirar a los ojos a los demás clientes. Esperaba que alguien la agarrara del brazo en cualquier momento y llamara a gritos a la policía. Se alegró de poder desaparecer entre las estanterías de productos capilares. Allí respiró hondo. Estaba en Escocia. Puede que la buscaran en Inglaterra, quizá solo en Yorkshire. Pero seguro que no en la costa occidental escocesa, ¿verdad?

¿O era muy ingenua por pensar a nivel local? ¿Acaso no resulta imposible hoy en día esconderse en cualquier parte, sabiendo lo interconectado que está el mundo? ¿No estaría engañándose Denis al creer que podría desaparecer en Irlanda para siempre?

Y al final, todas aquellas preguntas desembocaban en una única cuestión: ¿dejarían de huir algún día?

Luchó contra la depresión que se cernía sobre ella. En la situación en la que se encontraba no debía adelantar demasiado los acontecimientos, ya que eso la sumía en una profunda e irremediable desesperación. Toda una vida huyendo de la policía junto a un hombre imprevisible que seguramente iría cayendo cada vez más en la delincuencia y arrastraría consigo a la mujer que lo acompañaba. Aún oía la voz de Stella Crane: «Lo mejor sería que dejaras a Neil. Puedes acabar en la cárcel».

Era fácil decirlo. Pero ella no era tan fuerte como Stella. Denis era su único apoyo.

Cogió una caja de tinte (rubio dorado, prometía) y se dirigió a la caja con la cabeza gacha. Él le había dado un par de billetes. Le llegaba justo. Recogió las monedas del cambio y salió del establecimiento.

Una vez en la calle, lo primero que vio fue la cabina de teléfono en la acera de enfrente.

Desde que todo el mundo tenía móvil, incluso los niños en edad escolar, las cabinas de teléfono eran cada vez más escasas en el espacio público. Pero seguían existiendo. Allí, en medio de Stranraer, había un magnífico ejemplar de intenso color

rojo.

La mano de Terry apretó las monedas. Era un momento único: estaba sola, tenía una cabina de teléfono enfrente de sus narices y tenía dinero suelto.

«Podría hacer una llamada».

Parecía que Denis estaba tardando en el banco, o que este estaba más lejos de lo que él suponía. Seguramente Terry lo conseguiría. Una llamada breve a la policía. Un aviso sobre la granja y sobre las personas retenidas allí, que necesitaban ayuda con urgencia.

«Pero entonces la policía tendrá nuestra matrícula. Mañana no podremos subir al ferri con el coche. Y los pasaportes ya no valdrán».

Pero ¿no sería mejor así? Quizá en esas circunstancias podría convencer a su novio de que se entregara.

«Ya no tiene sentido, Denis. Puede que nunca lo haya tenido. No habríamos podido vivir siempre con nombres falsos. Entrégate a la policía. Vale, has disparado a Jonas. Pero puede que con suerte siga vivo. Así no será un asesinato. Tendrás que ir a la cárcel, pero eso también pasará. Y podremos empezar de cero de verdad».

Miró a su alrededor. Ni rastro de él.

Cruzó la calle. Tenía la mano tan empapada en sudor que las monedas casi se le escurrían entre los dedos. Le temblaban las rodillas.

«No puedo hacerlo. No puedo traicionar a Denis».

A pesar de esa voz que le resonaba en la cabeza, avanzaba hacia la cabina como por arte de magia.

Salvaría tres vidas. La de Jonas, la de Stella y la de Sammy. Sammy era su hijo. Denis tenía que entenderlo.

Sin embargo no lo entendería. En realidad Terry ya lo sabía. Denis actuaba solo en beneficio propio, siempre y en cualquier circunstancia. No poseía la capacidad de ponerse en el lugar de los demás.

Abrió la puerta de la cabina. Casi deseó que un poder superior tomara la decisión por ella. Que el teléfono estuviera estropeado, por ejemplo. Destruído por adolescentes que se divertían causando desperfectos en el mobiliario urbano.

No parecía ser así. Tenía aspecto de estar intacto.

Terry extendió despacio la mano hacia el auricular. «Puedo describir la ubicación de la granja de forma tan vaga que les resulte difícil encontrarla —pensó—, y así mañana quizá lleguemos a Belfast con el coche».

Y en ese instante una mano firme como el acero le agarró el brazo. No había oído llegar a nadie llegar, ni siquiera había sentido la corriente a sus espaldas. Alguien la sacó de la cabina de un estirón y la giró con tanta violencia que profirió un leve grito de dolor.

Delante tenía el rostro de Denis, desencajado de ira.

—Lo que sospechaba —dijo en voz baja—. Tenía el presentimiento de que era mejor no perderte de vista.

—Denis...

—¿A quién querías llamar? A la pasma, ¿no? ¿Querías contárselo todo para que mañana solo tuvieran que arrestarnos de camino al ferri?

—No quería contárselo todo, de verdad que no. Solo quería que alguien fuera a la granja y salvara a la familia. En serio, Denis, quería...

—¿Cómo puedes ser tan estúpida? —le preguntó aún en esa voz peligrosamente baja. Y de pronto rugió—: ¿Es que tienes la cabeza hueca? ¿No te queda ni un poquito de cerebro en esa puta cabeza? Te lo he explicado miles de veces, ¿no? Miles. Que nos atraparán en cuanto sepan que vamos en el coche de los Crane. Que...

Dos viandantes se detuvieron asustados por el griterío y los miraron. Denis bajó la voz.

—Eres una traidora miserable, ¿lo sabes?

Distinguía en su rostro el esfuerzo que estaba haciendo por controlarse. Si hubieran estado solos ya le habría asestado un puñetazo en toda la cara. Por suerte en ese momento no podía permitirse llamar más la atención, y sabía también que al día siguiente atraerían todas las miradas en el barco si Terry aparecía con el ojo hinchado y el labio reventado.

—Lo siento —dijo y se echó a llorar.

—Lo sientes, lo sientes... Si no hubiera llegado a tiempo tendríamos a la policía pisándonos los talones. Te importa una mierda que acabe en la cárcel, ¿no?

—No, pero quiero ayudar a Stella y a Jonas. Y a Sammy. Por favor, Denis. Nuestro único problema es el coche. Podemos dejarlo en algún sitio e intentar conseguir otro...

La interrumpió con brusquedad.

—Me desespera lo ingenua que eres. Conseguir otro coche. ¿Y cómo? ¿Robándolo? ¿Comprándolo? ¿Y a qué nombre lo registramos, si se puede saber? Además...

Dejó de hablar, pero Terry insistió.

—¿Sí? ¿Además qué?

—Tenemos otro puto problema. Ya no puedo sacar dinero.

—¿Por qué?

—Cuenta bloqueada. Lo han descubierto.

La chica no entendía nada.

—¿El qué? ¿Qué es lo que han descubierto?

—Olvídalo. En cualquier caso, ya no aguanto más escapaditas tuyas. Estamos jodidos porque nos hemos quedado sin pasta por el momento y ni de coña voy a empeorarlo todo preocupándome por los Crane. Ellos verán cómo se las apañan. Eso mismo voy a hacer yo.

—Pero tu herencia... —se atrevió a añadir ella en voz baja.

—Olvídate de la herencia. ¡Olvídate de una vez! —bramó él.

La soltó por fin, se dio la vuelta y se dirigió hacia el coche. Ella se apresuró a

seguirlo.

—He comprado el tinte —dijo, esforzándose por volver a ganarse su favor.

—Alégrate de haberlo hecho antes de que supiera lo de la cuenta. Si no, no habríamos podido permitirnoslo.

—Pero entonces...

—Entonces te habrías tapado el pelo con un pañuelo. Yo qué sé. ¿No puedes cerrar el pico un rato?

Terry no se atrevió a decir una sola palabra en todo el trayecto de vuelta a Cairnryan. Denis estaba de mal humor. Cuando llegaron al *bed & breakfast*, aparcó el coche en el patio, apagó el motor y pasó varios minutos mirando al infinito. Al final se volvió hacia Terry. Su mirada era fría e impasible.

—No voy a volver al trullo. Jamás. Y si me pones en peligro, si intentas actuar a mis espaldas y engañarme una sola vez más, te mato. ¿Entendido?

Ella tragó saliva con dificultad y asintió.

—Sí. Entendido.

—Y no quiero volver a oír el nombre de esa familia. ¿Has entendido eso también? Volvió a asentir.

—Entonces ve y tíñete el puto pelo —dijo.

Luego salió y la dejó allí sentada.

Completamente seguro de que cumpliría sus órdenes.

3

Jane nunca había visto al jefe con aspecto tan gris. Tan pálido, tan consumido, tan cansado.

Tan derrotado.

Había vuelto de Liverpool a primera hora de la tarde. Allí había sucedido algo que lo había dejado en ese estado.

Lo comprendió cuando el comisario los llamó a ella y a Stewart a su despacho.

—Tenemos que despedirnos de Shove —dijo. Su voz sonaba extrañamente monótona—. La probabilidad de que sea el responsable de los asesinatos de Richard Linville y de Melissa Cooper ya solo puede considerarse muy remota.

—¿Y eso? —preguntó Stewart. Después de que Caleb Hale se hubiera aferrado durante meses a su sospechoso favorito, ahora le sorprendía semejante cambio.

Sin embargo, Jane había visto venir exactamente aquella escena. La verdad es que podía haberse producido antes. Le sorprendía lo mucho que había tardado.

El jefe tenía aspecto de no haber dormido ni un segundo la noche anterior.

—Hay indicios de que el asesinato del sargento retirado Norman Dowrick se enmarca en la misma serie de crímenes que los de Linville y Cooper. Según los

resultados forenses que tenemos hasta el momento, puede que se tratara de la primera víctima, anterior incluso a Linville. Ambos fueron estrechos colaboradores y amigos durante años, pero Dowrick ya llevaba más de un año apartado de la policía cuando pasó lo de Shove. En ese momento ya ni siquiera mantenía la amistad con Linville, ya no tenían contacto. No se me ocurre ningún motivo por el que Shove habría ido a Liverpool a ahogarlo en un bidón lleno de agua.

Stewart palideció.

—¿De verdad lo ahogaron?

—Sí, las pruebas indican que se resistió desesperado. Pero no tenía ninguna posibilidad.

—¿Para eso no habrían hecho falta varias personas?

—No necesariamente. Dowrick estaba paralizado de cintura para abajo. Seguro que, llegado el caso, un único tipo pudo haber acabado con él.

Un breve y angustioso silencio siguió a sus palabras. Entonces Jane preguntó, pragmática:

—¿Cómo has llegado a la conclusión de que el crimen de Dowrick está relacionado con los otros dos casos?

Les hizo un resumen conciso: dos personas que mantenían una estrecha relación con Linville habían sido asesinadas, al igual que él, con una brutalidad extrema. Los tres crímenes se habían producido en el plazo de medio año.

—Todo puede deberse a una casualidad —añadió—, y por supuesto existe una posibilidad remota de que esa maldita «banda juvenil», la teoría preferida de los colegas de Liverpool, sea responsable de la muerte de Dowrick. Sin embargo, creo que es mucho más probable que haya un vínculo entre Dowrick, Linville y Cooper.

—En su día nos planteamos que el culpable, Shove, experimentara cierta satisfacción al matar a gente cercana a Linville —dijo Jane—. En mi opinión, el asesinato de Dowrick no lo descarta, más bien lo refuerza.

—Pero en el caso de Melissa Cooper ya tuvimos problemas con el hecho de que el crimen se produjera varios meses después del de Linville, de modo que la desgracia ya no podía afectarlo. Y en cuanto a Dowrick, ¿no habría sido lógico hacérselo saber de alguna manera a su antiguo amigo? Sin embargo, la probabilidad de que alguien encontrara algún día el cadáver de Dowrick en ese bidón hermético en la fábrica abandonada era cercana a cero desde un principio. Así que es evidente que el crimen no se cometió con el objetivo de conmocionar o asustar a Linville.

—Si descartamos a Shove —intervino el sargento Stewart—, prácticamente descartamos también la idea de buscar al culpable entre las personas que arrestó Linville a lo largo de su carrera. Ya que en ese caso su participación sería tan poco probable como la de Shove.

—A no ser que limitemos la búsqueda a los crímenes en los que los dos agentes encarcelaron a alguien juntos —comentó Jane.

Caleb negó con la cabeza.

—En el caso de Melissa Cooper eso no nos lleva a ningún lado.

Nadie supo qué responder a eso. Finalmente Stewart preguntó:

—¿Y en qué estás pensando ahora, jefe?

Caleb se frotó los ojos.

—Ayer tuve una conversación con Kate Linville. Estaba buscando a Norman Dowrick porque esperaba obtener información sobre la aventura que tuvo su padre con Melissa Cooper. Por desgracia, nosotros no consideramos que pudiera aportar datos importantes.

Stewart bajó la mirada avergonzado.

El comisario se dio cuenta.

—No te hagas reproches. Al fin y al cabo, yo también decidí entonces que Dowrick no sería de ninguna ayuda. Estaba obcecado con Shove. Por eso actué de forma parcial. —Les explicó brevemente lo que le había señalado Kate—. Sospecha que la causa de todos estos crímenes se esconde en la vida privada de su padre, no en su profesión. Está convencida de que la relación con Melissa Cooper es la clave. Norman Dowrick era una de las pocas personas que conocía con detalle los secretos de la aventura; en ciertos aspectos era incluso el único.

—¿En cuáles? —preguntó Stewart.

—Al parecer, las circunstancias de la separación de Linville y Cooper son algo misteriosas. Eso me dijo Kate, y Susannah Dowrick se lo había confirmado. Sucedió algo que los distanció, precisamente en el momento en que habrían tenido por primera vez la oportunidad de hacer oficial su relación. Y la amistad entre los dos compañeros se quebró exactamente al mismo tiempo. El comportamiento de Dowrick cambió por completo, pero evitaba hablar de ello con su esposa.

—¿Y Kate Linville cree que sucedió algo relacionado con dicha separación que ha provocado ahora el asesinato de esas tres personas? —preguntó Stewart con el ceño fruncido.

—Sí.

—Madre mía. ¿Y cómo vamos a investigar eso, jefe?

Caleb, resignado, sacudió la cabeza.

—No lo sé. He pensado en ello toda la noche pero he llegado a un punto en el que no hago más que dar vueltas a lo mismo. Y ahora solo sé que... estoy agotado. Y deprimido.

—¿Hay noticias de la niña? —quiso saber Jane—. ¿La posible testigo?

—No. Y en estos momentos es nuestro único rayo de esperanza. Si presencié el crimen y puede darnos una descripción del asesino, habremos avanzado un buen trecho. Pero para eso tenemos que encontrarla —dijo Caleb.

—Si me permitís decir algo más —añadió la agente—, de todas formas tenemos que seguir buscando a Denis Shove. No es precisamente un santo. Pensad por ejemplo en la estafa que ha llevado a cabo durante meses con la pensión de su tío.

—Además le disparó a una mujer —reforzó Stewart—. Se llevó su coche y la

abandonó herida de gravedad en una carretera comarcal. Fue pura suerte que la encontraran y que haya sobrevivido.

—Lo sé —respondió Caleb—. Es solo que...

Dos pares de ojos lo miraban expectantes.

—Para la justicia es del todo irrelevante, por supuesto —dijo—, pero cada vez veo más claro que nuestro despliegue para la busca y captura no ha hecho sino empeorar las cosas. La estafa es una cosa, y parece típico de Denis Shove, debo decir. Pero lo de Peggy Wild y el coche... Seguramente no habría pasado si no lo hubiéramos acorralado. De pronto su foto estaba en todos los periódicos, se vio entre la espada y la pared, y en ese momento fue cuando el asunto se salió de madre. Shove empezó a actuar presa del pánico y por eso puso vidas humanas en peligro.

—Eso no lo justifica —replicó Jane—. No se puede ir por ahí pegando tiros y robando coches por estar entre la espada y la pared.

—Claro que no —coincidió Caleb. Pero era evidente lo que estaba pensando: no tendrían que haber permitido que la cosa llegara tan lejos.

Por el momento no podían hacer nada. Susannah Dowrick ya había sido informada el día anterior de que habían encontrado a su exmarido muerto, pero Stewart decidió volver a visitarla de todos modos. Le remordía la conciencia por haberse dado por satisfecho tan pronto después de su primera conversación con ella.

El comisario se dispuso a prepararse un café bien cargado y Jane volvió a su despacho. Perpleja. Consumida por dentro.

La chica de Liverpool. Una niña de trece años con retraso mental en la que estaban puestas todas las esperanzas.

¿Había algo que pudiera hacer? Tenía la sensación creciente de ser una espectadora impotente.

Shove estaba descartado. El jefe había renunciado a él. Ella era la única que podía seguirle la pista, ya que sin duda había que arrestarlo. Sin embargo Caleb y Robert pretendían volver a analizarlo todo con gran precisión y buscar nuevas vías de investigación.

Casi fue un alivio que sonara el teléfono. Quizá la distrajera, aunque solo fuera un instante.

Al otro lado de la línea había una mujer que sonaba bastante enervada.

—¿Agente Scapin? —preguntó—. ¿Policía de Yorkshire?

—Sí. ¿Quién es?

—Me llamo Amelie Bromley. Soy del departamento de prensa de TV Adventure.

La productora para la que trabajaba Jonas Crane.

—¿Sí? —preguntó dedicándole toda su atención.

—El señor Chalid me ha dado su número y me ha... bueno, se podría decir que más o menos me ha obligado a llamarla. —Soltó un suspiro—. Ese hombre me está volviendo loca. Desde ayer me está asediando prácticamente a todas horas para que lo ayude a localizar a Jonas Crane de inmediato.

—¿El señor Chalid? ¿Se refiere a...?

—Sí, Hamzah Chalid. Ese iraquí, iraní o lo que sea. Sabe que no rodaremos la película sobre su vida y se ha puesto como loco.

—Ya he hablado con él —dijo Jane—. Conozco el problema.

—Yo no puedo hacer nada. Jonas Crane tampoco; al fin y al cabo, él no decide qué películas producimos y cuáles no. Pero el hombre parece firmemente convencido de que Jonas lo ayudará, y se comporta como si su vida dependiera de que lo encontremos.

—¿Y sabe usted dónde se encuentran Crane y su familia?

—Pensaba que ya habían vuelto hace tiempo. El viernes esperamos dos tratamientos de Jonas, y el miércoles que viene tiene una reunión. Pero Chalid asegura que ha desaparecido sin dejar rastro.

—Desde luego no regresaron de las vacaciones el domingo pasado tal como habían dicho —le confirmó la agente.

—¿Y por qué interviene la policía en esto? —preguntó Amelie desconfiada.

—Solo queremos hacerles una pregunta en relación con otro caso —respondió Jane evasiva—. Aunque ni siquiera sabemos si el señor Crane podrá ayudarnos.

—Vaya. Bueno, pues tendrán que hacer algo, porque si no Chalid no me dejará en paz.

—¿Y por qué ha acudido a usted?

—Ha preguntado por toda la empresa. Y alguien le ha remitido a mí diciéndole que yo sabía algo. En realidad solo supongo quién le pudo alquilar a Jonas la casa para las vacaciones.

—De todas formas sería un buen punto de partida —le dijo Jane. Quizá los Crane la llevaran hasta Denis Shove. Quizá pudiera ayudar también al pobre señor Chalid. Al menos, si seguía con esta historia, estaría haciendo algo.

—Bueno, la cosa es que Jonas estuvo en la oficina, preguntando a los compañeros si le podían recomendar algún sitio donde desconectar del todo. Al parecer su médico le había aconsejado que se tomara un descanso. Ya sabe, lejos del mundo, sin internet ni televisión. Huir del torrente de información, encontrarse a sí mismo, conocerse por dentro. Algo así.

La vecina de Kingston había mencionado algo similar.

—Sí, eso coincide con los datos que he recogido hasta ahora —dijo Jane.

—Pues recordé que le dije a Jonas que uno de los autores que suele trabajar para nosotros tiene una casa así. La necesita para trabajar. Por lo visto es una antigua granja muy aislada. En los páramos de North York.

«En algún lugar del norte de Inglaterra...».

—¿Sabe cuál es la dirección de la casa? ¿O dónde se encuentra exactamente?

—Me temo que no. Tampoco sé si Jonas me hizo caso. Ni idea. Pero puedo darle el nombre y el número de teléfono del escritor.

Jane cogió un lápiz.

—Se lo agradecería.

—Hamzah Chalid quería estos datos a toda costa, pero me niego a permitir que ese psicópata acose a más gente —le explicó Amelie—. Por eso me pidió que la informara a usted. Porque es verdad que usted es policía, ¿no? —añadió, de pronto desconfiada.

—Puede solicitar en información el número de la central de Scarborough y pedir que me pasen la llamada.

La propuesta de Jane pareció despejar sus dudas.

—No hace falta. Veamos, el guionista se llama Benjamin Wilson. No sé por dónde estará ahora mismo, pero le doy su número de móvil.

Le dictó el número. Jane le pidió que informara al señor Chalid de que se ocuparía de ello de inmediato.

—Que se vaya a casa y no se preocupe más.

—¡Eso espero! —exclamó Amelie Bromley antes de colgar.

Acto seguido Jane marcó el número del señor Wilson pero le saltó el contestador. Se presentó, explicó que se trataba de un asunto rutinario y le pidió que le devolviera la llamada.

Por dentro no estaba segura de cuánto debía preocuparse por aquella familia. Jonas Crane era un escritor independiente. Podía organizarse como quisiera siempre que cumpliera con los plazos de entrega. Era posible que los Crane sencillamente hubieran alargado las vacaciones en vista de que, para su sorpresa, estaba haciendo muy buen tiempo.

Seguía siendo un poco sospechoso que Stella Crane no escuchara los mensajes del móvil ni hubiera avisado del cambio de planes a la vecina que se estaba ocupando de la casa.

Pero no podía volverse loca con ese asunto. Ya tenía suficientes problemas.

Ese tal señor Wilson le devolvería la llamada en algún momento, y ojalá entonces se esclareciera todo.

4

Al atardecer Jonas apenas respiraba. Pasaba la mayor parte del tiempo inconsciente, solo parecía despertarse de vez en cuando. Pero ni siquiera entonces daba la impresión de saber dónde estaba o qué le había sucedido. Tampoco reconocía a Stella. La miraba desconcertado, después ponía los ojos en blanco y volvía a perder el conocimiento. Una de las veces sí acertó a decir una palabra:

—Agua.

Stella le sujetó la cabeza y le dio a beber un par de sorbos. En su lucha contra la fiebre le había administrado más agua de la planeada, de manera que su estimación de

aguantar todo el día siguiente no se cumpliría. En la botella ya solo había unas gotas, y después de eso se acabó. Tampoco quedaba paracetamol, ni gasas. Prácticamente no quedaba de nada, y cada vez resultaba más evidente que Jonas a duras penas sobreviviría a la noche sin ayuda médica. Ella llevaba todo el día sin beber para dejarle a él todo lo posible, y comenzaba a sentir que perdía fuerzas a gran velocidad. Sentía tanta sed que tenía visiones constantes de manantiales cristalinos, brillantes lagos azules y botellas de cristal empañadas por el frío y perladas de condensación. Se esforzaba por reprimir las imágenes en la medida de lo posible porque eran una verdadera tortura. Ahora observaba desesperada el último trago de la botella con la mirada ardiente y la sensación de tener los párpados hinchados. Ese poquito de agua apenas le haría ningún bien a Jonas, pero quizá a ella le diera la energía que necesitaba para superar la noche. Era inútil pensar en dormir, su marido estaba demasiado grave para eso. Pero quizá fuera ese ridículo resto de agua el que marcara la diferencia entre la vida y la muerte; pronto llegaría el rescate y Stella debía aguantar hasta entonces.

El rescate...

La pregunta era si no tendría que haber llegado hacía tiempo. Sammy ya llevaba seis horas fuera. Era un niño pequeño, tenía sed y el sol era abrasador, así que seguro que se había parado más de una vez a descansar. Pero de todos modos tenía que haber llegado ya a la carretera principal; no es que el tráfico fuera muy intenso, pero sí pasaban coches con regularidad. No podía ser que nadie parara al ver a un niño vagando por allí sin ningún adulto a la vista.

Pero entonces, ¿no tendría que estar allí ya la policía?

¿Qué significaba que no hubiera llegado?

¿Dónde estaba Sammy?

No tendría que haberlo enviado. Había corrido un riesgo excesivo. Justo hacía seis semanas que había cumplido cinco años. Era un niño inteligente pero muy protegido y vigilado, así que no era demasiado independiente. Aparte de a las casas de los niños que vivían en la misma calle, Stella todavía no le había permitido ir solo a ninguna parte. Y ahora lo había mandado a buscar ayuda por los páramos.

Jonas murmuró algo, así que se acercó a él de inmediato. Durante un segundo esperó que no solo se hubiera despertado sino que también tuviera un milagroso momento de lucidez.

Sin embargo, se dio cuenta de que nada había cambiado. Jonas seguía delirando en sueños febriles sin la menor idea de quién era o dónde estaba. Por mucho que se esforzara no entendía lo que decía. Retazos de palabras, letras enhebradas sin sentido.

—¡Jonas! —gimió con voz llorosa. Estaba desesperada—. Jonas, he hecho lo que me dijiste. Sammy ha salido por la ventana. Todo ha ido bien, ha llegado al suelo sano y salvo. Ha ido a buscar ayuda. No tardará. Solo tienes que aguantar un poco más. ¿Jonas? ¿Me oyes? Ahora no puedes rendirte.

Él abrió los ojos un instante pero tenía la mirada velada y no parecía reconocer ni

entender nada.

—¡Jonas!

Se le volvieron a cerrar los ojos. La cabeza cayó hacia un lado. Su respiración era pesada y ronca. Parecía estar exhalando vapor caliente hacia la mano de Stella.

Esta miró a su marido y se preguntó si aquello sería lo último que vería: el granero polvoriento, el crepúsculo por la ventana. El sofá estrecho y gastado. Y encima el hombre con el que había elegido pasar el resto de su vida.

El hombre que moriría si no...

En ese momento oyó la voz. Era casi un susurro y venía de fuera.

—Mami...

Stella se levantó de un salto y subió por la escalera improvisada a una velocidad imprudente, de manera que esta se tambaleó y se inclinó peligrosamente. Una vez arriba sacó la cabeza por la ventana.

—¿Sammy?

—¡Mami!

Estaba muy pegado a la pared del edificio, por eso no lo vio enseguida. Tenía las dos manos apoyadas contra el muro y miraba hacia arriba. El sol se había escondido pero aún había luz en el cielo. Stella distinguía su rostro. Parecía cansado, derrotado y sucio. Daba la impresión de querer atravesar la pared para poder volver por fin con su madre.

¿Dónde estaban los demás? ¿La policía? ¿Los sanitarios?

¿Por qué había tanto silencio?

—¡Sammy! ¡Has estado fuera mucho tiempo!

Los regueros de lágrimas le habían marcado el rostro embadurnado de polvo.

—¡Mami, tengo muchísima sed!

—¿Dónde estabas?

—Buscando agua.

—¿Buscando...? Sammy, tenías que ir a la carretera. ¡Tenías que buscar ayuda!

—Tenía mucha mucha sed. Quería ir al lago.

—¿Qué lago? —Por el amor de Dios, ni siquiera se había acercado a la carretera. Había vagado en busca de agua, y podía sentirse afortunada de que al final hubiera sido capaz de encontrar el camino de vuelta.

—¡Por aquí hay un lago! —insistió Sammy.

Stella no tenía ni idea de a qué se refería. Quizá hubiera descubierto un charco en alguna parte jugando o paseando con Jonas durante las últimas dos semanas.

Suspiró en silencio. Todo había sido en vano, la espera, la confianza, el temor.

—Y luego ya no encontraba el camino a la carretera —prosiguió el niño. Stella le veía en la cara lo desesperado que había debido de sentirse. Los reproches que habría querido hacerle murieron antes de que los articulara. Era muy pequeño. Le había pedido demasiado.

—No pasa nada, Sammy. No pasa nada.

—No encontraba la carretera. Ni la casa. Y hacía mucho calor. ¡Tenía miedo! —
Se echó a llorar de nuevo.

—Tranquilo. Ya estás aquí. No pasa nada. —«Estamos perdidos».

—Tengo mucha sed.

—Espera un momento. —Stella tomó una decisión. Descendió, cogió la última botella con las miserables gotas de agua que quedaban. Ató el extremo de la cuerda improvisada con la que había descolgado a Sammy pocas horas antes al cuello de la botella y apretó el nudo todo lo que pudo. Después volvió a subir.

—Voy a bajarte agua —le gritó—. ¡Bébetela con cuidado!

La botella se columpió despacio hacia abajo por la pared del granero. Sammy estiró los brazos hacia ella.

—¡Cuidado! —repitió Stella.

El recipiente había llegado abajo. Sam lo recogió enseguida, lo abrió y bebió a tragos veloces y ansiosos.

Después levantó la mirada.

—¡Mami, sigo teniendo sed!

—Eso era todo lo que nos quedaba. Sammy, vuelve a mirar en el coche de Terry. Y después rodea otra vez la casa, igual hay algún grifo y no lo has visto.

Stella tenía pocas esperanzas, y efectivamente Sam regresó un rato después con las manos vacías.

—No hay nada.

—Está bien. —Pero no estaba bien. Ya no les quedaba nada, nada en absoluto. Durante un par de segundos Stella consideró la idea de recurrir al agua de refrigeración y al líquido del limpiaparabrisas del coche de Terry. Pero con este último corrían un riesgo demasiado alto de que tuviera restos de anticongelante del invierno anterior, y el agua de refrigeración... limpia no estaría. La diarrea y los vómitos era lo último que necesitaban en ese momento.

—Escúchame, Sammy, ahora tienes que dormir. A lo mejor mañana puedes volver a intentar llegar a la carretera, ¿qué te parece? Pero para eso tienes que coger fuerzas.

Su hijo la miró horrorizado.

—No quiero volver, mami. He pasado mucho miedo. ¡Quiero quedarme contigo y con papi!

No tenía sentido ponerse a discutir. Stella solo esperaba que a la mañana siguiente, con la luz del día, Sammy recuperara el espíritu.

—De acuerdo. Pero de todas formas tienes que dormir.

—¿Puedo ir con vosotros?

—Cariño, no puede ser. Es demasiado peligroso.

—¡Puedo escalar por la cuerda!

—No es una cuerda de verdad, y piensa en lo que pasaría si se soltara uno de los nudos.

—Entonces me la vuelvo a atar a la tripa y tú tiras de mí.

Habría sido una temeridad esperar que el niño se atara el extremo de la cuerda a la cintura con fuerza suficiente.

—No, Sammy. Dormirás en el coche de Terry, ¿qué te parece? Échate en el asiento de atrás, es cómodo y suave, estarás muy a gusto.

Él se echó a llorar.

—¡No! ¡Quiero ir con vosotros!

A Stella le dolía en el alma, pero no podía ceder.

—Eh, ¿qué es eso que veo? ¿Lágrimas? ¿Es este el mismo jovencito que lleva semanas repitiéndome que quiere dormir en una tienda de campaña en el jardín?

En ese momento a Sammy le daba completamente igual lo que hubiera querido hacer o dejar de hacer en el pasado.

—¡Mami, por favor! ¡Quiero ir con vosotros!

—Irás al coche de Terry —dijo Stella decidida. No quería seguir discutiendo porque no tenía fuerzas para ello y porque le resultaba difícil hablar. El polvo seco que parecía cubrir todo el maldito granero le raspaba la garganta, y empeoraba al hablar.

—¡Mami! —sollozó el niño.

—Harás lo que yo te diga. Te irás a dormir. Papi y yo estaremos aquí, muy cerca de ti.

Sam pareció comprender que su situación no era negociable. Murmuró algo sobre el hambre y la sed horribles que tenía («ya, estamos todos igual», pensó Stella) y por fin se marchó en dirección al coche. Su madre lo observó abrir una de las puertas traseras y acurrucarse en el asiento.

Bueno. Estaba a salvo. No del todo bien, pero era mejor que nada.

Descendió con las piernas endebles y los brazos temblorosos. Tenía la sensación de que la fuerza se le escapaba de los músculos, se le desvanecía, y estaba asombrada de lo rápido que era el proceso. Stella cuidaba mucho su alimentación, salía a correr todos los días e iba a la piscina siempre que podía. Estaba orgullosa de su cuerpo sano y en forma. Y ahora veía que un par de días de encierro, hambre y sed bastaban para socavar su estado físico.

Por no hablar del mental.

Comprobó cómo estaba Jonas. Seguía igual de mal. Al menos no iba a peor, o esa era la impresión que daba. Sin embargo, tampoco a mejor. Eso era imposible.

Se acurrucó sobre la alfombra junto al sofá. Casi se había acostumbrado ya al duro suelo. Ansiaba una o dos horas de olvido. Un letargo que la liberara de la tortura del dolor del estómago y del anhelo por un trago de agua. No tener que oír la respiración alarmante de Jonas. No tener que pensar en Sammy ahí fuera, llorando hasta quedarse dormido en el coche de Terry.

Tranquilidad, nada más. Solo un instante.

Apenas se había atrevido a imaginarlo, pero estaba tan exhausta que lo logró: se

durmió.

JUEVES, 12 DE JUNIO

1

Jane odiaba tener que pedirle un favor a su vecina, la señora Pollard, puesto que esta ya casi no se esforzaba en esconder su enfado cada vez que le pedía ayuda de improviso.

Hacía poco se había quejado de que últimamente eso sucedía demasiado a menudo. ¿Qué estaba pasando? Antes Jane compaginaba mejor su empleo con Dylan.

—Es que estoy muy agobiada en el trabajo —le había respondido la joven, a lo que la señora Pollard contestó que debería haber reflexionado antes sobre si el oficio de policía era lo más adecuado para ella.

—¡Si no hacen más que decirlo por la tele! Horas extra cada dos por tres, sin horarios fijos... Se deja de lado a la familia, los matrimonios fracasan...

A Jane le habría encantado responder que la televisión era insuperable a la hora de crear y transmitir clichés, aunque justo en lo concerniente a su trabajo no podía decir gran cosa. De hecho, la falta de un horario fijo era todo un problema y, con ello, la organización de una familia; al menos así era en el departamento de homicidios, más aún cuando el equipo estaba en plena investigación.

Era aún más complicado si (como en el caso de Jane) no se podía hablar de una familia en sentido estricto. «Desastre de familia» sería un término más apropiado. Lo cual no mejoraba la situación, más bien al contrario.

—¿Y por qué no puede ir hoy al... centro? —preguntó molesta la señora Pollard. Le había abierto la puerta descalza, en bata y gorro de ducha. Estaba claro que se disponía a entrar en el baño. Jane le pidió que por favor, solo hoy (bueno, aunque no fuera solo hoy), si podría cuidar otra vez a Dylan.

—Ayer descubrieron el quinto caso de escarlatina —contestó a la pregunta de su vecina—, así que han declarado la cuarentena y...

La noche anterior el contestador automático le había anunciado la catástrofe.

«Joder», fue lo único que le vino a la mente, sentada con la cabeza entre las manos. «¡Joder, joder!».

—Entonces, ¿puede que Dylan encima tenga la escarlatina? —preguntó la señora Pollard horrorizada.

—Por supuesto que no, ya la ha pasado —aseguró Jane.

—Bueno, por suerte yo también —dijo la mujer con un sonoro suspiro de alivio—. Pero esto no puede seguir así, Jane. De verdad, tienes que organizarte de otra manera. Yo en tu lugar estaría hecha una furia. ¡No eres la única responsable de Dylan! Sean podría...

—Es verdad, pero ya sabes cómo son los hombres... —Le parecían bastante

estúpidas ese tipo de generalizaciones, pero sabía que a su vecina le agradaban, especialmente esa. Su marido había desaparecido del mapa hacía años, la había abandonado de la noche a la mañana. Desde entonces la señora Pollard creía a los hombres capaces de cometer las infamias más inconcebibles.

—Además de verdad —dijo al instante—, no son de fiar. Unos egoístas, siempre pensando en sus propios intereses. Bueno, de acuerdo, ¡pero solo hoy! Y por favor, sé puntual, vuelve a casa a las cinco y media.

—¡Por supuesto! —le aseguró Jane, y lanzó una plegaria silenciosa al cielo para poder cumplir la promesa—. Entonces...

—Estaré en tu casa en diez minutos —refunfuñó—, podré darme una ducha antes, ¿no?

—Claro que sí. Y muchas gracias, no sé qué haría sin...

—Ya encontrarías a algún otro cretino —dijo la señora Pollard, y cerró de un portazo.

Un cuarto de hora más tarde, Jane estaba sentada en el coche con una mano al volante y la otra sujetando una tostada. No le había dado tiempo a desayunar en condiciones. La dichosa epidemia de escarlatina le había hecho empezar el día del revés. Estaba esperando en un semáforo cuando, para colmo, el móvil empezó a sonar. Contestó la llamada con el manos libres.

Era Benjamin Wilson, el guionista. Sonaba desconfiado. Era evidente que no estaba del todo seguro de que el mensaje del contestador en el que le pedía que la llamara fuera en serio.

—¿Es usted la agente Scapin? —preguntó con un tono de voz que delataba su escepticismo—. ¿De la policía de Yorkshire?

—Correcto, ¿es usted el señor Wilson?

—Sí, ¿me pidió que le devolviera la llamada?

—Tenemos que hacerle una breve pregunta, señor Wilson. Se trata de su colega, Jonas Crane.

—¿Ha pasado algo?

—Tenemos que hablar con él sobre un asunto, pero no conseguimos localizarlo. Debería haber vuelto el domingo pasado de sus vacaciones pero...

—Ah, ¿es que no ha vuelto? El caso es que quedamos en que volvería el domingo 8 de junio.

«Premio», pensó Jane.

—¿Así que le había alquilado la casa?

—Sí, la granja de los páramos. ¿Cómo lo sabe?

—Lo sospechaban en TV Adventure. Como ya le he dicho, llevamos ya un tiempo buscando al señor Crane.

—Su médico le había recomendado un retiro total y absoluto. Crane estaba a

punto de quemarse, al menos eso fue lo que me contó. Aunque personalmente no creo que dos semanas de retiro le vayan a ayudar mucho, y menos si se lleva a la familia... Pero vamos, allá él.

—¿Y su granja es el lugar adecuado?

—Sí, justo lo que buscaba. No se puede imaginar un lugar más aislado. Sin televisión, internet ni radio. Ni siquiera hay cobertura de móvil en la cuenca del valle. Ya podría estallar una guerra entre superpotencias, que desde allí no se enteraría.

—¿Ha sabido algo de él en este tiempo?

—No, pero esa era la idea, que no mantendría contacto alguno con el exterior. Al fin y al cabo de eso se trataba. Supongo que nos habría avisado si hubiera tenido algún problema, pero aparentemente todo iba bien.

—¿Cabe la posibilidad de que haya prolongado su estancia sin avisarle?

—No —dijo el señor Wilson con certeza—, no creo. Me hizo un ingreso por adelantado para dos semanas. No mucho, en realidad solo los gastos de luz, agua y demás. No le pega nada quedarse más tiempo de lo que ha pagado, a no ser que pensara hacer cuentas más adelante. Aunque... sin decir nada... no parece propio de él.

—Señor Wilson —preguntó Jane—, ¿podría llevarme a la granja?

El hombre se echó a reír.

—No estoy en Inglaterra, agente. Le llamo desde Tenerife. Estoy escribiendo el guión de una miniserie que se desarrolla aquí e intento captar la atmósfera.

«¿Por qué me habré hecho policía? —se preguntó la joven—. Esto de ser guionista no suena nada mal».

Pero con Dylan y el altruismo excesivo de la señora Pollard sería imposible: hoy Tenerife, mañana una granja solitaria en un páramo, pasado mañana quizá Nueva York...

Bueno, soñar es gratis.

—Entendido —dijo ella—. ¿Le parece bien que vaya a echar un vistazo? Estamos muy interesados en encontrar a la familia Crane.

Wilson dudó un instante. Jane adivinó lo que estaba pensando: seguramente quería evitar que Jonas se llevara la impresión de que su compañero había puesto a la policía tras él solo porque se había quedado en su casa más tiempo del acordado sin haber pagado el alquiler.

—A Jonas le tiene que quedar bien claro que... —empezó, pero ella lo interrumpió.

—Por supuesto. El señor Crane sabrá enseguida que no estoy allí de su parte, señor Wilson. Solo tengo que hacerle una pregunta, y no tiene que ver lo más mínimo con usted. Además, estoy empezando a preocuparme. Los Crane ni siquiera han avisado a la vecina que se encarga de las plantas y del correo en Kingston. Creo que aquí hay algo que no cuadra, y no está de más que alguien vaya a comprobar que todo está en orden.

Sobre todo esto último pareció convencer a Benjamin Wilson. Le dio indicaciones precisas, que Jane tuvo que memorizar porque estaba en medio de un atasco. Confío en que se acordaría bien.

—¿Podría avisarme cuando haya vuelto? —pidió el hombre al final—. Tanto si encuentran a alguien como si no, da igual.

—Claro que sí, tendrá noticias mías —prometió Jane.

Después de colgar, reflexionó. ¿Debería ir primero a la oficina? Según el protocolo tenía que ir con un compañero, pero le pareció demasiado complicado disponer de alguien en tan poco tiempo. Además, investigar a la familia Crane había sido su idea desde el principio. Si ahora quedaba en ridículo porque todo estaba bien, nadie se daría cuenta.

Sin pensárselo dos veces giró a la izquierda en el siguiente cruce. Egmont era la población más cercana a la granja. La encontraría, y entonces también encontraría la casa. Regresaría a la comisaría en una hora, y en caso de que se tratara de una falsa alarma, pondría como excusa a Dylan y lo que le había costado dejarlo con alguien.

La hora que tardaría en llegar a la granja, echar un vistazo y volver a Scarborough resultó ser un cálculo totalmente equivocado. Tardó cincuenta minutos largos solo en encontrar la casa. Se equivocó en dos bifurcaciones y acabó en tierra de nadie; ambas carreteras se fueron convirtiendo en caminos de grava que desembocaban en senderos rodeados por llanuras, arbustos bajos, un par de árboles pelados y varias ovejas. El sol abrasaba, y su coche no tenía aire acondicionado. Jane maldecía mientras giraba el volante con esfuerzo. Retazos de la descripción de Wilson le resonaban en el oído. Dios mío, ¿cómo era posible que existieran lugares tan aislados? Esa maldita granja no tenía ni siquiera dirección, así que era inútil intentar usar el GPS.

«Muy quemada tendría que estar para retirarme aquí, al culo del mundo», pensó.

Pero al fin le pareció haber encontrado el camino correcto, muy estrecho y bastante sinuoso.

«Verá la granja de repente después de una curva —le había explicado Wilson—. Estará en un valle justo debajo de usted. Hay dos edificios, uno es la vivienda y el otro un granero de tamaño considerable. Y nada más en kilómetros a la redonda».

Era una buena descripción, Jane reconoció la granja al momento. También se dio cuenta de algo enseguida: daba la impresión de estar completamente desierta.

Todas las contraventanas estaban cerradas y nada se movía.

Si los Crane ya no se encontraban allí, ¿dónde estaban?

A pesar de todo, decidió continuar hasta abajo. Puede que descubriera algo que le diera una pista sobre el paradero de la familia, aunque no estaba convencida de ello.

«Probablemente me esté preocupando por nada —pensó—. Jonas y su familia no habrán aguantado más, y lo entiendo. Se habrán ido a un hotelito en primera línea de playa y se habrán olvidado de avisar.

»Entonces ¿por qué Stella no devuelve las llamadas?».

El coche bajaba traqueteando por el camino pedregoso, demasiado exigente para los amortiguadores. Ya no estaba segura de que el oficio de guionista fuera realmente una meta por la que mereciera la pena luchar. Había que estar un poco majara para invertir dinero en una propiedad como la que tenía delante y encima retirarse a trabajar allí con asiduidad. Jane sabía que en menos de dos días ya estaría deprimida y no sería capaz de tener ni un solo pensamiento sano.

Giró para entrar en el patio y vio de inmediato los dos coches aparcados en fila delante de la casa. Estaban colocados de manera que no se podían ver desde lo alto de la colina ni tampoco desde el camino que llevaba al valle.

Un Renault azul y un Ford rojo.

A Jane no le venían a la memoria las matrículas, pero sí recordó que estaban buscando el Renault azul de Therese Malyan y el Ford rojo que le habían robado a Peggy Wild.

«Denis Shove y Therese han estado aquí, en la granja».

La primera reacción de Jane fue coger el móvil. Tenía que pedir refuerzos inmediatamente. Le dieron miedo las contraventanas cerradas, parecía que Shove y su amiga se habían atrincherado. ¿Con los Crane como rehenes? Shove iba armado, y no era de los que se andaban con tonterías. Le había disparado a Peggy Wild sin vacilar.

No se veía ningún otro coche, pero eso no significaba nada. El coche de los Crane podía estar en el granero.

Al echar un vistazo a la pantalla del móvil, Jane se dio cuenta de que Benjamin Wilson estaba en lo cierto: no había cobertura.

Debía volver al camino, puede que arriba funcionase. Además, de todas maneras tenía que salir de allí. En esa posición era un blanco perfecto.

¡Dios, qué idiota había sido! Había conducido hasta allí sin ninguna precaución, bien visible desde lejos, como una ingenua. La simple sospecha de que había algo que no cuadraba con los Crane debía haberla hecho actuar con más cuidado.

«¡Novata! En serio, te comportas como una maldita novata».

Metió marcha atrás sin perder de vista la casa, preparada para agacharse de un momento a otro, cuando las balas pasaran rozándole. Estaba segura de que ya hacía un rato que habían advertido su presencia. Shove debía de haberse dado cuenta de que había visto los coches y de que estaba al tanto de todo. Como supondría que todavía no había podido pedir refuerzos, lo lógico sería que intentara impedir que se marchara. A Jane casi le sorprendía que aún no le hubieran disparado.

Entonces cayó en la cuenta de que Shove aún no tenía por qué saber que era policía. También podía tratarse de una turista que se había perdido, y en ese caso lo mejor sería dejarla ir sin causarle ningún daño.

Casi había girado el coche cuando, de repente, vio que una puerta trasera del Renault azul se abría. Un niño salió dando traspiés. Le hizo señales con ambos brazos y cruzó corriendo el patio. Tendría cinco años como máximo y Jane se percató al

instante de que debía de tratarse del hijo adoptivo de los Crane. Sammy, había dicho la vecina de Kingston que se llamaba. El hijo de Therese Malyan.

Su primer impulso fue salir del coche de un salto y correr hacia él, pero podía tratarse de una trampa. Condujo hasta pasar la esquina de la casa y allí volvió a detenerse. En ese lado no había ventanas, por lo que el peligro de recibir un balazo en una emboscada era menor. Se apeó, permaneció agachada y tuvo cuidado de que el coche quedara siempre entre ella y la casa.

El pequeño dobló la esquina. Jadeaba con fuerza de lo rápido que había corrido, obviamente empujado por el pánico de que la extraña pudiera irse sin más. Estaba sucio y empapado en sudor; el pelo rubio le apuntaba en todas las direcciones. Jane vio miedo y un desconcierto absoluto en sus ojos abiertos de par en par.

«¿Qué ha pasado aquí?».

—¿Sammy? —preguntó. Estaba lo bastante cerca para cogerlo del brazo y traerlo junto a ella a la protección del coche. El niño se resistió, aunque solo un poco. Parecía del todo extenuado.

—Eh, tranquilo. Soy Jane. Jane Scapin. Soy de la policía.

La miró incrédulo.

Ella se llevó un dedo a la boca.

—No hagas ningún ruido. Y quédate aquí. No te escapes. ¿Puedo soltarte?

Asintió.

Ella le soltó el brazo con cautela.

—Tenemos que andar con cuidado. Por Denis Shove.

El niño la miró confundido y Jane se acordó de que Shove se hacía llamar de otra manera.

—Me refiero a Neil. Neil Courtney.

Sammy por fin abrió la boca. Jane se fijó en que tenía los labios secos y agrietados.

—Se ha ido. Él y Terry ya no están.

—¿Estás seguro? Sus coches están ahí.

—Mami dice que se han llevado nuestro coche.

—¿Dónde está tu mami?

Señaló con la cabeza hacia el granero.

—Ahí dentro. Con mi papi. Neil nos encerró. Mi papi está muy malito, Neil le disparó. He salido por la ventana, pero papá y mamá no caben porque es muy pequeña. Me dijeron que pidiera ayuda. —Ahora no podía parar de hablar—. Pero quería buscar agua. Por aquí cerca hay un lago, ¿sabes dónde está? —La miraba lleno de esperanza.

—No, lo siento. Pero espera. —Se metió un momento en el coche y sacó una botella que todavía estaba casi llena. Nunca salía de casa sin agua—. Tienes mucha sed, ¿verdad?

El chiquillo se llevó la botella a los labios y bebió como si le fuera la vida en ello.

Puede que le faltara poco para llegar a ese punto. Jane ya se había convencido de que podía confiar en él, de que no se trataba de una trampa. El niño estaba demasiado demacrado, escuálido y desesperado. Lo que decía sonaba creíble. Denis Shove había utilizado el contacto de Terry con los padres adoptivos de su hijo para agenciarse otro coche después del asalto a Peggy Wild. Habría contado con que encontrarían a la mujer y que por lo tanto su coche dejaría de ser seguro. Había encerrado a los Crane para que no le fastidiaran la huida.

Caleb Hale no debía reprocharse haber dedicado tanta energía y tantos medios a buscar a Shove. Era un criminal sin escrúpulos.

Se dirigió al granero y examinó la cerradura de la puerta. Estaba asegurada por partida doble con un pestillo que a su vez estaba provisto de un candado.

Shove había querido evitar las sorpresas desagradables.

El niño la seguía pegado a sus talones.

—¡Tienes que salvar a mami! ¡Y a papi!

Jane zarandeo la puerta. No conseguiría abrirla. Necesitaba refuerzos de inmediato.

Percibió una voz apagada que venía del interior.

—¿Sammy?

—Soy la agente Scapin, de la policía de Yorkshire. ¿Señora Crane?

Hubo un instante de silencio desconfiado, y entonces la voz preguntó entre jadeos:

—¿Policía?

—Sí. La sacaremos de ahí, señora Crane. ¿Se encuentra bien?

—Sí, pero mi marido... Mi marido está muy mal. Creo que no va a salir de esta. ¿Tiene agua? ¿Está Sammy con usted?

—Sí, está conmigo. Y tengo agua. —A pesar de la sed que tenía, Sam se había bebido solo la mitad de la botella—. El pequeño ha mencionado una ventana...

—Por el otro lado. Tengo una cuerda. Por favor, venga... Por el otro lado. — Puede que la mujer creyera que se encontraba bien, pero sonaba muy débil.

«Menudo cabrón miserable, ni siquiera les ha dejado suficiente agua», pensó Jane mientras daba la vuelta al granero.

Descubrió la ventana arriba del todo, bajo el tejado empinado del granero. Joder, desde ahí había bajado Stella Crane a su hijo. Un acto osado. Pero había sido su única opción.

Una cara apareció en la ventana. Jane vio unos ojos inmensos, unos cabellos revueltos y unas facciones extenuadas. Stella se encontraba al límite de sus fuerzas.

—¿Ve la cuerda? —gritó desde arriba. Su voz sonaba ronca.

La joven distinguió la cuerda que colgaba desde la ventana y terminaba allí abajo, a sus pies. Tenía una forma extraña: consistía en prendas de ropa, harapos y una manta fina anudados entre sí.

«Una persona tenaz, esta Stella», pensó.

Cogió el extremo, lo enrolló alrededor de la botella formando una red y aseguró el invento lo mejor que pudo.

—Ya puede tirar, ¡tenga mucho cuidado!

El agua ascendía con una lentitud infinita.

—¡Voy a pedir ayuda! —gritó la agente—, ¿dónde hay cobertura?

—Allí arriba, en la colina. Es débil, pero funciona.

Jane se aseguró de que la botella alcanzaba su destino y corrió al coche cogiendo a Sammy de la mano con fuerza. Por si acaso. No lo dejaría deambulando solo por allí.

—Mira, te vas a sentar en el asiento de atrás. Subiremos la colina, llamaremos por teléfono y pediremos refuerzos. Policías, ambulancias... Va a ser emocionante, ¿a que sí?

Sammy asintió, pero ya se le habían quitado las ganas de vivir una aventura entre sirenas aullando y hombres armados. A Jane le pareció traumatizado. Le acarició la cabeza.

—Todo saldrá bien —le prometió.

El niño no tenía pinta de creérselo.

2

Por la noche habían llegado nubes desde el Atlántico, y ahora llovía en Liverpool. Era una lluvia constante y uniforme que duraría todo el día. Limpiaba el polvo acumulado en las calles durante la última semana, seca y calurosa. A lo largo de la tarde, el césped de la ciudad, que ya empezaba a adquirir un tono marrón, volvería a lucir verde y fresco. La temperatura había bajado bruscamente. Kate, que no llevaba más que una camiseta de manga corta con los vaqueros, tiritaba de frío cuando salió del hotel. Necesitaba ropa limpia, sobre todo ropa interior. Iba siendo hora de volver a Scalby.

Caleb se había marchado el día anterior de madrugada. Solo le había dejado una breve nota en recepción. «Tengo que volver. Te llamo. Saludos, Caleb».

Nada más.

La había invitado a comer con él. ¿Por qué había sido tan tonta de rechazar la invitación? ¿Porque seguía avergonzándose de la escenita de aquella noche tras el asesinato de Melissa? ¿O simplemente porque había sido bendecida con un notable talento para desperdiciar todas las oportunidades que se le presentaban?

Le gustaba Caleb, lo admiraba, lo comprendía. Lo encontraba encantador, muy atractivo e interesante. Estaba sola y anhelaba una persona en su vida.

Y entonces, el hombre al que llevaba dedicando gran parte de sus pensamientos desde hacía semanas la invitaba a comer en un pub. Y ella rehusaba la invitación. La

culpa de haber echado a perder su mísera vida era suya, toda suya.

Se había quedado en Liverpool todo el día anterior. No podía sacarse a Grace de la cabeza. Ni la frase que la madre de Grace le había susurrado: «¡Ayúdela!».

No podía dejar de pensar en los moretones que había visto en las muñecas de la niña. En la ropa descolorida, demasiado estrecha, demasiado corta. En la sonrisa soñadora de la muchacha mientras deambulaba por el recinto industrial con la silla de ruedas de Norman Dowrick bajo un sol abrasador. Grace le había resultado tan indefensa y delicada, que le ponía enferma la idea de que en ese momento estuviera sola, escondida en algún lugar y posiblemente en peligro. El día anterior se había dedicado a recorrer el barrio y los alrededores en círculos cada vez más amplios. Había buscado con atención algo que pudiera servirle de escondite: almacenes vacíos, casas deshabitadas, aparcamientos en los que la espesura de los árboles y los arbustos le garantizara no ser vista por posibles perseguidores. Al final se rindió ante las numerosas posibilidades. Grace podía encontrarse en cualquier lugar. Debería dejar que la policía local se encargase de encontrarla.

De todas maneras, tenía la impresión de que no se tomaban las medidas necesarias. Solo había visto alguna que otra patrulla aislada. Por lo menos llevaban perros de rastreo. Por otro lado, a la policía se le planteaba el problema de tener que buscar a la adolescente sin llamar la atención. Los medios aún no se habían enterado de que había una posible testigo del crimen que se encontraba en peligro. Kate supuso que Caleb había cumplido su promesa y que había hablado en serio con la jefa de operaciones de la policía de Liverpool. Había comprado unos cuantos periódicos y, para su alivio, no había encontrado nada sobre Grace. También se debía a que el caso no despertaba demasiado interés. Era horrible encontrar a un hombre ahogado en un bidón meses después de haber desaparecido, pero... ¿a quién le interesaba un parálítico amargado que vivía aislado por completo en una barriada decrepita? Dos periódicos incluso se referían a él como el «anciano», a pesar de que acababa de cumplir los cincuenta. Norman Dowrick llegó a apartarse tan abismalmente del mundo que ni siquiera su insólita y espantosa muerte llamaba la atención. El *Liverpool Chronicle* se había apropiado de la hipótesis de la policía local y conjeturaba sobre las abominables bandas juveniles. La mención a Norman en el artículo era anecdótica, y la noticia se centraba sobre todo en el problema de la creciente disposición de los jóvenes británicos a la violencia y se cuestionaba hasta qué punto las desigualdades sociales eran la causa.

Kate lo sentía por aquel hombre. A él, allí donde estuviera, ya no le importaría, pero a ella le dolía ver que el mundo que rodeaba al Norman muerto lo trataba con la misma indiferencia que al vivo. En cambio, ese desinterés de la prensa le daba a Grace una oportunidad. La policía podía encontrarla antes de que el asesino de Dowrick lo hiciera, puesto que este no tendría la menor idea de que había un testigo del crimen.

Devolvió la llave del hotel y emprendió el camino de vuelta a Scalby, aunque

pasó de nuevo por la barriada de Grace. Bajo la lluvia, todo parecía más triste. Charcos profundos de agua se extendían por el patio del recinto industrial. Las cintas del precinto policial, que el día anterior aún ondeaban a la brisa estival, parecían ahora andrajos húmedos.

Kate aparcó y se bajó del coche. Temblaba por el frío de la lluvia. Daba igual. En casa se daría un baño y se pondría ropa de abrigo.

Todo parecía vacío y muerto. «Desde luego, aquí nadie la está buscando», pensó Kate. La única persona que había allí era Kadir, sentado como siempre en su muro y balanceándose. No parecía molestarle estar calado hasta los huesos.

—Hola, Kadir —lo saludó.

Él le sonrió con tanta alegría como si se tratara de una vieja amiga.

—¡Hola!

—Está todo empapado —comentó Kate—. Tendrá un sitio donde vivir, ¿no?

Kadir asintió.

—Tengo un piso muy bonito. Arriba del todo. —Señaló la casa detrás de él—. ¡En la buhardilla!

—¿No sería mejor quedarse en casa en un día como hoy? —Encogió los hombros—. Hace bastante frío.

Kadir, que tampoco llevaba más que una camiseta, negó con la cabeza.

—Estoy acostumbrado. No puedo quedarme dentro.

—¿No? ¿Nunca?

—En invierno, a veces entro un ratito para calentarme. Pero no mucho. Las paredes se me caen encima, ¿entiende?

—Me... me lo imagino. Kadir, supongo que no sabe nada de Grace, ¿verdad?

—La policía estuvo aquí. Ayer. Hablaron conmigo. Pero no pude decirles nada nuevo. No sé dónde está. No sé si... vio algo.

—¿A qué se refiere?

—De eso se trata, ¿no? Por eso la buscan como locos. Porque puede que haya visto al asesino del hombre en silla de ruedas.

Kate se dio cuenta de que sería una torpeza subestimar a Kadir Roshan. Y de algo más: que los esfuerzos de todos ellos por mantener en secreto el papel de Grace en el caso estaban a punto de saltar por los aires. Bastaría con que a un reportero se le ocurriera preguntar a uno o dos vecinos. Seguro que Kadir no había sido el único en darse cuenta de cuál era el quid de la cuestión.

La policía ya estaba trabajando contrarreloj.

—Ayer por la tarde vino un hombre a preguntar por ella.

—¿Un hombre? ¿De la policía?

—¡No! —dijo negando con la cabeza—. No era policía. Murmuró algo sobre una «investigación» para hacerme creer que lo era. Pero a mí no me engaña nadie. Reconozco a los policías. Es el instinto, ¿sabe usted?

Kate conocía este tipo de afirmaciones. Muchos aseguraban que casi eran capaces

de oler a un policía a distancia, pero eso eran fanfarronerías. Además, a ella casi nunca la reconocían como policía; más bien al contrario, cada vez que se presentaba como agente de Scotland Yard generaba asombro e incredulidad. No eran más que tonterías.

Como si le estuviera leyendo los pensamientos, Kadir dijo:

—Por ejemplo, estoy seguro de que usted es policía. Aunque por algún motivo no lo quiera admitir. Pero es... no sé, algo que desprenden. Es difícil de explicar.

Estaba bastante impresionada, pero a pesar de ello no hizo ningún comentario. Se preguntó por un momento en qué punto se habría truncado la vida de Kadir. Su forma de hablar denotaba educación, y sin duda tenía una mente despierta. ¿Qué le habría hecho el destino para catapultarlo a aquel muro, flaco hasta los huesos, sentado allí lloviera o tronara?

«Las paredes se me caen encima», había dicho.

Pensó en Caleb Hale aquel día en el coche, delante de la casa del hijo de Melissa Cooper. Le había pedido que se recompusiera, porque el mundo estaba lleno de personas con vidas trágicas y la suya no era la peor.

—Entonces, a ver, ese hombre... ¿reveló algún dato sobre su identidad?

—No. Solo se me acercó y me habló. En voz baja. Los otros, los policías, hablaron alto y claro conmigo. Él era... distinto. No me cayó bien.

—¿Se lo ha comunicado a la policía?

—No. Se echarían a reír. Es que no es más que un presentimiento.

—¿Y qué dijo exactamente?

Kadir reflexionó.

—Quería saber si conozco a Grace. No, así no fue como lo dijo. Me preguntó: «¿Conoce a la chica a la que están buscando todos, la testigo del asesinato del policía?».

Kate se estremeció. Hasta ahora se había mantenido en secreto que Norman Dowrick era expolicía.

—¿Está seguro de que dijo «policía»?

—Segurísimo. Me sorprendió bastante. Ni siquiera yo me había dado cuenta de que el viejo de la silla fuera policía. Aquí nadie lo sabía, creo.

—¿Y qué le respondió?

—No soy tonto —dijo Kadir—. Le dije: «No tengo ni idea de si fue testigo del asesinato, solo sé que encontró el cadáver». Se impacientó. Quería saber dónde vivía Grace. Se lo dije. No tenía ningún sentido ocultarlo.

—¿Y entonces fue a buscarla allí?

—Sí, pero no se preocupe, Grace no está en casa de sus padres. Es el último lugar donde buscaría refugio. En ningún otro sitio corre más peligro.

—¿Cómo era el hombre?

—Alto, muy alto. Rubio. No era feo. Pero tenía pinta de... pirado. No me gustó.

Pensó que Kadir era listo, pero que no podía saberlo todo. Había muchas

posibilidades de que el hombre alto, rubio y con pinta de pirado fuera un policía de Liverpool. Ellos sí sabían que Dowrick era un antiguo compañero. Otras teorías serían difíciles de explicar y habrían planteado preguntas desconcertantes.

Sacó su tarjeta del bolsillo, apuntó en el dorso el número de teléfono de su casa en Scalby y su teléfono móvil, y se la entregó a Kadir.

—Aquí tiene. Por favor, llámeme si sucede algo que le parezca extraño o si se le ocurre algo que no quiera tratar directamente con la policía.

Cogió la tarjeta.

—Pero usted es la policía. Lo sabía. Policía metropolitana de Londres. Scotland Yard. ¡Uau!

—Pero no estoy de servicio —aclaró Kate—. ¿Puedo confiar en que me llamará?

—Lo haré —prometió.

Continuó en dirección a la casa de los padres de Grace.

El padre confirmó que la tarde anterior, un hombre que no se había identificado les había visitado y les había preguntado por el paradero de la niña. Darren Henwood le había respondido que no tenía ni idea de dónde podría encontrarse su hija, lo que de hecho era cierto.

—¿Y el hombre no se presentó? —preguntó Kate—. ¿No dio un nombre ni enseñó su documentación? ¿Nada?

—No. Pensé... pensé que tendría sus motivos —tartamudeó.

Había dado un giro de ciento ochenta grados y se había quitado de encima esa actitud de sinvergüenza con una sonrisa que parecía decir «que te den por el culo». En esa mañana gris y pasada por agua, tenía una pinta lamentable, parecía temeroso y nervioso. La casa todavía conservaba el calor de los días anteriores y el hombre llevaba puestos una camiseta interior que olía a sudor y unos bóxers muy viejos. Iba descalzo. Daba la impresión de no haber dormido nada, pero Kate sospechaba que no era la preocupación por Grace lo que le había quitado el sueño la noche anterior, sino más bien la preocupación por sí mismo. La situación le aterraba: su hija se había convertido de repente en la testigo principal de un caso de homicidio y la policía la buscaba desesperadamente, por lo que existía el peligro de que descubrieran que la había estado maltratando día tras día desde hacía años y que la había descuidado de manera punible. Hasta entonces ni un alma se había interesado por Grace Henwood. Sin embargo ahora... El señor Henwood no era estúpido. El comisario de la policía de Yorkshire que había estado allí el día anterior había adivinado rápidamente lo que sucedía, que maltrataba a su hija (o algo peor), y no se había molestado en esconder su rechazo. Y esa mujer que venía ya por segunda vez también estaba enterada. No era ninguna sorpresa que sudara, que tuviera problemas de circulación y que deseara con todas sus fuerzas desvanecerse en el aire.

—¿Y usted habla de su hija con un hombre que no sabe quién es ni con qué derecho pregunta por ella?

Darren se secó el sudor de la frente.

—Han venido tantos preguntando... La policía no deja de venir... Creía que... De verdad que ya no sé si...

Estaba claro que la única esperanza que tenía de salir medio bien parado de la situación consistía en mostrarse sumamente dispuesto a cooperar, casi con devoción. No le pediría ninguna autorización a nadie y estaría dispuesto a colaborar con todos los que le preguntaran por Grace, por miedo a poner en su contra a alguien que le complicara las cosas.

Aparte de que el extraño era alto y rubio (la descripción de Darren no incluía lo de «pirado»), Kate no descubrió nada. Decidió llamar a Caleb e informarlo. Él podría aclarar si se trataba de un compañero de la policía de Liverpool. Ella estaba cada vez más segura de que así era. Se despidió de Darren Henwood con frialdad y se marchó. De camino al coche vio a Kadir balanceándose en el muro. Estaba calado hasta los huesos.

La borrasca todavía no había terminado de cruzar el país. Kate la había dejado atrás. En Scalby todavía hacía un calor sofocante. Vio que el jardín necesitaba agua, pero al suponer que llovería por la tarde, se ahorró regarlo. Entró en la casa y sintió que su cuerpo se relajaba en el ambiente fresco, que podía respirar profundamente nada más llegar. El olor del interior le resultaba familiar y los dos últimos días lo había echado de menos con toda el alma. Era el olor del hogar.

«No puedo desprenderme de esta casa. Jamás».

Recorrió el pasillo, entró en la cocina y abrió la puerta que conducía a la terraza. El aire caliente entró de inmediato. Cogió una botella de agua de la nevera, salió y se sentó en una de las sillas del jardín. La ropa ya se le había secado y la idea de tomar un baño caliente había desaparecido con el cambio de tiempo. Bebió un par de tragos y después echó un vistazo alrededor. El jardín florecía en todos los colores, pero su aspecto no era tan hermoso ni tan cuidado como antes. Faltaba su padre. Kate no había heredado su buena mano para las plantas; no le gustaba cuidar del jardín ni sabía con exactitud lo que tenía que hacer, aparte de cortar el césped y regar las plantas, porque a eso sí que llegaba.

Por otro lado podía quedarse a vivir aquí y dejar que el jardín se asilvestrara un poco. A nadie le molestaría.

Se preguntó una vez más si su dependencia de todo aquello no sería algo enfermiza. Si su incapacidad para desprenderse de ello debía alarmarla. Puede que solo necesitara alguna alternativa antes de dar el paso y soltar amarras, pero no tenía ninguna.

¿Porque estaba obsesionada con su padre? ¿O estaba obsesionada con su padre porque no tenía a nadie más? ¿No era su padre simplemente la solución menos complicada? Él era la única persona cuya presencia no le hacía sentir pequeña, insignificante o como una cualquiera. Con él podía reírse, podía hablarle de sus casos

y de las reflexiones que estos le provocaban. Ideas osadas que no se atrevía a contar a nadie más, y en ningún caso a sus compañeros. Nunca le hizo sentir que lo que expresaba fuera extraño. Siempre la escuchaba concentrado y atento. Consideraba que su hija estaba a su mismo nivel. La tomaba en serio y la respetaba; y por eso, por ese sentimiento que la hacía florecer interiormente, Kate viajaba a Yorkshire siempre que podía.

Con los demás sentía una inseguridad paralizante. Una certeza enraizada en lo más profundo de su ser: «No valgo nada. Al menos no valgo lo mismo que vosotros. No soy tan guapa, ni tan inteligente ni tan divertida ni tan profunda. No tengo buenas ocurrencias, y cuando las tengo, no soy capaz de expresarlas. No hay nada en mí que me haga interesante. La gente se aburre a mi lado. No tengo atractivo ni carisma, nada. Y a quien no le quede claro en un primer vistazo, se dará cuenta en el segundo».

Aquel era también el motivo por el que había rechazado la propuesta de Caleb de acompañarlo al pub de Liverpool: el miedo a que se diera cuenta de lo poco que tenía que ofrecer. Las pocas ocasiones en las que había salido con hombres le habían permitido conocer la espantosa sensación que le sobrevenía cuando se daba cuenta de que el acompañante de turno se arrepentía de la cita y pensaba inquieto en cómo acortarla. Era un sentimiento de imperfección atroz que rápidamente se convertía en angustia y desesperanza. La mayoría de los hombres no querían ser groseros ni ofenderla, pero no podían ocultar cuánto deseaban salir pitando. Kate llegó a temer tanto esas situaciones que las evitaba sin excepción. Incluso había rechazado la invitación de algún que otro compañero de trabajo a tomar un café durante el descanso. De todas maneras estaba convencida de que lo hacían por compasión. «Muchas gracias pero no, prefiero quedarme trabajando».

En algún momento dejaron de preguntarle.

Caleb había sido el primer hombre en mucho tiempo. Caleb, que había aparecido en la puerta de su casa con un plato de curry y no se había dejado amedrentar por su aspereza. Caleb, que le había preguntado si quería ir a comer con él.

Y ella había vuelto a esconderse creyendo que sería más seguro quedarse tumbada con hambre en la habitación del hotel y hacer zapping por programas tediosos que ir a un pub con un hombre que la atraía y la fascinaba.

Hasta entonces había podido permitirse ese comportamiento porque tenía a su padre. Con más pena que gloria, e infeliz la mayor parte del tiempo, soportaba vivir sin amigos y sin personas cercanas que formaran parte de su vida. Al fin y al cabo tenía a su papá. Muy lejos, pero en su mismo mundo. Podía llamarlo y visitarlo. Le dedicaba puentes, vacaciones y festivos como la Pascua y la Navidad. Era su única salvación.

Tenía que cambiar algo o caería en la más absoluta soledad. Ya no podía permitirse el lujo de esconderse del mundo y de todos sus peligros, de evitar todo lo que le daba miedo. Se había enfrentado a tipos muy duros en su trabajo, pero no le

asustaban ni la mitad que sentir el rechazo en su día a día. Toparse con la indiferencia, el desinterés, el hastío. Sentía menos miedo ante la posibilidad de recibir un balazo en la cabeza persiguiendo a un granuja que ante la de arrastrarse a casa tras una cita con el pleno convencimiento de haber sido el muermo de la noche.

Se levantó, entró y cogió el móvil del bolso. Había intentado llamar a Caleb dos veces de camino a casa, pero en ambas ocasiones se encontraba reunido. Volvió a marcar el número. Tenía que informarle sobre el tipo extraño que había estado indagando sobre el paradero de Grace Henwood y quería preguntarle si tenía algún plan para esa noche. Si el valor no le flaqueaba.

La atendió una colega cuyo nombre no había oído nunca. El comisario estaba ocupado con una teleconferencia, ¿quería dejarle un mensaje?

—No, muchas gracias. ¿Me puede poner con la agente Scapin? —Con Jane no quería quedar esa noche, pero a ella también podía contarle lo del desconocido. Alguien debía estar al corriente para aclararlo con los compañeros en Liverpool.

Sin embargo la agente también estaba reunida. Al final Kate pidió por enésima vez que Caleb le devolviera la llamada.

Entonces subió. Una ducha no le vendría mal. Y también necesitaba cambiarse de ropa interior.

3

Estaban en Irlanda del Norte. Hasta entonces todo había ido bien. Incluso el mal humor de Denis había mejorado.

Por la mañana había sido tan arisco que Terry ni siquiera se había atrevido a pedirle que le llevara una tostada o una magdalena del desayuno. Por no mencionar las ganas que tenía de una taza de café. No podía entrar en el comedor porque el cambio de color de su pelo habría llamado demasiado la atención. El tinte no había resultado en un rubio de verdad, más bien en un castaño claro con unos evidentes toques verdosos. Terry se horrorizó al verse en el espejo. La noche anterior no le había gustado el resultado, pero esperaba que durante la noche mejorase de algún modo. En realidad había empeorado.

—Estás horrorosa —fue el comentario poco adulador de Denis al verla—. Eres una ofensa para la verdadera Stella Crane, todo hay que decirlo.

Ella casi se puso a llorar, pero se recompuso en el mismo momento en que Denis le dirigió una mirada amenazante y le comentó que una mujer llorosa era lo último que le faltaba por aguantar. Todavía no le había contado qué sucedía exactamente, pero su humor de perros tenía algo que ver con que no podía sacar más dinero de la cuenta. Algo había sucedido, pero Terry no se atrevía a preguntárselo por miedo a que descargara su ira contra ella. Solo le había dicho que ya prácticamente no les

quedaba dinero y que tampoco podrían acceder a él en un futuro próximo.

—Nuestros últimos billetes grandes los hemos invertido en los pasajes para el ferri —dijo antes de bajar al desayuno—. Eso quiere decir que tampoco podremos pagar cuando nos vayamos de aquí. Mientras esté abajo, mete nuestras cosas en el coche con el mayor disimulo posible, ¿entendido? Y a las nueve en punto nos vemos allí.

—Pero es que así sin más no podemos...

—Joder, eres más estúpida de lo que pareces. Si no hay pasta, no hay pasta. Así que haz lo que te digo. ¡Y cierra el pico de una vez!

Llevaban poco equipaje, se habían marchado de la granja de Yorkshire con una bolsa grande de los Crane. Se habían llevado ropa interior, camisetas y jerséis de la familia, así como objetos de uso cotidiano como champú, gel de ducha o pasta de dientes. Habían comprado cepillos de dientes en una droguería. Eso bastaba para pasar los próximos días y para no llamar la atención en los sitios donde se hospedaban.

—Si no llevamos equipaje —explicó Denis—, pensarán que algo no encaja. Pero así somos una pareja encantadora que pasa unas agradables vacaciones.

Nada de eso era cierto. Ni lo de la pareja, ni el adjetivo «encantadora», ni las agradables vacaciones. Nada, absolutamente nada de lo que Denis decía o hacía parecía sincero. Desde el nombre falso que utilizaba, pasando por el hecho de que le hubiera ocultado su estancia en prisión, hasta esta fuga en la que se encontraban desde hacía días, de nuevo bajo una identidad falsa. Entretanto, Terry iba por ahí con el pelo teñido y llevaba en el bolso el pasaporte de una mujer a la que habían encerrado y abandonado a su suerte en pleno páramo. Se ponía mala cada vez que pensaba en ello. Se sentía metida en una espiral que descendía cada vez más rápido hacia un pozo de crimen, violencia y engaño. Además, Denis ya no se parecía en nada al Denis de siempre. Claro que antes ya la trataba con aspereza y la manipulaba, y también le había pegado más de una vez. Pero entremedias mostraba una gran delicadeza y calidez, y le decía a menudo que la encontraba guapa y que era una mujer fantástica. Le había dado la impresión de que la entendía y de que estaba completamente de su lado. Había criticado a sus padres por haberla obligado a dar a su hijo en adopción, y muchas veces aseguraba que había sido engañada también por parte de los Crane. Cuando fueron a visitar a la familia en Kingston le contó que quería conocer al pequeño, que «al fin y al cabo forma parte de ti, cariño». Siendo sincera, luego la había sorprendido que durante toda la tarde no mostrara el más mínimo interés por Sammy, y sí por las condiciones de vida y las costumbres de Stella y Jonas. Más tarde, cuando habían dedicado varios días a recorrer los páramos porque estaba obsesionado con encontrar el lugar de vacaciones de los Crane, le había explicado: «Sobre todo hago esto por ti, Terry. Tienen a tu hijo. Y quieren mantenerte apartada a cualquier precio. Tú trajiste al mundo al pequeño Sammy, pero ahora tienes que largarte y dejar en paz a la pequeña familia feliz. ¿Vas a dejar que te

traten así? Estás en tu derecho de ver crecer a tu hijo, y yo me ocuparé de que eso suceda».

En aquel momento se había sentido sobre todo halagada. Hacía mucho tiempo que nadie se implicaba tanto en su vida, se preocupaba por ella y luchaba por sus derechos. La sensación era maravillosa.

Y ahora... Sus delicadezas habían desaparecido por completo, no digamos sus halagos. Ya no hablaba de Sammy ni de los derechos de Terry como madre. Ahora la chica tenía la impresión de que los Crane solo le interesaban en función de lo que pudiera quitarles.

Incluso había llegado a robarles la identidad.

Como siempre, esa mañana tampoco se atrevió a llevarle la contraria. Después de que Denis desapareciera para desayunar, lo recogió todo. Echó un vistazo a su alrededor. La forma chapucera en la que había intentado teñirse el pelo había dejado el baño hecho un completo desastre; había dejado tinte por todas partes: en el lavabo, en los grifos, en el espejo, por el suelo de baldosas y en las toallas, que en algún momento habían sido blancas. Presa del pánico, lo había limpiado todo lo mejor que había podido y había metido a presión las toallas manchadas de tinte en una bolsa de plástico al fondo de la maleta para no levantar sospechas. Además, también aprovechó para llevarse dos toallas limpias. Sabía que no estaba bien, pero esperaba que Denis le dedicara algún elogio por ello. A fin de cuentas no les quedaba dinero y todo lo que consiguieran gratis les ayudaría. Tampoco tenía tanta importancia, considerando que de todos modos no iban a pagar la cuenta.

Con la bolsa en la mano, bajó con sigilo las escaleras, parándose en cada escalón para escuchar con atención. Oía voces que provenían de la sala de desayunos, el tintineo de cubiertos y vajilla procedente de la cocina. Le llegaba el tentador aroma del café, de los huevos revueltos con panceta y de tortitas con sirope. Se le hacía la boca agua. Quizá podría comer algo en el ferri. Por el momento, lo importante era que tanto la pareja que llevaba el *bed & breakfast* como la chica que les ayudaba a limpiar y a comprar parecían estar bastante ocupados.

Terry consiguió salir sin ser vista y cruzar el patio hasta el coche. Eran justo las nueve, tal como habían acordado. Naturalmente Denis no había confiado en ella y se había quedado con las llaves del coche.

Ya venía. Daba la impresión de estar bastante nervioso.

—¿Lista? ¿Lo tienes todo?

Abrió el coche, metieron la bolsa en el asiento trasero en un abrir y cerrar de ojos y se subieron.

—He estado genial —comentó él mientras ponía en marcha el coche—. Les he contado que te encontrabas fatal. Mareos, vómitos, el cuadro completo. Que por eso no ibas a desayunar y que necesitábamos un médico. Me han dado el nombre de un doctor en Stranraer y piensan que te voy a llevar. En la vida se les ocurriría que nos estamos marchando. —Sacó el coche del aparcamiento—. Estaban muy preocupados,

te desean que te mejores.

—Gracias —murmuró Terry. Al contrario que él, no consideraba que la maniobra hubiera sido una astuta jugada de ajedrez. De repente deseó no haberse llevado las toallas.

Quedaban tres horas para que zarpara el ferri. Terry temía que descubrieran la fuga demasiado pronto, pero Denis desdeñó la idea.

—Incluso me han dicho que es posible que tengamos que esperar porque es un médico muy solicitado. No estarán calculando cuánto tardamos. Hay que tener en cuenta que tienen otras cosas que hacer.

De todas maneras estaba nervioso. Llegaron a un aparcamiento solitario bastante apartado al norte del puerto y el joven dijo que esperarían allí. Terry se hizo a la idea de que en un futuro próximo no conseguiría ni café ni un pedazo de pan. Por la mañana temprano aún brillaba el sol, pero una masa de nubes oscuras había entrado desde el mar. Empezó a llover.

Terry nunca se había sentido tan desconsolada.

Cuando llegó la hora de dirigirse al puerto, el nerviosismo de su novio empezó a hacerse tan evidente que a Terry le dio miedo de que les descubrieran, ya que Denis tenía pinta de ser el típico criminal a la fuga. Pero por lo visto nadie se dio cuenta. Enseñaron sus billetes y se subieron al ferri sin problemas. Aparte de ellos, no había muchos pasajeros. La lluvia, cada vez más intensa, y el fulminante descenso de la temperatura no invitaban a salir de excursión.

Al menos Terry consiguió su café. Se calentó los dedos entumecidos con el calor del vaso de plástico y empezó a sentir que se le levantaba el ánimo.

Quizá en algún momento todo se arreglaría. Denis y ella en algún lugar a las afueras de Dublín, en un *cottage* blanco entre praderas irlandesas de un verde intenso, con un murito de piedra rodeando el jardín y niños que reían y jugaban...

El humor de Denis mejoró al desembarcar. Todavía no habían salido del Reino Unido, pero se encontraban un paso más cerca de la República de Irlanda, y eso parecía sentarle bien. En lugar de seguir el plan original de buscar alojamiento en Belfast y continuar al día siguiente hacia el sur, decidió partir directamente en dirección a Dublín.

—Se nos está acabando el dinero. Una noche en Belfast nos dejaría sin blanca. Además, no me sentiré seguro de verdad hasta que no hayamos salido de Irlanda del Norte. Hoy nos dará tiempo.

Echaron gasolina, lo que les agrandó el agujero del bolsillo. Ya eran casi las tres de la tarde y la lluvia era constante e intensa. Terry había oído que en Irlanda llovía muy a menudo. El estado de ánimo positivo que le había invadido brevemente desapareció. La imagen del *cottage* se difuminó, así como los niños que jugaban en la brisa veraniega. Lo que quedó fue la carretera poco transitada por la que rodearon Belfast atravesando una zona que casi no se distinguía tras el grueso telón de lluvia gris oscuro. Lo único que la chica veía eran prados, muros. De vez en cuando una

granja agazapada en un valle cuyas ventanas, sin vida y abandonadas, asomaban a través de la lluvia. Terry recordó de repente su pisito de Leeds y las veladas que pasaba de vez en cuando con Peggy y Helen, las vecinas tan divertidas del piso de arriba. Entonces no tenía la sensación de ser feliz, pero ahora veía que la vida que llevaba no era mala. Tenía amigos, un trabajo y un piso, pequeño pero muy acogedor. Quedaba para tomar una copa de vino con sus vecinas y se lo pasaban bien. En las frías noches de invierno, Peggy preparaba chocolate caliente con ron y se sentaban alrededor de la chimenea a charlar mientras afuera caían copos de nieve. Terry se quejaba siempre porque esperaba que pasara algo especial en su vida, algo que lo cambiase todo.

Pues bien, había sucedido. Todo había cambiado. Ahora estaba en un coche robado, pasando hambre y frío, junto a un criminal buscado por la policía, atravesando la lluvia de Irlanda del Norte.

Ya llevaban media hora larga conduciendo por tierras en su mayoría deshabitadas cuando Denis tomó un camino secundario y paró.

—Trae la bolsa aquí delante. Necesito uno de los jerséis gordos de Jonas. Hace un frío que pela.

Como les preocupaba gastar más gasolina, no podían poner la calefacción, y Terry también estaba pasando un frío tremendo con la camiseta fina que llevaba. Cogió el equipaje del asiento trasero. Denis lo abrió y se quedó de piedra.

—Pero ¿qué es esto?

—¿El qué? —preguntó la chica.

Sostenía una de las dos toallas blancas y mullidas que Terry se había llevado.

—¿Son las de nuestro cuarto?

—Sí. Creía...

—¿Qué? —La miró con la cara llena de ira—. ¿Qué?

Creía que la iba a elogiar por el golpe, pero no tenía pinta de que fuera a hacerlo. Para nada.

—Creía que... nos vendrían bien. Porque... como dijiste que íbamos mal de dinero... así no teníamos que comprarlas...

Él revolvió el fondo de la bolsa y encontró las toallas sucias en la bolsa de plástico.

—¡No me lo puedo creer! ¿Has robado todas las toallas?

No respondió nada, pero si se hubiera armado de valor, le habría preguntado por qué se enfadaba tanto. ¿Por el robo? En un arrebato había matado de una paliza a su antigua pareja, había pasado ocho años en prisión, había asaltado a toda una familia, les había robado el coche y se había llevado sus pasaportes.

¿Y ahora se enfadaba porque ella había robado un par de toallas?

Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no era cuestión de lógica ni de moral.

—Eres idiota. Tan imbécil que da miedo. ¡Debería echarte del coche y seguir solo, porque al final vas a fastidiarlo todo!

Quería decir algo, pero solo le salió un gemido, y dijo de forma apenas audible:

—Denis...

Él contemplaba la lluvia a través del parabrisas, como preguntándose por qué se había juntado con semejante descerebrada; pero de repente se volvió y abofeteó a Terry a un lado y a otro de la cara con tanta fuerza que la cabeza se le balanceó como un saco de boxeo.

—¡No sabes hacer ni la o con un canuto, puta asquerosa! —gritó—. ¡Adivina lo que habrá pensado esta mañana la fulana que limpia los cuartos al ver que no quedaba ni una toalla! ¿O es que crees que ha pensado: «Ah, seguro que los Crane se las han llevado al médico»? ¿Es eso lo que crees?

Terry no se atrevió a decir que los restos de tinte también podían parecer sospechosos y que no había sido tan descabellado guardar las toallas manchadas. Como no respondía, le pegó de nuevo. De repente sintió sangre en la boca.

—Habrá echado un vistazo y habrá caído en la cuenta de que no hay equipaje. Entonces los idiotas de ese *bed & breakfast* de mierda sabrán que nos hemos largado. ¡No hace falta mucho más para llegar a esa conclusión si tienen más luces que tú, que es el caso de la inmensa mayoría de la gente!

—Pero... —A Terry le costaba mucho hablar. El labio se le estaba hinchando por momentos—. Pero... se habrían dado cuenta de todas maneras. —No articulaba bien—. Y ahora ya estamos aquí.

—¡Porque hemos tenido una suerte de la hostia! ¡Pero podrías haberlo jodido todo! ¡Podrían haber llamado a la policía y nos habrían pillado en el maldito ferri! Te voy a decir una cosa: ¡si la estupidez oliera a mierda, no se podría aguantar a tu lado!

Ella se hundió todo lo que pudo en el asiento. Pero si todo había salido bien. Se habían subido y bajado del ferri sin problemas.

Estaban en Irlanda.

Sin embargo, Denis estaba descargando toda la tensión de los últimos días y, sobre todo, de las últimas horas. Casi le aliviaba haber encontrado una válvula de escape. Terry podía verlo en sus ojos. Todavía no había terminado con ella.

A su última pareja la había asesinado.

La chica abrió la puerta de golpe y se dejó caer sobre la hierba alta y húmeda. Sintió la lluvia, el frío y una brusca ráfaga de viento, pero se incorporó a duras penas, a pesar del martilleo en la cabeza y de que le dolía toda la cara. Se le había acumulado tanta sangre en la boca que tuvo que escupir, y sintió claramente que se le escapaba un diente.

Se le había activado el instinto de supervivencia. Tarde, muy tarde. Pero esperó que no fuera demasiado tarde.

Se puso de pie y echó a correr. Tan rápido como pudo. Corrió hacia la lluvia y la soledad. Oyó que la perseguía.

Sabía que la alcanzaría.

Y sin embargo siguió corriendo.

Lejos de Denis Shove, tan lejos como pudiera.
Lejos de él para siempre.

4

Anocheecía y ni Jane ni Caleb le habían devuelto la llamada, pero Kate no se había atrevido a insistir para no resultar pesada. Imaginaba que estarían muy ocupados desde que habían descubierto el cadáver de Norman Dowrick. El caso había cogido ritmo: había tres muertos y un sospechoso principal que ya no lo era. El comisario debía de tener la sensación de que las cosas se habían vuelto a poner en marcha.

Al final Kate se armó de valor y marcó una vez más la extensión de Caleb en la comisaría, pero nadie contestó. Probó con el móvil, pero le saltó el buzón de voz. Le pareció extraño, pero era posible que hubiera desconectado antes de lo habitual. Seguramente apenas había dormido las dos noches anteriores y solo necesitaba descansar.

Fue urdiendo un plan audaz, pero le llevó media hora de paseos sin rumbo entre la casa y el jardín reunir el valor suficiente para decidirse a llevarlo a cabo: iría a ver a Caleb a su casa. Podía decirle que estaba por la zona.

«Se me ha ocurrido pasarme un momento».

A fin de cuentas acababa de proponerse que, si quería hacer cambios en su vida, debía actuar con mayor determinación.

En aquella ocasión en que, sentados en el jardín, la había advertido de los posibles peligros que la acechaban, le había dado su tarjeta de visita, así que sabía dónde vivía. Su casa estaba bastante arriba en South Cliff, en Scarborough, una vez pasado el paseo de los hoteles, que a primera vista parecían suntuosos y profusamente decorados con estuco, pero que al mirarse con más detenimiento exhibían cierta sordidez y muchos desconchones ocultos bajo la ostentosa fachada. Kate solía ir allí con su padre de vez en cuando, aparcaban el coche y daban un paseo por la parte superior de los acantilados que se alzaban más allá de las casas donde acababa la ciudad. Les encantaba la última luz de las tardes de verano. En cambio ese día no había puesta de sol. Al oeste se amontonaban nubes oscuras. Pronto empezaría a llover.

El comisario vivía en Wheatcroft Avenue, una calle cuidada cuyas últimas casa tenían vistas al mar. La de Caleb estaba más o menos por la mitad, así que no veía el agua, como mucho un atisbo desde alguna de las ventanas superiores. De todos modos, la zona, los amplios terrenos y las casas elegantes estaban muy por encima de lo que podía permitirse un policía, incluso un comisario. O bien su esposa tenía dinero, o bien él había recibido alguna herencia.

El coche estaba en la entrada, así que estaba en casa. Esperaba que no se hubiera

metido ya en la cama, porque no se alegraría demasiado de que Kate llamara al timbre y lo despertara. Vaciló un instante ante la puerta, buscando algún indicio que le confirmara que estaba despierto. En un momento le pareció oír un zumbido monótono de voces en el interior de la casa, como si hubiera una televisión o una radio encendida. Pero entonces cayó en la cuenta de que venía del jardín de los vecinos, donde había dos personas charlando.

Bien. Y qué. Si no arriesgaba, no ganaba.

Llamó al timbre y esperó.

Caleb abrió cuando ya se había resignado y estaba a punto de marcharse. Sin embargo enseguida vio que no lo había sacado de la cama: estaba vestido y no parecía soñoliento. De todos modos no tenía aspecto de alegrarse en absoluto de verla. Era probable que se hubiera tomado tanto tiempo en abrir porque no tenía ninguna gana de recibir visitas y había estado dudando antes de decidirse a ir a la puerta.

«Mal —pensó Kate—. Cómo no, he vuelto a hacerlo mal. Los últimos días lo han dejado destrozado y quería tener una noche tranquila por fin. Y yo se la he fastidiado».

—Ah, Kate, eres tú. ¿Qué sucede?

—Yo... Bueno, pasaba por la zona y... —Su propio balbuceo le resultaba lamentable—. He intentado localizarte por teléfono un par de veces...

El policía se pasó la mano por el pelo. Era evidente que estaba agotado. Pero no solo parecía agotado, también atormentado. Infeliz. No se encontraba nada bien y no se debía solo a que tuviese mucho trabajo.

—Sí, hoy ha sido un mal día. Prácticamente no he pasado por el despacho. Han sucedido muchísimas cosas. —Dio un paso atrás—. ¿Quieres pasar?

Ella esperó que no lo dijera solo por cortesía.

—Si no molesto...

—Nada de eso. Como puedes ver, hoy he vuelto un poco antes a casa. Estoy hecho polvo, necesito un poco de espacio.

—Entonces quizá sea mejor que...

—No, no. No pasa nada. Entra.

Kate esperaba que la condujera a la terraza pero le abrió la puerta de la cocina.

—Adelante.

Al pasar a su lado lo olió. Desde el principio había algo que... Algo que no había acertado a identificar y que no acababa de encajarle. Y entonces lo entendió: alcohol en su aliento.

Caleb había bebido.

No pudo ocultar a tiempo su sobresalto, y él se echó a reír.

—Sí. Por primera vez en medio año. No está mal. Otros caen antes.

«¿Qué ha pasado? —le habría gustado preguntarle—. ¿Qué narices ha pasado?».

En cambio permaneció en silencio abochornada y miró a su alrededor. Se veía

que aquel espacio eran antes dos estancias, pero habían tirado la pared que las separaba y habían afianzado el techo con una gruesa viga de madera barnizada en tono oscuro. Ahora era una cocina abierta, con una larga barra de acero reluciente y un comedor de dimensiones generosas amueblado con una mesa y varias sillas de madera y estanterías blancas en las paredes. Un enorme ventanal miraba hacia el jardín, por lo que uno tenía la sensación de estar en un porche cubierto.

Kate estaba francamente impresionada.

—Es... Tienes una casa preciosa, Caleb.

—Mi exmujer tenía muy buen gusto. Y mucho dinero. La casa es suya pero después de separarnos no quiso seguir viviendo aquí. Le pago un alquiler pero en realidad... yo también quiero marcharme. Es solo que hasta ahora no he tenido tiempo de buscar algo y organizar la mudanza. El trabajo, ya sabes. Y pasé varios meses en la clínica... —Se echó a reír, sonaba un poco desesperado—. Total, me los podía haber ahorrado.

La mirada de Kate recayó en la botella que había en la barra. Y en el vaso junto a ella.

—Mi cena —dijo él—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Más de una vez he pensado que no te vendría mal un buen whisky.

—Caleb...

—Está bien. Perdona. Borracho no soy muy agradable. Por eso se hartó mi esposa, decía que cuando bebía me volvía cínico y malvado. Y tenía razón. Pero eso no es todo. Ese es el problema. —Echó mano de la botella, se sirvió un poco en el vaso y se lo bebió de un trago—. No solo me convierto en un borracho asqueroso. También en un policía de cojones. Cuanto más bebo, más geniales son mis ideas. Mis mayores éxitos se produjeron cuando más me excedía con la bebida. Mi cerebro necesita esa mierda para ponerse a tope. Esa es la cruda realidad.

Su voz sonaba distinta. Más dura y más fuerte. Con una agresividad subyacente. Ya se había ventilado varias copas antes de que Kate apareciera de improviso.

«Por suerte he sido yo y no otra persona», pensó.

—¿Sabes qué más es la cruda realidad? —prosiguió él—. La famosa otra cara de la moneda. Sin droga no soy más que un pringado. Un cero a la izquierda. Un fracaso. Una catástrofe.

—Es no es verdad.

—¿Que no es verdad, dices? ¿Sabes qué ha pasado hoy?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—Shove —respondió él—. Denis Shove. —Escuchó como resonaba el nombre.

—¿Lo han encontrado? —preguntó Kate—. ¿Está arrestado?

—No. Pero es cuestión de tiempo. Sabemos que ha cogido un ferri de Cairnryan a Belfast. Lo más probable es que trate de llegar a la República de Irlanda. Viaja en un

coche robado. Tenemos la matrícula. No tiene escapatoria.

—Pero... ¡pero si eso son buenas noticias!

—Asaltó a una familia —informó Caleb—, por ahí, en los páramos de Yorkshire. En una granja solitaria. Le disparó al marido y lo encerró con su mujer y su hijo en un granero. Casi se mueren de sed. Jane los ha encontrado justo a tiempo.

—¿Jane?

El policía asintió.

—Jane. Siguió una pista secundaria de forma muy meticulosa y totalmente por su cuenta. Buah, ¡vaya tía! Es ella quien debería dirigir las investigaciones, no yo. No solo he estado persiguiendo al hombre equivocado, sino que además ni siquiera he estado cerca de atraparlo. En cambio Jane... Tiene lo que hay que tener para ser una gran policía. ¡Una de las mejores!

Volvió a echar mano de la botella. Antes de que su timidez volviera a paralizarla, Kate dio un paso hacia él y le puso la mano en el brazo.

—No, Caleb. Déjalo. Ya has bebido suficiente por hoy.

Él la miró sorprendido.

—¿Y crees que eso puedes decidirlo tú?

—Es un consejo.

Caleb soltó la botella.

—El padre de esa familia... No es seguro que sobreviva. Está en el hospital. En situación crítica.

Kate todavía tenía la mano en el brazo del comisario.

—¿Qué pasa, Caleb? ¿Por qué estás tan hecho polvo? ¿Qué te estás reprochando?

—¿Que qué me reprocho? Lo sabes de sobra. En esta investigación he cometido el error más idiota que se puede cometer. He pensado en una única dirección. Me he obcecado. Casi desde el primer momento. En mi cerebro sobrio no había espacio para otro nombre que no fuera el de Denis Shove. Me aferré al sospechoso incluso teniendo delante el cuerpo descuartizado de Melissa Cooper, a la que no lograba conectar con él. Eso antes nunca me habría pasado, Kate. Jamás.

—Es evidente que Shove es un hombre muy peligroso. No perseguías a un inocente.

—¿Sabes de qué podía acusársele antes de que yo me obsesionara con él? De estafa. Una ridícula estafa, y para colmo por importes ridículos. Por supuesto que debe castigarse. ¡Pero no así! No creando una comisión especial y persiguiéndolo día y noche.

—Pero todo lo demás...

—Todo lo demás ni siquiera habría sucedido si yo no lo hubiera acorralado. Shove era y sigue siendo un cabrón, y es evidente que resultaba muy sospechoso que se hubiera ocultado tras un nombre falso tras el asesinato de Linville. Pero no perdió los nervios de verdad hasta que vio su foto en todos los periódicos y dejó de sentirse seguro. Entonces fue cuando atacó a Peggy Wild y le robó el coche. Luego se

atrincheró con esa familia en los páramos. Le disparó a Jonas Crane. Empezó una arriesgada huida a Irlanda. Puede que tengamos la mala suerte de que se líe a tiros cuando lo arresten y haya más muertos y heridos. —Volvió a coger la botella a pesar de la mirada de advertencia de Kate y se sirvió tan descontroladamente que el whisky se derramó sobre la mesa. Se bebió el vaso de un trago—. ¿Quieres que te exponga mi grandioso balance, Kate? El balance del primer caso del comisario Caleb Hale después de desintoxicarse. Pues bien, ¿qué tenemos? —Contó con los dedos—: Tenemos a Peggy Wild, una joven herida de gravedad que sigue en el hospital. Tenemos a un hombre moribundo, un padre de familia, y los médicos no saben si sobrevivirá a esta noche. Tenemos a una esposa y a un hijo traumatizados. Aún no hemos sido capaces de arrestar al culpable, que en estos momentos huye armado junto con su compañera sentimental, de la que no sabemos con exactitud si es su cómplice o su rehén. Ah, y no me olvido del asesino de tu padre, Kate, al que todavía no conocemos. Desde febrero no hemos avanzado ni un paso. A no ser que consideremos mi ridícula obsesión con Shove como el primer paso de una investigación por descarte. No está mal, ¿verdad? Ahora sabemos que podemos tachar a Shove. ¡Todo un avance!

—Déjalo, Caleb. No merece la pena. No...

Él la miró fijamente.

—¿Qué es lo que no merece la pena?

—Que vuelvas a beber. Por muy mal que vayan las cosas, no puedes caer otra vez en lo mismo.

—¿Y en qué se supone que había caído?

—Por lo que he oído, la bebida te llevó al borde del precipicio. Puede que ahora creas que eso te convertía en un investigador genial, pero te estás engañando. Te estabas suicidando lentamente.

El policía contempló el vaso, pensativo.

—Cuando salí de la clínica, mi terapeuta me dijo que la primera prueba se presentaría cuando tuviera problemas de verdad. Cuando algo me perturbara, cuando mis cimientos se tambalearan, cuando creyera que el alcohol era la única salida... Pero no es verdad. Empezó mucho antes. La prueba comenzó ya el primer día. Regresé al despacho temblando de miedo. Tenía el caso de tu padre sobre la mesa y lo único que sentía era una profunda desesperación. No creía estar a la altura. Me sentía débil e impotente. Ahí está el quid de la cuestión, Kate: sin alcohol no tengo confianza en mí mismo. Me veo incapaz de lograr nada. Tengo ideas, pero acto seguido pienso que son tonterías, que no llevarán a nada. Estoy como paralizado. No puedo decirle a nadie qué hacer, no soy capaz de tomar decisiones. Me quedo esperando que suceda algo que me muestre el camino.

—Sí que has tomado decisiones, Caleb. Te he visto. Siempre resultas convincente. Dueño de la situación.

—Me he aferrado a Denis Shove. Estaba ahí y me he agarrado a él como a un

clavo ardiendo. Era como una luz en una noche oscura. —Sacudió la cabeza—. Quién me iba a decir que diría esto precisamente de Shove.

Le habría gustado decirle que lo entendía a la perfección. Mientras hablaba de su falta de confianza en sí mismo le habría gustado interrumpirle. «¡Esa soy yo! Me estás describiendo a mí. Sé muy bien cómo te sientes. No estás solo».

Pero él proseguía:

—Mi exmujer siempre intentó analizar a qué se debía. Mis dudas, mi incapacidad para confiar en mis habilidades. Repasaba una y otra vez mi infancia y mi juventud. ¿Dónde estaba el problema? ¿Cuándo se había cometido el error fatal? Y te diré una cosa, Kate: no encontró nada. No hay nada en mi vida que justifique cómo soy. Que explique por qué el único momento en que no me considero un fracasado es cuando bebo. Mi niñez no fue difícil. Tuve padres buenos y cariñosos. Hermanos amables. Ningún profesor cruel. Todo fue bien. Vaya mierda, ¿no? Ni rastro de algo que me exculpe.

Ella volvió a ponerle la mano en el brazo. Esta vez no fue para impedir que cogiera la botella. Esta vez fue un gesto de calidez, de simpatía. De comprensión.

—A veces es así, Caleb. Quizá no haya una explicación. ¿Por qué yo estoy tan sola? ¿Por qué me resulta tan difícil abrirme a otras personas? ¿Por qué no soy capaz de creer en mí misma? He pasado mucho tiempo buscando respuestas. Y las hay, tanto en mi caso como en el tuyo. Pero están tan ocultas que no las encontramos. Puede que jamás lo hagamos. Y hay que aprender a vivir con ello.

No sabía si Caleb la había escuchado, porque volvió a cambiar de tema.

—Siempre he tenido la sensación de que Jane no estaba del todo convencida con Shove. Pero ha seguido mis órdenes y ha hecho todo lo que ha podido. Ha salvado a esa familia. En el último segundo. Ella y ese exiliado iraquí. Él sabía que algo no iba bien, y Jane lo creyó.

Kate, que no conocía el contexto, pensó que no merecía la pena preguntar por los detalles. Así que asintió y lo animó a seguir.

—¿Y entonces?

—Gracias a que Jane ha liberado a la familia Crane, ahora sabemos con qué coche viajan Shove y Malyan. Therese es la madre biológica del hijo adoptivo de los Crane. ¿Me sigues?

A Kate le daba vueltas la cabeza.

—Más o menos.

—Hasta esta mañana estaban en Cairnryan, Escocia. Allí han tomado el ferri a Belfast. Antes de eso salieron del hotel sin pagar y parece que llevándose parte de la ropa blanca. Por eso ya hay una denuncia en su contra. Además han sido tan estúpidos como para registrarse con los nombres de la familia Crane: Stella y Jonas. Esta tarde, cuando nuestra orden de busca y captura ha recorrido todos los ordenadores, ha sido fácil establecer la conexión. Nuestros colegas escoceses nos han informado de inmediato. Y ahora sabemos con bastante exactitud dónde se

encuentran.

—Pero ¡eso es todo un éxito, Caleb!

—Un éxito de Jane. No mío.

—Sois un equipo.

—Sí, sí —murmuró. Al menos había dejado de servirse whisky. Parecía desesperado y derrotado.

Kate retiró la mano. No podía dejarla allí para siempre. De pronto supo que él jamás se la cogería. Ni esa noche ni nunca, seguramente.

—Deberías irte a dormir, Caleb. Mañana será otro día.

—Mañana tengo que pensar cómo seguir. —Hizo un movimiento con la cabeza hacia la botella de whisky.

—Deberías tirar lo que queda.

—Puede que sí. —No parecía muy convencido.

—¿Quieres que me quede?

—No. Vete, por favor. Quiero estar solo.

—Tengo miedo de...

—¿De qué?

—De que sigas. Con el whisky.

—Me iré a dormir.

Se miraron el uno al otro. Kate no sabía muy bien qué pensar: si no había sido más que un desliz o si Caleb había recaído de verdad. Con todas sus consecuencias. Cualquier cosa era posible, todo estaba en el aire.

Recogió el bolso. Entonces recordó el motivo por el que había ido allí.

—Ah, Caleb, quería decirte que esta mañana he hablado con Kadir Roshan, ese hombre extraño que siempre está sentado en el muro delante de la casa de Grace Henwood. Un tipo raro, pero que observa todo lo que sucede con mucha atención.

Se quedó mirando al comisario, que hacía grandes esfuerzos por concentrarse en lo que decía. Él también se estaba dando cuenta.

—¡Esto es lo que pasa después de la puta desintoxicación! Ya no tengo aguante. Antes, después de media botella de whisky era brillante. Ahora tengo la sensación de que todo se me desvanece. ¿Qué tal hablo? ¿Se nota que estoy borracho?

—Un poco. Puede que sea mejor que hoy no hables con nadie más. Nadie tiene por qué enterarse.

—Sí. Claro. Es lo más sensato, ¿no? ¿Qué querías decirme de ese tipo del muro?

—Me ha dicho...

Pero Caleb hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¿Sabes qué, Kate? Creo que hoy ya no soy capaz de seguir una conversación seria. Deberías hablar con Jane. Jane es la heroína del momento. Habrá que ascenderla.

Kate estuvo a punto de advertirle que Jane era algo joven para una promoción que la habría catapultado forzosamente al puesto de sargento, pero se contuvo. No era de

su incumbencia.

—¿Debería llamarla?

—Sí. Será lo mejor. O vete a verla. Burniston. Limestone Grove. Número... Madre mía, qué memoria la mía... —Se llevó las manos a la cabeza, como si eso fuera a ayudarlo a concentrarse—. Número 15, creo. O 5. O 25.

—¿Crees que puedo presentarme allí sin más?

Él se echó a reír en tono desagradable.

—Aquí bien que te has presentado sin más. —Al ver la cara que ponía, añadió en tono conciliador—: Era broma. No, en serio, creo que se alegrará. Siempre tiene que quedarse en casa por las noches. Está bastante sola, ¿sabes? Por Dylan. Ese es su mayor problema.

5

Por lo menos la calle era la correcta. Hasta ahí Caleb conservaba sus facultades. Kate reconoció la casa gracias al coche de Jane, que estaba en la entrada; el comisario se había equivocado con el número 5 en cualquiera de sus combinaciones.

La urbanización de Burniston, un barrio a las afueras de Scarborough, parecía nueva en comparación con otras, y presentaba un aspecto limpio, ordenado y agradable. Casitas de ladrillo rojo con ventanas y puertas pintadas de blanco. El césped de los jardines delanteros estaba cortado con esmero. Aquel entorno elegante no encajaba del todo con Jane, al menos no en la medida en que Kate la conocía. Pero seguramente la joven no lo había escogido por voluntad propia. Las dimensiones reducidas de las viviendas revelaban sobre todo una cosa: vivir allí no costaba un ojo de la cara. Jane no ganaba mucho como joven policía, pero seguramente había preferido tener un pequeño jardín antes que un apartamento en el centro de Scarborough. Por el niño. Algo había que sacrificar. Esa urbanización tan cuidada era la concesión de Jane.

Todavía no llovía, pero en el cielo se acumulaban amenazadoras nubes negroazuladas.

Era la segunda vez en poco tiempo que Kate se presentaba ante una puerta ajena, llamaba al timbre y se preguntaba angustiada si estaba haciendo lo correcto. Quizá estuviera poniendo a todo el mundo de los nervios. Caleb no se había alegrado precisamente de verla. Tendría que haber llamado por teléfono a Jane. Pero en su fuero interno sabía a la perfección por qué no lo había hecho: después de pasar meses completamente sola en casa de su padre, sola consigo misma, de pronto tenía la sensación de que no aguantaba más. Ya no quería estar sola. Quería verse con otras personas. Quería vivir.

Se acercaron unos pasos rápidos y la puerta se abrió. Jane. Miró a Kate con cara

de asombro. O al menos eso esperaba Kate, que fuera de asombro y no de espanto.

—¿Kate? Qué sorpresa. —No se echó hacia atrás—. ¿Ha pasado algo?

—No ha pasado nada. O al menos eso espero. En realidad tenía que haber llamado —balbuceó. «Pues sí que es de espanto», pensó incómoda. «No tendría que haber venido».

—Dime.

Dentro se oyó un fuerte tintineo seguido por un estrépito.

—Ay, Dios mío —exclamó la joven, se dio la vuelta y entró corriendo.

Kate se quedó allí indecisa un par de minutos. Le resultaba casi tangible la certeza de que era la última persona a la que Jane quería ver. Molestaba. Pero puede que cualquier otro también hubiera molestado. La agente parecía muy estresada. Derrotada, cansada. Como si en casa se le cayera la máscara de policía segura de sí misma, comprometida y firme que llevaba a cabo su trabajo de forma concienzuda y fiable. Tras esa máscara había una mujer que necesitaba todas sus energías para lidiar con su vida, que se veía superada por las exigencias del día a día.

Al ver que Jane no volvía, Kate se planteó si debía marcharse. Cerrar la puerta en silencio y desaparecer.

Sin embargo, cambió de opinión. Entró, recorrió el pasillo y apareció en la cocina. Se detuvo sorprendida.

Jane estaba agachada en el suelo, que estaba hecho un desastre. Debían de haberse roto varios objetos de vidrio o cerámica. Los fragmentos se habían desperdigado hasta el último rincón de la estancia. En cuclillas, Jane recogía los pedazos más grandes y los echaba a una bolsa de basura que había dejado a su lado.

Levantó la mirada.

—Ay, Kate. Perdona. Un pequeño accidente.

Había un joven sentado a la mesa. Su altura y constitución hacían suponer que rondaba los dieciocho o diecinueve años. Sin embargo su rostro era más bien el de un niño. Los rasgos suaves y fofos, sin contorno, dibujaban una sonrisa en la que se intuía cierto retraso mental. El escaso pelo rubio le caía por la frente plana y se le pegaba a la cabeza grande y redonda. Llevaba un chándal azul oscuro, seguramente el único tipo de prenda capaz de contener su masa corporal. Estaba gordo hasta un límite inconcebible. Manos carnosas y enormes, brazos como gigantescas salchichas rechonchas y gelatinosas. Un cuerpo que apenas podría atravesar una puerta normal. Que apenas cabía en una silla. Por suerte en esa mesa había un banco, e incluso en él rebosaba a izquierda y derecha.

Profirió un borboteo y echó mano de la masa de comida imposible de identificar que se había desparramado por la mesa, mezclada con pedazos de cristal.

—Hambre —dijo de forma casi ininteligible—. ¡Hambre!

Jane se levantó de un salto y en un segundo estuvo a su lado. Le agarró la mano.

—¡No! Son cristales. ¡Es peligroso!

Él la miró fijamente.

—Hambre.

—Espera un momento. Enseguida te doy algo. Primero tengo que recoger. No te metas nada en la boca, ¿me has oído?

El chico se puso de morros. Pero dejó de rebuscar en el peligroso batiburrillo que tenía delante.

Kate contemplaba la escena petrificada.

Deseaba no haber entrado. Entendía por qué Jane no la había invitado a pasar.

La agente se volvió hacia ella. Se apartó el pelo de la frente sudada.

—Bueno —dijo—, pues aquí lo tienes. Este es Dylan.

Había un método infalible para tranquilizarlo: *scones* con nata montada y mermelada de melocotón.

—No es lo correcto —dijo Jane—, sobre todo teniendo en cuenta su peso. Pero no consigo calmarlo de otra manera. Hay veces que necesito un rato para mí. Aunque cuando digo «para mí» me refiero a cortar la hierba de vez en cuando, ducharme o revisar un expediente que no me ha dado tiempo de terminar en el despacho. Y necesito que esté callado. Así que lo cebo con su comida favorita, que lo deja dócil como un corderito.

Dylan estaba en la cocina zampando *scones* coronados por montañas de nata recién montada. Las mujeres habían limpiado juntas el desastre, habían tirado los pedazos grandes a la bolsa de basura, habían fregado la comida desperdigada y habían recogido las esquirlas con el aspirador. Antes de que llegara Kate, Dylan y Jane estaban cenando; el chico había tirado todo lo que había en la mesa.

—Porque he llamado al timbre —dijo esta—. Ay, Dios, lo siento muchísimo.

—No sé si ha sido por eso —respondió Jane—. Algo no ha salido como él quería. Salta con mucha facilidad. Estas escenitas son bastante frecuentes.

Estaban sentadas en el salón. La puerta estaba abierta, y la de la cocina también. Jane no perdía de vista al chico.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció. Desde que habían bregado juntas en aquel campo de batalla se tenían una confianza mayor.

Kate seguía preocupada por haber sido la causa del arrebató de Dylan, pero también sentía que Caleb tenía razón: Jane estaba muy sola. Y ya no parecía ansiosa por librarse de ella lo antes posible.

«Será que ya no tiene nada que ocultar», pensó.

—No, gracias —respondió—. Quédate aquí sentada y descansa un rato.

Jane asintió y se recostó en la butaca.

—Entre semana va a un centro de día para discapacitados. Lo mantiene ocupado y le viene bien. Fabrica cosas sencillas, pinzas para la ropa, posavasos trenzados. Cosas así. Por la mañana lo recogen en autobús y lo traen de vuelta al final de la tarde. Llega aquí a las cinco y media. Por desgracia no siempre consigo estar en casa

a esa hora. El comisario conoce el problema e intenta que pueda irme pronto. Es un buen jefe. Pero... no siempre es posible.

—¿Y entonces?

Jane se encogió de hombros.

—Tengo una vecina. Hasta ahora siempre ha respondido cuando lo he necesitado. Refunfuña y pone el grito en el cielo, pero puedo contar con ella. Lo cierto es que tengo suerte de que esté muy sola y aburrida. Y de que disfrute teniendo poder sobre otras personas. Le encanta que dependa de ella, y yo me trago sus comentarios envenenados y le suplico mortificada varias veces por semana que me ayude una vez más. Por supuesto ella tampoco logra tranquilizarlo de otra manera que alimentándolo sin parar. Al mirarlo se diría que va a estallar, pero es increíble la cantidad de comida que puede meterse entre pecho y espalda. Y así se vuelve manso como un corderito. ¿Qué le voy a hacer? No puedo pedirle a la mujer que prepare un programa de ocio saludable. Bastante hace con cuidarlo.

Kate todavía estaba impresionada. Hasta entonces había creído que Jane era una madre soltera, estresada y sobrepasada como la mayoría de las mujeres en su misma situación, pero que de todos modos disfrutaba del lado bueno de las cosas: un niño adorable que formaba parte de su vida, que la necesitaba y la quería.

En cambio... Lo que tenía era aquel armario, aquel gigante seboso. Que dependía por completo de ella y estaba totalmente trastornado. Un grillete de un peso casi insoportable atado al tobillo de esa mujer dulce y joven. Alguien que la consumía, y que seguramente no le daba nada a cambio. Que no podía darle nada a cambio.

—¿Cuántos años tiene Dylan?

—Dentro de cuatro semanas cumple dieciocho.

—Y es...

—Mi hermano. Mi hermano pequeño. —Se echó a reír al darse cuenta de lo absurdo que sonaba—. Lo heredé de mis padres, por así decirlo. Junto con la obligación de cuidar siempre de él.

Kate intentaba hacerse una idea de la carga que eso suponía.

—¿Te exigieron que...?

—Mi madre —concretó Jane—. Mi padre nos abandonó cuando Dylan todavía era pequeño. A partir de entonces mi madre dedicó toda su vida al niño. En su lecho de muerte tuve que prometerle que nunca lo metería en una residencia.

—Es una promesa muy seria —dijo Kate en voz baja.

—Sí. Y lo cierto es que no sé si podré mantenerla para siempre. —Se puso de pie, cogió un vaso de un armario y se sirvió ginebra. Dirigió una mirada interrogante a Kate, pero esta negó con la cabeza—. Cada vez es más difícil. Se está volviendo más fuerte. Más agresivo. Toma muchísimas pastillas. En parte son la causa de que esté tan hinchado. Claro que también se debe a que lo tranquilizamos constantemente con comida. Un círculo vicioso, pero no sé cómo romperlo.

—¿Y te estás enfrentando tú sola al problema?

—Quitando a mi encantadora vecina, sí —respondió.

—¿Nació ya con el retraso?

—Un defecto congénito.

Se quedaron en silencio. Desde la cocina se oía el leve tableteo del plato del que comía Dylan. Jane miraba al infinito. Kate se imaginó el final de su jornada laboral: correr del trabajo a casa. Hacer de camino la compra más urgente a toda prisa. Llegar pocas veces a la hora. Escuchar los bufidos de la vecina por haber tenido que ocuparse de nuevo. Tragarse cualquier comentario impertinente por no poder correr el riesgo de que la mujer lo mandara todo al cuerno. Y después quedarse encerrada allí. Vigilar a su imprevisible hermano. No poder hacer nada más: ni paseos vespertinos junto al mar, ni gimnasio, ni quedadas rápidas con un par de amigos para cenar pizza, ni cine, ni mucho menos citas con hombres. Aunque no podría ni plantearse una relación sentimental, ya que cualquiera saldría corriendo en cuanto tuviera delante la dote tan especial que Jane acarreaba. Kate supuso que Dylan también había sido el motivo de su temprana separación.

—Ay, Jane —suspiró.

La mujer levantó la mirada.

—Tienes muy bien el pelo. Te lo has cortado, ¿no? Genial. Te da un aspecto más suave y rejuvenecido.

—Gracias, muchas gracias.

—Oye, ¿por qué habías venido? Es decir, me alegro mucho, de verdad. Como ya te imaginarás, recibo poquísimas visitas. Pero seguro que venías a contarme algo, ¿no?

—Sí. —Kate le explicó rápidamente lo que le había contado Kadir Roshan sobre el hombre peculiar que al parecer había estado vagando por la barriada de Liverpool preguntando por Grace—. Solo quería averiguar si se trataba de algún policía. Así podríamos descartarlo. He ido a ver a Caleb, pero... —Se calló y se mordió el labio. No había querido mencionar la visita.

Jane se dio cuenta enseguida de que algo no iba bien.

—¿Has estado en casa de Caleb? ¿Esta tarde?

—Sí.

—¿Y te ha dicho que vengas a verme a mí?

—Ha pensado que tú podrías aclararlo con una llamada a la jefa de operaciones de Liverpool.

—¿Por qué no lo ha hecho él mismo? Habría tardado dos minutos.

—Es que... —Titubeó, pero entonces pensó en lo que había dicho Jane pocos minutos antes: es un buen jefe. Lo había dicho en tono cálido, y su expresión denotaba lo mucho que lo apreciaba.

Nunca le haría daño. Quizá incluso pudiera ayudar.

—Estaba borracho, Jane. Ahí estaba, en su elegante cocina, bebiendo whisky como si fuera agua. De todos modos aún conservaba la serenidad suficiente para

saber que era mejor que no llamara a nadie hoy. Se le notaba en la voz. Y en la forma en que se expresaba.

—Joder —dijo Jane—. ¡Vaya mierda! —Dejó el vaso sin haberse bebido la ginebra—. Esta tarde ya he tenido un mal presentimiento. Por lo de Shove. Lo ha... trastocado.

—He oído que has salvado a una familia hoy.

—Sí. Y ahora Caleb cree que a esa familia no le habría pasado nada si no hubiéramos puesto a Shove entre la espada y la pared. Y puede que no le falte razón, pero Shove sigue siendo un criminal peligroso. Lo arrestarán en Irlanda, y eso es bueno. Es un éxito para el equipo. Me gustaría que él también lo viera así.

—Todavía no tiene al asesino de mi padre. Y de Melissa Cooper. Y de Norman Dowrick.

—No creo que Shove sea una pista falsa en absoluto. Es muy propenso a la violencia. De una manera u otra se habría visto en la situación de disparar, apuñalar o matar a golpes a alguien. Es de esa clase de personas. El eterno delincuente. No cambiará nunca.

—Jane, nadie puede enterarse de lo que te acabo de contar de Caleb.

—No diré nada, tranquila. La pregunta es si mañana volverá a tenerlo todo bajo control. ¿Conseguirá superarlo otra vez?

Las dos mujeres se miraron. Caleb estaba al borde del precipicio. A pocos centímetros del abismo.

—Hambre —dijo Dylan. Había entrado en el salón sin que se dieran cuenta. Parecía haber llenado de golpe la estancia, hacía la casa más pequeña de lo que ya era. Tenía la cara embadurnada de nata, con la que también se había manchado la chaqueta del chándal. Restos de algo imposible de identificar le impregnaban el pantalón. Kate se preguntó cómo conseguía Jane mantener medianamente limpio a ese chico.

La joven cogió a su hermano del brazo.

—Ya es suficiente por hoy, Dylan. ¿Qué te parece si vemos un poco la tele?

—Tele —repitió Dylan. Se dejó caer en el sofá, que casi se hundió hasta el suelo bajo su peso.

—Hay un brote de escarlatina en el centro de día al que va —dijo Jane—. Lo han cerrado por un tiempo. Y ahora tengo que volver a ganarme a la vecina para mañana.

—¡Tele! —gritó Dylan. Ahora sonaba exigente, algo agresivo. Kate se figuró que podría llegar a ponerse muy furioso—. ¡Tele!

Su hermana puso un DVD y encendió el aparato. *Thomas, la pequeña locomotora*. Dylan se reía a borbotones e imitaba los ruidos del tren. El móvil de Kate sonó en ese mismo momento. Se levantó de un salto y salió de la habitación, porque las voces de la televisión y los ruidos que emitía Dylan a un volumen cada vez mayor le impedían oír nada.

—¿Sí? Kate Linville al habla.

Un murmullo. No entendía nada.

—¿Hola? ¿Quién es? Soy Kate Linville.

—Kadir. Soy Kadir —dijo susurrando.

Ella se dirigió hacia la cocina. Dylan ya sonaba como un tren exprés que pasara zumbando justo por delante de la casa.

—¿Kadir? ¿Qué pasa? ¿Puedes hablar más alto?

—Está aquí —musitó—. El hombre. Está buscando a Grace.

—¿Dónde es aquí?

—No quiero que me oiga. Es peligroso.

—Kadir, tienes que...

—Sé dónde está Grace.

—¿Seguro?

—Lo supongo. Lo supongo casi seguro.

—¿Puedes llamar a la policía de Liverpool?

—El dinero se me está acabando...

Kate oyó unos chasquidos. Claro, Kadir no tenía teléfono móvil. Habían tenido suerte de que el hombre encontrara una cabina que funcionara en aquel barrio en decadencia. Y de que llevara un par de monedas consigo.

—De acuerdo, Kadir. Quédate donde estás. Yo me ocupo. ¿Dónde está Grace?

El saldo se estaba agotando. Y Kadir hablaba muy bajo. Casi percibía su miedo, estaba al borde del pánico.

—... antes... bajo el muelle de Canada Dock... río abajo...

Esos fueron los retazos que consiguió captar.

Después la línea se cortó.

6

Al sargento Robert Stewart le habían vuelto a dar plantón y no tenía ninguna gana de irse a casa. Era la historia de siempre con las personas a las que conocía por internet: intercambiaba e-mails durante varias semanas pensando que podría surgir algo serio, pero los problemas aparecían a la hora de convertir el contacto virtual en algo real. Su relación actual, por llamarlo de algún modo, había mostrado reparos desde que le había propuesto que se vieran. Por fin había accedido a quedar esa tarde, pero en el último momento le había enviado un correo electrónico en el que cancelaba la cita con excusas manidas. Parecía tener miedo de la realidad, y los motivos podían ser muchos. Malas experiencias, o un carácter romántico que le hacía vislumbrar que la magia de las palabras intercambiadas en el ordenador se vendría abajo en cuanto se sentaran frente a frente delante de un vino y dos platos de pasta. Sin embargo, la explicación más plausible era que los datos que le había dado no se correspondieran

del todo con la realidad y que tuviera miedo del momento en que eso saliera a la luz.

Como de camino a casa tenía que pasar cerca del hospital general de Scarborough y de todas formas no tenía ganas de quedarse solo viendo la tele, Robert decidió hacer una visita rápida a Stella Crane para saber cómo estaban ella, su hijo y sobre todo su marido. Eran las ocho, y le pareció que la hora todavía era relativamente apropiada. Si la señora Crane estaba dormida o sencillamente no quería hablar, podía marcharse sin más.

Jane Scapin se había marcado un buen tanto ese día, tenía que reconocérselo. Teniendo en cuenta las circunstancias de su vida, lo cierto es que hacía un trabajo excelente. Típico de ella: había seguido una pista secundaria discretamente y sin hablar mucho de ello, y al final había dado en el clavo. En última instancia había permitido también que detuvieran al fugitivo Denis Shove: hacía cuarenta minutos que Robert había recibido la noticia de que sus colegas irlandeses habían arrestado a Shove y a su compañera. Los dos habían caído en el extenso cerco de controles policiales que habían levantado en torno a Belfast. Por suerte no había más heridos. Denis Shove, con los nervios destrozados, ni siquiera había tratado de usar su arma, sino que se había entregado de inmediato. Su acompañante se había desmoronado allí mismo, entre lágrimas. No habían demostrado ser precisamente los nuevos Bonnie y Clyde.

Desde que se había enterado de la detención, Robert había intentado dar con el comisario, pero para su sorpresa el jefe no cogía el teléfono. Se había ido a casa antes que nunca, aunque por lo general siempre estaba disponible. Sobre todo en un día como aquel, en que se podía contar con que por fin arrestarían al hombre al que todos (y Caleb con especial determinación) perseguían desde hacía meses. No era propio de él desaparecer justo entonces. Aunque había estado de muy mal humor todo el día. Robert, que no rebosaba sensibilidad precisamente en relación a los sentimientos ajenos, no acababa de comprenderlo. ¡Por fin lo tenían, tenían a Denis Shove! De acuerdo, seguramente no fuera el asesino de Linville. Era cierto que en ese punto no habían avanzado demasiado. Pero aquello podía dar un giro radical si conseguían localizar a esa testigo de Liverpool. Sin duda solo era cuestión de tiempo. Sin embargo, Shove era de la peor calaña y era bueno que volviera al trullo. Era todo un éxito. Y también lo de Liverpool, con el descubrimiento del cadáver de Norman Dowrick, por muy macabro que sonara. Dos éxitos; un tanto para Jane Scapin, y otro para ese ratoncito gris, Kate Linville.

¿Sería ese el problema de Hale? ¿Que dos mujeres se le habían adelantado?

El jefe no era tan estrecho de miras.

Había empezado a llover cuando Robert aparcó el coche y se bajó. No llevaba nada con lo que guarecerse, así que echó a correr por el camino de losas que conducía al complejo de edificios. Justo después de entrar con el coche en el aparcamiento había llamado una vez más a Hale, de nuevo sin éxito. Por un momento se había planteado avisar a Jane, pero al final había decidido no molestarla aquella tarde.

Últimamente tenía un aspecto terrible, como si la vida la superara por completo.

Había supuesto que tendría que preguntar cómo llegar a la habitación de Stella Crane, pero para su asombro se la encontró en el vestíbulo. La reconoció al instante, ya que él había sido uno de los colegas a los que Jane había hecho acudir a la granja. Había visto cómo los sanitarios sacaban a un Jonas Crane moribundo del abrasador granero, que apestaba a excrementos humanos. Le había hecho un par de preguntas iniciales a la extenuada Stella. Le había regalado a su hijo una calcomanía del Manchester United que había encontrado por casualidad en el coche. Así había conseguido que el niño esbozara una sonrisa como por arte de magia, y Stella le había dicho en voz baja:

—Gracias. Muchas gracias.

Ahora la tenía de nuevo delante, en vaqueros, zapatillas y camiseta de manga larga. Estaba muy pálida y su rostro seguía teniendo un aspecto huesudo y fatigado, además de los ojos exageradamente grandes, pero en comparación con esa mañana su recuperación era asombrosa. Se había lavado el largo pelo rubio y se había hecho una trenza, incluso se había maquillado un poco.

—Ah, sargento —dijo al verlo—. Estaba a punto de dar un paseo, pero veo que ha empezado a llover.

—El tiempo está desagradable —corroboró Robert sacudiéndose. Las gotas de lluvia le resbalaban del pelo a la frente—. Y han bajado bastante las temperaturas. Yo en su lugar no saldría. Aún no está en plena forma, se resfriará enseguida.

—Seguramente tiene razón —asintió.

Hablaba con una lentitud desacostumbrada. Robert supuso que le habían administrado un calmante fuerte.

—Quería decirle que lo tenemos —dijo—. A Denis Shove. Lo han cazado en Irlanda del Norte.

Stella no se dejó llevar por la euforia, pero todo parecía indicar que lo consideraba una buena noticia. Entonces pensó en algo. Sus ojos, ya muy grandes de por sí, se abrieron aún más.

—¿Ha habido...?

Robert sabía a qué se refería.

—No. No se ha resistido. No ha habido un solo disparo. Ahora irá a juicio y pasará en la cárcel una buena temporada, diría yo.

—¿Y qué será de Terry? Therese Malyan, su novia.

El sargento titubeó.

—No se irá de rositas. La acusarán de haber sido cómplice.

—Él la tenía sometida. Estaba completamente bajo su control.

—Se analizará al detalle cuál ha sido su papel. También consultarán a un psicólogo. Seguro que en cierto modo ella también ha sido una víctima, y lo tendrán en cuenta. Nuestros colegas irlandeses dicen que tiene muy mal aspecto. Según su propio testimonio, intentó huir, pero Shove la pilló y le dio una buena paliza. De

todas formas, no se preocupe demasiado por ella. Es joven, pero es una mujer adulta. No se la puede eximir de toda responsabilidad.

Stella asintió.

«Está muy afectada —pensó Robert—. Profundamente traumatizada».

—¿Qué tal está su hijo? Y sobre todo, ¿su marido? —preguntó con cautela.

—Mi hijo está ahora con una de las enfermeras. Están pintando. Todo el mundo es muy amable. Y mi marido... —Levantó los brazos—. Está fatal. Pero esperan que sobreviva a esta noche.

—Sobrevivirá —dijo Robert, esforzándose por dar algo de esperanza a aquella mujer pálida y atemorizada—. Todo saldrá bien.

—Ha sido una pesadilla, una pesadilla espantosa. —Se estremeció—. Lo que queríamos era descansar. Sobre todo Jonas. Estaba quemado en el trabajo y se preocupaba por todo... El médico se lo aconsejó, ¿sabe? Que buscara un lugar completamente aislado del mundo. Sin teléfono ni internet. Que se diera la oportunidad de pensar en sí mismo y reencontrarse. En fin, no ha salido como esperábamos... —Se calló y miró fijamente hacia la lluvia, más allá del sargento.

—La idea era buena —respondió este—. No podían sospechar lo que sucedería. Nadie podría haberlo sospechado. Es solo que... Hay gente malvada en el mundo. Por desgracia.

«¿Se puede ser más banal?», se preguntó acto seguido.

Sin embargo, ella asintió con seriedad.

—Sí, la hay. Lo sabemos. Lo leemos todos los días en el periódico. Y a pesar de todo nunca piensas que podría pasarte a ti. Es como con las enfermedades graves o los accidentes de tráfico. Siempre son los demás. Hasta que... bueno, hasta que eres tú.

—Pero ya ha pasado.

De pronto la mujer recordó algo.

—Tengo que volver a hablar sin falta con su colega. Esa mujer admirable que nos ha encontrado. ¿Cree que sería posible?

—La agente Jane Scapin. Claro que es posible. Además, señora Crane, tendremos que pedirle que venga a la comisaría. Necesitamos su declaración detallada de todo lo que pasó. Si quiere, será Jane quien hable con usted.

—Estaría bien. Le estoy muy agradecida y quiero decírselo.

—Jane es fantástica, y su actuación en este caso ha sido brillante.

Ambos se sumieron en sus pensamientos durante un rato. Después Robert carraspeó.

—Bueno, pues...

Ella le dedicó una sonrisa cansada que le suponía un esfuerzo evidente.

—Voy a volver a acostarme. Lo mejor será que me olvide del paseo por el momento.

—En realidad solo quería que supiera que tenemos a Denis Shove —dijo Robert

—. No podemos borrar lo que ha pasado, pero al menos pagará por ello.

—Gracias por venir. —Le estrechó la mano, luego se marchó.

Él la siguió con la mirada. Arrastraba los pies fatigada.

«Que su marido sobreviva, por Dios», pensó Robert.

Salió del hospital y corrió bajo la lluvia hacia el coche. Una vez dentro, volvió a intentar localizar a Caleb.

En vano una vez más.

Era tan poco propio del jefe que por un momento se preocupó. Pero entonces pensó que quizá solo quería estar tranquilo. No había dormido mucho últimamente.

Puede que por una vez se hubiera ido pronto a la cama.

7

—Canada Dock —dijo Kate—. Un poco por debajo. Es lo único que he entendido. Cree saber dónde se esconde Grace. Y tiene miedo, es evidente. Ese hombre al que todavía no hemos podido identificar vuelve a merodear por allí.

—Tenemos que avisar a los colegas de Liverpool —dijo Jane nerviosa—. Kadir Roshan tiene que mostrarles el escondite.

—Le he dicho que se quede donde está. Espero que me haga caso.

—Al menos tenemos una ubicación. Por debajo del Canada Dock. Ellos sabrán dónde es.

—¿Tienes el número de la jefa de operaciones?

Jane asintió.

—Voy a llamarla ya. —Señaló en dirección a la escalera—. Tengo el móvil arriba. No puedo dejarlo al alcance de Dylan.

El chico seguía imitando al tren y se columpiaba con violencia en el sofá.

Mientras la joven subía a avisar a la policía de Liverpool, Kate tuvo una idea. Volvió a la cocina y marcó el número de Susannah Dowrick, que respondió al segundo tono.

—Soy Kate Linville. Susannah, siento mucho lo que ha pasado.

La mujer sonaba contenida.

—Gracias, Kate. La verdad es que me ha impresionado mucho. Pero hacía años que no teníamos contacto, así que... —No terminó la frase. Estaba claro que la muerte de Norman no cambiaba nada en su vida. Y después de tanto tiempo tampoco sentía pena.

—Susannah, tengo una pregunta. Me dijiste que los antiguos colegas de Norman te preguntaban a menudo por él. También los que no lo conocían de nada. ¿Te acuerdas de quién fue el último? Antes de que el sargento Stewart se pusiera en contacto contigo en relación con la muerte de mi padre, quiero decir.

—Espera —repuso la mujer—. Fue... no hace mucho. A principios de enero, diría yo. Sí, creo que en enero vino alguien.

—¿No lo conocías?

—No, no lo conocía. Me dijo que había trabajado brevemente con Norman cuando era muy joven y que le debía mucho. No era mayor, rondaría los treinta.

Kate contuvo el aliento.

—¿Qué aspecto tenía?

—Llamaba la atención lo alto que era —dijo Susannah—. Rubio.

—¿Te dijo cómo se llamaba?

—Se presentó, sí. Pero si te soy sincera, ya no recuerdo su nombre. No presté atención.

Seguramente daba igual. Si el hombre quería enterarse del paradero de Norman para después asesinarlo, no había duda de que habría dado un nombre falso.

—¿Y le diste la dirección de Norman?

—Sí, yo... —De pronto sonó muy insegura—. ¿Crees que... crees que era el tipo que después fue a buscar a Norman y...?

—No lo sé. No le des más vueltas, Susannah. Aunque lo fuera, de una manera u otra habría logrado su objetivo. Créeme.

Cuando se despidieron, la mujer sonaba desolada. En cambio, Kate ya estaba casi segura de que el desconocido no era un agente de la policía de Liverpool. El asesino había regresado y buscaba a Grace Henwood, que representaba un gran peligro para él.

«¿Cómo lo sabe? —se preguntó Kate—. ¿Cómo se ha enterado tan rápido de que hay una testigo y de quién es?».

La prensa no había mencionado nada. Y aun teniendo en cuenta que mucha gente del barrio conocía el papel de Grace en toda aquella historia y sabía por qué la policía la buscaba intensamente, resultaba sorprendente que la noticia le hubiera llegado al asesino a tal velocidad.

«Conoce a alguien allí —pensó Kate—. Hay alguien en el lugar de los hechos que coopera con él».

Era una idea alarmante, y al mismo tiempo le parecía absurda, pero así debía de ser. Tenía que haber una conexión.

Jane bajó las escaleras con el móvil en la mano.

—Van a enviar a alguien enseguida a buscar al señor Roshan. Y también mandarán efectivos al Canada Dock. No se han mostrado precisamente entusiasmados de que les hayamos dado nosotros la pista, pero al menos no se han opuesto. A bote pronto no me han sabido decir quién podría ser el desconocido. La descripción de un tipo alto y rubio encaja con muchos de sus agentes, no han querido descartar que se trate de un policía. Pero seguro que esta noche lo sabremos.

Kate la informó de la conversación con Susannah Dowrick y acabó diciendo:

—Estoy casi segura de que es el asesino. En enero preguntó por Dowrick y

después fue a Liverpool y lo mató. A continuación fue a por mi padre, cuya dirección pudo obtener fácilmente en la guía telefónica. Y por último Melissa Cooper. El orden es relevante, Jane.

—Puede ser —asintió Jane—. Pero por el momento...

—Se ha enterado de lo de Grace en menos de veinticuatro horas. Tiene buenos contactos, ¿no crees?

—Eso no lo sabes, Kate. Puede que el hombre de Liverpool sea realmente un policía. Y el tipo que fue a ver a la señora Dowrick puede haber sido un antiguo colega de verdad. No te vuelvas loca. La policía de Liverpool está comprobando la situación, no podemos hacer más.

Kate miró por la ventana. Había empezado a llover. Gruesos goterones se estrellaban contra el suelo aún caliente. Bajo aquellas enormes nubes grises, el atardecer era más oscuro que todos los anteriores.

Pensó en la voz de Kadir, distorsionada por el miedo. Pensó en Grace. Durante los últimos días había evocado una y otra vez a la tierna niña y su rostro pálido de sonrisa angelical. La ropa demasiado estrecha y demasiado corta que se le había quedado pequeña. Las marcas amoratadas de las muñecas. Y oía la voz de su madre: «¡Ayúdela!».

Allí estaba de nuevo: la certeza intuitiva que le decía lo que debía hacer sin que pudiera explicárselo a nadie de forma lógica. Esa sensación que tanto tiempo había pasado sepultada bajo las dudas y los miedos, pero a la que su cerebro volvía a recurrir con timidez desde que había llegado a Scalby a intentar averiguar quién había sido realmente su padre.

Quería presentarse allí. Quería ir a Liverpool. Grace estaba en peligro y ella la había puesto en esa situación.

Y por alguna razón presentía que la policía de Liverpool podía meter la pata, que no eran conscientes de la gravedad del caso. Habían reaccionado con desconfianza desde el momento en que la policía de Yorkshire había aparecido por allí, les había informado de sus intenciones y había establecido una conexión con dos casos de la región de Scarborough. Y ahora habían recibido otra orden suya. Jane ya lo había insinuado: «No se han mostrado precisamente entusiasmados de que les hayamos dado nosotros la pista...».

Kate veía posible que enviaran a la patrulla más cercana al Canada Dock y que los agentes, si no veían nada sospechoso, dieran media vuelta y siguieran su camino.

Vaciló un instante, pero decidió no decirle nada a Jane. Era imposible que aprobara lo que se proponía, aunque solo fuera porque más adelante tendría que justificárselo al comisario. ¿Por qué iba a ponerla en esa tesitura?

Además, la joven ya había dado a entender que tenía sus reservas sobre la sospecha de Kate de que aquel hombre extraño fuera el asesino.

—Bueno —dijo al final, como de pasada—, entonces ya está todo aclarado. ¿Me mantendrás al corriente de las novedades?

—Por supuesto —le prometió Jane.

—¿Puedo dejarte sola?

—Claro. Lo tengo todo bajo control. —Efectivamente, Dylan había enmudecido y seguía pasmado con las aventuras de la pequeña locomotora. Jane parecía fatigada y preocupada. A Kate le habría gustado añadir algo constructivo, pero no se le ocurrió nada que no sonara estúpido en vista de lo especiales que eran las circunstancias de Jane.

Así que solo dijo:

—Entonces me voy. Buenas noches, Jane.

Esta no hizo amago alguno de convencerla para que se quedara. Puede que estuviera muy sola, como había dicho Caleb, pero también se sentía exhausta y sobrepasada noche tras noche.

Sin duda no estaba especialmente ansiosa por recibir visitas.

Kate atravesaba la noche lluviosa a tal velocidad que se asombró de que nadie la parara. Había salido de casa de Jane poco después de las ocho y había pasado rápidamente por casa para meterse el arma de su padre en el bolso. «Solo por seguridad», se dijo. A pesar de que no había comido nada desde el desayuno, no sentía hambre, pero de todas formas echó unos cuantos cereales en un bol, vertió leche y lo engulló todo. No sabía qué le depararía la noche y quería estar preparada. Cuando se puso en marcha eran casi las nueve.

Para las once estaría allí.

El cálculo había sido optimista. A pesar de haberse saltado todos los límites de velocidad y de que por suerte no había mucho tráfico, ya eran las once y media cuando llegó a las afueras de Liverpool. Seguía lloviendo. Había parado una vez durante el trayecto para ir al baño y tomarse un café, y se sentía bastante despierta. Alerta, electrizada. Posiblemente con los niveles de adrenalina por las nubes.

Cuando por fin llegó a su destino ni siquiera sabía ya si tenía sentido que estuviera allí. Jane había avisado a la policía hacía más de tres horas. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, hacía tiempo que había terminado. La rueda de los acontecimientos no se había detenido porque Kate tuviera que ir de una costa a otra del país, solo porque creía que sin ella todo saldría mal.

En la calle en la que vivía Grace reinaba el silencio. No se veía ni una luz en las casas. Había dos farolas rotas. Kate aparcó y se bajó. Recordaba el edificio que le había señalado Kadir. «Vivo ahí, en la buhardilla...».

La puerta de entrada ya no tenía cerradura y le resultó fácil abrirla de un empujón. Entró y probó el interruptor que había en la pared, a su derecha. No funcionaba, como suponía. Subió a tientas los dos tramos de escaleras. Se detuvo en el descansillo y llamó a Kadir en voz baja.

—¿Kadir? Soy Kate. ¿Estás ahí?

Nadie contestó. Giró la manilla de la puerta de su casa y entró. Los ojos ya se le habían acostumbrado a la oscuridad y distinguía la estancia diminuta encajada bajo el tejado. La lluvia martilleaba en la ventana. La habitación estaba meticulosamente ordenada. En el rincón había un colchón cubierto con una manta de lana. Una mesa, una silla. Un hornillo de gas. En un estante en la pared, un plato y una taza. La viva imagen de la austeridad, o de la pobreza extrema. Kate comprobó que la otra puerta conducía a un baño minúsculo y deslucido. Allí tampoco había nadie.

Salió de allí. Estaba claro que Kadir no estaba en casa. Pero eso no significaba nada: de todos modos no pasaba mucho tiempo en ella. «Las paredes se me caen encima», le había dicho. Kate lo había interpretado como una expresión de su estado mental confuso, pero ahora entendía a qué se refería. Ella tampoco habría aguantado mucho en aquel espacio tan limitado, bajo aquel tejado tan inclinado.

Buscó a tientas el camino de vuelta y respiró aliviada al salir a la calle. Avanzó hasta el muro donde siempre estaba sentado Kadir. Estaba vacío.

Miró hacia la casa en la que vivía Grace con sus padres. Oscuridad total tras las ventanas. Si la policía había dado con la niña, lo lógico sería que se la hubiera entregado a sus padres. Sin embargo, Kate no se atrevió a llamar al timbre.

«Primero echaré un vistazo por el Canada Dock —decidió—. Si no veo a nadie allí, regresaré y sacaré de la cama a ese padre repugnante».

El GPS le indicó el camino y calculó seis minutos de trayecto. No parecía estar muy lejos, y por lo tanto parecía posible que Grace y Kadir hubieran ido allí a pie.

Kate se puso en marcha.

Primero atravesó una zona de la ciudad que aún estaba habitada, aunque no había nada de movimiento porque a esa hora, naturalmente, todas las tiendas estaban cerradas, y vio luz en muy pocos hogares. De vez en cuando se cruzaba con algún coche. Llovía con menos fuerza pero el agua seguía cayendo de manera uniforme. Una noche muy poco apropiada para pasear junto al río. Mientras Kate recorría Regent Road, a su izquierda aparecían una y otra vez las aguas oscuras e insondables del río Mersey. Las farolas brillaban en la orilla, y a pesar de la lluvia en algunos puntos distinguía las luces del otro lado. Eso le daba la sensación de no estar completamente sola, ya que el entorno estaba cada vez más desierto. Ya no había tiendas, casas ni bares. En su lugar se veían almacenes, grúas que se alzaban en el cielo nocturno, un laberinto de edificios de ladrillo de varios pisos que probablemente albergaban oficinas, vacías a aquellas horas. Alambradas de gran altura que rodeaban extensos terrenos industriales. En esa zona se fabricaban piezas para barcos y para el puerto, y por allí no aparecería nadie hasta la mañana siguiente. Kate avanzó despacio con el coche. A la izquierda ya casi no había edificios; en su lugar, a lo largo del río se extendía un césped vacío tras un muro a media altura. De vez en cuando un contenedor, un cobertizo, un par de casetas de obra.

«Ha llegado a su destino», graznó el GPS.

Kate frenó, giró y retrocedió un poco. «Por debajo del Canada Dock», había

dicho Kadir. Veía las gotas de lluvia bailar a la luz de los faros. A su izquierda había un almacén alargado abandonado. A la derecha, un muro. ¿A qué punto se refería exactamente Kadir? Era difícil dar con una referencia, sobre todo porque en realidad no sabía muy bien qué buscaba. Siguió avanzando despacio y mirando atentamente a su alrededor. Entonces lo vio: un vehículo aparcado que antes se le había escapado. Un Peugeot.

Desvió el coche a un lado y frenó. Tenía el corazón acelerado. Efectivamente, un Peugeot. Se apeó y entrecerró los ojos. La oscuridad lluviosa no le permitía distinguir el color, pero llevaba una linterna consigo. Recorrió a toda prisa la calle, siempre pegada al muro por si había alguien dentro del coche. Le llegaba el olor del río. La lluvia intensificaba el hedor a algas podridas.

Cuando llegó al vehículo estaba empapada. Enseguida vio que estaba vacío. Al iluminarlo, se quedó de piedra: era verde.

Un Peugeot verde.

Pensó en la declaración de la amiga de Robin Spencer. Un Peugeot verde que había pasado varias veces por Church Close. En aquel momento nadie estaba seguro de que el dato tuviese alguna relevancia. Pero ahora adquiriría una importancia especial.

No podía ser casualidad.

Anotó apresuradamente la matrícula y después se dio la vuelta. En el muro junto al que estaba aparcado el coche había una abertura cerrada de forma provisional con tablones de madera y alambre de espino. La única entrada, hasta donde le alcanzaba la vista. Maldita sea, ¿dónde estaba la policía? ¿O había pasado ya todo? Pero entonces, ¿qué hacía el coche allí todavía? ¿Habían encontrado a Grace y la habían puesto a salvo pero no habían atrapado a su perseguidor? ¿O, tal como Kate se había temido desde el principio, una patrulla había pasado desganadamente por allí, había comprobado que todo estaba tranquilo y había seguido su camino?

Se colocó delante de la abertura y trató de mover la barricada que alguien había levantado, pero tuvo que rendirse. Quizá hubiera algún otro acceso, pero no quería perder el tiempo buscándolo. Escaló ágilmente la valla. Al saltar al otro lado la pierna se le quedó enganchada en el alambre de espino, oyó como se le rasgaban los vaqueros y al mismo tiempo sintió un dolor punzante. La sangre le goteaba por el tobillo.

Maldijo en silencio. Por lo menos estaba al otro lado. Le habría gustado iluminar el terreno que tenía delante con la linterna, pero no se atrevió. Distinguía una extensión alargada de césped que descendía suavemente hacia el río. En el centro se veía un espacio asfaltado, y al lado, un edificio. Una puerta o una ventana golpeteaba al viento. No parecía que aquel lugar estuviera en uso. La barricada de la entrada lo corroboraba.

Kate sabía que ese era el momento de pedir refuerzos. Tenía motivos para suponer que un asesino múltiple rondaba por allí, y si pasaba algo estaría

completamente sola frente a él. Sacó la pistola del bolso por precaución y le quitó el seguro. El problema, como siempre durante esos últimos meses, era que no estaba de servicio. Por lo tanto no estaba autorizada a pedir refuerzos. Aunque también podía hacer una llamada de emergencia normal, como cualquier otro ciudadano.

De acuerdo. Respetaría las reglas del juego, pero lo haría de forma tan apremiante, que la rueda por fin tendría que empezar a girar.

No lo había oído llegar, de tan ocupada como estaba buscando el móvil.

Ni siquiera tuvo tiempo de asustarse cuando recibió el golpe en la nuca.

Cayó hacia delante y perdió el conocimiento en el acto.

8

Kadir sabía que nunca se había metido en un problema tan grave como aquel. Y eso que había vivido lo suyo, y pocas de sus experiencias habían sido buenas. Se avergonzaba del color de su piel desde que tenía uso de razón, y a menudo había sido el blanco de las burlas de los demás; en ocasiones se trataba de indirectas inofensivas, pero en su mayoría eran ofensas de un racismo indisimulado. En el colegio lo llamaban Curry. En casa lloraba y le decía a su madre que no aguantaba más, pero ella solo le respondía que podía ser peor.

Y efectivamente lo fue.

Recordó con horror aquella noche ocho años atrás cuando, después de visitar a un conocido, estaba esperando al tren tarde, solo, en una estación desierta en un barrio a las afueras de Liverpool. Habían aparecido como de la nada: skins, cinco tipos como toros con las cabezas rapadas, ropa de cuero y botas militares. Kadir supo al momento que no lo ignorarían: un indio delgado y solitario que intentaba desaparecer en dirección a las escaleras llamando la atención lo menos posible y fingiendo que no los había visto.

Lo rodearon. Lo empujaron de un lado a otro hasta que perdió el equilibrio y se cayó. Después lo pisotearon. Le rompieron la nariz y varias costillas. Y se lo llevaron de allí. Lo arrastraron hasta un oscuro paso subterráneo no muy lejos de la estación. Recordaba las paredes blancas cubiertas de grafitis de colores. La noche oscura al final del corto túnel. Las linternas que lo cegaban. Le explicaron que no tenía derecho a estar en su país y que iba a ver lo que le ocurría a la gente como él. Y que se arrepentiría de haber venido a Inglaterra.

Lo torturaron durante horas. Sin piedad. No lo dejaron en paz hasta que no creyeron que estaba muerto. Volvió en sí horas más tarde, a la mañana siguiente, y se arrastró dejando un reguero de sangre hasta que llegó a la estación, que estaba llena de gente de camino al trabajo. Recordaba que al verlo todos se habían puesto a gritar horrorizados. Entonces llegó la ambulancia. La policía. En el hospital lo

recompusieron y el médico le dijo que nunca antes había visto a nadie tan maltrecho. Físicamente se curó.

Mentalmente no se recuperó jamás.

En cualquier caso, sobrevivió. Pero esta vez no sabía si lo conseguiría.

Tenía los pies y las manos atados a una tubería, lo que le obligaba a adoptar una postura incómoda que a cada minuto era más dolorosa. Estaba en una sala cuadrada de ladrillo visto. A su alrededor imperaba ahora la más absoluta oscuridad, pero el tipo que lo había llevado allí tenía una linterna, a cuya luz Kadir había podido identificar el espacio en el que lo habían encerrado. La pesada puerta se había cerrado, los pasos se habían alejado. Y... ¿cuántas horas hacía de eso? No tenía ni idea. Puede que ni siquiera fueran horas. La desesperante negrura que lo rodeaba no solo le había arrebatado la capacidad de orientarse, sino también la percepción del tiempo. Ahora entendía por qué las personas se volvían locas cuando vivían en una oscuridad constante.

Lo peor era la total inactividad a la que estaba condenado. Porque al mismo tiempo sabía que aquel tipo estaba buscando a Grace. Deseó con toda su alma estar equivocado, que la niña no estuviera allí, sino que se hubiera escondido muy lejos, en un lugar completamente distinto. No la había visto, y puede que sus suposiciones fueran erróneas. Se preguntó cómo había logrado ese hombre seguirlo hasta allí. Si algo había aprendido Kadir era el arte de moverse de un sitio a otro en completo silencio y de forma prácticamente invisible. Se había deslizado como una sombra hasta la fábrica abandonada por debajo del Canada Dock. Había dado rodeos por caminos que seguramente nadie conocía excepto él. A pesar de todo, el tipo había logrado seguirle la pista durante la media hora que había tardado en llegar allí. Lo había reducido y maniatado, cosa que no había sido difícil: no había opuesto la menor resistencia. Se avergonzaba de ello, pero el miedo lo paralizó totalmente. Se había dejado hacer, y ahora estaba allí atrapado. Sin posibilidad alguna de ayudar a Grace.

Escuchó inquieto los borboteos y murmullos, los únicos ruidos que le llegaban en la oscuridad. Era el Mersey, el ancho y profundo río junto al que se encontraba aquel terreno. Sin embargo, ese sótano parecía estar por debajo del río. La idea le causaba un nudo en la garganta. Sentía sudores fríos al pensar en las toneladas de agua que tenía encima. Se dijo que ese sótano existía sin duda desde hacía mucho tiempo. Y nunca se había venido abajo. ¿Por qué tendría que suceder ahora?

Volvió a oír pasos y se le tensó todo el cuerpo. El tipo regresaba. Lo más seguro es que no tuviera intención de liberarlo. Kadir le había visto la cara al hombre que lo había reducido, esposado y encerrado.

Ya no podía dejarlo escapar.

Se descorrió un cerrojo, la puerta se abrió. A Kadir le dio la impresión de que las armellas del cerrojo eran bastante holgadas: la pieza golpeteaba al moverla. Quizá la puerta pudiera abrirse desde dentro empujándola con violencia. Sin embargo, era una opción imposible mientras siguiera sujeto a esa tubería.

La linterna volvió a iluminar la estancia. Kadir parpadeó deslumbrado. Vio que el hombre arrastraba algo y finalmente distinguió que se trataba de una persona. Una mujer. ¿Grace?

La dejó caer como un saco sobre el húmedo suelo de piedra. Kadir se dio cuenta entonces de que no era la chica. Era la policía. Kate.

Sus últimas esperanzas se desvanecieron. En el fondo se había aferrado todo el tiempo a ella. Le había dicho que el hombre sospechoso había vuelto. Que suponía que Grace rondaba la zona del Canada Dock. Y Kate había acudido a su llamada. Pero también había caído en la trampa.

«Espero que antes haya avisado a sus colegas», pensó.

El hombre no dijo una sola palabra. Dejó la linterna y se dispuso a esposar a Kate, que parecía estar inconsciente porque no reaccionaba. No la ató a la tubería, ya que seguramente temía que ambos trataran de soltarse el uno al otro. La sujetó con brutalidad y le amarró los brazos y las piernas a la espalda. La postura arqueada enseguida la dejaría muy dolorida.

Kadir aprovechó la luz para recorrer la estancia con la mirada a toda prisa. Quizá descubriera la forma de escapar de allí. Lo que descubrió no invitaba precisamente al optimismo: una especie de compuerta en el techo por cuyos bordes se filtraba la humedad, que se extendía por los muros y goteaba en el suelo. Si sus sospechas eran ciertas y se encontraban debajo del río, aquello era un mecanismo para inundar el sótano. Ignoraba cuál era su utilidad, pero en la situación en la que se encontraban Kate y él, era una catástrofe absoluta.

Debajo de la compuerta había una reja fijada al techo con cemento. Si la compuerta se abría, el agua caería en torrente. E incluso si lograban soltarse, era imposible que atravesaran aquellos barrotes. Kadir tragó saliva y no dijo nada.

Pero sabía que tenían que salir de allí. Lo antes posible.

VIERNES, 13 DE JUNIO

1

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero seguro que ya habían dejado atrás la medianoche. De pronto oyó la voz de la mujer. Le resultó tan inesperada en la oscuridad que se llevó un buen susto.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntó.

Hablaba con claridad, incluso enérgica. Gracias a Dios el tipo no la había herido de gravedad al noquearla.

—Estoy aquí —respondió—. Soy Kadir.

—Oía una respiración —dijo ella—. Así que eres tú.

—Estoy esposado. A una mierda de tubería. No puedo moverme de aquí.

De pronto se encendió una luz, y Kadir volvió a asustarse. En un primer momento pensó que el enemigo había regresado. Parpadeó deslumbrado, pero solo vio a la policía, que seguía en el suelo con el cuerpo arqueado. Junto a ella había una linterna.

—Aún la tenía en el bolsillo —dijo Kate—. Por suerte no la ha visto. Ahora por lo menos tenemos algo de luz.

No era ni mucho menos la salvación, pero Kadir sintió que recuperaba un atisbo de esperanza. Ella era policía y estaba acostumbrada a las situaciones y las personas peligrosas. Al menos parecía ser capaz de mantener la calma. Una buena premisa para dar quizá con la manera de salir de aquel entuerto.

—¿Has avisado a tus colegas? —le preguntó—. ¿Saben que estamos aquí?

—Sí. Por lo menos una de mis compañeras está informada y seguirá la pista. No te preocupes, Kadir. No estamos perdidos.

—Ese era el tipo que preguntó a todo el mundo por Grace. Se me echó encima y me esposó. No tengo ni idea de cómo sabía que estaba en el Canada Dock.

—Te habrá seguido. Ese hombre ha matado a tres personas. Es muy peligroso y carece de escrúpulos. Y en estos momentos tiene un miedo atroz a ser descubierto. —Mientras hablaba, intentaba contraerse y estirarse para aflojar las ataduras, pero Kadir no tuvo la impresión de que estuviera consiguiendo nada. El tipo la había sujetado con todas sus fuerzas.

—Le he visto la cara al detalle —dijo—. Kate, ¡me matará!

—La policía llegará enseguida —repuso esta. Hablaba con voz ahogada. Kadir supuso que la postura en la que estaba le dificultaba la respiración—. ¿Cómo se te ocurrió que Grace podría estar en esta zona dejada de la mano de Dios?

—Recordé que su padre trabajaba aquí. Alguien del barrio me lo contó en su día. Aquí había una empresa que fabricaba suministros para barcos, pero hace cinco años entró en bancarota. Desde entonces el terreno está abandonado y Darren Henwood,

en el paro. Pensé que Grace a lo mejor conocía la zona, ya que seguro que su padre la trajo alguna vez. Al parecer el hombre era más sociable cuando todavía tenía trabajo. ¿No podía ser que la niña se hubiera escondido aquí?

—Bien pensado. Pero ¿la has visto por alguna parte?

—No. Puede que me haya equivocado por completo. No era más que una suposición.

—Si tienes razón, al menos espero que Grace ya se haya largado. Seguro que el asesino está buscándola por todas las esquinas.

—Parece que aquí abajo hay todo un entramado subterráneo —comentó Kadir—. Pasillos, salas... Y todo ello bajo el río. ¿Oyes ese rumor? Es el Mersey. Lo tenemos encima.

Los dos guardaron silencio angustiados, escuchando los ruidos y borboteos con atención.

—Y una cosa más. Encima de nosotros, en el techo, hay una chapa metálica, y por los bordes se filtra un poco de agua. Creo que se puede abrir e inundar todo el sistema de túneles.

Kate no respondió, pero él la vio levantar la cabeza, mirar fijamente la compuerta y la fatídica reja, y acto seguido volver a estirar de las ataduras con todas sus fuerzas. No servía de nada. No podría soltarlas por sí misma.

Pareció reflexionar un instante, y después dijo:

—Escúchame, Kadir, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Tenemos que intentar liberarnos de algún modo. Voy a deslizarme hacia ti. Prueba a moverte hacia abajo a lo largo de esa tubería. Es probable que acabes en una postura tan dolorosa como la mía, pero no nos queda otra. Tenemos que llegar a una posición que te permita desatarme las muñecas. Al revés resultaría más difícil porque tengo las manos amarradas a la espalda y no veo lo que hago con ellas. Sin embargo, puede que tú consigas soltarme. Después te liberaré yo a ti y habremos avanzado algo.

—No mucho —repuso él—. La puerta está cerrada con pestillo, aunque el cerrojo sonaba bastante debilitado por el tiempo.

—Al menos es una opción. Hay que hacer lo que sea para salir de aquí. No tenemos tiempo que perder.

«Es buena —pensó él—, es muy buena. Conserva la calma y trama un plan inteligente. Pues eso, Scotland Yard. Lo mejor de lo mejor».

Empezó a desplazarse hacia abajo milímetro a milímetro, ignorando el dolor en la piel levantada. «No hay tiempo —pensaba—, no hay tiempo, no hay tiempo...».

Pero sí una oportunidad.

Caleb tenía la sensación de que, al mirarlo, todo el mundo se daba cuenta de lo que había sucedido. Como si llevara un gran cartel luminoso en la frente que dijera: «¡He recaído!».

En realidad tenía que haber llamado a su terapeuta. Habían acordado que lo avisaría en cuanto sucediera lo que había sucedido para hablar lo antes posible de los pasos que debía dar, tomar las medidas más urgentes y establecer una red de seguridad.

—No intentes arreglártelas por tu cuenta —le había insistido—, porque correrás un riesgo excesivo. Reconóctete a ti mismo que necesitas ayuda y recurre a ella.

«Reconóctete a ti mismo que necesitas ayuda...». Era fácil decirlo. Pero cuando uno se veía como un completo y absoluto fracaso... Tener que admitir ante el terapeuta que había vuelto a bañarse en whisky, que había bebido hasta balbucear y tambalearse... Que tenía alcohol en casa, que no se había deshecho de todas sus provisiones, engañándose a sí mismo e incumpliendo el trato... Todo un catálogo de pecados cometidos, y Caleb no tenía ninguna gana de confesarse. Durante la terapia ya había tenido que articularlo alto y claro suficientes veces: «¡Me llamo Caleb Hale y soy alcohólico!».

Estaba asqueado.

Le zumbaba la cabeza, sentía náuseas y tenía la boca tan seca como si su cuerpo hubiera decidido no producir saliva hasta nueva orden, pero consiguió subirse al coche, llegar a la comisaría y mantenerse en pie hasta entrar en su despacho. Sabía que estaba blanco como la pared y que sudaba muchísimo, y no podía evitar que los ojos se le cerraran hasta convertirse en estrechas rendijas, a pesar de que el día era gris y lluvioso. Tenía una resaca espantosa y no le parecía muy probable que los demás pensarán que su estado se debía a algún otro motivo.

Se sirvió un buen vaso de café de la máquina, se dejó caer en la silla de su escritorio y se preguntó cómo aguantaría todo el día. La cabeza estaba a punto de estallarle.

«¿Se puede ser más idiota?», se preguntó frustrado.

El sargento Robert Stewart se asomó a la puerta.

—¡Ah, jefe, aquí estás! Acabo de hablar con la señora Crane. Su marido ha sobrevivido a esta noche, parece que saldrá de esta.

Caleb necesitó un segundo para hacerse una composición de lugar. «Vale, los Crane. La familia a la que Denis Shove había dejado encerrada antes de huir con su coche».

—Vaya —dijo, y se esforzó por añadir—: Gracias a Dios.

—Ayer por la tarde intenté llamarte varias veces. Nuestros colegas irlandeses han detenido a Shove. Y a Malyan.

—¿Ha habido heridos?

—No. Shove ya no podía más, se entregó al instante.

—Son... buenas noticias —dijo el comisario a duras penas.

Robert lo miró fijamente.

—¿Va todo bien? No tienes buen aspecto.

—Migraña. Desde ayer por la tarde. Por eso no contesté al teléfono.

—A lo mejor deberías volver a la cama, jefe. Tienes pinta de estar fatal.

Caleb no quiso seguir por ahí.

—No te preocupes. ¿Más novedades?

El sargento asintió.

—La señora Crane vendrá luego a la comisaría para que le tomemos declaración oficial. También quiere darle las gracias a Jane. ¿Sabes dónde se ha metido?

—Todavía no la he visto, pero acabo de llegar. —Deseó que Robert se marchara de una vez. Tenía miedo de apestar a alcohol y que el olor le llegara en algún momento a su compañero. De pronto Robert parecía muy pensativo. Puede que acabara de recordar que en el pasado el jefe solía quejarse de migrañas, hasta que en un momento dado todo el mundo se dio cuenta de lo que sucedía en realidad.

Por suerte el teléfono sonó en ese mismo instante.

Era la central.

—Una tal señora Pollard quiere hablar con la agente Scapin a toda costa y no consigue localizarla. Esta fuera de sí, dice que es muy importante. ¿Quiere que...?

—Pásemela —dijo Caleb. Cualquiera cosa con tal de poner fin a la conversación con Robert.

Justo después oyó una voz agitada y enfadada.

—¡Esto no puede seguir así! De verdad que no. Siempre me he mostrado dispuesta, siempre le he echado una mano cuando ha hecho falta. Pero empiezo a sentirme utilizada y sobrepasada. ¡Ya no tengo edad para enfrentarme completamente sola a esta situación!

—Un momento —la interrumpió Caleb. Aquella voz aguda aumentaba su dolor de cabeza. Esa mañana ya se había tomado varias pastillas, pero necesitaría más—. ¿Quién es usted?

—Margaret Pollard, la vecina de Jane Scapin.

Por las conversaciones con Jane sabía que la contribución de su vecina al cuidado de Dylan era enorme y muy importante.

—Ah, señora Pollard, Jane me ha hablado de usted. ¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? He visto de todo pero... Hoy un ruido terrible en casa de Jane me ha despertado temprano. Alguien estaba armando un gran escándalo, sonaba como si las paredes fueran a venirse abajo en cualquier momento. Pensé: «Dios mío, pobre Jane, Dylan ha vuelto a perder los nervios y seguramente no consigue controlarlo». Así que, con la generosidad que me caracteriza, me he vestido y he salido corriendo a ayudarla. Al fin y al cabo podría haberme mantenido al margen, ¿no?

Parecía esperar una respuesta. Caleb musitó un «hum» ambiguo.

—Tengo mi propia llave, así que, al ver que no me abrían, he entrado

directamente. ¿Y qué es lo que veo? Que Jane no está. Después me he dado cuenta de que su coche tampoco estaba en la entrada. Se había ido. Y el chico estaba fuera de sí. Supongo que le había dado pastillas para tranquilizarlo, lo hace a veces. Pero lo malo es que cuando el efecto disminuye, se desata. Es imprescindible volver a tiempo, pero ¿acaso lo hace Jane alguna vez?

Caleb constató de pronto horrorizado que en la vida de la agente Scapin había más problemas de los que una única persona podía controlar. Siempre la había admirado por ser capaz de gestionar el día a día entre los cuidados que requería su hermano y las exigencias de su profesión, por no quejarse casi nunca y por lograr lo imposible una y otra vez, pero por primera vez el comisario era plenamente consciente de que estaba siempre columpiándose al borde del abismo, y de que a todas luces era cuestión de suerte que todavía no se hubiera caído por el precipicio. Tapó el auricular con la mano y le siseó a Robert, que seguía en el despacho:

—Mira a ver si encuentras a Jane por aquí. ¡Es urgente!

Este asintió y desapareció.

—Le he vuelto a dar pastillas —prosiguió la señora Pollard mientras tanto—. Por fin está dormido. Pero cuando se despierte volverá a estallar, y creo que no debería tomar más tranquilizantes. Sobre todo porque no sé cuándo ni cuántos le habrá dado ella. ¿Y qué voy a hacer si se despierta?

La voz y la actitud de la señora no le resultaron especialmente agradables a Caleb, pero sin duda había que reconocerle que había asumido la responsabilidad y no se había desentendido de Dylan.

—Señora Pollard... —comenzó a decir.

Pero la mujer lo interrumpió:

—Y ahora no consigo dar con ella. No contesta el móvil y tampoco está en su despacho. La situación es insostenible. Desde hace tiempo ya.

Caleb tuvo que darle la razón para sus adentros. Jane no podía seguir así. Ni su vecina. Y seguramente su hermano tampoco.

—Señora Pollard, haremos todo lo que esté en nuestra mano para localizar e informar a la agente Scapin lo antes posible —dijo—. ¿Podría vigilar a su hermano hasta entonces?

—¿Y si no la encuentran?

—Está de servicio. Debería estar disponible. —Se había expresado con mucha cautela: Jane no solo debería, sino que tenía que estar disponible. Si no estaba en la comisaría, Caleb, como superior suyo que era, debería estar informado de dónde se encontraba. Era muy extraño que no contestara el móvil. Le habría gustado no sufrir semejante dolor de cabeza y no tener tan mal cuerpo. Así quizá se le habría ocurrido dónde podía haberse metido Jane. A lo mejor le había dicho algo y él no lo recordaba. Normalmente la bebida lo convertía en un policía genial, pero estaba claro que la noche anterior se había pasado. O puede que ya no estuviera acostumbrado. Desde luego no había en él ni rastro de genialidad. No era más que una piltrafa

quejumbrosa.

Robert volvió al despacho.

—Aquí no está, y nadie tiene ni idea de dónde puede haberse metido.

La señora Pollard lo oyó.

—¡Esto no puede ser! ¡Son sus compañeros! ¡Tienen que saber dónde está!

—La encontraremos —le dijo Caleb en tono conciliador—. Seguro. Estoy convencido de que habrá una explicación razonable para todo esto.

—Hace mucho que la vida de Jane Scapin no tiene nada de razonable —sentenció la señora—. Siempre me he preguntado por qué se deja explotar de esta manera. Al fin y al cabo no es la única responsable de Dylan. ¿Por qué Sean se desentiende siempre de sus obligaciones?

Estaba claro que aquel día el cerebro de Caleb funcionaba con retardo.

Sean. Jane había mencionado ese nombre un par de veces. Caleb había supuesto para sus adentros que se trataba de su ex. ¿Qué responsabilidad tendría para con Dylan?

—¿El exmarido de Jane? —preguntó para asegurarse.

—No. Ese se largó lo más lejos que pudo, si quiere mi opinión. No, me refiero a su hermano, el otro hermano de Jane. No se deja ver mucho por aquí.

—¿Jane tiene otro hermano?

—Un inútil. Creo que ni siquiera tiene un trabajo como es debido. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que ha venido a ayudar en todos estos años. Le he dicho muchas veces a Jane que no es la única responsable, pero por alguna razón no se impone. Si no consiguen dar con ella, quizá puedan localizar a Sean. Si apela a su conciencia, quizá sirva de algo, y habrá contribuido a mejorar las cosas. Sean Holgate. Vive al norte, en Newcastle. No sé más. Yo me quedo aquí. ¡Pero es la última vez! —Estampó el auricular.

Caleb miró a Robert.

—¿Sabías que Sean no es el exmarido de Jane sino su otro hermano?

Este se quedó tan perplejo como su jefe.

—No, yo pensaba que...

—Intenta localizarlo. Sean Holgate. Newcastle. —Arreglar la complicada vida familiar de Jane Scapin no era una de sus obligaciones, pero a Caleb le pareció un gesto de camaradería no dejar las cosas tal cual. Estaba cada vez más nervioso: no era propio de Jane medicar a su hermano y desaparecer sin más.

«Algo no va bien», pensó.

Ojalá recuperara pronto la agilidad mental.

Cuando ya no creía que fuera posible, sus manos estuvieron libres. La postura en la que estaba atada era cada vez más dolorosa, hacia el final era casi insoportable, y también tenía la sensación de que la sangre no le circulaba. Los ojos se le habían llenado de lágrimas un par de veces y no había sido capaz de luchar contra ellas.

«Aguanta —se decía a sí misma sin descanso, casi en tono de súplica—. Aguanta, aguanta».

Kadir había conseguido pegarse al suelo en una postura similar a las cuclillas, pero de todos modos se las veía y se las deseaba para alcanzar las muñecas de Kate. Sus propias ataduras le limitaban el movimiento de los dedos. Debido a su postura, sufría calambres tan dolorosos en las pantorrillas que debía parar, deslizarse a duras penas hacia arriba y relajar las piernas durante varios minutos.

—Lo siento —le decía entonces con una voz temblorosa en la que se percibía su sufrimiento—. Lo siento mucho, pero es que...

Kate temblaba, dolorida y al mismo tiempo consciente de que se les agotaba un tiempo muy valioso, pero no tenía sentido someter a una presión adicional a Kadir, que se estaba esforzando al máximo. Sin embargo, las horas pasaban, y el asesino no debía de tener ningún interés en dejarlos con vida, ni siquiera allí abajo en aquel sótano. Esa zona de los muelles parecía abandonada, pero naturalmente existía el riesgo de que alguien encontrara a los prisioneros. Aquel tipo no vacilaba en cometer brutales asesinatos. Kate no se hacía ilusiones, sabía que el hombre se desharía de las dos personas que podían identificarlo.

Cuando se soltó el último nudo, a Kate le habría gustado seguir con las ataduras de sus piernas, pero se dio cuenta de que al principio ni los brazos ni las manos ni ningún otro músculo de su cuerpo la obedecían. Cayó de costado, como si le hubieran disparado, ya que se había liberado de la insoportable postura arqueada pero no del sufrimiento. Al contrario: el lento despertar de sus miembros entumecidos le causaba un dolor atroz. Entre leves gemidos, apretó la cara contra el suelo frío y húmedo; estaba perdiendo el tiempo pero no podía evitarlo.

Por fin consiguió incorporarse e inclinarse hacia delante lo suficiente para soltarse las ligaduras de los tobillos. Avanzaba muy despacio, pero finalmente se soltó también los pies. En ese momento se le ocurrió por primera vez mirar el reloj que llevaba en la muñeca: eran casi las siete de la mañana. Les había llevado varias horas liberarse solo uno de los dos.

Kate hizo rápidamente un inventario de sus posesiones y constató que lo único que le quedaba era la linterna, que sin duda tenía un gran valor. Se había quedado sin el bolso y sin el móvil, que tenía en la mano cuando había recibido el golpe. Tampoco tenía la pistola de su padre. Su enemigo le había quitado todo, solo había pasado por alto la linterna.

Ahora su única esperanza era Jane.

¿Cuánto tardaría en darse cuenta de que algo no iba bien?

Le había dicho a Kadir que había dado información detallada a una colega, pero

eso no se ajustaba a la verdad, más bien lo había afirmado para tranquilizarlo. Se habría dado de cabezazos contra la pared por no haber avisado a Jane de que iba a Liverpool. Esta sabía que Grace estaba en grave peligro y que Kadir sospechaba que se encontraba en el Canada Dock, pero seguramente daba por hecho que la policía de Liverpool, informada por ella, se ocuparía de todo. A la mañana siguiente cuando llamara, le responderían que los agentes no habían visto nada raro en el muelle.

Pero Jane no lo dejaría correr así como así. También intentaría ponerse en contacto con Kate. Y acabaría por sorprenderse cuando no pudiera dar con ella. ¿Cuándo sería eso?

Lo cierto es que podía ser demasiado tarde. No tenía sentido esperar la ayuda. Tenían que salvarse ellos mismos.

Recogió la linterna. La luz parecía estar empezando a debilitarse. Tarde o temprano las pilas se agotarían.

Se puso de pie, cojeó hasta la puerta y giró la manilla. La puerta cedió un milímetro antes de que el cerrojo la detuviera. La sacudió con fuerza. Kadir parecía tener razón: el cerrojo estaba en las últimas.

—Kate —dijo Kadir—, suéltame. ¡Puede que consigamos abrirla si nos lanzamos juntos contra ella!

Lo intentó ella sola un par de veces más, pero al final tuvo que reconocer que no podía. Había pensado en dejar a Kadir allí solo si era necesario, salir corriendo, buscar ayuda y luego volver a por él, pero se dio cuenta de que así no lo lograría. Puede que el cerrojo hubiera visto tiempos mejores pero todavía no estaba completamente inservible.

Necesitaba refuerzos. Necesitaba a Kadir.

Suspiró, colocó la linterna de manera que iluminara la zona de trabajo y se dispuso a liberarlo. Eran las ocho cuando lo soltó de la tubería y cayó al suelo. Kate se arrodilló junto a él y le masajeó los músculos.

—Tienes que levantarte —le repetía una y otra vez—. Venga, Kadir, levántate. ¡Tenemos que intentar salir de aquí!

El hombre gateó hacia la puerta.

Una hora después los dos estaban sentados en el suelo apoyados en la pared, completamente exhaustos. Era imposible: el cerrojo aguantaba, la puerta no cedía. Se habían liberado de las ataduras pero seguían atrapados.

4

Caleb no se libraba de la sensación de que algo no iba bien. Ya había intentado llamar al móvil de Jane varias veces pero todas ellas le había saltado el contestador. Le había dejado dos mensajes pidiéndole que se pusiera en contacto con él de inmediato.

Se la había tragado la tierra.

Sabía la responsabilidad que sentía para con Dylan, lo mucho que se esforzaba por satisfacer sus necesidades en la medida de lo posible. No era propio de ella dejarlo solo y contar con la ayuda de la vecina, que al parecer sufría ya un resentimiento crónico, sin haberlo acordado antes. Le pegaba tan poco que incluso en la cabeza dolorida y aún ligeramente turbia de Caleb habían saltado todas las alarmas.

Se tomó dos pastillas más, se bebió otro café solo y poco a poco se fue encontrando mejor. Hasta ese momento había reprimido el recuerdo, pero de pronto pensó en la visita de Kate de la tarde anterior. Se había presentado por sorpresa en su puerta, después había pasado a la cocina y se había escandalizado de forma considerable al ver la botella de whisky. Se preguntó si lo comentaría con los demás. Lo cierto es que no la consideraba una chismosa.

Le había dicho algo... Algo relacionado con Liverpool... Algo sobre ese indio extraño de la barriada que siempre estaba sentado en el muro... que le había dado una pista decisiva sobre Grace Henwood...

Por desgracia no le había prestado atención, no había querido saber nada, sino que se había sumido en una autocompasión empapada de alcohol. La había enviado a hablar con Jane, la superinvestigadora.

Volvió a levantar el auricular y marcó el número de Kate en Scalby. Lo dejó sonar una eternidad pero nadie respondió. Después lo intentó con el móvil. Buzón de voz.

—Kate, soy yo. Caleb. Tengo que hablar contigo urgentemente. Es sobre lo de ayer, en especial sobre tu visita a la agente Scapin. Llámame en cuanto puedas, por favor.

Colgó y clavó la mirada en el teléfono. Qué raro que tampoco contestara. Poco a poco recordaba imágenes y palabras de la tarde anterior. Kate le había dicho que había intentado localizarlo por teléfono varias veces a lo largo del día. Al final se había presentado en su casa en persona; la tímida de Kate, que casi había sufrido una crisis cuando la había invitado a acompañarlo al pub. Debía de tratarse de información importante que quería comentar con él a toda costa. Y en su lugar le había ido con la historia a Jane Scapin.

Y ahora ambas habían desaparecido.

La verdad es que no tenía buena pinta.

Liverpool. ¿Le había dado Jane tranquilizantes a su hermano para ir con Kate a Liverpool? ¿Habían decidido buscar a Grace Henwood por su cuenta? Pero entonces, ¿por qué no daban señales de vida?

Si eso era cierto, Jane estaba incumpliendo todos los procedimientos.

Eso tampoco era propio de ella.

Llamó a la policía de Liverpool, pidió que le pasaran con la colega que dirigía la investigación en el caso de Norman Dowrick y le preguntó si se había producido algún incidente. Le respondió que no había sucedido nada digno de mención. Todavía no habían encontrado a Grace Henwood y no tenían ningún indicio serio que apuntara

en otra dirección.

—¿Les ha llamado Kadir Roshan? —preguntó Caleb.

—¿Quién? —contestó la agente, sorprendida.

No tenía ni idea de quién era. Pero Kate le había dicho que había hablado con el señor Roshan, que este le había dado algo de información...

El comisario colgó sin más. Intentó dar con Jane otra vez: nada. Probó con Kate: tampoco.

Robert entró en el despacho. Parecía nervioso. O confuso. O ambas cosas.

—Jefe, esto es muy raro. He encontrado la dirección y el número de teléfono de Sean Holgate, pero nadie contesta las llamadas.

—Pide que una patrulla se pase por allí. Puede que a pesar de todo Holgate esté en casa. O quizá algún vecino les diga dónde trabaja. Tiene que ocuparse de su hermano cuanto antes. ¿Y a qué te refieres con lo de que esto es muy raro?

—Ya me he puesto en contacto con la policía de Newcastle, jefe. La patrulla ha salido hace un rato. Pero también me he enterado de que toda la familia Holgate, es decir, la familia de Jane Scapin, aparece en los archivos de la policía. ¿Tú lo sabías?

—No. ¿En los archivos? ¿En qué sentido? ¿Por algo grave?

—Bueno, bastante. —Robert lo miró preocupado—. En relación con un delito contra la seguridad vial. Atropello con fuga.

—Dios mío —dijo Caleb. Tenía la impresión de que esa mañana tenía que sacarle los detalles al sargento con sacacorchos—. ¿Sean Holgate? ¿Fue él quien atropelló a alguien y huyó?

Robert negó con la cabeza. «Si no aprende a ponerse las pilas por las mañanas, no llegará muy lejos», pensó Caleb.

—Fue al revés —explicó Robert—. Los Holgate no fueron los culpables, sino las víctimas. La discapacidad de Dylan no es congénita, como siempre cuenta la agente Scapin. Un coche lo atropelló a los cinco años y estuvo varios meses en coma. Nunca encontraron al conductor.

Caleb se preguntó si esa historia era relevante de algún modo para el problema que les ocupaba. Jane Scapin y Kate Linville habían desaparecido en circunstancias poco claras. Todavía no había ni rastro de Grace Henwood. Nadie tenía la menor idea de quién era el responsable de los asesinatos de Norman Dorrick, Richard Linville y Melissa Cooper.

¿Había alguna relación entre todo aquello y el hecho de que Jane tuviera un hermano del que ninguno de sus compañeros sabía nada?

¿Y con las circunstancias hasta ahora desconocidas del accidente que le causó una grave discapacidad a su hermano menor?

En sus primeras indagaciones, Robert Stewart había averiguado que un coche había atropellado al pequeño Dylan Holgate mientras montaba en bicicleta por una

solitaria carretera comarcal a las afueras de Newcastle; lo había derribado y al parecer incluso lo había arrastrado varios metros. El conductor se había dado a la fuga y no había testigos. Tuvo que pasar hora y media hasta que la policía recibió una llamada anónima dando aviso del niño herido de gravedad, y no estaba claro si la persona que había llamado era el conductor responsable o alguien que pasaba por allí pero que no había querido meterse en líos. La vida de Dylan pendía de un hilo, y cuando despertó del coma meses más tarde, ya no era el mismo de antes: sufría una profunda minusvalía física e intelectual, y requeriría cuidados constantes para toda la vida. Se publicó una orden de busca y captura para el conductor del coche pero finalmente se retiró sin resultados.

—¿Tú entiendes por qué Jane no nos habló nunca de esto? —preguntó confuso Robert—. ¿Por qué siempre decía lo del defecto congénito? ¿Y por qué no mencionó que tenía otro hermano?

—A veces nombraba a Sean, pero supusimos automáticamente que se trataba de su exmarido —recordó Caleb—. Fallo nuestro. Y también debemos tener en cuenta que Jane habla poco de las complicadas circunstancias de su vida. Muchas veces he tenido la impresión de que mencionaba la discapacidad de Dylan solo porque necesitaba nuestra cooperación, cuando de pronto tenía que irse antes a casa o no podía venir a la hora. No podía ocultar el problema por completo, pero sospecho que lo habría preferido.

—¿Por qué? No es nada de lo que avergonzarse. Al contrario. Al fin y al cabo es encomiable. —Robert no lo comprendía.

En cambio Caleb, que también acarrea una historia complicada (en la que probablemente había vuelto a caer), conocía la sensación de desdicha que le causaban a uno las miradas compasivas, los cuchicheos y los silencios repentinos. Jane era una mujer fuerte, autónoma e independiente, y seguramente había pocas cosas que odiara más que la compasión o la curiosidad morbosa e indisimulada que las desgracias como la suya provocaban en los demás. Al comisario no le sorprendía demasiado que hubiera ocultado el trágico accidente de su hermano. Y a juzgar por las palabras de la vecina, el otro hermano era más bien un personaje que rehuía las responsabilidades, que había dejado prácticamente sola a su hermana con aquella situación tan complicada y que no se dejaba ver demasiado por allí, ni mucho menos la ayudaba. Una mujer como Jane no iría por ahí pregonándolo a los cuatro vientos.

«En realidad —pensó—, todo encaja a la perfección. No hay nada raro en ello».

—Deberíamos intentar localizar a Sean Holgate —dijo—. Pero tampoco tenemos que volvernos locos si no lo conseguimos. Creo que la señora Pollard se queja y reniega mucho, pero no dejará solo a Dylan. Me inquieta mucho más que Jane no esté localizable. —«Y Kate Linville tampoco», añadió para sus adentros. Robert no tenía por qué saber que Kate había estado en su casa la tarde anterior para hablar con él de algo importante. Sobre todo porque entonces habría surgido la cuestión de por qué la conversación no había tenido lugar, y Caleb no quería ni rozar el tema.

El indio. El indio era el único dato que tenía. No había dejado que Kate le contara nada más.

Se levantó decidido e ignoró el dolor de cabeza punzante que le provocó ese movimiento tan brusco.

—Me voy a Liverpool —afirmó. No tenía más opción que hablar en persona con el señor Roshan—. Quédate aquí y sigue insistiendo a los colegas de Newcastle, puede que consigan dar con Sean Holgate. Ocúpate también de la señora Crane cuando venga y tómale declaración sobre el caso Shove.

Robert no parecía demasiado entusiasmado. Caleb y Jane iban de aquí para allá por todo el país investigando el asesinato de Norman Dowrick y él tenía que quedarse allí levantando acta de una declaración. Naturalmente no dijo nada. Las órdenes del jefe no eran negociables, a pesar de que tuviera la sensación de que el jefe ese día... por decirlo de forma suave: no estaba al cien por cien. Todos los síntomas corroboraban sus sospechas, y pensó: «¡Vaya mierda! No lo ha conseguido».

Pero sobre esto tampoco dijo nada.

5

Stella Crane se presentó puntual y se mostró decepcionada por no encontrar allí a Jane. Le había llevado un ramo de flores, que tuvo que entregarle a Robert.

—A lo mejor puede dárselo luego —dijo—. Quiero que sepa lo agradecidos que le estamos. Su tenacidad nos ha salvado la vida.

Tenía buen aspecto, parecía muy recuperada y más tranquila. Jonas había sobrevivido a la noche y todo apuntaba a que se recuperaría. Robert estaba acostumbrado a tratar con víctimas de violencia y sabía que las consecuencias de lo sucedido acompañarían a Stella y a su familia durante mucho tiempo; les saldrían al encuentro una y otra vez y serían un martirio mayor del que suponían ahora. Pero por el momento Stella se sentía feliz y liberada, a salvo de una pesadilla que habría podido terminar muy mal.

Robert le había encargado la búsqueda de Sean Holgate a una colega joven para poder dedicarse tranquilo a la historia de Stella. Le pidió que tomara asiento y grabó su declaración. De cuando en cuando le hizo preguntas y tomó notas.

«Qué locura —pensó—, adoptas a un niño y de pronto estás en contacto con personas con las que en circunstancias normales no tendrías absolutamente nada en común. Pones tu vida en peligro, escapas de la muerte por un pelo, y todo ello sin haber actuado de forma imprudente o irresponsable en ningún momento».

Le fascinaba el carácter inevitable de aquellos sucesos. Robert consideraba que perder el control sobre la propia vida era una de las cosas más aterradoras que podían sucederle a cualquiera, y justo eso les había pasado a los Crane: a partir de cierto

momento se habían visto inmersos en una espiral de la que no podían salir por sus propios medios, y que tampoco podían controlar lo más mínimo.

«No me extraña que le haya traído flores a Jane —pensó—, y que exprese agradecimiento y admiración». Jane había sido su ángel de la guarda, sin ella no habrían tenido ninguna posibilidad.

Había otro factor en el que estaba especialmente interesado.

—En su opinión, ¿qué papel tenía Therese Malyan? —le preguntó—. ¿Era cómplice o más bien víctima?

Stella reflexionó un instante.

—Víctima. Su dependencia emocional era total. Era su esclava. Si él le hubiera ordenado que se tirara de un puente, lo habría hecho. Estaba convencida de que no contaba con nadie más en el mundo, así que él podía manejarla a su antojo.

Robert asintió.

—De todos modos eso no la exonerará de toda responsabilidad. Es una mujer adulta y se ha sometido a un criminal de forma voluntaria. Pero seguro que el tribunal tendrá en cuenta el factor psicológico.

—Todo lo que sucedió fue culpa de Shove, sin duda —dijo Stella—. Tuve la impresión, por ejemplo, de que ella no quería dejarnos encerrados en el granero. Le preocupaba lo que pudiera pasarnos, pero no se atrevía a contradecirle. En cierto modo era tan prisionera de él como nosotros.

—De acuerdo —respondió el sargento después de permanecer un momento en silencio—. Por ahora tengo toda la información que necesito. ¿Y qué será ahora de usted, Stella? Su marido tendrá que quedarse un tiempo en el hospital, ¿verdad?

La mujer asintió.

—Me instalaré con Sammy en un hotel. Nos quedaremos hasta que le den el alta. Quiero que los tres volvamos juntos a Kingston. Será... un momento especial. Yo casi había perdido la esperanza ya. Pensaba que si alguien llegaba a rescatarnos, me quedaría sola con Sammy. Hemos tenido mucha suerte.

No podía por menos que estar de acuerdo con ella. De no haber sido por Jane... Al pensar en ella no pudo evitar fruncir el ceño. Sin duda era muy raro que no estuviera allí, que nadie tuviera ni idea de dónde se había metido y que hubiera dejado solo a su hermano.

Tenía una sensación creciente de angustia.

Stella acababa de despedirse y de marcharse cuando la joven agente a la que Robert había encargado dar con Sean Holgate entró en el despacho.

—He recibido respuesta de los colegas de Newcastle que han enviado la patrulla a casa de Holgate —dijo—. No está allí. Los agentes han preguntado por la zona y, por lo que les han dicho, Sean no tiene trabajo estable, sino que vive de las ayudas sociales. Por eso nadie sabe dónde puede estar en estos momentos.

—Hum —musitó Robert. Vaya personaje que tenía Jane por hermano. Solo de pensar en lo mucho que se esforzaba por cuidar de Dylan y al mismo tiempo rendir

en el trabajo... Y ahí estaba Sean Holgate, sin nada que hacer en todo el día y sin apenas dejarse ver por casa de sus hermanos.

—De acuerdo —dijo—, muchas gracias, agente. En ese aspecto ya no podemos hacer más. Solo queda esperar que la agente Scapin aparezca pronto y que su vecina aguante hasta entonces con Dylan. De todos modos, posiblemente es más seguro para el chico que no lo dejemos con el inútil de su hermano.

La joven policía era ambiciosa, una de esas personas que saben reconocer las oportunidades, por pequeñas que sean, y las aprovechan.

—También he hecho algunas indagaciones sobre ese caso antiguo, el accidente de Dylan Holgate.

El sargento frunció el ceño.

—Eso no es importante ahora mismo.

Ella asintió.

—Es posible. Y sin embargo... había algo extraño. Lo he contrastado con el colega de Newcastle que se encargó del caso. El asunto causó cierto revuelo, ya que el atropello y la fuga tuvieron consecuencias gravísimas.

—¿Y bien?

—Adivine quién avisó a la ambulancia y a la policía de Newcastle indicando dónde se encontraba el niño, más o menos noventa minutos después de la hora a la que los médicos estimaron que había sucedido el accidente.

—¿Quién? Pensaba que había sido una llamada anónima.

—El comisario Richard Linville. Él fue quien llamó.

—¿Linville? Pero...

—No, él no causó el accidente, pero alguien lo avisó de forma anónima y él actuó de inmediato.

A Robert le daba vueltas la cabeza. Se sentía desorientado sin saber por qué.

—¿Lo he entendido bien? ¿Fue el comisario Linville quien recibió la llamada anónima?

—Sí. Y Linville dispuso el resto.

—Eso significa que quienquiera que llamara no marcó el número de emergencias de la policía, sino que avisó a la comisaría de Scarborough. ¿Por qué?

A la joven le temblaba ligeramente la voz. Tenía otro dato sorprendente preparado.

—Es que no llamó a la comisaría, sino directamente a Linville. A su teléfono móvil.

Robert clavó la mirada en la agente.

—¿Al móvil de Linville?

—Sí. Es curioso, ¿verdad? Una persona desconocida que acaba de atropellar a un niño o ha sido testigo del accidente llama a un alto cargo del departamento de investigación criminal. No es en absoluto el procedimiento habitual, ¿no cree?

—¿Y de dónde narices había sacado el número de móvil de Linville?

La joven se encogió de hombros.

—Eso nunca se supo, sargento.

Justo estaba haciendo un descanso y tomando un café en una gasolinera cuando recibió la llamada del sargento Stewart. Caleb rodeó el edificio plano y alargado con el vaso de plástico en la mano y se encontró rodeado de dientes de león y cardos en un campo que parecía extenderse hasta el infinito. Detrás de sí oía el ruido de los coches que pasaban. Un viento fresco le acariciaba el rostro, y lo agradecía. Las pastillas y el café iban surtiendo efecto, pero seguía encontrándose fatal. Si hubiera seguido haciendo el calor de los últimos días apenas habría podido mantenerse en pie.

—Sargento, ¿qué pasa? —preguntó—. Ya no me queda mucho para llegar a Liverpool.

—Jefe, no sé si es importante... Pero hemos averiguado un par de datos realmente extraños.

—¿En relación con lo de Liverpool? —quiso saber Caleb—. ¿Y con los demás asesinatos? —Esperaba que Robert no le saliera ahora con otro problema que también hubiera que solucionar sin demora. En ese momento no tenía fuerzas para más.

—No lo sé... Es solo que... Puede que no sea relevante... pero tiene que ver con el comisario Linville.

—Sargento, solo he parado a tomar un café y tengo que ponerme en marcha lo antes posible. ¡Al grano!

Como percibía la impaciencia del jefe, Robert resumió de forma acelerada, y por lo tanto algo confusa, lo que acababa de averiguar: la llamada al móvil de Linville. Su reacción inmediata. La cuestión sin resolver de cómo aquella persona había conseguido el número privado del comisario.

Caleb se quedó tan perplejo como Robert.

—Vale... Pero eso significaría que quien llamó conocía a Linville. ¿Y viceversa? ¿Linville sabía también de quién se trataba?

—Eso sería lo lógico, jefe. Acabo de volver a hablar con la comisaría de Newcastle, con el agente encargado de la investigación. En su día buscaron intensamente al conductor huido, así como al autor de la llamada, aunque nunca se aclaró si se trataba de la misma persona. Linville hizo una declaración detallada. Según él, en su pantalla no apareció ningún número, y como durante la conversación oyó dos veces el repiqueteo de las monedas, supuso que la llamada venía de una cabina de teléfono. No reconoció la voz del hombre con el que habló. Afirmó una y otra vez que, por mucho que se rompiera la cabeza, sencillamente no tenía ni idea. También le resultaba inexplicable que esa persona tuviera su número y se hubiera dirigido a él.

—Teniendo en cuenta el puesto que ocupaba, seguro que había personas que sabían quién era sin que él las conociera, o a las que no recordaba haberse presentado.

Puede que fuera alguien que se hubiera relacionado con él alguna vez, sin importar lo superficial que hubiera sido el encuentro, o que hubiera oído hablar de él y en una situación de emergencia prefiriera llamarlo directamente que marcar el 112... Es posible, pero...

—... eso no explica lo del móvil. El círculo de personas que tenía ese número por fuerza debía de ser limitado. Su entorno personal y...

—... el profesional —concluyó Caleb. Se lamentó en voz baja—. ¿Uno de los nuestros?

Ambos guardaron silencio un momento. Caleb vertió lo que le quedaba de café sobre los cardos que tenía a sus pies. De pronto ya no le apetecía.

—Y aún hay más —dijo entonces Robert—. La historia es aún más misteriosa.

—¿Ah, sí?

—Resulta que al agente de Newcastle le ha sorprendido que no tuviéramos ni idea de todo esto, porque a finales del año pasado una agente de la comisaría de Scarborough se pasó por allí y pidió información detallada sobre el caso y sobre la investigación que se llevó a cabo.

Caleb frunció el ceño.

—¿Una compañera nuestra?

—Sí. Y adivina quién.

—¿Quién?

—Jane. Jane Scapin.

—¿Qué?

—Jefe, eso tampoco tiene por qué significar nada. Al fin y al cabo a Jane le afecta el caso. Es su hermano. No es tan raro que ahora aproveche su posición de policía para obtener información. Una información que naturalmente recibe, por tratarse de una colega.

De pronto Caleb se sintió desfallecer.

—Pero eso quiere decir... que después de que Linville fuera asesinado y empezáramos a indagar en su vida profesional, la agente Scapin ocultó esa información: la extraña llamada, a cuyo autor Linville aseguraba no conocer, las consecuencias que tuvo aquello para una familia... para su familia...

—¿Quizá pensó que no era relevante?

—¿Quizá consideró poco probable que Linville no conociera a la persona que lo llamó?

—¡Jefe! —De repente Robert sonaba inquieto—. ¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé exactamente. Joder, ¿por qué no nos hemos enterado de esto antes? Por aquí corren chismes sobre todo y sobre todos. ¿Y nadie en toda la comisaría menciona esta historia? ¡Tiene que haber agentes que ya estuvieran trabajando entonces!

—No se le dio mucha importancia al asunto de Linville. Además, los Holgate ni siquiera se enteraron. Se quiso proteger a Richard de manera que la familia o los

demás agentes no lo atosigaran para que recordara de quién pudo haber sido la llamada. La reputación de Linville lo dejaba fuera de toda duda, incluso para el equipo investigador de Newcastle. Si él decía que no sabía quién lo había llamado, eso quedaba así, eso quería decir que no lo sabía. A un hombre como él no se le exponía a las llamadas o las cartas de los afectados, ni a los chismorreos de los colegas. Supongo que algún que otro colega se enteraría, pero con el tiempo seguro que también lo olvidó. No se habló mucho de ello porque todos estaban convencidos de que era cierto: Linville no tenía ni idea.

—Eso quiere decir que Scapin tampoco conocía el papel de Linville en toda esta historia. Un día llama a Newcastle porque, al ser quizá la mayor afectada por el caso, no está tranquila del todo. Quiere averiguar los detalles de lo que sucedió. Es probable que ni siquiera ella misma piense que va a encontrar nada relevante, pero entonces, inesperadamente, recibe una información que no conocía.

—Así debió de ser, jefe.

—Y a nosotros no nos dice... nada.

—No. —Robert corroboró lo evidente—. No nos dice nada.

Caleb reflexionó.

—Por lo que sé de Jane, seguramente ahondó en el asunto. ¿Crees que quizá sospechaba que el propio Linville...?

Robert también lo había pensado.

—¿Qué el propio Linville era el conductor? ¿Que huyó presa del pánico y más tarde se inventó esa extraña historia para avisar del niño herido? En primer lugar, es poco probable porque en realidad le habría bastado con llamar al teléfono de emergencias y no habría sido necesario ponerse en el punto de mira; ¿por qué iba a correr el riesgo? Y por otro lado: lo he preguntado. Los de Newcastle me han asegurado que comprobaron, por pura formalidad, dónde se encontraba Linville en el momento de los hechos. Estaba aquí, en su despacho, junto con el sargento Dowrick. Estuvo aquí todo el día. Otros compañeros también lo confirmaron.

—El sargento Dowrick... —Caleb se encontraba fatal, y ya no era solo por el whisky de la noche anterior. Era la sensación de un mal presagio que iba tomando forma, aunque todavía no alcanzaba a comprender las sospechas que se le planteaban—. ¿También le mencionaron ese nombre a Scapin?

—Sí. Sobre todo porque Dowrick estaba con Linville cuando recibió esa misteriosa llamada. Más tarde declaró que su compañero había repetido la misma pregunta sin cesar: «¿Quién es usted?». Y que no había recibido respuesta.

—A la agente Scapin le mencionan los nombres de Dowrick y Linville en relación con el accidente que le causó una grave discapacidad a su hermano, y que cambió para siempre su vida y seguramente la de toda su familia. Poco después muere Dowrick. Acto seguido Linville. Me pregunto...

—¡Jefe! —exclamó Robert horrorizado.

—Y ayer envié a Kate a su casa. Tenía datos nuevos pero... no quise escucharla.

Le dije que lo hablara con ella y fue a verla justo después. Y ahora las dos han desaparecido.

—Puede que no sea nada —dijo el sargento, pero le había cambiado la voz y no parecía que se creyera lo que decía.

—Tenemos que encontrar a la agente Scapin lo antes posible, Robert. Envía policías a su casa a echar un vistazo y a sonsacar a la vecina. Quizá encuentren alguna pista. Llamaré desde Liverpool si hay novedades. —Caleb colgó, dio media vuelta y corrió de vuelta al coche.

Tenía la sensación de que no había un minuto que perder.

6

Aunque ahora era policía, una mujer profesional, aún conservaba su carácter maternal.

Había comprado bocadillos envueltos en plástico, y así era como sabían, a plástico, pero daba igual, porque él tenía tanta hambre que se habría comido cualquier cosa, cualquier porquería. Por supuesto también había llevado varias botellas de agua, que él también le agradeció, ya que tenía la sensación de estar a punto de morir de sed. Estaban en el coche de ella, y él engullía los bocadillos con una sensación que llevaba mucho tiempo sin experimentar: era algo semejante a volver al hogar, a sentirse seguro. A pesar de que no cuadraba en absoluto con el momento. Al contrario: estaba inmerso en una situación complicada, quizá más complicada que cualquiera de las anteriores, pero cuando la solucionara, todo volvería a su ser.

Empezaría una nueva vida.

La salsa se escurría entre las rebanadas de pan y le estaba goteando sobre la camisa, pero daba igual. Lo único importante era que estaba comiendo. No había dormido en toda la noche y el cuerpo le temblaba de puro agotamiento, pero la comida lo había salvado del colapso.

Jane lo había salvado. Como siempre a lo largo de toda su juventud, que había sido bastante turbulenta, pero que sin ella habría sido peor. Le preparaba la mochila, le lavaba la ropa, le hacía la cena, compraba lo necesario para las excursiones y mantenía sus cosas en orden.

Se ocupaba de todo. Como ahora.

—Sin ti todo se habría desmoronado.

Estaba pálida, fatigada, triste.

—Ya se ha desmoronado todo —replicó en voz baja.

Él no podía permitir que creyera eso.

—No. Todo va bien. Todo irá bien. ¡Ya lo verás!

Delante tenían los embarcaderos abandonados a la luz mortecina de un día gris.

El resto de la ciudad habría despertado con su bullicio habitual, pero ese día nadie se había desviado hasta allí. En su opinión, era mejor así; mejor dicho, era su salvación. Tenía que dar con una solución. Sabía cuál debía ser, al menos en parte, pero aún no estaba seguro de que su hermana fuera a colaborar.

Dio los últimos mordiscos al bocadillo que le quedaba. Después se bebió media botella a grandes sorbos. Puede que estuviera perdiendo el tiempo, pero debía actuar con sensatez. Si se derrumbaba no adelantaría nada. Necesitaba recuperar fuerzas, y ya empezaba a sentir las. Incluso le estaba subiendo el nivel de adrenalina, que contribuía a mantener el cansancio bajo control. En algún momento se desplomaría como un tronco, pero no todavía. No antes de haberlo resuelto todo.

—Solo quedan dos cosas por hacer —dijo—. Dos cosas más y habremos acabado. Entonces podremos empezar de cero.

El rostro de ella reflejaba sus dudas.

—¿Cómo? ¿Qué habrá cambiado?

—Todo —aseguró él—. Al menos para mí. ¿Para ti no?

—Creo que no nos iremos de rositas. Se nos ha ido de las manos. La policía encontrará a Grace Henwood en algún momento. Kate Linville se ha obcecado con el caso y no descansará hasta resolverlo. Estamos en un callejón sin salida, Sean. Y en estos momentos lo único que hacemos es meternos cada vez más dentro.

—No. Estamos saliendo. Ya lo verás. —Dio un último trago de agua y cerró la botella. Sentía que había recuperado las fuerzas y la confianza—. No irás a perder los nervios ahora solo porque estamos sufriendo el primer bache, ¿no?

Ella no respondió, se inclinó hacia delante y hundió la cara entre las manos.

Él le acarició el pelo con suavidad. Le observó los hombros, que se dibujaban puntiagudos y huesudos a través del fino jersey de lana que llevaba. Estaba muy delgada. Agotada. Atrapada por aquella vida con Dylan, por la responsabilidad que había permitido que le impusieran, por aquel golpe del destino que los había hundido a todos en la desgracia, pero que no había sido provocado por un poder superior, sino por personas que después les habían hecho cargar a ellos con las consecuencias.

—Siempre quise ser una buena policía —dijo después de un rato en silencio.

—Eres una buena policía —replicó él.

Ella negó con la cabeza.

—Si lo fuera, no habría permitido todo esto. No estaría aquí sentada dándote de comer y de beber. Me habría enfrentado a ti. ¡Eso es lo que habría hecho una buena policía!

—Pero es que no solo eres Jane, la policía. Eres Jane, la hermana. Jane, la hija. Jane, la mujer con pasado. Un pasado terrible en el que tuvo lugar una gran desgracia. No puedes separar eso de ti, siempre llevarás esa historia contigo. Y al igual que yo, sabías que las cosas no podían quedar así, que las víctimas no podían seguir siendo víctimas mientras los culpables quedaban impunes. —Volvió a acariciarle el pelo—. Precisamente porque eres policía, Jane. Es cuestión de justicia, en tu profesión y en la

vida en general. Una historia como la nuestra exige que se haga justicia, porque cuando no es así, nos reconcome. Y estoy seguro de que tú lo sientes igual.

—Yo no estoy tan segura —dijo Jane.

Él sabía que en ese momento su hermana tenía demasiado miedo. También estaba exhausta y derrotada. Cuando él lo solucionara todo, vería la vida con otros ojos.

—Fue horrible —dijo—. Una época terrible. ¿Te acuerdas?

Ella asintió.

Todos se dieron cuenta enseguida de que Dylan quedaría muy afectado. Al principio no habían querido aceptar la dimensión de la tragedia, sobre todo en vista de la euforia que se apoderó de ellos después de que despertara del coma. Durante meses creyeron que o bien moriría o bien no despertaría nunca, que quedaría atrapado para siempre en la oscuridad, completamente inmóvil. Sin embargo regresó a la vida; Dylan Holgate, el niño rubio y despierto de cinco años que un soleado día de otoño se había montado radiante en su bicicleta, había regresado junto a ellos, pero ya no era el mismo. Estaba tan distinto que a partir de cierto momento nadie en la familia recordaba ya al otro Dylan, al de antes del accidente.

Jane fue la primera en reconocer el alcance de la tragedia, antes incluso que sus padres. Se adelantó al resto de la familia en dejar de hacerse ilusiones de que mejoraría, de que no quedaría así para siempre, de que todo evolucionaría en la buena dirección.

Su madre afirmaba a menudo que después de un tiempo en coma era normal que no fuera el mismo de siempre, y Jane, que entonces aún tenía quince años, se preguntaba asombrada de dónde se había sacado eso. ¿Qué sabía ella de las secuelas a largo plazo de los pacientes en coma? Acompañó muchas veces a sus padres y a Dylan al médico, y después siempre se sorprendía de que nadie excepto ella pareciera atisbar la cruda realidad que se escondía tras el discurso adornado y suavizado de los médicos: en la medida en que los avances científicos del momento permitían determinarlo, el desarrollo de Dylan había concluido. Nada cambiaría ni mejoraría ya en su cerebro dañado. Era cierto que existían métodos de estimulación, pero nada en el mundo podría provocar un cambio real. Dylan requeriría cuidados constantes toda su vida.

Entonces, en algún momento, todos dejaron de hacerse ilusiones por fin, y así fue como la familia quedó destruida.

Más adelante Jane identificó dos motivos como las causas del desastre: por un lado, que su madre a partir de entonces ya no tuvo tres hijos, sino uno solo. Y por otro, que su padre careció de fuerzas para aceptar la situación y vivir con ella.

Ambos progenitores fracasaron, cada uno a su manera. Su madre giraba en torno a Dylan de la mañana a la noche, y enseguida se convirtió en una persona afligida, con cansancio crónico y completamente superada por las circunstancias. Resultaba

casi imposible dominar al chico, al que solo podían tranquilizar en cierta medida con fuertes medicamentos. Medicamentos que lo sedaban hasta tal punto que se quedaba ahí sentado, apático, como un ser humano roto por dentro. Una imagen que le resultaba tan insoportable a su madre que al final lanzó las pastillas al váter y tiró de la cadena con rabia.

—¡No lo permitiré! —gritó, privando así al resto de la familia de los escasos respiros que podían tomarse.

El padre se mantuvo al margen de todo aquello, evitaba el hogar cada vez con mayor frecuencia, siempre regresaba tarde del trabajo, y los fines de semana también encontraba excusas constantes para escapar de la familia y vivir por su cuenta. Un día ya no volvió. Durante un tiempo pensaron que se había tomado un descanso, pero pasadas las semanas resultó evidente que se había largado y que no lo verían nunca más. Llegado el momento, la madre hizo el esfuerzo de denunciar su desaparición, pero la subsiguiente búsqueda, más bien desganada, no obtuvo ningún resultado. Al fin y al cabo podía estar en cualquier parte del mundo.

Por desgracia él era quien ganaba el pan de la familia. A partir de entonces no tuvieron ningún ingreso.

La madre estaba ocupada hasta tal punto con Dylan que ni siquiera se había preocupado por ello, pero Jane finalmente consiguió arrastrarla hasta las autoridades competentes para solicitar al menos una ayuda social para la familia. Tuvieron que abandonar su casa grande y luminosa, y se refugiaron en un diminuto piso de tres habitaciones en un feo barrio de las afueras. Jane tenía que compartir habitación con Sean, y su madre dormía con Dylan. El dinero no les llegaba para nada: ni para ropa, ni para material escolar, ni para el cine o la discoteca. Sus amigos se fueron distanciando; ¿quién estaba dispuesto a visitar a los Holgate?; ¿quién estaba dispuesto a presenciar cómo la señora Holgate, con los ojos hundidos, luchaba contra Dylan, que cada vez estaba más fuerte?; ¿quién estaba dispuesto a soportar sus gritos, sus ataques de ira?

Jane era quien lo hacía todo después de clase para que la familia no se sumiera por completo en el caos. Sobre todo se ocupaba de Sean. Siempre había sido un chico callado; desde muy temprano había sido alto para su edad, pero era más bien un gigante bonachón. Un niño que tendía a la ensoñación, que se tragaba los problemas, lidiaba con ellos solo, y era de suponer que en la mayoría de los casos no lograba superarlos. Jane hizo de madre lo mejor que pudo. Sin embargo no podía protegerlo de la convivencia diaria con la catástrofe, ni del fracaso social, ni de que lo marginaran, ni de las imágenes que veía día tras día, ni del hecho de que sus padres lo hubieran abandonado a los trece años.

Más adelante ella recordaría a la perfección la noche en que su hermano le habló por primera vez del odio que sentía. Y de la justicia. Por aquel entonces él tenía quince años, Jane diecisiete. Cada uno estaba tumbado en su cama, en aquel cuartito en el que ni siquiera había sitio para un armario, y de pronto lo oyó decir en la

oscuridad:

—No es culpa de nuestros padres que las cosas hayan salido así. Es culpa del tipo que atropelló a Dylan y se largó.

Claro que ellos no eran culpables, pero Jane sabía perfectamente por qué Sean mencionaba a sus padres en ese contexto: ella se había referido muchas veces a la tristeza y a la desilusión que sentía hacia su padre y su madre, seguramente mayor que la que sentía hacia el conductor desconocido. El culpable no tenía rostro ni nombre, nadie lo conocía. En cambio, sus padres eran las personas que habían traído tres niños al mundo y habían asumido así una gran responsabilidad, pero cuando las cosas se habían puesto feas, cuando se habían enfrentado a una auténtica prueba, ambos habían fracasado. A Jane le dolía el comportamiento de sus padres más que cualquier otra cosa. Se sentía muy decepcionada. Por su padre, que no había visto otra salida que una huida cobarde, aun sabiendo que sería el golpe definitivo para su familia. Y por su madre, que se centraba en Dylan hasta tal punto que olvidaba el resto del mundo y no concebía la vida más allá de aquel niño necesitado. Quizá Jane lo sufriera menos porque ya tenía quince años cuando pasó; al fin y al cabo ella todavía podía conservar el recuerdo de una niñez intacta. Pero Sean, ese chico sensible que habría necesitado cuidados, amor y estabilidad, el más inseguro de los tres hermanos, que siempre le había parecido a Jane una delgada brizna de hierba sacudida por un viento huracanado... Era por él por quien temía, y ya solo por eso jamás perdonaría a sus padres. Entonces fue consciente de haber expresado esas ideas de forma demasiado explícita, precisamente ante él.

—Ese hombre nos ha destrozado la vida —prosiguió Sean—. La de Dylan, pero también la de mamá y papá. Y la tuya. Y la mía.

Esos eran exactamente los pensamientos contra los que siempre se defendía Jane. No quería hablar de «vidas destrozadas». Ni pensar en ello.

—Todavía podemos hacer grandes cosas con nuestras vidas, Sean —le dijo.

—Yo no.

—Claro que sí. Tú también.

—Me gustaría encontrar a ese tipo, al que atropelló a Dylan.

Ella sonrió. Sean, el vengador.

—¿Y entonces?

—Le preguntaría por qué lo hizo. Por qué se fue.

Nadie había sabido decirles si a Dylan le habría ido mejor de haber recibido auxilio de inmediato, si la hora y media transcurrida absurdamente era la causa del desastre o no. Pero la simple posibilidad de que ese intervalo hubiera sido decisivo bastaba para afianzar la convicción de Sean: esa era la clave. Si el conductor hubiera tenido el valor y la humanidad de llamar inmediatamente a la ambulancia, se habrían librado de lo peor.

—Sean, nunca lo encontraremos. No después de todo este tiempo. Tenemos que aceptarlo.

—No puedo aceptarlo.

—Tenemos que mirar hacia delante. Las cosas son como son. Tenemos que vivir con ello lo mejor que podamos.

—No puedo pensar en nada más que en el conductor —replicó Sean—. Y en que se ha librado.

¿Tenía que haberse dado cuenta en ese instante de que en la cabeza del adolescente se estaban fraguando ideas que más adelante se convertirían en la obsesión de un hombre adulto?

—Eh —le dijo en voz baja—, ¿sabes en qué pienso yo muchas veces?

—¿En qué?

—En entrar en la policía. A trabajar, quiero decir.

—¿Quieres ser policía?

—¿Por qué no?

—¡Pero si con Dylan lo hicieron fatal!

—Puede que yo sea mejor que ellos.

—¡Increíble! —Sonaba impresionado—. Mi hermana, policía. ¡Mola!

Ahora, muchos años más tarde, Jane ya no tenía la sensación de haber «molado» en ningún momento de su larga carrera.

7

Llegó a Liverpool, condujo directamente hasta la barriada y enseguida vio que Kadir Roshan no estaba sentado en el muro.

Ojalá eso no fuera otra mala señal.

Caleb aparcó y se bajó del coche. Primero se dirigió a casa de Grace Henwood, sin demasiadas esperanzas de que los padres supieran algo del paradero de su hija.

Le abrió la señora Henwood; parecía más acongojada aún, si cabe, que la última vez.

—Comisario —dijo en voz baja. Por lo visto aún se acordaba de él—. Grace sigue sin aparecer. No tenemos ni idea de dónde puede estar. La policía ha hablado con todos sus compañeros de clase, y nada.

Su marido salió de la cocina.

—¿Han encontrado a Grace? —preguntó.

—No. —Caleb negó con la cabeza—. Lo siento.

La señora Henwood tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Es como si se la hubiera tragado la tierra. ¡No entiendo nada! Es por lo de ese hombre que encontraron muerto en la fábrica, ¿verdad? ¡Pero si Grace no tuvo nada que ver! No tendría que haberse llevado la silla de ruedas, de acuerdo, pero...

—Señora Henwood —la interrumpió Caleb con suavidad—, nadie está acusando

a Grace de nada. No ha hecho nada malo. Por lo visto eso es lo que cree ella y por eso se esconde, pero no tiene ningún motivo para pensarlo.

—¿De verdad cree que solo se ha escondido? ¿No cree que le haya pasado nada?

Por desgracia el comisario no estaba seguro en absoluto, pero no quería angustiar más a la madre.

—Sí. Creo que solo está escondida. ¿Y ustedes siguen sin saber dónde podría haber ido?

—Podría estar en cualquier parte —dijo el señor Henwood.

—¿Alguien más les ha preguntado por ella?

—No. Ni ayer ni hoy.

—¿Se ha pasado por aquí alguna vez Kadir Roshan?

—¿Quién?

—Un joven indio que suele estar sentado ahí fuera, en el muro.

—Ah, ese —dijo el hombre—. Es un tipo raro, no está bien de la cabeza. Pero no, no ha estado aquí.

—¿Saben dónde vive?

La señora Henwood asintió.

—En el edificio de enfrente. En la buhardilla, creo.

—¿Tiene algo que ver con la desaparición de Grace? —preguntó el padre.

Caleb hizo un gesto negativo.

—No, pero puede que haya visto algo.

Por algún motivo no albergaba esperanzas reales de encontrar a Kadir Roshan. Era extraño no verlo en el muro, sobre todo porque no llovía a cántaros ni el sol caía a plomo. Lo cierto es que hacía el tiempo ideal para sentarse fuera. Se preocupó todavía más. Parecía que todos los involucrados en el caso iban desapareciendo poco a poco.

Se despidió de los Henwood, cruzó la calle y entró en el edificio de enfrente. Daba la impresión de estar vacío en su mayor parte, solo oyó pasos detrás de una de las puertas, que se detuvieron de inmediato cuando pasó por delante. Seguramente apenas recibían visitas. Aquel día él era la sensación del barrio.

«En la buhardilla», había dicho la señora Henwood.

Abrió con cuidado la puerta, que solo estaba entornada. Abarcó de un solo vistazo la pequeña y sobria estancia. Las paredes torcidas. La ventana diminuta que apenas dejaba pasar la luz. El mínimo absoluto para vivir: colchón, hornillo de gas, plato, taza, cubiertos, palangana. Todo muy limpio, muy ordenado.

Y rodeada por todo aquello: Grace Henwood.

Estaba encogida en un rincón, con las piernas pegadas al cuerpo y rodeándolas con los brazos. El pelo largo la envolvía como una cortina suave y espesa.

Caleb la reconoció al instante gracias a la descripción de Kate. El rostro dulce de una madona. Los enormes ojos azules. El pelo largo que sin duda necesitaba un lavado urgente.

—¿Grace? —preguntó de todos modos.

Ella asintió. Parecía aterrorizada y daba la impresión de querer fundirse con la pared.

—Sí.

Dio un paso hacia ella con cautela.

—Soy Caleb Hale, una de las personas que está investigando el asesinato del señor de la silla de ruedas.

La expresión de su rostro se ensombreció de inmediato.

—Policía —dijo espantada.

Caleb sonrió.

—Sí. Pero nadie quiere hacerte daño, Grace, la policía tampoco. No has hecho nada malo, así que no tienes nada de lo que preocuparte. Solo queremos saber si viste algo cuando... metieron en el bidón al hombre de la fábrica.

—La silla de ruedas —dijo Grace.

Él hizo un gesto con la mano.

—Puedes quedártela si quieres, no pasa nada. No tengas miedo, de verdad. Pero puedes ayudarnos, porque sabes quién era el señor del bidón. ¿Significa eso que viste cómo alguien lo metía dentro?

Medio lo preguntaba, medio lo afirmaba. Grace asintió.

—Sí.

—¿Fue un hombre? ¿Una mujer? ¿Varios hombres? ¿Mujeres? ¿De los dos?

—Un hombre —dijo Grace.

—¿Un único hombre? ¿Y pudo hacerlo solo?

La niña parecía un poco insegura.

—El otro era paralítico, no podía defenderse.

—Tienes razón. Ese hombre hizo una cosa muy mala, ¿verdad? ¿Podrías describírmelo? ¿Lo conoces?

—No lo conozco. Es muy alto. Rubio. No muy mayor.

—¿Cuántos años tenía más o menos?

—No tan mayor como usted —dijo Grace.

«De acuerdo, seguramente muy por debajo de los cuarenta».

—Pero... ¿no sabes cómo se llama? ¿Ni dónde vive?

—No.

—¿Has vuelto a verlo? Quiero decir, desde que... lo hizo.

La chica se abrazó más fuerte. Tenía miedo.

—Sí —susurró.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Ayer por la noche.

—¿Dónde?

—Vino a mi escondite. Tenía una linterna. Buscó por todas partes.

—¿Y no te encontró?

—No, porque vino Kadir. Y después la señora.

—¿Qué señora?

—A la que le enseñé el hombre del bidón.

—Kate —dijo Caleb.

Grace asintió con vehemencia.

—Kate. Es muy simpática.

Caleb se acercó aún más y se puso en cuclillas para resultar menos amenazador.

—Es verdad, Grace, Kate es muy simpática. Y estaba muy preocupada cuando desapareciste. Tenía muchas ganas de encontrarte. Para protegerte, ¿entiendes?

La niña parpadeó confusa. Seguramente nadie había querido protegerla nunca antes y le costaba entender lo que le decía Caleb.

—¿Dónde está Kate ahora, Grace? ¿Y Kadir? ¿Están juntos?

—Sí.

—¿Dónde están?

—Encerrados.

—¿Encerrados? ¿El asesino del señor de la silla de ruedas los ha encerrado?

—Sí.

—¿Dónde? —preguntó insistente—. Grace, ¿dónde? Por favor, ¡es muy importante!

Kate Linville y Kadir Roshan en manos del hombre al que con toda probabilidad podía acusarse de tres brutales asesinatos, que se sentía acorralado y que ya no tenía nada que perder.

—Por favor, Grace. ¿Dónde están?

Ella se puso de pie con un movimiento grácil. Se alzaba en la habitación como un potro larguirucho. Caleb no se había dado cuenta hasta entonces de que estaba tan sucia que tenía la ropa asquerosa, olía mal y tenía costras marrones alrededor del cuello. Llevaba varios días en la calle, y seguro que antes nadie se ocupaba tampoco de que se lavara y se pusiera ropa limpia.

—Te lo enseño —dijo.

Él sabía que ese era el momento de pedir refuerzos.

—¿Puedes explicarme dónde es?

Ella lo miró desvalida.

De acuerdo, no era capaz de describirlo. Tendría que guiarlo. ¿Debía esperar a que llegara la policía? Podía llevarles un tiempo, y además también tenía miedo de que Grace dejara de cooperar cuando aparecieran, de que se quedara petrificada y ya no soltara prenda. Entonces el problema se agravaría.

Así que sonrió.

—Vale, Grace, enséñame dónde están. Tenemos que darnos prisa.

Siempre podría llamar cuando viera hacia dónde se dirigían. Por ahora lo importante era no poner en juego la confianza de la chica.

—Prisa —repitió. Parecía muy seria—. Sí. ¡Tenemos que darnos mucha prisa!

—Tengo que poner fin a todo esto —dijo. Se había comido todos los bocadillos y casi se había bebido una botella entera de agua. Lo único que quedaba por hacer era lo que acababa de decir: poner fin a todo aquel asunto.

—Por favor —respondió Jane—, no lo hagas. Ya has ido demasiado lejos, y lo estás empeorando. Tu situación cada vez es más comprometida. ¡Déjalo!

Él la miró fijamente.

—¿Estás loca? Esos dos pueden llevarme a la cárcel. Tú misma me avisaste de que la tía de Scotland Yard me estaba pisando los talones. ¡No tengo elección!

—Has encerrado a Kate y al indio. Todavía no has encontrado a la niña que presencié el asesinato de Norman Dowrick. Esto no acabará nunca. ¿Es que no te das cuenta? ¡Se te ha ido de las manos! Ya no tiene remedio.

—Cuando Kate y el indio estén fuera de circulación, buscaré a la niña. No puede haberse esfumado.

—¿Y entonces la matarás también? Sean...

—¿De qué lado estás?

—Estoy de tu parte, pero no puedo permitir que... —Dejó de hablar y se limitó a respirar hondo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no puedes permitir?

—Has asesinado a tres personas, Sean, y te he estado encubriendo, pero...

—No solo me has encubierto, Jane. Me has ayudado. Me avisaste de que alguien vio mi coche en Scalby. Ahora me has dicho que hay un testigo, la niña retrasada. ¿Qué creías que iba a hacer con esa información? ¿Tumbarme a la bartola, decir «ajá» y esperar tranquilamente a que me detuvieran?

—En primer lugar, tendrías que haberte deshecho del coche. Es una locura que sigas por ahí con él. Y deberías haberte mudado a otro sitio, al sur de Inglaterra o al norte, a Escocia. A cualquier parte. Lo único que habría conseguido la policía en el mejor de los casos habría sido un retrato fantasma dibujado a partir de las indicaciones de una adolescente discapacitada. Con eso jamás habrían dado contigo. Por Dios, Sean, solo quería avisarte. Quería que supieras que te habían visto. ¡No quería animarte a que la mataras!

Él esbozó una mueca de desprecio. No pensaba que su hermana fuera tan cobarde, que perdiera tan fácilmente los nervios. Se había rendido sin más e intentaba que él también se rindiera.

—Ayer por la noche también me llamaste —le recordó—. Me dijiste dónde podía estar esa tal Grace, y que el indio estaba a punto de encontrarla. Y que a lo mejor la mujer esa de Scotland Yard también aparecería por aquí. ¿Qué creías que iba a hacer?

—Quería que te marcharas de Liverpool. Que dejaras de merodear por ese maldito barrio y de preguntar a todo el mundo por la chica. Maldita sea, Sean, estabas llegando a un punto en el que al final muchas personas habrían sido capaces de dar

una descripción detallada de ti. Con tu absurda búsqueda estabas respaldando todos los datos que Grace pudiera dar. En circunstancias normales, el testimonio de esa niña se habría recogido con muchas reservas, pero con tu comportamiento le has dado credibilidad total. Esto es una locura. ¡Solo quería pararte los pies!

—Pero qué lista que eres —dijo furioso. Tenía razón y él lo sabía. Había dedicado todas sus energías a empeorar la situación—. Da igual —dijo entonces—. Lo hecho, hecho está. Tengo que deshacerme de esos dos de ahí abajo. De lo contrario no me libraré.

Abrió la puerta de golpe y salió. Miró a su alrededor: todo paz y tranquilidad. No se veía un alma en kilómetros a la redonda. Bien, debía aprovecharlo, al fin y al cabo no estaba seguro de que no pasara gente por allí. De pronto se preguntó enfadado a qué habían venido los bocadillos, el agua y las atenciones. Jane quería entretenerlo y hacerle cambiar de opinión.

Inundaría la construcción subterránea. Grace Henwood lo había conducido al sitio perfecto, y el indio y la policía no habían podido hacerle un favor mayor que seguir sus pasos. Ya había encontrado la sala en la que estaba el mecanismo que abría la compuerta. Sería limpio, no tendría ni que acercarse a los prisioneros, no tendría que volver a verlos. No había peligro de que lo redujeran o de que dejara alguna huella.

Jane también se apeó. Estaban el uno frente al otro, con el coche entre ambos.

—¿Qué te propones? —preguntó.

—Voy a liquidar a esos dos. Y está bien, después pararé. Me largaré un tiempo, puede que al continente. Dejaré a la niña en paz. Tienes razón: de todas formas solo se creerán la mitad de lo que diga.

Ella lo miró horrorizada.

—¡No puedes ahogar a Kate y al indio! —Supo de inmediato a qué se refería con «liquidar». Conocía ese tipo de instalaciones y sabía que existía la posibilidad de llenarlas de agua.

—Puedo y lo voy a hacer —respondió él—. Son muy peligrosos, sobre todo la tía de Scotland Yard. No tengo ganas de pasarme el resto de la vida en chirona por su culpa.

Jane rodeó el coche y sacó el móvil del bolso.

—Lo siento, voy a pedir refuerzos. No permitiré que lo hagas.

Al principio él no creyó que lo dijera en serio. No podía ser tan tonta, estaba metida hasta el cuello. Era ella quien le había proporcionado toda la información relevante. Era ella quien había estado fingiendo delante de sus compañeros y les había ocultado lo que sabía sobre la identidad real del triple asesino. Era ella quien le había avisado cuando el cerco iba estrechándose.

—No seas idiota —la advirtió—. Tú también acabarás a la sombra. A lo mejor no tanto tiempo, pero te condenarán. Y ya puedes olvidarte de tu carrera.

Ella replicó sin inmutarse:

—Lo sé. Pero no puedo permitir que muera nadie más.

—Pobre Dylan —dijo Sean como de pasada—. Las dos únicas personas que le quedan pasarán años entre rejas. ¿Te has planteado qué será de él?

Ahora sí vio un breve asomo de inseguridad en su rostro, la sombra de una duda, un escalofrío.

Pero no fue más que un instante, luego volvió a mostrarse decidida.

—Voy a llamar a mis compañeros.

—No, no lo harás —dijo Sean.

Sorprendida, levantó la mirada y vio la pistola que sostenía en la mano. ¿De dónde la había sacado? Estaba apuntando a su propia hermana.

—Tira el móvil —le ordenó—. Lánzalo lejos.

No le cabía en la cabeza que se atreviera a dispararle a ella.

—No lo empeores —le dijo.

—Tira el móvil —insistió. Ella oyó el leve clic del seguro.

Dejó caer el teléfono al suelo entre su hermano y ella, y Sean estiró el pie y le dio una patada. A una distancia segura.

—¿Me vas a disparar? —preguntó Jane—. ¿Para quitarme de en medio? ¿O crees que voy a quedarme aquí esperando a que inundes el subterráneo?

Era evidente que se lo estaba pensando. Tenía reparos en matar de un tiro a su hermana, pero se había convertido en una enemiga peligrosa.

—¿De dónde has sacado el arma? —le preguntó.

Él sonrió orgulloso.

—Se la he quitado a la policía.

Seguramente se trataba del arma del fallecido Richard Linville. Jane sabía que se la habían entregado a Kate.

«Hay cierta justicia en el hecho de que sea su pistola la que me está apuntando».

Sean hizo un movimiento súbito y ella pensó: «Ahora, ahora es cuando me mata».

Sin embargo, la culata de la pistola se le estrelló en la cara, sintió un terrible dolor en la sien y justo después lo vio todo negro. Ni siquiera notó la caída. Ya estaba inconsciente antes de golpearse contra el pavimento.

9

Habían intentado abrir el cerrojo sin descanso. Habían empujado, sacudido y zarandeado la puerta, y se habían lanzado contra ella para arrancarla de los goznes. Era inútil. Los ruidos que oían les daban esperanzas, porque el cerrojo sonaba como si ya solo colgara de un último tornillo, pero era una ilusión: aguantaba. Férreo e inamovible.

Estaban exhaustos. No cansados exactamente, porque les corría demasiada adrenalina por las venas, pero sí agobiados, reventados, desmoralizados. Habían

trabajado durante horas para liberarse mutuamente de las ataduras y habían luchado en vano contra la puerta. Tenían hambre y sobre todo sed. Si no salían pronto de allí, Kate sabía que el agua sería su mayor problema.

Al principio habían tenido la linterna encendida todo el tiempo, pero después se habían dado cuenta de que el brillo era cada vez más débil, y habían decidido apagarla mientras no la necesitaran. De lo contrario en poco tiempo no tendrían luz. Ahora pasaban largos intervalos a oscuras, y no era la oscuridad de una noche normal, sino una negrura impenetrable. Para no volverse locos, Kate volvía a encender la linterna de cuando en cuando. Era una suerte de confirmación de que el mundo seguía existiendo a su alrededor, a pesar de que por el momento el mundo consistiera en una mazmorra de piedra. Además, aprovechaba para mirar el reloj. Ya era casi mediodía.

La pregunta de siempre: ¿Se daría cuenta Jane de que algo no iba bien?

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Kadir. Llevaba mucho tiempo sin decir palabra. A veces Kate había visto a la luz de la linterna que movía los labios en silencio. Suponía que trataba de controlar el pánico con ayuda de una especie de mantra.

—Doy por hecho que el tipo ya no está aquí —respondió. Eso era más bien lo que esperaba, pero se esforzó por sonar convincente—. No ha conseguido encontrar a Grace y se ha largado. O eso es lo que haría yo. Alejarme lo más posible de Liverpool.

—¿Dejándonos aquí tirados? —preguntó Kadir horrorizado.

—No puede liberarnos, y cree que nadie nos encontrará. Pero ahí se equivoca. La agente Scapin está informada. Sabe que tú creías que Grace estaría cerca de aquí. Y vendrá si no tiene noticias más en tanto tiempo.

—Pero ¿cuándo?

—Pronto. Es lista, le parecerá sospechoso que yo haya desaparecido sin dejar rastro, e indagará.

«¡Eso espero! No sabe que he venido hasta aquí en coche. Ojalá no se dé por satisfecha con los comentarios vagos de la policía de Liverpool».

Pero Jane nunca se conformaría con eso. Era precisa, no se dejaba disuadir cuando seguía una pista. Kate todavía no conocía toda la historia pero había entendido que Jane había salvado a toda una familia y había permitido que por fin se detuviera a Denis Shove; y todo ello por su cuenta.

—¿Tú también tienes mucha sed, Kate?

—Sí. Pero no hablemos de ello. Concéntrate en algo distinto, Kadir. La sed siempre es peor cuando piensas en ella.

—Es casi imposible distraerse. Solo me viene a la cabeza el agua...

Él llevaba más tiempo allí abajo, y seguramente no había cogido fuerzas antes de dirigirse a los muelles para ayudar a Grace.

—Todo saldrá bien —dijo ella, y encendió la linterna. Kadir estaba pálido y

acongojado. Parecía tener los ojos muy secos, casi febriles—. No puede faltar mucho —le aseguró.

—¿Volvemos a probar? —propuso él.

Se levantaron a duras penas, se lanzaron contra la puerta y sacudieron el cerrojo. Nada. A Kate le dolía todo el costado derecho. Se había arrojado tantas veces ya contra el metal que los días siguientes estaría cubierta de moretones.

—Deberíamos ahorrar fuerzas —dijo—. No nos queda otra opción que esperar a Jane. Por desgracia, está claro que no podemos salir de aquí.

—¿Crees que podría lamer el agua de las paredes? —preguntó Kadir contemplando los finos regueros que recorrían los muros.

Kate se encogió de hombros.

—Es agua del río. No creo que sea buena idea beber del Mersey.

—En mi país, en India, la gente bebe del Ganges. Se bañan en el río, tiran allí mismo la basura y las materias fecales... y beben de él.

—Muchos enferman y mueren.

—Pero es sorprendente que tantos sobrevivan. Creo que en una o dos horas voy a...

Se interrumpió a mitad de frase. Se oyó un ruido extraño que venía de arriba. Un chirrido prolongado y herrumbroso. Paró, pero enseguida se reanudó.

—¿Qué es eso? —preguntó Kadir aterrado.

Kate se puso de pie de un salto e iluminó el techo con la linterna. No distinguía si la chapa de acero se había movido, pero estaba claro que el ruido venía de ahí.

Alguien estaba intentando abrir la compuerta.

Casi se mareó. Mierda. El tipo no se había largado, seguía allí. No quería correr riesgos con sus prisioneros.

Estaba intentando abrir la compuerta.

Kadir también se había levantado de un salto. Comprendió lo que estaba pasando en el mismo instante que Kate.

—¡Oh, no! —jadeó—. No. Kate, ¿qué vamos a... qué podemos...?

Se lanzaron contra la puerta a la vez, como obedeciendo una orden silenciosa. Tironearon de ella, la golpearon con los puños. Gritaron.

La situación había dado un giro de ciento ochenta grados.

Seguramente en pocos minutos la falta de agua ya no sería un problema.

Cuando se despertó, al principio Jane no supo dónde estaba. Se encontraba en un asiento blando pero la postura no le resultaba cómoda. Le dolían los músculos y no podía estirar las piernas. Se incorporó y miró hacia fuera a través del parabrisas de su coche, que estaba bastante sucio.

Vio el muelle abandonado y recuperó la memoria de golpe.

Liverpool. Sean. La había atacado y ella había perdido el conocimiento. Por lo

visto después la había llevado al coche y la había dejado en el asiento del copiloto.

Bajó el espejo y se miró la cara. Estaba muy pálida pero allí donde había recibido el golpe, en la sien, todavía no veía casi nada, solo una ligera hinchazón... Por la noche tendría el tamaño de un huevo y estaría de varios colores.

Justo después recordó también lo que se proponía Sean, y acto seguido intentó abrir la puerta. Mierda, Kate y Kadir estaban atrapados allí abajo, en las galerías subterráneas, y Sean estaba a punto de inundarlas, si es que no lo había hecho ya.

La puerta no se abría, su hermano había cerrado el coche con llave. Jane se inclinó por encima del asiento del conductor y apretó el botón del cierre centralizado. Se arrastró fuera esforzándose por ignorar los crecientes latidos de dolor que sentía en la cabeza. Su móvil debía de estar por allí... Tenía que llamar a la policía ya.

Sin embargo, por mucho que lo buscó, no lo encontró. Sean no era estúpido, sabía que se despertaría y que saldría del coche. Se había llevado el teléfono.

Miró el reloj, pero como antes no había prestado atención a la hora, no sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente. Vaciló un instante y se preguntó si tenía sentido echar a correr con la esperanza de encontrarse pronto con alguien y poder llamar, pero decidió que era demasiado arriesgado. A lo mejor para Kate y el indio la salvación era cuestión de minutos. Tenía que encontrarlos y liberarlos.

Trepó por la barricada que bloqueaba el paso al terreno. Como el Peugeot de Sean seguía ahí fuera, había esperanza de que todavía no hubiera hecho lo que se proponía. Por otro lado, eso significaba que debía tener cuidado de no toparse con él. Estaba armado, decidido y desesperado. Puede que la segunda vez no se conformara con dejar fuera de combate solo temporalmente a su hermana.

Fue fácil dar con la entrada, la puerta no estaba cerrada con llave. Jane la empujó hacia dentro conteniendo el aliento. Casi se temía ver subir hacia sus pies el agua sucia del río, pero parecía que todo estaba seco. Entonces oyó de pronto un chirrido y supo que Sean había comenzado a poner en práctica su descabellado plan. Puesto que la instalación llevaba mucho tiempo sin recibir cuidado ni mantenimiento, seguramente el mecanismo estaba en mal estado, calcificado, oxidado y medio roto, y era probable que a su hermano le estuviera resultando más difícil de lo esperado lograr su objetivo. Pero era fuerte y no se rendiría.

No tenía tiempo que perder.

Descendió la empinada escalera, que no parecía tener fin, hacia una oscuridad que se hacía más impenetrable a medida que se alejaba de la entrada; no sabía hasta dónde tendría que llegar para dar con los prisioneros, si es que los encontraba. A eso había que sumar la amenaza del agua, ya que Sean podía conseguir lo que se proponía en cualquier momento. Si eso sucedía, Jane no tenía ni idea de si lograría dar la vuelta y llegar arriba a tiempo.

Iban a pie porque Grace se había negado a subirse al coche. Desprendía tal miedo y tal desconfianza que a Caleb casi le parecía estar oliéndolos. El comisario suponía que su preocupación por Kate era lo único que la empujaba a cooperar, la razón por la que no se largaba de allí en cualquier momento. La niña sentía pánico hacia los hombres y hacia los policías. Caleb era ambas cosas, hombre y policía, y por lo tanto la personificación de una pesadilla. A pesar de lo nervioso que estaba porque la caminata les estaba llevando un tiempo demasiado valioso y porque con el coche habrían llegado mucho antes, se esforzaba por parecer tranquilo y relajado y por fingir que esa forma de desplazarse era la más lógica. Tenía que evitar todo aquello que pudiera asustar a Grace.

Ya llevaban casi treinta minutos caminando cuando la zona que los rodeaba, a pesar de estar en el centro de la ciudad, empezó a parecer cada vez más abandonada. El principal problema de Liverpool resultaba allí más que evidente: empresas en bancarrota y la elevada tasa de paro resultante. Edificios de oficinas vacíos, astilleros solitarios, extensiones infinitas de contenedores gigantes que se oxidaban y a los que les crecían cardos por todas partes. Se había apostado fuerte por el río y la construcción naval, pero no se habían cumplido las expectativas. Las empresas se habían ido rindiendo una tras otra, y allí había quedado una gran superficie que parecía una ciudad fantasma: vacía, triste y desesperanzada.

—¿Queda mucho? —preguntó Caleb. Jadeaba en voz baja, mientras que Grace parecía moverse sin ningún esfuerzo. Ese día su estado era miserable. No quería ni saber el nivel de alcohol que debía de tener aún en sangre.

—Ahí delante —respondió ella sonriendo—. ¡Ahí! —Señaló el terreno cubierto de hierba que tenían delante, justo a la orilla del río y rodeado por un muro de piedra. La entrada estaba cerrada provisionalmente con tablones y vigas. Pero fue otro elemento lo que captó la atención de Caleb: un Peugeot verde aparcado junto al muro. Y junto a él, el coche de la agente Scapin.

«Mierda», pensó.

Estaba involucrada. Aún no sabía exactamente cómo ni en qué medida, pero en vista de lo que sabía ahora, no podía imaginarse una explicación inocente para todo aquello.

Al ser consciente de que Jane Scapin lo había engañado, durante un segundo sintió un dolor casi físico tan intenso que tuvo que detenerse y respirar hondo.

Sin embargo, no tenía tiempo de parar. Adelante. Más tarde se tomaría el tiempo que necesitara para lamentar la pérdida de una compañera excelente.

Grace se le había adelantado y se había detenido junto a la entrada cerrada al antiguo astillero.

—Ahí dentro —dijo—. Abajo.

Acechó a través de la barrera. Vio el edificio plano, una especie de pequeño

almacén, que parecía estar completamente abandonado y rodeado por la omnipresente maleza de cardos y ortigas. La puerta estaba abierta.

—¿En ese almacén? —preguntó.

—Abajo —repitió la niña. Se apartó un mechón que le revoloteaba delante de la cara—. Un sótano grande. Están ahí.

—Ajá. Vale. —Tenía pinta de ser un depósito. Sacó el móvil—. No tengas miedo —le dijo a Grace—. Va a venir la policía, pero no a por ti, ¿me oyes? Estás completamente a salvo.

Lo miró con desconfianza pero al menos no salió corriendo.

Caleb ya tenía a la policía de Liverpool al teléfono. Pidió refuerzos urgentes, y describió dónde se encontraba. No conocía los nombres de los sitios pero se había fijado en los de las calles por las que habían pasado.

—Eso debe de ser más o menos por la zona del Canada Dock —comentó el agente al otro lado de la línea.

—Puede ser. Y avise de que es muy urgente.

Reflexionó. Previsiblemente se enfrentaba a dos oponentes, aunque bien podían ser más. No sabía dónde se encontraban. No sabía si iban armados. No sabía qué se proponían exactamente. A juzgar por los tres asesinatos que ya habían cometido, solo sabía una cosa: no tenían escrúpulos y actuaban con brutalidad.

De acuerdo con el protocolo, ahora debía sacar a Grace de la zona de peligro y después esperar a que llegaran los refuerzos. Antes de eso no podía entrar en acción, sobre todo estando solo y desarmado.

Eso era lo que decía el protocolo. Sin embargo, una voz interior llevaba un buen rato gritándole que no tenía tiempo que perder. No habría sabido explicarlo (excepto por el hecho de que se enfrentaba a delincuentes extremadamente agresivos), pero tenía la sensación de una amenaza y un peligro inmediatos. Tenía la impresión de que los demás tardarían demasiado en llegar.

—Ven —dijo Grace haciendo amago de trepar por la barrera.

Él la sujetó del brazo.

—No, Grace. A partir de ahora voy solo. No puedes entrar conmigo, vete a casa. Las palabras «a casa» hicieron que le temblara la mirada.

—O vuelve a casa de Kadir —propuso Caleb—. Allí estarás a salvo.

—No los vas a encontrar —afirmó la niña—. Están atrás del todo.

—Los encontraré, créeme. Nos has ayudado mucho, pero ahora vete, por favor.

Grace se bajó de un salto y se apartó. Caleb esperó que hiciera lo que le había dicho: desaparecer.

Se subió a la verja improvisada y saltó al otro lado. Aterrizó sobre hierba blanda. El silencio era total a excepción de los graznidos ocasionales de las gaviotas y el chapoteo indolente del río contra la orilla. Cualquiera habría dicho que allí no había nadie en kilómetros a la redonda.

Sin embargo, los coches aparcados demostraban lo contrario.

Se deslizó agachado hacia el edificio. Lo cierto es que podía haber avanzado erguido, ya que de todos modos se le veía a distancia y si alguien hubiera querido dispararle, habría podido hacerlo perfectamente. Pero no pasó nada. Alcanzó la puerta, la abrió y vio una escalera. Era muy empinada y bajaba hacia las profundidades. Abajo reinaba la oscuridad más absoluta.

«Un laberinto bajo el río», pensó Caleb.

Titubeó un instante. No iba nada equipado. Ni siquiera tenía una linterna. ¿Cómo iba a orientarse ahí abajo?

¿No sería mejor esperar arriba?

En ese momento oyó un ruido espantoso. Un fuerte crujido rechinante, agudo y metálico, tan desagradable como un torno dental pero mucho más fuerte. Acero arañando acero. Un ruido que penetraba en la cabeza y en los huesos.

Caleb no sabía qué era, pero no podía tratarse de nada bueno. El tiempo apremiaba.

Descendió la escalera.

Al oír de pronto que alguien trataba de abrir el cerrojo desde fuera, Kate estuvo a punto de echarse a llorar embargada por la esperanza de que todavía pudieran salvarlos. Y cuando oyó además la voz de Jane, le resultó casi imposible seguir aparentando la calma que se había esforzado en transmitir a Kadir durante horas.

—¿Estáis ahí dentro? —preguntó Jane, y Kate se pegó a la puerta de inmediato.

—¡Sí! ¡Jane, estamos aquí! Por el amor de Dios, el tipo está intentando inundar la galería. ¡Sácanos de aquí! ¡Rápido!

Oían a la agente intentando abrir el cerrojo.

—Mierda, ¡está atascado! —Justo después se oyó un grito de dolor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kate.

—Creo que me acabo de arrancar una uña. Da igual. ¡Este cacharro no se mueve!

—¡Tiene que moverse! ¡Solo hace un par de horas que se ha cerrado!

—Pero el tipo que lo ha hecho me saca dos cabezas y se pasa el día levantando pesas —jadeó Jane—. ¡Joder, qué duro está!

Se volvió a oír el horrible chirrido con el que el asesino trataba de mover la chapa del techo. Jane y él se enfrentaban al mismo problema: metal viejo y devorado por el óxido. La pregunta era cuál de los dos lograría mover su mecanismo primero. Kate se desanimó. Al parecer Jane había visto al asesino y, a juzgar por su descripción, se trataba de un gigante musculoso. No pintaba bien para ellos. La cuestión era cuánto tiempo podían seguir pidiéndole a Jane que intentara abrir la puerta. ¿A partir de qué momento tendrían que decirle: «Sube corriendo y ponte a salvo»?

—¿Has pedido refuerzos? —preguntó Kate.

Jane seguía sacudiendo el cerrojo con todas sus fuerzas.

—Me ha quitado el móvil y me ha derribado de un golpe. No he podido llamar a

nadie. Además, va armado.

—¿Sabe Caleb que estás aquí?

—No.

Ahora que la salvación estaba al alcance de los dedos pero parecía imposible, Kate se vio casi superada por el pánico que tan hábilmente había logrado mantener a raya hasta entonces.

—¡Jane...!

—No puedo abrirlo —resopló la agente.

Otra vez el chirrido que les llegaba hasta la médula. Kadir dirigió el haz de la linterna hacia la chapa metálica.

—Creo que se ha movido un poco.

—Tonterías. O se mueve del todo o no se mueve —afirmó Kate—. Ese cacharro está completamente oxidado.

—También puede que baje y nos dispare —aventuró el hombre.

«Preferiría eso a morir aquí ahogada», pensó Kate.

Y en ese momento oyeron otra voz. Fuera. Una voz ante la que Kate nunca pensó que reaccionaría con semejante euforia.

La voz de Caleb.

—¿Sois vosotras? ¡Dios, qué oscuro está! ¿Jane?

—¡Jefe! Ayúdame. Kate está ahí dentro. El cerrojo...

Juntos lo consiguieron, aunque fuera al cuarto intento. Lograron descorrer el cerrojo con un chirrido. La puerta se abrió. Kate vio a Jane y a Caleb a la luz de la linterna. A la joven le sangraba la mano derecha. El comisario tenía un aspecto horrible, parecía mucho mayor de lo que era.

La compuerta rechinó. Ahora sí que se estaba moviendo.

Caleb levantó la mirada hacia el techo, y en ese momento comprendió lo que estaba sucediendo.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Rápido!

Kate corría en cabeza con la linterna. Los demás la seguían.

Las compuertas se abrieron y el río Mersey inundó las salas y los pasillos de aquel sistema subterráneo.

Al salir había luz y policías por todas partes. Alguien le puso a Kate una manta sobre los hombros, otra persona le dio un vaso de café. Vio a Kadir en cuclillas sobre la hierba y a Grace hablando con una agente, amistosamente al parecer, sin que la niña se asustara.

Vio a Jane.

—¡Jane! —Estiró la mano hacia ella—. Jane, muchísimas gracias por aguantar tanto tiempo ahí abajo, por arriesgar tu vida...

—No deberías darme las gracias —respondió ella. Estaba casi más pálida que

Caleb, y eso que él parecía más muerto que vivo—. Enseguida lo entenderás. Los agradecimientos no vienen al caso.

Kate miró sorprendida en dirección al comisario y tuvo la extraña sensación de que él lo había entendido.

Parecía muy triste. Herido. Decepcionado. Profundamente desalentado.

—Fue Melissa Cooper, ¿verdad? —preguntó Caleb—. Ella conducía el coche. Ella fue la culpable de lo de Dylan. Presa del pánico, llamó al que entonces era su amante: Richard Linville. Él y Norman Dowrick la encubrieron. Y por eso tenían que morir los tres.

Jane asintió.

Por el momento Kate no entendía nada de nada. Lo único que sabía era que lo habían logrado. En el último segundo. Habían sobrevivido.

«Y en este momento —pensó agotada y débil—, en este momento eso es lo único que cuenta».

SÁBADO, 14 DE JUNIO

1

Al atardecer incluso salió el sol. Se había escondido tras las densas nubes durante todo el día, dejando ver algún que otro rayo, pero sin aparecer en ningún momento. Pero por la tarde se levantó un viento suave que abrió huecos en la capa de nubes. Detrás de ellas asomó un radiante cielo azul y el sol inundó el paisaje.

Era como el primer día, a su llegada a Scalby: Kate estaba sentada con Caleb en la terraza, y delante tenían una bolsa grande de papel. Olía a curry. Ella había traído dos platos y cubiertos de la cocina, pero ninguno tenía hambre suficiente para abrir la bolsa.

Varias cosas habían cambiado desde aquel primer día: un sol rojizo de atardecer en lugar de la deslumbrante luz del mediodía. El aire era más fresco y seco. El jardín estaba mucho más descuidado.

Y los dos habían cambiado. A pesar de que en ese momento no habrían sabido explicar en qué consistía la diferencia, la sentían. Quizá el cambio se debía simplemente al hecho de que ambos estaban bastante más desilusionados.

Caleb daba la impresión de no haber pegado ojo la noche anterior. Como si hubiera envejecido de golpe.

«Cuánto daño le ha hecho —pensó Kate—, y cuánto lo ha decepcionado».

Ella tampoco había dado crédito al enterarse de toda la verdad. Había sentido espanto, sorpresa e incredulidad. Caleb se había presentado en su casa a última hora de la tarde con la comida india en la mano y una mirada triste. Desde entonces estaban ahí sentados, y él le contaba lo que había sucedido.

Jane lo había confesado todo. Su hermano también.

—Melisa Cooper provocó el grave accidente de Dylan Holgate. No fue premeditado, naturalmente. Una terrible desgracia. Conducía por aquella carretera comarcal cerca de Newcastle, donde trabajaba en esa época, y es probable que volviera a casa, a Whitby. Puede que condujera demasiado rápido o no estuviera atenta. Lo cierto es que su trayecto al trabajo era demasiado largo, siempre estaba cansada y estresada. Fuera por la razón que fuese, atropelló a aquel niño de cinco años que montaba en bicicleta, Dylan Holgate. Por lo visto perdió los nervios y se marchó a toda velocidad. Dejó allí al chiquillo herido de gravedad y condujo sin rumbo por la zona. No entró en razón hasta una hora después. Pero en lugar de avisar a la policía o a emergencias, marcó el número de móvil de su novio desde una cabina de teléfono: llamó a Richard Linville. Le contó desesperada lo que había pasado. No sabía qué hacer.

—Pero mi padre... hizo enseguida todo lo que pudo para salvar al niño, ¿verdad?

—Le pidió una descripción exacta del lugar del accidente y envió a la ambulancia de inmediato, sí. Habría sido menos peligroso decirle a Melissa que lo hiciera ella misma de forma anónima para mantenerse al margen desde un principio. Solo me imagino una razón por la que tu padre se expuso de tal manera: es posible que ella estuviera tan trastornada que Richard no estaba seguro de que realmente fuese a hacer esa llamada, y sobre todo de que la hiciese de inmediato. Linville prefirió exponerse antes que aumentar los riesgos para el niño. No sé lo que pensarás del resto de la historia, pero no olvides eso.

Kate intuía lo que venía ahora.

—Pero encubrió a Melissa.

—Se inventó una historia. La llamada anónima de un hombre; por desgracia no sabía de quién se trataba. Naturalmente todo el mundo sabía que debía de ser alguien que tuviera el número de Linville. Pero tu padre, Kate, estaba fuera de toda sospecha. Si él decía que no conocía a la persona que lo había llamado, nadie lo ponía en duda.

—Salvaron a Dylan, pero a partir de entonces necesitó cuidados constantes.

—Sí, y la familia Holgate se enfrentó sola a la desgracia. No se podía llevar a nadie a los tribunales, para tener al menos cierta sensación de que se había hecho justicia. Según Jane, eso era casi lo más insoportable: que no se hubiera hecho justicia. Pero es que además nadie se hizo cargo de los gastos, ni el seguro, ni nadie. El hecho de que nunca se encontrara al conductor del coche supuso también la debacle económica de la familia.

—Y fue mi padre quien la causó —musitó Kate.

Caleb asintió. Sabía lo mucho que le dolía aquella revelación sobre su padre, pero ¿cómo habría podido ocultarle los hechos?

—Sí. Se calló. Y otra persona que también lo hizo fue el sargento Norman Dowrick, su colaborador más estrecho. Estaba en el despacho de Linville cuando este recibió la llamada. Sabía quién era, de hecho supongo que Richard se dirigió a Melissa incluso por su nombre en un primer momento. Al fin y al cabo Dowrick conocía la aventura. Y entonces Linville le pidió que también en aquella ocasión actuara como un amigo: que guardara silencio sobre el desarrollo de los acontecimientos y corroborara su versión de la llamada anónima. Dowrick colaboró, y eso contribuyó a la credibilidad de la historia.

Kate no podía creerlo. No podía creer que su padre hubiera hecho algo así.

—Pero ¿qué le habría pasado a Melissa si hubiera dicho la verdad?

Caleb movió la cabeza de un lado a otro.

—Es difícil de saber. El accidente es una cosa; pero huir y dejar pasar casi hora y media antes de enviar ayuda al niño... eso lo empeora mucho. En ese momento no podía saberse si Dylan sobreviviría. Si después se hubiera demostrado que se habría salvado de haber llegado un médico enseguida, la habrían acusado al menos de homicidio involuntario. Ese fue uno de los datos que alimentó el profundo odio de Sean Holgate, el hermano: estaba seguro de que Dylan no habría sufrido daños, o de

que habrían sido mucho menores, si no se hubiera producido el fatídico retraso. Por lo que me ha explicado Jane, eso nunca se esclareció. A pesar de todo, tu padre vio enseguida que Melissa se enfrentaría a problemas considerables. Así que antepuso la seguridad de ella a la suya propia.

—Debía de quererla mucho para quebrantar la ley, nunca lo habría creído capaz de algo así. No creía que hubiera nadie que pudiera llevarle a hacerlo.

—No sabemos con certeza cuáles fueron sus motivos, Kate. Tuvo que actuar muy deprisa, y es probable que hiciera lo primero que se le ocurrió, que lo llevó directamente a un punto de no retorno. Habría tenido que entregarse, destruir su reputación intachable, arruinar su carrera y quizá habría puesto también en juego su pensión. Además de arrastrar a Dowrick consigo. No fue capaz. Los tres, Melissa, Richard y Norman, no podían dar marcha atrás.

Todo iba encajando, adquiriendo sentido, aclarándose.

—Y las relaciones entre ellos no aguantaron —dijo Kate.

—No. Lo que había sucedido era demasiado fuerte. Tú misma me comentaste lo extraño que era que la relación secreta entre Richard y Melissa se rompiera precisamente cuando habrían podido hacerla pública y oficial. Pero sospecho que a la larga Richard no pudo perdonarle que lo involucrara en aquella historia, que ella fuera el motivo por el que había tirado por la borda todos sus principios. Y a Norman Dowrick le pasó lo mismo con Richard. Los tres estaban unidos por un oscuro secreto y seguramente cada uno de ellos responsabilizaba en mayor o menor medida al otro para sus adentros. En algún momento, sus caminos se separaron. Y, como ya sabemos, el destino acabó aislando por completo a Norman Dowrick.

Kate se dio cuenta de que le resultaba más fácil hacer preguntas objetivas. Era lo que más le ayudaba a superar la conmoción sobre su padre, aquel desconocido que había engañado a su esposa y a su hija y había llevado una doble vida; que había ocultado un accidente y la fuga posterior, encubriendo al culpable; que, a pesar de las consecuencias que tendría para una familia sacudida por los acontecimientos, solo había mirado por su propio interés: por su carrera, por su reputación, por su jubilación; que había guardado el secreto de la relación extramarital que había mantenido durante años, ya que eso también habría salido a la luz si hubiera reconocido los hechos.

¿Quién era? ¿Cuál era esa otra cara del hombre al que creía conocer a la perfección?

Intuía que jamás recibiría respuesta a esa pregunta.

—¿Cómo pudieron descubrirlo todo Jane y su hermano? —quiso saber—. Después de tantos años... ¿Por eso entró Jane en la policía? ¿Porque esperaba llegar a obtener más información?

—Ella lo explica de otro modo. Pero su deseo de convertirse en agente estaba estrechamente relacionado con los acontecimientos, no fue casualidad. A ojos de la familia Holgate, el hecho de que la policía no diera con el culpable supuso un fracaso

estrepitoso. Las conclusiones que sacó de todo aquello Jane, que por aquel entonces era una adolescente, eran en realidad positivas: quería ser policía para convertirse en una investigadora fantástica, incisiva, que se dedicara a su labor con entusiasmo, que no dejara escapar a personas como las que habían dejado así a su hermano, y que devolviera la fe en la justicia a familias como la suya. Era una idealista. No se le ocurrió vengarse. Y al final consiguió lo que se propuso, aprobó con honores en la academia de policía, y con nosotros era... increíble. La mejor compañera que he tenido jamás.

—Pero ¿de verdad fue casualidad? —preguntó Kate—. ¿Que la destinaran precisamente a Scarborough? ¿Al lugar donde trabajó mi padre?

Caleb asintió.

—Lo cierto es que sí, pero es fácil explicarlo: Jane era de Newcastle, quería quedarse en el noreste de Inglaterra y deseaba entrar en el departamento de investigación criminal. No tenía muchas más opciones.

—¿Y nadie conocía su historia...?

—¿Cómo íbamos a conocerla? El accidente no levantó demasiado revuelo, y Jane se había casado y había tomado el apellido de su marido. Nadie vio la relación, era imposible.

—¿Qué sabías tú de ella?

—Lo que ella contaba, que no era mucho. Al principio solo sabíamos que era joven y que tenía un talento evidente. Estaba casada, pero ninguno de nosotros conoció a su marido. Su madre falleció poco después y fue entonces cuando me enteré de que tenía un hermano con discapacidad física e intelectual del que hasta entonces había cuidado su madre. Un día Jane se reunió conmigo y me explicó que su hermano se iría a vivir con ella. Durante el día podía dejarlo en un centro para discapacitados, pero a veces seguramente tendría que volver a casa antes, o llegar al trabajo más tarde por él. Quiso saber si yo consideraba que aquello era compatible con su trabajo, y si podía aceptar esas circunstancias especiales. Claro que podía, y así se lo dije. Era fantástica, y habría hecho muchísimas concesiones para que se quedara con nosotros.

Kate se pasó la mano por la cara. Todo había comenzado de forma inofensiva, invisible, a pequeña escala. Por su experiencia, aquello era típico de los grandes dramas: al principio siempre pasaban desapercibidos. No era hasta después cuando se comprendía que los graves indicios tendrían que haberse detectado antes.

Por lo visto, Caleb dedujo en qué estaba pensando.

—Desde ayer soy cada vez más consciente de lo poco que me he preocupado. Trabajaba con Jane todos los días y no era capaz de concebir cómo nos las arreglaríamos sin ella, pero apenas mostraba interés por su vida privada. Sabía, o al menos me imaginaba, que su vida con un hermano que requería atención las veinticuatro horas del día no era un camino de rosas. Empezando por la logística. Sin embargo, mientras ella cumpliera con su trabajo, yo no indagaba. Después supe que

su marido se separó de ella. Ahora sé que fue por su hermano, pero entonces solo pensé: «Qué pena, otro matrimonio roto». Al fin y al cabo son cosas que pasan.

Kate recordó a Dylan rompiendo la vajilla y lanzándola por toda la cocina; sentado a la mesa y pidiendo comida a voces; acurrucado delante de la televisión e imitando a gritos los ruidos de una locomotora.

Estaba claro que el marido de Jane no lo había soportado.

—Jane dice que ese fue el momento en que todo empezó a irse a pique —prosiguió Caleb—. Esperaba que su marido la ayudara, pero en cambio se largó. Se quedó sola con su hermano y con la promesa que le había hecho a su madre: que cuidaría de él y que nunca lo metería en una residencia.

—Esa promesa era una locura —dijo Kate.

—Pero se sentía atada a ella, y la carga excesiva que soportaba la empujaba hacia un pozo sin salida. Sus compañeros solo veíamos lo que ella permitía: una mujer estresada, sin duda, pero que salía adelante. A nadie, ni siquiera a mí, se nos ocurrió llevárnosla aparte y preguntarle cómo lo conseguía.

—Seguramente no habría respondido con la verdad. ¡No te tortures, Caleb! Como tú mismo has dicho, solo veías lo que ella dejaba ver. Jane no quería que sus problemas salieran a la luz, y lo respetaste. Tú mismo... —Se mordió el labio y dejó de hablar.

Pero él sabía lo que había querido decir.

—Sí, yo mismo me esforzaba por que nadie se diera cuenta de que bebía como un cosaco. Y me habría molestado con cualquiera que hubiera intentado mantener una conversación adulta sobre el tema. Es extraño, ¿verdad? Es evidente que estamos hechos todos de la misma pasta. Siempre tenemos que guardar las apariencias y mostrar una fachada perfecta, aunque lo que se esconda detrás sea un completo desastre.

Ella no respondió. Seguramente tenía razón.

—En fin —siguió Caleb—, resumiendo: Jane se vio completamente superada por el desastre en que los había sumido aquel accidente. Cuando sucedió, el padre los abandonó y la vida de la madre ya solo giraba en torno a Dylan. Los problemas económicos se agravaron, y la familia cayó en el ostracismo social. No solo se debió a Dylan, sino también a la incapacidad de sus padres para lidiar con la situación. Pero sea como fuere, Jane sentía que nunca saldría de aquello, y de pronto regresaron la ira y la impotencia, sentimientos contra los que Jane luchaba. Cada vez le resultaba más difícil controlarlos.

—¿Y entonces fue cuando empezó a investigar? —supuso Kate.

—Sí. Al principio no creía que fuese a averiguar nada nuevo. De todas formas, se puso en contacto con el que había sido el responsable de la investigación en Newcastle. Como colega. Adujo que conocía a la familia y que quería saber qué había sucedido exactamente durante las pesquisas. El agente tenía ganas de hablar, y lo cierto es que no tenía motivos para desconfiar de ella. El apellido Scapin no tenía

relación alguna con el caso. Jane se enteró así de la peculiar llamada que había recibido Richard Linville. Supo que él afirmaba no conocer a esa persona que tenía su número. Apareció el nombre de Norman Dowrick, que era el colaborador más estrecho de Linville y había confirmado su declaración. Jane no pensó inmediatamente que todo formara parte de una conspiración, pero aquello despertó sus sospechas. Y siguió indagando.

—Pero es su hermano quien cometió los crímenes, ¿verdad? —quiso asegurarse Kate.

—Sí, ambos lo han confirmado. Para él es importante subrayar que Jane no los presencié. Pero para ella es importante subrayar que lo sabía. Sean pretendía dejarla completamente al margen de todo, pero ella no quiso.

—¿Lo sabía desde el principio?

—Justo después del asesinato de tu padre todavía no. Tenía un mal presentimiento pero intentó reprimirlo. Ahora bien, después de que aquella testigo llamara por lo del Peugeot verde, se temió lo peor. El asesinato de Melissa Cooper disipó sus dudas. Habló con Sean y este admitió los crímenes. A partir de entonces lo supo todo. Ahora me doy cuenta de que me empujaba constantemente en dirección a Denis Shove. Debía evitar que lo descartara y siguiera otras pistas. Eso les habría puesto en peligro a Sean y a ella. El sargento Stewart era el único que manifestaba sus dudas, pero no tenía nada que hacer contra nosotros dos.

—Jane intentó salvarnos a Kadir y a mí. Arriesgó su vida para hacerlo. Eso también debe tenerse en cuenta.

—Naturalmente. Pero la noche anterior informó a su hermano por teléfono de que Grace podía estar en el Canada Dock y de que Kadir Roshan y tú le estabais pisando los talones. Te mintió al decir que había llamado a la policía de Liverpool: estaba avisando a su hermano. De hecho, le avisó desde el principio de la existencia de una testigo llamada Grace Henwood. Kate, lo miremos por donde lo miremos, colaboró con un asesino.

—Es su hermano.

—Sí —respondió Caleb—. Y la familia siempre ha sido sagrada para ella.

Ambos permanecieron en silencio, después Kate cogió la bolsa con decisión y la abrió.

—Venga, vamos a comer algo. Puede que nos ayude.

—¿A qué?

—A aliviar el dolor y la decepción.

El comisario no protestó cuando ella le sirvió el curry, que ya estaba bastante frío.

—¿Qué harás ahora? —le preguntó—. ¿Quedarte aquí? Podrías presentarte a una plaza en el departamento de investigación criminal de Scarborough, ahora tenemos una vacante. —Sonaba a broma y Kate le dirigió una mirada interrogante. Él se inclinó hacia ella—. Lo digo en serio. Yo apoyaría tu candidatura. Has hecho una gran labor y has trabajado muy bien. Trabajas muy bien.

Ella sonrió por primera vez desde que se habían sentado.

—Gracias, Caleb, pero no voy a quedarme. Venderé la casa lo antes posible y de momento regresaré a Londres, a mi antigua vida. Después ya veremos.

—¿Seguro?

—Seguro. Va siendo hora de que me separe de mi padre. Eso también significa no aferrarme a su espacio. No vivir en su ciudad. Y en última instancia, por mucho que me alegre la oferta, no trabajar en su comisaría ni acabar sentada a su escritorio. Quiero construir algo propio. Ya tengo edad para ello.

—Tu carrera en Scotland Yard ya es algo tuyo.

—Eso no puede llamarse carrera. Y en cierto modo... siempre he tenido un pie aquí, con mi padre. Nunca me he desvinculado del todo, jamás he conseguido seguir de verdad mi propio camino. Ahora quiero intentarlo.

—Tienes madera para convertirte en una gran policía.

Ella asintió sabiendo que no era tan fácil. Sin duda había trabajado bien, siguiendo su instinto, con creatividad y tesón. Decidida y —nunca lo habría dicho— segura de sí misma. Como se esperaba de una buena investigadora. Sin embargo, también sabía que las circunstancias habían sido muy especiales y que no se repetirían. Se las había tenido que arreglar sola, había actuado como ciudadana sin responsabilidad para con ninguna autoridad, solo para consigo misma. A partir de ahora volvería a tener compañeros, superiores, reuniones. Tendría que justificar su modo de proceder, defenderlo ante colegas que veían las cosas de forma distinta. Intuía que volvería a ser de golpe la criatura insegura que era antes: fácil de intimidar, callada y pusilánime, incapaz de adoptar una postura clara y de manifestar su opinión. Así era, qué le iba a hacer. Ya no era tan joven e inocente como para creer que regresaría a Londres convertida en otra persona.

—No olvides nunca lo que has conseguido —le dijo Caleb—. Estas cosas siempre le dan a uno fuerzas.

Lo intentaría. Por el momento no podía prometerse más.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué pasará ahora?

Él se encogió de hombros.

—Lo primero será hablar con la policía de Liverpool para que vigilen de cerca al padre de Grace Henwood. Hay que ayudar a esa niña. Y después... buscaré un sustituto para la agente Scapin. Y espero que mi equipo se recupere pronto del golpe. Están todos conmocionados. Nadie, nadie se esperaba algo así.

—Seguro que volveremos a vernos. Vendré al norte a menudo, aunque venda la casa. Me gustaría visitar a Jane.

—Al final casi se convirtió en una amiga, ¿verdad?

—Sí. Y nunca olvidaré que intentó sacarnos de aquellas horribles catacumbas a cualquier precio. Quería detener la masacre de su hermano, Caleb. Ya no estaba de su parte.

—Pero era demasiado tarde.

Comieron en silencio. Para beber tenían agua, y Caleb suspiraba por una cerveza. Y un whisky. La noche anterior había bebido para olvidar todo lo que había pasado en Liverpool y lo que había averiguado, y sabía que volvería a agarrar la botella de whisky en cuanto volviera a casa. El agua que estaba bebiendo con Kate en la terraza no era más que una farsa. Pero no quería discusiones ni reproches. Las cosas eran como eran.

Quizá Kate lograra avanzar; ojalá que lo consiguiera.

Sin duda él se quedaría atrás.

Tendría que vivir con ello.

O sucumbir cuando llegara el momento.

MARTES, 17 DE JUNIO

—Sean, soy tu abogado. Puedo llamarte Sean, ¿no? Puedes contármelo todo. Te defenderé mejor si sé qué te pasó y qué te empujó a hacer lo que hiciste.

—No tengo nada que ocultar.

—Eso es bueno. Has matado a tres personas. Ya has confesado haberlo hecho. Ahora tenemos que buscar la comprensión del tribunal hacia tu situación.

—Mi hermana no me dijo que lo hiciera. Ella no tiene nada que ver.

—Pero ¿fue tu hermana la que te habló de la llamada que recibió el comisario Linville? ¿La llamada de una persona que supuestamente no conocía y que le avisó del grave accidente de tu hermano pequeño?

—Sí. Y me dijo que había alguien más con él. El sargento Norman Dowrick, que ya estaba retirado del servicio. Se me ocurrió buscarlo. Mi hermana me contó que se había quedado parapléjico en un tiroteo y que estaba en silla de ruedas. Pensé que...

—Pensaste que sería más fácil que Linville, ¿verdad? De un paralítico... creías que a lo mejor obtendrías más información.

—Sí, más o menos.

—¿Fuiste a su casa?

—Sí, pero solo estaba su mujer. Le dije que era un antiguo compañero que quería visitarlo. Me enteré de que estaban separados y de que él vivía en Liverpool.

—¿Fuiste a Liverpool?

—Sí. Su esposa me dio la dirección. Ella pensaba que...

—Eras un compañero. Lo sé. ¿Eso fue en enero de este año?

—Sí.

—¿Tenías intención de atacarlo?

—¿Atacarlo?

—¿Amenazarlo para obtener más información sobre aquella llamada?

—No lo sé. Simplemente quería hablar con él. Pensaba que todo era muy extraño: ¿un comisario recibe una llamada en su móvil, habla durante varios minutos con esa persona y después no tiene ni la más remota idea de quién es? Me parecía rarísimo.

—¿Te topaste con Norman en esa fábrica abandonada?

—Sí. No estaba en casa, así que recorrí la zona. Fue pura casualidad que acabara merodeando por esas naves en ruinas. Y apareció por allí. Joder, el tipo estaba machacado. Completamente amargado. Hecho polvo.

—¿Le preguntaste directamente?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Enseguida me di cuenta de que había gato encerrado. Eso se ve en la reacción de la gente. Esa historia... lo perseguía. Inmediatamente supo a qué me refería. El accidente. El niño. La llamada. Algo no encajaba. Me habría apostado lo que fuera.

—¿Y entonces te lo contó todo?

—Sí.

—¿Qué exactamente?

—Bueno, pues que fue la amante del comisario, Melissa Cooper, la que atropelló a Dylan. Lo dejó ahí tirado y se largó. Después llamó a su amante entre lágrimas, y él se dio cuenta enseguida de que estaba metida en un buen lío, así que urdieron aquel plan. Lo de la llamada anónima, lo de que Linville no supiera de quién se trataba. Así Cooper quedó fuera de la ecuación. Y Linville y Dowrick juraron guardar silencio.

—¿Norman Dowrick te contó eso de forma voluntaria?

—No del todo.

—¿Qué quiere decir «no del todo»?

—No soltaba prenda. Pero era demasiado tarde, porque yo ya sabía que algo no encajaba.

—¿Cómo conseguiste que te lo contara?

—Lo importante es que me lo contó.

—¿Qué le hiciste?

—¿Es importante?

—El tema saldrá en el juicio. El resultado del equipo forense, que realizó una cuidadosa autopsia, es unánime.

—Había un bidón.

—¿Un bidón? ¿Vacío?

—No. Estaba lleno de agua porque la tapa estaba quitada. Se había ido llenando de agua con el tiempo. Seguramente todavía había sustancias químicas dentro. Desde luego olía raro.

—De acuerdo. ¿Y luego?

—Le metí de cabeza en el agua.

—¿Se defendió?

—Hum, sí.

—Pero tú eras más fuerte, claro.

—Hago mucho ejercicio.

—Es cierto, se nota. Y además Dowrick era paralítico.

—Sí.

—Lo sumergiste. Varias veces.

—Sí.

—¿Y cada una de ellas durante tanto tiempo que él creía que se ahogaría?

—Sí.

—Entremedias lo sacabas.

—Sí. Y le preguntaba si me lo iba a contar todo.

—Y en algún momento...

—Cedió. Me lo contó todo sobre Linville, sobre Cooper. Pues eso, todo.

—El hecho de que cediera a la presión no le sirvió de nada.

—¿Qué iba a hacer? ¿Qué iba a decirle: «Un placer, señor Dowrick, muchas gracias por la información»? ¿Y marcharme sin más? Lo había dejado bastante tocado, ¿me habría denunciado a la pasma enseguida!

—Así que culminaste tu obra.

—Sí.

—Lo ahogaste. Y a continuación lo metiste en el bidón y cerraste la tapa.

—Sí.

—Un escondite bastante bueno. Seguramente nadie lo habría encontrado. No tenías ni idea de que alguien te estaba viendo.

—No. No tenía ni idea de que esa pirada andaba por ahí.

—¿Se lo contaste a tu hermana?

—No. Solo le dije que había hablado con Dowrick. Y le conté lo que había averiguado.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Estaba destrozada. El tal Linville era como el Superman del departamento de investigación criminal. Ya estaba jubilado cuando Jane llegó, pero al parecer todos seguían hablando de él con gran admiración. El comisario más impresionante, más profesional y más decente que había pasado por allí. Jane estaba indignada, era muy injusto. Ese tipo y su novia habían destrozado a nuestra familia pensando solo en salvar su propio pellejo, pero para todos los demás aquel hombre era Dios. «¿Cómo puede ser?», pensaba yo; «¿cómo es posible?». ¿Cómo puede alguien engañar así a todos los que le rodean?

—¿Así que tu hermana al principio no se enteró de la muerte de Dowrick?

—No.

—¿Y luego?

—Ya lo sabe. Fui a casa de Linville y acabé con él. Y después con Cooper.

—Tu hermana...

—Cuando la muerte de Linville aún no habíamos hablado. Pero después de la de Cooper me llamó. Estaba completamente desquiciada y quería saber si yo había tenido algo que ver con eso.

—¿Y bien? ¿Lo admitiste?

—A eso no responderé.

—La agente Scapin te avisó por teléfono cuando encontraron el cadáver de Dowrick y constataron que había un testigo. Además, el jueves pasado por la tarde te informó del posible paradero de la testigo, a la que buscabas desesperadamente. En ese momento, a más tardar, tu hermana tuvo que saber que eras el asesino de las tres víctimas, Sean.

—No lo sé.

—Pero ¿te llamó?

—No diré nada.

—Soy tu abogado, Sean. No la acusación. Y tampoco voy contra tu hermana.

—De todas formas no diré nada.

—Tres asesinatos, Sean. Y estabas a punto de matar también a la sargento Kate Linville, de Scotland Yard. Y al señor Roshan, que en realidad no tenía nada que ver con el asunto y solo quería proteger a Grace. El juicio no será fácil. Has dejado a tu paso un terrible rastro de sangre.

—Cooper, Linville y Dowrick también dejaron un buen rastro de sangre. La sangre de mi hermano pequeño, que se quedó tirado en una carretera solitaria, desamparado y tan gravemente herido que ningún médico habría apostado por él. La sangre de mi familia, que se quedó destrozada. Mi padre desapareció. Mi madre murió demasiado pronto. El matrimonio de mi hermana fracasó. Yo no he conseguido nada de lo que me he propuesto en la vida. Éramos felices, todo nos iba bien. Y entonces llega una mujer idiota, histérica, atropella a un niño y se larga sin más. Ni siquiera tiene las agallas de llamar a una ambulancia. Y su amante, que casualmente es un pez gordo de la policía, lo oculta todo y se ocupa de que ella se vaya de rositas. Pero me apuesto lo que sea a que el juez no comprenderá la tragedia que supuso. Nadie lo entiende.

—¿En qué consiste tu tragedia exactamente, Sean?

—En la injusticia. Nadie sabe lo que se siente al tener que tragarse una y otra vez la injusticia que se cometió, lo que significa saber que hay un culpable que no pagará por ello, que nosotros somos los únicos perjudicados. Para siempre. La sensación es horrible. Llega un punto en que se hace insoportable. Y por eso está bien que las cosas hayan salido así.

—¿Qué es lo que está bien? ¿Que tú y tu hermana vayáis a la cárcel una buena temporada?

—No. Que los otros hayan pagado por lo que hicieron. Ha merecido la pena. Da igual lo que pase ahora. Sin duda ha merecido la pena.

LUNES, 23 DE JUNIO

—Lo primero que haré será cortar el césped —dijo Jonas—. Tiene muy mal aspecto. ¡Pronto se comerá la casa!

—Lo primero que harás será tumbarte en el sofá —replicó Stella—. Y yo me ocuparé del césped. Has estado al borde de la muerte, Jonas. Piensa en lo que te han dicho los médicos. ¡Tienes que cuidarte!

Estaban delante de la casa, cuyo jardín efectivamente se había convertido en una selva durante sus cuatro semanas de ausencia.

«Un mes —pensó Stella—, apenas hemos estado fuera un mes. Y esto parece la jungla. Nosotros también tenemos un aspecto bastante desharrapado. Estamos rendidos. Y Jonas ha perdido por lo menos diez kilos».

—Qué bien que hemos vuelto —dijo él.

Bajarse del coche lo había dejado agotado. Le habían dado el alta esa mañana y había querido regresar a casa enseguida. Todos querían regresar. A la normalidad, a la vida que conocían y que les resultaba familiar, la vida después de Denis Shove y Therese Malyan. A Stella le habría gustado borrarlos de su mente para siempre, pero sabía que no podría. Therese era la madre de Sammy, eso no cambiaría. Era posible que volviera a aparecer algún día. Era posible que, llegado el momento, Sammy quisiera saber más sobre ella, que quisiera ponerse en contacto con su madre biológica. Lo que había sucedido no simplificaría las circunstancias vitales del chiquillo adoptado, que por ahora no comprendía nada.

«Pero todo tiene solución», pensó Stella.

Para empezar ahora necesitaba ordenar sus ideas. Le daba pena no haber podido hablar con la amable policía que los había salvado, la agente Jane Scapin. Stella estaba convencida de que si ella no hubiera intervenido, estarían todos muertos. Sin embargo, en Scarborough le habían dicho que habían encontrado una conexión desafortunada entre ella y el policía muerto que había mencionado Denis. A este lo buscaban por ese caso pero él defendía su inocencia, y al parecer con razón. Stella se alegraba en cierto modo. Eso significaba que Therese no se había relacionado con un asesino. Aunque Denis había estado a punto de serlo, pero esa era otra historia. En cualquier caso, ese «a punto de» marcaba una gran diferencia en las emociones de Stella. No quería que la pareja de la madre de su hijo fuera un criminal. Puede que fuera una idea irracional, pero qué se le iba a hacer.

En cambio, Jane estaba implicada de algún modo. Stella aún no lo comprendía, por el momento no tenía información al respecto. Pero se mantendría al tanto, quería saberlo todo.

—Entremos —dijo. La vecina podía aparecer en cualquier momento y atosigarlos con preguntas a las que Stella por ahora no tenía ganas de responder. Más adelante quizá.

Oyó una tímida voz a sus espaldas.

—¡Señora Crane! ¡Señor Crane!

Se dio la vuelta y vio a un hombre mayor cruzar la calle. Cojeaba y arrastraba una pierna. Parecía haber estado esperando debajo de un árbol al otro lado de la calzada.

Jonas también se volvió.

—Oh, ¡señor Chalid!

Hamzah Chalid se acercó. Sus grandes ojos oscuros analizaban incansables todo lo que lo rodeaba, parecían registrar simultáneamente cada rincón de la calle, de las casas y de los jardines.

—Me alegro de que haya vuelto, señor Crane. ¡Llevaba mucho tiempo esperándolo! Resulta que...

—Lo sé —dijo Jonas—. Sé lo que ha pasado, señor Chalid.

Le dirigió a Stella una mirada impotente por encima de la cabeza del hombre. «¿Qué hacemos ahora con él?», le preguntaba en silencio.

Stella supo al instante de quién se trataba: el iraquí traumatizado de la película frustrada.

—Señor Chalid —dijo tendiéndole la mano—. Me alegro de conocerlo. Soy Stella Crane.

Hamzah se la estrechó. Sus dedos huesudos estaban helados.

—Señora Crane —musitó.

Por las explicaciones del agente Stewart, Stella sabía que la contribución de Hamzah Chalid al rescate de la familia también había sido considerable. Había llamado a Jane, porque no comprendía que los Crane no hubieran regresado. Había hecho saltar la alarma.

Por lo visto, las circunstancias no le iban a permitir darle las gracias a Jane como es debido. En cambio sí podía hacerse cargo de aquel pobre hombre.

Lo cogió del brazo.

—Entre con nosotros —dijo—. Nos tomaremos un té juntos y después hablaremos de lo que se podría hacer para solucionar su problema.

«No le des falsas esperanzas», le avisaron los ojos nerviosos de Jonas.

Y ella replicó: «La esperanza es lo único que nos mantiene con vida».

Entraron en la casa, que estaba fresca y tranquila. Sammy profirió un grito de alegría al ver en el salón los juguetes que tanto había echado de menos.

«Todo parece normal», constató Stella asombrada. Como si no hubiera pasado nada.

Entonces su mirada recayó en Hamzah Chalid y por un momento tuvo muy presente la certeza de que seguramente se estaba haciendo ilusiones; de que después de una experiencia límite era imposible volver a la vida anterior; de que el daño no se

reparaba; de que todos ellos, incluso Sammy, a partir de ahora acarrearían algo de lo que quizá jamás se librarían.

Más tarde pensaría en todo eso. Por el momento prepararía el té y un chocolate para Sammy. Abriría todas las puertas y ventanas para que el aire fresco expulsara el olor a cerrado de la casa.

«Por muy difícil que nos parezca ahora —pensó Stella—, sigue siendo nuestra vida. Y hemos logrado recuperarla».



CHARLOTTE LINK (Frankfurt, 1963). Hija de la reconocida escritora Almut Link, Charlotte descubrió su vocación a edad muy temprana y empezó a escribir a los dieciséis años. Ha cultivado distintos géneros literarios, desde la narrativa al libro infantil, sin olvidar la narración corta o los artículos periodísticos.

El secreto de su éxito radica en la rigurosa documentación que maneja, así como en la depurada técnica de su prosa. A través de sus personajes, complejos y contradictorios, crea tanto grandes novelas de historia contemporánea como absorbentes tramas psicodramáticas de trasfondo criminal.

Es una de las escritoras más sobresalientes de la literatura contemporánea alemana, cuyos libros han vendido más de veinticuatro millones de ejemplares en todo el mundo. Sus obras han alcanzado los primeros puestos en las listas de los más vendidos de varios países, han sido nominadas en la categoría de ficción del Deutscher Buchpreis y, además, han sido adaptadas para la televisión con gran éxito.

Entre sus obras se cuentan *La casa de las hermanas*, *La cultivadora de rosas* y *Después del silencio*.